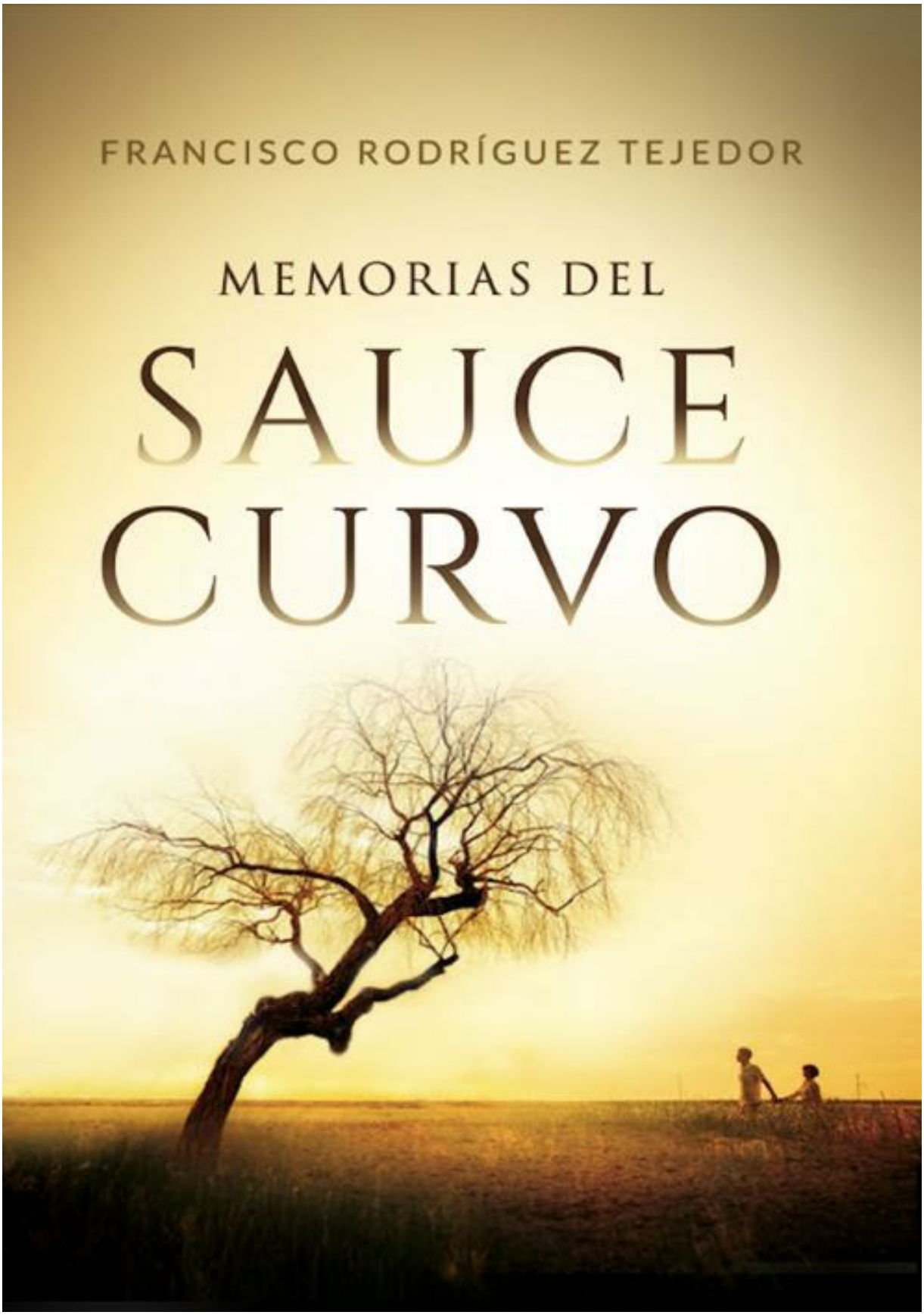
FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

Bilogía del

SAUCE CURVO

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

MEMORIAS DEL SAUCE CURVO



Índice

Unas palabras del autor para la segunda edición
Presentación del escritor Pedro de la Cruz
Presentación de la escritora María Narro
Presentación del escritor Faustino Cuadrado
Dedicatoria
Citas
Capítulo 1 El primer recuerdo. ¿Y tú qué ves?
Capítulo 2 ¡Que viene el “Sacamantecas”!
Capítulo 3 La escuela: aprendiendo a aprender
Capítulo 4 Bolas de nieve
Capítulo 5 Abriendo tumbas en Los Casares
Capítulo 6 Aquel mágico resplandor
Capítulo 7 Llega la Navidad
Capítulo 8 Hogueras hasta el cielo
Capítulo 9 El pasado y el futuro: la bola de cristal
Capítulo 10 La magia del cine
Capítulo 11 Amor en el Callejón del Horno
Capítulo 12 Me quedaré siempre contigo
Capítulo 13 ¡Vamos de matanza!.
Capítulo 14 Una vez hubo una guerra
Capítulo 15 La vida es cambio
Capítulo 16 De amor, de princesas y de reinas
Capítulo 17 ¡Que vienen los mayos!
Capítulo 18 Buscando sujetadores para el Judas
Capítulo 19 También queríamos saber de sexo
Capítulo 20 La importancia de los buenos maestro
Capítulo 21 Lágrimas y buitres en el Cerro de la Fuente
Capítulo 22 Las desgracias nunca vienen solas
Capítulo 23 Pepitas de oro, rayos y cohetes
Capítulo 24 A emigrar toca
Capítulo 25 ¡Hasta que la muerte nos separe!
Capítulo 26 El Corpus, las flores y las estrellas
Capítulo 27 El primer baile y el último verano
Epílogo
Capítulo 28 El sauce curvo
Capítulo 29 La enfermedad del olvido
Capítulo 30 Disfrutar de los recuerdos
Dedicatoria Final
Si te ha gustado esta novela te gustará
Nota del Autor, agradecimientos y reconocimientos
Homenaje a la Villa del Sauce Curvo

Presentación de Gabino Abanades, alcalde de El Sauce Curvo
Frases célebres sobre la infancia
Sobre el autor
Agradecimientos al lector y valoración de la novela

Memorias del Sauce Curvo

Nuevo Libro Editorial

Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2016 Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2021 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

Unas palabras del autor para la segunda edición

Este libro será siempre inolvidable para mí. Como también lo es, según me han confesado ellos mismos, para muchos lectores que, más que leerlo, lo han vivido. O revivido, diría yo. A pesar de que sus vivencias, ni geográfica ni temporalmente coincidan en todos los casos con las del niño Germán.

Porque la vida tiene, sin duda, algo de experiencia circular. Y un tronco común para todos. Y, cuando empiezas a llegar al final, te das cuenta de que vislumbras la esquina donde nació el principio. Sí, la niñez aparece entonces como el más potente faro, cuya luz alumbra y llena de claridad toda tu experiencia vital.

Y porque, en cualquier caso, la lucha contra el olvido siempre merece la pena. Sí, porque allí, al otro lado de nuestros recuerdos, nos esperan los sueños y los deseos más profundos que constituyen la raíz de lo que hoy en día somos. Independientemente de la edad que tengamos.

Sumerjámonos, pues, en el mundo mágico y recóndito de nuestra niñez. Descorrer aquellas cortinas nos llenará el rostro de luz, también de dolor, pero mucho más de alegría.

Porque la consciencia de uno mismo, y de los que nos precedieron y nos amaron, es la primera premisa para mantener
la llama, no solo de la alegría, sino del progreso y también de la esperanza.

F.R.T.

Presentación del escritor Pedro de la Cruz Gutiérrez

Ser joven, es soñar que se puede

A Francisco Rodríguez Tejedor lo conozco desde su infancia, pero las circunstancias sociales de la década de los sesenta y, particularmente, las que se dieron en pueblos como el nuestro de Sacecorbo, que él relata tan bien en este libro, nos separaron siendo él muy pequeño, hasta que el destino quiso que nos reencontráramos en el mismo sitio al cabo de muchos años. Este nuevo encuentro fue marcado por la sangre literaria que corre por nuestras venas.

Desde el primer momento que lo vi, tuve la certeza de hallarme ante una persona buena, leal, comprometida; con esa inteligencia y ese saber hacer que da el haber vivido en un mundo de dificultades superadas a base de trabajo, sacrificio, tesón y constancia.

Me ofreció su primera novela "*El día que fuimos dioses*", editada en 2011. Con esta obra disfruté como nunca lo había hecho. El malabarismo que hace este escritor con las palabras es de vértigo literario. De esta obra nació el corto de *"Victorita, Victorita…"*, interpretado por el gran actor *Imanol Arias*. Con este corto, ha conseguido un gran éxito en el mundo del celuloide. Después publicó *" Los mejores 101 momentos de amor,"* un libro sobre el amor y el desamor que nadie se lo debería perder y, ahora, irrumpe con *"Memorias del Sauce Curvo"*. Esta obra magistral, nos evoca los tiempos de cuando éramos jóvenes en la década de los sesenta, en un lugar de la Alcarria, que tanto él como yo conocemos tan bien. Pero podría haber sido, asimismo, en cualquier otra parte de nuestra sufrida y querida España.

Sin duda, el periodo de la niñez y primera adolescencia es uno de los más hermosos de la vida, indistintamente del lugar, las circunstancias y el espacio del tiempo en que te encuentres; porque es una etapa en la cual el ser humano comienza a sentir, a experimentar, a querer descubrir, a querer saber, a querer hacer, a aprender a amar. Sin darse cuenta que esté último término es el más importante de su existencia aunque, a veces, se le olvide.

Francisco, Paco, como nosotros lo conocemos, en esta nueva novela trata este periodo de tiempo con verdadera maestría, respetando a cada uno de sus personajes y sacando de ellos toda la esencia de su niñez y primera juventud. Sin duda, el marco en el cual se desarrolla la acción es uno de los más bellos, por sus matices, por sus colores, por sus perfumes, por su textura y por sus gentes, formando un conjunto completo para deleite de los sentidos.

Es una historia que te atrapa desde el primer capítulo, y que te hace revivir aquellos momentos olvidados de cuando comienzas a sentir. Y que, por ello, tanto significará a aquellos jóvenes que se acerquen a este libro, porque les hará considerar que la infancia y la juventud, en cualquier época y lugar en que se desarrollen, será el periodo más importante y maravilloso de sus vidas; y quizás, con esta obra, consigan que ese periodo esté presente cada minuto de sus días, para sentir que pueden realizar todos los sueños que se propongan.

"Porque ser joven es soñar que se puede".

PEDRO DE LA CRUZ, nació en Sacecorbo. Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: "*Entre el amor y la ira*" y "*Lo que ocultan las mareas*".

Presentación de la escritora María Narro

Cuando sea grande quiero ser un niño

Quién no daría todo por volver a vivir, por volver a ser niño. El niño que nunca existió, o tal vez sí. Lleno de pureza, bondad y nobleza.

Francisco Rodríguez Tejedor, en esta preciosa novela, lo consigue de sobra. Con unos puntos de agudeza y simplicidad que te hacen soltar más de una carcajada, a la vez que se empieza a despertar la curiosidad y sorpresa del niño que el lector lleva dentro.

Sin duda, sin la menor duda, que esta pandilla de cuatreros capitaneados por el pequeño Germán os robará el corazón. O miraréis los chorlitos de la ventana con su hermana Tere. O esquivaréis los tortazos de don Lupicinio.

Tantos y tantos personajes adorables, entrañables, mágicos, paletos, tontarras… y algunos reales. Porque del cura don Marcelo he oído hablar hasta yo. Mi madre es de Esplegares y pasé muchos veranos de mi infancia y adolescencia allí. Y discutí ni se sabe las veces con las chicas de Sacecorbo en los partidos de fútbol.

Por eso muchas de las cosas encerradas en este gran libro no me son ajenas. Ni el espliego, ni el judas, ni el frontón, ni el vocabulario: el mismo que usaba mi abuelo.

Pero han sido las *Memorias del Sauce Curvo*, las que me han hecho conocer y amar un poquito más a Sacecorbo. Porque cuando lees un libro tan cercano forma ya parte de ti.

Dicen que nunca nos hemos de anclar en los recuerdos, que estos solo nos han de enseñar e insuflar vida, y eso lo hace de maravilla Francisco Rodríguez Tejedor.

Sé que esta novela puede ser su mejor trampolín.

Suerte, maestro.

MARIA NARRO, nació en Aranzueque (Guadalajara). Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: *“Fotos de un adiós” y “Las palabras del viento”*.

Presentación del escritor Faustino Cuadrado Valero

Cuando de recordar se trata (y con ello se vuelve a vivir de nuevo)

Es asunto humano, detenerse a rememorar con nostalgia las cosas vividas en nuestra niñez, y sobre todo, lo que nuestros ojos vieron por aquel entonces.

En la posibilidad del recuerdo, mantenemos la mente lúcida mientras comprobamos cómo la vida ascendía peldaño a peldaño nuestra escalera particular y pasábamos, casi sin darnos cuenta, de un mundo pequeño, como era el pueblo que nos vio nacer, a una gran ciudad y a otro universo más complejo e impersonal. Seguramente, obligados por un convencimiento de que era lo que queríamos hacer o por la simple necesidad de hacerlo.

Ese es el mundo que nos presenta el autor en este maravilloso libro, lleno de nostalgia y amor por el entorno en el que uno se cría y que te hace regresar siempre para seguir disfrutándolo, aunque te halles lejos.

El pasado es un transcurrir ininterrumpido de imágenes que van y vienen, de fotografías a menudo incompletas. Retazos de vida que vamos poniendo al día entre todos los que vestíamos pantalones cortos y compartíamos los divertidos juegos en la calle.

Francisco Rodríguez Tejedor pasea sus recuerdos y su memoria de manera magistral por las calles y alrededores de Sacecorbo. Y nos lleva en volandas junto a los márgenes de los barrancos o por las pendientes de las colinas que rodean al pueblo.

El autor ha sido capaz de brindarnos vivencias que tan cercanas nos suenan. Aquellas que quedaron impresas en las piedras mudas de la iglesia, o en la plaza del ayuntamiento.

El pasado es eso, pasado, y sus efectos acabaron por ser unos, como podían haber sido otros bien distintos. Mas la memoria se muestra sabia y generosa cuando se sabe recuperarla y la convences de ello.

En *"Memorias del Sauce Curvo"* este autor, dotado extraordinariamente para la prosa poética y siempre auténtico, escribe para mostrarnos las raíces de nuestro pasado, para regresar a aquellos lugares en donde todo el mundo se conocía y se trataba. Porque sacar la silla al raso en las cálidas noches del verano y disfrutar de la charla y la compañía de los que se sientan en sillas como las nuestras, nunca tuvo un precio alcanzable.

Poder vivir algo y, luego, llevarlo al cajón de nuestra memoria y conservarlo por siempre, es algo mágico, es algo imprescindible si queremos sobrevivir al tiempo.

Es necesario dejar que pasen los años para que el pasado madure y, después, publicarlo a los cuatro vientos, tal y como ha hecho el autor en este libro de hermosos encuentros. Todo ello dirigido a quien pudiera haber olvidado ese sentir por un solo momento, para que recupere el bagaje que nos ha convertido en todo lo que somos, historia de Sacecorbo, su pasado, su presente y también su futuro.

De esto, y mucho más, hay en estas *"Memorias del Sauce Curvo"* evidentes muestras.

Yo nací en Madrid, pero tengo dos abuelos alcarreños que emigraron a la capital a principios del siglo XX. El recuerdo de las historias, y los momentos de los que me hicieron partícipe, llenaron mi mente de escenas inolvidables.

Y todos los sueños, anhelos y sufrimientos de la familia del niño Germán los siento de alguna manera también como propios. Porque todo ello, de alguna manera también, es lo que me ha traído hasta aquí.

FAUSTINO CUADRADO VALERO, nació en Madrid. Ha publicado, entre otras obras: *"El último hogar que nos queda" y "Los amantes infinitos"*.

Dedicatoria

A todos los que una
vez fueron niños con nosotros.

Y a los mayores, que entonces nos cuidaron y nos
enseñaron todo lo que sabían.

Citas

"No vemos dos veces el mismo cerezo, ni la misma luna sobre la que se recorta un pino. Todo momento es el último, porque cada uno de ellos es único".

MARGUERITE YOURCENAR

"La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido".

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Capítulo 1

El primer recuerdo. ¿Y tú qué ves?

Una vez escribí que, sin memoria, llegado a cierta edad no eres nadie. Y hoy diría que, más adelante, sin recuerdos no eres nada. Nada es el lugar al que parece que yo me dirijo. O eso pienso a veces, sobre todo cuando me envuelve esa confusión y desgobierno que en algunos momentos pueblan mi mente. O lo que va quedando de ella.

Yo lucho contra ello como puedo. Con las armas que tengo. Las armas de un escritor son las letras y las palabras que se forman con ellas. Yo me siento en mi despacho y las busco en mi ordenador.

Sí, hoy he abierto el ordenador como todas las mañanas. Sé que en el pasado he escrito

muchas historias: historias de otros personajes como yo, de muchos que ya no están, de algunos que hubieran podido estar, y de otros que solo estuvieron de paso, en la realidad o en mi imaginación No es que yo me acuerde mucho de ello. Lo sé porque veo en mi estantería todos esos libros que he escrito, con mi nombre impreso en el lomo.

Aunque ahora ya no son importantes para mí. Como digo, ya ni me acuerdo apenas de ellos. Ni por qué los escribí, ni tampoco apenas lo que decían.

Pero mantengo la inercia del escritor. Que es: escribir, escribir y escribir. Ahora me gusta hacerlo sobre las historias que mejor recuerdo, que son las cosas de mi niñez. Dicen que les pasa mucho a los viejos. Aunque yo no lo sea tanto. A lo mejor es que tengo algo de viejo prematuro.

Así que escribo como yo recuerdo que araban los hombres cuando yo era niño.

Labrador era la profesión a la que yo estaba predestinado. Por eso la conozco tan bien. Escribo, por tanto, como hace un labrador en la Dehesa, arando un surco al lado del otro, de arriba a abajo, de abajo a arriba después, en su pedazo de tierra que es como mi hoja de papel.

Él araña la tierra, la hace profunda, fértil. Yo dejo las huellas, tan hondas y duraderas como puedo, de mis letras en el papel.

Arar, escribir, una y mil veces más. Formando como un texto vivo, línea a línea, surco a surco, en el que el escritor se dejara su existencia pegada a esa tierra, a ese texto, que le hace sentir, vivir y que, un día no muy lejano, cubrirá su cuerpo ya ausente.

Trato de recordar mi primer surco, mi primer recuerdo. Resulta curiosa la memoria del hombre que es, desde luego, selectiva, subjetiva y aun caprichosa. Creo que ese primer arañazo en la tierra virgen de mi memoria no ha sido siempre el mismo. Inclusive, cuando era joven, me era muy difícil adentrarme en el pasado y llegar al lugar recóndito del primer recuerdo. Como si aquella juventud imperiosa me impidiera malgastar ni una sola de mis energías en algo que no fuera el inmediato presente y un poco del futuro más próximo.

¿Por qué será que, ahora, todo es tan fácil? ¿Por qué será que, en estos momentos, próximo ya a la vejez veo los colores de algo tan antiguo, con una viveza sin igual? Y no solo los veo, los siento, los percibo como si estuviera otra vez allí.

–¿Y tú que ves? –le pregunté a mi hermana Tere que, despierta, jugaba en su cama al lado de la mía.

–Yo veo, yo veo… –se hacía la interesante, mientras repasaba con el dedo el interior de la sábana que le cubría la cabeza.

Yo me impacientaba entonces, después de haber sacado la mía del embozo porque, desgraciadamente, no veía yo nada con la cara tapada con él. Si acaso solo la luz que entraba por la ventana y que atravesaba la tela blanca, llegando a mis ojos una claridad mortecina que a mí no me desvelaba secreto alguno.

–Yo veo… A ver, déjame. Déjame un momento… A ver qué veo en el cine de las sábanas blancas… Ah, sí ya lo tengo. Es maravilloso –decía mi hermana Tere poniendo una voz fascinante y misteriosa.

Yo refunfuñaba entonces. Envidioso y frustrado al mismo tiempo, porque yo no era capaz de ver nada en la sábana con la que nos tapábamos la cabeza y que, según mi hermana, en realidad era una pantalla de cine: el cine de las sábanas blancas.

–Venga, venga… ¡dímelo! ¡dímeloooo! –le gritaba cada vez más ansioso de conocer su respuesta.

Pero ella permanecía en silencio, repasando con el dedo por el interior del embozo quién sabía qué líneas imaginarias, como si recorriera con él, bajo la tela, un exótico paisaje.

Sí, ella no me decía nada para tenerme intrigado todavía más. Jugaba conmigo. Con mi inocencia. Con mi ansiedad. Como quizá luego yo jugaría con Pepín, que dormía ahora en su cuna en la habitación de mis padres pero que, por el momento, no me ofrecía apenas oportunidades.

–Tere…, ¡dímelo o grito!... –me rebelaba yo–. ¡Que grito…, que me pongo a gritar como un loco!

–Pues veo, veo… –todavía me retenía un poco más mi hermana Tere–. …Me veo a mí. ¡A mí! Pero en otro sitio…

–¿En otro sitio? –le preguntaba yo, extrañado. Como si no pudiera haber otro que no fuera nuestro pueblo de donde ninguno de los dos había salido nunca–. Cuenta, cuenta… –la apremiaba yo, cada vez más ansioso.

Tere dibujaba con su dedo como un paisaje extraño bajo la tersa sábana.

-Hay muchos coches. Y tranvías… Y la gente lleva paraguas y lee el periódico. Se llama Madrid, Madrid… –terminó con un deje soñador.

Y dejó que su voz se apagara con un eco misterioso, un eco acolchado, bajo el blanco tejido.

–Sigue, sigue… ¡Pero no te calles ahora!

Sin embargo, ella continuó dibujando con su dedo por el interior de aquella pantalla del cine de las sábanas blancas y riéndose por lo bajo. Para interesarme. Y desquiciarme, sin duda.

Yo no sabía qué hacer. Con lo bien que se lo estaba pasando ella y yo, mientras tanto, sintiéndome frustrado y aburrido. Intenté taparme la cara con el embozo, para ver si yo también veía algo. Pero allí dentro no había nada. Aire caliente y aquella luz mortecina que entraba a su través. Nada más.

Y mira que trataba yo de imaginarme ese sitio de Madrid. Cerré un momento los ojos y me imaginé los coches, y los paraguas bajo la lluvia. Y a la gente sentada en unas mesitas, tras los cristales, tomando café y leyendo el periódico.

Entonces yo también lo vi. Y descubrí su trampa.

Me destapé y pasé al ataque.

–Mentirosa, mentirosa… que eres una mentirosa. Yo también sé lo que es. ¡Mentirosa!

–A ver, listo, ¿es que tú has estado alguna vez en Madrid? –y sacó su cabeza, bajando la sábana que la cubría.

–Eso está en algunas hojas del calendario de mamá en la cocina. ¡Mentirosa! Tú no estás en Madrid, sino aquí conmigo en el pueblo…

Pero ella, como mayor que era, le dio rápidamente la vuelta a la situación.

–Pues claro que estoy aquí contigo, mocoso. ¿Dónde iba a estar si no?. Pero… –y volvió a mirarme con aquella expresión fascinante y enigmática antes de taparse de nuevo con la sábana–, lo importante es dónde estarás luego, cuando seas mayor. En el futuro.

Y Tere seguía dibujando y marcando formas misteriosas bajo la tela.

–Y yo estoy allí. Vestida como una señorita. Llevo guantes y sombrero. Y zapatos de tacón… Madrid, Madrid… –volvió a susurrar con un deje soñador.

Yo me quedé varado un instante ante aquella palabra mágica que yo no sabía entonces muy bien lo que significaba, mejor dicho lo que había debajo de ella, y que mi hermana había utilizado, a mí me parecía que por primera vez de aquella manera tan especial, conmigo.

Sí, me quedé tocado un momento. Y mi hermana lo notó. Así que ahondó en la herida.

–Pero a ti no te veo… no te veo, no te veo por ningún sitio –dijo mientras recorría de punta a punta la pantalla de la sábana.

–Pues sí que estoy –reaccioné yo, casi como un acto de supervivencia.

–…Ah, sí, sí… ahora te veo. Aquí estás. Tú seguirás en el pueblo, ja, ja, ja…

Entonces yo, de repente, me sentí fatal y me puse a llorar. Era como si hubiera perdido la guerra con ella de forma total y definitiva de repente. Y ya fuera solo como una cosa ínfima y sin importancia ninguna, que no merecía estar en la pantalla del cine de las sábanas blancas.

Luego, mi hermana, que debía haber oído mis gimoteos, continuó dando a su voz un tono alegre y cariñoso.

–Germán, Germán… ¡Que sí que estás! ¡Es que te habías ido a comprar un helado…! ¡Y papá y mamá! ¡Y los abuelos! ¡Estamos todos! En Madrid, ¡Madrid…!

Continuó dibujando, aunque ahora aceleradamente, para dar cabida a toda la familia en su pantalla. Y luego descubrió de nuevo, bajando la sábana, su cara un poco juguetona, aunque también algo culpable y preocupada.

–Germán, Germán…. ¡Chico, no llores! ¡Que los chicos no lloran, hombre!

Yo la miré y entonces se me pasó de repente la tristeza, pensando que iba a sacar algo a cambio.

–No lloro si me dejas meterme en tu cama.

Pero no coló.

–Eso ni lo sueñes.

Aunque Tere, eso sí, dejó de jugar al juego del cine de las sábanas blancas y reparó en la ventana.

–Germán, ¿has visto los chorlitos?

Mi hermana, que tenía cuatro años más que yo, me llevaba de un sitio a otro, de una conversación a otra, a placer. Y, además, ella sabía muy bien que me gustaba mucho mirarlos.

A veces, los domingos, que nos levantábamos tarde, yo me despertaba en la cama mirando la ventana, que daba a un zaguán, donde vertían las canaleras de mi casa y de la del vecino, al que llamaban "el tío Castañas", aunque no en su presencia, porque no le gustaba nada y lo hacía notar, sobre todo si se le escapaba a algún pequeñajo como nosotros.

Y entonces, decía yo, abría los ojos y recibía algún rayo de sol que atravesaba por entre los chorlitos que pendían de las canaleras, que me parecían entonces como estalactitas mágicas hechas de luz y diamantes. Y, luego, los cerraba de nuevo, pero no para dormirme, sino para trasladarme a aquel mundo maravilloso lleno de brillos y de incandescencias. Todo él envuelto en el vaho y en la escarcha que se agarraba, como una segunda piel, al cristal de mi ventana.

Sí, ese fue mi primer recuerdo, sin duda. A mí me hubiera gustado que hubiera sido uno con mi madre. Entonces yo estaba loco por mi madre, la quería más que a nada ni a nadie en el mundo. Y por ella, hubiera dado yo, gustoso, mi vida.

Mi hermana Tere y yo miramos un rato los chorlitos. Yo hubiera podido contarle mil cosas de ellos, de todo lo que representaban para mí. Y de la alegría y la magia que producían en mi interior cuando los miraba, atravesados por el sol. Pero fuera porque yo era todavía muy pequeño o porque tenía, y he tenido siempre, una fluidez verbal mucho menor que ella, el caso es que no podía articular palabra. Ni, por supuesto, jugar como ella lo había hecho conmigo con su "cine de las sábanas blancas".

Tal vez por eso, mucho más adelante, me hice yo escritor. Para dar rienda suelta a todo aquel mundo interior que se me pegaba en mis cristales internos, como la escarcha lo hacía en la ventana.

Un día de aquellos me dijo Tere, desde su cama.

–Germán, Germán… despierta. Se oye gente abajo, en la cocina.

Entonces yo me desperté y agucé el oído.

Efectivamente se oían conversaciones en el piso de abajo, de varios hombres y mujeres. Aunque yo no lograba reconocer ninguna de las voces.

Tere, que siempre iba por delante de mí, me lo confirmó.

–No deben ser de aquí. ¿De dónde serán? –y me miró con sus ojos juguetones y pícaros.

Yo me encogí de hombros. La verdad es que estaba medio dormido todavía.

–A lo mejor son de Madrid. ¡Madrid…! –añadió mi hermana.

Se veía que a mi hermana Tere en aquellos días lo único que le interesaba era lo que tenía que ver con Madrid.

–¡Vamos a vestirnos! –gritó con una alegría contagiosa pero, como yo no mostrara mucho entusiasmo, añadió con toda la capacidad de seducción que tenía–. ¡A lo mejor nos han traído algún regalo, algún coche para ti, de esos de carreras…!

Mi hermana Tere sabía convencerme muy bien y llevarme por donde ella quería.

Pero cuando nos levantamos para vestirnos, yo observé que ella ya tenía su ropa puesta. Ella se percató de que yo me había dado cuenta. Y se explicó con la naturalidad que la caracterizaba.

–Me desperté y me levanté. Pero una vez vestida me entró otra vez el sueño y me volví a meter en la cama.

A mí me pareció de lo más normal. Me pasaba a mí también muchas veces.

Me vestí rápidamente y bajamos la escalera sin hablar. Y sin hacer ningún ruido.

De repente, sonó una música extraña. Como si hubiera una orquesta allí abajo.

Yo me quedé sorprendido. Iba a decir algo pero mi hermana me cortó poniendo el índice en sus labios.

–¡Schhhhh!

Y, como por arte de magia, la música cesó y volvieron las conversaciones. Estaban hablando de Navidad, eso estaba claro. De turrones y de la lotería. Y la música me había parecido la de un villancico. Pero hasta tenía dudas de que alguna vez hubiera sonado y no fuera sino una alucinación mía, producto de que no llegaba a estar todavía totalmente despierto.

Por fin llegamos abajo. Mi madre estaba en la cocina preparando el desayuno. Se veía en el fuego la gran cazuela de leche y la nata que la coronaba, formando una gruesa capa de espuma. Pero allí no había nadie más.

Mamá me sonrió y yo corrí a darle un beso. Pero Tere me había agarrado del jersey diciéndome.

–¡Aquí no hay nadie! ¡Vamos al comedor!

Mi madre la apoyó.

–Luego, Germán, luego… –y me mandó un beso ella poniendo sus dedos en su boca y, después, lanzándolo al aire.

Salimos de la cocina y llegamos al comedor que era la habitación contigua. Allí debía estar toda aquella gente. Se oían muy nítidas las conversaciones. Aunque yo no sabía muy bien de lo que hablaban. No era, desde luego, ningún tema habitual del pueblo. Y hablaban sin

interrumpirse, guardando cada uno su orden.

Tere me miró. Tenía un brillo especial en sus ojos. Y luego empujó la puerta.

Yo, no sé por qué, me puse detrás de ella. Me daba un poco de miedo encontrarme con toda aquella gente a la que no conocía.

Aunque, cuando entramos, Tere se hizo a un lado y me quedé, como desnudo, frente a todos aquellos desconocidos.

Pero, cuál sería mi sorpresa, al ver que allí no había nadie. Bueno, solo mi padre, que estaba sentado a la mesa tomándose una copa de anís con unas galletas rellenas de vainilla.

Miré por todos los lados atónito. Hasta que mi padre abrió sus brazos y me acogió y me sentó en sus rodillas.

–Mira, Germán, todo sale de ahí –me dijo, señalando un mueble colgado de una repisa.

Yo miré hacia allí. El mueble era como una especie de caja con unas patas de apoyo y dos mandos redondas, a modo de ruedas, a cada uno de sus lados.

Yo me quedé todavía más pasmado que antes. Hasta que Tere me aclaró.

–Es gente de Madrid –dijo con su voz cantarina, dejándome todavía más confuso si cabía.

-Que está ahí dentro –continuó–. Hablándonos a nosotros.

Yo no entendía nada.

–¿Y dónde están sus piernas? –susurré al fin ante aquel embrollo.

Era lo que estaba buscando Tere desde que me había despertado aquella mañana. Así que empezó a reírse mirando a mi padre, que también sonreía.

Yo no sabía lo que pasaba. Pero estaba claro que se estaban riendo de mí. Y además estaba asustado. Así que me entristecí de repente y empecé a llorar quedamente, a pesar de que en aquella caja ya sonaba una canción que, con el tiempo, me llegaría a gustar mucho y que empezaba así: "Yo soy aquel negrito del África tropical que, cultivando, cantaba la canción del Cola Cao…".

Mi padre me abrazó entonces.

–Germán, Germán, es un invento, yo te lo explico ahora… Te gustará, no llores. Es una radio…

Pero Tere no pudo evitarlo.

–Llorica, llorica…

Hasta que mi padre la miró como él sabía hacerlo. Y ella se calló ipso facto.

Hoy pienso que, a pesar de que la radio y yo no tuvimos un buen comienzo juntos, sería una compañía maravillosa en todos los años siguientes. Me gustaban y me trasladaban a no se sabía qué lejanos, pero a la vez entrañables mundos, aquellos personajes de "Matilde, Perico y Periquín" con aquellas voces que hoy sería capaz de reconocer entre un millón: las de Matilde Conesa, Pedro Pablo Ayuso y Matilde Vilariño.

Y también recuerdo de forma entrañable aquellas canciones que sabían despertar en mi corazón de niño los sentimientos que entonces llenaban mi pecho, sin dejar vacío rincón alguno y que se sostenían en las dos firmes columnas que eran mis progenitores: "Di papá" y, sobre todo, "Madrecita del alma querida", que continuaba luego con aquel verso tan bonito: "en mi pecho yo llevo una flor…".

Nunca habrá nada tan importante como los padres en los primeros años de nuestra vida. Eran ellos como verdaderos dioses a nuestros ojos, protectores y poderosos, a quienes recurríamos entonces para que nos solucionaran todos nuestros problemas. Y nosotros, a cambio, les dábamos un amor tan incondicional como indiscutible. Un amor que, hoy lo sabemos, no

admitía parangón con ningún otro y que vivía entonces, en aquellos años, su momento de máximo esplendor.

Capítulo 2

¡Que viene el "Sacamantecas"!

Lo malo era que los padres no estaban siempre a nuestro lado. El pueblo de Sacecorbo era entonces un pueblo hacendoso. Tan hacendoso como podía serlo el que más. Porque en los pueblos, los padres estaban siempre, o casi siempre, en el campo cuidando las tierras o los rebaños de ovejas y cabras. Y los niños nos criábamos en la calle. Con un cuidado lejano de algún hermano mayor o de algún abuelo que ya fuera muy viejo.

Y teníamos que superar nuestra fragilidad de niños pequeños y desvalidos y nuestro terrible miedo a un montón de cosas: las cosas que no entendíamos, las cosas de mayores, animales grandes y pequeños que nos amenazaban, el miedo a la oscuridad, a la soledad, el miedo a no ser aceptado, a que se rieran de ti, a ser el tonto, o el inútil, o el pato, o el chistoso del pueblo. Porque todos los pueblos tendían al simplismo y a la clasificación, sin matices, de todos los miembros de su comunidad. ¡Y, ay, si caías en alguna de las casillas desfavorables! ¡Salir de allí podía ser tan difícil como hacerlo de una profunda sima!

Hoy repaso mis miedos de hombre adulto y viejo. Porque el miedo sigue instalado ahí, en nuestro interior. Como una emoción profunda e intensa que nos acompañará siempre. Y, aunque han desaparecido algunos, como los fantasmas, cuando das la luz, no dejo de pensar en ellos. En cómo nos limitan y nos aherrojan pero, también, en cómo nos protegen y nos cuidan. Superar los miedos inútiles y convivir con los necesarios debería ser asignatura obligatoria en los colegios. Pero ni entonces ni tampoco ahora, según creo, se enseña nada de esto. Así que en aquel tiempo lo aprendíamos en la calle y ahora quizá en la tele y en los móviles.

Yo vivía en la carretera, que delimitaba la linde sur del pueblo. Y, al otro lado de la misma, enfrente de las casas, tras sus tapias que los cercaban, estaban los huertos y las hileras de chopos que se criaban al lado de los barrancos y, más allá, los campos y los primeros montes que dominaban el paisaje: en un extremo, a la izquierda, por donde se perdía la carretera, lleno de bruma y lejanía, aparecía el otero de Canales, más a su derecha el Picozo, que era una montaña imperial y simbólica en el pueblo; enfrente, los montes de los Calzaízos y, a la derecha, las cumbres de la Vega, que llegaban hasta la carretera que iba a Canredondo y, luego, a Cifuentes.

De día era un paisaje lleno de colores y de luz. También de alegría, porque por aquella vía, por la carretera, llegaban al pueblo, o lo cruzaban, casi todas las personas que se acercaban al mismo.

Pero, por la noche, el único que deambulaba por allí era el "Sacamantecas".

Yo nunca lo vi, es cierto. Aunque me lo imaginé muchísimas veces. Y corrí, sintiendo que me perseguía por detrás, otras tantas más.

El "Sacamantecas" se usaba para todo.

Que yo no dejaba de jugar en el suelo con mis amigos y no quería ir a comer, o a lavarme, o a la fuente a llenar el botijo, entonces Tere, o el tío Castañas, o quien pasara por allí en aquellos momentos gritaba:

–¡Germán, haz caso! ¡Que si no, llamo al Sacamantecas!

Y entonces yo hacía caso ipso facto, siempre. O casi siempre.

Aunque algunas veces salía respondón. Sobre todo a mi hermana Tere.

–No me da la gana –le contestaba– ¡Y que sepas que yo también lo llamo!

Entonces mi hermana me sacudía una torta y yo por fin lo entendía. Y obedecía, claro.

Así que yo también lo empleaba con mi hermano pequeño Pepín. Cuando se ponía pesado y no dejaba de llorar, me acercaba a él y le decía:

–Pepín, o te callas o llamo al Sacamantecas y te come crudo.

Entonces Pepín se asustaba y se ponía a llorar más fuerte todavía. Y yo no me atrevía a darle una torta de lo pequeño que era. Así que lo cogía en brazos y le decía:

–Pepín, cállate ya, hombre. Que no viene el Sacamantecas. ¡Y si viene aquí estoy yo para defenderte!

Y Pepín se callaba entonces y yo me sentía mal. Yo no me hubiera enfrentado al Sacamantecas por nada del mundo.

A veces, en los días de verano, nos quedábamos a jugar hasta tarde: al escondite o a subirnos por el tronco rugoso y lleno de recovecos del olmo que estaba en la plazuela.

Jugábamos chicos y chicas de todas las edades, todos juntos. De repente, uno de los mayores gritaba y echaba a correr como alma que llevaba el diablo.

–¡Que viene el Sacamantecas!

Y el resto de los grandullones echaba a correr también, disfrutando al ver cómo los más pequeños huíamos detrás de ellos a toda prisa. Todo el mundo desaparecía de allí en un santiamén.

A mí, una vez, me pilló subido en el olmo. Y, cuando quise reaccionar, todo el mundo se había marchado ya.

Me quedé allí solo. Lleno de oscuridad y de silencio. Sintiendo cómo las sombras se acercaban a mí.

Así que me metí en un agujero dentro de la piel del olmo y allí estuve conteniendo la respiración un buen rato y con los ojos cerrados. Como si así fuera imposible que el Sacamantecas me viera. Y, desde luego, yo a él.

Cuando vinieron todos los demás salí de mi escondite como si nada hubiera pasado.

Y seguimos jugando hasta que alguien gritó de nuevo:

–¡Que viene el Sacamantecas!

Y se repitió la liturgia de las carreras en desbandada. Yo siempre había luchado con todas mis fuerzas por no quedarme el último. Pero, a partir de aquel día, corrí, quién sabía por qué, con menos ganas.

Un día me salió una verruga encima del nudillo de un dedo. Mi madre me dijo que no me preocupara. Que se me caería y se iría como había venido.

El problema era que estaba en un sitio donde siempre acababa rozándome y haciéndome sangre. Jorge, el Peliblanco, que era un chico unos años mayor que yo, se me acercó una tarde.

–¡Mala cosa! –me dijo–. Por donde te toque la sangre te saldrán muchas más. Se te llenarán todas las manos de verrugas.

Yo odiaba las verrugas. Ya me veía con las manos siempre en los bolsillos avergonzándome de ellas el resto de mi vida.

–¿Y qué puedo hacer? –le pregunté.

–Vente conmigo –me dijo.

Fuimos a su casa, donde tenía un pozo en el corral.

Entramos y cogió de la cocina unos dientes de ajo y un cuchillo y salimos afuera de nuevo. Y allí, nos sentamos en un poyete que había también en el corral.

Me estuvo restregando el ajo por la verruga.

Luego, cada uno nos quedamos con un diente de ajo en la mano, de los que había utilizado para frotarlos contra mi verruga.

Nos situamos como a diez pasos del pozo y nos acercamos a él repitiendo:

–¡Muere, verruga taruga! ¡Ahógate en las aguas de la laguna!

Cuando llegamos al pozo, me dijo que tirara mi diente de ajo en él. Y lo observamos un momento cómo flotaba en el agua.

Yo no sabía qué decir. Al final musité:

–Pero esto no es ninguna laguna.

–Da igual –me dijo secamente. Vamos al olivo.

Había un olivo grande y viejo en el corral.

Nos pusimos también a unos diez pasos. Y repetimos de nuevo mientras nos acercábamos:

–¡Verruga, taruga! ¡Vete al árbol y conviértete en oruga!

Y él dejó su diente de ajo pegado a la piel del olivo.

Luego me dijo:

–Si se te quita me deberás obediencia eterna.

Yo la verdad es que porque se me quitara la verruga hubiera dado la vida.

–Sí… Si se me quita.

Pero no se me quitó. Y nunca más volví a hablar con el Peliblanco de ello. El Peliblanco era un chico que no hacía gavillas con los chicos de su edad. Y siempre se le veía frustrado y haciendo perrerías a los pequeños.

La verruga se me acabó quitando. Dicen que a raíz de que la mujer del tío Castañas me la rociara con agua bendita y yo rezara con ella cinco padrenuestros, mirando dentro del brocal del pozo de su corral, diciendo al final:

–¡Profundo pozo, devuélveme mi gozo!

Hombre, a mí me pareció más adecuado. Ya le había dicho al Peliblanco que lo suyo no iba a salir, porque el pozo no era una laguna.

Yo a lo que tenía un miedo terrible era a la oscuridad. Y, sobre todo, a los muertos que se me aparecían en ella.

A mí mi padre me encargaba, en aquellos mis primeros años, dos cosas al día. La primera era que ayudara a mi hermana Tere a traer el agua desde la fuente, cargando con dos botijos pequeños y, en eso, mi hermana era inflexible ante cualquier distracción o excusa por mi parte. Íbamos los dos juntitos y, a la vuelta, ella me esperaba para que yo hiciera los descansos y me cambiara los botijos de mano hasta que llegábamos a casa.

La segunda era que subiera a la cámara, o al camarote, que de ambas formas llamábamos a la última planta, la tercera, de la casa, que estaba abuhardillada y que era un auténtico cachivache de trastos y otras herramientas y enseres de labranza.

Tenía que ir hasta allí, porque también estaban los trojes, o trojas, donde se guardaba el grano recolectado para uso doméstico, que se destinaba, mayormente, para dar de comer a nuestras dos mulas, las cuales, cada noche, después de un día intenso de trabajo venían a dormir a la cuadra, que estaba situada en la planta baja.

Pues bien, yo tenía que subir hasta los trojes con el cebadero, que era como una fuente grande y redonda, llenarlo de cebada y llevarlo a la cuadra para alimento de las mulas.

A mí aquello me daba una pereza enorme y también un cierto escalofrío. Y eso que por el día la luz entraba por un ventanuco estrecho y, aunque todo aquel espacio estaba lleno de sombras, podía uno, mal que bien, manejarse entre ellas.

Así que, casi siempre, yo me iba demorando y llegaba la noche y yo no había hecho mi recado. Mi padre, como es lógico, se enfadaba y me ordenaba que lo hiciera inmediatamente. Entonces mi madre, al verme tan apesadumbrado, me acompañaba y me daba la luz de la escalera, aunque mi padre no le dejaba subir conmigo el último tramo de la misma. Quería que lo hiciera yo solo.

La última bombilla estaba al principio del último tramo precisamente. Producía una luz mortecina que amenazaba con desfallecer y apagarse, flaca de potencia y escasa de ganas de alumbrar.

Cuando yo llegaba al final de la escalera, ya estaba por encima del nivel de la bombilla y no veía absolutamente nada. Tenía que acercarme al troje, sentarme en su barandilla o arrodillarme en el suelo, meter las manos en la cebada, que siempre estaba fría, llenar el cebadero con ellas y bajar la escalera como alma que llevaba el diablo.

Amén del riesgo de pringarme con alguna caca de gato que siempre la hacían sobre los cereales allí remansados, yo sentía un auténtico terror en aquellos instantes mientras cogía la cebada con mis manos y oía muy claramente los ruidos de la carcoma en las vigas del tejado sintiendo cómo las sombras cambiaban de posición a cada movimiento mío.

Me armaba de valor y hacía las cosas a toda velocidad y bajaba la escalera mirando cada dos por tres para atrás, con la sensación de que alguien trataba de cogerme o, cuando menos, de observarme.

Hasta que un día, algo se me cruzó entre las piernas. Era suave y se movía como una serpiente. Di un grito tremendo, solté el cebadero que cayó rodando con el grano por las escaleras y bajé las mismas de cuatro en cuatro. Mi madre me esperaba en el rellano y me abrazó. Estaba blanco.

–¡Germán, no te asustes! Ha sido el gato. ¡Morito, te he dicho que no andes por ahí! –decía mientras me alisaba el cabello y me cubría de besos.

Yo no sabía si había sido el gato o no, pero me juré a mí mismo que no volvería a subir de noche al camarote nunca más.

Y menos, cuando empecé a tener un miedo terrible, un miedo casi patológico a los muertos.

Un día estaba, ya de noche, con un chico de mi calle, Julián, sentado en un poyete al inicio de la cuesta de San Roque. Era un chico un par de años mayor que yo, pero bajo y gordito. A mí me gustaba estar con él, porque me parecía de mi misma edad.

Nos habíamos quedado un momento en silencio cuando, de pronto, Julián miró al cementerio que coronaba el final de la cuesta.

–¡Mira, Germán, los fuegos fatuos!

Yo no había oído lo de los fuegos fatuos en mi vida.

–¿Qué es eso, Julián? ¡Yo no veo nada!

Pero seguí el índice de Julián y me pareció percibir como unas luminosidades que salían por encima de las tapias del cementerio

–¿Los ves ahora? Son las almas de los muertos.

Lo dijo mientras se levantaba a toda prisa.

Y empezamos a correr cada uno a nuestra casa sin mirar atrás.

En casa se lo conté a mi padre.

–Bueno –me dijo– yo no creo en ellos, hay quien dice que son las almas de los muertos que siguen vagando por ahí. Pero también se ven en otros sitios que no son los cementerios. Donde hay charcos y lodos, o restos de plantas y animales. Cuando se pudren emiten una serie de gases luminosos. Y eso es lo que viste.

Pero yo no acabé de quedarme tranquilo. Porque existir, existían, los fuegos fatuos. De eso no me cabía duda.

Por aquel tiempo me hice también monaguillo. Yo apenas sabía leer, pero era un chico con aspecto tierno y con la cara de ángel, que debía quedar muy bien, vestido con los roquetes. Así que mi abuela Guillermina, que era muy religiosa, habló con el cura para que me admitiera lo más rápidamente posible. Una vez que me supiera las contestaciones que había que dar al párroco en la misa, claro. En latín, por supuesto.

A ello me dediqué con aplicación los días siguientes. Mi hermana Tere me leía lo del "Confiteor Deo omnipotenti, beatae Mariae semper Virgini, beato Michaeli Archangelo, beato Ioanni Baptistae, sanctis apostolis Petro et Paulo…", que era larguísimo, y me enseñaba cuando contestar lo del "et cum spiritu tuo" y yo me lo iba aprendiendo de memoria, repitiéndolo una y otra vez para que no se me olvidara.

Siempre había sido un chico de buena memoria, uno de mis fuertes, sin duda. Así que en pocos días me presentaron a don Marcelo, un cura a la vieja usanza, que llevaba ya muchos años en el pueblo.

Y tuve la suerte, o el infortunio, de que otro de los monaguillos, un chico ya mayor, se fuera a Madrid a trabajar con su tío electricista y, como teníamos que ser doce, como los doce apóstoles, don Marcelo tiró de la lista de reservas y allí estaba yo, que me convertí así en testigo del Señor que, en Sacecorbo, era, sin lugar a dudas, don Marcelo.

Y a los pocos días, casi sin preparación alguna, tuve que ejercitarme en mi nuevo cargo. Un tío segundo o tercero mío se puso malísimo, vamos que se moría. Y llamaron a don Marcelo para que le diera los Santos Óleos, es decir, la Extrema Unción. El último sacramento.

Acababa de anochecer y yo estaba jugando en la plaza al rescate con otros chicos y chicas de mi edad. De repente salió don Marcelo de su casa, junto con un hijo de mi tío. Todos los niños nos paramos un momento. Entonces don Marcelo miró a ver si había por allí alguno de sus doce y me vio.

–¡Germán, pasa conmigo a la sacristía! –me dijo, mientras andaba con celeridad hacia la iglesia, seguido por el hijo de mi tío Celedonio que lo seguía como alma en pena.

Así que no me quedó más remedio que alcanzarlos a los dos corriendo.

En la sacristía don Marcelo se vistió con rapidez, poniéndose el alba y el cíngulo y cruzándose una estola. A mí me señaló un armario y allí cogí rápidamente un roquete de mi talla y me lo puse mal que bien.

Luego don Marcelo abrió otro pequeño armario y cogió los óleos.

A continuación salimos los tres. El resto de los niños, al verme tan importante, me envidiaba. ¡Aunque mucho menos que yo a ellos! Hacía unos días que había sido lo de los fuegos fatuos y me temía lo peor.

Llegamos a casa de mi tío Celedonio después de andar por las calles que estaban tremendamente a oscuras.

Nada más entrar en la casa, empezamos a oír los lloros y los lamentos desgarradores de mi tía Carmina y de sus otros dos hijos.

Subimos la escalera que se me hizo interminable, porque me temblaban las piernas como flanes y pensaba que, en cualquier momento, iba a caerme para atrás y entonces al que tendrían que dar los óleos sería a mí.

Llegamos al dormitorio de mi tío Celedonio. Mi tía Carmina se aproximó y, santiguándose, le besó el anillo a don Marcelo y luego se apartó para que nos acercáramos al lecho.

Mi tío Celedonio estaba como sin sentido. Con los ojos cerrados e inmóvil. Únicamente, de vez en cuando, parecía que no podía respirar y lanzaba unos sonidos tétricos y espeluznantes. Yo lo había oído a los viejos: "Cuando te llega el gorgojo, malo. De esa ya no sales". Y mi tío Celedonio tenía el gorgojo. Y no iba a salir de esa. Eso lo sabíamos todos.

Don Marcelo me dio, para que se la sujetara, la caja de los óleos y la abrió. A mí me temblaban las manos a más no poder. Entonces don Marcelo se apiadó de mí y me habló:

–Tranquilo, Germán, que esto no va contigo. ¡Y Dios te da fuerzas! –me dijo mientras me sujetaba con las suyas las manos para transmitirme su confianza.

Seguro que me lo dijo solo para que no se me cayeran los óleos por el suelo. Pero yo se lo agradecí.

Luego fue ungiendo la frente y las dos manos del tío Celedonio que, como si lo intuyera, no gorgojeó en todo el tiempo.

–Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad.

–Amén –contestamos todos.

De repente, cuando ya don Marcelo había cerrado la cajita de los óleos y estaba diciendo las últimas oraciones, mi tío Celedonio abrió unos ojos como platos y, después de recorrer con su mirada la de toda su familia, terminó por clavarla en mí y exclamó:

–¡Huye de la muerte! ¡Huye de la muerte, te digo!

Y, luego, cayó muerto.

Mi tía Carmina dio un grito desgarrador. Y a mí me temblaron las piernas. Más que eso. Se me doblaron allí mismo y me caí redondo al suelo. Aunque eso sí, sin soltar ni por asomo la caja de los óleos.

Cuando nos fuimos a dormir y me metió mi madre en la cama le pedí que durmiera conmigo aquella noche. Y ella me abrazó y se metió junto a mí en mi pequeño lecho.

Hasta mi hermana Tere se mantuvo en silencio. Dando muestras por primera vez, del respeto que tenía por lo que había hecho.

Pero, claro es, vinieron otras muchas noches. Y yo, a veces, tenía unas pesadillas terribles. Me veía, en sueños, huyendo de la muerte por un pasillo interminable. Corría todo lo que podía. Pero mi tío Celedonio corría más que yo y se acercaba cada vez más.

Sí, la vida en los pueblos de entonces y su reverso, la muerte, se ofrecían, abiertas en canal a todo hijo de vecino, sin importar ni edad ni condición, sin máscara, ni protección alguna.

A veces pienso que ni aquello era bueno, sobre todo para niños como yo, ni tampoco lo de ahora, donde todo se oculta y se esconde, y toda la gente vive, o malvive, medio adormecida y atontada frente al televisor, que solo da fútbol y chismorreos.

Porque el nivel de vida ha aumentado mucho, pero el nivel de felicidad sigue, a veces lo pienso, bajo el mismo rasero.

Un día se murió la Rosarín. Tenía la friolera de nueve años. Era una niña dulce y silenciosa, que te miraba quedamente con sus ojos lánguidos, como si nunca tuviera prisa. Y no parecía tenerla. Siempre con sus movimientos lentos y cadenciosos y una sonrisa casi triste en sus labios.

El carpintero del pueblo le hizo una cajita a su medida y la pintó luego de blanco. El hijo del carpintero, Angelín, que era de mi misma edad, nos invitó a verla a cuatro o cinco chicos que estábamos jugando al gua en la plaza.

–¿Queréis ver la caja de Rosarín?

–¡Claro!

Así que recogimos nuestras canicas y le seguimos encantados.

Pero cuando llegamos a la carpintería, se acababan de llevar la caja para meter en ella a Rosarín, que estaba ya expuesta encima de su camita en su casa. Y allí no dejaban pasar a los niños. Así que tendríamos que esperar a que fueran a enterrarla.

El entierro era por la tarde, después de la misa de cuerpo presente.

Yo fui a la sacristía como todos los monaguillos. Bueno, casi todos, porque siempre había alguno que estaba ayudando a su padre en el campo o en las ovejas. Cosa que ponía furioso a don Marcelo que, por la ausencia de sus acólitos, detectaba la falta al templo de sus padres, lo que le irritaba sobremanera, máxime si era domingo, fiesta de guardar o un acontecimiento tan importante y desgarrador como el que nos ocupaba.

Hubo una época en que, incluso, pasaba lista el tío a la salida de la iglesia, para bochorno de los ausentes, que quedaban así retratados como ateos o como blasfemos, vaya usted a saber. Se oyó también, yo no supe nunca si era cierto, que en determinadas festividades de renombre, como el Corpus o Viernes Santo, tenía instruido al cuartel de Cifuentes para que una pareja de la guardia civil se diera una vuelta por los campos para recoger a todas aquellas ovejas descarriadas que, a lo mejor, estaban cuidando, ellas también, de sus propias ovejas.

Pero, bueno, a lo que iba: nos reunió allí en la sacristía y nos observó uno por uno. Y, dirigiéndose a mí, después de mirarme fijamente, comentó.

–Germán, tú ayudarás esta tarde. Tú eres el más pequeño y lo lógico es que estés presente en el entierro de la pequeña Rosarín, que Dios tenga en su gloria. Te acompañará Felipe que ya tiene experiencia en estas lides.

Efectivamente, Felipe era un monaguillo veterano que debía andar ya por los catorce o quince años.

El féretro de Rosarín se instaló allí, en el centro de la iglesia, sobre una pequeña mesa vestida con un mantel negro. Resaltaba mucho la cajita blanca sobre el luto riguroso de la mesa. Pero a mí lo que me llamó más la atención fue la pequeñez de la caja en aquel templo tan enorme. Era como si Rosarín todavía resultara más pequeña, casi insignificante.

Durante la misa, yo apenas la vi, porque entonces el altar estaba de espaldas a los fieles, pero sentía su compañía, como si estuviera arrodillada también muy cerca de mí, mirando los santos del retablo con aquellos ojos suyos tan lánguidos y tan tristes.

De camino al cementerio la llevaban justo delante de nosotros y, no sé por qué, me dio por pensar que no me importaría estar con ella metido también en la caja, rodeados del cariño de todo el pueblo y convertirnos los dos en ángeles que se aparecerían luego en el sueño del resto de los niños. Porque el cuerpo de Rosarín era un muerto bueno, no como aquellos rostros crispados y deformes de gente mayor que yo veía en otros entierros y que luego se me aparecían por la noche y me causaban tantas pesadillas.

Con estos devaneos llegamos al cementerio. Yo me lo conocía muy bien porque, antes de

ser monaguillo, iba con mi hermana Tere y nos lo recorríamos mientras enterraban a alguien mayor, del tipo de los que no queríamos ver. Nos gustaba detenernos en las tumbas de los niños y niñas muertos que, entonces, eran no poco frecuentes.

Mi hermana Tere leía las lápidas en voz baja: Carlos se fue al cielo el 23 de agosto de 1960 a la edad de 8 años. Matilde se convirtió en ángel el 2 de abril de 1961 a la edad de 3 años, tus padres y hermano nunca te olvidarán. Eran unas tumbas pequeñas, con cruces blancas y angelitos alrededor. Y todas estaban llenas de flores.

Yo en lo que pensaba era en los niños que se habían muerto antes de mi edad. Lo sentía mucho por ellos, desde luego, pero también yo mismo me reconfortaba por mi suerte. Inclusive experimentaba como un extraño regocijo interior, por haber pasado ya esa barrera.

Y me impresionó muy especialmente la tumba de un chico que se llamaba Isidro, que había muerto a la edad de 6 años. Yo entonces tenía cinco años y medio y, me dio por pensar que, a lo mejor, yo también podía morirme cuando cumpliera esa edad, o inclusive antes, y estuve unos días hipocondríaco perdido, máxime cuando preguntamos a su madre de qué se había muerto y nos dijo que de un catarro mal curado. Yo por aquellos días arrastraba una tos perruna y apenas podía respirar por la nariz.

Aquel día del entierro de Rosarín llegamos hasta la tumba abierta. Había llovido y la tierra estaba embarrada y en el fondo de la misma se veía agua. Me acordé de su carita dulce y del frío que iba a pasar allí dentro Rosarín, aunque yo no podía hacer nada para evitarlo.

La pusieron sobre la misma mesita de mantel negro de la iglesia y don Marcelo, que estaba flanqueado por Felipe y por mí a la cabecera del féretro, cogió el hisopo del acetre que yo portaba en mis manos y roció de agua bendita la caja mientras rezaba unas oraciones en latín. Todo el acompañamiento contestó con Amén. Y entonces abrieron la caja para que la familia pudiera despedirse de Rosarín.

Yo desde la cabecera veía su tez absolutamente pálida y sus pestañas que me parecieron larguísimas y, sobre todo, sus manitas vestidas con unos guantes blancos, sujetando un librito de tapas de nácar de cuando la primera comunión y llevando un rosario entre los dedos.

Su madre y su padre estallaron en un llanto terrible mientras la besaban una y otra vez y no podían separarse de su hija por nada del mundo. Al final, otros familiares tuvieron que retirarlos de ella casi a la fuerza y se quedaron allí, a un lado, desolados y llorando a mares.

Se acercaron entonces dos primas de Rosarín, de unos quince o dieciséis años, con una rosa blanca cada una para depositarlas en la caja. Entonces la madre, al verlas, empezó a dar grandes gritos, mientras caía al suelo embarrado y quedaba sentada en él, mesándose los cabellos.

–¡Me la habéis matado, me la habéis matado! ¡A mi Rosarín, mi Rosarín… que era la niña más buena del mundo!

Las dos chicas echaron las rosas rápidamente en la caja y desaparecieron entre la gente, como si no fuera con ellas.

Nunca se supo a ciencia cierta qué había pasado. Rosarín había muerto de repente al entrar en una habitación de su casa, que era una especie de trastero lleno de ropas viejas y tarabancos.

Probablemente le falló el corazón. Todo el mundo decía que era una niña delicada y débil.

Pero también circuló el rumor, por un tiempo, que sus dos primas para sacudirle su sosería, estaban escondidas en el trastero y, cuando Rosarín fue a entrar en él, salieron de sus escondites vestidas de fantasmas y le arrearon tal susto a la pequeña que le dio un síncope mortal allí mismo y se fue para el otro barrio.

Luego, todo se fue olvidando y la gente dejó de hablar de ello. Y le dio por otros temas, claro. Pero yo cada vez que iba al cementerio siempre me pasaba por su tumba y le ordenaba las flores. Nunca olvidaría su carita de ángel, con aquellas pestañas tan sedosas y aquel corazón tan bueno que tenía Rosarín.

Sí, hoy pienso en Rosarín, mientras veo llover por la ventana. El agua se lleva todos los recuerdos, todas las vidas, que desaparecen por los sumideros que llevan a la nada. Y nuestros miedos también desaparecerán un día con nosotros porque, a veces creo, que ellos y nosotros somos la misma cosa.

Tal vez sea solo que hoy estoy un poco triste. A veces me falla la memoria y no recuerdo dónde he dejado las cosas. Y, entonces, me encuentro solo y confuso, en este mundo enormemente extraño.

Y veo a la gente que viene caminando por la calle bajo sus paraguas en silencio. Sé que hay muchos que viven asustados. No hay trabajo para todos y la gente pierde sus casas. Los jóvenes no tienen destino alguno y en la tele solo dan malas noticias sobre el futuro. El miedo siempre gana la batalla.

Tal vez sea solo que hoy me acordé de Rosarín. Una niña inocente que murió de golpe. Llena de miedo, terriblemente asustada.

Capítulo 3

La escuela: aprendiendo a aprender

Hoy me han traído de Sacecorbo unos membrillos. Para que inunden de campo con su olor mi despacho, este sitio donde tengo mi ordenador y escribo todos los días en este diario de recuerdos.

Más o menos por aquella época empecé yo a ir a la escuela. En Sacecorbo al edificio de la escuela, siempre nos hemos referido en plural como "las escuelas", por la escuela masculina y femenina que estaban adosadas la una a la otra en un solo inmueble.

Probablemente el edificio de la escuelas era el más bonito de todo Sacecorbo. Ocupaba una gran parcela en el camino de la fuente, mirando a todos los huertos de la Pontecilla, con la imagen majestuosa del gran Picozo al frente, por donde serpenteaba, llena de curvas, la carretera comarcal que iba a Canales del Ducado y a Ocentejo.

Eran dos inmuebles de dos plantas, simétricos y adosados, que ocupaban el centro de la parcela. La parte de la izquierda era el edificio de las chicas, con un jardín a la entrada lleno de lirios, yerbabuena, palma rizada, rosales con rosas de varios colores y un murete de enredadera agarrado a la balaustrada de alambrada que rodeaba toda la parcela. Había también un patio cercado donde las chicas jugaban durante el recreo al cornito, la estornija, el balón prisionero, el rescatado o rescate, el pañuelo, la maya o la jerová (también llamado jeová) y otros juegos fundamentalmente femeninos.

La planta baja la ocupaba la vivienda de la maestra y en el segundo piso estaba la escuela propiamente dicha, con una gran aula donde había pupitres para unas treinta o cuarenta niñas, iluminada por unos espaciosos ventanales que daban sobre el Picozo. Al frente estaba el encerado, la mesa de la maestra y la estufa de leña, que era el único medio de calentar aquella enorme estancia. Completaban la planta algunas pequeñas dependencias anexas y la leñera.

El edificio de los chicos era exactamente igual, aunque en el patio dominaba el juego del fútbol, también el de "a la una andó la mula" que consistía en distintos tipos de saltos sobre compañeros agachados, el gua, el tango con su hita o chito donde se colocaba dinero o chapas y el "churlos" en el que había dos equipos, uno de ellos que formaba una especie de cadena, enlazados sus miembros al meter la cabeza cada uno en las piernas del siguiente y otro que saltaba precisamente sobre esa cadena y la cabalgaba con el objetivo de que todos sus miembros pudieran montarla, para lo cual los primeros saltadores debían hacerlo cuanto más lejos mejor.

Julián, el chico con el que había visto los fuegos fatuos y que vivía en mi misma calle, pasaba un día a la altura de mi casa y le pregunté.

–Oye, Julián, ¿a dónde vas con esa cartera?

–Pues voy a la escuela, ¿por qué no te vienes conmigo?

Y sin encomendarme a nadie me fui con él.

Cuando llegamos el maestro me preguntó:

–¿Cuántas letras conoces?

–Ya sé leer –le dije–. Y también cuento hasta trillones.

–Eso está muy bien Germán. A ver, lee esto –me dijo poniéndome una página del catecismo.

Me escuchó y luego continuó.

–Hoy te quedas con nosotros y luego le dices a tu padre que venga a hablar conmigo.

Y así entré en la escuela, de forma excepcional, porque todavía no tenía los seis años. A mí me habían enseñado a leer mis padres y mi hermana Tere las noches de invierno mientras estábamos alrededor de la lumbre, con el gato roncando a mi lado. Mi padre me ponía cifras de 18 números y yo las iba separando en grupos de tres en tres con un puntito y luego se las cantaba. La verdad es que todo aquello me gustaba mucho.

Y también admiraba un montón al maestro don Manuel, que estaba casado con doña Nati, que era la maestra de las chicas. La pena es que al año siguiente se fueron a otro pueblo.

De hecho, empecé a decir a todo el mundo que de mayor yo quería ser maestro. El maestro era entonces muy respetado, y estaba investido, o revestido, de una autoridad indiscutible.

–Aquí le traigo a mi hijo para que lo desasne –le decía a don Manuel, en la puerta de la escuela, el padre de Lucas, a quien llevaba medio arrastrándolo de una oreja.

A Lucas no le gustaba la escuela, sino estar matando pájaros con su tirachinas con el que tenía una puntería excepcional.

–Y si le tiene que sacudir, don Manuel, ya sabe usted, mano dura y tente tieso. Y a ti, Lucas, ya te lo he dicho, por cada torta del maestro yo te daré dos más cuando llegues a casa.

¡Eso era confianza absoluta en la enseñanza pública! Sí, señor. Entonces a los maestros no les pasaba lo que ahora, que se tienen que pelear, según me dicen, con los alumnos y, sobre todo, con sus padres.

De lo que yo no era, tal vez, consciente, era de lo poco que ganaban los maestros.

–¡Ganas menos que un maestro de escuela! –se le decía a algún desgraciado cuando no podía estar más infrapagado.

Así que la escuela era un sitio de orden, de estudio y de escasos recursos, empezando por el sueldo del maestro. Allí todo se confiaba al método. Un método rotundo, un método casi militar: "La letra con la sangre entra".

¡Hombre, la sangre no llegaba normalmente al río! Pero sí a una serie de reguerillos y riachuelos afluentes y aledaños.

A ver, para empezar estaban los capones, de los que había varios tipos. Los peores eran los del nudillo del dedo medio, salido para fuera, que casi te producían un abollón en el cuero cabelludo y tenías la necesidad de rascártelo durante varias horas luego.

El tiramiento, o estiramiento, de las patillas para arriba producía un dolor incisivo e hiriente, que se trataba de evitar poniendo el penado los pies de puntillas todo lo alto que podía.

Las orejas también eran otro destino frecuente del método. Estaba el simple tirón, que era casi como "un orejón" de cumpleaños para penas leves, merecedoras solo de simples toques cariñosos de atención. Y luego, el tirón con retorcimiento del apéndice auditivo, que el sufrido alumno trataba de mitigar levantando la cabeza para acompañar el giro de la oreja.

Aunque algunos maestros, con callo y colmillo retorcido, le retorcían al tiempo al chaval, valga nunca mejor que en este caso la redundancia, la otra oreja en sentido contrario, ante lo cual no había nada que hacer, sino aguantar a que se pasara el temporal. Eso sí, cuando el dolor cesaba, quedaba luego la afrenta y el señalamiento de unas orejas granates, a veces amoratadas, que permanecían así durante horas, al tiempo que se instalaba en ellas una comezón digna de los más intensos sabañones.

Luego estaban, cómo no, las tortas. Que podían ser de frente, tipo bofetada, simple o doble, es decir en uno o en ambos carrillos, para lo cual el mejor remedio era levantar el codo y

cubrirse con él el flanco en cuestión. Había verdaderos artistas en esta técnica, que conseguían que no hubiera nunca un impacto nítido en la cara, hasta que el maestro se frustraba o se cansaba y desistía. Luego estaban también los impactos por detrás llamados coscorrones o collejas. Solía ocurrir como colofón a la bronca previa. Cuando el alumno se giraba y se iba para su sitio. Tras el regaño del profesor llegaba por detrás el coscorrón con alguna advertencia final.

–¡Y no lo vuelvas a hacer más, atontado! ¡Que me tienes muy harto!

A veces era también el corolario final, precisamente, de las frustradas tortas laterales abortadas por la ágil guardia del alumno. El maestro amagaba:

–¡Anda, vete a tu sitio, que ya has tenido bastante por hoy!

Entonces, el héroe de los codos se relajaba y se daba la vuelta, sonriente y mirando a sus compañeros. Y, antes de que pudiera reaccionar, le caía un collejón por entre el cuello y la nuca que le hacía trastabillarse como un beodo camino de su asiento. Y toda su gloria anterior acababa en el pozo de los desengaños.

Y en un método de orden no debían faltar nunca las reglas. No solo las normas de cumplimiento, sino las reglas de verdad. Que eran de madera, a la vez consistente y flexible.

Los reglazos podían ser de dos tipos: sobre la palma de la mano abierta, que no dolían mucho, aunque sonaban y amedrentaban al resto de chicos un montón y los de mala leche, que se daban sobre las yemas de los dedos y las uñas, una vez que el maestro ordenaba recogerlos en cucurucho y ponerlos mirando para arriba. Eso dolía en cantidad, sobre todo a las chicas a las que gustaba dejarse las uñas largas.

Por último estaba el reglazo infame, aunque no infrecuente, que era sobre los nudillos, con las manos estiradas y las palmas boca abajo. Eso solo ocurría con los alumnos realmente chinches, o tras alguna noche en que su mujer le hubiera dado largas al maestro o hubiera tenido con ella una gresca considerable.

Las reglas eran el instrumento ortodoxo para los correctivos físicos en la escuela, así como en casa solían ser los correazos. Del cinturón del papá, claro. Las madres solían utilizar la zapatilla, con la que daban azotes en el culo del hijo rebelde. Lo malo es que las primeras llevaban aparejadas también los segundos, en el mismo lote, como bien le había aclarado al niño Lucas su padre.

Recuerdo ahora a un niño de mi edad que, encima, tenía nombre de chiste. A Jaimito aquel día el maestro le surtió de un buen número de reglazos en ambas manos. Cuando terminó la escuela, recogió sus cosas a todo correr. Como algunos días salíamos juntos le pregunté:

–Jaimito, a dónde vas tan corriendo, ¿no me esperas hoy?

–No, Germán. Hoy tengo que llegar pronto a casa.

Yo al principio no lo entendí. El porqué de tanta prisa, quiero decir. Si en su casa en cuanto le preguntaran que qué tal en la escuela y contara lo de los reglazos del maestro le iba a caer allí, además, lo suyo. Y eso es lo que le dije:

–¿Por qué? No entiendo la prisa.

Él me contestó mientras se iba a toda pastilla.

–Quiero llegar antes de que esté mi padre. Mi madre me da más suave con la zapatilla que él con el cinturón.

Y desapareció escaleras abajo.

Sí, en la escuela las reglas se llevaban la palma. Pero, a veces, el maestro por probar otras cosas o, simplemente, porque no las tenía a mano, utilizaba otros objetos variopintos.

Recuerdo al maestro más bruto, y con mucha diferencia sobre el resto, que tuvimos.

Un tal don Lupicinio, que en gloria esté (después de una larguísima estancia en el purgatorio, quiero decir).

Pues bien, don Lupicinio, cuando estaba de espaldas a la clase escribiendo en el encerado y oía algún murmullo, se revolvía como una culebrina y, en cuanto identificaba al infractor, que lo solía hacer a bulto, le lanzaba desde allí mismo lo primero que tenía a mano, que solía ser el cepillo de borrar la tiza.

Como digo, entre la identificación a ojo de buen cubero y su mala puntería, el receptor del cepillazo solía ser un alma inocente que, además, podía tener hasta la mala suerte de que el cepillo le golpeara por el lado de la madera y no del borrador de tela propiamente dicho. Con lo que solía criar un buen chichón que era la rechifla de sus compañeros. Para más inri, en el golpeo el polvo de tiza quedaba flotando sobre él como una especia de aura punitiva que acababa poniéndole el jersey perdido y, sobre todo, que le señalaba como penado para el resto del día.

Pero una fría mañana de invierno en la que estábamos en silencio, haciendo caligrafía los más pequeños, muestras como se decía entonces, y cálculo los más mayores, don Lupicinio se pasó de la raya. Estaba el hombre, como siempre que hacía mucho frío, pegadito a la estufa y echando tarugos en ella sin parar. Entonces ocurrió.

A Lucas, que siempre era un pupas, se le cayó el tintero en el pupitre y luego éste fue rodando hasta verterse sobre los pantalones de su compañero Manolo, el cual estaba tan concentrado en sus cálculos que, al sentirse mojado, pegó un alarido de aúpa.

Don Lupicinio que, probablemente, estaba dando una cabezadita, medio atufado por el calorcillo, se despertó dando un respingo e, identificando como culpable a Manolo, que se había puesto en pie, le lanzó el tarugo que tenía en la mano. Probablemente no calculó la fuerza, medio dormido como estaba, pero el hecho es que le pegó tal tarugazo al pobre niño en un lado de la cabeza que el pobre se desplomó sobre las baldosas chorreando sangre y tinta por doquier.

El maestro se asustó sobremanera y con otros chicos mayores le estuvieron dando aire y ayudando a levantarse al pobre Manolo, que estaba como ido. Y luego le lavaron la herida con agua abundante y le pusieron un esparadrapo que fueron a pedir a la maestra, que siempre tenía cosas y cachivaches varios, para ocasiones como ésta.

Lejos de pedirle don Lupicinio disculpas al pobre chico, en cuanto se enteró de que el causante de todo era el pobre Lucas, la cogió con él y le puso la cara como un mapamundi, de tortas que le dio.

Además, si bien a Manolo no llegó a tocarle nunca más y lo halagaba y le daba coba sin parar, a Lucas no había día que no le sacudiera. Bien es cierto que ya antes de este episodio le sacudía a menudo, porque Lucas era un desastre con los estudios pero, a partir de aquello, todos los días le tocaba la rifa y, por extensión, a todos sus compañeros, que salíamos con él en corro a decirle la lección a don Lupicinio.

Por aquel entonces ocurrió en el pueblo una cosa extraordinaria que también sucedió en algunos otros lugares y de la que también se ocupó, de otra manera y referida a otro pueblo, una película muy famosa: Bienvenido Mister Marshall.

Sí, los americanos habían llegado a Sacecorbo. Además de traernos su famosa leche en polvo, iban a construir unas jaulas enormes para criar faisanes y, luego, ya en libertad, poder disfrutar cazando a estas gallináceas por los montes.

Pues bien, dentro de los actos de recibimiento y bienvenida, se acordó que un grupo de niños

y de niñas, entre los que me encontraba, deberíamos portar cada uno una banderita con cada una de las letras de la siguiente frase: "Bienvenidos a Sacecorbo".

Como mástil de dichas banderitas se utilizaron los troncos de una brazada de mimbres de doña Urraca, que eran de primerísima calidad, los mejores del pueblo. Los escolares los estuvimos pelando para dejarlos blanquitos y también, luego, recortamos el papel para las banderitas y pintamos las letras.

Inocentes de nosotros, que no intuíamos entonces dónde acabarían yendo a parar todos aquellos palos redondos, flexibles y largos, ya despojados de sus banderas, cuando la fiesta se acabara.

Pues como habrá adivinado ya el sagaz lector, terminaron en las manos de don Lupicinio. Y, a partir de ese momento, el maestro abandonó las tradicionales reglas y empezó a utilizar los mimbres que, además, producían unos atemorizantes silbidos, al descender por el aire buscando nuestras palmas.

Como decía antes, don Lupicinio la había tomado con Lucas y con los chicos de su edad, entre los que me encontraba (probablemente para no ser acusado de centrarse exclusivamente en el pobre Lucas, a quien le tenía una tirria bereber) y todos los días, por una cosa o por otra, sufríamos todos nosotros sus mimbrazos en nuestras manos.

Hartos ya de estar hartos, sobre todo el pobre Lucas, nos devanábamos la cabeza en todo momento sobre la forma de poner fin a tamaños vergajazos.

Hasta que Lucas dio con la solución un día. Al parecer la idea provenía de su abuelo. Y estaba contrastada y bien contrastada, habiéndose utilizado también en las aulas y con rotundo éxito sesenta o setenta años antes.

Así que una mañana, antes de ir a la escuela, nos pasamos por la casa de Lucas y allí nos rociamos las manos de ajo, bien rociadas, pasándonos un diente por ellas de arriba abajo hasta que se desgastaba.

El ajo, al parecer, bloqueaba el dolor y no se sentía apenas nada y además se rompería la regla o el mimbre del maestro cuando nos golpeara.

Lucas me miró y me dijo, delante de todos:

–A ver, Germán, pon tu mano.

Yo no lo veía claro.

–¿Por qué yo?

Pero él ya me había cogido una de ellas. Además Angelín había añadido lo de siempre.

–¡No seas llorica ni cagueta!

Así que no me quedó más remedio que dejarla extendida delante de todos.

Entonces Lucas agarró un trozo delgado de tabla que tenía su madre para quemarlo en la cocina y me arreó un buen tablazo con él.

–Germán, ¿a que no duele?

Yo salí del apuro creo que hasta con ingenio.

–Yo creo que no. Que pruebe otro a ver. Por ejemplo, Angelín.

Angelín me miró un tanto pasmado mientras estiraba la mano.

–Pero dale fuerte, Lucas. ¡Como no duele…! –me consolé nada más decirlo, la verdad es que la mano empezaba a picarme.

Y Lucas se esmeró. En la fortaleza del golpe, quiero decir. Tanto que Angelín dejó escapar un grito de dolor. Aunque luego lo remedió rápidamente.

–Nada, no duele. Ha sido solo el susto –exclamó aparentemente sereno, mientras retiraba la mano que parecía medio dormida.

Entonces Jaimito, que tampoco parecía verlo claro, susurró:

–Pero la tabla no se ha roto.

Se hizo un silencio espeso. Hasta que Lucas lo quebró.

–A ver, Jaimito, atontado. ¿Es que yo soy maestro? Solo se rompe con los maestros, ¿no te digo?

Y a partir de ahí la cosa quedó meridianamente clara y nos marchamos todos a la escuela.

A última hora de la mañana había catecismo. Y don Lupicinio nos llamó, tan amable como siempre.

–¡A ver, el grupo calavera, que venga!

Y allí salimos todos, haciendo un semicírculo frente a él, que estaba sentado en su butaca, a un lado de su mesa.

La verdad es que nos envolvía un pestazo a ajo irrespirable. Don Lupicinio nos miraba de uno en uno mientras aguzaba el olfato.

Agus no lo pudo resistir y empezó a reírse con aquella risilla nerviosa que se le ponía cuando estaba cagado.

–Agus, ¿qué pasa?, ¿de qué te ríes?

Agus nos miró a todos y no pudo evitar continuar riéndose. Y eso que trataba de taparse la boca con la mano.

Don Lupicinio estaba que trinaba.

–¡Agus, pon la mano, a ver si así se te quita la risa! –y cogió de la mesa lo más cercano que tenía, que era su antigua regla.

Agus extendió su mano. Y volvió a mirarnos sin poder contener la risa. Don Lupicinio levantó la regla, pero no a la altura normal, sino mucho más alto. Entonces Agus se asustó de verdad y se le pasó la risa ipso facto.

Don Lupicinio blandió la regla en el aire y luego la descargó con una violencia inusitada sobre la mano del pobre Agus que cerró los ojos. No sin antes, en un acto involuntario y reflejo, retirar la mano en el último instante para evitar aquel reglazo monumental.

Entonces el golpazo fue a parar contra la esquina de la mesa de don Lupicinio. Hubo un estruendo tremendo y la mitad de la regla saltó por los aires dos metros por detrás del maestro que se quedó como pasmado, con media regla en la mano.

Todo el corro de mi grupo, y toda la clase, no pudo evitar una carcajada general.

Don Lupicinio entonces, con la cara desencajada, fue a por uno de los mimbres, de los que guardaba en un armarito detrás de él.

Después ordenó extender las dos manos al pobre Agus y le estuvo sacudiendo, en una detrás de la otra, un buen rato, mientras le decía:

–Tú verás, Agus. Yo sigo esperando a que tú me digas, a que me expliques, lo que está pasando.

Y Agus hubo un momento en que empezó a llorar. Y a cantar de plano, claro.

Entonces don Lupicinio agarró un cabreo bereber y sacó todos los mimbres del armario.

–Pues vamos a ver si se rompen. Y vosotros, tranquilos, ¡como no os duele!

Y estuvo probando todos los mimbres con todo el grupo, sin dejar ni uno. Aquel era un concierto de ayes y de quejidos sin fin. Cuando terminó con nosotros, teníamos las manos que nos ardían y como dormidas, incapaces de agarrar con ellas el lápiz.

Lo peor de aquello fue que se comentó por el pueblo entero. Y todo el mundo estaba en nuestra contra, claro. Allí la autoridad del maestro era indiscutible y no podía ser puesta en cuestión jamás.

En mi casa mis padres no nos habían tocado nunca, ni a mi hermana ni a mí, fuera de algún pequeño azote en el culo. Pero yo aquel día me temía lo peor. De hecho estuvieron hablando antes con algunos otros padres.

Mi hermana Tere y yo estábamos muy seriecitos escribiendo en nuestros cuadernos, cuando llegaron ambos a casa. Mostraban unas caras serias y avergonzadas. Yo empecé a encontrarme muy mal. No podía soportar ver sufrir a mi madre por mí.

Mi padre me llamó.

–¡Germán, ven aquí conmigo! –me dijo muy serio mientras se llevaba la mano al cinturón.

Mi madre se quedó con mi hermana Tere en la cocina y yo salí con mi padre en dirección al comedor.

Cuando llegamos, mi padre tenía ya el cinturón en la mano. Entramos y yo me puse de espaldas a él.

Esperé unos instantes, que se me hicieron muy largos. Porque allí no pasaba nada.

Entonces oí como el cinturón de mi padre caía al suelo y a continuación me sujetaba por el hombro.

Luego me dio tres azotes fuertes, con la mano abierta y me dijo.

–Espero que no vuelva a ocurrir.

–No –musité, mientras me volvía y salía de la habitación con la cabeza baja.

–Y ahora vas a subir a llenar el cebadero.

–Ya lo he hecho esta tarde –le respondí, contento de haber realizado una cosa bien durante el día.

–Pues subes a por otro.

Mi madre salió de la cocina dispuesta a acompañarme durante el primer tramo de escalera, como siempre. Pero mi padre la detuvo.

–Déjalo. Si ha sido tan valiente para una cosa, bien puede serlo para ésta.

Cogí el cebadero en silencio y lo hice todo muy concentrado para no equivocarme. Tenía la cabeza tan ocupada en ello que aquella vez no tuve miedo alguno.

Afortunadamente, la escuela terminaba en dos semanas y encima a don Lupicinio le dio un lumbago terrible que lo tuvo tres días en cama.

Y, aunque no nos libramos de algún mimbrazo más, aquel curso se pasó y luego vinieron otros profesores que no eran tan brutos como don Lupicinio. Ni por asomo. Y que sabían enseñar mucho mejor que él. Dónde iba a parar.

Aunque Lucas quería seguir siendo un héroe. Y no paraba de recordar lo sucedido.

–Pero, ¿se rompió o no se rompió? Eso es lo importante –decía cada vez que recordábamos nuestra hazaña y aquella carcajada que nos había sabido a gloria.

Sí, no todos los maestros eran como don Lupicinio. Afortunadamente. Y tenía mucho mérito ser maestro entonces. Y es que, además de pagarles poco, sabían que su misión allí era poco o nada valorada.

Porque para aprender a arar bien o cuidar de las ovejas no hacían falta ni libros ni lápices. Y allí los niños empezaban a trabajar cuanto antes. Porque todos los brazos, inclusive los bracitos, eran necesarios. Y los padres tiraban de sus hijos para que les ayudaran a sobrevivir y a mantener a sus familias. Y si eso suponía que faltaban días a la escuela, pues qué se le iba a hacer, ¡más se perdió en Cuba!

Muchos de los padres apenas sabían leer y allí estaban. No se sentían menos que nadie.

Para el tema del papeleo con el pueblo ya estaba el Secretario. Lo importante era aprender el oficio de la tierra. Que allí era lo único que había.

Y si, encima, el niño no mostraba mucha predisposición, pues entonces todo resuelto.

Como Lucas que, curiosamente, con los nuevos maestros que no pegaban, se empezó a aburrir soberanamente y prefirió irse a las ovejas y poder dispararles a los pájaros todo el día con su tirachinas. ¡Qué puntería tenía el tío!

Aunque, por lo general, lo padres trataban de que sus hijos aprendieran a leer, a escribir y las cuatro reglas, a saber: sumar, restar, multiplicar y dividir. Cuando el maestro empezaba con las raíces cuadradas y la regla de tres y aquello del Carrete partido por cien, era el tiempo de abandonar aquella cosa y empezar con la importante: la tierra.

–Mira, Ricardito, vete dejando de monsergas y te echo una piara de ovejas.

Y Ricardito estaba encantado. Se lo pasaría bomba con los pastores y las pastoras, todo el día por el campo, dando silbidos, lanzando piedras con la onda y mandando sobre el rebaño y su perro.

–Y si se te queda algo pendiente, ya verás cómo te espabilan en la mili.

Y se echaba el candado a la formación académica, por así decirlo. Para adentrarse en la vida. En empezar a hacer la gimnasia de lo que sería tu profesión hasta que te murieras. A mirar todos días al cielo, pero no para pedir explicaciones o aclarar dudas sobre tu futuro, sino para aprender a entender el tiempo y sortear sus inclemencias con la mayor sabiduría posible.

A mí todavía me quedaba mucho para eso. Y encima me gustaban los libros. Me gustaba su olor y también el aroma a tinta y a plumillas. Y a las mondas de lapicero cuando lo pasabas por el sacapuntas.

Y practicar la tabla de multiplicar. Nos llevaba el maestro a una de las habitaciones y allí aprendíamos cantando: dos por una es dos, dos por dos cuatro, dos por tres seis…

–Ya me voy por la tabla del cinco –le decía, orgulloso, a mi madre, cuando llegaba a casa.

Además, como yo ya sabía leer, el maestro me ponía con los más pequeños a enseñarles la cartilla.

–A ver Luisín, qué letra es ésta…

Le preguntaba al chisgarabís señalando la i.

–I de iglesia –respondía tan contento el chavalín, observando el dibujo de la iglesia que se parecía a la del pueblo.

–¿Y ésta?

–O de ojo

–¿Y esta otra?

–U de uva –y señalaba un racimo de uvas, que en el pueblo se llamaba galpa, y que se mostraba perfectamente dibujado.

Sí, hoy precisamente un amigo me ha enviado un whatsapp que me ha recordado de golpe todo aquello. A veces pienso que los recuerdos y los pensamientos presentes forman parte de la misma madeja. Que nosotros solo somos lo que fuimos, lo que nos ha traído hasta aquí.

El mensaje de mi amigo decía lo siguiente:

¿Cómo aprendemos? Aprendemos el 10% de lo que leemos, el 20% de lo que oímos, el 30% de lo que vemos, el 50% de lo que vemos y oímos, el 70% de lo que discutimos con otros, el 80% de lo que hacemos y el 95% de lo que enseñamos a otros.

Tal vez por eso a mí me gustó siempre enseñar, aunque nunca hubiera oído hablar hasta hoy

de esta estadística. Y esto lo empecé a aprender en aquella escuela. Porque cuando enseñas, al primero que lo haces es a ti mismo.

Tal vez sea esto también escribir: mostrar, enseñar a otros lo que llevas dentro. Que, quizá, solo sea una forma de recuperarlo para siempre, de que no se quede ahí, en algún rincón oscuro de tu memoria, perdiéndose en los recodos del olvido.

Así que hoy tecleo en mi ordenador con más ganas. Y con más esperanza. Y con algo que me reconforta por dentro de una forma extraña. Porque siempre me gustó mucho aprender. Quizá tanto como enseñar. Y por ello lo que quería yo entonces era llegar a ser un buen maestro.

Pero no como don Lupicinio (ojalá esté todavía en el purgatorio, plantando miles de mimbres que pueblen los campos y formen, al mecerse con el viento, una alfombra de ocres, una marea de suavidad que reconforte la vista al mirarlos), sino como aquellos abnegados maestros que se llamaron: don Olegario, y don Zacarías, y don Eloy y, por supuesto, don Manuel, mi primer maestro, a quien no olvido, ni olvidaré jamás.

Con ellos aprendí a escribir a plumilla, a emular a aquellas letras elegantes que figuraban en los textos antiguos con trazos gruesos y finos a un tiempo. A dibujar ríos y mares que yo nunca había visto y que me hacían soñar con viajes imaginarios hasta confines remotos. A aprender de la historia y a forjar en mi mente infantil mis primeros héroes: me atraía mucho el personaje bíblico de David con su onda, enfrentándose al gigante Goliat y, sobre todo, Don Pelayo, Viriato y el Gran Capitán, que conformaron mi primera trinidad de héroes. Hombres valerosos, hechos de una pieza, incansables, atrevidos, con una meta en el horizonte a la que se dirigían sin vacilación ni duda alguna.

Y aprendí también el mundo apasionante de los números donde todo cuadraba y solo había una verdad única, lógica, inexorable. “Y si no estás seguro, hazle la prueba del nueve”, repetía don Olegario. Ahí se acababa toda discusión.

A mí me encandilaba esa perfección, ese mundo tan bien hecho de los números que, si hacías las cosas como debías, siempre te respondían con el resultado exacto. Y siguen haciéndolo. Los números forman parte de las pocas cosas inmutables de mi vida, que se han mantenido fiel a su lógica, con el paso de los años. Y eso está bien. Ojalá todo se pudiera traducir a números. Pero ahí está el problema: que hay cosas, emociones, sentimientos, creencias, afinidades, atracciones que no se pueden explicar con las meras cifras. Y por ello su resultado siempre es incierto, inesperado y hasta sorprendente.

Aunque don Zacarías, a quien chiflaban las matemáticas, siempre nos decía: “Chicos, hay que tener espíritu matemático. Porque todo se puede convertir en números. Y si hoy no es posible, algún día lo será. Todo lo explicarán las fórmulas y las cifras”. Y medio siglo más tarde cuánta razón hay que darle al bueno de don Zacarías. ¡Cuánto ha avanzado el mundo en esa dirección! Quizá en la dirección que más.

Capítulo 4

Bolas de nieve

Pero el mundo infantil de entonces era todo menos matemático. Y, quizá, hoy sigue siendo igual. Aquel mundo infantil de Sacecorbo era una atmósfera vital llena de juegos, de miedos, de

amores, de obligaciones y reglas, de paisajes pintados con los colores de la inocencia y de la ilusión que solo existirían, de aquella manera y con aquella fuerza, en aquellos años mágicos.

Ya entonces se decía: “Este niño es muy pequeño, todavía no tiene uso de razón”. Y el uso de razón, o sea, ser racional, lógico, se cifraba entonces en el comienzo de la edad de los siete años. Un suponer, claro.

Además, a la razón se oponía, o se superponía a veces, la fuerza. Los chicos podían llegar a tener la razón, pero además tenían muchas veces la fuerza. Aunque las chicas tenían otra cosa. Nosotros no sabíamos exactamente lo que era, pero tenerlo, lo tenían.

Entonces nevaba de lo lindo. Había veces en que había hasta un metro, o más, de nieve.

Mi madre nos decía:.

–Hoy no vais a la escuela. A ver si os vais a pegar una caída…

Entonces nos dábamos una vuelta en la cama que nos sabía a gloria y, luego de estirarnos un rato y saborear el calorcillo de las sábanas, mirábamos por la ventana a adivinar las misteriosas figuras que la escarcha había formado en los cristales.

–¿Y tú qué ves? –me preguntaba mi hermana Tere.

Yo miraba un momento. En poco tiempo lo tenía clarísimo. Y así se lo decía a mi hermana, lleno de contento por haberlo adivinado tan rápido.

–Veo a Don Pelayo, matando un sarraceno. ¡Mira cómo lo sujeta! ¡Y esa es su espada! –señalaba yo con el índice apuntando a un reguerillo de escarcha que tenía forma de espada.

Pero ella me mostraba su desencanto.

–Ah, era eso…

–¡Claro! –contestaba yo animoso.

Y como ella seguía mirándome como si fuera un marciano, yo continuaba con la claridad.

–¡Está clarísimo! –y luego añadía para que no hubiera lugar a dudas– ¡…Superclarísimo!

Tere entonces desviaba sus ojos hacia la otra pared, como cuando quería demostrarme que mis opiniones no contaban nada para ella. Así que no me quedó más remedio que preguntarle yo.

–¡A ver…!, ¿ y tú qué ves, lista?

Entonces mi hermana Tere miró un momento al cristal y luego al techo, con ojos soñadores.

–Veo a Camilo y a Luscinda

–¿A quién? –le pregunté yo aparentemente extrañado. No porque no supiera quiénes eran, sino para mostrarle mi total desacuerdo con lo que ella veía.

–Sí, hombre. Los príncipes de Samarkanda…

Yo lo sabía muy bien. Estaban en unos tebeos de chicas que circulaban por allí.

–Pues yo no veo nada. Estás totalmente equivocada… –dije ya sin mucha convicción.

Ella dio por supuesto el terreno ganado.

–¿Y sabes lo que están haciendo? Fíjate bien. En el centro.

Yo, al principio, no quería fijarme, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

–En el centro, dónde… –añadí a regañadientes.

–Uy, qué soso. Pues ahí, ¿no lo ves?

Yo me callé. Lo de soso ya me estaba afectando. Era un niño muy sensible.

Ella continuó con una voz entre picante y glamurosa. Como hablaban los mayores cuando había niños delante.

–¡Se están dando un beso! –y me miró, sabiendo que ese terreno me daba mucha

vergüenza.

Yo, que ya estaba totalmente descolocado y desarmado, arremetí con furia contra ella.

–¡Eso es una guarrería! ¡Guarrería!

Y me revolví, cogí mi almohada y traté de darle con ella.

Pero allí, yo no sé si imperaba la razón de mi parte pero, desde luego, no la fuerza. Cuatro años se notaban. Aunque a mí me decían que tenía mucho nervio en las peleas. Sí, pero con nervio solo no se ganaban.

Nos estuvimos dando con las almohadas un buen rato. Seguro que yo me llevaba la peor parte. Cuando me di cuenta de que mi suerte no iba a cambiar me defendí con el último recurso que tenía. Que era muy bueno, por cierto.

–¡Sí, ya sé que Miguel y tú sois novios! Ahora bajo y se lo digo a mamá. ¡Mamá…!

Y di un grito no demasiado fuerte. Pero fue suficiente.

–No se te ocurra… –dijo, conciliadora, mi hermana– ¡Te dejo mis pinturas!

Tere no me dejaba nunca sus pinturas. Yo me sentí ganador.

Fue a por el estuche a su cabás y vino con él a mi cama. Me lo alargó, pero cuando fui a cogerlo, lo retiró. Lo hizo un par de veces más, hasta que yo, frustrado, me enfurruñé.

–Bueno, anda, pesado. Te las dejo, pero solo la roja, ¿eh?

Sacó la roja, me la alargó y cuando iba a cogerla, la retiró. Me lo hizo un par de veces más.

Aquello era el cuento de nunca acabar. Nunca conseguía nada de mi hermana. ¡Nunca!

Y lo del cuento de nunca acabar también era un invento de ella. Me decía:

–Germán, ¿quieres que te diga el cuento de nunca acabar?

La primera vez le contesté rápido y encantado.

–¡Claro!

Pero, como en todo lo que venía de ella, siempre había truco.

–Yo no te pido que me contestes "¡claro!", lo que yo te pido es que me digas si quieres que te cuente el cuento de nunca acabar.

Yo me corregía entonces, esperando decir lo correcto.

–Sí, Tere. Yo quiero que me digas el cuento de nunca acabar –pronunciaba yo lentamente remarcando muy bien las sílabas.

–Yo no te pido que me digas "Sí, Tere. Yo quiero que me digas el cuento de nunca acabar", lo que yo te pido es que me digas si quieres que te diga el cuento de nunca acabar…

Y así.

Aunque yo no lo sabía expresar entonces, mucho más tarde sí salió una canción que lo sabía decir muy bien: "Las chicas son guerreras".

Pero, a veces, nevaba cuando ya estábamos en la escuela. Y, entonces, en el tiempo del recreo se solían organizar unas peleas monumentales, dreas las llamábamos, con bolas de nieve. Había algunas reglas: "prohibido tirar trozos de hielo o bolas heladas", "no apuntar a la cara" y cosas así. ¿Pero quién medía eso una vez que empezaba la acción?

A mí una vez me dieron un bolazo en el oído, yo creo que fue el Peliblanco, que sentí que me atravesaba el cerebro y me salía por el otro lado, dejándome congelado el interior de la cabeza. Estuve completamente sordo unos minutos, mientras me sacaba la nieve del oído con el dedo. Pero luego me recuperé como si nada.

Un año hubo una pelea con las chicas memorable. Fue el año, me acuerdo muy bien, que estaba don Eloy, un joven y atractivo maestro que bebía los vientos por doña Satur, que era la

maestra de la escuela femenina.

En cuanto se produjeron los primeros escarceos con ellas, tirándonos mutuamente bolas por encima de la valla de separación de nuestros dos jardines, don Eloy se unió gustoso a nosotros, tan gustoso que en unos minutos se puso a nuestro frente y gritaba.

–¡Vamos, marinos, al abordaje!

Y eso quería decir que íbamos a tratar de entrar en el patio de las chicas.

Cargamos pues con todo un arsenal de bolas hechas con la nieve del camino de la fuente y, una vez bien pertrechados, empujamos la puerta del patio femenino.

Ellas parecieron dejarnos entrar, porque allí dentro nos esperaban perfectamente organizadas en dos filas, delante las chicas pequeñas y detrás las mayores, con doña Satur en plan general Custer.

Nos recibieron con un arsenal de bolazos que esquivábamos como podíamos, o nos los tragábamos directamente, a medida que íbamos entrando por el hueco de la puerta. A fuer de sinceros nos dieron lo que no estaba escrito. Pero don Eloy gritaba y gritaba:

–¡Adelante, adelante, que ya son nuestras!

Y la verdad fue que después de sus primeras andanadas, disparamos nosotros y, ahí, la fuerza era la fuerza. Las chicas empezaron a retroceder poco a poco. Hasta que hubo un momento en el que a doña Satur no le quedó más remedio que ordenar retirada.

–¡Vamos a encerrarnos en la escuela! –gritó, mientras protegía a dos pequeñinas.

Y toda la organización femenina se desintegró entonces rápidamente, dándose la vuelta para acceder a la puerta que daba a la escalera y, desde allí, subir por ella a la gran aula.

Nosotros las perseguimos al tiempo que nos proveíamos de nuevas bolas con la nieve del suelo.

Cuando entró dentro de la escuela la última niña, se quedaron las dos chicas más mayores junto con la maestra empujando la puerta, para luego poder echar la llave. Pero ya don Eloy había metido el pie dentro y junto con el Tomasón y el Perico, que eran dos verdaderos armarios, consiguieron reabrir totalmente la misma y franquear la entrada.

Las chicas entonces subían escaleras arriba a todo correr, dando gritos y chillidos.

Las fuimos tirando bolas hasta en la propia clase. Allí se refugiaron detrás de la mesa de la maestra. Y nosotros les lanzamos nuestros últimos proyectiles. Algunos impactaron contra el encerado y se quedaron pegados allí, derritiéndose en unos chorros que certificaban nuestra incontestable victoria.

Don Eloy entonces gritó:

–Ya basta. Está claro que hemos ganado.

Y empezamos a dar la vuelta.

Doña Satur se levantó entonces desde detrás de la mesa y nos vio marchar. Yo me fijé en su cara. Y supe que nos lo haría pagar. Sin prisa, pero nos lo haría pagar. Y muy caro.

Cuando salíamos de la gran aula, Tomasón dijo:

–Don Eloy, ¿es que no nos vamos a llevar nada de botín?

A don Eloy no se le ocurría ninguna cosa.

–Les podríamos robar la leña de la leñera. Este año a ellas les han dado mucha más.

Don Eloy aceptó.

–Bueno, cogedles unas brazadas de tarugos. Solo para compensar, ¿eh?

La verdad es que entramos en la leñera a saco y nos llevamos todos los leños que pudimos.

Allí nadie pensó que el invierno podía ser largo y duro para las chicas. Habíamos ganado, ¿no?

La nieve se pasó y vinieron otros días. Y la calma se restableció.

Nosotros jugábamos a nuestros juegos en nuestro patio. Y nuestras hermanas, primas y vecinas lo hacían en el suyo. Y aquí paz y después gloria. Don Eloy coqueteaba con doña Satur. O eso se pensaba él.

Un día aparecieron Catalina y Merche en nuestro aula. Eran dos pequeñas mocosas de mi edad.

Las vimos avanzar por el pasillo central y se pararon al final del mismo, justo enfrente de la mesa de don Eloy.

–Buenos días don Eloy –dijeron al unísono.

–Buenos días, ¿qué se os ofrece? –les contestó don Eloy, mirándolas con atención.

–Es de parte de doña Satur.

Don Eloy les prestó si cabe mayor atención.

–¿Y qué quiere doña Satur?

–Es que se le ha parado el reloj –dijo Merche.

–Y quería que usted nos dijera la hora –completó Catalina.

Don Eloy se sintió bien, y un poco importante, intentando sacar de aquel pequeño apuro a doña Satur.

–Es todavía pronto, son las doce y diecisiete. Bueno, ya y dieciocho. Pero decidle y diecinueve a doña Satur cuando lleguéis. Para ser exactos.

Ellas contestaron otra vez al unísono.

–Muchas gracias, don Eloy.

–De nada, a vosotras, pequeñas –les replicó el maestro.

Antes de darse la vuelta, Merche habló de nuevo.

–Dentro de un rato volveremos para ver cuánto falta para la una.

–Claro, claro, pequeñas, cuantas veces queráis –replicó el maestro–. Y dadle mis saludos a doña Satur.

–De su parte –contestaron otra vez al unísono ambas niñas y se fueron de vuelta.

Don Eloy las vio marchar. Llevaban sus babis impecables. Y el pelo perfectamente peinado en unas graciosas coletas. Así que no pudo evitar comentar en voz alta.

–Y vosotros a ver si aprendéis. ¡Que yo os vea igual de bien educados!

Efectivamente vinieron otra vez un poco antes de la una para ver lo que faltaba. A la una nos íbamos todos a comer. Hasta las tres que empezábamos de nuevo.

Me acuerdo que aquel día hacía un sol espléndido. Entraba, lleno de fuerza, por los grandes ventanales de la escuela y la inundaba de luz y de calor.

Pero al día siguiente hizo un día de perros. Había helado y el cielo estaba totalmente cubierto de unos nubarrones negros. No debíamos pasar de 2 ó 3 grados de temperatura. Como mucho.

En cuanto llegamos a clase fuimos corriendo a encender la estufa.

Pero nuestra leñera estaba vacía. Allí no había ningún leño.

Don Eloy se dio cuenta enseguida.

–¡Nos la han jugado con lo del reloj!

Efectivamente, en dos viajes nos habían dejado limpios. Las dos pequeñas pasaban al aula y el resto, silenciosamente, nos desvalijaba.

Pudimos recuperar parte de nuestra leña. Pero don Eloy tuvo que enviar a su vez una delegación de chicos y pedirle por favor a doña Satur que nos devolviera nuestros tarugos.

Doña Satur se resistió hasta cinco veces, para gran humillación y correctivo de don Eloy. Y, al final, nos devolvió nuestra leña, que según ella la tenían apartada en otra habitación.

Desde luego resultó ser mucho menos de la que teníamos en un principio.

¡Pero era lo que había! Y, además, doña Satur dijo que no nos la daba, sino que nos la prestaba. ¡Toma del frasco, carrasco!

Pasado el tiempo alguien me contó que don Eloy se había casado con doña Satur y estaban ambos de maestros en Mazarete. ¡No quiero ni pensar en cómo y quién se ponía los pantalones cada mañana en aquella casa!

Había un pasodoble muy famoso por entonces que decía: “La española cuando besa, es que besa de verdad”.

Y aunque las alcarreñas no tenían dedicado pasodoble alguno, que yo supiera, con el tiempo y cuando me fui haciendo mayor, las fui conociendo más de cerca. Nunca dudé de sus capacidades amatorias, cuando se ponían a ello, pero lo que estaba muy claro, tan claro como el agua, es que “los tenían bien puestos”.

Sí, aquellas muchachas garridas y con temple, sabían manejar y encelar a la fuerza bruta como nadie. Y trabajaban, exactamente como ahora, mucho más que los hombres. Mi madre llevaba bajo un brazo a Pepín y con la otra mano hacía la comida, limpiaba la casa o fregaba los platos. Sin despeinarse.

Y la mayoría también iban al campo. Y menos arar, hacían de todo. Eran mujeres de una pieza. Yo conocí, de niñas, a sus hijas y nietas en la escuela. Y, cuando tenía que enfrentarme a alguna de ellas, me sentía perdido de antemano. Como me pasó de mayor. Por ello, yo en principio prefería a las madrileñas aunque, aparentemente, fueran mucho más listas. ¡Vamos, sin dudarlo!

Pero, luego, los sentimientos, por eso que hablaba en el capítulo anterior de que hay sitios donde no llegan los números, te llevaban por donde les daba la real gana. Exactamente como a don Eloy.

Capítulo 5

Abriendo tumbas en Los Casares

Hay días en que vengo a beber a este manantial de evocaciones, que es este libro que estoy escribiendo, decidido y sin vacilaciones. Como si supiera a ciencia cierta por qué y para quién lo escribo. Porque un libro siempre se escribe para algo. Y para alguien.

Pero hoy no es uno de esos días. Hoy no sé qué fin tiene esta destilación de recuerdos. Hoy tengo la mente embotada, como me pasa cada vez más a menudo. Y en ella reina la confusión. Como si presente y pasado no fueran sino solo la misma cazuela donde se cuece el olvido.

Hoy solo tenga clara una cosa. Hoy tengo que hablar de una persona importantísima para mí. Aunque ya no quede nada de él. O apenas nada.

Aquel día había quedado con el tío Ezequiel. Ezequiel Palafox, se llamaba. Un tío segundo que tenía por parte de mi padre. Él era el boticario del pueblo.

La botica era entonces una suerte de farmacia doméstica que, aunque también servía medicamentos que recetaba el médico que vivía en Canredondo y el practicante que vivía en Cifuentes, lo más genuino suyo era proveer a los vecinos de remedios caseros, y un tanto misteriosos también, que aliviaban las dolencias del cuerpo. Y, a veces, las del alma.

También mi tío Ezequiel colocaba huesos salidos de sitio, ponía ungüentos reparadores y aplicaba inyecciones llegado el caso. Según me contó él mismo, estuvo estudiando medicina en Madrid pero, por esas cosas que pasan, acabo distrayéndose en otros menesteres, yo creo que en algún amor imposible sobre todo, y se fue haciendo mayor un poco sin oficio ni beneficio y quedándose en la mitad de ninguna parte.

Por si fuera poco, la guerra le apartó un poco más de la orilla. De ideas progresistas y utópicas, cayó en el bando de los perdedores de la contienda y acabó con sus huesos en la cárcel, de la que salía de vez en cuando para retirar los escombros que provocaban las cargas de dinamita al horadar lo que luego sería la basílica del Valle de los Caídos.

Cuando terminó su condena, ya hecho un cincuentón, volvió a Sacecorbo, de donde una vez había salido con la intención de no volver más a aquel rincón lleno de aislamiento e incultura.

Y, una vez allí, sin tener claro lo que hacer, acabó abriendo la botica ya que tampoco tenía otras alternativas mucho mejores que ésta. Y, sobre todo, que le gustaran más.

En la cárcel había contraído una especie de dermatitis crónica en la rodilla de una pierna, que se había convertido con el tiempo en algo parecido a una infección generalizada en la articulación que le hacía andar medio cojo, inhabilitándolo para el duro trabajo del campo, que era la ocupación mayoritaria en el pueblo.

A mí, ya desde pequeño, me gustaba estar con él. Me pedía que le echara los polvos de talco sobre la herida de la rodilla, por la parte de atrás, la de la corva, que él no se la veía bien. Y luego le ayudaba a vendársela de nuevo con unos retales de sábanas que él cortaba con unas grandes tijeras.

Mientras tanto el tío Ezequiel me contaba sus hazañas y aventuras por las pensiones de Madrid. Y, sobre todo, me relataba las grandes historias de los clásicos de la literatura que él se había leído, alternándolos con los tratados de medicina y aun con preferencia sobre ellos.

Como decía, aquel día habíamos quedado porque el tío Ezequiel quería llevarme al poblado

antiguo de Los Casares, unas ruinas antiquísimas que estaban como a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo. Yo fui a recogerlo a su casa y ya estaba él con un pequeño azadón esperando a la puerta. En cuanto me vio se echó el escabuche al hombro y vino a mi encuentro. Se le notaba muy contento. No debía tener mucha gente el tío Ezequiel que le acompañara gustosa en sus aventuras, como yo, que lo hacía encantado.

Cruzamos por la plaza y nos topamos con el cura don Marcelo. Yo sentí un malestar creciente pues mi tío Ezequiel era de los que nunca iba a la iglesia y tenía fama de estar contra Dios y ser un blasfemo. Pero cuál sería mi sorpresa cuando don Marcelo se acercó a saludarnos muy amable y luego le dijo a mi tío:

–Ezequiel, a ver cuándo me paso por tu casa y continuamos con nuestra última charla sobre filosofía. Yo creo que casi te tenía convencido.

–Bueno, bueno don Marcelo, está bien que así lo piense. Así vendrá más desprevenido y el que le convenceré seré yo.

Me parecieron como dos jugadores de ajedrez, que era un juego al que me estaba enseñando el tío Ezequiel, que libraran una partida definitiva e interminable.

Una vez que se hubo alejado don Marcelo, le expresé mi sorpresa a mi tío por este trato tan amable con el representante del Señor en el pueblo.

–Creí que usted estaba contra Dios y no quería saber nada de curas ni de santos –le dije.

–Contra Dios no exactamente, yo soy ateo que, cuando aprendas latín, verás que significa "sin dios".

A mí me gustaba mi tío Ezequiel y cómo jugaba con las palabras. Como había jugado con don Marcelo.

–Pero lo que es innegable es lo importante que ha sido Dios para los hombres. A la inversa ya no estoy tan seguro. Mira la iglesia por ejemplo –añadió señalándola con el dedo.

–Sí, es muy grande –le contesté–. El otro día que subimos al Picozo me pareció que era casi tan grande como la mitad del pueblo.

–Durante siglos, Germán, y todavía hoy, no ha habido cosa más importante para los hombres que honrar a Dios y a su Iglesia. No importaba el hambre que se pasara y las pobres chozas en que vivía la gente. Pero la Casa de Dios tenía que ser excelsa. Cuando seas mayor, debes irte de este pueblo y conocer mundo. Verás las catedrales tan inmensas, y tan hermosas, que construyeron los hombres. Es innegable el valor artístico y la grandiosidad que tienen. Yo no creo en Dios, pero me conmueven sus catedrales, la verdad. Las catedrales que hicieron los hombres para él, sacando lo mejor que llevaban dentro que es, Germán no lo olvides nunca, el arte.

Yo me quedaba embobado escuchándolo. Para mí mi tío Ezequiel era el hombre más sabio, y con mucha diferencia, del pueblo.

–Te voy a contar la historia de esta iglesia Germán. Que también tiene su mérito. Y es el edificio más antiguo y más importante que tenemos. La antigua iglesia de Sacecorbo no estaba en la Plaza Mayor como la de ahora, sino en un cerro bastante a las afueras del pueblo, a la derecha de la pista que iba a Esplegares. Yo creo que podía ser el Cerro de la Rivilla. Probablemente estaba junto a ella también el cementerio, cosa que era bastante común entonces. Por eso había una leyenda en el pueblo, que todavía subsiste, que el agua del Chorlite que, como sabes está a los pies del Cerro de la Rivilla, sabía a muerto.

Yo me empecé a sentir mal. Recientemente había bebido agua de la fuente del Chorlite. El agua llegaba a los caños después de dar vueltas en una noria, cuyos goznes crujían casi siniestramente al elevar el agua. A mí me fascinaba ver subir el líquido elemento en aquellas

cazoletas pero, al mismo tiempo, y sin saber por qué, aquel profundo y oscuro pozo por dónde ascendía y descendía la noria me producía no pocos y extraños escalofríos, al respirar su olor lleno de humedad y de misterio.

–Tío, no siga por ahí. Que el otro día bebí agua de la fuente del Chorlite…

–¿Y qué, Germán? Todo lo vivo muere y luego la naturaleza todo lo aprovecha. ¿Tú sabes la cantidad de personas que ha habido antes que nosotros? Millones y millones. Su polvo, el de algunas de ellas, a lo mejor lo estamos pisando nosotros en estos momentos… Hay que acostumbrarse a saber que el mundo se asienta sobre los restos de los que ya estuvieron.

Mi tío me vio cómo yo empezaba a mirar el suelo e inclusive apartaba mis pies de cualquier cosa rara que encontraba, así que cambió de registro.

–Lo que había donde hoy está la iglesia era una ermita, la de la Concepción, que quedaba muy a trasmano del antiguo templo. Pues bien, se demolió la antigua ermita y, sobre ella, se construyó la actual iglesia. Se iniciaron las obras en marzo de 1774 y se terminaron justo dos años después. El maestro de obras, lo que hoy llamaríamos arquitecto, fue Juan Antonio Díaz Ramos, natural de Medinaceli.

–¿Y quién pago todo tío? Porque nuestra iglesia es enorme… Debió de costar muchísimo.

–Pues lo que te decía antes, Germán. La Iglesia entonces tenía bastantes recursos y sufragó la mayor parte, al fin y al cabo el edificio quedaba en sus manos, pero la gente del pueblo colaboró sobremanera: trabajando en ella, suministrando toda la arena y madera gruesa que se necesitó y aportando más de un 15% de su financiación, unos 4700 reales sobre un total de 32000, que para los vecinos debió suponer un esfuerzo considerable. Pero, gracias a ellos, a nuestros antepasados, Germán, a los que no hay que temer sino honrar, podemos disfrutar nosotros ahora de este bello monumento. Hay pocas espadañas en el contorno tan impresionantes como la de nuestra iglesia, coronada por los tres elegantes vanos para las campanas. E impresiona también la sólida construcción a base de fuerte y bien tallada sillería…

Yo me quedaba embobado escuchando a mi tío Ezequiel. Ahora entendía más aquel dicho, tan frecuente, de que "el saber no ocupa lugar", sino que te enriquece por dentro como ninguna otra cosa más en el mundo. Porque yo a mi tío lo consideraba algo valioso. Con todas aquellas cosas que tenía en la cabeza y que, cuando se lo proponía, sabía decir tan bien. Lo malo era cuando tropezaba con la pierna mala y empezaba a soltar improperios, claro.

Luego, salimos del pueblo subiendo la cuesta de San Roque. Llegamos al cementerio actual con su gran ermita delante. Entonces la ermita no representaba nada especial para mí. Todavía yo no había sufrido aquel gran impacto que me produjo determinado día.

La ermita era un edificio cuadrado de piedra que estaba siempre cerrado con una vieja y gran puerta de madera. Los niños no sabíamos para qué servía aquel edificio. Decían que había allí guardados unos grandes santos que nunca se sacaban en procesión. Y también picos y palas para hacer las tumbas. Nosotros nos acercábamos a mirar por entre las junturas de las tablas de madera de la puerta, pero nunca lográbamos ver nada, dentro de aquella impenetrable oscuridad que allí había.

Hasta que ocurrió un suceso que nos enseñó para qué se utilizaba a veces la ermita.

Un día apareció muerto el tío Fermín a la puerta de la cuadra de su casa. Tenía la cara destrozada y todos los dientes metidos para dentro según dijeron. Aparentemente le había dado una terrible coz su mula "Fantasía" que, con aquel nombre que le habían puesto los muleros de Maranchón cuando se la vendieron, no podía traer nada bueno, según recalcaban una y otra vez aquel día las beatas y las viejas del pueblo.

Pues bien, aunque el caso parecía que estaba bastante claro, vino la guardia civil de Cifuentes y dijeron que, dado que el tío Fermín había muerto de forma violenta, no quedaba otra que hacerle la autopsia. Y vino hasta el pueblo un médico forense desde Guadalajara.

Se hizo la misa de cuerpo presente como siempre y se llevo el féretro hasta el cementerio pero, en vez de enterrarlo, después de dichas todas las oraciones, don Marcelo disolvió la procesión y toda la gente volvió a sus casas.

Los niños no sabíamos lo que pasaba pero, poco a poco, nos fuimos corriendo la voz de que le iban a hacer la autopsia al tío Fermín en la ermita.

Así que allí me fui yo con mi amigo Julián, el de los fuegos fatuos, que vivía en mi calle y con otros chicos pequeños y grandes. Seríamos en total como unos diez.

Cuando llegamos ya estaba el "Peliblanco" con el ojo pegado en la puerta, mirando por la ranura más ancha que había en ella. Y, muy excitado, nos iba radiando lo que veía al resto en un bisbiseo, para que no nos oyeran los de dentro.

–Han desnudado al tío Fermín… Lo han dejado al pobre en pelotas… ¡Esto es increíble...! ¡Ahora le están cortando el cuello, chicos...! ¡Pero no sale sangre! ¡Esto es la leche! –decía cada vez más excitado.

Nosotros nos peleábamos por buscar también acomodo en la puerta. Pero allí los mayores metían los codos y no había nada que hacer.

Cuando llevábamos un buen rato y los mayores ya se habían cansado de mirar, empezaron a dejar algún sitio libre. El "Peliblanco" giró la cabeza hacia atrás y me vio. Desde el día de la verruga no había cruzado casi ninguna palabra con él, pero parecía como si me debiera algo.

–¡A ver, Germán! ¡Ven aquí conmigo, te dejo mi sitio!

Yo estaba a mitad de camino entre una gran excitación y un gran pavor. Aunque no había logrado entender muchos de los bisbiseos del "Peliblanco", con lo que había oído era más que suficiente para mantenerme en tensión, no sabiendo qué era lo que yo deseaba más, si continuar espiando a través de las ranuras de las tablas de madera o huir inmediatamente de allí poniendo los pies en polvorosa.

Pero el "Peliblanco" me agarró del hombro y me arrimó a la puerta, mientras me decía:

–¡Te vas a cagar, chaval! –con una voz excitada y nerviosa.

Entonces me asomé por la rendija. Y a penas pude respirar.

El tío Fermín tenía la cabeza abierta como una sandía. Y la mitad de ella estaba separada, puesta encima de una mesita auxiliar.

Me aparté como pude de la rendija y eché allí mismo la pava.

Yo debía estar blanco como la leche. Y me sentía sin fuerza alguna, mientras me notaba que me estaba poniendo malísimo.

El "Peliblanco" entonces se rió.

–¡Has sido un valiente, Germán!

Y esto no lo dijo en voz baja. Sino en alto, orgulloso, como si yo fuera uno de sus hijos.

Entonces se oyó una voz de dentro.

–¿Quién anda ahí?

Luego, alguien abrió la puerta.

–¡Putos críos…! –y volvió a cerrarla de golpe.

Allí ya no había nadie. Los chicos bajábamos por la cuesta de San Roque a todo correr. A mí me habían vuelto las fuerzas de repente. Y corría, casi tanto como el día de los fuegos fatuos, en dirección a mi casa y sin volver la cabeza atrás.

Pero, como decía antes, entonces la ermita para mí era solo la ermita. La bordeamos por su lado derecho y cogimos el Camino de la Caseta. Luego cruzaríamos Los Cambronales y el Vallejo del Celipazo, llegaríamos a la carretera de Esplegares y pasaríamos al otro lado, antes de La Moratilla, donde veríamos los restos de Los Casares.

Un camino bastante largo para un anciano medio cojo, mi tío Ezequiel tendría ya más de setenta años, y un pelagatos como yo, que apenas sobrepasaría, si es que llegaba entonces, a los siete.

Yo ya conocía todos aquellos parajes y otros muchos del término de Sacecorbo. A veces me iba con mi padre montado en el carro y dando botes por aquellos caminos llenos de piedras y de repechos. Y, por los veranos, como otros muchos niños iba a acarrear los haces de trigo desde la tierra a la era con las mulas. Aunque probablemente a aquella edad iría acompañando a mi hermana Tere en la mayoría de los recorridos.

Yo, con mi tío Ezequiel, iba fundamentalmente de oyente. Él no paraba de contarme historias del pueblo, suyas propias y también literarias. Las mezclaba todas juntas y yo, a veces, no sabía exactamente deslindar la realidad de la ficción. Yo creo ahora que él, a aquellas alturas de la película, tampoco. Ahí, creo que yo, que empecé a asentar mis cimientos de futuro novelista y hombre de historias.

Mi tío no paraba de hablar y de caminar con el escabuche al hombro. A veces tropezaba con la pierna mala en alguna piedra y soltaba algún improperio.

–¡Me cago en el dios colorado! –era el más frecuente que decía, mientras respiraba hondo y recomponía el aliento y su figura.

Yo tenía mucha confianza con él y a mí no me daban ningún miedo sus exabruptos por fuertes que fueran.

–Pero, ¿no decía usted que no tenía nada contra Dios?

–Esto no tiene nada que ver con Dios, Germán. ¡Esto es un desahogo! –y se paraba hasta que recuperaba el aliento.

Luego, al rato, cansado de hablar, o de caminar, o de ambas cosas a la vez, soltaba un exabrupto de nuevo.

–¡Me cago en la puta de oros! –era otro de sus favoritos.

Aunque a este le solían acompañar otra retahíla, en función del cansancio o del hartazgo que tuviera en aquellos momentos.

–¡Y en la de copas! ¡Y en la de espadas! ¡Y en la de bastos! ¡Y en la madre de todas las sotas! –remataba para que no le quedara duda a nadie de lo enfadado que estaba en aquel instante.

–Mira, Germán, casi que nos vamos a parar un poco y nos sentamos en aquel montadero –decía luego, faltándole la respiración.

Entonces nos sentábamos un rato, aunque él no dejaba de hablar nunca. Tanto si iba caminando como descansando.

–Bueno, tío, y si quiere nos volvemos –le decía yo, que a veces sentía hasta algo de pena por él.

–¡Cómo que volvernos! ¡Eso nunca! –afirmaba con todo énfasis y como dando un puñetazo en la mesa, si allí hubiéramos tenido mesa, claro– ¡Yo solo me doy la vuelta en la cama! –y zanjaba así toda renuncia, toda claudicación.

Aquel día, entre otras muchas cosas, me estaba contando la historia de Los Miserables, de Víctor Hugo.

Cuando me relataba la historia de la madre de Cosette, se refería a ella como una prostituta

que se llamaba Fantine. Recuerdo, como si fuera hoy, cuando él me narraba la escena en la que Fantine estaba en la calle, nevando y haciendo un frío tremebundo, y unos hombres al verla se metieron con ella y al final le introdujeron por el escote trozos de hielo. Y cómo la prostituta Fantine al final caía enferma y solo se preocupaba por el bien y por el futuro de su querida hija Cosette.

A mí me daba mucha pena la pobre Fantine y lo que sería de su hija Cosette, así que al final exclamé:

–¡Pobre Fantine, tío! ¿Pero, qué es una prostituta?

–A ver, Germán. Por eso te digo que tienes que irte de este pueblo. ¡Cuánto antes mejor! Una prostituta es… ¿cómo lo diría yo? Pues en corto y por derecho: una prostituta es una puta, ¿me entiendes?

Yo me llevé una gran sorpresa, la verdad. Aquella palabra tan larga y con tantas tes me sugería a mí otros significados, como institutriz, maestra, enfermera y cosas similares.

Pero, por otra parte, me llamaba la atención de nuevo la cualidad que tenía mi tío de esconder unas palabras detrás de las otras, de tal forma que él dominaba aquel arte de jugar con los significados y llevar a sus oyentes de un sitio para otro a su voluntad.

Y, aunque tal vez no lo supe en aquel momento, algo intuí entonces que llegaría a ver con meridiana claridad mucho más tarde. Aquello era ni más ni menos la literatura. La ciencia, o el arte, mejor dicho, de jugar con las palabras, para que éstas golpearan el corazón, y la emoción y la imaginación de los lectores, de tal forma que el escritor pudiera mostrarles mundos nuevos, que estaban construidos, sin embargo, con palabras que ya existían.

–¿Me entiendes? –me había vuelto a preguntar mi tío.

–Sí –le contesté, aunque yo no sabía muy bien, bueno ni muy bien ni muy mal, lo que era una prostituta y, menos, dicho en corto y por derecho, con cuatro letras. Lo único que sabía era lo que todo el mundo decía: que era algo malo o vergonzante y que servía también para insultar a la gente, sobre todo a los hijos de las mencionadas damas.

Así que lo único que se me ocurrió decir fue:

–¡Pobre Cosette! Qué pena de ser una hija de puta.

–A ver, Germán. No confundamos el culo con las témporas. Que los hijos no tienen ninguna culpa de los pecados de sus padres, y perdona que utilice esta palabra tan religiosa. Además, que ser prostituta no es un pecado, tal vez solo una desgracia, como ser pobre, por ejemplo.

Yo no entendía nada.

–Entonces, ¿por qué se insulta a alguien llamándole hijo de puta? –no pude por menos que preguntar.

–Pues porque ya sabes, Germán, que las palabras pueden ser como caricias o como dardos envenenados. Cuando se utiliza ese insulto es para hacer daño a los hijos, no a los padres. ¿A ti te dolería que te dijeran que tu padre es un ladrón, no?

–Pues claro.

–Pues de eso va la cosa. Cuando se insulta se busca hacer daño a esa persona donde más le duele. ¿Me entiendes?

Ahora sí le entendía. Y perfectamente.

Yo era muy pequeño, pero aún así ya era capaz de reconocer la cuota de maldad que todos llevábamos a veces dentro.

–¿Por qué no somos buenos, tío?

Mi tío se apoyó en un roble que había al lado del camino. Como si de repente se hubiera tambaleado y necesitara el apoyo firme del tronco de aquel árbol.

Pero se rehízo rápidamente. Como si esa pregunta ya se la hubiera respondido él muchas veces.

–Sí que lo somos, Germán. Nunca lo olvides. Pero no olvides tampoco que somos muy débiles, y muy frágiles y muy ignorantes. Y que, a veces, atacamos tanto por eso.

Entonces miré a mi tío y, quién sabe por qué, vi en él todo lo que él me había dicho que éramos.

Y me pareció que llevaba una gran losa cargada sobre él. Como si la vida fuera un gran esfuerzo.

Por una vez me sentí afortunado de ser solo un niño y no llevar todavía aquella pesada piedra.

De repente, nos envolvió a los dos un extraño halo de tristeza. Yo quería sacudírmelo de encima

–Tío, cuénteme cosas del pueblo –le dije como buscando alivio–. Pero de las que no sean verdad.

Llegamos a Los Casares. Parecían unas ruinas muy antiguas. La verdad es que solo quedaban algunos restos de paredes y muchas piedras por el suelo.

–Sí, son muy antiguas –me confirmó mi tío–. Fíjate que no utilizaban la teja.

Efectivamente, miré alrededor y por allí no se veía teja alguna.

–Mira, quiero enseñarte algo –me dijo.

Mi tío tenía un brillo especial en los ojos. Y se había bajado el escabuche del hombro.

Me llevó frente a una gran piedra rectangular que estaba clavada en el suelo. A mí me pareció que podría ser la cabecera de una tumba. Y así se lo dije.

–No andas descaminado, Germán. Una tumba de alguien importante, sin duda. Fíjate que no hay otra igual

Mi tío ya tenía el escabuche preparado.

–¿Qué va a hacer, tío Ezequiel?

–Pues vamos a cavar a ver qué hay aquí debajo. Es algo que siempre quise hacer. Y, mira por cuánto, vamos a hacerlo hoy.

En otras circunstancias yo me habría llenado de miedo. Pero no sabía por qué con mi tío todo era distinto. Además todavía era pronto. Tardaría en anochecer por lo menos dos o tres horas.

Él estuvo cavando un rato. El terreno estaba duro y lleno de cantos. Al cabo de un tiempo empezó a resoplar.

–¡Me cago en el dios colorado!

–Tío, déjeme probar a mí.

–¡Deja, deja! – y prosiguió– ¡Me cago en la puta de oros!

–¡Tío, por favor! Quiero probar. ¡A ver cómo se me da!

La verdad es que todos aquellos improperios ante la tumba abierta, me producían escalofríos. Si es que aquello era una tumba, claro.

Mi tío se apartó un momento.

–Lleva cuidado. No te hagas daño. Que tu madre me mata –mi tío había escavado ya casi medio metro.

De un salto me metí en la tumba y alcé el escabuche. Cerré los ojos. A mí aquel terreno me parecía sagrado.

Pero no pasó nada. Así que seguí cavando cada vez con más ahínco.

De repente, al retirar la tierra, me tropecé con algo.

Era un hueso. En cuanto lo vi me aparté. No quería tocarlo.

–Déjame ver, Germán –me dijo mi tío.

Mi tío cogió el hueso y lo estuvo limpiando. Parecía muy antiguo, pero quién sabía si tanto como las ruinas. Luego sacó el pañuelo del bolsillo, lo envolvió y se lo guardó en él.

Estuvo cavando con frenesí un buen rato más. Pero no apareció nada nuevo.

–¡Me cago en todas las sotas!

Era tiempo de dejarlo. Mi tío sudaba la gota gorda y resoplaba cada vez más cansado.

–Tío, me habló de que, por aquí cerca, usted sabía de un sitio donde había piedras preciosas, ¿no?

Mi tío entonces levantó la cabeza. Y se le iluminó la mirada.

–¡Lo dejamos, pero volveremos! Y no lo dejamos –me miró como un poco avergonzado por aquella claudicación– esto es solo una interrupción. ¡Porque yo me doy la vuelta solamente en la cama!, ¿no te digo? Tengo que comprobar qué tipo de hueso es este. Parece muy antiguo y no lo identifico como de ningún animal. Hoy hemos progresado mucho, Germán. ¡Vámonos al Espinazo!

Le ayudé a salir de la tumba.

–Qué pena. Te mueres y luego no queda nada –dije así, a bote pronto.

–Sí, la vida es muy dura, pequeño Germán. Muy bonita, pero muy dura. Y siempre queda algo. O debe de quedar. ¡Me cago en el dios colorado! ¡Vamos al Espinazo! ¡Vas a ver lo que es bueno!

–¿Usted cree que a nosotros nos recordará alguien dentro de mil años?

Mi tío buscó el apoyo de algún roble, como antes había hecho en el camino. Pero allí no había ninguno. Por eso se trastabilló. Por eso o, quizá, porque había pisado mal con la pierna mala.

¿Y qué es la vida? No lo sé. Quizá trozos de muchas películas que empezamos, llenos de ilusión, también de desconcierto, de empuje y, luego, abandonamos u olvidamos o la vida misma nos lleva a otros paisajes, a codearnos con otros actores, a empezar otros proyectos.

Así que la película final de nuestra vida sería un cosido, una mezcolanza, una cinta llena de añadidos, un poco sin orden ni concierto. Hasta que llega el petardazo final de la muerte que nos pilla, casi siempre, desprevenidos, sin haber hecho el montaje final, definitivo, de la historia de nuestra existencia. Que queda así, inconclusa, inacabada, con todos nuestros proyectos, y nuestros recuerdos, esparcidos sobre la mesa.

Hasta que viene la asistenta, o el hijo, o el nieto y lo recoge todo con el plumero, todo lo que había quedado de nosotros, y de nuestros proyectos, para dejar despejado el sitio y acaba todo en el cubo de la basura. O en una caja en el fondo del trastero o en lo más alto de la biblioteca del salón, donde nadie llega y poner una silla es engorroso, y hasta peligroso.

Por eso yo he querido poner orden en mis recuerdos. Antes de que llegue todo eso. Terrible. Que llegará. Más pronto que tarde, me temo.

Yo lucho por poner orden en mis recuerdos. Pero éstos son como saltamontes que van de aquí para allá, a su libre albedrío. Mi mujer me dice que me desconcentro, que me disperso, que estoy a todo y a nada.

Porque ella no se empeña, como yo, en hacer el montaje definitivo de la película de su vida. Vive el presente puro y duro. Y cuando se pase no quedará nada de ella.

De mí quedarán mis recuerdos. Si es que consigo apresarlos.

Cuando lo consigo, me llena una paz y un gozo íntimos. Que me reconfortan. Que me llenan

de alegría. Trabajo tanto con mis recuerdos que ya lo invaden todo. A veces dudo de si yo soy ya solo un recuerdo más. Todo lo que he vivido, todos los paisajes, las personas que he conocido, que he amado, vuelven y me rodean mientras escribo. Y, no sé por qué, las que siento más cercanas son aquellas primeras del sitio donde nací. ¡Me rodean aquellos bocetos de personas, que son los niños, y ese mundo mirado desde abajo!

Hoy he ido al médico. Hemos ido al médico mi mujer Clara y yo. El médico me ha preguntado que qué tal desde la última vez que me vio. Que qué tal mi memoria.

Todo es muy extraño, porque yo es la primera vez que lo he visto. Me debe confundir con otro, aunque mi mujer se calla y no dice nada. Le he dicho que de la memoria ando fenomenal. Cada vez escribo mejor y me acuerdo de más y más detalles para mi libro.

El médico termina escribiendo en su ordenador y luego me da una receta. Bueno, se la da a mi mujer Clara. Salimos de la consulta. El centro médico es moderno y reluciente. Yo he estado muchas veces aquí. Lo sé por la luz espléndida que entra por la ventana. Y brilla sobre la mesa de cristal de la recepción, donde hay una enfermera joven y bellísima que reconozco al instante. Debe ser una hija o una nieta de Socorro.

Así que me pongo muy contento y se lo digo a mi mujer, antes de acercarme a ella a saludarla y a interesarme por su madre.

Pero Clara me tira de la chaqueta y me dice que otro día. Que hoy tenemos mucha prisa. Así que le sonrío y le digo “Adiós, Socorrito”, aunque ignoro si se llama ella así. Creo que sí, porque me ha sonreído ella también y me ha dicho “Adiós” con la mano. Y luego ha mirado a mi mujer. Pero con una mirada extraña. Claro, porque a ella no la conoce.

Llegamos a casa y me voy corriendo al ordenador, mientras mi mujer sale de nuevo a la farmacia. Cada día disfruto más contando aquellos primeros años de mi vida. ¿Por qué será?

Capítulo 6

Aquel mágico resplandor

Cuando llegamos a las estribaciones de El Espinazo el sol estaba ya en caída libre. Pero mi tío me había dicho que esta vez no era necesario que subiéramos a lo alto de su cumbre que, como su nombre indicaba, era como la columna vertebral, como el espinazo que recorría lo más alto de la planicie, de la espalda de aquella montaña achatada.

Yo ya había estado alguna vez con mi tío Ezequiel en El Espinazo cogiendo setas, que eran allí finas y de gusto exquisito, oreadas por aquella fría brisa que siempre recorría la alta planicie. Caía una fina lluvia, pero también hacía sol aquel día de otoño en que fuimos a coger setas por última vez.

Mi tío se ponía contra el sol, se llevaba una mano a la frente, a modo de visera y exclamaba, señalando con el índice.

–Germán, mira cómo brillan… ¡Allí!

Entonces yo trataba de seguir la punta de su dedo y veía a las setas cómo emitían aquellos destellos entre la llovizna.

–Memorízalas, Germán. Que cuando te acerques perderás el sitio donde están.

Y luego nos acercábamos los dos. Cada uno con su bolsa en la mano. Y con su navaja.

–Nunca te agaches sin tener siempre a la vista las que hay a tu alrededor. O las perderás –me instruía.

Entonces cortábamos todas y cada una de las setas que había en aquel corro, sin dejarnos ninguna. Hasta que mi tío repetía la jugada y localizaba otro. La verdad es que yo me ponía las botas cogiendo setas con mi tío Ezequiel. Luego las repartíamos por la mitad como buenos hermanos y yo se las llevaba a mi madre para que me las hiciera con patatas.

–Tío, tenemos que volver a coger setas este otoño –le dije recordando aquel día.

Él levantó la vista y recorrió la dura pendiente de subida a la montaña.

–Sí, aunque el otoño queda todavía lejos, ¡me cago en el dios colorado!

Vi como apartaba de un manotazo una sombra de tristeza, o de preocupación, que se le había instalado por momentos en la mirada. Y retomaba aquella excitación creciente que le había renacido aquella tarde desde que mencioné las piedras preciosas.

–Es allí –me dijo–, entre ese enebro y aquella encina.

Empezaban a caer las primeras sombras y nosotros caminábamos absortos y en silencio, mirando al suelo, que estaba lleno de cantos y de piedras, de tomillos y de aliagas. Íbamos como los viejos buscadores de oro del Oeste, con la mirada febril llena de trascendencia y de codicia.

De repente, mi tío se agachó.

Luego se levantó y se puso contra el sol, contra sus últimos rayos mortecinos. Exactamente como hacía cuando buscábamos las setas.

Pero ahora tenía como un pequeño canto en la mano. Y lo levantó hacia la luz.

–¡Ven, Germán, antes de que se haga de noche!

Me acerqué y mi tío me extendió el canto. Lo cogí con mis manos temblorosas, que nunca habían apresado ningún tesoro.

Era como una mezcla de cristal y piedra, que tenía tonos rosados y verdosos. Yo no sabía qué pensar, preso de emociones sin cuento. Aunque brillar, brillar, aquello no brillaba mucho, la verdad.

Mi tío me levantó la mano con una de las suyas.

–Ponlo contra el sol, porque ya no hay aquí mucha luz.

Levanté el canto y al principio fue inclusive peor. Me mostraba una cara del mismo, llena de la tierra que lo había impregnado cuando estaba en el suelo. Además por ese lado era un canto normal.

Pero mi tío me volvió a coger mi mano y la giró levemente. Entonces se produjo el milagro.

El sol pasó por una arista del cristal de roca y sacó un destello que casi me cegó. Fue un instante nada más. Luego moví el canto pero ya no volví a coger aquel ángulo mágico.

Por eso aquel momento fue tan especial. Por su brevedad y su magia irrepetible.

Yo estaba anonadado.

–Ha sido maravilloso, tío.

Mi tío se fijaba más en mis ojos que en el cuarzo.

Debían brillar también como nunca lo habían hecho.

Y el sol, después de su hazaña, asimismo desapareció tras la montaña.

Nos quedamos un momento en silencio dejando que las sombras nos cercaran todavía más.

Hasta que mi tío se volvió a poner el escabuche al hombro.

–Se nos ha hecho de noche. ¡Me cago en el dios colorado! ¡Ya verás tu madre, que ya me tiene enfilado!

–No se preocupe por mi madre, tío. A mí me quiere mucho.

–Sí, pero yo no soy su hijo, sino un tío de su marido. Si a algo hay que temer en este mundo, Germán,
es a las mujeres. Y si ejercen de madres, ni te cuento –remató antes de comenzar a andar hacia Sacecorbo a toda prisa.

Sí, caminábamos a toda prisa para alcanzar la carretera. Como si con ella nos encontráramos ya a salvo.

Mi tío ya no tenía tiempo ni para sus improperios. De repente, andaba, casi corría, a trompicones y a resultas de su pierna mala, como si hubiera sido pillado en falta en territorio furtivo y lejano y no pudiera descansar hasta que hubiera llegado dentro de las lindes de lo convencional, de lo cercano y doméstico que, en aquel momento, parecía estar delimitado por la carretera. La cual era como una línea trazada por un delineante con el pulso calmo, antes de entrar en las curvas y revueltas de la Moratilla.

Yo iba tras él, observando su forma desgarbada de caminar, sus desbalanceos por la rigidez de su pierna mala, que le hacían bascular como el palo mayor de un barco en la tormenta.

En una vuelta del camino había un desnivel producido por el agua y el paso de las caballerías, que pisaban siempre en el mismo sitio con sus herraduras. Yo vi cómo mi tío levantó la cabeza un momento antes de llegar allí, para ver cuánto nos faltaba para la raya de la carretera. Entonces, cuando reparó en el desnivel, ya había entrado en él a contrapié. Dio como un pequeño traspiés y luego cayó como un fardo contra el suelo.

Yo, que iba unos cuantos pasos detrás suyo, corrí hacia él. Se había quedado al final boca arriba en una estrafalaria postura con el escabuche al hombro.

El hombre intentó rebullir, pero estaba como encastrado en el desnivel y, por un momento, me pareció como un escarabajo que no pudiera darse la vuelta y ponerse en pie.

–Tío, déjeme que le ayude. Deme su mano.

Mi tío reaccionó por fin, suprimiendo estaciones e improperios intermedios.

–¡Me cago en todas las sotas, si es que no arreglan los caminos! ¡Yo solo me doy la vuelta en la cama! ¡Aguanta un poco Germán, que me levanto!

Yo me echaba para atrás todo lo que podía, mientras mi tío tiraba de mi mano al apoyarse. Pero solo era una cuestión de confianza, no de fuerza. En cuanto mi tío notó que podía hacerlo se levantó sin problemas.

Luego se sacudió el polvo del pantalón.

–Germán, no digas a nadie que me he caído. Esto queda entre nosotros, ¿estamos?

Yo, de repente, mientras él se echaba de nuevo el escabuche al hombro, sentí un cariño enorme por mi tío Ezequiel. Más que el que le tenía ya, que era mucho. Yo creo que muchísimo.

–¡Pierda cuidado, tío! Yo también me caigo y nunca lo cuento en casa.

Llegamos a la carretera. Era ya noche cerrada. Al fondo se veían las luces del pueblo, lejanas y cercanas a un tiempo. Pero el camino había mejorado mucho, ahora tenía un suelo de tierra dura sobre el que era fácil y rápido caminar. Y mucho más descansado y seguro.

En cuanto salimos al desvío del Sotillo, la vi. A mi madre, quiero decir. Estaba en el camino, ya pasada la ermita. La vi con la luz de la luna, porque allí no había bombilla alguna. Aunque yo creo que a mi madre yo la habría visto y reconocido en la más absoluta oscuridad.

En cuanto ella nos vio corrió a nuestro encuentro. Yo me adelanté corriendo también o, tal vez, era que mi tío Ezequiel redujo su marcha al verla.

Mi madre me abrazó.

–Germán, Germán. ¡Estaba tan preocupada!

Y me cubrió de besos.

Mi tío Ezequiel había llegado ya a nuestra altura.

–Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Ha sido solo culpa mía –le dijo a mi madre.

Pero mi madre estaba muy nerviosa todavía.

–¡Usted no le llene la cabeza de pájaros a mi niño! ¡Que luego, a ver cómo acaba!

Mi tío acusó el golpe.

Podía haber bajado la cuesta de San Roque con nosotros. Pero tomó el desvío que llevaba a la calle Mayor y a la plaza.

Y a su casa, que estaba un poco más allá.

No le contestó a mi madre. Solo se despidió de mí.

–Adiós, Germán.

–Adiós, tío Ezequiel. ¡Lo he pasado bomba!

Lo vi un momento caminar cuesta abajo con el escabuche al hombro. Por un momento me pareció que su estampa era más desgarbada. O, quizá, más triste. Quizá llena de la soledad de la noche.

Mi madre me preguntó.

–¿Y qué habéis hecho, tunantes?

Y yo, cuando estaba con mi madre, me olvidaba de todo lo demás.

Ya en casa, mi madre se tranquilizó un poco más. Pero seguía tomándola con el tío Ezequiel.

–¡Si es que no tiene cabeza! ¡Llevar a un niño tan pequeño a abrir tumbas de noche!

Mi padre callaba hasta que se pasase el temporal.

Pero yo me rebelaba. No estaba de acuerdo con mi madre por primera vez.

–¡No era de noche, que lo sepas! Ha sido mi culpa, que le he pedido que me enseñara las piedras preciosas del Espinazo. Y, luego, cuando se ha hecho de noche, el tío Ezequiel se ha apresurado a traerme. ¡Tanto que se ha caído en el camino! ¡Podía haberse descalabrado! –rematé.

Mi madre se quedó callada un momento.

–¿Qué es eso de las piedras preciosas del Espinazo?

Mi padre por fin se decidió a intervenir.

–Es cristal de roca. Son muy bonitas. Y hay que saberlas buscar.

Mi madre permaneció callada unos instantes más.

–Germán, ¿se ha hecho daño el tío? –dijo por fin.

La cosa parecía que se reconducía.

–Un poco, mamá. Aunque me ha dicho que no se lo contara a nadie. Estoy incumpliendo nuestro secreto. Espero que no se lo digáis jamás.

Mi madre salió de la cocina en dirección a la despensa.

Volvió al poco con unos huevos metidos en una bolsa.

–Germán, vas a ir ahora mismo a ver al tío. Le das esto y le dices de mi parte que gracias por cuidarte tan bien. ¡Pero no te entretengas, que es muy tarde!

Salí tremendamente contento de mi casa. Hacía una noche muy agradable . O eso me lo parecía a mí. Y las luces de las calles alumbraban más que otros días. Yo no tenía ningún miedo.

Llegué a casa de mi tío Ezequiel. Era una casa pequeña y modesta. De una sola planta.

Tenía un pequeño corral, con un pozo en su centro. Y, dentro, solo tres piezas: la botica, la cocina, eso sí, grande, y su dormitorio.

Entré hasta la cocina.

Allí estaba mi tío. Se había quitado la venda de la pierna enferma y se disponía a ponerse una nueva que había recortado de una sábana vieja con sus grandes tijeras.

-Hola tío. Si quiere puedo curarle la pierna –le dije a modo de saludo.

–¿Tu madre sabe que estás aquí? –me contestó.

Le respondí tan contento como pude.

–Sí. Me ha dado esto para usted –y le extendí la bolsa con los huevos–. Me ha dicho que muchas gracias por cuidarme tan bien. Que se lo dijera.

Mi tío extendió la mano. Pero antes de coger la bolsa me dijo:

–No le habrás dicho que me he caído, ¿verdad?

Sentí un pequeño nudo en el estómago. Pero me repuse con naturalidad.

–¡Tío, es nuestro secreto! –y luego añadí a continuación–. ¿Dónde tiene los polvos de talco?

Mi tío cogió la bolsa.

–Ahí, en ese armarito.

Cuando terminé él se puso la nueva venda.

–Germán, con las prisas, no te he dado tu piedra.

Y fue a buscarla a la botica.

Yo me puse más contento todavía.

–Tío, tenemos que volver a la tumba.

–Sí, Germán. Pero deja pasar un tiempo. Antes tengo que analizar el hueso, ¿recuerdas?

–¡Sí! Analícelo. Y luego nos vamos a pasar otra tarde como la de hoy.

Mi tío iba a decir algo, pero se calló. Y luego se dio la vuelta, despidiéndose precipitadamente con la mano, diciendo adiós.

–¡Anda, vete a tu casa, que es tarde!

Y yo salí mirando mi piedra y poniéndola a la luz de las bombillas de las calles mudas.

Aquella noche dormí con mi piedra en la mano, después de chinchar con ella a mi hermana Tere todo lo que pude. Había sido un día redondo.

Aunque poco antes de dormirme o, quién sabe si justo después de hacerlo, algo me recordó que era la primera vez que había contado tan flagrantemente un secreto que acababa de jurar que nunca revelaría. Que había mentido a sabiendas de forma tan clara. Lo hice por cariño, por amor. Y había salido bien.

Sí, había sido la primera vez. Con motivo de la caída de mi tío. Y no sería la última. Esos conceptos absolutos de verdad y de mentira no tenían cabida en el mundo de los sentimientos, en el que yo me estaba adentrando poco a poco.

Como tampoco los conceptos de realidad y de ficción lo tenían en el mundo de la literatura que, también, durante aquella tarde yo había empezado a intuir entre los reflejos de aquel chispazo mágico en las estribaciones de El Espinazo, mirando mi piedra.

Unos años más tarde murió el tío Ezequiel. Yo estaba ya estudiando en el internado de los Hermanos del Camino de Dios, en Huesca, donde estaba de profesor un tío cura de mi padre. Hoy recuerdo que era un frío día de diciembre. Murió de noche, solo en su casa.

Tampoco pudo ver el cambio democrático en España por el que suspiraba desde después de la guerra. Todavía tardaría algunos años en llegar.

Sé que preguntó por mí unos días antes. Mis padres habían ido a verlo desde Madrid.

–¿Y el estudiante?

Hoy escribo desde mi despacho, como siempre. Y pienso en lo poco que dejó cuando fueron a vender la casa: unos frascos con potingues, algunos libros y algunos bocetos de proyectos extraños.

Pero yo tengo aquí, sobre mi mesa, aquella piedra. No me ha abandonado nunca. Ni me abandonará. Ni yo a ella.

Y tengo todo lo demás que me dejó. Estas páginas son solo una pequeña forma de pagarlo.

Porque a medida que cumplo años a la ficción y a la realidad las separa solo una delgada frontera cada vez más confusa. Y cada vez le entiendo mejor. Al tío Ezequiel.

–¡Me cago en el dios colorado!

Capítulo 7

Llega la Navidad

Pero, como decía, los niños de antes nos criábamos en la calle. Viviendo a tope las estaciones que entonces venían repletas de nieve y de chorlitos, de escarcha y de rocío, de torrenteras de agua que desbordaban las acequias y bajaban arramblando por la calle todo lo que encontraban, de amapolas y de margaritas que llenaban los campos en primavera, de caminos polvorientos, de sol y de sudor y, también, de paja y polvo en las eras, de gamones, de espliegos y su denso olor a esencia, de huertas y huertos llenos de varas por donde serpenteaban las judías, de cerdos, perros, gatos, corderos y gallinas, de cabras y de mulas, que vivían las estaciones como nosotros, adaptándose a ellas y de los que tanto aprendíamos...

Y llegaba la Navidad. Que entonces era un tiempo alegre, íntimo y familiar, lleno de villancicos y de algo, que no sabría decir por qué, se fue perdiendo luego con los años y las circunstancias. Pero que entonces nos llenaba con todo su esplendor… porque la Navidad era y ha sido siempre la fiesta de los niños.

Recuerdo la música de los villancicos que enmarcaban aquel tiempo con los compases de aquellas melodías que no hemos olvidado. Ni olvidaremos jamás.. Sí, aquellos villancicos…

Por ejemplo, este:

"Resuenen con alegría los cánticos de mi tierra
¡Y viva el Niño Jesús!
Que ha nacido en Nochebuena…"

Y este:

"La virgen está lavando y tendiendo en el romero
los pajarillos, cantando
y el romero floreciendo…"

Y este otro.

Campana, sobre campana
Y sobre campana una.
Asómate a la ventana
Y verás al Niño en la cuna…

O este. Que a mí me gustaba tanto.

"Duérmete mi Niño,
duérmete mi bien
porque ya tu Madre
se va a dormir también…"

Y, por fin, este otro, con tanta retranca.

"La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va.
Y nosotros nos iremos
para no volver jamás…"

Pero nosotros donde nos íbamos entonces, cuando llegaba la Navidad, era a buscar musgo para hacer los belenes.

Yo tenía que hacer dos. El de la iglesia con el resto de monaguillos. Y el de mi casa, con mi hermana Tere y con Pepín, aunque Pepín por aquel entonces era tan pequeño que no contaba.

Yo era algo más mayor, desde luego pero, por aquellos años, no lo suficiente. Y entonces mi trabajo como constructor de belenes no pasaba de subalterno o ayudante. Porque allí, en los pueblos, había unas jerarquías y la edad entre los niños iba a misa.

–¡No toques nada! –me decía, nerviosa, mi hermana Tere– ¡Tú recorta esto y calla! ¡Que me desconcentras!

–¿Por qué yo nunca puedo tocar nada?

Entonces venía aquella respuesta lapidaria de la que estábamos, los mocosos como yo, más que hartos.

–Ya lo harás cuando seas mayor –me decía ella.

Y se quedaba tan fresca.

Como me veía triste añadía, condescendiente, a continuación:

–Ya le mandarás tú a Pepín.

A mí aquello no me parecía suficiente.

–Sí, pero a ti nunca voy a poder mandarte. Siempre vas a ser mayor que yo.

Aquella frustración que me producía mi hermana mayor me causaba unas urticarias internas de consideración.

–Pues el musgo que he cogido se lo llevo a la iglesia. ¡Mira qué verde es! –trataba de vengarme yo. O de desahogarme.

–Mamá ha dicho que es para nuestro belén. ¡Y además, como te pongas tonto, te arreo un bofetón!

Yo odiaba aquel escalafón en el que siempre estaría un peldaño por debajo de ella.

Me rebelaba pero casi nunca encontraba salida.

Entonces cogí mi musgo en un santiamén y le pegué una patada en la espinilla a mi hermana, justo cuando ella estaba acoplando las dos piezas que conformaban la cumbre del techo del establo del belén y tenía las dos manos ocupadas.

Luego salí corriendo hacia la iglesia.

Pero allí me pasaba tres cuartas partes de lo mismo.

–He traído este musgo. Es muy verde –les dije nada más llegar.

Entonces, alguno de los grandullones que trabajaba en el belén, rodeado de mirones, reparaba en mí y me decía.

–¡Está bien! ¡Dámelo! –y luego lo de siempre–. Vete a la sacristía y coge la escoba. Hay que limpiar toda esa tierra.

Y me señalaba el tío el suelo. Como si la tierra no estuviera ya allí antes de llegar yo.

Y yo me hacía el remolón, claro.

Y cuando me cansaba de mirar me volvía a casa con mi hermana Tere.

–Tere, que soy yo. ¿Qué tal vas con el belén?

–¡Y ahora a que vienes aquí, listo! ¿Y el musgo?

–Es que se lo había prometido a don Marcelo.

–¡Pues a mí me hace falta también aquí! ¡Mira este hueco! ¿No ves que está calvo?

Bueno, parecía que no estaba demasiado enfadada.

–Tere, podíamos ir los dos a coger más. Yo sé dónde hay.

A mí me gustaba mucho ir con mi hermana por ahí. Pero ella siempre me cambiaba por alguna de sus amigotas.

–El caso es que pensaba ir con Pili. Pero te podías venir con nosotras.

Yo ya sabía lo que me esperaba si me iba con ellas. Empezaban a bisbisear y a reírse con sus secretitos y yo me quedaba más marginado que una mona. Eso ni soñarlo. Antes prefería quedarme solo.

–No, Pili no está. Me ha dicho su madre, que me la he encontrado al venir, que ya se había ido con su hermano a buscar musgo. Vámonos los dos solos. A lo mejor la vemos luego por ahí.

Y mi hermana picó. Desde la caída de mi tío, mentía con una facilidad pasmosa.

El caso es que cuando salíamos juntos lo pasábamos muy bien. Sobre todo yo.

Estábamos por las paredes de los huertos, que criaban un musgo excelente. Pero Tere no hacía nada más que mirar.

–Pues no veo a Pili.

–Bueno, vamos a concentrarnos en coger musgo. Que si no, ¿para qué hemos venido? –le contestaba yo lleno de lógica.

Así que cogimos el musgo y cuando terminamos volvimos a casa.

–Tere, yo te he acompañado a por el musgo. Tú me deberías dejar ponerlo en el belén –le dije como quien no quería la cosa.

Tere se agachó a rascarse la pierna. Malo. Lo mismo se acordaba de la patada en la espinilla.

–Bueno, voy a ver si Pili ha vuelto ya a su casa. Pero tú pon el musgo solo en ese trozo que está calvo. ¿De acuerdo? ¡Y no toques nada! –aceptó, aunque advirtiéndome, al final.

Así que mi hermana se fue y me quedé solo en casa. A mi hermano Pepín lo habían llevado con mi abuela Guillermina. ¡Por fin me iba a convertir en constructor de belenes!

Puse el musgo con mucha precaución en el sitio que me había dicho mi hermana. Lo hice todo con mucho cuidado. Inclusive arrimé una silla al aparador del comedor, donde poníamos el belén, y me puse de rodillas sobre ella para estar más alto y no tocar nada.

La verdad es que era una gozada disfrutar de aquel belén. Era como un pueblo en miniatura. Como si subieras al Picozo y, además de ver Sacecorbo entero de un solo golpe de vista, pudieras luego alargar la mano y tocar todas las casas y todos los animales que allí había puesto mi hermana. Y saludar a aquellos pastores, labriegos y mujeres lavando la ropa o haciendo el pan y, sobre todo, a los Reyes Magos.

Algunas figuritas eran de loza pintada y otras, la mayoría, eran recortes del periódico y de las revistas del veterinario que le dejaban a mi hermana y, también, dibujos que ella había hecho, la verdad es que Tere dibujaba muy bien, y que luego pintaba con su caja de acuarelas.

Era un belén que estaba muy bien hecho. Aunque yo empecé a cambiar algunas cosas para que quedara todavía mejor. Había oído que los arquitectos eran los que se dedicaban a hacer las casas y hasta los pueblos enteros.

La verdad es que cada vez cambiaba más cosas. Y no solamente las figuritas. Me atrevía

también con las casas e, inclusive, agrandé un poco el estanque. Me estaba quedando todo la mar de bien.

Y pensé entonces que lo que me gustaría de verdad ser de mayor era arquitecto. Lo veía mucho más importante que un maestro, dónde iba a parar. Porque, al final, ¿qué quedaba de la obra de un maestro?, me preguntaba mientras cogía a un ángel de las alas. Nada, absolutamente nada, me contestaba a mí mismo. Después de desasnar a aquella panda de brutos te cambiaban de pueblo y aquí paz y después gloria. Y toda tu obra en el olvido, claro.

Pero un arquitecto dejaba monumentos, construcciones que, a parte de grandiosos, eran duraderos o imperecederos, como diría mi tío, escondiendo el significado de una palabra detrás de la otra.

Además, debían ganar muchísimo más que un maestro. Yo no había oído nunca aquello de que ganas menos que un arquitecto, como se decía de un maestro de escuela

Sí, este sí que era un oficio de futuro, me dije a mí mismo, absolutamente convencido, mientras trataba de corregir la unión de la cumbre del portal que estaba un poco desbalanceada.

Entonces ocurrió la catástrofe.

Yo no sé muy bien lo que pasó. Probablemente me estiré demasiado a un lado en la silla. El caso es que ésta se vino abajo, no sin que antes yo cayera con mis dos brazos sobre el belén y lo despachurrara casi todo. Y, además, arrastrara una buena parte al suelo en mi caída.

Aunque me había dado un buen golpe en el codo, no me dolía en absoluto.

Tal vez porque había otro gran dolor, inmenso, que llenaba todo mi ser. Aquello era un desastre descomunal. Me levanté y contemplé la desgracia en su totalidad. ¡Dios mío!

¿Y qué iba yo a hacer ahora? ¡Preveía un disgusto monumental en mi casa y mi hermana no me dejaría tocar nada en mi vida! ¡Tendría un retroceso de años en mi objetivo de ser mayor!

Rescaté una figurita de un gato que había caído al estanque, el cual perdía agua a raudales. El pobre gato de papel flotaba en él a punto de desintegrarse.

Entonces se me ocurrió.

Fui a buscar a Morito a la cocina, que estaba medio adormilado y roncando mirando la lumbre. Se dejó coger en brazos sin ningún problema. Los animales domésticos y los niños siempre se llevaban muy bien, así que continuó ronroneando en mis brazos.

No sabía Morito lo que le esperaba.

Volvimos al comedor y me puse frente al belén. Allí me detuve unos instantes mientras acunaba en mis brazos a Morito que se quedó sopa al instante.

Entonces, cuando más dormido estaba, lo lancé de golpe sobre el belén, bueno sobre los restos del mismo que se mantenían sobre el aparador. El pobre gato se despertó de golpe sin saber ni dónde estaba, trató de ponerse de pie en mitad del estanque y, sintiéndose empapado, se asustó todavía más y, maniobrando con manos y patas para salir de allí a toda velocidad, acabó de destrozarlo todo y tirarlo por el suelo, amén de manchar este último por todos los sitios por donde pisaba.

Una vez completada mi maquiavélica obra, por un momento me sentí un poco mal, pero me vino a la mente una de las frases corolarias de mi tío Ezequiel: "Más se perdió en Cuba" y, con este bálsamo, me dispuse a salir de la casa, dado que me convenía alejarme de allí cuanto antes y dejar como único culpable al estupefacto Morito, el cual me miró pasmado, cuando abrí la puerta y huí de allí a toda velocidad, dejándole a él dentro.

Me fui a ver a mi amigo Julián que estaba con dos de sus primos y estuvimos jugando al

gua todo el resto de la tarde, aunque yo estaba tan desconcentrado que no embocaba la canica en el hoyo ni estando a un palmo. A medida que pasaba el tiempo me iba llenando por dentro de una húmeda tristeza.

Lo que más me dolía era que, lejos de haber materializado mi nueva vocación, me había convertido en todo lo contrario: en un malévolo anti-arquitecto y, como se hacía en las obras de éstos, se recogería en la fachada mi nombre y la fecha del evento, que quedarían así grabados para el resto de la eternidad.

Miro por la ventana. Hoy hace en Madrid un día de sol magnífico, aunque estemos en invierno. Dentro de unos días será Nochebuena. Pero antes, el 22, se realizará el sorteo de la Lotería Nacional. La familia que queda en Sacecorbo me ha hecho llegar a través de mi hermano Pepín, que estuvo allí el otro día, una participación en el número que juegan.

Me la ha traído precisamente hace un momento. Junto con unas longanizas que venden en la carnicería del Hostal La Hoz. Justo después de que yo acabara de escribir mi vergonzante historia con Morito. Y, al dármelas, lo que son las cosas, me ha dicho mi hermano Pepín: "¿Sabes que ayer mi hijo nos hizo una trastada como la tuya con Morito?".

Por eso yo cada día estoy más seguro de una cosa: el pasado y el futuro no existen, solo se vive un presente eterno que lo engloba todo. Y nosotros solo somos ahora lo que antes fuimos y lo que un día seremos. Como yo, que nunca fui arquitecto.

Y así se lo he dicho a mi hermano, que no sabe todavía (salvo mi mujer no lo sabe nadie) que estoy escribiendo este libro. Y por eso se ha quedado como pasmado. Tan estupefacto como aquel día se quedó, al verme cuando me iba, nuestro gato Morito.

Cuando empezó a anochecer decidí acercarme de nuevo a casa, ensayando por el camino la naturalidad de la mentira que había aprendido con la caída de mi tío Ezequiel. Aunque aquella había sido por cariño y ésta yo no sabía cómo llamarla. Quizá aquello de salvar el pellejo, fuera, en parte, lo más adecuado. Pero, en cualquier caso, mucho menos edificante, desde luego, que la primera.

Antes de abrir la puerta, acerqué el oído a la misma. Y lo que escuché me tranquilizó mucho. Hablaban pestes del pobre Morito. Así que empujé la puerta, decidido.

Mi hermana Tere se dirigió a mí nada más verme entrar.

–Germán, ven a ver el belén. ¡Mira cómo lo ha dejado Morito!

Mi madre estaba limpiando el suelo y mi padre se había sentado en la mesa del comedor con una copa de aguardiente en la mano.

Los miré a ambos con naturalidad y luego al belén y le contesté a Tere.

–¡La madre de Dios! ¿Y cómo sabes que ha sido Morito?

Mis dos padres hablaron casi al unísono.

–¡Germán, lleva cuidado, no pises por ahí que está mojado! –dijo mi madre.

–Morito llevaba las patas llenas de musgo, los animales no saben mentir –dijo mi padre, mientras me miraba, a mí me pareció que de una forma un tanto extraña.

Yo me concentré en mi hermana.

–Te había quedado muy bien, Tere –le di coba, como a ella le gustaba.

Ella se infló como un globo de feria.

–Sí, la verdad es que sí. Toda una tarde trabajando para nada. Bueno, aunque tú me ayudaste un poco al final –me concedió.

Sentí un temblor extraño. Me había parecido que mi padre arqueaba una ceja al oír a Tere

aquello del final.

Yo ya no sabía qué más decir.

–Bueno, ¿y dónde está Morito? –añadí, temiendo haber metido la pata de nuevo nada más haberlo dicho.

–Ahora se quedará sin cenar y pasará la noche fuera –dijo mi padre después de echarse un trago de aguardiente que le debía haber abrasado por dentro, a juzgar por el gesto que había hecho.

Yo, que estaba allí mirando al belén como un pasmarote, no sabía ya más qué añadir, definitivamente. Así que miré a mi madre que se levantaba de recoger y secar el suelo.

–Tenéis que hacerlo de nuevo, Germán. Pero yo os daré veinte céntimos a cada uno –dijo mirándonos a los dos.

Entonces me subió un poco la moral y miré a Tere de igual a igual. "Veinte céntimos a cada uno". Ella se llevó un dedo a la boca y se mordió una uña.

–Bueno, ¿y cuándo vamos a cenar? –dije entonces con una voz renacida y alegre.

Después de cenar estábamos en la cocina junto al fuego. Por el hueco de la chimenea se oía silbar al viento. Debía hacer una noche de perros. Yo no hacía nada más que pensar en Morito. Y cada vez me sentía peor.

Sonó algo en el piso de arriba y mi madre se levantó y salió de la cocina. Parecía que se había oído a Pepín, que estaba ya acostado en su cuna. Yo salí tras ella.

Subimos la escalera en silencio hasta la habitación de mis padres. Pero el niño estaba dormido como un tronco. Antes de bajar la escalera de nuevo, me abracé a mi madre llorando.

–Mamá, me encuentro muy mal.

–Qué te pasa hijo mío.

Fue a dar la luz, pero yo la detuve.

–No quiero que me mires, me encuentro muy mal.

Volvimos a su habitación y nos sentamos en la cama.

–Mamá, es que soy un niño malísimo –susurré como pude.

Mi madre me abrazó.

–¿Qué ha pasado, Germán? Cuéntame.

Y yo se lo conté todo.

–Papá y tu hermana también se merecen conocer la verdad, ¿no crees?

–Sí –musité, aunque lo de mi hermana me escocía de lo lindo.

–Has sido muy valiente, Germán. Estoy orgullosa de ti. No es fácil contar lo que me has contado. Todo tiene remedio en esta vida. Aunque también todo tiene un coste. ¡Vámonos abajo! ¡Todo se arreglará! –y me abrazó de nuevo.

Bajamos a la cocina y allí mi madre me ahorró el ser yo quien diera las explicaciones. Mi hermana Tere me miraba hecha una furia pero, también, sorprendida de mi ingenio.

Mi madre le propuso a mi padre lo siguiente.

–Yo creo que Germán ha hecho mal. Ha intentado ocultar su error. Y endosárselo a Morito. Y eso no puede ser. Pero también Germán quiere que Morito no sufra por su culpa y desea arreglar todo el desaguisado. Y eso tiene un gran valor. Máxime cuando podía haber dejado las cosas como estaban. Así que yo propongo que Morito vuelva a cenar y a dormir en casa. Y elevo a treinta céntimos para Tere y treinta para Germán, para reconstruir el belén. Pero Germán deberá pasar por alguna penitencia, porque todo tiene un coste. Pero no se me ocurre cuál.

Mi padre me miró. Luego se rascó un momento la barbilla y por fin añadió.

–Estoy de acuerdo. Germán se quedará sin ir a la hoguera de Nochebuena de la plaza. Y el belén de casa deberá ser el mejor que hayamos tenido nunca. Yo pago diez céntimos más, hasta 40, a cada uno.

Y así quedó la cosa.

Salimos a llamar a Morito que debía estar por los alrededores. Y luego dejamos la puerta abierta. Al poco entró en la casa y fue a calentarse a la lumbre, aunque rehuía ponerse a mi lado. Yo, entre unas cosas y otras, si bien sentía que me había quitado una carga, no acababa de sentirme bien. Lo de no ir a la hoguera me había dolido un montón. ¡Qué bien me conocía mi padre!

Cuando subíamos a acostarnos me dijo en un bisbiseo mi hermana Tere.

–¡No te quejes! ¡Que al final yo voy a cobrar lo mismo que tú!

¡Hombre! Yo no lo había visto así hasta entonces. Porque yo tenía que pagar un precio adicional.

Pero también aprendí ese día que convenía ponerse siempre en lugar del otro. Porque cada uno tenía su perspectiva, un punto de vista diferente, sobre la misma cosa.

Capítulo 8

Hogueras hasta el cielo

Pero lo que tenían aquellos años infantiles era que cada día traía su afán. Era tanta la inercia que te llevaba para adelante, para aquel futuro larguísimo que te esperaba, que el pasado terminaba por quedarse disminuido y atrás rápidamente.

Al día siguiente me levanté descansado y como nuevo. Hasta Morito parecía haberse olvidado ya del asunto y amaneció enroscado a los pies de mi cama. También Tere pareció levantarse de buen humor.

Así que lo primero que le dije a mi madre fue que entendía que el hecho de no poder ir a ver la hoguera no debía impedirme en colaborar con todos los otros niños en los trabajos previos. Ella accedió gustosa y, como para la hoguera todavía quedaban algunos días, esa situación no me debía entristecer por el momento.

Le propuse a mi hermana acometer cuanto antes la construcción del nuevo belén y hasta me dejó colaborar mucho más, siempre bajo su atenta y controladora mirada. Y también la de Morito, que nos observaba. A una prudente distancia, claro.

Así que fuimos a cobrar nuestros cuarenta céntimos, que se convirtieron en nuestro primer aguinaldo de aquel año.

El secreto del aguinaldo, como el de casi todo en esta vida, según aprendía yo rápidamente a golpe de experiencias, qué remedio, era ser el primero, o de los primeros.

Y los niños de entonces, y los de ahora, queríamos ser los primeros… Antes de que se agotara la buena voluntad de los vecinos.

–¡Abra, tío Ranchero, que venimos a por el aguinaldo! –decíamos muy ilusionados en la puerta de aquella casa.

Casi siempre nos abrían y nos daban algo: castañas, algún caramelo, bellotas asadas…

Pero a veces oíamos que nos contestaban con cajas destempladas.

–¿Aguinaldo? Las tenazas se están calentando…

Entonces teníamos dos opciones: seguir dando la murga, sobre todo si pensábamos que el tío Ranchero era de los de amagar y no dar o poner los pies en polvorosa cuanto antes, bien porque el tío Ranchero no estuviera de humor, o bien porque ya se le hubiera terminado la paciencia con todos los "aguinalderos" que habían pasado antes que nosotros por su casa.

Aquel día optamos por seguir dando la murga. El tío Ranchero parecía de los de mucho ladrar, pero poco morder.

Así que empezamos a golpear su puerta con insistencia.

Y el pequeño Agus que, cuando iba en grupo, se sentía muy valiente, hasta vociferó.

–¡Estírese hombre, tío Ranchero! ¡Que llega la Navidad y el año Nuevo!

La verdad es que le había quedado un pareado muy bonito, así que decidimos cantárselo todos a coro al tío Ranchero, mientras seguíamos empujando su puerta. Bueno y algunos, además, ya se animaban y hasta daban algunas patadas en la misma.

Después de cantar un rato nos quedamos en silencio aguzando el oído por si venía a abrirnos el tío Ranchero. Pero nada, allí solo había un silencio sepulcral. Así que redoblamos nuestros cánticos y nuestras patadas. Entonces, ya ganada la confianza, con toda la fuerza que podíamos. Hasta los cristales retemblaban.

Concentrados, como estábamos, en nuestras acciones reivindicativas no nos percatamos

de que el balcón se abría. Ni tampoco de que salía a él el tío Ranchero con algo en la mano.

De repente se oyó el vozarrón de aquel hombre.

–¡Aguas van! Aquí tenéis vuestro aguinaldo, ja, ja, ja, ¡eso sí, pasado por agua!

Y nos vertió el tío un cubo de agua helada encima.

Nosotros salimos en estampida, aunque no pudimos evitar calarnos todos como pollos.

Entonces Agus, que se sentía un poco culpable, cuando paramos de correr nos dijo:

–¡Hombre, estaba fría! ¡Pero por lo menos no ha utilizado el orinal!

Pero Tinín, que llevaba un rato oliéndose el jersey no las tenía todas consigo.

–No estoy muy seguro –concluyó después de hacernos a todos un examen olfativo–. Yo creo que como tenía poca orina ha rellenado el cubo con agua. Por eso no huele tanto.

Acabáramos. No estábamos seguros, pero sentíamos aquello como una auténtica pringue. Así que, para desahogarnos, nos dirigimos al gallinero que tenía el tío Ranchero en un huerto antes de llegar a la Rivilla y allí le apedreamos un viejo cristal que tapaba un ventanuco protegido también con barrotes.

Después nos sentimos un poco mejor y, como ya estábamos medio secos, decidimos continuar pidiendo el aguinaldo. Eso sí, por la otra punta del pueblo.

–¡Y sin cantar, Agus! –le espetó Julián.

–¡Pero si nos lo hemos pasado bomba! –gritaba Agus, con una traviesa sonrisa pintándosele en la cara.

La hoguera de Nochebuena era una auténtica hazaña para los chicos y los niños. Salíamos al campo con un frío que pelaba y cortábamos o arrancábamos, apenas sin herramientas, un enebro grande, o una mimbrera, o una sabina. O varios de ellos, todos los que podíamos. Luego los arrastrábamos en grupo por los caminos llenos de charcos, de barro, o de nieve y hielo.

Con todo aquello, bien amontonado, hacíamos una hoguera en la Plaza, apoyada contra el frontón, cuando ya era noche cerrada. Era un espectáculo ver cómo las llamas subían casi hasta el final de aquella inmensa pared. Cómo crepitaba el fuego y saltaban chustas que el aire movía por la oscuridad de la noche (allí denominábamos así a los pequeños trozos de palos o ramas que flotaban por el aire al incendiarse, aunque más conocida sería esta denominación de chustas, años más tarde, en la movida madrileña, aludiendo a lo último que quedaba sin arder de un porro).

Aquel año había sido muy penoso el trabajo de acarreo de todos los árboles y arbustos que la conformaban. Por ello, presenciar la hoguera tenía que ser una justa recompensa.

A mí, mis padres me tenían castigado sin poder verla, desde el asunto del gato Morito y el belén de mi casa. Pero a última hora acabé suplicándoles, claro. Era Navidad y en algo se tenía que notar, ¿no?

A mí me gustaban también las ceremonias religiosas de la Navidad en la iglesia: cantar los villancicos, mirar el gran belén en el que se hacía de día y de noche y, sobre todo, ayudar a don Marcelo en la Adoración del Niño, cuando él lo cogía en brazos, bajaba dos escalones desde el altar y todo el mundo se iba acercando a besarle una rodillita. Yo estaba aquel año al lado de don Marcelo, en la misa del Gallo, con un paño en la mano e iba limpiando la piernecita del Niño tras cada ósculo.

Era Navidad, sí, y, al final, como no podía ser menos, mis padres me perdonaron y me dejaron ir a ver la hoguera. Eso sí, mi madre me hizo prometer, a cambio, que apuntaría tres deseos en un papelito y los echaría en la hoguera para que se cumplieran.

Y así lo hice. Se incendió mi pequeño papel en un instante y luego voló por el aire de la

noche deshaciéndose en cenizas.

Aparte de seguir queriendo a mis padres, hermanos, y a Morito, por supuesto, pedía hacer yo solo algún año el belén de mi casa. O, por lo menos, si no solo, sí dirigiendo la construcción. No sabía entonces que no estaría demasiado lejos aquel momento.

En estas divagaciones estaba yo, mientras contemplaba las cenizas de mi papel flotando en la noche, cuando apareció por allí el tío Ranchero.

–¡Malandrines, así que vosotros sois los que me habéis roto el cristal del gallinero! –exclamó nada más vernos.

Nos pegamos un buen susto al principio. Pero contestó, bastante tranquilo, Julián, que era el más mayor de nosotros.

–¡Qué va tío Ranchero! ¡Ni se nos hubiera ocurrido! ¡Estamos en Nochebuena!, ¿no?

El tío Ranchero se nos quedó mirando un momento. Luego, relajó su rostro y se acercó a calentarse las manos en la hoguera.

–¡Esta no es nada, chicos! ¡Si hubierais visto las que hacíamos nosotros en nuestros tiempos…! ¡Entonces sí que temblaba El Misterio! –exclamó el tío Ranchero mirando hacia lo alto, hasta el cielo, donde casi llegarían aquellas llamas que él veía en su recuerdo.

Capítulo 9

El pasado y el futuro: la bola de cristal

Un día se puso muy enferma mi abuela Guillermina. Además, al poco tiempo, todo el mundo tuvo consciencia de que no se trataba de una enfermedad de las que se curaban entonces, que eran, mayormente, las que se iban solas, o con una pequeña ayuda de la botica de mi tío Ezequiel: los catarros, las anginas, el sarampión y así.

Bueno, también estaban las enfermedades que ni se curaban, ni te llevaban a la tumba, por lo menos de forma rápida, sino que te abocaban a un lento y mortificante desgaste, a una vejez prematura llena de achaques y de dolores que te iban minando durante años hasta que, al final, claro, terminaban contigo.

Pero la enfermedad de mi abuela Guillermina no iba a durar tanto. Aunque mi abuela podía parecer entonces que no era tan mayor todavía. Podría tener unos sesenta y cinco años y, quizá, para aquella época ya no eran tan pocos y, al contrario, suponía un mérito tremendo haber llegado a ellos, después de sortear aquella profusa carrera de obstáculos que era entonces la plena salud.

Mi abuela Guillermina empezó un día a perder las ganas de comer y ya no las recuperó, a pesar de los ánimos que le daba y de las sabrosas comidas que le preparaba mi abuelo Hermenegildo, que era cazador y hacía unos guisos de conejo y unos escabechados de perdiz que no se los saltaría un gitano.

Pero mi abuela Guillermina solo encontraba conforto en sus oraciones y en la lectura de su libro favorito: un tomo que recogía las vidas de los santos que había dado la Iglesia.

Le gustaban especialmente las historias de mujeres: la de Santa Teresa de Jesús la que más, santa por la que sentía verdadera devoción y de la que también se sabía muchos de sus versos de carrerilla y los recitaba con mucho sentimiento y sin equivocarse jamás.

Pero, asimismo, le gustaban Santa Gema Galgani, Santa María Goretti y Santa Juana de Arco, que podría haber sido su santa preferida, pero nunca llevó mi abuela de buen grado que la santa soldado fuera francesa, tierra de herejes y blasfemos y, sobre todo, de costumbres relajadas y terrenales, nunca mejor dicho, según creía a pies juntillas mi abuela, ignoro yo en base a qué información.

Como apenas comía, salvo algunos sueros y potajes que bebía en sorbitos, tan pequeños que le duraban horas tomárselos y que, luego, muchas veces devolvía, se fue quedando progresivamente sin fuerzas y acabó recluida en su cama, de la que apenas se levantaba, cuidada por mi abuelo Hermenegildo y por sus dos hijas: mi tía Teresa, que tenía un hijo de mi misma edad, Jesulín, del que ya hablaré luego largo y tendido y su hija pequeña, y ojito derecho, que era mi madre, con la que tenía una complicidad tan profunda como, a veces, extraña y misteriosa.

Así que allí me llevaba a menudo mi madre. A verla. A verla y a darle compañía. Y, sobre todo, a que mi abuela me viera a mí, porque mi presencia, tal vez por la edad que yo tenía o porque la recompensaba del hijo que nunca tuvo, la reconfortaba sobremanera. Igual que la de mi primo Jesulín, con quien me juntaba yo en casa de la abuela muchas veces.

Yo subía con mi madre al dormitorio que estaba en la segunda planta, el cual era una estancia grande y llena de aquella luz que yo recuerdo tan clara y que entraba a través del balcón que daba al corral.

Mientras mi madre adecentaba la casa, yo me sentaba en una silla al lado del lecho y mi

abuela sacaba entonces una mano de entre las sábanas y me revolvía mi pelo mientras me lo acariciaba. Era el único contacto que teníamos, dado que no quería que yo me acercara y le diera un beso.

–¡Deja, deja! ¡ A ver si te voy a pegar algo! –decía, apartándose si yo aproximaba mi cabeza a la suya.

Luego llevaba su mano a la mesilla y cogía una bola de cristal llena de agua, que tenía dentro una réplica en miniatura del Santuario de Lourdes. Me la acercaba y yo la cogía con la mano y le daba la vuelta poniéndola boca abajo.

Entonces descendía por el agua como una cortina de copos de nieve que, a la luz del ventanal, revestían aquel mundo submarino de una magia que a mí me encandilaba sobremanera.

Y más a partir de un día que tuve con mi abuela Guillermina una conversación que nunca olvidaré.

Hicimos la misma ceremonia, con la misma liturgia de siempre: me revolvió el pelo mientras me miraba con ojos soñadores y luego observé a contraluz la bola de cristal que siempre me descubría cosas nuevas. O, tal vez, no eran cosas, sino estímulos, sensaciones nuevas.

Volví mis ojos a mi abuela.

–¡Pronto te vas a poner mejor, abuela! –dije, envuelto todavía en la atmósfera de aquel mundo idílico de la bola de cristal.

–No, Germán. La suerte está echada. Esto se acaba. Pero no estoy triste. Porque todo se acaba, se tiene que acabar, alguna vez.

–Abuela –y le cogí la mano y la puse de nuevo en mi pelo –a mí me gustaría que siempre pudiéramos vernos. Como ahora. Que tú no te fueras nunca.

–No me iré, Germán. ¿Tú sabes qué es el cielo?

–Sí, abuela. Un sitio alto. Y lejano. Sí, lejano de aquí.

–No, Germán. ¿Ves la bola de cristal?

Yo la cogí de nuevo entre mis manos.

–Dale la vuelta –me dijo.

Yo hice lo que me decía. Los copos de nieve empezaron a descender.

–Ese sitio mágico que ves es el cielo. Por eso no estoy triste. Aunque os quiera a todos, también quiero ir allí, ¿me entiendes? Porque ese es nuestro destino, después de tantos sufrimientos… –y mi abuela se detuvo. Entonces ya le dolía a veces intensamente la tripa, tanto que no podía seguir hablando.

Luego respiró hondo y pareció recuperarse. Relativamente. Estaba absolutamente delgada. En los huesos. Parecía una santa pintada por El Greco. Si hubiera sabido yo entonces quién era El Greco, claro. Pero hoy la recuerdo así.

Mi abuela continuó hablando y yo le di la vuelta otra vez a la bola de cristal, para que siempre mostrara dentro aquellos copos de nieve mágicos.

–Así que ya sabes dónde estaré. Este mundo es muy bonito y tú eres muy joven y has de disfrutar de él. Pero a veces te quedarás como sin salidas, ¿me entiendes? –yo afirmé con la cabeza, era muy joven, efectivamente, pero ya me había sentido así algunas veces–. Entonces acuérdate de nuestra bola mágica. Y esa será tu salida. Y allí estaré yo también para ayudarte a encontrarla.

A mi abuela le vino de nuevo otro dolor en el vientre y cerró los ojos mientras fruncía los labios en una mueca de sufrimiento.

Y yo dejé la bola en la mesilla y bajé corriendo a avisar a mi madre que estaba abajo.

La abuela Guillermina empeoró rápidamente. Estaba siempre como ida y a veces deliraba entre los dolores.

Mi tío Ezequiel le ponía parches y ungüentos en la tripa y los costados, aunque un día me dijo, moviendo la cabeza de una lado al otro.

–Somos como hormigas luchando contra gigantes. ¡Ojalá le pudiera aliviar en algo! –y bajó apesadumbrado la escalera.

Llegó un momento en que, a los niños como nosotros, los mayores, tal vez porque ya no se acordaban de cuando eran niños o, justamente, por lo contrario, nos prohibieron estar cerca de la abuela. Yo no entendía nada. Tal vez tampoco intuía entonces lo difícil que era ser mayor, ser padre, y tomar decisiones. Sin estar nunca seguro de nada. Sobre todo, seguro de acertar.

Así que mi primo Jesulín y yo, dado que ya no nos dejaban estar con la abuela, nos quedábamos en el corral a jugar. Y también nos daba por pensar en cosas totalmente alejadas de aquel mundo tan bien hecho, tan idílico, de la bola de cristal.

Porque todo aquel universo era muy difuso. Y aquí, en nuestro mundo, en el de la tierra, lo importante eran las cosas concretas.

Mi abuela tenía apilados, allí en el corral, un montón de leños apoyados contra la pared. Formaban una pila de metro y medio de alta y cinco o seis metros de larga.

Nosotros andábamos algo aburridos y, de repente, reparamos en los leños.

Probablemente fui yo el que empezó.

–Cuando se muera la abuela yo quiero quedarme con estos leños. Y con la bola de cristal, claro.

Mi primo Jesulín me miró levantando la barbilla. Mala cosa.

–Eso ni lo sueñes. La bola me da igual, pero los leños son tanto tuyos como míos. ¿No te digo? –me contestó

Yo, de repente, a pesar de todas las promesas a mi abuela, había empezado a perder interés en la bola y no había nada tan importante en el mundo como aquella pila de leños.

–A mí me corresponden más, porque soy más mayor –dije decidido.

La verdad es que le llevaba a mi primo apenas veinte días.

–Pero tú te quedas además con la bola –me advirtió mi primo.

Yo me quedé un momento pensativo. No quedaba más remedio que negociar con Jesulín el futuro de los leños.

–Bueno, vamos a medirlos, a ver cuántos pies tienen –y empecé a poner un pie detrás del otro recorriendo la distancia que ocupaban los leños.

Pero mi primo reaccionó rápidamente.

–Yo también los mido, ¿no te digo?

Cuando mi primo repetía "¿no te digo?", mala cosa.

Nos enzarzamos en una discusión interminable sobre cuántos pies tenían, y si debían ser los suyos o los míos.

De repente, mi primo Jesulín que, en el fondo, tenía muy buen corazón exclamó:

–Oye, Germán, le tendremos que dejar algún leño al abuelo Hermenegildo, ¿no?

A mí me pilló un poco a contrapié, la verdad. Pero tampoco quería parecer un nieto interesado y, menos, delante y comparado con mi primo Jesulín.

–Bueno, de acuerdo –dije–. Pero aquí nadie se lleva un leño más. Tus hermanos, cero, ¿estamos?

Él me contestó, raudo y veloz.

–Y Tere y Pepín, también cero, ¿no te digo?

Acordamos dejarle al abuelo Hermenegildo cinco pies de leña y nosotros nos quedamos con diez pies cada uno. De ahí debía venir el dicho de que: "quien parte y reparte, se queda con la mejor parte". ¿No te digo?, como habría rematado mi primo Jesulín.

Una vez nos hubimos distribuido nuestra herencia, clavamos después una estaca en el suelo señalando cada una de las tres partes. Y, tras ello, como toda la familia seguía arriba con la abuela Guillermina, empezamos a aburrirnos de nuevo.

Entramos a la cocina y allí nos sentamos frente a la lumbre que se encontraba encendida. El gato de los abuelos, de nombre "Pescador", nos acompañaba también en silencio, sentado medio adormecido a nuestro lado, ronroneando al calorcillo del fuego.

Oíamos a la familia en el piso de arriba, casi toda al completo, alrededor de la abuela Guillermina, que estaba ya en las últimas. Sí, estaban todos menos los mocosos como mi primo Jesulín y como yo, claro. Bueno y mi hermano Pepín, que pintaba el hombre entonces menos que una croqueta y lo tenían al cuidado de mi otra abuela, Leonor.

Yo, en el fondo, por lo que estaba de tan mal humor aquella tarde y no me tranquilizaba con nada, era porque a mi hermana Tere la habían clasificado ya como "mayor", con derecho a estar viviendo aquel momento tan importante, y yo no dejaba de ser todavía un chisgarabís con derecho solo a jugar y pelearme con mi primo Jesulín, que estaba tan cabreado como yo.

Entonces, fastidiados los dos como estábamos, en un cruce cómplice de miradas reparamos en el pobre "Pescador", que no intuía ni remotamente lo que le esperaba. Así que, sin hablar entre nosotros una palabra siquiera, agarramos entre los dos al pobre gato, pero no para llevarlo al agua a que pescara, como decía su nombre, sino para lanzarlo sobre la lumbre, sin apenas despertarlo siquiera.

El pobre "Pescador" se dio un susto de muerte y, tras patinar sobre las ascuas, salió escaldado y furibundo corriendo a no parar con la cola echando humo y maullando como yo nunca lo había visto.

Lo vimos salir al corral y allí se restregó contra los leños y se tumbó en el suelo, revolcándose en la tierra, hasta que dejó de echar humo y después empezó a lamerse el pelo con la lengua, mientras nos miraba, entre aterrorizado y pasmado.

Mi primo y yo nos miramos también entre nosotros y, quién sabe por qué, nos encontramos mejor, mucho mejor, más aliviados, notando cómo aquel fastidio interior disminuía.

Y descubrimos aquello de que la risa o el dolor iba por barrios y, a veces, la mejor forma de sacudirte tu propio dolor, y el fastidio que te consumía por dentro, era empujarlos hacia otro sitio, léase hacia el pobre gato "Pescador". Pero, ¿cómo se los sacudiría él, a su vez, de encima? Eso ya no era nuestro problema, claro. Sí, eso quedaba fuera de aquella mirada, un tanto alicorta y egocéntrica, típica de los niños como nosotros.

Entonces llegó don Marcelo con los Santos Óleos, al que escoltaban para la ocasión dos mayores y expertos monaguillos, que nos miraron como a dos mocosos.

Subieron los tres escaleras arriba y, mientras tanto, mi primo Jesulín y yo estuvimos tirándole piedras a una lagartija que no hacía más que asomarse por entre los leños, como mofándose de nosotros.

Hasta que dejó de asomarse, claro. Tras una pedrada certera de mi primo. Y no se le volvió a ver más. Como a "Pescador", que había desaparecido corriendo al vernos lanzar aquellas pedradas y que no volvería a acercarse a la lumbre en semanas. Y más con nosotros cerca.

Henchidos de nuevo de autoestima, vimos salir a don Marcelo, flanqueado por sus dos acólitos. Nada más vernos, don Marcelo nos habló.

–Subid arriba. Vuestra abuela quiere despedirse de vosotros. ¡A ver si estáis a la altura de las circunstancias!

Y dicho esto salió del corral con aquellos dos pretenciosos que se creían los amos del mundo.

Así que entramos en la casa y subimos escaleras arriba. Íbamos en silencio y en cada escalón nos llegaba, a nuestro interior de niños, una bocanada de pena y quién sabía si también de una culpabilidad difusa y extraña.

Entramos en el dormitorio. Qué diferente fue a lo que yo recordaba del tío Celedonio.

Se veía que Dios le iba a premiar a mi abuela Guillermina con unos últimos momentos de lucidez, pero, también, de tranquilidad y paz consigo misma.

Ella estaba en el lecho tranquila, con una sonrisa que expresaba que estaba allí con nosotros, pero también ya en ese sitio al que se iba a encaminar en breve. Traspiraba una paz y hasta una felicidad envidiable y dulcísima.

En cuanto aparecimos mi primo Jesulín y yo nos hizo una seña para que nos acercáramos.

Sacó una mano y me revolvió mi cabello que tanto le gustaba, como siempre. Luego en vez de darme la bola de cristal cogió la mía y la acercó a la de mi primo, hasta que nos cogimos de la mano los dos.

–Vosotros sois el futuro de esta familia, no lo olvidéis. Los más relevantes de todos nosotros. Porque vosotros sois los más jóvenes. Y, por ello, los que más futuro tenéis. Y, por eso mismo, tenéis que ser – repitió– los más importantes, ¿estamos?

Nosotros, después de una tarde tan aciaga, en la que nos habíamos sentido como el cubo de la basura, no sabíamos qué decir. Nos subía por dentro una sensación extraña. Como si de repente nos convirtiéramos en unos seres bondadosos, pero, también, poderosos. Que nos henchíamos por dentro como dos globos y que sentíamos, de repente, que podíamos dominar el mundo. Y convertirlo en un sitio mágico e idílico, como aquella bola de cristal

Mi primo Jesulín que tenía un corazón que se desbordaba fácilmente no pudo soportarlo por más tiempo.

–Abuela, Germán y yo cuidaremos al abuelo como nadie. No se sentirá solo nunca. Y todos los leños serán suyos, claro.

La abuela, aunque probablemente no sabía de lo que hablaba Jesulín cuando se refería a los leños, leyó los ojos de mi primo, que tenían una luz como la que emiten las estrellas allá en lo alto del firmamento, a quien se digna mirarlas, y vio en ellos la bandera blanca de la esperanza, que tenía el color de las almas inocentes.

Luego me miró a mí y acercó su mano a la bola de cristal.

Me la entregó y yo le di la vuelta para que ambos viéramos a los copos de nieve descender por última vez.

–Recordarás lo que hablamos, verdad ¿Germán?

–Sí, abuela. Me preguntaba si podía regalársela a Jesulín. Él hoy se ha desprendido de algo muy importante para él. Y yo también quería hacer lo mismo.

–Claro, Germán. Eso está muy bien. Veo que el futuro será prometedor. Yo también me estoy desprendiendo de todo lo que me importaba hasta ahora…

La abuela Guillermina cerró un momento los ojos. Como si quisiera llevarse con ella a todo aquel corro de personas que la rodeaban, que eran su familia. Las personas más importantes de toda su vida.

Una vez que lo hubo hecho, llamó al abuelo Hermenegildo con el que llevaba casada cuarenta años.

–No me eches de menos. Donde voy no lo necesitaré –dijo, mientras el abuelo se estremecía lleno de llantos.

Luego llamó a mi tía Teresa y a mi madre.

–Vosotras sois lo que queda de mí. Y me voy muy orgullosa.

Después desvió su mirada a la ventana, por donde entraba un haz de luz con fuerza renovada. Acusó en su cara el gesto de un último dolor y luego se quedó inmóvil, con sus ojos llenos de luz.

Como lo estaba la bola de cristal que yo tenía en la mano.

Y que le entregué a continuación a mi primo Jesulín.

Nos quedamos todos en silencio. Con un respeto que yo no había visto nunca. Ni nunca vería.

Hasta que el tío Ezequiel se acercó al lecho y le bajó los párpados.

Y todo aquel mundo perfecto e idílico empezó a languidecer.

De hecho, aquella misma tarde, mientras amortajaban a mi abuela Guillermina, ocurrió un hecho luctuoso. El Angelín, hijo pequeño del tío Celedonio, mató a palos a su hermano Zacarías por la disputa de un mojón en el reparto de unas tierras muy fértiles en Monseco. Él mismo acabó también deslomado y en estado grave. Al parecer, los dos hermanos se estuvieron dando palos con las varas de las judías, sin descanso y durante horas, mientras discutían y no se ponían de acuerdo sobre el reparto de una finca que les había correspondido proindiviso como herencia de su padre, el tío Celedonio.

Mi primo Jesulín y yo conocimos la noticia juntos mientras animábamos al gato "Pescador" a que volviera al corral de la abuela Guillermina. Yo creo que ambos notamos en aquel momento cómo una culebrina nos recorría el cuerpo.

Quizá en el futuro la única diferencia entre nosotros y los hijos del tío Celedonio fuera aquella pequeña bola mágica y el recuerdo de aquellos ojos inmóviles y apacibles de nuestra abuela Guillermina mirando la ventana, llenos de luz. ¡Ojalá no los olvidáramos nunca!

Sí, la vida puede ser muy dura. Porque siempre se repite. En sus términos más abyectos. Antes y ahora.

Hoy he leído en el periódico que al menos el 30% de los hijos discuten de manera grave por la herencia de sus padres. Cuando digo grave, es que ya no se hablan entre sí o tienen una relación mínima en el futuro.

También un porcentaje similar discuten con sus progenitores sobre cuándo y cómo van a repartir su herencia. Cuando digo discuten es que ya no se hablan o tendrán una relación mínima en el futuro.

El tío Celedonio no se merecía que su hijo Zacarías le acompañara a la tumba en poco más de un año. Era un chico sano y fuerte. Y el tío Celedonio había estado toda su vida trabajando como un burro. Para dejarlo todo, o casi todo, a sus hijos. Pero, a veces, las tornas se viran de tal forma, que solo se ve un horizonte lleno de negrura y agravios. Y entonces solo quedan los palos o las navajas. Y los terribles insultos que los preceden.

Yo no sé por qué hoy ha tenido que salir en el periódico esta noticia. Después de escribir yo este capitulillo de mi libro sobre la envidia y las herencias, aunque, también, sobre la espiritualidad que supone una generosidad sin los límites de estas cuatro paredes en que a veces nos enjaula a cada uno de nosotros este mundo.

A veces yo pienso que todo está interrelacionado. Y que pasado, presente y futuro son solo las aristas de un solo instante.

Y que, por encima del tiempo finito, se encuentran personas excelsas como mi abuela Guillermina. Que saben dejar atrás toda rémora. Para elevarse, sin peso alguno, y buscar el infinito en el horizonte. Ese lugar al que, a veces, parece que todos nos dirigimos, aunque nos entretengamos en el camino, enredándonos en mil cosas superfluas que nos embrujan, de tal modo, que acabamos disputándolas a garrotazos o a varazos, que son golpes que se dan con los palos que se colocan para que las judías se eleven alto y reciban buen sol en todas sus vainas.

A mí me duele que nos dejara mi abuela Guillermina, como me duele ir abandonando todo lo que tengo y a todas las personas que he conocido. A veces pienso que la vida es solo un continuo e interminable adiós. Pero solo unos pocos sobreviven a la tristeza de estas despedidas.

Y yo me pongo triste pensando en lo que quedará de mí. Poco o nada, como de casi todos nosotros. Tal vez por eso escriba este libro. Aunque no sé muy bien por qué me he embarcado con tantas ganas en este proyecto, que me empuja todos los días a rebuscar en mi memoria. Y en mi corazón.

Es una inercia potentísima esta de escribir, aunque desconozco la raíz de este último intento de permanecer. En algo.

La vida es muy extraña. Yo a veces no sé lo que pasa. Ni por qué. Como cuando ha sonado el timbre de mi casa y ha aparecido tan sonriente como siempre mi primo Jesulín, a quien no veía desde hace bastante tiempo.

Últimamente viene a mi casa mucha gente de entonces a verme. Y también gente de ahora. ¿Por qué querrán verme así, todos juntos?

No me da tiempo a responderme porque mi primo Jesulín, que ahora es gordo y calvo, me da un abrazo que casi me deja sin respiración, cuando me saluda. Y luego se enfrasca en recordar cosas de cuando éramos pequeños.

Pero no como fueron en realidad. Sino mucho más bonitas. Como si él quisiera que solo quedaran de nosotros, en nuestro recuerdo, cosas divertidas e interesantes.

Pero él y yo sabemos que tratamos de cumplir, de verdad, con nuestro abuelo Hermenegildo, como así se lo prometimos a nuestra abuela Guillermina. Por lo menos al principio.

Nos reímos juntos al recordar aquella anécdota. La anécdota de la finca del tío Hermenegildo.

Un día íbamos caminando mi primo Jesulín y yo por el Camino de Canredondo, en dirección a Los Olmos cuando, de repente, reparamos en aquella tierra del abuelo Hermenegildo. Llevábamos un buen rato pensando en qué podíamos hacer nosotros, unos mocosos, por el abuelo Hermenegildo, al que veíamos cabizbajo y triste todos los días, tras la muerte de la abuela Guillermina.

Y, de repente, supimos cómo ayudarle. Le daríamos una buena sorpresa para levantarle el ánimo. Aquella tierra recién arada estaba empezando a criar unos yerbatos aquí y allá. A ese paso pronto se llenaría todo de aquella maleza que ahogaría al trigo y a la cebada.

Así que nos pusimos los dos manos a la obra. Cada uno cogió un par de surcos y fuimos arrancando, a falta de herramientas, con nuestras propias manos, todas aquellas hierbas malsanas que habían nacido esparcidas por toda la finca.

Nos llevó un buen rato. Tal vez dos horas o más. Porque la repasamos una vez y otra hasta que la dejamos totalmente limpia. Los hierbajos los recogimos todos y los echamos al barranco.

Nos limpiamos el sudor de la frente con la manga del jersey y miramos orgullosos la tierra. Ahora estaba limpia como una patena. ¡Lo orgulloso que se iba a poner el abuelo Hermenegildo!

Así que nos fuimos a matar pájaros con el tirachinas a Los Olmos, más contentos que unas castañuelas.

Cuando volvimos era casi el anochecer y pronto supimos que algo no había salido bien.

Estaba mi madre con el abuelo Hermenegildo, al que le había dado como un vahído. Así que rápidamente nos acercamos mi primo Jesulín y yo para darle la buena nueva, aunque primero le preguntamos a mi madre por si acaso.

–¿Por qué está así el abuelo Hermenegildo?

–Unos desalmados, que son unas personas sin alma, le acaban de arrancar todos los melones que tenía el abuelo en su finca del Camino de los Olmos. Sin dejarle ni uno. Ya se necesita tener mal corazón con lo que le acaba de pasar, con lo que acaba de perder… –nos contestó mi madre con una dureza que yo desconocía en su boca.

Mi primo y yo nos miramos atónitos. Y nos quedamos pasmados. Así que aquellos hierbajos que nosotros veíamos cada par de pasos más o menos eran las plantas, recién nacidas de sus pipas, de las que luego, con el tiempo, saldrían los melones. Acabáramos.

A ver cómo salíamos ahora de aquella.

A Jesulín le tembló la voz, yo se lo noté muy bien, cuando le preguntó a mi madre.

–¿Y no se sabe quiénes han sido?

–No, todavía no, Jesulín. Pero se sabrá. ¡Ya lo creo que se sabrá! No puede haber corazón tan negro que aguante un secreto tan mezquino durante mucho tiempo.

Mi primo Jesulín se puso blanco. Estaba a punto de echar allí mismo la pava. Así que salió como pudo del atolladero.

–Bueno, tía, yo me voy. Que se ha hecho ya muy tarde, ¿verdad Germán?

Yo miré para otro lado y no contesté. No quería por nada del mundo tener nada en común con Jesulín.

–Dale un beso al abuelo, a ver si se va reanimando poco a poco –le dijo mi madre.

Mi primo Jesulín le besó al abuelo en la mejilla.

–Ya verá abuelo como le nacen otros –le dijo mi primo con un hilillo de voz.

–No, no, si no quiero que me nazcan otros. Quiero arrancárselos del alma a esos desgraciados que lo han hecho.

Jesulín se fue casi corriendo y sin mirar atrás. Yo me sentía cada vez peor.

Hasta que mi madre me lo notó.

–¿Te pasa algo Germán? Te noto raro.

Yo ya me estaba derrumbando. Y no tenía dónde huir. Solo trataba ya de medir las culpas.

–¿Mamá, tú crees que algo bueno puede convertirse en malo?

–No, eso nunca. ¿Qué te preocupa, has hecho algo?

Entonces empecé a llorar de una forma incontenible. Hasta que mi madre me abrazó.

–Vámonos fuera. Que te lo cuento –le dije, ya rendido, sin condiciones.

Salimos y el abuelo se quedó dentro maldiciendo su suerte.

Se lo conté tal y como había ocurrido. Y luego terminé con pena.

–¡Veníamos tan contentos para darle una alegría al abuelo! ¡Menos mal que no lo hemos hecho! ¡Nos hubiera matado aquí mismo! ¡Qué desastre!

Mi madre se quedó un momento, pensativa y luego le entró una risa incontenible.

–¿Por qué no se lo cuentas al abuelo como lo has hecho conmigo?

–Mamá tú estás loca. No lo haría por nada del mundo.

–Hazlo. Sí, hazlo porque, como te decía antes, nada bueno puede convertirse en malo.

Y yo tenía tanta fe en mi madre que así lo hice.

No podía creer la respuesta del abuelo.

–Germán, qué peso me has quitado de encima –me dijo.

–Abuelo, por qué. Hemos sido un desastre. Un completo desastre.

–Lo de los melones tiene remedio, Germán. Pero pensar que el mal crecía a mi alrededor hubiera sido terrible. Me hubiera teñido el corazón de negrura, que es mucho peor que la tristeza que ya siento, ¿me entiendes lo que quiero decir?

De repente comprendí muy bien al abuelo.

Subí a su habitación y bajé con la bola de cristal. No me había atrevido nunca a llevármela ni tampoco Jesulín me la había reclamado, después de aquel día.

–La abuela me hizo prometer que siempre creería que el mundo era mágico y bueno –le dije al abuelo.

Y le di la vuelta a la bola. Los copos de nieve revistieron de nuevo aquel mundo submarino de una magia inocente y definitiva.

El abuelo se emocionó con lo que acababa de decir. O, tal vez, fuera solo el recuerdo de la abuela Guillermina.

Aunque se repuso inmediatamente. El abuelo Hermenegildo tenía fama de duro.

–Bueno, Germán, sin pasarse, ¿eh? El mundo es como es. Pero está bien que recuerdes esta bola… Ah, y mañana os quiero a los dos cuando salgáis de la escuela en el "piazo" del Camino de Canredondo. Habrá que sembrar los melones de nuevo.

Sí, nos hemos reído mucho mi primo Jesulín y yo recordando aquel suceso.

–¿Te acuerdas, Germán, de cuando nos subíamos a los pesebres de las mulas, para comer granos de cebada y luego nos lanzábamos al vacío con los brazos abiertos para ver si volábamos como los pájaros?

–Sí, claro que me acuerdo. Debíamos ser muy pequeños porque nos dábamos unos costalazos contra el suelo de aúpa. ¿Y tú te acuerdas de cuando le pusimos aquellos petardos al tío Pepico en su ventana de noche y el hombre se cayó del susto de la cama y rompió el orinal?

–Claro que me acuerdo, Germán. No sé cómo comentan por ahí que tienes mala la memoria, ¿no te digo?

Hemos estado celebrando anécdotas un buen rato mi primo Jesulín y yo. Y bebiendo vino de Oter y de Carrascosa que te pone la mar de contento. Luego se ha ido dándome un abrazo como cuando llegó. Que casi se me cortaba la respiración.

Ahora que lo pienso no le he preguntado nada sobre su vida actual a mi primo Jesulín. Bueno, es que no sé apenas nada de él. Por ejemplo, no sé si se casó al final o no. Y tampoco sé si tiene hijos, ni dónde vive.

Se lo pregunto a mi mujer, pero ella siempre me da evasivas.

Así que vuelvo a mi ordenador. Aquí lo veo todo muy claro. Es como un mundo submarino por el que descendieran de nuevo aquellos fascinantes copos de nieve.

Capítulo 10

La magia del cine

La vida en el pueblo, si la viéramos con los ojos de hoy, sin duda la calificaríamos como monótona y rutinaria. Y también aislada.

Pero yo pienso asimismo en cómo veríamos con nuestros ojos de niños de entonces la vida que, luego, de mayores nos esperaba en Madrid. O en una ciudad como Madrid. Donde hay mucha gente, es cierto, aunque no sé si tan aislada también, que no tiene consciencia ni siquiera de su propia soledad. Y donde le han robado tanto tiempo que ya no le queda sino el mínimo para dormir y ver, totalmente alienada y pasiva ya, la televisión, que le mete en casa todo lo que ellos, los del sistema, quieren, sin filtro alguno.

Pero este debate daría para mucho y no estoy seguro de que nos llevara a puerto alguno. Porque cada uno tiene que vivir con su propia circunstancia y con las cartas que le han repartido en la mesa de juego y, luego, no valen excusas ni distracciones de mal pagador.

Aunque yo hoy me acuerdo, sobre todo, de muchos momentos extraordinarios que, de niño, alumbraban con una potencia desmedida la mortecina luz de la rutina y la monotonía del quehacer diario. O, a lo mejor, no eran tan extraordinarios, sino que, quién sabía por qué, los vivíamos así.

Un día vinieron los cómicos. Yo tendría cuatro o cinco años. Vinieron con un pequeño circo, qué se yo, dos leones famélicos, tristones y cuatro monos pizpiretos. Y aquellos payasos, calzados con zapatones, que se tiraban las tartas a la cabeza. Llegaron en un camión enorme, de catorce ruedas, que nosotros las contamos, una por una, varias veces, corriendo a su alrededor.

Yo llevaba sin dormir varios días, o durmiendo mal, quiero decir, preso de emociones y excitaciones sin cuento. Pero aquello del circo solo me dejó un poso de pena enjaulada, junto a los leones marchitos, y un deje de tristeza exhalada por los ojos brillantes de los payasos, maquillados de hambruna y desesperanza.

No sabía yo que la niñez, como la vida, era un desencanto permanente. Del que te recuperabas, entonces, eso sí, casi de inmediato. Con una nueva ilusión, con la que inaugurabas el mundo de nuevo, y la alegría, llena de luces, colgaba, otra vez, de los balcones de tus pupilas, tintineando como las campanillas de los caballos trotones. Porque a los pocos días vino la gente del cine.

Así que cuando, ya de noche cerrada, entramos en el salón del Ayuntamiento, el más grande del pueblo, y nos sentamos en aquellos bancos de madera, lo hicimos con el corazón expectante, mientras mirábamos fijamente a aquella pared blanca, sobre la que huían, atónitas, las arañas.

Entonces apagaron las bombillas y un chorro de luz inundó de color y de música aquella enorme pantalla de yeso blanco. A pesar de todo el tiempo transcurrido, de todas las ilusiones, de todos los desencantos, todavía me queda, adentro, aquella magia. No hay nada que me gustaría más que saber el nombre de aquella película, que no he vuelto a ver, por mucho que lo he intentado y ya no sé dónde buscar.

Había una pradera de un verde reluciente y extraño y una vaca con dos terneros tumbados en ella, durmiendo al sol. Entonces apareció una niña de cabellos dorados y vestido rojo, la niña

más guapa del mundo. Tanto, que miré hacia atrás, al proyector, para buscarla entre las estrellas de polvo suspendido. Cuando regresé, enamorado, a la pantalla, un indio, en un veloz y gigante caballo, portaba en la grupa a la niña, que me miraba, pidiéndome ayuda, con el terror y la esperanza pintada en sus ojos azules.

Nunca la he olvidado. Y nunca la olvidaré. Después de todos los años que soñé con ella. Todavía, cuando veo una del Oeste, ya casi no las ponen, por un momento aparece el caballo veloz que me la trae de vuelta. Pero ya sé que solo es un instante y que nunca vuelve.

Sí, nunca he olvidado la magia del cine. Como la de la literatura. Dos árboles frondosos que echaron en mí sus primeras raíces entonces.

A mí me gustaba también mucho ir a recoger espliego. Desvedaban su recogida una vez al año justo después de la fiesta de Sacecorbo: San Bartolomé Apóstol, después de que se terminaran las labores de recolección y trilla de los cereales.

–¡Tere, mañana veremos amanecer! –le decía yo a mi hermana ya en la cama y preso de excitaciones sin cuento, pensando en lo que me esperaba.

Pero nos levantaban mucho antes del amanecer. Porque el secreto de todo aquello era llegar pronto al sitio y tomar posiciones en él para que nadie te lo quitara. Ya los días de antes salía yo con mi padre a ver por dónde había buen espliego. Yo señalaba con el dedo.

–¡Mira éste, qué bueno papá!

Él miraba en silencio.

–Sí, pero por el Angostillo viene mucha gente. Vamos a ver por El Valle.

Y nos íbamos a El Valle, que era un paraje lejano, ya en la linde con Canredondo.

Pero, por muy pronto que nos levantáramos y por muy lejos que fuéramos, siempre había llegado ya alguien.

Mis padres nos despertaban como a eso de las tres de la mañana. Yo tenía un sueño pesado y dormía como un tronco, así que me tenían que vestir entre mi madre y mi hermana porque me quedaba dormido de nuevo con una manga puesta del jersey y la otra no.

Nos subían a Tere y a mí a la mula "Castaña" y nos arropaban con una manta enorme y luego mi padre nos ataba para que no nos cayéramos. Aquel viaje a caballo, absolutamente de noche, abrazado por mi hermana y mirando las estrellas del cielo a mí me resultaba inolvidable.

A veces veíamos amanecer sobre la misma grupa de "Castaña", pero lo más normal era viajar hasta el monte donde íbamos a segar el espliego completamente a oscuras.

Eso sí, en cuanto llegábamos allí nos aplicábamos en encender una buena fogata. Lo primero, para calentarnos y lo segundo, para ver algo si no había luna. Pero, sobre todo, la encendíamos para que nos vieran a nosotros. Y, de esta forma, tomar, de alguna manera, posesión de aquel sitio y que nadie se pusiera tan cerca que no tuviéramos espacio para segar el espliego allí durante todo el día.

El fuego siempre ejercía en mí una fascinación sin límites. Echar en él aliagas, cambrones, ramas de enebros y de espino y ver cómo crepitaban y se convertían primero en llamas, luego en ascuas rojas como la sangre y, por último, en casi nada, era una experiencia que me fijaba al fuego con los ojos absortos como platos, máxime si era absolutamente de noche y el mismo reinaba en ella, pleno de colorido y de viveza.

Luego, cuando amanecía, mis padres segaban el espliego que había alrededor y que estaba ya maduro, y exhalaba aquella fragancia densa y penetrante, y lo dejaban encima de la propia planta. Y Tere y yo íbamos a recogerlo haciendo grandes brazadas con él y llevándolo a la sombra de algún enebro o chaparro para que no le diera el sol. Como La Fiesta había sido

recientemente, competíamos en ver quién se sabía más canciones de las que había tocado la orquesta y las cantaba mejor.

Mi hermana me llevaba gran ventaja en eso del cante. Tenía mucho mejor oído que yo y además cantaba mucho mejor. Pero a mí me gustaba llevar en brazos el espliego como si fuera un acordeón e ir cantando mientras apretaba las teclas y los botones imaginarios del mismo, en tanto iba y venía recogiéndolo recién segado y oliendo su fragancia profunda y envolvente.

Un día se nos puso a nuestro lado otra familia. La verdad es que llegaron un poco tarde y estaba todo el campo de espliego ocupado. Pero no se iban a volver a aquellas horas y se apretujaron allí, entre nosotros y otro grupo que estaba algo más lejos.

Era una familia que tenía dos hijos, un poco mayores ambos que yo, muy seguidos en edad, se llevarían un año escaso entre ellos. La verdad es que a mí me daba pena del chico mayor. Desde luego no parecía muy listo y, además, estaba siempre como despistado, casi ido, y con un aire de tristeza que le llenaba toda su figura. Se llamaba, además, para su desgracia, Quirico, nombre que le habían puesto en honor del santo del día, que se celebraba el diez de junio.

Yo, desde que lo recordaba, era objeto de mofa permanente entre mayores y pequeños. ¡Quirico, cuando mate tu padre el gallo, me guardas el pico! ¡Quirico, que tú siempre serás pobre, nunca rico! Y lindezas semejantes.

Por el contrario, su hermano, que se llamaba Julito, era espabilado, sabiondo y un tanto atrevidillo. Y tenía la virtud de que siempre caía bien. Todo el mundo lo quería.

Aquel día Julito se acercó a mí.

–¡Hola Germán! ¿Ya estás apagando el fuego? –me dijo.

–Sí, Julito –le contesté– me ha dicho mi padre que ya es casi de día y dentro de poco empezaremos a segar.

–Bueno, nosotros acabamos de llegar. Yo lo voy a encender ahora un rato. Hace mucho frío. ¿Tienes cerillas?

Le di unas cuantas, que podría frotar contra cualquier piedra, y se marchó tan contento. Ellos estaban bastante cerca, aunque había una pequeña loma y un grupo de enebros que nos separaban a su familia de la mía.

Amaneció y mis padres empezaron a segar. Y Tere y yo, lógicamente, comenzamos a recoger el espliego que iban dejando y, luego, a portearlo hasta la sombra de un enebro en el centro de nuestro territorio.

Estaba yo enfrascado con aquella canción de Los Brincos que se llamaba Lola: "La otra noche bailando estuve con Lola, y me dijo que se encontraba muy sola…", repetía yo una y otra vez.

Pero mi hermana Tere me mortificaba.

–Desafinas más que un disco rayado. Escucha.

Y entonces se arrancaba con aquello de "Cuando llegue septiembre, todo será maravilloso…".

Yo me quedaba embobado escuchándola. ¡Qué voz tan bonita poseía mi hermana! Y cuando ya me tenía a su pies, dejaba de cantar y exclamaba:

–¿Y dónde estamos nosotros? –me preguntaba con un aire fascinante.

–Pues aquí en El Valle, recogiendo espliego -le contestaba yo, sorprendiéndome nada más haberlo dicho, de que mi hermana buscara una respuesta tan evidente.

–No, estamos en septiembre, precisamente en septiembre… Así que, ¡vamos a recoger espliego, porque esto es maravilloso! ¡A ver quién trae más!

Sí, mi hermana seguía llevándome por donde quería. Y yo me temía que siempre sería así.

Para mi mortificación eterna.

Ella levantó la vista, contenta de haberme impactado una vez más y entonces su cara se demudó.

–¡Andá! ¡Si está ardiendo ese grupo de enebros! –exclamó un tanto asustada.

Los dos miramos para allá. Uno de los enebros era ya solo llamas y éstas se extendían hacia los arbustos y enebros de alrededor. Había riesgo de que el fuego se extendiera además a todas las matas de espliego que estaban ya suficientemente secas para arder con facilidad.

Fuimos corriendo a avisar a mi padre. Él, rápidamente, valoró el peligro y fue a avisar, a su vez, al padre de Quirico y Julito.

Otros padres cercanos también vinieron y, con mantas y ramas de romero y encina, entre todos consiguieron apagar el fuego. La verdad es que la solidaridad entonces ante las desgracias era imponente en los pueblos.

Cuando todo acabó el tío "Cacerolos", que era el padre de Quirico, se dirigió a éste. Bueno, más que dirigirse, lo primero que hizo fue sacudirle una bofetada que sonó como un estruendo en el gran silencio que se había hecho.

–¡Atontado! ¡Que eres un atontado! ¿Es que te ha dicho alguien que hicieras fuego? ¡Eh, dime, atontado…!

Pero Quirico no decía nada, bajó la cabeza y aguantó el temporal.

El padre de Quirico luego dio las gracias y se disculpó ante el resto de hombres.

Después, cada una de las familias volvió a su trozo de monte a seguir segando.

Yo me acerqué a mi padre y le dije.

–Papá, no ha sido Quirico. Ha sido Julito, que ha venido a pedirme las cerillas –la verdad es que me dolía la injusticia que se cebaba siempre con el pobre Quirico.

Entonces mi padre se acercó al tío "Cacerolos" y le dijo casi en un susurro.

–Al parecer ha sido Julito, no Quirico. Le ha pedido las cerillas a mi Germán.

–¡Me da igual! ¡Y si no ha sido él, seguro que ha visto el fuego! ¿Por qué no nos ha avisado, eh? ¿Por qué? Este chico es una auténtica desgracia.

Y claro, mi padre ya no pudo hacer más. ¿Y yo qué podía hacer?

Dirigí mis ojos a Quirico. Se había quedado mirando a ninguna parte, como un pasmarote. Su hermano pequeño era uno más de los que le debían haber comido la moral, si es que alguna vez la tuvo. Inclusive era ya más alto que él que, además, siempre iba como encorvado, mirando al suelo y acababa pareciendo así su subalterno.

Pero la vida seguía y aquella tarde lo pasamos bomba. Llegamos a la Barbarija cayendo ya el sol con el espliego cargado en nuestras mulas. Allí nos lo pesaban en una báscula y nos lo pagaban muy bien, la verdad. Nueve pesetas por arroba, lo cual daba casi una peseta por kilo. A veces se ganaba más en el espliego en diez días que con el trigo en todo un año. Con once arrobas te llevabas cien pesetas en un día. Una barbaridad para entonces.

Pero luego, además, venía lo bueno para los niños y los no tan niños. Habían instalado una gran caldera al lado del arroyo de La Barbarija. La caldera, más que grande, era enorme. No sé, tres o cuatro metros de alta y dos y medio o tres de ancha. Allí se echaba el espliego recogido durante el día. Pero claro, para que cupiera más en la caldera había que pisarlo y aplastarlo.

Y ahí entrábamos los niños y los jóvenes dando, para ello, saltos sobre el espliego segado.

Poníamos tanto ímpetu y aquello eran tan inestable que nos caíamos o nos hundíamos entre el mismo, embriagados de juventud y de la fragancia que luego se convertiría en perfume. Nos empujábamos entre risas, nos echábamos el espliego encima y jugábamos a ver

quién se mantenía en pie en aquella alfombra verde y morada tan movediza. Al final acabábamos agotados, pero con nuestro peso y nuestros saltos habíamos conseguido meter en la caldera mucho más espliego.

Entonces cerraban la misma a presión con una gran tapa, repegando con barro sus posibles resquicios y se encendía el fuego debajo de ella. De la gran olla también salían unos tubos por donde escapaba el vapor de agua y del espliego cocido, que se introducían en el manantial siempre fresco (dado que provenía de la subterránea cueva de Las Majadillas) del arroyo de la Barbarija y el vapor quedaba convertido al instante de nuevo en líquido. Dicho líquido, que contenía una parte de agua y otra de esencia de espliego, se destilaba en una gran alcuza de cristal. Como el agua pesaba más, ésta quedaba abajo y arriba flotaba la esencia del espliego, planta que es una de las variedades de la lavanda y la base, entonces, de casi todas las colonias y perfumes. Por eso se pagaba tanto.

Aquel día saltamos media docena de niños y chicos dentro de la caldera. Entre nosotros estaba Julito, que se lo pasó tan bien como el resto de nosotros. El que no participó fue su hermano Quirico. Él estuvo deambulando por los alrededores de la misma y, en un momento, tal vez cuando nosotros dentro de ella nos reíamos más, tropezó con una alcuza y derramó un poco de esencia de espliego.

El dueño de la caldera lo vio.

–¿Pero es que no miras por dónde vas? –y, luego, al reparar que no jugaba con nosotros, le espetó.

–¿Qué pasa, que tú eres un perro verde?

Pero Quirico no contestó. Como siempre hacía. En el último momento había conseguido sujetar la alcuza con una mano y el daño había sido mínimo. Luego se alejó de allí de forma silenciosa.

Nosotros nos habíamos quedado también en silencio interrumpiendo nuestro juego, pero Julito rápidamente gritó.

–¡Vamos! ¡Vamos otra vez!

Volvimos a saltar. Yo miré a Quirico con un poco de pena. Pero luego alguien me empujó y entré de lleno otra vez en el juego.

Quirico llevaba camino de convertirse, si Dios no lo evitaba, en el nuevo tonto del pueblo. Como lo era el tío "Tontarras", que era tan viejo que estaba ya llamando a uno joven para que lo sustituyera.

A mí ya me lo había dicho el tío Ezequiel. Cada pueblo necesitaba su tonto. También su listo. Y su gracioso. Su rico y su pobre. Así se ordenaban entonces, y tal vez ahora, las comunidades pequeñas y cerradas.

La selección natural, que era siempre la de los más fuertes o, tal vez, la de los menos sensibles, funcionaba allí y en todos los pueblos de Castilla, y de España, y quién sabía si del mundo entero, como decían que lo hacía entre los animales de la selva.

Sí, hoy me acuerdo del niño Quirico, a quien casi nunca nadie oyó una palabra de queja. Lo suyo fue tragárselo todo y aguantar el temporal como podía. Cada vez peor, claro.

Sus padres se fueron del pueblo, como casi todos, pasados unos años, a Cataluña, concretamente a Reus. El tío "Cacerolos" y el que era su ojito derecho, su hijo Julito, empezaron a trabajar en la construcción, haciendo zanjas y llevando espuertas de cemento y de ladrillos de un sitio para el otro, mientras que a Quirico lo pusieron de ayudante de un carpintero del barrio, porque no parecía que estuviera hecho ni tuviera la inteligencia para un trabajo de hombres.

Con el tiempo, Quirico pasó de aprendiz a carpintero y, luego, más tarde, con una cartera muy buena de clientes se hizo llamar ebanista y montó su propia tienda de muebles: “Muebles Quirico, los más elegantes de Reus”, se llamaba. Cuando su padre y su hermano se hartaron de cavar zanjas, se fueron a trabajar con él y a sus órdenes, así como su madre y su hermana.

Yo nunca volví a verlo, pero me dijeron que Quirico casó bien y hoy es todo un potentado que hasta exhibe sus productos en ferias y eventos del sector.

Yo me alegré mucho cuando me dieron estas noticias. Se ve que le vino muy bien el cambio de aires. Y allí pudo desarrollarse y expandirse sin más límites que su esfuerzo y su inteligencia, lejos de las constricciones de una pequeña comunidad que lo tenía encorsetado como “el tonto del pueblo”.

Sí, a veces en las comunidades pequeñas, todo se simplifica al máximo, y al servicio de un nacionalismo rancio y de cortas miras, como cuando se refieren a los pueblos de al lado con estereotipos como: estos son unos borrachos, aquellos unos tacaños, esos unos vagos y los de más allá unos ladrones, ¡cuidado con ellos!, así, en general, y sin exceptuar ninguno.

Yo nunca tuve hijos. Pero si los hubiera tenido me hubiera gustado poder desarrollar al máximo las posibilidades de cada uno, que se sintieran libres y seguros. ¡Claro, qué padre no quiere eso para sus hijos! Incluso, probablemente, también lo quería el tío “Cacerolos”. Pero acertar en ello en el día a día ya es otro cantar.

Yo, hubo unas semanas, de repente me acuerdo muy bien, en las que lo empecé a pasarlas canutas en el pueblo. El maestro nos estuvo explicando lo de la germinación de las plantas. A algunos les hizo gracia aquella palabra y, rápidamente, me la aplicaron a mi nombre.

Cuando salimos a jugar al patio empezaron a llamarme “Germina”. “Germina, pásame el balón”, “¡ay que bien peinada vienes, Germina!”. Y se atrevían hasta en clase: “Germina, pásame la goma”. Y en este plan.

Yo no sabía cómo luchar contra aquella avalancha que se me venía encima. Si, además, te enfadabas, era mucho peor, porque te aplicaban aquello de que “el que se pica ajos come”. Nada se podía hacer contra la rumorología y el etiquetismo en los pueblos.

Afortunadamente aquello no se consolidó y volví a ser Germán otra vez.

Y no tuve que esperar a irme a Reus y ser el mejor ebanista de la ciudad, como Quirico, para sentirme yo mismo de nuevo.

Mi mujer me llama para comer y yo cierro el ordenador. Normalmente, cuando termino de escribir, no acierto a adivinar el porqué, me veo descendiendo, cada día más abajo, por una pronunciada cuesta que me llevara al sin remedio y a la desesperanza.

Pero hoy, en estos momentos, sin embargo, me siento muy a gusto. Es como si la historia de Quirico me dijera que todo en esta vida tiene remedio precisamente. Y aún más: compensación. Por ello me acerco, lleno de contento, a mi mujer, que está en la cocina, y la abrazo por detrás y le doy un beso.

Y ella también, que cada vez tiene una cara más triste y más preocupada, me sonríe y, los ojos, por un instante, se le llenan de alegría. De aquella que, hace ya algún tiempo, había siempre en ellos.

Capítulo 11

Amor en el Callejón del Horno

Un día, por azar, yo fui testigo del inicio de una historia que, con el tiempo, me conmovería sobremanera, dejando en mi mente y en mi corazón de niño y, luego, de joven, no pequeñas cicatrices.

Cuando hacía mal tiempo el baile se hacía en el salón del Callejón del Horno. Allí llevaba Bernardo su picú, y su modesta, aunque suficiente, colección de discos. A Bernardo le habían regalado unos tíos de Madrid aquel "pick-up", españolizado "picú", que era el nombre técnico del "tocata" o "tocadiscos" de brazo oscilante y levadizo, que se apoyaba sobre los surcos de los discos de vinilo para reproducirlos.

Bernardo era un mozo un tanto extraño, soltero y algo mayor ya al que, probablemente, sus tíos habían regalado aquel novedoso artilugio musical para facilitarle su relación con las féminas y quién sabe si, más aún, conseguirle a su través, una pareja duradera que lo hiciera feliz antes de que, definitivamente, se le acabara pasando el arroz.

Así que Bernardo, que no era un lince ni en inteligencia, ni en apostura, ni en simpatía, se vio de repente como el más preciado objeto de deseo, durante las tardes monótonas y lluviosas de los domingos y fiestas de guardar del largo y duro invierno.

A su casa iba una procesión de chicas y jóvenes a fin de rogarle que hiciera el favor de enchufar su picú para solaz de todos. Y Bernardo se resistía un poco, sabiendo que a las peticionarias no les quedaba otra que insistir y tener paciencia, porque no había competencia ni alternativa posible. Ni remotamente los tíos de Bernardo debieron suponer el antídoto que supondría el picú para la baja estima de su sobrino.

Y Bernardo acababa cediendo y cogiendo sus bártulos, rodeado como un toro bravo por su baraja de mansos, camino no de los toriles sino del Callejón del Horno, donde le esperaban el resto de las chicas y todos los mozos, ya con los ojos febriles del deseo de que empezara el juego del amor, patrocinado por la música del baile.

Y allí íbamos también los chisgarabises como nosotros, que todavía no pintábamos nada en aquella contienda, aunque fijarnos ya nos fijábamos y comprobábamos un tanto atónitos lo guapas que se podían poner las muchachas, en cuanto se sentían el centro de todas las miradas en el salón de baile.

Lo que hacíamos mayormente nosotros era jugar al pilla pilla, corriendo como descosidos entre las parejas y también algunas otras actividades mucho menos inocentes de las que ya hablaré cuando llegue su momento. Y, por supuesto, cotillear y fijarnos y, quién sabía si también aprender, en los distintos lances y contralances del coqueteo que suponía el baile.

Al final nos cansábamos y nos aburríamos de tanto mirar y nos escondíamos sobre una pila de maderos que había a un lado, donde acabábamos jugando a las cartas, mascando chicle y tirándoles papelitos con una goma a las chicas de nuestra edad que, ellas sí, no se cansaban nunca de mirar ni de cotillear, mientras pasaban de nosotros como de la peste y dirigían sus ojos a los más mayores, buscando no se sabía qué seguridades y dominios que nosotros no alcanzábamos a ofrecerles ni por asomo.

Un día bajé yo a la pista de baile con un interés especial. Mi hermana Tere estaba haciendo ya sus pinitos en la materia y, aunque bailaba fundamentalmente con otras amigas suyas, de vez en cuando ya se les acercaban algunos moscones mayores y ellas entonces hasta

parecían felices y henchidas de no se sabía qué gozo interno que las hacía parecer como transfiguradas en otra cosa que, conllevaba, desde luego, un desprecio mayúsculo hacia los mocosos como nosotros.

A mí eso me traía de los nervios y, en cuanto notaba a mi hermana que se henchía como un pavo real, rápidamente me acercaba y le tiraba de la manga.

–Tere, ha dicho mamá que nos vayamos ya a casa.

Ella me miraba entonces con una mezcla de compasión y desprecio que a mí me hacía sentirme peor. Como si la estuviera perdiendo definitivamente y yo ya no pudiera hacer nada por retenerla en nuestro antiguo mundo común.

Ella nunca me contestaba. Siempre lo hacía alguna de sus amigotas.

–¡Germán, pero qué pesado eres! ¿Es que no puedes irte con los chicos de tu edad?

Entonces yo reculaba y me iba, aunque no muy lejos, para seguir observándolas, sin *que ellas se dieran cuenta.*

Aquel día me puse en un rincón, que estaba casi sumido en la más completa oscuridad. Era el sitio ideal para ver sin ser visto. Y allí me aposté, sabiendo de antemano que iba a sufrir un montón viendo lo bien que se lo pasaba mi hermana en aquel mundo nuevo al que yo no tenía todavía acceso.

De repente, una pareja casi se me echó encima. Por la poca luz que allí había y también por lo apasionados y perdidos que se encontraban cada uno de ellos en los brazos del otro.

Me desplacé ligeramente y quedé casi detrás de ellos, absolutamente oculto por la densa penumbra del rincón.

Eran de los que bailaban pegados como las lapas, con sus dos cuerpos que se buscaban, y se hallaban, perfectamente paralelos.

Porque mi primo Jesulín y yo teníamos clasificadas, fruto de nuestras largas observaciones, a las parejas en los siguientes tipos:

En primer lugar, las que no se llevaban, es decir que cabía casi una vaca entre ambos y no se rozaban ni queriendo. Estas parejas solían ser fruto de un encuentro fallido, por ejemplo cuando se acercaban dos amigos hacia dos chicas que estaban bailando entre ellas y habían pactado quién iba con cada cual pero que, en el último momento, por un giro caprichoso del baile o, más bien, de las propias chicas, los dejaban a contramano a cada uno con la chica del otro, y ambos dos solo deseaban que se pasase la pieza cuanto antes, mientras seguían mirando de soslayo al objeto preferido de sus deseos que estaba con su amigo. Se les notaba muy bien el hartazgo del obligado compromiso y cómo respiraban cuando por fin la música del picú dejaba de sonar y se desenlazaban. Aunque también se daban casos de parejas que empezaban muy mal pero que, luego, por alguna sorpresa imprevista, de las que el amor debía tener muchas según decían los expertos, se recomponían e iban acercando posiciones y continuaban bailando juntos las siguientes piezas y quién sabe si también los siguientes días.

Luego estaban las parejas de los codos. En este caso se jugaba a parecer una pareja sin serlo. Los cuerpos estaban bastante cerca, pero si uno se fijaba bien, como mi primo Jesulín y yo lo hacíamos, claro, no se tocaban ni por asomo. Vamos, como si se dieran la corriente. La chica parecía apoyarse sobre los hombros del chico confiada, pero, en realidad, clavaba sus codos justo ahí para mantenerse a distancia y, no solamente eso, sino también para utilizarlos de palanca y contrarrestar los brazos del chico que querían atraerla por la cintura contra sí. Era una situación extraña, como de guerra de guerrillas, frustrante sin duda para ambos y que, por su naturaleza, solo se soportaba por su provisionalidad. Era una relación que debía romper en una dirección o en otra. Jesulín y yo contabilizábamos muchas parejas de este tipo, en las que

las chicas ponían a prueba la paciencia y la altura de miras de sus pretendientes, acercándose a ellos para que pudieran respirar su personal fragancia y hacerse una idea de sus encantos pero que, a la postre, los dejaban con tres palmos de narices y a verlas venir. Si el muchacho seguía insistiendo, quizá la tensión de codos de la chica se fuera relajando y, poco a poco, empezaran a saborear ambos los primeros frutos del amor. Un suponer, claro.

Un tercer y curioso caso eran las parejas tipo del Pato Donald, como les había puesto mi amigo Julián. El Pato Donald era por aquel entonces quizá el dibujo animado más popular en aquellas teles de blanco y negro que acababan de llegar a aquellos pueblos perdidos. Aunque, más propiamente, deberíamos decir en vez del Pato Donald, la pata Daisy. Porque a la chica, en este caso, lo único que le preocupaba de verdad eran las distancias de cintura para abajo. De cintura para arriba se amoldaba al muchacho e incluso se recostaba sobre él y éste podía sentir lo cálidos y turgentes que podían ser sus senos. Pero de cintura para abajo, ella retiraba sus caderas formándosele un culo huidizo y respingón, tipo Daisy, al que el muchacho trataba de chocar con todo tipo de obstáculos (otras parejas, las paredes, etc.) con el mor de acercarlo. Claro que, si el chaval se ponía muy pesado, entonces la chica pasaba al modelo de pareja de los codos y el que se lo perdía era él. Así que, los chavales de estas parejas miraban por encima del hombro a los sufridores de los codos, que esos sí que no tenían nada. Nada más que sufrimiento, claro. Pero ellos mismos no dejaban de acabar extenuados también, persiguiendo una y otra vez aquellas caderas huidizas que acababan siempre fuera de su alcance.

Y, por fin, estaban las parejas de verdad. Las que bailaban, pegados ambos, el uno al lado del otro, como lapas, con los ojos cerrados y susurrándose al oído quién sabía qué frases calenturientas y descontroladas, que manaban de sus labios como borbotones de lava, impulsados desde el fondo de aquellos volcanes en erupción que eran sus jóvenes y apasionados cuerpos llenos de deseo.

–Sabes que no puedo vivir sin ti. Ah, me vas a volver loco, absolutamente loco… –le dijo Ramón a Celia en aquel rincón donde parecía que se acababa el mundo de los demás y empezaba el suyo.

Yo lo oí perfectamente. Era el rincón más alejado de la música y, además, ésta había cesado hacía ya algunos instantes, mientras Bernardo se disponía a cambiar el disco. Pero ni Ramón ni Celia se habían dado cuenta probablemente, abrasados como se sentían en aquella ardiente oscuridad.

Celia no dijo nada. Solo se abrazó todavía más fuerte a su hombre, mientras se le teñían las mejillas de un rojo casi malva.

Su hombre era solo un chaval todavía, aunque algo mayor que ella. Podían tener 19 y 17 años respectivamente.

–¿Te quieres casar conmigo, Celia…? ¡Dime que sí! Porque si no tendré que raptarte y fugarme por ahí contigo.

Celia pareció entristecerse de repente.

–Ramón, a lo mejor no nos dejan hacerlo. Ni lo uno, ni lo otro…

–Nos dejarán. ¡Todavía no saben cuánto nos queremos! Si lo supieran… Se lo decimos esta noche, ¿vale?

–Vale, mi amor. Qué feliz soy, ¿y tú?

Entonces Celia abrió los ojos y se giró para mirar a los suyos a Ramón. Y en ese instante me vio y nuestras miradas se cruzaron un momento.

A mí me subió un extraño rubor por dentro que hizo que no pudiera aguantar en aquel rincón ni un instante más. Me deslicé por la pared y les dejé aquel espacio íntimo y sagrado

solamente para ellos.

Pero no pude dejar de pensar en Ramón y en Celia durante el resto de la noche. Particularmente en Celia, que poseía unos ojos profundos y negros, quizá un tanto melancólicos, que podían atraerte a su interior como si fueran una honda sima.

Además, pensé, tenía que contárselo a mi hermana Tere. Porque yo también quería estar en aquel mundo tan misterioso y extraño, que todavía solo intuía, y transfigurarme, como los mayores, al calor de la música y de los cuerpos sudorosos de aquellas chicas de ojos brillantes y mudos.

–Tere, ¿a que tú no sabes el secreto de Ramón y Celia? –le dije casi al oído mientras bajábamos a casa.

Entonces Celia que vivía no muy lejos de nosotros, y que también iba calle abajo tremendamente ilusionada, me vio y me saludó con la mano. Ambos sabíamos que nos uniría siempre aquel momento tan especial del que yo había sido testigo. Le devolví el saludo y le dije.

–¡Suerte!

Ojalá la tuviera cuando llegara a casa y contara a sus padres sus planes.

Mi hermana se sorprendió y me miró con cierta curiosidad, dado que lo que yo decía o hacía, habitualmente le resultaba a ella ininteresante y hasta soporífero.

–A ver cuenta, cuenta…

–Eso ni lo sueñes…

Yo sí que tuve unos sueños revueltos aquella noche, en los que los grandes ojos brillantes y negros de Celia me pedían ayuda buscándome en la oscuridad.

De repente me desperté. Mi hermana también estaba despierta y había dado la luz. Evidentemente no por Celia, sino por algo que todavía no sabíamos qué era.

Fuimos a la habitación de nuestros padres y no estaban en su cama. Solo Pepín dormía como un tronco en su cuna.

Se oían voces de gente abajo, en la calle. Nos acercamos a la ventana, todavía era de noche. Unas grandes llamas salían de la cochera del tío Remigio, donde éste guardaba su tractor, el primero y único que había llegado al pueblo. Una cadena de gente, entre la que se encontraban nuestros padres y muchos vecinos, se pasaba cubos de agua entre sus eslabones, que terminaban sobre las llamas de la cochera.

Consiguieron por fin apagarlas. Afortunadamente, parecía que éstas solo habían prendido el exterior del tejado y éste había aguantado sin desplomarse. El tractor, que dormía en el interior plácidamente, no había sufrido daño alguno.

De repente, Remigio, el dueño de la cochera, sudoroso y extenuado, pero, también, feliz de que al final no hubiera pasado nada, alzó su voz.

–Sé quién lo ha hecho. ¡No podrá detener el progreso de los tiempos! ¡Ninguno podremos!

Su mujer, Mercedes, lo sujetaba, mientras le imploraba.

–Déjalo, Remigio, al final no lo ha conseguido. ¡Qué más da!

–Pero, ¿y qué pasará otro día Mercedes, si hoy no hacemos nada? ¿Qué volverá a intentar tu padre?

–Ya veremos, Remigio. Cada día tiene su afán. No nos precipitemos.

Algo debía saber Mercedes de la salud de su padre, el viejo tío "Pucheros". Porque a partir de aquel día el tío Pucheros empezó a debilitarse cada vez más, como si aquel fracaso en sus intenciones de destruir el tractor de su yerno, hubiera acelerado su propio final, del que él mismo ya sería consciente. Y, por ello, antes de que le faltaran las fuerzas habría decidido hacer

lo que había hecho. No lo había conseguido. Y ya no lo conseguiría.

El tío Pucheros había sido un hombre de orden y tradición. De los que sabían perfectamente el fruto que llevaba cada tierra y cómo y cuándo había que sembrar, y el qué y el dónde. Así se lo habían enseñado sus padres. Y a estos los suyos. Quizá desde el tiempo de los romanos, en el que la agricultura se había quedado congelada, sin cambios hasta el momento presente, como su famoso arado que todavía imperaba.

Por ello nunca soportó el tío Pucheros la idea de innovación que traía su yerno. No le gustaban los surcos que hacía con su tractor en sus tierras. Y cómo dejaba perdidos muchos trozos en las esquinas al girar el vehículo. Y, mucho menos, podía aguantar ver sembradas de maíz aquellas tierras de la Vega, que podían llevar el mejor trigo de todo el pueblo. No, no podía soportarlo.

Y cada vez lo llevaba peor. Sabía que su yerno quería a su hija y era un hombre honesto y trabajador. Pero ese no era el punto. Era la sensación de ver que todo aquello por lo que él había luchado, de repente se cuestionaba, se revisaba. Y se hacían otras cosas con las que él no estaba en absoluto de acuerdo. Era muy duro para él aceptar eso al final de su vida, una vida ordenada como pocas. Disciplinada como pocas.

Él no habría osado cuestionar a su padre, ni a su suegro jamás. Por eso había hecho lo que había hecho. Y por eso murió, poco más tarde, triste y amargado.

Mi tío Ezequiel me lo resumió muy bien.

–Recuerda siempre esto, Germán. Que no se te olvide: los tiempos no se casan con nadie.

Sí, yo creo que cada uno tiene que adaptarse a los tiempos que vienen. Porque solo el futuro existe. El presente es solo un momento fugaz, casi inaprensible. Y el pasado desapareció para siempre. ¡Pero qué difícil es para un viejo, que ya solo es mayormente pasado, abrirse a los tiempos nuevos*!*

Yo no entendí entonces muy bien lo que me quiso decir mi tío Ezequiel. Quizá, dada mi poca edad, era prácticamente imposible que yo llegara a entenderlo en aquel momento. Para mí el tío Pucheros fue poco menos que un loco. Y quizá, también, un envidioso que no podía soportar los progresos de su yerno que eran mayores y más rápidos que los suyos.

Pero hoy, quién sabe por qué, me encuentro más cerca de él. No digo que lo justifique, solo que lo comprendo mejor.

Porque lo más duro del final de la vida es percatarte de que te has quedado ya sin sitio en ella.

Primero te cambian los códigos y luego las cerraduras.

Y te das cuenta de que tu vieja llave ya solo abre la cancela que da al cementerio.

Quizás tengas ganas de revolverte entonces, de rebelarte, y echar abajo, a patadas, las puertas que no se abren. Como hizo el tío Pucheros.

O quizás, si no eres de armar estropicios, te quedes sentado en la puerta de tu casa, viendo pasar la gente que va de un sitio para otro, preguntándote en qué momento dejaste de entender lo que estaba pasando. Hasta que un día te encuentran con la mirada perdida en no se sabe qué horizontes y acaban encerrándote entre cuatro paredes.

Para que la gente joven no vea, ni entienda, lo cruel que es el tiempo para aquellos a los que ya no les queda.

Pero, claro, yo entonces no podía pensar cosas tan profundas y elaboradas como las que acabo de escribir. Solo era capaz de intuirlas. Y vivirlas con la expectación y curiosidad que tenía un niño con toda la vida por delante.

Así que yo aquella noche me volví a la cama, preguntándome qué habría sido de mi amiga Celia, cuyo proyecto de vida dependía precisamente del consentimiento de personas que no iban a vivirla por ella.

Capítulo 12

Me quedaré siempre contigo

Al día siguiente comencé a darme cuenta de que mi amiga Celia y su novio Ramón lo iban a tener difícil. Como quien no quiere la cosa me acerqué a mi madre y le pregunté:

–Oye, mamá. Dime quién se lleva mal en el pueblo. Más que mal, a matar –aclaré.

Mi madre, que estaba dándole la papilla a Pepín, se paró y me miró un momento un tanto extrañada.

No era la primera vez que yo le preguntaba cosas así, a bote pronto. Con mi madre tenía tanta confianza que le hacía las preguntas según me venían a la mente.

Pero aquel día la encontré muy cauta.

–Bueno, ya sabes que las relaciones personales y familiares a veces son complicadas. Y aquí en el pueblo no somos diferentes al resto. Pero tú eres una persona joven y debes vivir libre de las ataduras de tus mayores.

Y se paró, volviendo a meterle la cucharilla a Pepín en la boca.

Yo me quedé un tanto frustrado. Así que volví a la carga, pero de forma mucho más directa.

–¿Tú crees que la tía Nicanora se lleva bien con la tía Fuencisla?

La tía Nicanora era la madre de Celia y la tía Fuencisla la de Ramón.

Mi madre me contestó sin dejar de darle la comida a Pepín.

–Bueno, no es exactamente así –me dijo–. Son sus maridos los que no se pueden ni ver. Es una historia muy antigua. Que viene de sus abuelos y, quién sabe, si incluso mucho más atrás. Además, la guerra también los enfrentó. A veces el odio es tan grande, tiene unas raíces tan profundas, hay tantos orgullos heridos, que no parece tener solución. Y este es uno de esos casos. ¿Por qué?

–Nada, nada… parece que Pepín está creciendo mucho últimamente, ¿no crees?

–Bueno, como tú… Estáis en la edad.

Y me fui a la calle a ver si veía a Celia y adivinaba por su cara cómo le había ido.

Pero no la vi.

Ni ese día, ni los siguientes.

Y, poco a poco, se me fue olvidando el asunto. Porque a esa edad, ningún asunto me duraba más de un par de días. Debía ser esa la razón de que los niños no criáramos ese odio

que parecían tener los mayores, que acumulaban resquemores de por vida. Porque no olvidaban, claro.

Pero el amor tampoco se olvidaba. Y la historia de Celia y Ramón apareció un día de repente en el pueblo con toda su crudeza.

Celia estaba embarazada, pero las dos familias se negaron en redondo a que la pareja se casara.

A Ramón su padre lo mandó voluntario a la mili. Dos años al Sahara. Y lo de Celia fue todavía peor.

Porque entonces la mujer se llevaba todas las culpas y las vergüenzas de la familia. Y para ahuyentarlas, lo más fácil era repudiarla y desterrarla a la pobre . Cuánto más lejos mejor.

Yo no la vi cuando se fue, aunque me hubiera gustado mucho despedirme de ella. El coche para Madrid salía a las siete de la mañana y yo, sin ayuda, era imposible que me despertara solo a esas horas. Pero recuerdo muy bien que era un día frío y gris.

Sé que mis padres y otros vecinos del pueblo le dieron a Celia algún dinero.

Y ella se montó en el autobús y desapareció de allí para siempre. Con una pequeña maleta y su barriguita incipiente.

Yo, de vez en cuando, me acordaba de ella. Sobre todo, en el salón del baile del Callejón del Horno. Cuando, algunas veces, pasaba por nuestro rincón mientras la música sonaba. Como entonces. Y aquel sitio se revestía de nuevo con aquellas palabras de amor tan bonitas y tan puras.

Un día, pasados los años, a lo mejor diez años o, tal vez más, un compañero de la universidad me dijo.

–Germán, el otro día estuve con una chica de tu pueblo. Me dijo que te conocía.

Era ella.

Trabajaba como camarera en un bar de la calle Cartagena. Tenía pegado contra la pared, al otro lado del mostrador, un mapa de Sacecorbo. Y por eso mi amigo acabó uniéndonos.

En cuanto pude fui a aquel bar.

No era un bar normal. De hecho, cuando yo llegué ella no estaba. Había salido un momento con un hombre. Pero era allí cerca, muy cerca, según me dijeron.

Al poco regresó y nos miramos atónitos. Ella se repuso mucho antes que yo.

–Eres todo un hombre, Germán –me dijo.

Esperé a que cerraran. Aunque aquella noche tuvo que salir otras dos veces más. La última con un viejo repelente y sucio que iba medio borracho.

Yo tenía mi pequeño coche aparcado allí cerca. Le dije que si la llevaba a su casa y asintió con la cabeza. Y se cogió de mi brazo como si necesitara agarrarse y recuperar todo lo que había abandonado hacía mucho tiempo.

Entramos en el coche en silencio y le pregunté por la dirección.

No estaba muy lejos.

Yo no sabía qué decir. Así que puse la radio.

Empezó a sonar una canción flamenca que se llamaba “Siempre me quedaré contigo”.

Ella puso su mano sobre la mía en la palanca de cambios para que no arrancara.

Y escuchamos en silencio los primeros compases.

…Aunque haya oro y riquezas esperándome
o me presenten los amigos a las mujeres más hermosas.
Ya sabes que yo siempre me quedaré contigo
Que para mí serás eternamente la reina más valiosa

Y no habrá nada ni nadie que nunca nos separe…

Luego extendió su mano y apagó la radio.

–¿Sabes algo de él? –dijo por fin.

–Está casado por Andalucía. Lo vi hace poco que fue por el pueblo.

Celia me seguía mirando con aquellos ojos negros que eran como simas cavadas en la noche. Así que continué.

–Es una persona vulgar, Celia. Nada de lo que hubiera podido llegar a ser contigo. Aquella luz que teníais aquella noche…

Ella subió su dedo índice hasta mis labios para que no continuara por ese camino.

–Pero no se quedó conmigo –dijo con tristeza.

–No, no era tan fuerte… ¿Qué tal tu niña?

–Ahora la verás, aunque sea dormida. Es todo lo que me queda de aquella breve luz que tú viste…

Vivía en una casa modesta, aunque me dijo que era suya y no debía nada a nadie. Y su hija, que se llamaba Carmina, iba a un buen colegio.

Fui a verla alguna vez más a aquel bar y luego la llevaba en mi coche a su casa.

Hasta que un día me dijeron que ya no trabajaba allí. Tampoco estaba el mapa de Sacecorbo pegado en la pared.

Fui entonces a su casa y allí me dijo la portera, muy contenta, que a Celia le había cambiado la vida.

–Parece que al final Celia va a tener suerte y todo. Un caballero maduro y solvente se ha prendado de ella. Y de la niña. Se han ido a vivir los tres a su casa. Y fíjate lo que me dijo Celia cuando se marchó: "Ya te invitaré a mi boda. Lo celebraremos próximamente por todo lo alto".

A mí me hizo llegar la invitación la portera.

Y por supuesto que fui.

Me encantó bailar con la novia.

Tener entre mis brazos a aquella mujer, otra vez llena de alegría y de esperanza, fue uno de los mayores premios de aquellos años.

–Por fin alguien se ha quedado conmigo –me dijo, mientras bailábamos, recordando aquella canción que ambos habíamos escuchado en el coche.

–Si hubiéramos vivido el mismo tiempo yo también lo habría hecho –añadí con mi corazón en la mano.

Capítulo 13

¡Vamos de matanza!

La ventaja de llegar a viejo es que ya lo has visto todo. O crees haberlo visto todo que, quizá, es algo peor.

Y, entonces, empiezas a odiar los cambios a más no poder. Porque ya no tienen sentido, ni crees que te añaden nada nuevo. Solo te reportan, te dices, el fastidio por el estrés de hacerlos. Nada más.

Por ello, luego llega el tiempo horizontal, sin bucle alguno. Un mar calmo y aburrido que es una fotocopia del día anterior. Y del anterior. Y del anterior del anterior.

Y la memoria es entonces una herramienta inútil en el día a día. Porque todas las fechas son las mismas y todos los actos tienen idéntico significado. Sí, todo el tiempo lo llena un presente lleno de instantes repetidos. De hecho, acabas confundiendo las fechas y los actos que realizas en ellas.

A mí mi mujer solo hace que decirme que tengo que cuidarme la memoria. Y me atiborra de pastillas que me receta el doctor de la consulta luminosa. Pero yo creo que no las necesito, ni las pastillas, ni tampoco la memoria. Me gusta ser un viejo prematuro, instalado en la tumbona de la calma chicha.

Únicamente vibro cuando enciendo mi ordenador y escribo en este libro. Capturando con mi antigua memoria todos aquellos momentos que me hacen vivir otra vez. Aunque ahora de una manera más experimentada y consciente. Como si ya hubiera aprendido a vivir y fuera capaz en estos momentos de sacarle a todo mucha más sustancia.

Sí, no sé por qué empecé a escribir un día este libro. Pero ahora ya es casi lo único que me conmueve. De hecho, tengo miedo a que, tarde o temprano, se me acaben los recuerdos y deje de escribir. ¿Qué haría entonces?

A mí, como a todos los niños de aquella época, me gustaban mucho las matanzas, los días de matanza quiere uno decir. Porque a los niños lo que les gusta realmente es aquello que se sale de lo ordinario, que está más allá de las reglas y de los límites que encauzan normalmente su devenir diario.

Y aquel día de matanza empezó por todo lo grande. Fueron a buscar al cerdo de mi abuela Leonor cinco hombres, entre los que estaban mi padre y mis tíos Lucas y Ricardo, también Jesús, el marido de mi tía Teresa y el experto matarife del pueblo, Nicanor, apodado " el tío Ganchos".

Una vez tenían preparada, a unos metros de la corte donde dormía el cerdo, la gamella donde tumbarían a éste y le clavarían el cuchillo en el cuello hasta que se desangrara completamente, el tío Ganchos se dirigió a abrir la puerta de la misma para que saliera el cerdo y comenzara la función.

Los chicos mirábamos expectantes a una prudente distancia.

El tío Nicanor llevaba un gran cuchillo al cinto con el que mataría al animal y en la mano un gancho de hierro en forma de "u" con el que debería "enganchar" al animal, normalmente de la piel del cuello y, con ayuda de los otros cuatro hombres, arrastrarlo a la gamella e inmovilizarlo.

El tío Nicanor mataba a todos los cerdos del pueblo, debía haber matado en su vida a

miles, pero aquel día no lo olvidaría.

Salió el cerdo confiado, desconociendo en absoluto que había llegado su día fatídico, su San Martín y, rápidamente, el tío Nicanor lo enganchó en un movimiento certero con su herramienta. Los otros cuatro hombres se acercaron a la vez, coordinadamente, para agarrarlo también.

Pero, he ahí que, cuando todo parecía discurrir normalmente, el tío Ganchos debió pisar una caca de cerdo que había en el suelo, se resbaló sobre ella y, después de hacer unas figuras en el aire como si fuera un patinador sobre hielo, se dio de bruces y fue a caer con las mismas sobre la mencionada caca.

El cerdo, que notó que se aflojaba el gancho sobre su gaznate, salió en estampida buscando la puerta del corral, antes de que los cuatro hombres hubieran tenido la oportunidad de agarrarlo.

Los chicos, entre los que me encontraba al lado de mis primos Jesulín y Javierito, con la espontaneidad que siempre nos caracterizaba, soltamos al unísono una gran carcajada. Que se unió a una segunda al observar la cara del tío Ganchos al levantarse con la caca espachurrada sobre su cara.

Pero ya los hombres corrían detrás del cerdo por la carretera y nosotros detrás de ellos, riendo y gritando, ante aquel magnífico espectáculo gratis. Y el tío Nicanor, al que ya habían limpiado, corría detrás de nosotros jurando vengarse con su gancho en la mano.

Unos vecinos salieron al paso del cerdo y le bloquearon la huida. Entonces éste, después de mirar hacia un lado y hacia el otro, observó la puerta abierta del huerto del tío Morenés y allá que se fue a toda velocidad. Tras él corrimos todos dando gritos.

De repente, cuando entramos en el huerto el cerdo había desaparecido. No se le veía por sitio alguno.

Hubo un momento de desconcierto hasta que mi primo Javierito, que era muy espabilado, exclamó.

–¡Ojo! ¡Se ha podido caer al pozo!

El pozo del tío Morenés era más bien una poza ancha y no demasiado profunda, quizá metro y medio o dos de agua.

Nos acercamos todos corriendo y allí estaba el cerdo chapoteando y manteniendo la cabeza fuera del agua como podía.

El problema era sacarlo de allí, claro. Con lo que pesaba y lo escurridizo que estaría ahora con el agua, iba a ser tarea ardua.

Los hombres rodearon la poza. El agua estaba como a un metro del brocal. Estuvieron hablando un momento sobre cómo tratar de sacar al cerdo, hasta que el tío Nicanor que le debía tener unas ganas tremendas al animal se decidió. Se sentó en el borde y luego metió las dos piernas en el pozo hasta apoyarse en sendos salientes de una de las paredes.

Una vez contando con buen apoyo, el tío Nicanor lanzó el gancho y de forma certera pinchó en el cuello al cerdo que empezó a gruñir de dolor. Pero al ir a ponerse de pie para hacer palanca y llevar al cerdo a la pared, éste pegó como un derrote torero con el hocico y el tío Nicanor acabó perdiendo el equilibrio, yéndose él también de cabeza al pozo con gancho incluido.

El cerdo se asustó sobremanera al sentir tan cerca el cuerpo del tío Nicanor y se produjo en el agua un chapoteo y una confusión enorme que a punto estuvieron de ahogar al experto matarife. Por fin mi padre y mi tío Ricardito consiguieron coger del cuello de la camisa al tío Nicanor y sacarlo en volandas de aquel suplicio.

Lo llevaron chorreando a casa de la abuela Leonor a fin de que se secara y se cambiara de ropa y volvieron con una soga y una especie de arpón atado a una cuerda.

Mi tío Ricardito le clavó el arpón con destreza en el cuello y entonces, por fin, el tío Nicanor le agarró definitivamente con su gancho y entre los cinco hombres lo izaron fuera del agua. Lo ataron en el suelo de pies y manos mientras el cerdo se revolvía lleno de sangre y estremecimientos. Le pasaron un palo largo por debajo de las extremidades atadas y se lo llevaron colgando de éste hasta la gamella que estaba aguardándolos, con la mitad del pueblo en procesión detrás de ellos. Y nosotros pasándonoslo pipa, claro.

Tumbado en la gamella el cerdo aguantó el cuchillo en la garganta dando tremendos gruñidos que te helaban el alma, mientras la sangre caía en el balde como proveniente de un grifo abierto. Se llenó casi todo el balde, no sé, más de diez litros tal vez y el cerdo se fue quedando sin fuerzas y sin aire para gruñir, hasta que estiró definitivamente las patas y ya no hizo falta sujetarlo. Se estremeció un par de veces más y luego se quedó inmóvil, todavía goteando una sangre roja y espesa.

Las mujeres se llevaron el balde de aquella sangre, que luego serviría para hacer las morcillas y entonces nosotros nos acercamos por si podíamos colaborar en algo.

Yo me puse en la parte de detrás del animal, porque debía de ser un niño de los más sensibles y todavía me impactaba mucho ver los ojos abiertos e inmóviles del cerdo que parecía que te miraban, como mucho más tarde comprobé también que pasaba con algunos cuadros de los museos, independientemente del lugar en el que tú te colocaras.

Los hombres hicieron una hoguera al lado del cerdo a base de aliagas y tomillos y, entonces, nos dejaron a nosotros coger alguna punta de madera y, a modo de tea, pasársela por la piel al cerdo a fin de quemarle el pelo que ardía fácilmente desprendiendo un olor denso y penetrante. Después de darle la vuelta al animal, éste quedó debidamente rasurado y, aunque estaba bastante limpio tras su baño en el pozo, se le volvió a lavar con agua caliente, quedando su piel blanquita como la de un niño pequeño.

Después llevaron el cuerpo del cerdo a la casa de mi abuela Leonor y lo colgaron del techo del portal boca abajo, con una polea que lo amarraba por el hueso sacro. Allí, el tío Nicanor lo abrió con su gran cuchillo de arriba abajo, echando en unos baldes todas las entrañas: el corazón, hígado, pulmones, etc. y también los intestinos que deberían ser lavados y bien lavados por las mujeres para aprovechar las tripas del animal y rellenarlas de morcillas.

A los niños nos daban la vejiga del cerdo, que se inflaba por su extremo como si fuera un globo y se retenía el aire dentro atando la embocadura con un hilo. Con ella salíamos a jugar a la calle al fútbol, hasta que se explotaba o acababa en las garras de algún gato hambriento.

Las matanzas llenaban todo un día de fiesta familiar y, cuando llegaba la época de las mismas, las familias iban de casa en casa ayudando y también degustando las delicias del cerdo sacrificado. Comíamos y cenábamos todos juntos y los niños invadíamos las casas y las recorríamos por dentro, jugando al escondite en los armarios y haciendo bromas y perrerías a las mascotas y animales domésticos que nos encontrábamos.

Por la noche se jugaba a las cartas, fundamentalmente a la brisca, en unos corros de diez o doce personas, que tenían detrás de ellos otros tantos mirones y comentaristas de las jugadas. Los niños solíamos jugar al cinquillo y también a hacernos trucos de magia, más o menos sofisticados, con los que embobar a nuestros espectadores.

En mi familia había, después de cenar, un juego muy divertido al que llamaban "el papelón" que, probablemente, se practicaba también en otras. Consistía en colgar de la espalda, a la altura de la cintura, de cualquier despistado que deambulara por la casa, una

doble página de periódico y fijársela sin que se diera cuenta con un esparadrapo o con un alfiler.

Una vez hecho esto, sin que el sujeto pasivo se percatara, claro, si lo hacía había que ir a buscar a otra víctima, el juego consistía en prenderle fuego con una cerilla y en cuanto prendiera, toda la gente iría a apagarlo, con la dificultad de que el sufriente incendiado, con el susto solo haría que moverse y correr de un sitio a otro. Podría parecer un juego peligroso, pero no lo era y las personas mayores y expertas además aguantaban con el papelón todo lo que podían, mientras eran objeto de la rechifla general.

Las veladas se prolongaban hasta tarde, los hombres bebiendo anís y aguardiente y las mujeres comiendo pasteles y magdalenas. Al final tomaban la palabra los más viejos y llenaban las últimas horas de la noche de unas anécdotas e historias que a los más peques nos encandilaban.

Muchas veces el sueño nos llegaba a los niños durante aquellas largas veladas y acababan metiéndonos a todos los primos en un solo colchón, o en varios pegados, que se tiraban en el suelo. Y allí amanecíamos todos juntos, con la mente poblada de todas las sensaciones que habíamos tenido en aquel día tan especial.

Como lo fue, sin duda, el del cerdo que se escapó y acabó cayéndose al pozo y jugándosela al tío Nicanor, que era un matarife serio y experto como ninguno.

La verdad es que los niños, cuando no estábamos en la escuela, ni nuestros padres nos requerían para que les ayudáramos en algunas tareas, siempre acabábamos involucrándonos en algún proyecto al que nos arrastraba nuestra curiosidad y nuestra sed de aventuras y de conocer el mundo, al que nos lanzábamos a tumba abierta.

La noche de la matanza del cerdo que se escapó, los mayores estuvieron hablando de los tiempos de la guerra. De cómo tocaban las campanas de la Iglesia cuando venía la aviación y, entonces, la gente salía corriendo del pueblo y se iba a esconder a un refugio protector que habían construido en las afueras.

Pues bien, lo primero que hicimos los primos aquel día cuando nos levantamos fue, sin decírselo a nadie, claro, irnos a descubrir lo que había sido de aquel refugio de cuando la guerra.

Desayunamos unos torreznos asados, del morro del cerdo del pozo, que sabían a gloria y nos marchamos silenciosamente y como sin dar pistas a nadie. Mi madre, que siempre estaba unida a mí a través de un invisible cordón umbilical, me dijo cuando ya salíamos por la puerta.

–¿Todo bien, Germán?

–Sí, todo bien, mamá.

–Llevad cuidado, ¿estamos?

–Sí, mamá

Y nos fuimos, con una gran excitación interior, a buscar el Camino de Canredondo y, desde allí, localizar el refugio que debía estar en la ladera de la colina de los Calzaízos. Íbamos Jesulín, Javierito, Ricardo y yo, que conformábamos una buena baraja de zascandiles.

Cuando llegamos a la altura de donde creíamos que estaba el refugio nos salimos del camino y andamos campo a través. Jesulín siempre nos metía una excitación adicional.

–¡Cuidado chicos, a ver si vais a pisar alguna bomba!

Lo que faltaba. Yo ya veía bombas por todos los sitios. Y miraba muy bien por donde pisaba. Aunque disimulaba todo lo que podía.

–¡Si por aquí no hay, listo! Y, aunque hubiera, ya se habrían oxidado, ¿no te digo? –

terminé aplicándole su propia medicina, su propia forma de terminar las frases.

Él se rió por lo bajines.

–Bueno, bueno, Germán, no te mosquees, ¿eh?

Estuvimos recorriendo la ladera, pero allí no localizamos entrada alguna. Y salida tampoco.

–La entrada debe estar oculta –dijo Jesulín con aire de explorador interesante–. Mejor, así será más difícil que sea utilizada por zorros y lobos.

Y nos miró para ver el efecto que producían en nosotros sus palabras.

En mí, desde luego, hicieron que me olvidara por un momento de las bombas ante aquella amenaza mucho más inmediata y real. Aunque rápidamente le hice ver su exageración a mi primo.

–Pero qué fantasma eres Jesulín. ¿Lobos? ¡Tú deliras! ¿No-te-digo? –le recalqué al final, ridiculizándolo.

Javierito y Ricardo me apoyaron.

–Jesulín, que no somos tontos, ¡hombre! –le resumió Javierito.

A Jesulín no le quedó más remedio que plegar velas por el momento.

–¡Bueno lobos, lobos, a lo mejor no hay, pero zorros, eso, seguro!

Pero fue Ricardo, que era un chico observador y silencioso, quien localizó la entrada. O la salida, vaya usted a saber.

Llevaba un palo en la mano y apartó las ramas de una zarza.

–¡Eh, chicos, aquí, aquí!

Al otro lado de la zarza se abría la boca de lo que parecía un túnel.

Todos nos acercamos a mirar.

Entonces yo, tratando de retrasar la entrada lo más posible, dije:

–Hay que localizar antes la salida. ¡No vamos a entrar así, a lo loco!

Pero mi primo Jesulín me la tenía jurada.

–Y qué mejor que descubrir la salida desde dentro. ¿No te digo?

Tenía toda su lógica. Aunque a mí me parecía arriesgado.

–Pero si vemos algo raro, retrocedemos a todo correr –continuó diciendo Jesulín, mirándome–. Si quieres puedes ir el último, Germán.

–No se trata de ir el último o el primero –me defendí–. Sino de tener buena luz. ¿Qué luz llevamos?

Pero Javierito iba bien pertrechado.

–Yo llevo cerillas. Y además le he cogido este mechero de gasolina a mi padre.

–Está bien –concedí–. Pero hay que llevar cuatro ojos.

Una vez estuvimos de acuerdo volvió la camaradería.

–Joder, qué importantes somos. ¡Esto es la hostia! –gritó Jesulín, como si fuera un chico mayor.

Me agarró por el brazo y me dijo al oído:

–¡Estoy tan acojonado como tú, Germán! ¡Pero hay que disimular…!, ¡vamos!

El primero que entró fue Ricardo, con las cerillas. Como lo había descubierto él estaba lanzado. A la entrada había como una cuesta abajo y rápidamente desapareció de nuestra vista en la oscuridad.

Luego, Javierito, que llevaba el mechero en la mano.

Y, por fin, Jesulín y yo que, como siempre, lo hacíamos todo juntos.

Era un túnel de unos veinticinco o treinta metros de largo de paredes arenosas, de las que

se desprendía polvo y tierra en cuanto las rozabas. Había también como una curva que llenaba de oscuridad la última mitad del túnel. Porque no se veía ningún tipo de salida ni luz al extremo del mismo.

Llegamos al final del túnel y nos dimos cuenta de que la salida estaba bloqueada por una gran piedra, que no pudimos remover desde dentro.

Entonces Jesulín gritó excitado:

–¡Anda que si nos hubieran cerrado ahora la entrada!

Aquella vez se le fue la mano del todo.

Nos entró un canguelo galopante y nos dimos la vuelta corriendo todo lo que podíamos. El pobre Ricardo tropezó con algo y se fue al suelo dejándonos sin luz. Javierito tropezó en su cuerpo y se derrumbó encima. Jesulín y yo notábamos aquellos cuerpos bloqueando el paso y no nos llegaba la camisa al cuerpo.

Por fin Ricardo consiguió levantarse y encender una nueva cerilla.

–¡Tranquilos que ya veo la zarza!

–¡Uf, esperemos que no esté la zorra a la puerta! –se rió por lo bajines mi primo Jesulín que ahora iba el último.

Sacudí un codazo para atrás que le dio en toda la cabeza al gracioso de mi primo y se calló por el momento.

Salimos del túnel llevándonos, con las prisas, a la zarza de por medio en nuestros jerséis, que quedaron hechos jirones entre sus espinas y, ya fuera, respiramos profundamente mientras nos rehacíamos.

Luego nos fuimos a buscar la salida y rápidamente encontramos la piedra que tapaba la puerta y entre los cuatro la removimos.

Después ya fue coser y cantar y pudimos recorrer el túnel desde una punta a la otra, entrando por un agujero y saliendo por el otro.

Pronto lo hicimos nuestro. Y, a partir de entonces, pensamos que ya podríamos gozar de aquel primer local que tendríamos en propiedad por primera vez en nuestra vida. Sería el sitio de reunión de nuestra pandilla.

Nos mirábamos unos a otros y sentíamos que algo grande había empezado allí aquel día.

Solo, muchos años más tarde, cuando me compraron mi primer coche, pude experimentar un gozo semejante. Aquella sensación de cortar un trozo del mundo, separarlo del resto y poder vivir a tu manera en él.

Capítulo 14

Una vez hubo una guerra

Le pusimos a nuestra cabaña el sonoro nombre de "El refugio de los cuatro pistoleros", en honor de los cuatro protagonistas de la serie Bonanza que, por aquel entonces, eran las verdaderas estrellas de la televisión que nos gustaba a nosotros.

No contamos a nadie nuestro secreto y allí nos citábamos a base de medias palabras y contraseñas que solo nosotros entendíamos.

En el refugio no hacíamos nada en especial, salvo el hecho íntimo y transcendental de estar juntos en aquella gruta y divagar de las cosas más estrafalarias e intrascendentes. Un día Javierito se llevó una botella de vino y otra de gaseosa y nos pusimos como moñas. Otro día redactamos una especie de estatutos para admisión de nuevos miembros y las pruebas de entrada que les haríamos. Por supuesto, nosotros nos reservábamos el estatus de socios fundadores y la máxima autoridad de aquella peña.

Pero aquel sitio, reservado y oscuro, a lo que invitaba era a los vicios. Y el de fumar era algo que nos atraía sobremanera. Allí nos íbamos con algunos pitillos que les sisábamos a nuestros padres, dos o tres solamente cada uno, para que no lo notaran.

Y allí ensayábamos poses y posturas frente a un raído espejo que nos encontramos en el vertedero. Cómo encender el cigarrillo, cómo mover las manos, cómo echar el humo y, sobre todo, cómo mantener erguida aquella mirada interesante que lucían los actores en la televisión, mientras unas volutas de humo ascendían lentamente justo por delante de sus ojos.

Lo que practicábamos en aquellos momentos, sin darnos cuenta realmente, era cómo convertirnos en mayores que, aunque solo lo intuíamos entonces, era algo que debía consistir en un manojo de posturas y disfraces, para ocultar la timidez, las dudas y las inseguridades que a nosotros nos cercaban por doquier.

Pero no tuvimos mucho tiempo para ello, porque aquel invento, como todas las buenas cosas de esta vida, duró poco.

La verdad es que las huellas de la guerra ejercían para nosotros, los niños de entonces, una fascinación sin límites. Y, por ello, a pesar de todas las advertencias de nuestros padres, buscábamos con ahínco encontrar restos de aquella contienda.

Era bastante frecuente encontrar en el propio pueblo, en callejones o solares abandonados, algunos peines de balas. Nosotros les quitábamos los balines y luego sacábamos la pólvora de los cartuchos, hacíamos una delgada línea con ella en el suelo y después le prendíamos fuego para ver cómo ardía. A veces, al final de la misma, amontonábamos los balines a ver si explotaban, pero nunca lo hacían. Excepto una vez en que echamos el peine entero a una hoguera donde las balas estallaron en todas las direcciones. Afortunadamente no pasó nada. Salvo el susto, claro.

Pero uno de aquellos días, lamentablemente, sí que ocurrió un suceso luctuoso. Otra pareja de niños, curiosos como nosotros, se fue al Otero a ver las trincheras y qué podían encontrar en ellas. Eran Lucas, el niño que tenía una puntería con el tirachinas como nadie, y su primo Tinín.

Según lo que contaron luego, estuvieron recorriendo las trincheras, pero no encontraron nada especial. Iban a dar la última vuelta, cada uno por una punta, cuando de repente ocurrió.

Lucas vio algo en el suelo, semi oculto entre varias piedras de una pared. Tiró de ello para

sacarlo y entonces se produjo la gran explosión. Tinín, que estaba como a veinte metros o así, se cayó al suelo del susto y luego corrió hacia donde estaba su primo Lucas.

Este se había levantado también del suelo y estaba pálido mirando hacia el humo que salía de la pared. Parecía como transfigurado, ausente.

Tinín se acercó.

–¡Lucas, menos mal que no ha pasado nada!, ¿verdad?

Entonces Lucas se giró y en ese momento Tinín se dio cuenta de lo que había sucedido y dejó escapar un grito horrible.

El brazo derecho de Lucas terminaba en un muñón sangrante. Aunque a éste, no parecía dolerle. Debía estar todavía en estado de shock.

Tinín empezó a mirar por el suelo para ver dónde podía estar la mano, mientras Lucas seguía como ausente y no decía nada.

Por fin la encontró. Era una amalgama de huesos y carne ensangrentados. Tinín se quitó el jersey y, aunque le daba un asco horrible, puso todo aquello encima del mismo y luego hizo un nudo para atarlo.

Después, se sacó el pañuelo y le tapó con él el muñón a su primo Lucas.

–Sujétatelo, Lucas. Para que no te desangres.

Lucas obedecía como un autómata.

Bajaron del monte y llegaron hasta sus bicicletas.

–¿Te atreves a conducir? –le preguntó Tinín a su primo.

Este fue a levantar la bici, pero no podía sujetar el manillar con solo una de sus manos. Entonces miró a Tinín y, de repente, le vino como un vahído y se desmayó sobre la cuneta de la carretera.

Tinín, entonces, montó como una exhalación en la bici y bajó a avisar al pueblo pedaleando todo lo rápido que podía. Era cuesta abajo y no tardó en llegar más de cinco o seis minutos. Allí se encontró con don Marcelo. Se subieron ambos en el "seiscientos" del párroco, recogieron a Lucas y lo llevaron a Cifuentes.

Lucas sería el segundo manco que habría en el pueblo por lo mismo. Había otro hombre, Jacinto, que tendría ya unos 30 años, o más, y que era pastor. Gastaba muy buen humor y estaba siempre contando chistes.

No sería el caso de Lucas. Nunca recuperó aquella vivacidad y alegría que él tenía. Muchas veces, cuando veía a los pájaros saltar de rama en rama, en un acto reflejo se echaba la mano al bolsillo de atrás de su pantalón donde solía llevar el tirachinas y, cuando reparaba en la situación, arrojaba el tirachinas al suelo y luego se quedaba llorando quedamente mirando a los pájaros.

No había forma de contentarlo y en el pueblo hubo reunión en el Ayuntamiento para que no volviera a repetirse un hecho como aquel. Se clavaron carteles de aviso en las trincheras del Otero y en otros parajes con antecedentes bélicos y se publicó una orden de que todo aquel que viera restos de armas avisaría inmediatamente al alcalde sin tocar nada, bajo multa de 25 pesetas.

Alguien mencionó también que había visto a algunos críos por las cercanías del antiguo refugio antiaéreo y se pusieron sendas puertas de madera en las dos entradas, cerrándolas con candado. Afortunadamente, nadie investigó nada ni hizo preguntas cuando vieron las colillas y botellas que allí había.

Nosotros cuatro estuvimos callados como tumbas hasta que amainó el temporal. Y, luego, cambiamos el refugio por la sombra de los Olmos, que no estaban muy lejos de nuestro

escondite de "Los cuatro pistoleros". Y así terminó la breve, pero intensa, historia del local de nuestra primera peña, al que luego revestimos de los más excitantes sucesos y aventuras para envidia de los demás chavales, que se morían de las ganas de entrar en aquel santuario de nuestras correrías de entonces.

Pero un día, alguien echó de menos a Lucas. No le gustaba ir a la escuela, bueno, nunca le había gustado, salvo cuando estaba don Lupicinio que, con su afición a los mimbrazos, le hacía a agudizar el ingenio al chico. Y tampoco quería ir ya a las ovejas. Allí no podría disparar a los pájaros con su tirachinas y todo el campo le recordaría lo inútil que se sentía.

Así que andaba vagando por las calles con su muñón metido en el bolsillo para que no se le notara. O se quedaba en el bar, mirando cómo jugaban a las cartas. O, también, en la fragua, observando, como hipnotizado, el crepitar de los hierros en el fuego.

Pero, aquel día, su abuelo quería entretenerlo, llevándoselo con él a la Barbarija a plantar judías. Le gustaba mucho al pequeño Lucas aquel paraje lleno de huertas y de arboledas, regadas por aquel riachuelo de agua tan pura y tan fresca que luego se vertía, tras aquellas imponentes cascadas, llenas de espuma, en el Valle de los Esteruelos.

Así que fue a buscarlo a su casa y a los otros dos sitios donde solía estar: el bar y la fragua. Pero en ninguno le dieron razón de haberlo visto en todo el día.

Rápidamente, empezó a correrse el rumor en el pueblo de que se había escapado, y quién sabe si suicidado o, al menos, con ganas de hacerlo. Así que, el alcalde ordenó que se tocaran las campanas como si hubiera fuego y se llamó a toda la gente disponible para iniciar la búsqueda del niño Lucas por todo el término municipal.

Yo me uní al grupo que salió en dirección a la Barbarija y a Monseco, que eran unos parajes que, como ya dije antes, al parecer le gustaban mucho al pequeño Lucas. Iríamos en él como treinta o cuarenta personas, entre hombres, mujeres y niños. Después de bajar por el atajo nos aproximábamos al manantial, cuando se oyó un disparo de una escopeta de perdigones.

Levantamos la cabeza para tratar de localizar de dónde provenía el estampido y entonces lo vimos. Lucas estaba de pie sobre la Peña de la Barbarija y nos apuntaba con la escopeta. Nos gritó desde allí.

–¡No quiero veros! ¡Largaos de aquí! ¡No os acerquéis o me tiro, como hay Dios que me tiro! –y se puso en el borde de la peña, mientras se acercaba al vacío.

La Peña de la Barbarija era como una gran seta que se elevaba sobre el suelo como doce o quince metros por la parte más alta. Si alguien se tiraba desde allí no lo contaba, desde luego. El suelo a su alrededor era de roca y piedras. De hecho, era uno de los santuarios de los suicidas del pueblo como decían que lo era El Viaducto para los madrileños. Desde allí se habían tirado ya varios por lo que contaban. Aunque no en los últimos años, sino en la posguerra, que fue una etapa llena de tristeza y dificultades de todo tipo.

El alcalde, que era un hombre de mucho cuajo y de una inteligencia primaria pero efectiva, se adelantó y alzó la voz.

–Está bien, Lucas. Como tú quieras. Nosotros nos vamos. Pero con una condición.

–¿Y cuál es esa condición? –gritó el pequeño Lucas acercándose más al vacío–. Yo no acepto condiciones.

–Yo quiero que tú seas una persona importante para el pueblo. La que más. Por eso he traído a alguien muy especial conmigo. Solo quiero que le dejes acercarse a hablar contigo. A él solo.

–¿Y quién es? –gritó Lucas con algo de curiosidad. No le debían haber disgustado del todo las palabras del alcalde.

Entonces levantó su brazo una de las personas que venía con nosotros. Tampoco tenía mano en ella.

–Quizá es la persona más importante que ha dado este pueblo. Es el jefe de las Misiones en el Congo, que es un país enorme, mucho más grande que España –le contestó el alcalde.

Lucas veía el brazo alzado del misionero que sobresalía sobre nuestras cabezas y lentamente empezó a bajar el arma.

Nosotros nos fuimos y el sacerdote se acercó.

El alcalde nos contó que acababa de llegar al pueblo, después de no haber venido en años, y a él se le había ocurrido traerlo a ver a Lucas. Su padre tenía una serrería y allí perdió la mano, cuando era niño, Felipe, que así se llamaba el misionero.

Y lo que era muy típico en la posguerra: cuando los padres tenían tantos hijos que era muy problemático alimentarlos a todos o, cuando se suponía que los niños tendrían dificultades en alimentarse a sí mismos al llegar a mayores, en aquella tierra en la que se necesitaba mucha salud y ambos brazos para hacerlo, una de las más socorridas soluciones era destinarlos a la Iglesia.

Por ello, si además se añadía a estos casos la llamada de la vocación más tradicional de algunos otros, en conjunto Sacecorbo había provisto a la Iglesia con varias docenas de insignes miembros entre curas y monjas, que estaban repartidos en otros pueblos y, también, en conventos, abadías y misiones.

Contó el alcalde que Felipe, de niño, era un zascandil, que dejaría a la altura del betún inclusive a nuestro amigo Lucas. Y allí estaba ahora, peleando en la selva por sacar adelante a cientos de poblados, después de dotarlos de los servicios mínimos de salud e higiene.

Nunca sabremos cómo discurrió la conversación entre aquellos dos niños rebeldes que habían perdido su mano por meterla en donde no se la requería, pero lo cierto fue que vinieron los dos juntos al pueblo caminando desde la Barbarija y, a partir de aquella tarde, volvimos a ver en la cara del niño Lucas aquella sonrisa tan pícara que él tenía.

Pasados unos meses vino don Felipe a buscarlo y se lo llevó con él, directamente al Congo. Con el tiempo sería su mano derecha, mejor dicho, la izquierda, en la jefatura de las misiones congoleñas y un motivo de orgullo para el pueblo. Vino alguna vez y siempre preguntaba por las mimbreras de doña Urraca y cómo nos restregábamos el ajo en ambas manos para que no nos dolieran los palos de don Lupicinio. Eso, y los cientos de pájaros que abatió con su famoso tirachinas, era lo que más recordaba de su estancia con nosotros.

Hoy brindo por Lucas, que tuvo la suerte y la valentía de enderezar el rumbo, cuando ya estaba en el borde del precipicio de aquella Peña de la Barbarija, desde la que tantos otros habían tirado antes que él la toalla.

Capítulo 15

La vida es cambio

Hoy me he levantado contento. Todavía no sé, a pesar de lo mayor que ya soy, cuál es el secreto que hace que yo, y vosotros, y todos, unos días empecemos contentos y, otros, cabreados como monas. Y yo creo que nadie lo sabe.

Tal vez, en el caso mío de hoy, la historia del niño Lucas me haya redimido un poco de otros tragos más amargos que descansan en la bodega de mi corazón. No hay duda de que cuando algo acaba bien, dan ganas de empezar la siguiente cosa. Pero luego, a lo mejor, la empiezas animoso, y quién sabe por qué, se viran las tornas y te vas avinagrando y entristeciendo.

Mi tío Ezequiel decía que ni hay que alegrarse en demasía, ni entristecerse de forma importante, porque nuestra sangre es un caldo impredecible y tenemos una tendencia inexorable a dejarnos llevar por los extremos. Lo importante es mantener el rumbo, a pesar de los vaivenes, e ir adentrándose en el horizonte que está más allá del próximo atardecer.

Yo trato de seguir esta máxima, claro, pero el problema es que ni mi tío Ezequiel ni tantos otros que me quisieron y que me ayudaron están ya aquí. Sino que todos desaparecieron, como a mí me ocurrirá un día. Porque esa sí que es la única verdad irrefutable y segura que existe. Y de ahí, creo yo, que vienen, o provienen, todos nuestros males.

Pero, entre tanto, hay que seguir repartiendo las cartas y jugándotelas en la mesa. Menos mal que yo tengo este libro, donde puedo hacer que revivan todas las personas a las que he querido y seguir viéndolas jóvenes y bellas, como sin duda lo fueron. Como yo quizá en algún momento también lo fui.

Sí, quizá yo haya encontrado ya mi secreto para tratar de empezar bien todos los días. Y éste sería usar selectivamente mi memoria, olvidándome del tiempo presente y recordando solo lo bonitos que son todos los comienzos. Sobre todo los momentos de la infancia, que son el comienzo de la vida.

Pero mi mujer, erre que erre, viene con un vaso de agua y un par de pastillas. Para que no pierda la memoria, me dice. Yo me las tomo porque no quiero discutir. Lo que quiero es volver a quedarme solo en mi despacho y encender otra vez mi ordenador, que es como abrir el grifo por el que sale, lleno de espuma y salpicaduras, el chorro de la vida que vuelve.

Por aquel entonces se iniciaron una serie de cambios tanto en el pueblo en general, como dentro de las cuatro paredes de mi casa en particular, que, si no parecían, aisladamente considerados, importantes cada uno de ellos, en conjunto empezaron a configurar un sustrato, un profundo sedimento que removería los cimientos de lo que había sido nuestra convivencia hasta entonces.

Yo también me había hecho un niño más espigado, un niño alto y delgado, casi desgarbado, de mirada seria y timidez casi patológica que, sin embargo, devenía en un niño entrañable, súper cariñoso, ocurrente y divertido cuando se movía en el pequeño círculo de los suyos, o de los más próximos.

Sí, el tiempo pasaba para todos. Pepín correteaba ya por la casa y la llenaba de esa alegría irracional y única que se tiene cuando se estrena todo.

Un día mi madre se me acercó y me dijo.

–¿Tienes un momento para mí, Germán? Me gustaría hablar contigo.

Mala cosa. Empecé a sentir un malestar preventivo. Así que me defendí antes de empezar.

–Pero tengo poco tiempo, mamá. Que he quedado con Julián.

Mi madre me sonrió con dulzura.

–Ven conmigo, Germán.

Subimos a la planta de arriba, a los dormitorios.

–¡Germán cuánto has crecido! ¡Te has convertido en un chico tan guapo! –me dijo animosa.

Yo miraba a mi madre, ¡cuánto nos habíamos querido! Pero, últimamente, nuestros encuentros eran como despedidas.

Así que guardé silencio. Para no estropearlo más.

–¡Tengo una gran noticia para ti, Germán! –continuó en aquel tono optimista.

Pero, entonces, si era así, ¿por qué me empezaba a sentir tan triste?

Yo la seguía mirando en silencio. Algo se había ido quebrando entre nosotros. Antes estaba nuestro mundo. Indestructible. Y los dos juntos en él. Y todos los demás lo sabían. Y lo respetaban.

Ahora mi madre era a mis ojos como una hábil administradora de sus variados cariños. Por una parte, estaba mi hermana Tere, que también se había hecho mayor. Y se parecía cada vez más a ella. Se buscaban y se iban a cuchichear por los rincones las dos juntas de sus cosas. Cosas de mujeres, decían.

Luego estaba Pepín, que cada vez necesitaba más espacio. Además, era un niño que, conscientemente o no, siempre era el centro de atención. Y que tenía también una devoción por mi madre extraordinaria. Yo lo veía a él y me recordaba a mí mismo hacía unos años. Y entonces visualizaba de nuevo aquella conexión, aquel cordón umbilical con ella, ¡por el que navegaban de ida y vuelta tantas cosas!

Hasta mi padre que antes, para mí, era como un mueble más de la casa, en relación con mi madre, quiero decir, aparecía ahora en escena sacando de sus ojos aquellos brillos cómplices, que yo observaba poco antes de irnos todos a dormir.

–Eh, Germán, ¿qué te pasa? Te noto como despistado –me dijo ella, con un tono suave y cariñoso.

Yo le ofrecí una media sonrisa a mi madre. ¡Bendito despiste el que había tenido hasta entonces! ¡Bendita inocencia! ¡Sintiéndome yo, más que el preferido, el único! ¡Cuando solo era uno más, y ni siquiera sabía en aquel momento si el menos importante!

Mi madre también se había quedado descolocada. Observando todas aquellas distancias que, de repente, crecían a nuestro alrededor. Por ello, tal vez, exclamó un tanto desorientada.

–O casi hablamos en otro momento. Si tú tienes que irte con Julián…

Pero yo ya no podía más. Lo que fuera, mejor cuanto antes.

–No, mamá –dije seriamente–. Te escucho.

Mi madre me llevó entonces al dormitorio que ocupábamos mi hermana Tere y yo.

–He pensado que esta habitación necesita a alguien responsable como tú. ¡Al mando, quiero decir! –y me miró, con aquellos ojos suyos, por los que yo hubiera dado la vida.

Pero yo ya era capaz de descubrir las trampas que podía haber en ellos.

Todo era muy doloroso.

–¿Qué quieres decir, mamá? –continúe con mi tono serio.

Mi madre sufría por ver cómo decirme lo que me tenía que decir. Sin hacerme daño.

Y yo sufría por ella y por mí. O, tal vez, solo por aquel mundo nuestro, que se acababa.

Que se perdía irremisiblemente. Y que no tendría ya vuelta atrás.

–El caso es que Pepín ha crecido. Y sería bueno que durmiera aquí contigo. Bajo tu control y cuidado, por supuesto –me sonrió buscando una complicidad que ahora se nos resistía.

De repente noté muy torpe a mi madre. Como si mirara solo por Pepín. Y por Tere, por supuesto. Y quisiera vendérmelo de una manera que no era.

–¿Y qué pasa con Tere? –dije agriamente.

–Bueno, Tere se ha hecho también mayor. Es ya toda una mujer, necesita su propia habitación. Le hemos arreglado ésta –y me condujo hacia ella–. No es muy grande, pero le vendrá bien estar sola.

Era un cuarto que antes estaba lleno de trastos. Mi madre le había cambiado las cortinas por otras más alegres y vistosas. Tenía también una colcha muy bonita y un tocador con un espejo grande.

¿Y qué tenía qué ver yo en todo aquello? –pensé para mí.

–Pues muy bien, mamá. Si ella está contenta… Si Pepín está contento… Bueno, me tengo que ir… –y me di la vuelta. Sentía una tristeza difusa y creciente que me estaba subiendo hasta los ojos. No quería que mi madre me viera llorar.

–Pero, Germán… ¿Y tú?, ¿estás contento?

Yo bajaba por la escalera a toda velocidad. Me empezaba a sentir mal conmigo mismo por ser siempre tan sensible.

Unos pasos más y, por fin, alcancé la calle.

Mi madre, aunque yo no me daba cuenta, me observaba desde el balcón. Y debió ver cómo me limpiaba las lágrimas con la manga del jersey.

Tere, no sé si aconsejada por mi madre, estaba mucho más cercana conmigo aquellos días.

–Germán, ¡qué bien lo hemos pasado los dos juntos! ¿Te acuerdas de los chorlitos y de nuestro cine de las sábanas blancas?

Yo me dejaba querer. Pero a distancia. Ya no revoloteaba a su alrededor como antes. O como lo hacía Pepín ahora conmigo, que se desvivía por obtener una sonrisa mía.

No sabía explicar el porqué, pero, por una parte, me gustaba hacerme mayor y, por la otra, me dolía la sensación de que estaba perdiendo algo íntimo y definitivo.

–Te voy a contar un secreto –me dijo Tere acercándose y bajando la voz.

–¿Ah sí, cuál?

Lo mismo me aclaraba eso tan difuso que últimamente no hacía más que oír de ella. "Es que Tere se está haciendo una mujer", repetían unos y otros continuamente. ¿Y qué era antes? Pensaba yo para mis adentros. ¿Una berenjena?

Pero era otra cosa lo que me quería contar Tere aquel día. Que acabaría teniendo su importancia.

–¿Sabes que me voy a quedar sin mi mejor amiga?

–¿Sin Pili? ¿Y eso? –le pregunté un tanto extrañado.

–No se lo digas a nadie, ¿eh? No lo han dicho todavía ni a sus abuelos. Están a la espera de algunas cosillas, pero el hecho es que su familia se va a ir a vivir a Madrid. A su padre le han buscado un trabajo allí.

–¿A Madrid? –repetí yo cogido por la sorpresa. La verdad es que no me esperaba que fueran a ir por allí los tiros.

–Bueno –le sonreí en cuanto me recuperé–. Ya vas a tener allí, en Madrid, a tu espía, para

que te cuente, "ma-dri-leña".

–Pues tú tampoco te hagas el loco. No sé por qué me da, que allí vamos a acabar todos –me replicó ella.

–Yo no pienso moverme de aquí –dije como si ya me conociera todo el mundo y hubiera decidido elegir quedarme en Sacecorbo.

–Pero si este pueblo no es nada. Ya te irás dando cuenta cuando te vayas haciendo mayor.

–Ya veremos… ¿Y cuándo se iría?

–Para el otoño. Cuando terminen aquí la trilla y recoger todo un poco.

–Bueno, todavía falta… Además, vendrá a verte luego por las vacaciones, ¿no?

–Sí, pero seguro que ya nada es igual… Todo cambia, ¿sabes?

No le dije nada a mi hermana, pero, de eso, yo también sabía mucho últimamente.

Por aquel entonces aquel mundo cerrado de los pueblos empezaba a resquebrajarse. Y comenzaba a haber un goteo de gente que se abría a nuevos horizontes. Entonces eran los primeros y todavía faltaba algún tiempo para que los viéramos regresar en las vacaciones, con coche y mucho mejor vestidos que se fueron. Cuando eso ocurriera, el proceso sería imparable. Si en Madrid, en Barcelona y en Zaragoza había trabajo para todos, claro.

Sí, eran momentos de cambio. Por aquel tiempo yo empecé a unirme más a mi padre. Dicen que la figura del padre está ahí, latente, en los primeros años de vida, en el lado oscuro de la luna, cuya luz acapara sin competencia posible alguna la figura de la madre.

Pero cuando el padre se empieza a destapar, a emerger, a hacer acto de presencia, te das cuenta de que la sombra de su manto te cubrirá toda tu vida con una influencia tan profunda y duradera como la de tu madre. O, tal vez más, si eres también hombre.

A mí me gustaba ir con mi padre por los campos, por los caminos polvorientos. Me llevaba subido en el carro, mientras me señalaba lo más relevante de los sitios por los que pasábamos.

Recuerdo un día de tormenta, lleno de viento y de llovizna.

–¡Germán, mira! –señalaba al horizonte nublado y oscuro–. ¿Ves lo que está cayendo del cielo?

Al principio yo no reparé en ello, despistado y asustado por las culebrinas de los relámpagos y el cataclismo de los truenos.

Pero por fin lo vi. No pude dejar de pensar en que, a lo mejor, era un extraterrestre. Alguien que venía del espacio a visitarnos y que, por la tormenta, se había caído de su nave y vagaba errabundo por el cielo.

Dejamos el carro y las mulas a cubierto bajo las ramas de un grupo de árboles y corrimos tras aquel objeto extraño que vagaba por el cielo, aunque cada vez más cercano a la tierra. Tan cercano que cayó unos centenares de metros más allá de donde nos encontrábamos, junto a la Cerrada de la Chusa, asediado por los brillos de los relámpagos y de la lluvia.

Mi padre me dio la mano.

–¡Vamos, Germán, ya es nuestro!

Yo le di la mano a él, aunque trataba de refrenarme y ganar tiempo para ver si aquello se movía y si podía tener algún peligro.

–No tengas miedo, Germán, no es el primero ni el último que se cae.

No podía creerlo. Mi padre era un nudo de enigmas.

Corrimos hasta aquel bulto blanquecino que estaba ahora como tumbado sobre la tierra y los tomillos.

Antes de llegar hubo un relámpago potentísimo y un trueno que sonó como si se derrumbara medio mundo. Y, de repente, se levantó un golpe de viento que hizo que nos agacháramos para que no nos llevara a nosotros sobrevolando aquel espectáculo.

Aquella cosa fue la que se elevó de nuevo un momento y entonces pude verla de cerca.

Era como un globo grande, pero envuelto como en varias cortinas medio desgarradas y llenas de jirones.

Mi padre corrió tras él y, en un momento, alzó sus brazos y lo atrapó y, luego, para que ya no se le escapara, cayó al suelo abrazado a él y me gritó lleno de entusiasmo.

–¡Germán, ven, ya es nuestro!

Me acerqué, todavía con alguna precaución, pero mi padre me miró, con una gran tranquilidad.

–¡Ayúdame a sujetarlo! ¡Que no se nos escape!

Y yo le ayudé, agarrando con todas mis fuerzas aquellas cortinas que ahora me daba cuenta que eran de un material mixto entre plástico y goma.

–¿Qué es esto, papá?

–Pues nada extraño, ni mágico, Germán. Sino más bien científico.

Mi padre era un hombre de carácter templado y equilibrado. Y, sobre todo, práctico. Fue un gran contrapunto a mis tendencias sensibles y, a veces, lunáticas.

–Es un globo meteorológico, Germán. Los lanzan para observar las características de nuestra atmósfera: presión, humedad, velocidad del viento… ¿Ves esta radiosonda? –me dijo mientras señalaba un artilugio que colgaba del globo a través de una especie de cadena–. Sirve para transmitir los datos que va captando por donde pasa. Algunos se caen en los días de fuerte viento y tormentas como hoy.

–¡Joer, papá! ¡Creí que era un ovni!

–Sí, a veces vemos lo que queremos ver, o creer. O lo que tememos, en lo más profundo de nuestro corazón.

–¿Tú no tienes miedo nunca, papá?

Él se calló y tardó unos segundos en contestar.

–¿Quién no lo tiene, Germán? Yo todavía no he conocido a nadie…

Unas semanas más tarde comprobé que él también tenía miedo.

Pero antes, disfruté con el chubasquero que me hizo mi madre con aquel tejido de látex de nuestro ovni. Mi madre, de vez en cuando, me recordaba el encanto que siempre tuvo. Como cuando cogí el sarampión y se sentaba conmigo en mi cama y me contaba cosas de cuando yo era pequeño, para distraerme y que yo no me rascara las pupas. Cuando yo estaba enfermo, o débil, o preocupado, siempre aparecía ella para cuidarme.

Lo que pasaba es que yo cada vez era más fuerte y, tal vez, la iba necesitando menos.

Un día que iba con mi padre por El Unquer, subido en el carro, salió una bandada de palomas de un arbusto al lado del camino. Hicieron un ruido ensordecedor.

Las mulas "Navarra" y "Castaña" se asustaron un montón. Se espantaron, que es lo que hacían cuando les ocurría algo imprevisto. Sobre todo "Castaña" que era una mula joven y tierna que debía ser tan sensible como yo. Mi padre, que iba a pie tirando de ellas, trató de tranquilizarlas.

–¡Soooo!

Pero "Castaña" tenía la mirada extraviada por el pánico y tiró del carro por su lado.

Este se balanceó un momento y luego cogió, bajo una de las ruedas, una piedra grande

que había junto al camino.

Mi padre soltó el ramal y corrió hacia el carro. Este se vencía hacia un lado. Volcaba sin remisión. Yo me agarraba como podía, pero poco podía hacer. En el carro iban conmigo un par de horcas de hierro que llevábamos. Mala cosa para caer con ellas.

El carro volteó y yo me vi un momento en el aire, casi flotando como el globo meteorológico.

Cerré los ojos, para no sentir el impacto, el final.

Cuando los abrí, estaba en los brazos de mi padre que, a riesgo de haber acabado bajo el carro, se había acercado tanto que me había cogido por el aire y me abrazaba, sin soltarme por nada del mundo.

Él casi no podía hablar. Yo notaba su cuerpo lleno de estremecimientos. Como me pasaba a mí, cuando me llenaba de miedo.

Sí, me abrazaba como si yo hubiera nacido de nuevo otra vez.

–¡Te tengo, te tengo! ¡Dios mío, te tengo…! –susurraba a mi oído.

Luego, cuando ya me puso de pie en el suelo y apaciguó a "Castaña", me dijo:

–¡Que esto quede entre nosotros! ¿Vale? ¡Es cosa de hombres! ¡Ya sabes que las mujeres se ponen muy nerviosas con estas cosas…!

Sí, no quería ni pensar en cómo se pondría mi madre si se lo contábamos. Me acordé al instante de aquel día que llegué tarde de noche con el tío Ezequiel…

–De acuerdo, papá, cosa de hombres…

Un día mi padre entró en casa y me llamó.

–¡Germán, ven, quiero que veas una cosa!

Mi madre pareció, por un momento, ponerse en medio.

Ellos se miraron y mi madre se apartó.

Fui con él donde cerrábamos una pareja de cabras que teníamos.

Una de ellas estaba preñada. Tenía una barriga enorme. Y estaba a punto de parir.

De pronto abrió las piernas traseras y se agachó un poco. Mi padre la acariciaba por el cuello. Yo estaba atónito, casi blanco.

De repente, empezó a salir la cabeza del cabritillo. No tardó mucho en salir entero. Estaba como embarrado en sangre.

El cabritillo apenas se podía mantener en pie. Parecía que se tambaleaba. Pero no llegaba a caerse. La madre le limpiaba la sangre con la lengua.

Lo estuvo lamiendo un buen rato hasta que lo dejó limpio como una patena. Madre e hijo se olían y se reconocían como tales. Parecían muy felices.

–Esto es la vida, Germán.

Yo no sabía qué decir. Estaba impresionado. Sobre todo cuando la cabra empezó a expulsar la placenta, las parias, como allí se llamaban. Mi padre se dio cuenta y rápidamente las retiró.

La mamá seguía haciéndole carantoñas al pequeño hasta que lo puso debajo de la ubre. Y el cabritillo de una forma intuitiva supo cómo alimentarse.

Mi padre me miraba con atención.

–Te has quedado muy callado, Germán… Ya sé que la primera vez impresiona un poco. Esto es una familia, más o menos como la nuestra –explicó.

–¿Y dónde está el padre? –no pude por menos que preguntar.

Mi padre se quedó por un momento sorprendido.

–Ha tenido su papel, como sabes. Pero en estos momentos es la madre lo que importa.

–Pues prefiero la nuestra. Con los dos padres.

–Claro, Germán. Tú también serás padre un día. Y podrás enseñarles a tus hijos también muchas cosas.

Pero yo nunca tuve hijos. Tal vez por eso enseño lo que sé a través de este libro. Porque de alguna manera todos, particularmente los que vamos delante, nos vemos obligados a mostrar a los demás el camino por el que discurrimos. Porque es un camino que nadie sabe a dónde va. Lleno de curvas y sin un sendero claro. Y toda ayuda para recorrerlo es poca.

Y, además, es bonito enseñar lo que se sabe. Ayudar a dar los primeros pasos. Como lo hacen los padres. En los humanos y en las cabras. Porque la vida siempre ha de tirar para adelante.

Hasta que un día se topa con la muerte. O con su prólogo, que es

Capítulo 16

De amor, de princesas y de reinas

Ayer quizá terminé un poco triste. Pero hoy estoy contento. La verdad es que lo llevaba ya pensando desde hacía algunos días. Y creo que ya ha llegado su hora. Dejémonos pues de tristezas y de melancolías.

Hoy me he levantado contento, sí. He desayunado con consistencia y saboreado a conciencia el desayuno que me ha puesto mi mujer: una gran jarra de zumo, eso sí con mis dos pastillas de siempre junto a él, y una tostada crepitante llena de miel de la Alcarria, con un poco de jalea real. La jalea de la miel de la Alcarria, dicen que levanta a un muerto. La jalea es un alimento de reyes. Mejor dicho, de reinas. A las abejas que se lo dan las convierten en reinas. Y, luego, en madres de todo el enjambre. Por algo será.

Yo hoy abro el ordenador lleno de ilusión. Hoy escribiré sobre el amor en aquellos tiempos. En tiempos de enjambres y abejas. Quiero decir en tiempos de princesas y de reinas. Porque también tuvieron su tiempo en nuestro corazón. Aunque fuera un corazón todavía niño, un corazón apenas sin estrenar.

Yo había quedado impactado, enamorado, con mi muchacha rubia de aquella primera película del Oeste que yo había visto proyectada sobre la pared del viejo Ayuntamiento de Sacecorbo. Había sido mi primer gran amor. Luego supe que un gran amor había de ser siempre un amor imposible. Porque si no, todos los grandes amores acababan convirtiéndose en amores cotidianos, es decir, en amores pequeños.

Yo entonces no lo sabía. Solo lo intuía. Que es la forma más excelsa y pura de saber, claro.

Sí, la muchacha rubia que me robaba el indio llevándosela en la grupa de su caballo salvaje cumplía todos los requisitos del amor imposible. A saber: fugaz, desconocido, impactante y sujeto a mil interpretaciones y circunstancias. Y, por supuesto, lo más importante: misterioso y sin retorno posible.

A mí, aquella muchacha indefensa que clavaba sus ojos en los míos, a través de la pantalla, no se me olvidaría jamás. Porque fue la primera y porque yo no encontré nunca a nadie que mejor encarnara ese amor que una vez sentí, y que se instaló de aquella manera tan definitiva en mi corazón. Y, sobre todo, porque, al contrario que otras, nunca iba a volver, con el tiempo lo supe, para recordarme lo mayores que ya éramos, ni las arrugas que habíamos criado ambos en nuestro cuerpo y en nuestro corazón.

Pero la vida seguía y las muchachas nos rodeaban por doquier. Y era muy difícil, cuando no imposible, sustraerse a sus encantos, a su poder de poesía y de transformación del mundo que ellas producían en nosotros, inclusive ya entonces, en nuestra mente de niños. Porque eso significaban para mí, sin yo saberlo todavía muy bien en aquellos momentos, las niñas que me gustaban en aquel tiempo y, luego, más tarde, las mujeres siempre.

Todo esto lo supe, de alguna manera, cuando conocí a Mabel. Sí, hoy iba a escribir sobre Mabel, pero, no sé por qué, ahora prefiero dejarlo para más tarde. No por nada, sino porque creo que debiera hablar antes de otras cosas que también me ocurrieron en este campo.

Mi pandilla y yo vivíamos entonces en la época de imitación de los mayores. Todo lo que

veíamos lo copiábamos al instante, con el afán de experimentar en nosotros mismos aquellas sensaciones tan difusas y tan extrañas en las que debía consistir ser mayor, que era algo tan deseado y, al mismo tiempo, tan lejano para nosotros.

Bebíamos a escondidas, fumábamos, nos peleábamos como ellos, jugábamos a sus juegos, sobre todo a las cartas con dinero, aunque en menores cantidades por supuesto, y menospreciábamos e ignorábamos, como hacían ellos, a los más pequeños que nosotros, claro.

Pero en los temas amorosos no pasábamos todavía de la fase de observación de lo que hacían los mayores.

Íbamos al baile del Callejón del Horno y clasificábamos a las parejas por la intensidad con la que bailaban, como ya expliqué. Y, cuando detectábamos a unos tortolitos, los torturábamos con ahínco.

Lo más frecuente era pasar a su lado mientras les tirábamos "pegotes", que eran unas bolas llenas de suaves pinchos provenientes de una planta común, parecida al cardo, que crecía por los caminos. Se pegaban, particularmente bien, en prendas de lana, muy habituales en otoño y en invierno.

Los miembros de la acaramelada pareja, concentrados sin duda en las cálidas sensaciones y sentimientos que experimentaban sus cuerpos y sus corazones, ni lo notaban. Cuando acababan de bailar tenían las espaldas y el culo llenos de bolas. A veces no se daban cuenta hasta que hacían un descanso en el baile y se sentaban en alguno de los bancos y sillas que había alrededor del salón. Ahí sí que los sentían, claro.

Entonces, el chico, aparentemente enfadado, miraba por los alrededores y, amagaba como que se levantaba a perseguirnos, mientras exclamaba:

–¡Malditos críos!

Aunque en el fondo, tanto la chica, aunque ella de pronto se escandalizara, como el chico, estuvieran orgullosos de haber sido elegidos por los críos como los más efusivos de la noche. Luego, se iban discretamente a un rincón y se quitaban el uno al otro, los pegotes de sus cuerpos, como el pago de un precio mínimo que debían efectuar tras el disfrute de un rato tan agradable bailando ambos tan juntitos.

Recuerdo a una pareja particularmente embobada y hasta transfigurada que no se hubiera desenlazado, ni aunque hubieran empezado a tañer las campanas, que estaban allí al lado, avisando que venía la aviación a bombardear el pueblo.

A estos les llenamos los bolsillos de pequeñas piedras y guijarros. Al chico los dos bolsillos de la chaqueta, con medio quilo de piedras cada uno y a la chica los dos bolsillitos de su rebeca azul, que acabaron reventados por el peso. ¡Pues nada, ni por esas! Acabaron casándose al poco, claro. Supongo que para dejar de estar abrasados por aquella pasión tan absorbente como placentera.

Para los casos más peliagudos teníamos al pequeño Agus, el que sufrió la ira de don Lupicinio con sus mimbrazos. Le llamábamos el pequeño Agus, pero no porque fuera pequeño de edad, tendría sus ocho o nueve añitos como nosotros, sino porque en un momento determinado su organismo decidió no crecer y se quedó convertido en un auténtico tapón. Hasta que sus padres, muy preocupados, acabaron llevándolo a Guadalajara a que lo examinaran a fondo y le recetaron unas vitaminas con las que, unos años más tarde, consiguió despegar un poco.

Pues bien, el pequeño Agus, aprovechando su estatura, era el experto en lo que denominábamos "el restregón". Lo mandábamos por los rincones donde recalaban las parejas particularmente enceladas y allí con una pequeña linterna las examinaba de cintura para abajo.

Cuando detectaba las manchas típicas del "restregón" venía todo alborozado a contárnoslo, sobre todo porque tampoco eran tan frecuentes como nosotros hubiéramos deseado.

Entonces ejecutábamos nuestra estrategia, diseñada para estos casos, que era tan terrible como la que hubieran utilizado los más abyectos inquisidores.

Desenrollábamos nuestro pequeño cartel y luego le pegábamos por las esquinas unos trozos de celo.

A continuación, teniendo ya perfectamente identificada a la pareja infractora, les colgábamos el cartel en la espalda. A ser posible en la espalda de ambos, con un letrero cada uno, porque considerábamos culpables a los dos. Aunque, puestos a elegir, más a la chica que, quién sabía por qué, concentraba siempre todas las culpas de aquella educación un tanto machista, que era no poco frecuente entonces.

Les solíamos poner: "¡Guarros!", "Cerdos", o lindezas similares.

Entonces, cuando se daban cuenta, la chica iba corriendo al perchero a ponerse el abrigo y ocultar las evidencias y el chico montaba en cólera y nos perseguía por el salón hasta que nosotros alcanzábamos la puerta y huíamos a toda velocidad para llegar a la fuente y rememorar allí, una y otra vez, nuestra hazaña.

El pobre Agus que era, por su estatura, el que menos corría, sufría a veces las iras del mozo, que lo alcanzaba y plantaba al pobre un par de tortas que le dejaban la cara calentita para toda la noche. Nosotros lo consolábamos cuando se reunía con el grupo en la fuente y lo coronábamos como héroe del "restregón", sin que muchos de nosotros supiéramos, a ciencia cierta, en qué consistía aquel bochornoso espectáculo de las manchas.

Con las chicas de nuestra edad, sin embargo, nos cortábamos como la leche con el vinagre y éramos, la mayor parte de las veces, todo lo contrario, a héroes resueltos y decididos. A veces nos íbamos a jugar con ellas, pero todos sus juegos acababan en secretos, risitas y cuchicheos y nosotros entonces nos sentíamos nerviosos y un tanto desorientados y siempre terminábamos tirándoles algo: agua, pegotes, arroz y similares para aliviar aquella tensión que sufríamos y sacudirnos de encima aquel complejo de inferioridad y de inexperiencia que, de una manera envolvente y difusa, experimentábamos a su lado.

Nosotros solíamos ir a bañarnos a los Navajos de la Vega. Allí nos quitábamos toda la ropa y en pelota picada nos metíamos en el navajo grande, que era un pequeño lago lleno de juncos, de ranas y algunas culebras de agua. Allí chapoteábamos en el líquido elemento que nos llegaba a la cintura y jugábamos a coger ranas a mano y a meternos, unos a otros, miedo con las culebras que, casi nunca se veían, pero que, en nuestra imaginación, nos rozaban suavemente con sus escamas, bajo el agua.

Un día que estábamos allí una media docena de chisgarabises de mi edad, vimos acercarse por la carretera a un grupo de chicas también de nuestra edad, que solían salir a pasear y a cuchichear mientras exhibían sus vestiditos nuevos, al tiempo que comían pipas y chicles y bebían gaseosa sin parar.

–¡Joer, agachaos, que no nos vean!

Pero estaba claro que las chicas aquel día venían claramente a ver qué pasaba en el navajo. Seguramente alguien les había ido con el chivatazo y pensaron que ya tenían la tarde echada a costa nuestra. Sin indecisión alguna, al llegar a nuestra altura cogieron el desvió del camino de tierra que llegaba a los pequeños lagos, en realidad charcos grandes, que había en la Vega.

Nosotros, más nerviosos y pasmados que un opositor el día del examen, nos acercamos en

cuclillas a la parte más profunda, donde había más juncos y era más difícil vernos desde fuera nuestras intimidades.

La primera humillación que sufrimos fue mostrar nuestras ropas, que estaban al borde del agua tiradas allí de cualquier manera, con nuestra ropa interior mostrándose al sol sin pudor alguno.

Precisamente allí se acercaron las chicas que, entre risas y sonrisas, no dejaban de mirarnos a nosotros y a nuestras ropas, tal vez tratando de casarlas con sus originales destinatarios.

Nosotros estábamos mudos y desarmados allí dentro, absolutamente desnudos y, encima, agachados, sumisos, a fin de que solo se nos viera la cabeza. Además, removíamos el agua para que se volviera turbia y ocultar así cualquier atisbo de nuestras arrugadas intimidades.

–Qué, chicos, ¿hay muchas ranas…? –soltó desde el borde del agua Sagi, que era la abreviatura de Sagrario, una chica garrida y resuelta como pocas.

Sus compañeras se apiñaron a su lado, orgullosas de su líder, algunas soltaron una carcajada y otras una risilla un tanto nerviosa y expectante.

Nosotros nos mirábamos unos a otros, en silencio. Estábamos jodidos, bien jodidos, como hubiera dicho mi primo Jesulín, si se hubiera atrevido a hablar, claro, porque estaba allí con nosotros tan mudo como el que más.

Pero mi primo Jesulín siempre acababa por salir al quite. Levantó la barbilla, como hacía siempre que tomaba la iniciativa y habló con seguridad.

–¿Ranas…? Las justas. Si quieres entrar a contarlas Sagi…

Sí, el parlamento de Jesulín había sido bueno, inclusive muy bueno. Pero le falló el gesto. Aculado debajo del agua, sin ni siquiera sacar las manos, no daba la mejor impresión de llevar la iniciativa en aquella batalla.

–No, gracias, preferimos disfrutar del espectáculo desde aquí… No tenemos prisa –le contestó con algo de mofa Sagi.

Estaba claro que estábamos jodidos y aquella Sagi no iba a retroceder ni ante un pelotón de tanques.

El agua estaba fría y, sin que lo pudiéramos evitar, temíamos que en cualquier momento nos empezara a temblar la barbilla. Lo cual sería observado enseguida por aquellas hienas y nos acabarían de poner contra la pared.

Mi primo me miró. Sabía que hacíamos un buen equipo: yo ponía las ideas y él añadía el atrevimiento para llevarlas a cabo.

Le hice una seña y se acercó.

–Arranca un junco y tíraselo diciéndoles que es una culebra de agua –le bisbiseé al oído.

Dicho y hecho. Agarró el junco y se lo lanzó chorreando agua.

Las chicas retrocedieron y algunas inclusive se dieron la vuelta para salir huyendo.

Pero Sagi rápidamente se dio cuenta del ardid.

–¡Eh, alto, es solo un junco! Ya decía yo que estos caguetas no se atreverían a coger con la mano una culebra.

Aquella Sagi se nos subía cada vez más a las barbas.

Estaba con nosotros un chico no muy habitual en la pandilla. Se llamaba Bertín. Vivía por los alrededores del Chorlite, que era un barrio del pueblo que, a nosotros, los que vivíamos por la carretera, nos quedaba lejano y a trasmano. De hecho, les apodábamos a aquellos chicos "los de la pequeña Rusia", por su apariencia diferente a la nuestra, casi todos canelos y pecosos y con pinta de "esplegareños".

Bertín era un chico serio y con un aplomo extraño. Yo ya lo había visto en alguna situación comprometida y siempre había sabido salir hacia delante.

Cuando ya lo teníamos casi todo perdido, nos miró y nos dijo, bisbiseando:

–¡Vamos todos a una! ¡Conmigo!

Luego alzó la voz y dando un grito de guerra se puso en pie y empezó a correr en dirección a las chicas.

–¡Me cago en diole! ¡Os vamos a montar como a potrancas! ¡Vamos, compañeros!

Las chicas, a las que les dio un soponcio al vernos ponernos de pie, cuando oyeron aquel grito de que las íbamos a montar como a potrancas, pusieron pies en polvorosa y no pararon de correr hasta que alcanzaron la carretera.

Bertín las siguió hasta allí mismo gritándolas.

–¡Venid, venid, cabritillas…!

Las chicas, lejos de sentirse seguras en la carretera, no dejaron de correr hasta que llegaron al casco urbano donde allí, Sagi, por primera vez, se atrevió a mirar atrás.

Desde los navajos, nosotros, todavía desnudos, levantábamos nuestras ropas y seguíamos gritando.

No volvieron a acercarse nunca más por los lagos de la Vega. Inclusive, por esas cosas extrañas que pasan, nos empezaron a mirar con cierta consideración y a buscar nuestra compañía cuando íbamos al baile del Callejón del Horno.

Pero una cosa eran las heroicidades en grupo y otra, muy distinta, lidiar con aquellos incipientes sentimientos amorosos, que empezaban a embargarnos, en presencia de aquellas damas diminutas y, también, con los procesos de emulación de lo que veíamos, o intuíamos que hacían los chicos mayores con las personas del otro sexo.

Además, el ruido ambiente, o la rumorología, o el chismorreo, o las ganas de liarnos, o quién sabía qué, no hacía nada más que complicarlo todo, atenazándonos todavía más en la incapacidad de expresar aquellos incipientes balbuceos amorosos.

Recuerdo muy bien la primera novia que tuve, a nivel de rumor, claro. Se llamaba Consuelito. Y todo fue porque una tarde salí de la escuela hablando con ella.

Al día siguiente subí a la plaza a jugar al arrime, juego que consistía en lanzar una moneda o una chapa contra una pared y tratar de quedar lo más cerca posible de la misma. Nosotros, en la plaza, jugábamos contra el frontón, que era la pared por excelencia.

Estaban por allí: Julián, mis primos Jesulín, Ricardo y Javierito, Angelín el hijo del carpintero, el pequeño Agus y también el pecoso Chema, junto con su primo, el otro tanto pecoso y rubiato Bertín que, últimamente, a raíz de su hazaña en el navajo se unía bastante a nuestro grupo.

Me alegré mucho de verlos, de hecho, esperaba encontrarlos por allí.

–Qué, ¿jugamos al arrime? –dije, a modo de saludo, sacando del bolsillo mis chapas.

Pero noté algo extraño. El pequeño Agus se empezó a reír con aquella risilla nerviosa que tenía, tapándose la boca con la mano. Y Jesulín comenzó a mirar a lo alto, casi al campanario, huyendo su mirada de la mía.

Entonces supe que tenía que mirar en dirección contraria a la de mi primo Jesulín, es decir, al frontón. Seguro que allí había escrito algo. Algo sobre mí, claro. Porque el frontón era como la gacetilla del pueblo, donde se recogían todos los rumores o seudo rumores que se producían, sobre todo entre los chicos y los jóvenes.

Y, efectivamente, allí estaba: "Consuelito y Germán son novios".

Inclusive vi, tirado en el suelo, el trozo de yeso blanco, con el que el gracioso de turno había escrito en la pared del frontón.

–¿Habéis visto quién lo ha hecho? –les pregunté, sobre todo mirando a mi primo Jesulín, pero no a los ojos, claro, porque me los huía permanentemente.

–Nosotros, no –dijo Agus con aquel plural que quería representar a todos, porque, desde luego, el pequeño Agus, Papa no era.

Entonces, ante el persistente silencio del resto, me acerqué al frontón y con el mismo trozo de yeso, taché lo que estaba escrito.

Por fin Jesulín habló.

–Germán, pues es una chica muy maja.

Entonces me lancé sobre él con una furia desmedida. Menos mal que estaban mis otros dos primos y nos separaron.

Jesulín se puso condescendiente.

–Bueno, bueno, Germán, olvidemos el asunto. Qué, ¿jugamos al arrime…? Pero con la pelota.

Yo estaba que me subía por las paredes. Como aquel rumor se consolidara iba listo. Además, con lo tímido que me sabía que era, iba a sufrir lo indecible.

Así que estuve de acuerdo en empezar rápidamente a jugar y desviar la atención de todo aquello.

El arrime con la pelota consistía en hacer unos hoyos en el suelo, junto al frontón. Uno por cada jugador y luego tratar de embocar desde una distancia de unos diez metros una pelota de goma, cada jugador en su hoyo.

El juego no tenía complicación. Pero el que perdía tenía una penitencia dolorosa.

Yo era bastante bueno y embocaba con facilidad. Pero aquel día estaba desconcentrado al máximo y no daba pie con bola, nunca mejor dicho. Así que quedé inclusive por detrás del pequeño Agus, que era un desastre y siempre perdía.

Bertín me señaló con el dedo.

–Germán, ¡a la pared!

El que perdía debía ponerse, apoyado de espaldas contra el frontón, con los brazos en cruz. El resto de los jugadores tenían que lanzar la pelota y tratar de darle en alguna de las dos palmas de las manos.

Contaban con tres intentos, si fallaban sustituían después al penado. La verdad es que había algunos malos lanzadores y donde te daban era en la cara y en sitios peores.

Yo me puse de espaldas contra el frontón con los brazos abiertos.

–¡A ver la puntería que tenéis, sobre todo tú, Agus! –les dije.

Entonces Agus se preparó a la distancia convenida.

Con lo pequeño que era lanzaba la bola con todas sus fuerzas para compensar su baja estatura.

La pelota, lejos de alcanzar mis manos, que probablemente estaban muy altas para él, me dio en la entrepierna. Sentí un dolor intenso y mareante y caí de rodillas en el suelo.

Entonces fue cuando oí la voz de Consuelito que pasaba por allí con su hermana.

–¡A ver, brutos! ¡Dejad a Germán ya, que vais a matarlo!

Y se acercó a donde yo estaba con su hermana pequeña.

Los chicos se quedaron pasmados. Aunque mucho menos que yo, que no sabía qué hacer, ni qué decir.

–¿Te encuentras bien Germán? ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

–No, no, Consuelito. Estoy bien. Ya sabes que es solo un juego.

Así que me levanté como si no hubiera pasado nada, aunque aquello me dolía la repera.

–Adiós, Consuelito –le dije, acompañando mi voz con un gesto de que se retirara–. Vamos a seguir jugando. Adiós –volví a repetir, deseando que se esfumara como por arte de magia.

Afortunadamente su hermana pequeña vino en mi ayuda.

–Sí, vámonos, Consuelito, que si no llegaremos tarde.

Todavía no había desaparecido Consuelito por la esquina, cuando se oyó la risita de mi primo Jesulín.

–Oh, amor, ¿te han hecho daño estos brutos?

Entonces me lancé sobre él y lo tiré al suelo, lleno de una furia inconmensurable. Allí le borré a golpes aquella risa de mofa. O, tal vez, hubiera en ella también algo de envidia.

Mi primo tampoco se defendía mucho y capeaba el temporal como podía.

Nos separaron de nuevo, y el juego se acabó entonces de forma radical, sin reanudación posible. Pero aquello de "Consuelito y Germán son novios" volvió a aparecer no solo en el frontón, sino también en el Chorlite y en el lavadero.

A mí, Consuelito no me caía mal. Inclusive hubiéramos sido buenos amigos si no hubiera ocurrido aquello. Pero, a partir de entonces, cuando la veía me entraba una timidez paralizante. A veces me la encontraba por la calle y cambiaba de dirección con tal de no cruzarme con ella.

Y peor era cuando empezaba el choteo de los chicos de la pandilla.

–Mira, Germán, por ahí va tu novia. Hoy lleva unas trenzas muy bonitas.

Sin que yo supiera entonces definirlo, hoy calificaría a todo aquello como una presión mediática asfixiante.

Yo lo pasaba realmente mal. Y creo que Consuelito, también.

Un día Jesulín, que notaba que el tema se estaba pasando de castaño oscuro y me veía sufrir, se me acercó y me dijo:

–Germán, tenemos que buscar a otros novios, para que dejen de fijarse en vosotros.

La verdad es que Jesulín tenía también a veces buenas ideas. Prácticas y resolutivas. Aunque de mayor me confesó que, en aquella ocasión, solo lo hizo porque tenía miedo de que al final Consuelito me separara de él.

Así que no se nos ocurrió mejor idea que "liar" al pecoso Bertín con Sagi, la aguerrida lideresa de las chicas. Y lo que son las cosas, a Sagi no parecía disgustarle la idea pero, al atrevido Bertín le dio tal síncope, que empezó a recluirse en su barrio del Chorlite y no bajaba a la plaza ni por asomo.

Lo cierto es que la presión sobre Consuelito y sobre mí bajó notablemente, aunque a Bertín se le veía al hombre, por el contrario, totalmente apesadumbrado. Con su nombre en todas las paredes. La verdad es que Jesulín y yo no parábamos de escribir.

Un día me lo encontré por su barrio y hablamos. Como dos "expertos novios".

–Germán, y tú qué haces. Porque yo, aparte de sufrir estos chismorreos, no sé lo que es ser novios. Me estoy cansando y eso que no he empezado. ¿Y tú cómo lo llevas?

–Bertín, nosotros ya no somos novios, ni siquiera estamos ya en las paredes. Lo hemos dejado –últimamente mentía con una naturalidad extraordinaria–. Pero, bueno, vosotros que sí lo sois debéis empezar como todo el mundo, con los besos y todo eso.

–Sí, así en frío parece fácil. Pero luego, yo es que veo a Sagi y se me caen los pantalones. Del susto, quiero decir. Y eso que lo ensayo todas las noches para proponérselo al día siguiente. Pero por la mañana me entra el canguelo y sé que tampoco se lo voy a decir.

Sí, no era fácil. Ni siquiera para Bertín, que tenía un aplomo y un arrojo fuera de lo común.

Jesulín y yo dejamos de pintar su nombre en las paredes y, poco a poco, empezó Bertín a aparecer otra vez por la plaza, tan serio y aplomado como siempre.

Un día, pasado ya algún tiempo, me encontré con Consuelito en la fuente. Íbamos cada uno con nuestro botijo. Aquel día me sentía relajado y tampoco veía a testigos no deseados a mi alrededor que me cohibieran. Así que no huí de ella como en otras ocasiones.

Llenamos cada uno nuestro botijo en los caños y luego nos quedamos uno frente a otro mirándonos.

Yo no sabía qué decir. Así que solté lo primero que me vino a la mente.

–Esta fuente la hizo mi bisabuelo, siendo alcalde. Mira.

Y le enseñé la leyenda que había escrita al lado de la puerta del depósito del agua. Allí figuraba el nombre de mi bisabuelo y la fecha: 02-05-1911.

Ella leyó en silencio aquellas letras. Nos habíamos quedado juntos, al resguardo de la pared del depósito del agua.

–Yo creo que ya no somos novios, ¿verdad? –me dijo mirando al suelo.

–Bueno, pero lo fuimos –le dije, sorprendiéndome de haberlo dicho.

Entonces extendió una de sus manos y se la llevó al pelo. Cogió una horquilla y me la dio.

–Para que tengas un recuerdo mío.

Yo no tenía nada que regalarle.

Entonces me decidí dando un paso de gigante.

–Yo te regalo esto –y me acerqué y le di un beso en la mejilla.

Ella se dio la vuelta y, mientras se agachaba a coger el botijo, la oí.

–Gracias, Germán.

La vi marcharse por el camino, mientras recordaba aquellas dos palabras mágicas que me había dicho y me pareció la niña más bonita del mundo.

Ahora que ya no éramos novios hasta me apetecía que lo fuéramos.

Apenas tuvimos la oportunidad de volver a vernos. Sus padres se marcharon a Barcelona, como otros más de los emigrantes pioneros que, por aquel entonces, se decidían a abandonar el pueblo, buscando nuevos horizontes.

Capítulo 17

¡Que vienen los mayos!

Releo lo que he escrito y me doy cuenta de que no he contado ni una línea de mi historia con Mabel, sino con Consuelito. Sí, a veces miramos al cielo, al infinito, en el horizonte sin límites donde solo habitan las estrellas y no reparamos en las luciérnagas que alumbran nuestra vida a ras de suelo. Consuelito fue la más importante luciérnaga que yo tuve en aquellos años. Pero ya hablaré de Mabel. Porque todo en esta vida tiene su sitio y su importancia.

Hoy me ha llevado mi mujer a pasear por el Parque del Oeste y por la Rosaleda. Como casi es ya primavera me llenan y me deslumbran los colores de todas las rosas que hay allí. Porque las rosas son para mí el símbolo de lo más bello que existe. Invito a todo el mundo a que las mire. No hay nada más bonito. Ninguna obra de arte las iguala, tal vez solo el plumaje de algunos pájaros. Solo por un paseo como éste valdría la pena vivir.

Sí, entonces el amor era tan bonito como siempre. Pero, como las rosas, a veces se hallaba rodeado de una empalizada de espinas. Que lo protegían. Que le daban el valor de lo inaccesible. De lo difícil. De lo que tenía verdaderamente valor.

A veces, lo más fácil era dejarse llevar por la corriente. ¡Cuántos novios y, luego, matrimonios, se formalizaron para confirmar los rumores de las pintadas en las paredes o de los cuchicheos de la gente!

Sí, a veces, los miembros de la pareja solo tenían que dejarse arrastrar por la corriente mediática popular de aquellos pueblos antiguos y sabios.

Había un dicho premonitorio: "Antonio y Pepita están hablando". Y si Antonio y Pepita no hablaban entre ellos, pero tampoco se oponían al acuerdo, la relación seguía adelante y un día, casi sin comerlo ni beberlo, se encontraban frente a frente, ya como novios consagrados.

Era un sistema de elección y de compromiso como otro cualquiera. Y para mí tengo, que no creo que fueran más infelices antes que ahora. Con todas las catas, garantías y períodos a prueba que se estilan actualmente. Porque lo importante era el compromiso que venía después. Y los chicos y chicas de entonces lo tenían muy claro. Que luego habría que remar y remar. Antes de alcanzar la orilla de la tranquilidad, de la vida resuelta, de contemplar sentados en la hamaca, al caer la tarde, todos los frutos de aquel amor, que empezó tan precario.

Pero había algunos momentos especiales, algunas fechas señaladas en el calendario que ayudaban a consolidar las siempre difíciles y titubeantes relaciones amorosas que, al inicio, siempre empezaban dominadas por las dudas y los equilibrios y desbalanceos entre lo que se obtenía y lo que, lamentablemente, se perdía con la elección.

Un hito importante era la fiesta de los mayos: "A tu puerta llego/ a cantar los mayos/ licencia te pido para principiarlos/ Estamos a treinta del abril cumplido/ alégrate mi dama/ que mayo ha venido/…".

Los mayos funcionaban, si mal no recuerdo, de la forma siguiente:

La noche del treinta de abril se reunían los mozos en la taberna. Luego hablaré de lo que se consideraba mozo: en general eran los chicos mayores de catorce años que debían haber cumplido algunos requisitos, luego ya diré cuáles.

Allí cada mozo indicaba su preferencia dentro de las chicas solteras. El listón de los catorce años de los chicos en el caso de las mozas bajaba aún más abajo, hasta los trece e inclusive menos.

En el caso de disputa entre varios mozos que pretendían a la misma chica se establecía un sistema de subasta, con pujas en dinero, el cual sería invertido en la fiesta del día de después. El mejor postor se quedaría con la chica en liza.

Una vez repartidas todas las chicas entre los mozos, se procedía a recorrer el pueblo cantando bajo el balcón de cada muchacha. Cantaban todos los mozos juntos, acompañados por la banda de guitarras y bandurrias del pueblo, pero, al final, el pretendiente de la chica en cuestión entonaba, él solo, los últimos versos y se identificaba, para que ella, que estaba escuchando tras el balcón o la ventana, supiera el mayo que le había tocado en suerte.

Quiérelo, muchacha/ quiérelo, chiquilla/ que es el mejor chico/ que va en la cuadrilla/ Quiérelo, chiquilla/ quiérelo, doncella/ que es el mejor chico/que hay por esta tierra.

A continuación el chico pretendiente cantaba él solo los siguientes versos: Si quieres saber, MARÍA,/ el mayo que te ha caído/ asómate a la ventana / que si no, no te lo digo / El mayo que te ha caído / PEPE, tiene por nombre/ HIGUERA , por apellido.

Y entonces la chica se guardaba para sus adentros sus gozos o tristezas por la elección.

A media mañana del día siguiente, el mayo se acercaba a la casa de su maya y ésta le daba media docena de huevos y unas patatas, para hacer una gran tortilla con la que merendarían juntos por la tarde.

De mayos a novios había solo un paso. Y muchos lo daban. Pero, si no había acuerdo, o feeling, como se diría ahora, no pasaba nada. El único compromiso que tenía la maya con su mayo era bailar con él aquella tarde en la verbena, que se haría después de la merienda y conocerse un poco más.

El mayo, a su vez, tenía el compromiso de galantear a la maya e invitarla a refrescos y, por supuesto, tratarla lo mejor que sabía, para intentar conquistarla. Si no había éxito pues tocaba esperar a los mayos del año siguiente y cambiar de candidata, o insistir en la misma, que nunca se sabía. Quizá en la fiesta de San Bartolo, con los calores del verano, las tornas cambiarían.

Nosotros, con el espíritu de emulación a los mayores que nos caracterizaba, también teníamos nuestros mayos. Aunque todavía nos faltara mucho para entrar en el club de los mozos del pueblo.

Los chicos podían pasar a mozos a partir de los catorce años. La ceremonia de entrada en dicho club se materializaba con lo que se denominaba "pagar la ronda" que consistía, básicamente, en invitar a una consumición al resto de los mozos en el bar, que brindaban todos juntos por la incorporación del nuevo.

Y, luego, ya se entraba, con la cuota oportuna en el pago de escotes, para afrontar los gastos comunes y, en compensación, se tenía el derecho a participar como miembro reconocido de los mozos en todas las actividades que se organizaban.

El nuevo entraba de meritorio, dado que entre los mozos había, como en todos los sitios, sus grados y jerarquías que estaban, mayormente, basadas, como casi todo entonces, en la edad. Así que al nuevo le tocaban los trabajos comunes más prosaicos: barrer la plaza para el baile, poner los adornos en la fiesta y similares. Y, por supuesto, sufrir también algunas bromas y chanzas. La más significativa era la "cerná" o "cerdá", que nunca supe a ciencia cierta cómo se pronunciaba. Consistía básicamente en un chequeo del pene por los mozos expertos, tras

bajarle los pantalones al candidato novato, con un riego posterior a base de cerveza.

Pero, como digo, nosotros tratábamos de hacer también algo cuando llegaban los mayos. Aunque estábamos mucho menos organizados que los mayores y aquello salía como salía.

Para empezar no nos juntábamos todos los niños del pueblo, sino que lo hacíamos por barrios: los de la Carretera, los de la Plaza, los del Chorlite, los de la Fuente… Eso sí elegíamos a cualquier chica del pueblo. Con lo cual se producía un barullo de nominaciones dobles y hasta triples para las chicas guapas y también, por el otro lado, otras menos afortunadas se quedaban sin pretendiente alguno.

Además, aquel año de marras se produjo una pequeña revolución. Había una niña nueva en el pueblo de nuestra edad. Una chica que debía tener algún problema pulmonar leve y la habían traído sus padres con su tío, el veterinario de Sacecorbo, para que se oxigenara con los aires puros de aquellas sierras.

Era una niña que venía de Madrid. Yo creo ahora que, quizá, entonces, no era más guapa que las que teníamos nosotros allí. Pero lo cierto es que vestía diferente, más moderna y con más adornos en el pelo y unos pendientes más bonitos y llamativos. Nos parecía a nosotros una verdadera princesa, mientras que nuestras chicas de toda la vida podían aspirar, como mucho, a ser sus obedientes damas de honor.

Hablaba también Merche, que así se llamaba aquella preciosidad, con un deje más refinado. Terminaba todas las palabras correctamente y revestía sus frases de una musicalidad almibarada y extraña para todos nosotros.

El caso es que llegó el treinta de abril y yo había quedado con Julián y con mis primos Jesulín, Javierito y Ricardo para hablar del tema de las mayas. Y cómo lo íbamos a organizar. Porque el año anterior había sido un auténtico desastre y las chicas habían pasado, como casi siempre, totalmente de nosotros, a quienes nos consideraban solo unos mindundis que, encima, no teníamos nunca dinero, ni para invitarlas a unos chupachuses.

Habíamos quedado en el lavadero, que era un sitio alejado y recóndito donde podríamos hablar tranquilamente.

Llevábamos ya unos días repeinándonos con esmero y vistiendo nuestras mejores prendas, aunque mi madre se había negado en redondo a que me pusiera la ropa de las fiestas, que quedaba reservada para el día siguiente, el día uno de mayo.

Me peiné y repeiné, una y mil veces, delante del espejo y fui a la nueva habitación de mi hermana Tere a pavonearme delante de ella y, sobre todo, a recabar su opinión.

Estaba la puerta entornada y la abrí de sopetón.

–¡Tere…!

Apenas me dio tiempo a ver cómo mi hermana, que se estaba probando un sujetador frente a su espejo, se tapaba y volvía a cerrar la puerta con violencia. Yo nunca le había visto antes tal prenda. La verdad es que estaba cambiando mucho todo.

Se oyó, desde dentro, la voz de mi hermana. Estaba furiosa.

–Aquí no vuelvas a entrar, si no tocas en la puerta antes. ¡Imbécil!

Me quedé allí pasmado, con la puerta en mis narices, sin saber qué decir. Notaba cómo mi autoestima, que antes estaba por las nubes, descendía a pasos agigantados.

El mundo cambiaba, menos yo, que seguía viéndome como un piernas inseguro y tímido.

Así que me di la vuelta y me dispuse a bajar por la escalera cabizbajo. Pero, cuando había dado solo unos pasos, me volví de nuevo. ¡O me revolví, mejor dicho! La verdad es que Tere tenía la virtud de sublevarme siempre. ¡Nunca se lo agradeceré lo bastante!

Me acerqué de nuevo a su puerta y, aunque no intenté abrirla de nuevo, le dije:

–Bueno, bueno, doña princesa, no te preocupes… ¡para lo que hay que ver!

Se oyó de nuevo la voz de mi hermana todavía más furibunda que antes.

–No me interesan para nada las opiniones de los nenes como tú. ¡Largo!

Pero cuando veía a mi hermana herida, yo me crecía. Me sentía bien. O, mejor dicho, superbién.

–Bueno, bueno, a ver quién consigue mejor pareja en los mayos: tú o yo –le dije, recuperando mi tranquilidad anterior.

Sabía que esos comentarios eran lo único que le interesaba en aquellos tiempos a mi hermana.

–¡Espera! –la oí a través de la puerta.

Al momento, pero ya completamente vestida, mi hermana Tere abrió la misma.

No pude por menos que fijarme en su pecho, enhiesto y orgulloso, adelantándose como mascarón de proa de su figura.

Ella se puso muy contenta, henchida como un globo aerostático, al darse cuenta.

–¡Anda, no te quedes ahí, como un pasmarote! ¡Pasa!

Así era mi hermana. A la que yo quería más de lo que ella hubiera imaginado jamás.

Ella cerró la puerta y nos sentamos los dos en su cama.

–Bueno, ¡cuenta, cuenta! ¿Qué se dice por ahí? –me dijo, clavando sus ojos en los míos.

–¡Qué se dice de qué! –jugaba yo ahora con ella.

–¡Uy!, a veces pareces tonto, Germán. ¡Pues de qué va a ser! ¡De los mayos, de qué va a ser si no!

Entonces nos contamos nuestras confidencias. Ya de niño mayor a niña mayor. O eso me gustaba pensar a mí, en mis adentros.

A ella le gustaba un chico algo mayor que ella que se llamaba David, que debía tener catorce o quince años. Yo le conocía bien porque todavía era monaguillo. A mí me miraba de una forma extraña. Aunque un día me defendió ante don Marcelo que se estaba metiendo con los pequeños. Se adelantó ante el resto y dijo:

–A mí me parece que Germán ya no debe ser uno de los nuevos. Tiene mucha experiencia.

Yo me quedé pasmado, la verdad es que no había cruzado nunca una palabra con él. Ahora empezaba a entender muchas cosas.

Yo le dije a mi hermana que me gustaba Merche, claro. Bueno, más que me gustaba, que no podía vivir sin ella. Que soñaba con su cara, tan bonita, por las noches. Y que tenía mucho miedo de que ella no me quisiera y de que se fijara en otro. Eso era lo peor, sin duda, que se fijara en otro.

Así que, una vez que tranquilicé a mi hermana diciéndole que David me parecía un chico supermajo, para lo cual se lo tuve que repetir al menos tres veces, y aún así volvérselo a confirmar otro par de veces más, porque volvía a la carga aunque luego estuviéramos hablando de otro tema, yo me atreví a pedirle algún consejo para salir de la zozobra ante la que me encontraba con Merche.

–Mira, Germán. Pues está muy claro. Te la tienes que echar de maya.

Así eran las mujeres. Ellas no tenían ni idea de la competencia que había en el género masculino por estas cuestiones.

–Sí, Tere. ¿Pero cómo?

–Pues te las tienes que arreglar, Germán. A las mujeres nos gusta que los chicos den un paso al frente. Y luego ya se verá.

Entonces aproveché para allanar el camino al tema de las mayas.

–Oye, Tere, ¿tú me podrías prestar algo? No sé, una peseta o algo así.

Mi hermana me miró con un poco de compasión.

–Te dejo dos, pero solo te puedes gastar una. ¿Está claro?

Entonces no pude por menos que preguntarle:

–¿Y entonces de qué me sirve la otra?

–Pues para enseñarla. Para demostrar que la tienes. ¡A veces pareces tonto, Germán! ¡Es lo que hace todo el mundo! Mira, te voy a decir una confidencia –y mi hermana bajó la voz de tal forma que casi no la oía–. Las chicas somos especialistas en mostrar, ¡pero sin dar nada!, ¡a ver qué te vas a pensar!, ¿eh?

Yo no la entendía muy bien, la verdad. Aquel mundo femenino a veces me superaba. Pero lo cierto y real es que salí de su habitación con dos pesetas en el bolsillo. Y eso sí que era un plus en el mundo masculino, donde había que mojarse de forma contante y sonante.

Capítulo 18

Buscando sujetadores para el Judas

Contento con mis dos pesetas en el bolsillo, más otros cincuenta céntimos que yo tenía ahorrados, me fui casi corriendo al lavadero. En la esquina de la tía Vitorina, me encontré con el pequeño Agus.

–¡Hola Germán! ¿Dónde vas?

En un primer momento no me pareció que el pequeño Agus fuera una pieza importante en el tablero donde se iba a dilucidar el tema de las mayas. Quizá solo era adecuado el pobre para el mundo de los gnomos. Pero algo, meramente intuitivo, me animó a no esquivarlo.

–Iba al lavadero. He quedado allí con unos cuantos para hablar del tema de las mayas. ¿Te animas?

A Agus, que debía estar más aburrido que una ostra, se le abrió el cielo.

–¡Claro! ¡Vamos!

Cogimos el Camino de la Fuente, llegaríamos a la misma y, luego, un poco más abajo estaba el techado del lavadero. Allí, las mujeres, en su estanque, alimentado por el agua de la fuente, lavaban sobre todo piezas grandes como sábanas, colchas y similares, porque podían extenderlas en aquella piscina de considerables dimensiones. También era un sitio de palique y de cortar trajes a diestro y siniestro.

Si las paredes del lavadero hubieran podido hablar, hubieran provisto de suficiente información para completar todos los periódicos de la comarca de rumores y confidencias de lo más sabrosas.

Habíamos quedado citados allí porque ya era bastante tarde y suponíamos que las mujeres ya estarían en sus casas dispuestas a preparar sus cenas y llevar a los pequeños a la cama.

En la fuente nos encontramos con Bertín y su primo Chema que habían ido a llenar el botijo. Agus, que no era un lince, metió la pata.

–¿Os venís al lavadero? Vamos a hablar de las mayas.

–¿Las mayas? ¡Pues claro!

Y dejaron el botijo allí al lado y nos siguieron.

En cuanto pude le bisbiseé a Agus.

–Pero, calamidad, ¿no ves que son de la pequeña Rusia?

Pero ya no había remedio. Así que aparecimos allí los cuatro. Éramos los últimos en llegar.

Javierito le había sisado un par de cigarrillos a su padre y estaban allí pasándoselos entre ellos y echando humo como descosidos.

Rápidamente empezamos a repartirnos las chicas. Bertín nos suplicó que le dejáramos a Sagi, porque si no hacía algo, ¡y pronto!, iban a dejar de ser novios.

Ahí no había ningún problema, porque nadie quería cargar con aquel sargento, al que, más que preguntarnos a nosotros mismos si nos gustaba, temíamos.

Pero el tema se lió cuando yo dije, como quien no quería la cosa, y mirando hacia otro lado, que yo apostaba por Merche, la sobrina del veterinario.

–¡Bueno, eso habrá que verlo! –me soltó Chema, el rubiato pecoso de la pequeña Rusia.

–Sí, eso, habrá que verlo –dijeron casi al unísono mis primos Ricardo y Javierito, después de exhalar por la nariz una calada de sus cigarrillos.

Hasta Agus, parecía que estaba también interesado.

–Germán, lo siento, yo también quiero discutirlo.

El tema yo ya lo tenía apalabrado con Jesulín. Haríamos los dos piña para llevarnos a Merche y luego ya veríamos cómo quedaban las cosas entre nosotros dos. Jesulín sabía que contaba con mis cincuenta céntimos y yo con sus cuarenta céntimos. En total noventa céntimos que podían ser perdedores ante 1 peseta. Lo que nadie sabía era la fuerza nueva con la que yo contaba: nada más y nada menos que con dos pesetas más, eso sí, solo me podía gastar una.

Lo que estaba claro, por otra parte, era que Merche valía un potosí. Y nadie quería renunciar a ser pareja, al menos por un día, del bellezón de moda entre las chicas de nuestra edad.

Jesulín y yo nos miramos y luego ambos reparamos en Agus. ¡Agus podía ser la solución!

–Agus, ven un momento con nosotros –le dijo mi primo Jesulín– que queremos comentarte una cosa. Vosotros –continuó mirando al resto– id preparando las apuestas.

Salimos un momento fuera del lavadero. Nada más salir mi primo Jesulín le cogió del cuello al pequeño Agus.

–¡Agus, tapón de mierda! ¿Te acuerdas de lo que nos prometiste cuando el Judas?

Agus no estaba asustado ni mucho menos. Conocía muy bien a Jesulín y sabía que la sangre no llegaría al río. Habría que negociar, eso sí.

–¡Calma, calma, Jesulín! ¿Qué es eso del Judas? Yo no me acuerdo… –musitaba.

A mi primo Jesulín se lo llevaban los demonios.

–¡Sujétame, Germán, sujétame, que a este lo clavo en el suelo como a un chito! –y levantó su puño por encima de la cabeza de Agus como si fuera a hacerlo.

Hice como que sujetaba a mi primo y le recordé a Agus lo del Judas, mientras pensaba para mis adentros la buena memoria que tenía mi primo Jesulín. Yo ya lo había olvidado.

–¡A ver, Agus, menos cachondeo! –le dije– ¡Que el día del Judas en el corral del tío Zopico, estabas cagado y nosotros te cubrimos! ¡Que si no, todavía estaban buscando tus restos por allí!

El Judas era una de las fiestas más tradicionales del pueblo. Y más divertidas. Aunque como todo lo divertido, lo era realmente cuando se conseguían superar las situaciones difíciles, de auténtico riesgo, en las que incurríamos y que, luego, las recordábamos ya pasado el peligro.

Era una fiesta que organizaban los mozos. Consistía en clavar en la plaza, junto al frontón y casi en la puerta de la iglesia, un madero muy alto, como un palo de la luz, o más, del que se colgaba en su punta un muñeco, más o menos del tamaño de un chico de nuestra edad que era, precisamente, el Judas y que luego, al final, acabaría quemándose.

La gracia de la cosa estaba precisamente en las ropas que vestirían al muñeco, las cuales, luego, cuando la gente fuera a la Iglesia, serían observadas y comentadas por todo el mundo.

Pues bien, dos semanas antes de la noche del Sábado Santo, no antes, los mozos se dedicaban a buscar por los corrales y huertos, donde las familias solían tender sus ropas, para ver si encontraban algo interesante con lo que revestir al muñeco del Judas que, en su interior, estaba relleno de paja.

Pero no solamente se buscaba en los tendederos, sino también en el interior de las casas si se encontraba ventana o puerta abierta o, incluso, diminuto ventanuco, por el que se pudiera introducir un varón, o palo largo, con un gancho para "pescar" algún secreto íntimo. Y femenino, claro.

Ni qué decir cabe que durante esas dos semanas las mozas eran extremadamente cautas en los tendederos y sus padres y hermanos estaban vigilantes y, al menor ruido que oían por la noche en los corrales, soltaban los perros y, también, una lluvia de pedradas para rehuir a los

posibles visitantes.

Las operaciones más importantes las manejaban los mozos de más edad y experiencia. Pero, a veces, también nos uníamos los chicos como nosotros en alguna pequeña operación liderada por algún mozo joven, que quería presumir de mando ante nosotros.

Fue el caso de aquella noche en la que el Peliblanco pasó por la plaza donde nosotros estábamos jugando al "manos arriba" y, al verme, me dijo:

–Germán, tú que eres espabilado, ¿te quieres venir a hacer el Judas con nosotros?

Yo me quedé un momento parado. Me atraía y me repelía a partes iguales cualquier trato con el Peliblanco.

Pero, rápidamente, encontré la solución.

–Bueno –le dije–. Pero voy con estos –y señalé a mi primo Jesulín y al pequeño Agus, que estaban a mi lado.

Julián también se acercó a ver lo que pasaba.

–Bueno, y con éste también –le dije al Peliblanco.

El Peliblanco dudó un instante. Luego debió pensar que mayor corifeo y popularidad podría tener si íbamos varios.

–Lo de éste, no me convence mucho –dijo señalando despectivamente a Agus–. Pero allá vosotros si no da la talla.

Así que quedamos en vernos de nuevo, después de cenar, en la plaza, para ir al corral del tío Zopico, que tenía una hija muy guapa y pechugona que se llamaba Valentina, pero a la que los chicos llamaban Valentona, por la impresionante figura que tenía, sobre todo por delante.

El Peliblanco apareció con otros dos chicos, mayores que nosotros, pero todavía no mozos, un tanto sosos y apagados, que lo adoraban. Y nosotros cuatro nos añadimos a ellos. En total íbamos siete.

Nos juntamos en el Portalillo de la Iglesia y allí el Peliblanco nos dio las instrucciones, que consistían básicamente en que hiciéramos lo que él nos dijera. Y sin rechistar.

Así que nos fuimos todos hasta la casa del tío Zopico. En el camino el Peliblanco y sus dos amigotes no hicieron más que hablar de Valentina y canturrear por lo bajo canciones subidas de tono, a las que cambiaban la letra para meter el nombre de la Valentona. Nosotros los seguíamos expectantes, con una sensación extraña de habernos hecho mayores de repente, al menos por aquella noche.

Poco antes de llegar, el Peliblanco se puso el índice en los labios y nos miró muy serio.

–¡Schhhh!

Y nos fuimos acercando en silencio y pegados a las paredes hasta alcanzar el corral del tío Zopico. Había algo de luna, quizá menguante, pero la noche era muy oscura y, a la vez, llena de sombras por la luz escasa del astro.

La puerta del corral estaba cerrada, pero por una rendija no era difícil llegar al cerrojo interior y destrabarlo. Para la mano, diminuta, del pequeño Agus, no fue difícil. A partir de aquel momento el Peliblanco se fijó en él y lo revistió de una utilidad que antes parecía imposible.

Nos movimos por el interior del corral con un sigilo y una emoción tan grandes como si nos fuera la vida en ello. De repente, el Peliblanco bisbiseó:

–Se ve un ventanuco en la cocina. ¡Vamos allá!

Aquello no llegaba a ser ni siquiera un ventanuco. Solo un respiradero de la cocina cruzado, además, por unos barrotes de arriba a abajo y de izquierda y derecha que hacían prácticamente imposible adentrarse en el interior.

Estaba a una altura como de uno ochenta o dos metros del suelo. Así que el Peliblanco reparó de nuevo en Agus.

–Súbete encima de mis hombros y cuéntanos lo que ves. Aquí tienes esta linterna.

Antes de que Agus pudiera decir nada lo encaramó sobre sus hombros y le preguntó:

–¿Qué ves?, ¡dímelo rápido, que me canso, me cago en diez!

Agus movía la linterna por el interior. Yo creo que se sentía allí muy importante. Y, desde luego, mucho más alto y con mayor perspectiva de la que habitualmente tenía.

–¡Chicos! ¡Lo tengo, lo tengo! Hay un tendedero en la cocina, donde se ven algunas prendas… ¿y sabéis qué? Hay un sujetador blanco de Valentina, quiero decir de la Valentona.

El Peliblanco lo bajó de nuevo al suelo. Estaba excitado como yo nunca lo había visto. Si lo conseguía iba a ser un éxito muy sonado y su grado de estima y jerarquía iba a subir muchos enteros entre los mozos.

–¡Toma esto! ¡Lo metes entre los barrotes y tratas de engancharlo! ¡Que no se te caiga o te fostio! ¡Como hay Dios!– le dijo al pequeño Agus.

El Peliblanco extendió un metro hecho de tablillas de madera, como el que llevaban los albañiles. En el extremo había pegados unos ganchos para poder aprehender la ropa.

Fue extendiendo las tablillas y mirando al pequeño Agus. Hasta que éste exclamó:

–¡Ya es suficiente, Peliblanco!

El Peliblanco afianzó las tablillas del metro con celo y luego volvió a encaramar al pequeño Agus sobre sus hombros.

Este, una vez arriba, metió el metro con los ganchos al interior de la cocina.

Cuando estaba en mitad de la maniobra el Peliblanco trastabilló. Se movió una piedra del suelo en la que estaba subido y el pequeño Agus estuvo a punto de caerse.

Vio cómo el metro se desviaba de su trayectoria y empujaba un pequeño jarro de porcelana que estaba colocado en el basar de la campana de la cocina, donde las mujeres solían tener algunos de los cacharros más habituales que usaban en ella.

El jarro cayó al suelo y su impacto sonó con un estrépito que pareció ensordecedor en el silencio de la noche.

Inmediatamente se oyó la voz del tío Zopico.

–¿Quién anda por ahí, rediós?

El Peliblanco bajó como pudo al pequeño Agus aunque éste, con las prisas, se dobló ligeramente el tobillo y se quedó de rodillas en el suelo y con la linterna encendida.

Todo el mundo puso pies en polvorosa, menos Jesulín y yo que nos escondimos detrás del brocal del pozo. En el fondo nos sentíamos responsables del pequeño Agus. Como si fuéramos sus hermanos mayores.

En cuatro zancadas apareció el tío Zopico en la puerta de su casa y en calzoncillos. Rápidamente vio la luz de la linterna del pequeño Agus.

–¡Rediós, sois vosotros, los desgraciados del Judas!– gritó mientras se agachaba a coger una piedra del suelo.

Entonces, Jesulín agarró el caldero de sacar agua del pozo y lo tiró al otro extremo del corral, mientras gritaba.

–¡Apaga, Agus! ¡Apaga!

Entre la oscuridad que se hizo donde antes estaba Agus, porque éste obedeció en el acto, y el estruendo del caldero en el otro extremo del corral, el tío Zopico eligió este último, quizá porque intuyó que el peligro era mayor por ese lado y se dirigió gritando hacia allá.

–¡Rediós, malandrines! ¡Os voy a dar yo Judas, pero en los huevos! –bramaba el tío Zopico,

mientras lanzaba piedras como un poseso donde había oído el ruido del caldero al caer.

Nosotros, aprovechando que el tío Zopico estaba entretenido en la dirección opuesta, sigilosamente nos acercamos hacia el pobre Agus, lo cogimos cada uno de una muñeca y nos lo llevamos en volandas fuera del corral. Una vez allí no paramos de correr hasta que llegamos al olmo de la carretera. Estábamos exhaustos. Y con la camisa que no nos llegaba al cuerpo del canguelo que todavía teníamos.

–¡Gracias, chicos, os debo una! –resoplaba, todavía mirando hacia atrás, el pequeño Agus.

Y, ahora, mi primo Jesulín se lo recordaba junto al lavadero la víspera de los mayos.

–Ya te acuerdas, ¿verdad Agus? –le inquirió.

–Es verdad, Jesulín, ya me acuerdo –decía Agus, que parecía haber recobrado el canguelo del corral del tío Zopico.

–Está bien. ¿Y cuánto dinero llevas encima? –le espetó mi primo cogiéndolo otra vez por el cuello de la camisa.

Pasamos de nuevo dentro del lavadero y mi primo Jesulín dijo con aspecto serio.

–Aquí hay dos chicas en liza: Sagi y Merche.

Bertín empezó a protestar.

–Ya habíamos acordado que Sagi estaba fuera. Me lo habíais prometido.

Pero yo le corté.

–Bertín, si Merche está sobre la mesa, todo está sobre la mesa. Es lo justo, ¿no?

Bertín se calló y empezó a mirar con insistencia a su primo Chema. Seguro que necesitaba su apoyo. Pero éste se mantenía firme en sus intenciones sobre Merche.

Chema era un chaval que pasaba por ser de buena familia, dentro de las diferencias que podía haber allí, que no eran muchas, salvo que pertenecieras a los "ministriles", es decir: el cura, el médico, el maestro, el veterinario y alguno más. Y éste no era el caso.

–¡Por Sagi! –dijo firme Jesulín–, ¿quién va?

Bertín empezó a protestar.

–Yo tengo más dinero en casa…

–¡Bertín! –le cortó mi primo–. ¡Menos cachondeo!, dinero contante y sonante… ¡y aquí!

–Yo voy, claro… ¡Con sesenta! –se adelantó, orgulloso, Bertín.

Luego intervino Agus.

–¡Pues yo voy con una peseta!

–¿Tú? –se sorprendió Bertín.

Desde luego si ganaba Agus, debió pensar Bertín para sus adentros, podía dar a Sagi por perdida para siempre.

¡Una chica tan alta y garrida como ella con aquel mindundi de palmo y medio, ¡Sagi no se lo perdonaría nunca! Que él, su novio, no hubiera salido al paso, claro, y tuviera que pasar la tarde con aquel tapón con piernas.

Se acercó a su primo Chema y le debió decir al oído:

–¡Chema, por lo que más quieras, ayúdame!

Hicieron un aparte y decidieron que Chema le prestaría la mitad de lo que llevaba: 75 céntimos, de su una y cincuenta.

–¡Subo a 1,35 por Sagi! –gritó entusiasmado Bertín.

Hubo unos momentos de silencio.

–A ver, enseña la pasta Bertín –le señaló con el índice Jesulín.

Bertín mostró la una con treinta y cinco que había reunido con su dinero y con el que le había prestado su primo Chema.

Mi primo preguntó solemnemente.

–¿Alguien más puja por Sagi?

Pero allí solo había silencio.

–¡Sagi, adjudicada a Bertín! Pero, luego, te tendrá que quedar dinero para invitarla, ¿estamos? Esto es para disfrute general. Para la fiesta que organizaremos. Pero Sagi ha de quedar complacida, ¿estás de acuerdo? –le dijo a Bertín.

–Sagi es cosa mía. Me gusta. Yo me encargo –le contestó éste ya relajado.

Luego llegó el turno de Merche.

–¡Va por Merche! –anunció con toda solemnidad Jesulín–. ¿Quién va por ella?

Yo me adelanté orgulloso. Contaba con los cincuenta céntimos del pequeño Agus y con los cuarenta de mi primo Jesulín, más mis cincuenta céntimos, más la peseta de mi hermana. En total dos con cuarenta (más otra peseta en la reserva).

Pero fui cauto.

–¡Una cincuenta por Merche! –dije con contundencia.

Chema se frustró y acabó mordiéndose los labios. Él ya no podía llegar a esa cifra por el dinero que le había prestado a su primo. Ya ajustaría cuentas con Bertín.

Javierito y Ricardo se miraron. Y luego sacaron su dinero de los bolsillos y lo juntaron.

Como no debían llegar, miraron a Julián.

Y éste, sorprendentemente, se unió a ellos. Lo que hace la fuerza de lo femenino.

–¡Dos pesetas! –exclamó Julián.

Como Jesulín, que veía perdida nuestra candidatura, iba a tener una salida de pata de banco le hice una seña y le dije:

–Déjame a mí, Jesulín.

–¡Dos cuarenta y no va más! –continué, con la fuerza adicional de la peseta de reserva de mi hermana.

Todos se miraron. Pero nadie dijo una palabra más.

–¡Merche, adjudicada! –dijo Jesulín, aunque no mencionó a quién. Ahora me quedaba la parte más dura. Me di cuenta porque Jesulín tenía levantada la barbilla, como cuando presagiaba una gran disputa.

–Bueno –dijo Jesulín, continuando con la subasta–, ahora toca repartirnos a las del montón. ¿Quién va?

Cuando nos quedamos solos, Jesulín, más que preguntarme, afirmó:

–Merche, va a medias. Es lo que quedamos al principio, ¿no te digo?

–Claro, Jesulín –le dije–, pero yo he pujado más. Vamos los dos, pero yo en primer lugar, ¿no-te-digo? –recalqué al final, para herirlo con sus mismas armas.

Así quedamos. Aunque al día siguiente nos enteramos los dos de qué iba nuestra princesita Merche.

Nos estuvo toreando a uno detrás del otro. A Jesulín le decía que Germán le invitaba a más y mejores cosas. Y a mí, justo lo contrario.

Pasábamos con ella un rato cada uno. Que nos costaba un refresco y un chupachups. Y, cuando llegaba la hora del cambio, nos dejaba a los dos más heridos que a un soldado en las guerras púnicas.

Al final acabamos los dos exangües y, sobre todo, arruinados. Yo no sabía qué le iba a decir a mi hermana. Porque al final tuve que gastarme también su otra peseta. Y mi primo Jesulín acabó la tarde dando patadas a las farolas. Él sabría por qué.

Llegué a casa y le dije a mi hermana:

–Lo siento. Anoche me dormí y no pude escuchar los cánticos de los mayos. Pero ya me he enterado: qué pena que no pujara por ti David, sino el sobrino del cura don Marcelo. ¿Qué tal te lo has pasado hoy con él?

–Te puedes imaginar. Es un tonto redomado. Pero tenía más dinero. David hizo lo que pudo en la subasta. ¿Y tú?, ¿qué tal con esa presumida de la Merche?

–Bien, bien… –dije mirando por la ventana para no encontrarme con su mirada–. Lo único es que se me ha perdido una peseta de las tuyas. Y la otra, como quedamos, me la he gastado. No sé, debía tener un roto en el bolsillo. Así que me he quedado sin nada…

Sorprendentemente mi hermana Tere estaba aquella noche muy comprensiva y ni me arreó dos tortas ni, tan siquiera, me exigió que le devolviera aquella peseta que ella me hizo jurar que no me gastaría jamás. Yo pensé, por un momento que, tal vez, si ella le hubiera prestado sus dos pesetas a David quizá éste pudiera haber hecho frente al sobrino de don Marcelo. Pero las chicas de entonces no ponían nunca la alfombra a los pies de nadie. Tal vez pensaban que había que ganársela.

Nos fuimos los dos a la cama. Yo veía a mi hermano Pepín dormir como un bendito, ajeno a todos los manejos extraños de este mundo.

Pero, sin embargo, yo me sentía escocido y frustrado. Aunque también lo estaría mi primo Jesulín. Y no te digo los demás: Chema, Javierito, Ricardo y Julián.

Preferí pensar en mi hermana Tere. Entonces la quise todavía un poco más. Si eso era posible.

Tal vez ya intuía, en mi subconsciente, que nos íbamos a separar en no mucho tiempo.

Capítulo 19

También queríamos saber de sexo

Los vientos del cambio soplaban sin cesar. Aunque los cambios no siempre eran para bien. Por lo menos en el corto plazo.

En nuestra familia todo se empezó a complicar. A estropear, quiero decir.

Pero todo esto ya lo contaré a su debido tiempo…

Hay un tema que, acabo de darme cuenta, se me había quedado pendiente.

Y es el tema del sexo. De la sexualidad. Que también existía entonces, como siempre ha existido. Inclusive en aquel grupo de mocosos que éramos nosotros con nuestros ocho, nueve o diez años a cuestas.

Entonces no había internet, así que la curiosidad sobre ciertas palabras, que tenían unas connotaciones subterráneas, o morbosas o, qué se yo, que te producían esa inquietud interior que te llenaba de confusión, de miedos y de esperanzas a un tiempo, había que satisfacerla por otras vías.

Un día, yo me acordé, al respecto, del tío Ezequiel. Y de su gran diccionario que alguna vez había visto en la botica.

Sí, una tarde que me rondaban por la cabeza algunas de estas cosas me fui a su casa.

–¡Hola tío, cuánto me alegro de verlo! –le saludé muy efusivo–. Es que don Zacarías nos ha encargado una redacción y quería utilizar su diccionario, si no le importa, claro.

–Germán, ¡cómo había de importarme!, es la mejor forma de incrementar tu lenguaje y tu cultura. Y si me necesitas, yo mismo puedo ayudarte en lo que pueda.

–No, tío, descuide. Debemos tratar de hacerlo nosotros solos. Es lo que nos ha dicho el maestro.

Mi tío Ezequiel que, probablemente, había pensado para sus adentros: "Bien dicho, Zacarías", me sonrió y solo dijo, una vez bajó el diccionario de una estantería de libros que tenía en la botica:

–Aquí lo tienes, Germán. Siéntate en la mesa, ahí en la cocina, al lado de la ventana.

Yo cogí el diccionario y me alegré de que mi tío me dejara a solas con aquel libro mientras él volvía a la botica.

Cuando ya estaba sentándome en la mesa oí de nuevo su voz.

–¿Y sobre qué es la redacción, Germán?

Pero eso ya me lo tenía yo preparado.

–Es sobre la caza, tío. Como ahora está de moda Sacecorbo, con los faisanes y todo eso…

Ahí mi tío se quedó tranquilo y se fue a sus quehaceres.

Yo llevaba una lista de palabras apuntadas en un papel. Pero no enteras, claro, sino solo una abreviatura. ¡Dios mío si me las hubieran descubierto!

Por un momento dejo de teclear en el ordenador y buscó mi diccionario. Es un ejemplar de la última edición de la Real Academia Española de la Lengua. Ya no me acuerdo muy bien de lo que ponía en aquel viejo diccionario de mi tío y las cosas, estas cosas, no habrán cambiado mucho, ¡digo yo!

Lo que recuerdo muy bien era en qué palabras estaban mis inquietudes por entonces.

La primera palabra empezaba por j, claro.

Pero como siempre en estos casos, cuando buscabas en el diccionario, te quedabas con más dudas que traías:

"Practicar el coito", decía. Aunque también: "Molestar, fastidiar". Me fui corriendo a mirar "coito", claro.

Coito: "Practicar la cópula sexual".

Me quedé frustrado. Estaba mucho peor que al principio. Así que me fui, un poco cabreado ya, a buscar rápidamente "cópula".

Cópula: "Atadura, ligamento de algo con otra cosa. Acción de copular".

Yo estaba desesperado. Pero los diccionarios, ¿realmente servían para algo?

Me fui a mirar "copular", claro.

Mi tío se acercó mientras me preguntaba:

–Qué tal Germán, ¿qué palabra estás buscando?

Me sentí un poco horrorizado. No se me ocurría ninguna. Ninguna que le pudiera decir, claro. Busqué desesperadamente alguna cercana por el diccionario y encontré una un poco más abajo.

Coquina: molusco acéfalo. Abunda en las costas gaditanas y su carne es comestible.

Lo de molusco sí me sonaba, pero no lo de acéfalo ni lo de gaditano. Pero lo de carne comestible me animó.

–Estoy mirando coquina, tío.

–Pero eso no es caza, Germán. Sino pesca. Es un molusco.

–Sí, sí, tío… Es que don Zacarías nos ha dicho caza y pesca.

Y mi tío llegó a la mesa y se sentó a mi lado. Y se acabaron las consultas al diccionario. Por lo menos las consultas que a mí me interesaban. Se me habían quedado en la recámara un par de palabras que, con la que había intentado buscar, formaban la auténtica trinidad de aquello que me perturbaba. Una se refería a aquello que teníamos los chicos y que empezaba por "p" y otra a lo que tenían las chicas y que empezaba por "c". Seguro que tenían que ver todas ellas con aquello del coito y con la acción de copular. Pero el diccionario, en el poco tiempo que tuve, no me aportó ningún detalle, que era lo que yo más buscaba.

Eso sí, mi tío Ezequiel me puso al día de la caza mayor y menor que podía uno encontrar en Sacecorbo y hasta en las selvas y sabanas africanas. Y cuando terminó con la caza empezó con la pesca: a mano, con sedal, con caña, con red… Bueno, hasta que desconecté y volví a pensar para mis adentros en aquello de la acción de copular. Que es lo que debían hacer los mayores, ellos con ellas, sin parar…

Sonrío por un momento recordando cómo nos sentíamos entonces en este campo. Y, luego, cierro, parsimoniosamente, el diccionario. La verdad es que no sé por qué, con el tiempo, se me ha ido quitando la curiosidad. Ya no busco en el diccionario nada que realmente me interese, sino solo cuando me atranco en alguna palabra que, cada vez me ocurre más a menudo, lo abro. Aunque, casi nunca la encuentro, porque acabo distrayéndome con otras cosas y con otras palabras que no vienen a cuento de la que yo necesitaba. A lo mejor esto es hacerse mayor, viejo, que uno va dispersándose y desconcentrándose. Cada día un poco más.

Por eso me gusta tanto volver a aquellos años. Porque entonces todo estaba lleno de vida. Y de cosas desconocidas que te atraían, como un balcón entornado que esperaba que te acercaras

y empujaras sus portezuelas para enseñarte la belleza del paisaje que se escondía más allá…

Aunque, a veces, los paisajes que descubríamos, tratando de satisfacer nuestra curiosidad sin límites, eran crudos y realistas. Como la vida misma.

Un día estábamos jugando a la estornija en la Plazuela del Olmo. En aquel momento llevaba la voz cantante Julián, que gritaba a más no poder:

–¡Cirrio, marrio! ¡Que vaya a casa de mi tío boticario…!

Y entonces le pegaba un estacazo a la estornija, que era un palo de unos 30 centímetros de largo que descansaba sobre un poyete, enseñando al vacío uno de sus extremos. Julián le golpeaba con un palo más grande que llevaba en la mano (que era el cirrio o marrio) a la estornija en la punta y ésta saltaba por los aires. El resto de los chicos y chicas tratábamos de coger la estornija antes de que llegara a caer al suelo. Ahí las chicas tenían ventaja porque se cogían la falda con las manos y esperaban que la estornija cayera en su regazo.

La verdad es que fue un gran golpe aquel de Julián. Estábamos jugando como unos cuatro o cinco chicos y tres o cuatro chicas.

Pero entonces llegó corriendo el pequeño Agus gritando:

–¡Eh…! ¡Que en la esquina de la tía Vitorina hay dos perros chingando…!

Todo nuestro mundo infantil se detuvo al instante. Saltó por los aires como la estornija. Y ya nadie hizo caso, de la estornija quiero decir, que cayó al suelo olvidada por todos.

El propio Julián tiró el cirrio lejos de sí y exclamó:

–¡Pues vamos a verlos!

Y salimos todos corriendo.

Cuando decía todos me refería a todos los chicos. Las chicas se fueron de allí a jugar a otro sitio, cuanto más lejos mejor. No fuera que pensara alguien algo malo de ellas o que tenían algún interés en aquel tipo de cosas.

Llegamos a la esquina de la tía Vitorina casi jadeando, porque no nos queríamos perder nada de aquel espectáculo.

Estaban los pobres perros enguilados, mirando cada uno a un extremo de la calle y sin poderse destrabar. También jadeaban, como nosotros.

Ellos y nosotros nos mirábamos mientras tratábamos de recuperar el aliento.

Pero, los chicos de entonces, en cuanto no comprendíamos algo completamente o nuestra curiosidad no acababa de estar satisfecha, lo solíamos resolver tirando piedras y destrozándolo todo. Quizá ahora pasa lo mismo, porque el otro día estuve en el parque con mi mujer y estuvimos observando cómo dos niños le arrancaban a una muñeca la cabeza y luego le sacaban los ojos.

Así que el pequeño Agus, que ya los debía haber visto antes, se cansó el primero de mirar. Se agachó y dijo:

–¡Vamos a apedrearlos! ¡A ver si se desenguilan!

Y eso hicimos todos.

La verdad es que los pobres perros no se ponían de acuerdo hacia dónde huir. Uno tiraba para un sitio y el otro para el contrario y claro, no conseguían moverse en dirección alguna, mientras, aguantaban, dando quejidos, todas nuestras pedradas.

Por fin encontraron un hueco en la pared de un huerto y huyeron los pobres a trompicones. No sé si les quedarían muchas ganas de repetir, la verdad. Por mucho que se quisieran. Pero eso tenía que ser el amor. Bueno, el amor, a lo mejor no, sino solo la llamada de la carne, del sexo. Como a nosotros que, aunque todavía no la sentíamos, ya empezaba a

rondarnos la primera curiosidad de saber en qué consistía todo aquello.

Sí, nosotros éramos todavía muy pequeños para aquellas lides. Pero queríamos mirar y saber. Acercarnos más a aquel mundo que nos esperaba y al que nos veríamos abocados sin remisión cuando fuéramos algo más mayores.

Y aquel mundo, a veces, se nos ofrecía al natural, crudamente, sin protección alguna.

Un día salíamos de la escuela, como siempre a la una, para ir a comer a casa. Yo venía con Julián que vivía en la carretera, como yo. Nos habíamos rezagado un poco. Cuando llegamos a la Pontecilla, vimos la cabeza del Peliblanco por encima de las tapias de los huertos, junto a una pequeña casilla que había en uno de ellos. ¿Qué haría allí el Peliblanco?

Para saberlo, nos acercamos sigilosamente a mirar por entre las paredes de piedra y allí entrevimos que había un grupo de cinco o seis chicos de nuestra edad rodeando al Peliblanco. Así que empujamos una puerta de madera entornada que daba a la calle y nos metimos dentro.

Al principio no sabíamos qué ocurría. Los chicos estaban en semicírculo rodeando al Peliblanco que estaba de pie frente a ellos y todos guardaban un silencio absoluto.

El Peliblanco estaba rojo, quizá por el sol que le pegaba en la cara y tenía los ojos cerrados, aunque a veces los abría y lanzaba alrededor unas miradas extrañas.

Cuando por fin nos acercamos y miramos nos dimos cuenta. Delante de mí estaban Chema y el pequeño Agus, así que yo lo vi todo muy bien porque este último me tapaba muy poco.

El Peliblanco estaba ya terminando. Tuvo como un estremecimiento y luego nos miró a todos, uno por uno, sonriendo, mientras se buscaba un pañuelo en el bolsillo.

–No ha estado mal, ¿verdad, chicos?

Nosotros no sabíamos qué decir. Él se acabó de limpiar, se arregló un poco el pantalón y salió de nuevo a la carretera rompiendo nuestra fila, como si fuera un torero de los que yo veía en la tele, en olor de multitudes.

Todos los demás salimos también en silencio a la calle. Estábamos anonadados. Como si, de repente, se hubieran descorrido los visillos y nos hubiéramos encontrado un paisaje que no habíamos visto nunca.

Yo iba con Julián y ninguno de los dos nos atrevíamos a decir nada. Junto al olmo de la plazuela estaban dos chicas de nuestra edad: Dorita y Conchi, que nos dijeron cuando llegamos a su altura:

–Estábamos pensando esta tarde en jugar al pañuelo. ¿Vais a venir?

Nosotros las miramos como si fueran marcianas. No les dijimos nada y debieron vernos tan blancos y tan pálidos que tampoco insistieron.

Pero la vida continuaba. Cuando llegamos a mi casa, mi hermana Tere estaba en la puerta. Parecía muy contenta, casi eufórica.

–¡Germán, ven! ¡He recibido carta de Pili! ¡De Madrid!

Y entonces Julián y yo empezamos a pensar en otra cosa. En aquella imagen un tanto brumosa, pero también brillante y hasta fantástica, que resumía nuestras ideas y pensamientos que rodeaban a aquella mágica palabra, al nombre de aquella gran ciudad.

Hoy he leído en el periódico que más de la mitad de los anuncios que ponen diariamente en la tele tienen un contenido sexual. Que se utilizan las formas de los objetos, la música, los fragmentos del cuerpo de hombres y mujeres que se exhiben y hasta los colores, para despertar a esa fiera interna que todos llevamos dentro a la que llaman libido. Pero no directamente, porque

hay reglas y códigos legales que hay que respetar, sino de una forma subrepticia y oculta, para inclinarnos, sin que nosotros nos demos cuenta, a comprar todo aquello que nos quieren vender.

También he leído que más del 80% de las visitas y búsquedas que se realizan en internet son a páginas de contenido erótico o directamente pornográfico, que están disponibles para cualquier persona, de cualquier edad, que sepa encender un ordenador.

Hoy, con lo que está cayendo, pongo en su debido lugar al Peliblanco. Un chico primitivo e inaceptablemente exhibicionista, sin duda. Tal vez lo único que pretendía no era vender nada a nadie, sino quizá, solo, demostrar, con orgullo y directamente, eso sí, y ante una audiencia inapropiada, eso también y, por ello, absolutamente rechazable, lo que él ya era capaz de hacer con su cuerpo.

Pero nosotros a aquella edad no estábamos obsesionados con estas cosas. Nos dedicábamos a jugar, a estudiar, a ayudar a nuestros padres y a comer mucho y a crecer todo lo que podíamos. Pero, de vez en cuando, se producían fogonazos que nos alumbraban, de golpe, pequeñas parcelas de aquel mundo de adultos y que nos satisfacían un poco nuestra insaciable curiosidad, aunque siempre nos quedábamos a medias y con ganas de saber más.

Un día me fui con Emilín a su casa. Quería enseñarme una caja de juegos que le habían regalado unos primos de Madrid. Me decía que en solo una caja había cincuenta juegos. Yo no me lo podía creer.

–¡Te vas a caer de culo Germán, con mis 50 Juegos Reunidos Geyper!

Así que fuimos casi corriendo. Cuando llegamos, me dijo que tenía los juegos en su habitación. Así que subimos allí.

Era un domingo a la hora de la siesta. Sacó la caja de debajo de la cama y me enseñó la lista de juegos que contenía. ¡La verdad es que era increíble!

Él me dijo:

–¿Quieres que juguemos al Juego de la Oca?

–¡Ah, vale! –le contesté, lo íbamos a pasar bomba aquella tarde con todos aquellos juegos.

De repente, se empezaron a oír como unos jadeos extraños en la habitación de al lado. Ruidos de besos, susurros y luego movimiento de los muelles de la cama.

Yo miraba a Emilín que estaba tan tranquilo.

Como no me decía nada, al final le pregunté:

–Emilín, ¿qué pasa ahí?

Pero él me comentó con naturalidad:

–Son mis padres. Que se están queriendo, ya sabes.

Y metió el dado en el cubilete y luego lo puso boca abajo para rodarlo. Tenía mucha suerte el tío.

–¡Voy de oca a oca y tiro porque me toca! ¡Y ahora me voy de puente a puente porque me lleva la corriente! –exclamaba, ajeno a cualquier otra cosa.

En pocas jugadas me había sacado una distancia abismal.

Yo creo que yo estaba más pendiente de la habitación de al lado que de aquella meta en la que había una oca de cuello larguísimo.

En un momento dado, en la habitación contigua pareció que todo se aceleraba. Inclusive se oyeron algunos gritos o algo así. Yo nunca los había oído.

–Eh, Germán, te toca a ti. ¡Que estás medio traspuesto! –me decía Emilín mientras me daba en el codo para que lanzara el dado.

Aquello de la habitación se terminó en un pispás y, de repente, volvió el silencio absoluto.

Entonces la suerte volvió de mi lado, porque a Emilín le tocó parar en un cuadro que decía: "Volver a la casilla de salida", justo uno antes de llegar a la meta.

–¡Jo, no vale! –decía– ¡Esta me la apunto como ganada!

–¡De eso nada, Emilín, voy de oca a oca y ahora tiro porque me toca…! –gritaba yo que entonces no tenía ya ninguna otra imagen en mi mente que aquella oca de cuello larguísimo y pico inmenso que me estaba esperando unas cuantas casillas más allá.

Llegué de la casa de Emilín a la mía con dos ideas firmemente asentadas en mi cabeza: conseguir como fuera los 50 Juegos Reunidos Geyper y espiar a mis padres para ver lo que hacían. La verdad es que esto último lo tenía algo difícil porque su habitación no estaba contigua a la mía, sino a la de mi hermana Tere. Y, sobre todo, porque de noche yo tenía un sueño casi inmediato y me dormía como un tronco, incapaz de despertarme ni aunque se estuviera cayendo la casa encima.

Así que se me ocurrió una noche ponerme a pensar en la imagen de mi tío Celedonio, el día que había ido con don Marcelo a darle los Últimos Óleos. ¡Mira que había pasado ya tiempo, pero funcionó! Me quedé despierto con los ojos como platos. Pero nada, ¡allí no pasaba nada!

Cuando yo ya estaba rendido y medio entre sueños, me pareció oír acolchadamente los mismos susurros, besos y ruidos de la cama que había escuchado en la casa de Emilín. Aunque cuando me desperté no estaba seguro de si los había escuchado realmente o solo los había soñado.

Así que bajé a la cocina a tomar el desayuno. Mis padres estaban también desayunando. Mi madre cantaba por lo bajo, parecía que estaba muy contenta y se había puesto una blusa alegre, llena de flores. Mi padre estaba también de muy buen humor. ¡Eso que era lunes!

Y había también mucha complicidad y armonía entre ellos. Yo, por un momento, lo asocié a lo la noche anterior, tratando de recomponer aquel puzle de la vida de los adultos que nunca acabábamos de comprender.

Pero me cansé rápidamente de pensar en ello. No sabía lo que había pasado, ni lo iba a saber, así que para qué seguir pensando, me dije. Y tampoco me importaba mucho. Bueno, sí, pero menos que otras cosas: aquel buen humor me iba a permitir a mí plantear mi gran pregunta.

–Mamá, papá, ¿qué tengo que hacer para conseguir los 50 Juegos Reunidos Geyper? Emilín los tiene…

Sí, nosotros tratábamos de ir juntando piezas de aquí y allá, que aparecían de tiempo en tiempo, buscando adivinar, a través de ellas, el puzle, el tapiz, en el que se representaba la vida de los adultos. Sobre todo, de aquellos hechos, un tanto ocultos, que intuíamos que pasaban, pero que ni ellos nos contaban, ni nosotros nos atrevíamos a preguntarles.

Pienso ahora en ello. En aquel tiempo que nos tocó vivir. Y, luego, vuelvo al momento presente. Aquí, frente a mi ordenador, en mi despacho.

Y me descubro que vivo un poco como entonces. Voy persiguiendo mis recuerdos. O trozos de ellos. Tratando de encajar también todas las piezas. Para acabar de conformar una vida que, ahora, parece que se me escapa, que no llego a comprenderla.

Últimamente vivo con este afán. Con este impulso que me lleva a escribir y escribir. Como

si buscara algo que no acabo de encontrar, pero que me empuja y me empuja a seguir completando mi tarea. Aunque no sé por qué la empecé, ni qué fin tiene. Ni para quién escribo.

Así que, como aquel día cuando era niño, dejo de pensar en estas cosas que parece que no sé, ni voy a saberlas nunca, y sigo indagando en mi memoria. Esa memoria que alguien llamó una vez fuente de dolor, pero que para mí solo es una fuente de vida. Aquella que una vez tuve y no me gustaría perder.

Había escuchado ya la banda sonora de aquello que llamaban, los más finos, hacer el amor. Y, a los pocas semanas, tuve las escenas reales de lo que consistía. Bueno, más o menos. Porque eran escenas reales, sí, pero un tanto peculiares.

Estaba yo un día en mi huerto, sacando agua del pozo y regando los pepinos y los tomates. Si algo me habían enseñado mis padres era que todo tenía un precio. Y los 50 Juegos Reunidos Geyper se pagaban con cubos de agua para regar nuestra pequeña huerta. Así que iba yo a regar tan contento como unas castañuelas. Cuando llegara San Bartolo que ya empezaría a refrescar y no sería tan necesario regar, me llegarían mis añorados Juegos.

Había, al final de la finca, un barranco que separaba el huerto de una pequeña arboleda que estaba al otro lado. De repente, mientras sacaba el caldero del pozo, vi a nuestro gato Morito por la arboleda. ¿Qué haría nuestro gato Morito allí?

Dejé el cubo y me acerqué a mirar. Tenía toda la tarde para sacar agua del pozo.

Pero Morito no estaba solo. Estaba siguiendo a una gata, que caminaba altiva delante de él.

Todo fue muy bonito. El sol entraba por entre las ramas de los chopos y llegaba al suelo, lleno de hierba verde, formando como una cortina de luces. La gata buscó un rincón pegado a un viejo tronco de un árbol medio seco y allí se tumbó de espaldas, con las manos y las patas levantadas, aparentemente en actitud defensiva.

Pero, rápidamente, me di cuenta de que todo formaba parte de un juego. Morito se lanzó a su lado y allí estuvieron jugando un buen rato. Morito se acercaba, pero ella parecía repelerlo y rodaban juntos y se empujaban y se mordían. El sol sacaba de su pelo unos brillos como yo nunca le había visto. Y sus ojos también brillaban. Con una vivacidad y una alegría que yo desconocía.

Hubo un momento en que la gata pareció quedar rendida y Morito se puso encima de ella y hasta parecía morderle en su cuello. Y entonces ocurrió…

Yo volví después a sacar agua del pozo y todavía los vi por allí, encelados, jugando con los últimos rayos de sol que penetraban por entre aquella cortina de ramas y, sobre todo, con sus cuerpos, que me parecieron más jóvenes y elásticos que nunca.

Cuando llegué a casa mi hermana Tere estaba muy contenta. Me dijo que había recibido una nueva carta de su amiga Pili desde Madrid. Cuando llegara agosto vendría con sus padres de vacaciones al pueblo. Entonces tendría información de primera mano sobre cómo era la vida de verdad en aquella ciudad tan fantástica.

Yo no me atreví a contarle nada a Tere de todo lo que me estaba pasando últimamente. No habría sabido cómo comenzar. Bueno, ni comenzar, ni terminar.

Pero tenía la sensación en mi interior de que todo estaba cambiando. En mi pueblo y también en mi cuerpo y en la cabeza de todos nosotros. Tal vez por eso cogí a Pepín en brazos, como si él representara aquel pasado que se nos iba como agua entre las manos.

–¿Y tú qué tal estás, chiquitín?

Un día, pasados bastantes meses, tal vez un año, me volví a encontrar con el Peliblanco. Iba yo solo por el Camino de Canredondo cuando de repente lo vi. Estaba sentado en la pequeña arboleda a la que llamábamos "Los Arbolitos", que estaba junto al camino. Su espalda se apoyaba sobre el tronco de un chopo y tenía una revista en las manos.

A mí, según me acercaba, me sorprendió que estuviera leyendo una revista. No era un chico de libros ni de revistas. Así que me acerqué con curiosidad. Y también con cierto temor. Que eran las dos emociones que a mí me embargaban por dentro cuando me encontraba con el Peliblanco.

Le daba el sol intermitentemente, a través de las ramas de los chopos, en la cara, que la tenía también muy roja. Como aquel día que lo había visto en el huerto de la Pontecilla exhibiéndose ante nosotros.

Levantó la cabeza y me vio aproximarme.

–¿Qué haces? –le pregunté.

Él me miró como cuando me dijo que me acercara a la ranura de la puerta de la ermita para ver la autopsia del tío Fermín.

–Ven, te va a gustar –exclamó con un brillo especial en la mirada.

Me acerqué a donde él estaba y entonces abrió la revista por la mitad.

Había una foto que ocupaba las dos páginas centrales. Era una chica tumbada sobre una cama con las sábanas revueltas. Estaba completamente desnuda, echada de espaldas y con las piernas abiertas.

A mí me subió un golpe de sangre probablemente hasta las orejas, que se me debieron poner muy rojas. Me quedé como pasmado mirando entre las piernas de la chica. Pero, luego, lo que más me impactó fueron sus ojos, que parecían mirarme directamente a los míos. Y también una leve sonrisa que ella mostraba. Tanto los ojos como la sonrisa eran una invitación a que me acercara a ella.

El Peliblanco entonces me dijo:

–Déjame tu mano.

Él me la cogió y me ayudó a que pusiera la palma entre las piernas de la chica.

–¡Qué caliente lo tiene!, ¿verdad?

Yo estaba anonadado. No sabía qué contestar.

Él me miró con aquella sonrisa de suficiencia que él tenía con nosotros, los pequeños.

–No tienes por qué preocuparte, Germán. Es ley de vida. Dentro de unos años harás lo que yo. Si no al tiempo –y luego, mirando directamente al sol para bañarse con su luz, concluyó: ¡Esto es lo mejor que hay!

Solté su mano y continué hacia Los Olmos donde había quedado con mi primo Jesulín y con el pequeño Agus para matar pájaros con el tirachinas. Cuando llegué lo primero que me soltó Jesulín fue:

–¿Te has encontrado con el Peliblanco?

–Sí –le contesté–. ¿Y tú?

Pero él me respondió con otra pregunta.

–¿Te ha enseñado su revista francesa?

Ahora fui yo el que le contesté con otra.

–¿Y a ti?

–Sí, qué buena estaba la tía esa, ¿eh? –y me guiñó un ojo.

Sí, las cosas estaban cambiando. Fue el último año que fuimos a matar pájaros con el

tirachinas.

Hoy me acuerdo del Peliblanco, como si lo estuviera viendo frente a mí. Trato de recordar cuándo me levanté esta mañana de la cama y no lo consigo. Tampoco recuerdo lo que he comido hoy, ni qué han dicho en el telediario de las 3, pero puedo verlo a él si me lo propongo, girando su cara hacia el sol, con sus quince o dieciséis años de entonces.

Cuando yo estaba en el internado de Huesca supe por última vez de él. Un día en Benidorm lo atropelló un coche. Dijeron que iba borracho. Bueno, unos dijeron que iba borracho el conductor y otros que iba borracho él. Fue otro de tantos que emigró a otras tierras. Y allí no tuvo suerte tampoco. Descanse en paz.

Capítulo 20

La importancia de los buenos maestros

Esta mañana pienso en los cambios. Porque todo cambia. Aunque tú no quieras. Yo, de repente, me veo aquí, encendiendo de nuevo mi ordenador. Un día más. Pero sé que mi vida antes no era así. Que salía a la calle y trabajaba como economista y hacía mil cosas.

Porque fui niño. Y, luego, joven. Y, después, adulto. Y, ahora, empiezo a ser ya viejo. Sí, yo antes hacía otras cosas, aunque ya las he olvidado. Ahora solo me importan aquellos primeros recuerdos. Como si la vida fuera un círculo y, cuando llegaras al final, te volvieras a encontrar con tu principio.

Y allí, en Sacecorbo, las cosas empezaron a ir mal en mi familia. Aquello que decían que las malas cosas nunca vienen solas debía ser cierto. Porque por entonces se empezó a descabalar un poco todo. Se concentró la mala suerte en nosotros y, cuando las cosas pintan mal, hay que cambiar. Siempre fue así.

Un día vino mi padre a casa muy preocupado. Una de las mulas podría estar enferma. Estaba muy tristona y parecía que tenía menos fuerza. Mi madre trató de quitarle importancia al asunto, pero mi padre decía que él conocía muy bien a sus mulas y algo pasaba.

Por aquel entonces vino por primera vez don Olegario, el maestro, a mi casa. La verdad es que a mí me apreciaba mucho don Olegario. No sé por qué, pero desde el primer momento que me vio me cogió en gran estima. Tal vez veía en mí un tipo de inteligencia que le gustaba o, tal vez, solo era que yo le recordaba al hijo que él quizá había deseado tener y no tuvo.

Don Olegario se acababa de quedar viudo hacía un año escaso, en un pueblo de Cuenca, donde tanto él como su mujer estaban de maestros. Tenía dos hijas: Rosario, que tendría unos trece o catorce años, a la que llamaban Charito, y una más pequeña, más o menos de mi edad, que se llamaba María Isabel, a la que llamaban Mabel.

Vivían en la casa del maestro, que estaba debajo de la escuela de los chicos, junto con una hermana de don Olegario, que se había ofrecido a acompañarlos y a cuidarlos en tanto don Olegario resolvía su nueva situación sentimental y decidía qué hacer con su vida, dado que así no podía estar por mucho más tiempo, con dos niñas tan pequeñas, sobre todo Mabel.

Pues don Olegario vino a decirles a mis padres que yo tenía madera de estudiante y que había que tomar medidas para que no me perdiera, como tantos otros, por las cañerías del abandono que no conducían a ningún sitio, sino al desaprovechamiento mío y de la sociedad a la que podría aportar algo en un futuro, si me formaba adecuadamente.

Así que lo que el maestro les proponía era que él mismo se encargaría de prepararme, junto con otra chica del pueblo de mi edad y su hija Mabel, para acceder los tres al Bachillerato justo un año después.

Cuando mi padre le iba a hablar de temas económicos, muy importantes para él máxime entonces que estaba tan preocupado por su mula, don Olegario se anticipó diciéndole que él mismo se encargaría también de solicitar una beca, para lo cual tendría que examinarme en Guadalajara en unos meses. Y luego me prepararía también el ingreso en el centro donde cursaría los estudios, que era un internado muy prestigioso, dependiente del Obispado que había en Sigüenza y que se llamaba El Sagrado Corazón de Jesús.

Mis padres hubieran preferido el internado de los Hermanos del Camino de Dios, en Huesca, donde mi padre tenía un tío cura, pero don Olegario insistió en que, para empezar, era mejor Sigüenza que estaba a 40 Kilómetros. Luego, ya habría tiempo.

Así que, casi sin comerlo ni beberlo, me vi abocado a marcharme en el plazo de un año de Sacecorbo, el lugar donde había nacido y del cual no me había movido nunca en mis nueve añitos de vida.

Aquel año tenía que ser especial por tanto –pensé yo para mis adentros en aquellos momentos– porque iba a ser el último. Aunque luego volviera yo por los veranos de nuevo, probablemente ya no sería lo mismo.

¡Pero no sabía yo, entonces, lo especial que llegaría a ser! ¡Especialísimo!

Me vi, de repente, agobiado por una gran responsabilidad. Tenía que conseguir aquella beca, como fuera, y luego orientar mi vida a aquello que, si bien por una parte, me gustaba mucho, por otra me iba a alejar, me temía yo, de aquel mundo campestre y aventurero donde también desplegaba yo una segunda alma zascandil y pinturera que completaba el núcleo de lo que yo creía ser.

Parecía que todo confluía y se juramentaba para cambiar de repente y que nada, de aquella paz originaria y virginal que yo había conocido, continuaría por más tiempo.

Recuerdo que mi primo Jesulín, con el que yo tenía una relación de amor y odio permanente, que siempre terminaba, eso sí, en una camaradería y amistad cada vez más sólidas, me lo dijo.

–Germán, ¡el mundo de los libros es tan aburrido! ¿Tú crees que el pequeño Agus, o Julián, o yo mismo vamos a tener cabida en él?– terminó por preguntarme un tanto apesadumbrado.

Yo no supe qué contestarle en aquel momento. Lo malo de ser pequeño era que, de repente, alguien había tomado unas decisiones por ti y todo el decorado que te rodeaba se apartaba para ser sustituido por otro, en cierto modo desconocido.

Le respondí apenas unas semanas más tarde. Cuando él me comunicó, mientras buscábamos trilobites fosilizados por el Cerro de la Fuente, que sus padres se marcharían a Barcelona antes de Navidad.

El Cerro de la Fuente hubo un tiempo que estuvo bajo el mar. De ahí que por su ladera hubiera un montón de trilobites, aunque lógicamente ya fosilizados. Ahora ya no estaba bajo el mar, sino a 1200 metros de altura nada menos y era tierra de montaña. Lo que habían cambiado las cosas. Lo que le iban a cambiar también a Jesulín en unas semanas –pensé– cuando apareciera por Barcelona.

–¿A Barcelona? ¿Tú sabes dónde está eso, Jesulín? Si allí hasta hablan raro… ¡Mira que lo de mis libros hasta me parece algo sin importancia! ¡Te voy a echar de menos! ¡Que lo sepas! –le dije, anticipando ya la gran pena que sentiría con su marcha.

Él adelantó la barbilla, como hacía siempre cuando se enfrentaba a un nuevo reto.

–Ya lo sé, Germán. ¡Y yo a ti! ¿Tú crees que me han preguntado? –me dijo, mirando la perspectiva del pueblo que se recortaba en el cielo desde allí, como si se estuviera despidiendo ya de ella– ¡Pero esto es lo que hay! Ya sabes, ¡aguanta y tente tieso! ¿No te digo?

Luego volvimos a casa con nuestros fósiles en el bolsillo. Fue el último gran paseo que dimos juntos.

Los padres de Jesulín se fueron de guardeses de unos tíos muy ricos, que tenían una finca enorme, pero no en Barcelona, sino en el Ampurdán. Lo que pasaba es que a él se lo habían

simplificado como Barcelona.

La primera vez que volvimos a vernos fue seis años más tarde. Luego acabó viniendo a vivir a Madrid pasados muchos años.

No sabría decir por qué, pero cuando veo a mi primo Jesulín que, últimamente, viene a visitarme muy a menudo, yo creo que más frecuentemente que nunca (a veces me pregunto por qué de repente tanto) es como si el tiempo no hubiera pasado. Nos sentamos uno al lado del otro y nos tomamos un par de vinos, o los que caigan, que siempre son bastantes más que dos.

Hablamos de los tiempos de antes y de todos los recuerdos que nos anudan a nosotros y a nuestras almas. O a lo que queda de ellas.

Hoy, cuando se ha despedido, me ha mirado fijamente y me ha dicho lo mismo que él se dijo a sí mismo y también a mí, cuando nos despedimos también en aquel último paseo que dimos por el Cerro de la Fuente.

–Germán, ¡aguanta y tente tieso! Que esto es lo que hay, ¿no te digo?

Luego, se ha dado la vuelta, un poco emocionado, no sabría decir por qué.

Y, antes de cerrar la puerta de mi casa para marcharse a la suya, le he oído decir:

–Germán, volveré mañana. Y siempre que pueda.

Sí, últimamente viene mucho a verme mi primo Jesulín. A mí siempre me alegra verlo. Aunque yo no lo miro como es ahora, gordo y calvo, sino como era entonces.

Que es una forma de verme también a mí mismo y encontrarnos los dos de nuevo en aquel mundo que fue nuestro y hoy, yo al menos, no sé de quién es.

Capítulo 21

Lágrimas y buitres en el Cerro de la Fuente

La mula enferma de mi padre empeoró rápidamente. Don Facundo, el veterinario, la estuvo tratando, pero, tras unas tres o cuatro semanas, tiró la toalla. No había nada que hacer. Y allí, en la cuadra, no se podía quedar, porque luego habría que sacar el cadáver y sería más complicado y también más penoso.

Yo no lo entendía. No podía aceptar que la dejáramos en el campo, para que se muriera allí sola.

Pero la vida la regían los mayores. Y a los pequeños no nos quedaba más que frustración y una tristeza recóndita y rebelde que te iba embalsando por dentro.

Yo la veía desde el ventanal de la escuela, ya medio moribunda, dando vueltas sin sentido por el Cerro de la Fuente, mientras los buitres la sobrevolaban esperando su momento. Los buitres anidaban en los grandes peñascos que bordeaban el Tajo en el impresionante paisaje del Hundido de Armallones que estaría como a seis u ocho kilómetros de allí, donde yo no había estado nunca. Pero lo sabía porque me lo había dicho mi padre y porque la silueta de los riscos, en días muy claros, se percibía en la lejanía de la bruma de la distancia.

¿Cómo podía haber seres tan despreciables como los buitres, que estaban esperando aposentados en las atalayas de aquellos riscos, con el único objetivo de divisar animales sufrientes y acosarlos luego, desde lo alto, hasta que conseguían derrumbarlos?

Yo vi por el ventanal cómo mi mula, que todavía no era una mula vieja y que se llamaba "Navarra", se hincó de rodillas con sus dos patas delanteras y luego se tumbó de lado mirando al sol que ya empezaba a caer.

Y esa fue la señal para que todos aquellos pajarracos descendieran y se posaran en el suelo solo a unos metros de ella.

Serían como las cuatro de la tarde. Todavía faltaba una hora para que terminara la escuela. Y la mula "Navarra" no iba a aguantar hasta entonces. Iba a morir sin la presencia a su lado de alguien que la quisiera.

Me levanté y me dirigí a la mesa de don Olegario.

–Don Olegario, es que quería bajar a hacer aguas.

–Bien, bien, Germán… –me dijo.

Cuando me giraba, oí de nuevo la voz del maestro.

–¿Menores o mayores?

–Menores, bueno también mayores –rectifiqué a continuación, buscando más tiempo.

–Bien, bien… –repitió el maestro.

Salí casi corriendo. Las "aguas" normalmente las hacíamos en la parte de atrás de la escuela, en una zona del patio recóndita que allí había. La escuela tenía también un váter que daba a un pozo negro, pero, salvo el maestro, nadie de nosotros lo utilizaba.

Salí a toda pastilla al patio y desde allí cogí el Camino de la Fuente. Allí estaba la mujer del tío Castañas que me preguntó si me pasaba algo. Yo ni la contesté.

Arremetí contra el camino que llevaba a la cima del Cerro de la Fuente. Era una pendiente empinada y dura. Desde allí abajo ya no podía divisar nada de lo que estaba pasando en la planicie que dominaba la cima.

Llegué arriba con la lengua fuera. Cuando me giré en la última curva para ver a nuestra

mula, casi me fui al suelo de golpe. Sufrí un mareo profundo y repentino que hizo que me apoyara en la pared que cerraba un corral de la casilla de guardar ganado que allí había.

Estaban sobre nuestra mula treinta o cuarenta buitres que arrancaban de su cuerpo trozos de carne sangrante. Comían tanto y tan de prisa que le habían vaciado ya parte de su cuerpo y se paseaban por su interior, devorando todo lo que encontraban. La cabeza ya no tenía ojos, ni boca, ni orejas. Era un espectáculo dantesco y silencioso, solo roto por el ruido de los desgarros de carne y por algunos graznidos de aquellos animales cuando se disputaban alguna víscera entre ellos.

Me agaché al suelo y cogí una piedra. Pero tenía tan pocas fuerzas que me quedé corto al lanzarla. No obstante, alguno de ellos me vio, pero ni siquiera dejó de comer. Sabían que yo no suponía peligro alguno para ellos.

Así que me quedé allí, medio escondido en aquella pared, hasta que la devoraron casi entera. Yo no hacía más que llorar, hasta que hubo un momento, pasado un rato, que algo se me solidificó por dentro, como si me hiciera mayor de repente, después de haber sorbido los tragos amargos que a veces supone ir ascendiendo por la escalera de la vida.

Salí del resguardo de la pared y me dirigí hacia ellos.

–¡Basta ya, alimañas! –les grité con determinación.

Entonces ellos se detuvieron, la verdad es que ya les quedaba poco que comer. Algunos revolotearon y se alejaron unos pasos de los restos de "Navarra". Pero ninguno huyó. Yo seguí acercándome más.

Entonces oí una voz detrás de mí.

–¡Germán, Germán…!

Me volví un momento.

Era el maestro don Olegario.

Llegó resoplando donde yo estaba y me abrazó.

Entonces yo me derrumbé de nuevo, mientras susurraba una y otra vez.

–¿Por qué? ¿Por qué?

Don Olegario me dijo:

–Germán, a veces duele hacerse mayor. Y comprender, de golpe, que tendremos que asumir muchas pérdidas en nuestra vida.

Habían venido también, detrás del maestro, muchos niños al acabar la clase.

Yo bajé con don Olegario, pero otros se quedaron arriba. Era un espectáculo para ellos.

Oí la voz de mi primo Jesulín, que se iba a Cataluña en tres semanas.

–¡Vamos a apedrearlos! ¡A ver si se van a ir de rositas! ¿No te digo?

En casa el ambiente era de tristeza. Una mula era una pérdida muy importante. Además, el padre de mi madre, el abuelo Hermenegildo, también se puso enfermo, no de morirse, pero sí de tener muchas molestias y dolores en los huesos con una artrosis galopante que hacía que sus dos hijas, mi madre y mi tía Teresa, tuvieran que ir todos los días a cuidarlo y hacerle lo más básico de la casa.

Yo, a la semana siguiente, empecé a prepararme el ingreso en el Bachillerato, que consistía básicamente en que, al final de la jornada escolar, nos quedábamos con don Olegario los tres niños candidatos: Petrita, que era una niña muy lista de mi edad, Mabel, la hija del maestro y yo y, durante un par de horas, tres días a la semana, completábamos nuestra preparación en aspectos concretos que don Olegario veía que necesitábamos.

El primer día cuando nos reunimos los tres, me presenté a Mabel, dado que nunca había

hablado con ella.

–Hola, soy Germán –le dije.

–Ah, tú eres el chico que llora por los buitres…, ¿no?

Pero no me lo dijo con mofa, sino con cariño, con interés en saber más de mí. Así que me animé.

–Bueno, también hago otras cosas.

–¿Ah sí? ¿Cómo qué?

Entonces vimos que se acercaba don Olegario. Ella bajó la voz y me dijo.

–Bueno, yo soy Mabel. O Isa, como prefieras…

Mabel tendría mucha importancia para mí en aquel último año que estaría en Sacecorbo.

Capítulo 22

Las desgracias nunca vienen solas

Decían por entonces, que las desgracias nunca venían solas. Y debía ser verdad.

Mi padre ya estaba haciendo planes para adquirir una nueva mula. Inclusive había ido a Maranchón, donde estaban los más afamados muleros del contorno y había visto una candidata, que hasta había ya apalabrado. Tenía que esperar a cobrar el trigo que tardaría solo unas semanas. Hasta entonces, le prestaban una a ratos sus hermanos para que hiciera pareja con la que nos quedaba: la mula "Castaña".

Pero antes ocurrió otro suceso que fue la puntilla a la delicada situación financiera de mi familia.

Fue más o menos así.

Mi padre venía de Valdecarmona, un paraje húmedo y recóndito que criaba buenas patatas, inclusive sin regarlas.

Y allí había ido con el carro. A sacar aquellas patatas y luego traerlas al pueblo. Servirían para el consumo doméstico, también para cocerlas y darlas a los dos cerdos que criábamos e, inclusive, para venderlas, una vez haber reservado las suficientes para la simiente del año próximo.

Había sido una dura jornada de trabajo con el azadón. Golpe a golpe. Y, luego, recoger las patatas una a una, meterlas en sacos, subir éstos a la mula Castaña, llevarlos donde estaba el carro, dado que no se podía acceder hasta allí en él, cargarlos de nuevo y traerlos hasta el pueblo.

Allí se trabajaba duro. Yo podría haberle ayudado, sobre todo a recoger las patatas del suelo, pero mi padre, desde que vino don Olegario a casa, me había ido rebajando de cualquier otra cosa. Para él lo que yo hacía era lo más importante. Y quería que llegara donde yo tuviera que llegar. A él también le gustaban los libros y tocar la guitarra y el laúd. Pero llegó un momento en su vida que, como otros, tuvo que concentrarse y enfocarse en lo importante. Y, sobre todo, en lo posible. Que, en la postguerra, era bastante poco.

A mí me enseñó pronto a leer. Y a saber contar y escribir filas interminables de números. Trillones. Y trillones de trillones. Y vio que me gustaba. Y se me daba bien. Tal vez por eso, y por don Olegario, luego me hice yo economista. Y, también, paralelamente, escritor.

Cada vez más escritor. Que ahora, aunque no estoy muy seguro de ello, yo creo que es lo único que soy. Así que, en vez de escribir filas interminables de números, le doy con aplicación a las teclas del ordenador, que conforman en la pantalla también una fila, no de números, sino de signos que son como hormigas y que, luego, cada cual leerá e interpretará a su gusto. Porque los números siempre dicen lo mismo. No fallan, ni le dejan dudas a nadie. Pero las letras son otra cosa. A mí ya me lo dijo mi tío Ezequiel. Y me enseñó un poco el arte de esconderlas unas detrás de las otras (su significado, quiero decir) para que cada cual las busque, y las encuentre, a su modo. En función de lo que cada uno quiera buscar, y encontrar, en ellas, claro.

Lo más agradable del día para mi padre había sido el rato de la comida, que le había preparado mi madre con mimo, echándole lo que más le gustaba: unos lomos y unas costillas de cerdo, con pimientos fritos y mucho pan, que regaría, generosamente, con la bota de vino de

Oter. El cual tenía grados y consistencia y hacía que a uno le subiera la moral para seguir, luego, con las patatas.

Y también, un paquete de tabaco, pero sin liar, porque le gustaba la ceremonia de sacar el librillo del papel, echar en él el tabaco picado y prepararse un cigarrillo a su gusto, con el grosor que él quería.

Aquel día había otro vecino del pueblo trabajando en aquel paraje: el tío Santiagón, que era, como todo el mundo se puede imaginar, un hombretón fuerte, casi gordo, amante también del vino, del tabaco y del palique.

Así que quedaban cada par de horas, más o menos. Y hacían un receso mientras se liaban un cigarrillo, tumbados en la hierba, a la sombra de los chopos, con el runrún del agua de la fuente de Valdecarmona, que estaba allí cerca, y recuperaban el aliento para seguir, luego, dándole duro al azadón.

Primero se había marchado el tío Santiagón que, a pesar de ser muy fuerte, tenía ya sus años y, luego, mi padre, casi ya al ponerse el sol. Aquello de trabajar de sol a sol allí era muy frecuente. Yo diría que, más bien, diario.

Le quedaban todavía cuatro kilómetros para llegar a casa. Y luego tendría que descargar. Y guardar el carro. Y desaparejar a Castaña. Y recontar sus ahorros y lo que le debían para hacer frente a la compra de la próxima mula.

Ya se le había hecho de noche cuando llegó a la carretera que iba a Canales y también a Ocentejo. Seguramente iba pensando en estas cosas cuando llegó al Picozo y vio el pueblo de Sacecorbo, y sus luces, a sus pies. Al fondo de aquella cuesta abajo llena de curvas que iba desde el Picozo hasta la Pontecilla.

La mula "Castaña" también respiró, ¡al fin!, cuando observó aquella cuesta abajo que le supondría no tener que hacer casi ningún esfuerzo adicional hasta llegar a casa.

Quizás ahora la mula "Castaña" se sentía más importante, porque su compañera "Navarra" más mayor y experta, ya no estaba con ella. O, tal vez, se sentía más preocupada y asustada. Quién sabía lo que pasaba por su cabeza. Era una mula joven y asustadiza y, por ello, mi padre la llevaba siempre con anteojeras, para que no pudiera mirar por los lados y descentrarse.

Empezaron a bajar la cuesta, a mano izquierda estaban las laderas empinadas del Picozo y a mano derecha el desfiladero, cortado casi a pico, que daba sobre el valle que llamábamos El Val, por cuyo centro corría un barranco en dirección a Canales del Ducado, atravesando el paraje de El Santo, desde donde se divisaba ya muy nítidamente el otero del citado pueblo de Canales del Ducado.

Por este valle nos habíamos escapado siendo muy niños unos cuantos amigos que vivíamos en la carretera, siendo tan pequeños que todavía no íbamos ni siquiera a la escuela. Y digo escapado, porque eso es lo que pretendíamos. Fugarnos a Canales del Ducado, quizá con la esperanza difusa de romper las riendas que nos maniataban en Sacecorbo: las ataduras de los padres, de los hermanos, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, de los horarios, de la higiene, etcétera y empezar allí una nueva vida.

Ahora, pasado ya bastante más de medio siglo, lo recuerdo como mi primer y, quizá, más entrañable viaje romántico de verdad. Lleno de inocencia y de inconsciencia. Recuerdo la ilusión que teníamos de conseguir que nadie nos encontrara, mientras nos alejábamos corriendo, sin mirar atrás.

Nos cogieron, un grupo de padres y vecinos que había salido en nuestra busca, ya en la

linde con el término municipal de Canales, pasado El Santo.

No pudo ser. Como tantas otras cosas bonitas de esta vida. Aunque mereció mucho la pena el intento. Creo yo. Por lo menos a mí me gusta ahora recordarlo, cuando ya no tengo, aparte de mi casa, ningún otro sitio a donde ir.

Sí, a mano derecha de la carretera había un desfiladero considerable. Al fondo del mismo, discurría el valle con su barranco en el centro. Y arriba, en la carretera, mi padre, a pie, tiraba del ramal de la mula "Castaña", deseando llegar pronto a casa y descansar.

De repente vio un automóvil que venía cruzando el pueblo por la carretera. No pasaban muchos al día pero, qué casualidad, le iba a tocar descruzarse con él.

Se preparó echándose a la izquierda, al abrigo de las laderas del Picozo, dejando un pasillo bastante ancho para el coche, a la otra mano.

El coche inició el ascenso de la cuesta y las luces llegaron a los ojos de "Castaña" que empezó a espantarse considerablemente. Mi padre la sujetó corto con el ramal mientras le hablaba con tranquilidad y le acariciaba la testuz. Pero "Castaña" se removía y el carro crujía con el vaivén.

Cuando el coche llegó a su altura, la mula estaba absolutamente nerviosa y mi padre se tuvo que emplear a fondo para que la situación no se le descontrolara.

El coche disminuyó la marcha y lentamente acabó descruzándose sin problema. Mi padre respiró hondo y se relajó casi tanto como la mula "Castaña" que veía que el peligro había pasado.

De repente un conejo o, tal vez, una comadreja salió de entre unos matojos de la cuneta y cruzó al otro lado de la carretera. Lo hizo cuando ya había pasado mi padre y casi la mula "Castaña", pero a ésta le rozó en sus patas traseras cuando corría entre ellas a toda velocidad.

La mula "Castaña", que debía tener todavía la adrenalina por las nubes, levantó sus patas delanteras dando saltos y tirando coces con las traseras. Con un fuerte e inesperado cabezazo había soltado de las relajadas manos de mi padre el ramal. Y, ya sin sujeción alguna, se lanzó cuesta abajo dando saltos, con el carro yendo de un lado a otro de la carretera.

En una de éstas el carro perdió adherencia con el borde del desfiladero y fue atraído por aquel espectacular vacío, arrastrando con él también a la mula "Castaña".

Todo ocurrió en un instante. Mi padre, anonadado, vio cómo caían el animal y el carro y luego iban dando varias vueltas, hasta que acabaron estrellándose contra el valle.

El carro de madera saltó en pedazos y la mula "Castaña" quedó tan malherida que apenas podía quejarse, sino solo respirar, dando unos jadeos que te llegaban al alma.

Nada se pudo hacer por ella. Y mi padre tuvo que ir a la casa del abuelo Hermenegildo a por la escopeta y matarla allí mismo, para que no sufriera más.

Familiares, amigos y vecinos vinieron a nuestra casa a mostrarnos sus condolencias, como si de un fallecimiento humano se tratara. La verdad es que yo recuerdo todo aquello como una gran desgracia.

Cuando nos quedamos solos, vi a mis padres llorar por primera vez en mi vida. De aquella manera tan terrible, quiero decir. Lloraban no solo de dolor, sino también de desesperación e infortunio. Tere estaba también destrozada y Pepín era el único que parecía ausente de todo. Jugaba con un coche en el suelo como si aquello no fuera con él. ¡Bendita inocencia!

Nos fuimos todos a dormir sin ni siquiera echar de menos la cena.

Mi madre pasó a nuestra habitación para asegurarse de que Pepín quedaba bien en su camita. Por esa parte ya no había problema: estaba dormido como un tronco.

Entonces se acercó a mi cama y me abrazó como si ella fuera todavía una niña.

–¡Germán, Germán! ¿Qué va a ser de nosotros ahora? –repetía una y otra vez.

Y yo le daba consejos. O esperanzas. No lo sé. Hacía lo que podía en aquellos momentos terribles y aciagos.

Pero cuando se serenó el dolor, hubo que empezar a hablar del futuro. Y mis padres empezaron a barajar diversas posibles soluciones, todas ellas, para mi gusto, difíciles y arriesgadas. Pero yo no tenía responsabilidad ninguna. Y, por ello, no podía tener tampoco una visión certera y ajustada a aquella terrible realidad.

Quizá porque yo conservaba en mi mente, todavía recientes, los últimos meses, de la primavera y del verano de aquel año, que habían sido formidables. ¿Por qué no podían continuar las cosas así? Y en eso era en lo que yo pensaba, soñaba: en aquellos últimos meses. En cuando las cosas nos iban bien y éramos felices.

Y así conseguía dormirme yo por las noches, entre los dulces recuerdos del pasado y unos difusos temores por si el futuro seguía castigándonos de nuevo.

Capítulo 23

Pepitas de oro, rayos y cohetes

Sí, a veces pienso que el destino juega con nosotros. Somos como la hojarasca que alfombra las calles a la que el viento lleva de un sitio a otro a capricho, a su voluntad. Y entonces nos llenamos de temores, de ese miedo tan íntimo e importante que nos produce nuestra pequeñez, nuestra fragilidad. Yo entonces, de niño, me refugiaba en mis recuerdos, de cuando mi familia era feliz antes de que la golpeara el destino. Y así, lograba sobrevivir. Con la esperanza de que, otra vez, las cosas volvieran a ser como antes.

A lo mejor, de mayor, hago exactamente lo mismo. Y por eso busco la felicidad entre mis recuerdos, al escribir este libro. Como si encontrara en ellos la fuerza para enfrentarme al capricho y, también quizá, a la dureza de mi destino. Aunque no sé muy bien qué es lo que me pasa, ni por qué me pongo a veces tan triste. Ni por qué vivo como ausente, como si no quisiera mirar de frente al futuro que me espera. ¿Por qué será?

Habíamos dejado atrás aquel año la Semana Santa. Aquella semana en la que se cubrían las imágenes de la iglesia con una sábana morada y los monaguillos dejábamos de usar la campanilla, para usar una carraca de madera. Entonces la radio solo ponía saetas y todo se llenaba de luto y austeridad: en las comidas, en las vestimentas, en el absoluto recato y recogimiento que lo envolvía todo.

Aunque los monaguillos hablábamos de otras cosas.

Mi primo Jesulín me dijo:

–Oye, Germán. Y digo yo: si don Marcelo nos va a lavar los pies esta tarde, como lo hizo

Jesús con sus apóstoles, ¿por qué mi madre lleva lavándomelos a mí todos los días desde el lunes pasado? ¡Si los tengo más limpios que nunca!, ¿para qué me los va a volver a lavar don Marcelo, no te digo?

Íbamos los dos recorriendo el vía crucis con el párroco por las calles del pueblo y, como se nos hacía tan largo, con tantas estaciones y tantas caídas del Señor, cuchicheábamos por lo bajo.

–Pues mi hermana Tere, tiene una preocupación de aúpa. El otro día se acordó de que había comulgado sin guardar las tres horas sin comer. Claro, le ofreció su amiga Pili una chuche y, a ver, ¡quién se resiste a eso! Ya verás la bronca que le va a echar don Marcelo cuando se confiese. Y, además, yo le digo, que como se muera ahora mismo va derechita al infierno con Pedro Botero, a quemarse allí eternamente, porque está en pecado mortal…

Y en este plan.

Sí, todo aquello había quedado atrás. Como el mal tiempo. Lo único alegre durante el duro invierno había sido el día de Jueves Lardero, con aquella excursión entrañable a la Barbarija de todos los chicos y las chicas con nuestros maestros, donde nos lo pasábamos bomba, jugando al pañuelo, al balón prisionero, a la maya, al escondite y a ver quién corría más y donde luego nos esperaba un bocadillo enorme a la sombra de los chopos.

Sí, lo bueno, desde luego, empezaba a primeros de mayo, cuando se iban a bendecir los campos en procesión. Si tocaba en el pago largo íbamos al comienzo de la carretera del Empalme, donde había una gran cruz que se elevaba mirando todas las tierras de La Vega y de la Dehesa y más allá, hasta el Alto Llano. Si tocaba en el pago corto, íbamos a otra gran cruz que había en la Pontecilla, frente al Picozo, que miraba al Val y, más allá de la Cuesta del Navajo, de la Cerrada de la Mudilla y de la Alconera, llegaba hasta la zona de regadío de la Barbarija y del Valle de los Esteruelos y, luego, alcanzaba el lejano Monseco, a La Lagunilla y al Barranco de la Hoz.

Don Marcelo blandía el hisopo y esparcía agua bendita, para conjurar y espantar cualquier peligro que pudiera producir daño en las cosechas de cereales que ya verdeaban, formando una alfombra bellísima que se perdía en el horizonte.

Era la Fiesta de la Cruz de Mayo que coronaba la plenitud de la primavera, donde todo se llenaba de margaritas, de amapolas, de tamarillas y, en las casas y en los huertos, de rosales, de palma rizada y de lirios, que embellecían también los jardines de las escuelas donde siempre las chicas acababan sacando más lustre al suyo o, quizá, fuera solo limpieza y orden, mientras que los chicos ganábamos con los rosales más grandes y los árboles más altos.

Sí, llegaba el mes de las flores y de las ofrendas a la Virgen en la iglesia. Los niños y las niñas preparábamos nuestras poesías y nuestros ramos de flores para, luego, durante el rosario, recitarlas frente a la imagen de la Virgen, junto a la cual titilaban las lámparas de aceite.

Agus me dijo un día:

–Germán, me ha tocado recitar con Petrita el próximo viernes. Pero me voy a poner malo. ¡Que lo sepas! ¡Yo no salgo ahí a hablar delante de todo el mundo! –me lo decía completamente decidido. Seguro que se ponía malo de verdad.

–¿Y por qué me lo dices a mí? –le pregunté un tanto asombrado de que me lo anunciara, precisamente a mí, que no tenía nada que ver con todo ello.

–Joer, Germán. Porque somos amigos, ¿no? –y me miró, como si yo le debiera algo por ser su amigo.

–Sí, somos amigos Agus. Pero tú puedes hacerlo. ¿O crees que yo no siento vergüenza? –le dije aquella verdad que era tan grande como un pino. Yo, cuando tenía que salir a recitar, no

dormía nada la noche anterior y, luego, me dolía el estómago una barbaridad.

–Germán, yo no pienso salir. Que, además, luego me trabuco y todo el mundo se parte el culo conmigo. De verdad que no. Y te lo digo solo por si no quieres dejar sola a Petrita, porque yo fijo que me pongo malo. ¡Que lo sepas!

La verdad es que Petrita era una niña bondadosa y generosa. Llegaría allí con su ramo de lirios con palma rizada y hierbabuena y se quedaría delante de la Virgen como una novia abandonada en la puerta de la iglesia.

Lo que tenía que recitar Agus no era nada. Yo tenía pendiente la semana siguiente una poesía de ciento cincuenta versos a compartir con mi hermana Tere. Pensé que, a lo mejor, me venía bien como ensayo de lo que me esperaba. Pero se lo vendí caro a Agus. ¡A ver si se iba a ir de rositas, el tío!

–Bueno, tú te pones malo. Yo aparezco junto a Petrita. ¿Pero yo qué gano con todo esto Agus? –le dije secamente.

–Te prometo que en mi cama solo haré que rezar a la Virgen por ti, ¿qué más quieres?

La verdad es que no tenía un pelo de tonto el pequeño Agus.

–Bueno y de paso me dejas durante una semana, ¡una semana, no menos!, tu trompo con la cuerda que lo acompaña. ¡A ver si aprendo por fin a bailarlo! –di a mi voz un aire de firmeza absoluta.

–Está bien, Germán. Pero te ofrezco algo mejor: me quedo una tarde contigo, lo que haga falta, hasta que aprendas a tirar el trompo –me dijo como ofreciendo su perla más valiosa.

Y así fue como aprendí a lanzar la peonza para que durara bailando una eternidad.

Aunque seguro que, con aquello conseguido, la Virgen ya no tenía nada que agradecerme. ¡Menudo era yo! Pero, al menos, no se puso en mi contra, y mi hermana y yo recitamos, muy compenetrados y con gran éxito, sin que nosotros supiéramos entonces que sería por última vez, aquella poesía tan bonita, y tan larga, que empezaba así: "Bendita sea tu pureza, / y eternamente lo sea, / pues todo un Dios se recrea, / en tan graciosa belleza…".

Recuerdo que también aquel año don Marcelo inauguró con nosotros, los niños, un método un tanto peculiar para hacernos mejores. Nos regaló un kilo de trigo y nos pidió que por cada obra buena que hiciéramos deberíamos depositar un grano en un cubilete.

Al principio no nos dijo con qué fin. Así es que se estableció una especia de competición entre nosotros a ver quién ofrecía un cubilete con más granos de trigo en él. Vamos, como luego, ya de mayores, harían en nuestras respectivas empresas, para fomentar nuestra productividad y alcanzar los objetivos previstos.

Fue una época casi paradisíaca, de puro celestial, quiero decir. Todo el mundo era súper educado y cedía en todo. Dejábamos nuestras pinturas sin ni siquiera que nos las pidieran y éramos amables hasta decir basta. La dulzura se contagiaba y acababa por anegarlo todo.

Nos acabó diciendo don Marcelo que aquellos granos se molerían todos juntos, sin distinción y que, una vez convertidos en harina, se convertirían en unas hostias que él consagraría y que, luego, comulgaríamos de ellas los niños que habíamos participado.

Nos lo dijo el día antes de la fecha de la comunión y nos pareció todo tan bonito que fuimos todos a comulgar, sin faltar ninguno, transportados como en una especia de aura que nos llevaba flotando hasta allí. Yo, de hecho, recuerdo este momento como uno de los más bellos de mi vida.

Tuvo aquello tanto éxito que don Marcelo quiso repetirlo. Pero ya nada fue igual. Al final Angelín lo resumió muy bien:

–¡Pero si después mi cubilete se mezcla con el de Agus, que está casi vacío! Y todos

comulgamos al final lo mismo. ¡Tampoco yo me voy a estar esforzando, para que otros ni la hinquen! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Y aquello fue decayendo, hasta que desapareció. Pero yo nunca olvidaré aquel momento de comunión conjunta de esfuerzos, de sentimiento de fraternidad, de formar todos parte de un mundo en armonía.

Y, tal vez, yo comprendí entonces, que todas las cosas más valiosas de este mundo serían en el futuro como las pepitas de oro: bellas, brillantes y, sobre todo, difíciles. Muy difíciles de conseguir. Pero inclusive, mucho más, de mantener.

Tuvimos el solaz de San Isidro, que era el segundo patrón del pueblo, en el que el Ayuntamiento invitaba a todos los vecinos a merendar en la Plaza, con mucho vino, sardinas en escabeche y algunos gallos que se mataban para la ocasión. Una banda de cuerda a base de guitarras y laúdes que algunos mozos tocaban con aplicación, y a base de oído exclusivamente, amenizaba un baile de jotas y pasodobles, donde hacían su agosto los mirones y mironas que abarrotaban los poyetes que bordeaban la plaza, en la que las parejas se despedían del baile, con mucha nostalgia, hasta la Fiesta de San Bartolomé.

Unos días más tarde de San Isidro salimos mi madre, mi hermana Tere y yo a coger gamones. Los gamones tenían unas hojas muy tiernas y consistentes que a los cerdos les gustaban mucho. Llenamos dos sacos grandes y Tere y yo nos estuvimos lanzando unas bolas del tamaño de canicas que criaban al final de su tronco, el cual era como una vareta de cohete. Así daba gusto trabajar: trabajar jugando. Ojalá siempre fuera así.

Dejamos los sacos al abrigo de una casilla, porque amenazaba tormenta y nos dispusimos a regresar a casa a toda prisa.

La verdad es que el cielo cada vez estaba más negro. Y tan encapotado que una densa oscuridad nos cubría. Parecían las nueve de la noche, cuando debían ser las cinco.

Cuando íbamos por La Húmeda empezó a diluviar como yo nunca había visto. Los tres nos apretujamos al abrigo de un espino. Los relámpagos eran como incendios repentinos en el cielo y, luego, inmediatamente después, porque el centro de la tormenta debía estar muy cerca, sonaban unos truenos espeluznantes. Era como si el cielo se derrumbara de golpe igual que, luego, ya de mayor, vi que lo hacían los edificios a los que volaban poniéndoles en sus cimientos unas buenas cargas de dinamita.

El agua empezó a correr a nuestro alrededor como procedente de una inundación y en un rato nos llegaba hasta la rodilla. Los truenos seguían sonando allí mismo, junto a nosotros, y eran como auténticos cataclismos. Mi madre nos abrazaba a los dos mientras sentíamos que se acababa el mundo. Yo creo que si hubiera estado solo me habría muerto allí mismo de terror.

De repente, como si fuera un castigo divino, empezó a caer un pedrisco del tamaño de las bolas de los gamones. Mi madre se quitó un jersey gordo que llevaba y nos cubrimos con él nuestras cabezas, que escondíamos entre las ramas del espino, aunque sufriéramos los alfilerazos de sus pinchos.

Aguantamos como pudimos el temporal, nunca mejor dicho, abrazados los tres, calados hasta los huesos, apedreados y aterrorizados como hormigas indefensas hasta que, de repente, tal y como había empezado escampó.

El sol salió de repente y un arco iris precioso se dibujó por el otero de Canales. Contemplamos los restos del naufragio: los caminos habían sido borrados y convertidos en

arroyos de aguas turbias y rojas. Los campos de cereal se mostraban anegados y éste destrozado por el pedrisco.

El único consuelo era que un par de kilómetros, o tres, más allá estaba todo seco, sin daño alguno. Había sido una tormenta terrible, pero de radio corto.

Así que llegamos al pueblo felices y, hasta agradecidos, aunque mi madre no pudo dejar de exclamar al llegar a la Cruz de Mayo, desde la cual don Marcelo bendecía los campos.

–Me parece que don Marcelo se quedó algo corto con su agua bendita. ¡Pero, claro, podía haber sido peor!

La gente de entonces era sufrida a más no poder. Y allí no había seguro ni libro de reclamaciones, claro. Sino apechugar y seguir remando.

Cuando llegamos nos enteramos de la terrible noticia.

Al tío Lagunas lo había matado un rayo. No muy lejos de donde estábamos nosotros. Iba con su hijo Jacinto al que también dañó levemente. Pero su padre se había quedado seco en el sitio.

Aquella noche no pude dormir, preso de terribles pesadillas. Aunque no eran por el tío Lagunas con el que había tenido poco trato. Sino por mí mismo.

Me angustiaba la idea de que el rayo hubiera podido caerme a mí. ¿Y por qué no? Había estado muy cerca. Y yo no había sido bueno, ni generoso, con Agus. No me había limitado a ayudarle sin más, como amigo suyo que era, y había tratado de sacar provecho de su situación pidiéndole a cambio su trompo. Aunque eso era solo una parte de mi sentimiento de culpa.

Había otra hecho. Y mucho más importante. Por eso yo no podía dormirme. Si me hubiera caído a mí el rayo hubiera ido derechito al infierno. Y con razón, me decía yo, con la mente febril de varias horas sin dormir o durmiendo a saltos y a trompicones.

Yo le había robado a mi madre cincuenta céntimos hacía unos días. Ella guardaba algunas monedas en el almirez del basar de la cocina. Me apetecía ir a jugar al tango y no tenía dinero. Así que lo cogí del almirez. Y encima perdí aquellos dos reales. Por ello no se los había podido restituir. Y quién sabía cuándo podría hacerlo.

Me sentía terriblemente mal. Notaba que la vida, a veces, jugaba fuerte y sin segundas oportunidades. Como le había pasado al tío Lagunas, que ya no podría enseñarle nunca nada a su hijo Jacinto, ni tan siquiera hablar con él sobre lo que les había pasado a ambos con aquel rayo asesino.

Yo, que siempre me había sentido a salvo de aquellas cosas terribles que, al parecer, siempre les pasaban a otros, por primera vez me di cuenta de que era uno más. Y no de los mejores.

Al día siguiente fui a buscar a mi primo Jesulín.

–Jesulín, ¡préstame cincuenta céntimos! ¡Ya te los devolveré!

Pero mi primo Jesulín no debía tener tampoco buen día. Me di cuenta cuando levantó la barbilla y me miró mosqueado.

–¿Y para qué los quieres? –me soltó así, sin rodeos.

–Jesulín, de verdad, no es asunto tuyo. ¡Te juro que te los devuelvo en cuanto pueda! –le di a mí voz toda la credibilidad que pude

–¿Cómo que no es asunto mío? ¿Y entonces por qué me los pides a mí, no te digo?

Estaba claro que mi primo Jesulín estaba en plan borde. Pero, ¿qué otras alternativas tenía yo en aquellos momentos? Ninguna, me respondí en un segundo. Así que no me quedaba más remedio que insistir.

–Bueno, dime qué otras cosas quieres a cambio, hasta que pueda devolvértelo –le concedí

ya como último recurso.

–No es eso Germán. No es eso. Lo que no quiero es que te los juegues por ahí y los pierdas como el otro día.

Me quedé muy sorprendido. Del buen corazón de mi primo, quiero decir.

Entonces le expliqué todo. La verdad es que me dio una vergüenza horrible.

Jesulín, después de escucharme, me echó una mano por el hombro, se metió la otra en el bolsillo y me alargó una moneda de dos reales.

–Para esto están los amigos, ¿no?

–Nunca lo olvidaré, Jesulín, te lo prometo.

Fui corriendo a casa y le repuse a mi madre su dinero en el almirez.

Aquella noche dormí como un bendito. No solo porque había devuelto el importe de mi robo, sino porque mi primo me había dado una lección. La vida podía tener sus contratiempos, incluso sus desgracias, como la causada por aquel terrible rayo. Pero estaba en nuestra mano apoyarnos unos a otros en lo que pudiéramos, ofrecernos consuelo, ayudarnos a salir de los atolladeros en que la vida, o nosotros mismos, nos metíamos. Nunca lo olvidaría.

Sí, hoy pienso que al final de la vida, cuando la recuerdas, compruebas que solo merecen la pena gestos como el de mi primo Jesulín, o como el de tantos otros, que siembran en el camino luces brillantes que, de noche, nos alumbran el sendero. Si no fuera por esas luces, cuando miras hacia atrás el camino recorrido, solo quedaría una oscuridad muy grande…

En los pueblos de entonces, pequeñas comunidades con sus miembros absolutamente entrelazados, había una solidaridad entrañable: cuando había fuego, o tormentas, o cuando a alguien le sacudían duro las desgracias, siempre estaba todo el pueblo a su lado. Hoy paseo por las aceras de Madrid y dudo de que si de repente cayera fulminado al suelo, hubiera alguien que ni siquiera se acercara a ver qué pasaba. Como mucho llamaría al Samur, si es que no tuviera mucha prisa…

Entonces los niños ayudábamos a nuestros padres en todo lo que podíamos. Durante la siega yo regaba por la mañana en el huerto, luego echaba de comer a las gallinas y mi hermana Tere hacía la casa y la comida. Cuando la terminaba, la metía en una cesta y yo cargaba en unas alforjas una botella de vino en uno de sus lados, envuelta en un paño húmedo para que no se calentara demasiado y, para hacer contrapeso, en el otro lado, unos tomates y unas ciruelas que nos servirían de postre.

Salíamos juntos de casa a eso de la una, bajo un sol abrasador y teníamos que ir hasta donde estaban nuestros padres segando, habitualmente más de una hora andando por aquellos caminos polvorientos.

Aquel año a mi hermana le habían regalado un reloj de pulsera, se veía que aquello de hacerse mujer también tenía sus ventajas, y me decía:

–Germán, cinco minutos hasta ese enebro.

Miraba su reloj e iba cronometrando lo que tardábamos.

–Y ahora, solo diez hasta el empalme, ¿estamos?

A mí aquel control me sacaba de quicio. No porque no fuera bueno, sino porque el reloj no lo tenía yo, claro.

Llegábamos y comíamos los cuatro a la sombra de algún árbol, contemplando aquel horizonte sin límites abrasado por el sol.

Luego, Tere y yo, nos animábamos a segar algún rato con ellos. Así recuperaba yo mis

cincuenta céntimos para pagarle a Jesulín. Pero a las cuatro y media, mi hermana exclamaba.

–Germán, ¡vámonos! Que tenemos que llegar a oír "La intrusa".

Y volvíamos los dos a golpe de pito, digo de reloj, casi corriendo, para no perdernos aquel culebrón en la radio que tenía aquel nombre tan dramático y que iba por el capítulo novecientos y pico. A las cinco y media el pueblo se paralizaba haciendo corro junto a los aparatos de radio.

Yo, la verdad, es que nunca atinaba con nada. Le decía a mi hermana:

–Yo creo que Pedro Pablo Ayuso está enamorado de Julia…

–No tienes ni idea Germán, ya verás cómo acaba con "la intrusa", además hace el papel Matilde Conesa. Estos siempre acaban casándose.

Y en este plan.

Yo terminaba frustrado en aquel mundo de mujeres sabiondas, y acababa yéndome a jugar con mis amigos a las cartas, mientras el género femenino seguía deliberando cuando terminaba el capítulo. Eso, si no me mandaba mi hermana a la tienda a comprar algo.

–Germán, vete a la tienda de la tía Crescencia y que te de un litro de aceite. Llévale esta media docena de huevos y si no hay bastante, pues que lo apunte.

La verdad es que en aquella economía tan cerrada y autárquica circulaba muy poco el dinero. Se empleaba mucho menos que el trueque, dónde iba a parar. Porque, salvo cuatro artículos, cada uno se producía lo suyo para comer y lo que sobraba se lo cambiaba a otro vecino por otra cosa.

También acarreábamos yendo y viniendo tirando del ramal de las mulas cargadas de haces. Las chicas parecían momias egipcias por los caminos, con la cara tapada con pañuelos blancos que solo dejaban mostrar los ojos, mientras que los brazos iban cubiertos por aquellas mangas postizas que se sujetaban con una goma y que podían quitarse, llamadas "manguitos". La verdad es que las chicas odiaban que les diera el sol y pudieran parecer morenas. Entonces se llevaba lo blanquito, como todavía hoy gusta en Japón.

Más o menos por aquella época, lo que son las cosas, empezó a enamorar el turismo de sol y playa, del que España rápidamente se convirtió en un adalid y que consistía básicamente en ponerse más negros que el tito, exponiéndose durante horas al astro rey, tumbados en la arena y dándose potingues sin parar para no quemarse.

En resumen, en los pueblos las chicas no querían parecer de pueblo mostrándose tostadas por el sol y en la ciudad querían achicharrarse para demostrar que podían salir de vacaciones. Esto de las modas siempre ha debido estar muy ligado a las apariencias, las apariencias que convienen, claro, y de las que siempre hay alguien que saca partido. Eso no lo duden.

Y, luego, llegaba la fiesta del patrón del pueblo, San Bartolomé, donde los chicos comprábamos mixtos, hechos de fósforo, que lucían y chisporroteaban un montón y con los que también nos frotábamos la cara y las manos y, por la noche, eran reflectantes y jugábamos a ser fantasmas.

Tirábamos también petardos y bombas de mano y participábamos con los mayores en las guerras de cohetes lanzados a ras de tierra. La verdad es que Dios siempre estuvo de nuestra parte dado que, a pesar de algunos sustos, nunca llegó a pasar nada a nadie.

Fue muy sonado, eso sí, y no quedó sin castigo, claro, un cohete perdido que acabó llevándose el bonete de la cabeza de don Marcelo por los aires, cuando él, junto con medio pueblo, estaba viendo la final del campeonato de pelota con Esplegares. Todo el mundo

reconvino duramente al autor, pero qué carcajada echamos todos.

Yo creo que fue la única vez que pudimos reírnos del siempre respetado don Marcelo.

Capítulo 24

A emigrar toca

Sí, el pasado había sido divertido y enriquecedor. Pero ya era solamente pasado. Y el destino había dado un puñetazo en nuestra mesa, rompiendo todos los platos de los que comíamos. Así que mis padres empezaron a hablar sobre lo que íbamos a hacer en el futuro.

Por entonces ya pasaban ambos de los cuarenta. Y se les hacía muy duro empezar otra vez de cero, particularmente a mi padre, como si fueran unos recién casados. Además, tenían tres hijos a su cargo. Y mis dos hermanos y yo, cada uno de una manera diferente, también teníamos nuestras demandas de un futuro propio para nosotros.

Mis padres acordaron una alternativa a tomar, después de analizar detenidamente la situación: intentarían emigrar, como otros lo habían hecho antes, aunque con el hándicap de tener menos dinero que la mayoría e hijos más pequeños.

Así que mi padre empezó a hablar con familiares y amigos y otros emigrantes para encontrar algún trabajo, en principio aunque solo fuera para él.

Sus dos hijos mayores, es decir mi hermana Tere que no llegaba a los catorce años y yo que tenía nueve, empezaríamos a dibujar nuestros propios destinos. Tere, rápidamente, quizá influenciada por su amiga Pili, propuso que donde fuera mi padre ella iría con él. Trabajaría en lo que fuera y se formaría en la costura, ojalá llegara a ser modista con el tiempo, que era lo que más le gustaba.

Por mi parte, yo mantendría el rumbo que ya tenía marcado. Ahora bien, la obtención de la beca entonces sí que sería una condición sine qua non, para hacer el Bachillerato, primero en Sigüenza y, luego, en Huesca.

Por último, mi madre y Pepín tenían que ir, obligatoriamente, en el mismo lote, dada la edad del pequeñín que no llegaba a los 3 años. Además, las molestias en los huesos del padre de mi madre, el abuelo Hermenegildo, y seguir administrando nuestras cosas en el pueblo, hasta que se resolviera la situación de toda la familia, la enclavaban, momentáneamente, en Sacecorbo, máxime si Tere se iba con nuestro padre.

Por aquel entonces, la situación de muchas familias era como la nuestra. El modelo económico del pueblo ya no daba más de sí. Las tierras eran las que eran y la tradición de repartir como herencia cada una de ellas entre todos los hijos del anterior propietario, a su muerte, hacía que cada vez fueran más pequeñas y más improductivas.

Por otra parte, las nuevas herramientas que se iban imponiendo, y que cada año eran más frecuentes, arrumbaban los antiguos modos y maneras de explotar los campos. Ya había segadoras, trilladoras, y hasta cosechadoras que hacían todo a la vez. Y los tractores eran mucho más competitivos que las mulas y hasta, a largo plazo, más baratos en relación a su productividad.

Empezaba a estar muy claro que, con la mitad, o menos, de agricultores la cosecha total del pueblo iba a ser la misma, si no más. Y, adicionalmente, empezaba la época del desarrollismo en España y se abrían muchísimas oportunidades en las ciudades: en la construcción, en la industria del automóvil y de los electrodomésticos, en el turismo y en los servicios en general.

Y la gente que emigraba volvía por los veranos al pueblo conduciendo su coche, aunque fuera un utilitario de segunda mano, bien vestidos, con sus hijos estudiando en los colegios y con

dinero para arreglar su casa y dotarla de los servicios que antes no tenía. A lo mejor en Madrid vivían, luego, en un sexto piso, diminuto y sin ascensor, pero la cara que mostraban a sus antiguos convecinos era de progreso y de haber dado un salto adelante descomunal.

Y eso lo notaba la gente del pueblo, que seguía congelada en el tiempo de la autarquía económica de siempre.

Cada familia se animaba a dar el salto cuando podía, cuando sus circunstancias se lo aconsejaban o cuando la suerte de encontrar un destino en la ciudad aparecía delante de su puerta.

Y la adaptación familiar a la nueva situación provocaba dramas e incertidumbres personales, sentimentales, laborales y económicos sin cuento. Pero era lo que tocaba. El futuro llamaba a la puerta de aquellos pueblos tradicionales y hermosos y sus gentes empezaban a darse la vuelta en la cama por las noches, rumiando una y otra vez qué hacer: permanecer fieles y abnegados a su terruño o, bien, abrir puertas y ventanas y dejar que el tiempo nuevo les inundara con sus oportunidades, pero también, ¡ay!, con sus riesgos.

Nuestro caso era uno más. Ni más dramático ni quizá más perentorio que otros. Únicamente era que el destino había quitado de delante de mis padres cualquier excusa, cualquier dilación para enfrentarse a los tiempos nuevos que venían con una fuerza imparable.

En unas semanas hubo noticias de Madrid. Bueno, primero, hubo de Barcelona, pero aquello fue descartado rápidamente: no procedía que nuestra familia se partiera en tres trozos y, encima, que estuviéramos separados por cientos de kilómetros.

Cuando me contaron lo de Barcelona mi primo Jesulín ya se había ido. Así que lo comenté con Julián.

–Fíjate, Julián, yo que no he salido todavía de Sacecorbo, de repente me voy a ir al mar. Y a aprender catalán. ¡Toma ya!

Estábamos los dos sentados en uno de los poyetes del Cantón. Aquella plaza de detrás de la iglesia que era tan bonita como la plaza principal.

–Ojalá no te vayas Germán. Esto se empieza a quedar muy solo.

A las pocas semanas fue él quien partió para Zaragoza. Cuando me lo dijo ya trataba de tomarle cariño a su nueva tierra.

–Germán, si ya una tía mía me regaló por mi comunión esta medalla de la Pilarica. ¡Por algo sería! ¿No crees?

Sí, entonces las oportunidades salían casi todos los días. Había un bullebulle económico que producía innumerables opciones a quien tuviera ganas de trabajar. Quizá ganando poco y trabajando muchas horas. Pero eso a la gente de aquellos pueblos no le preocupaba en absoluto.

A mi padre le llegó una oportunidad desde Madrid. Quizá no era la mejor, pero sí suficiente para empezar. Además, Madrid estaba cerca y había un autobús, un coche de línea como se decía entonces, diario con la gran capital. Los famosos coches de Flora Villa. Y aunque estuviéramos separados, la distancia no sería mucha. Si bien el autobús tardaba ¡cuatro horas!, después de más de veinte paradas, para recorrer una distancia de 145 kilómetros.

Un tío de mi padre vivía en un chalet por la Colonia Iturbe, algunos de sus hijos ya se habían ido de casa y tenía una habitación disponible en el sótano para mi padre y mi hermana. Además, mi padre tendría trabajo en una tienda de alimentación de dependiente, porque el dueño había caído enfermo, también de artrosis, y su hijo que, en realidad era ya el encargado de la tienda, necesitaba ayuda. Y quién mejor que mi padre, que era de total confianza.

A mi hermana le buscaron una ocupación doble: por la mañana estaría cuidando a un niño pequeño en otro chalet vecino y, por la tarde, con lo que le pagaran, podría ir a una academia a estudiar Corte y Confección.

Eso sí, tendría que ser rápidamente.

Mis padres lo hablaron y, tras la renuncia a Barcelona, esta decisión fue relativamente fácil.

Era primeros de diciembre. Eso quería decir que no pasaríamos las Navidades juntos.

Yo, en tanto llegaba el día fatídico de la separación, le decía a mi hermana Tere.

–¡Al final, tanto desearlo, lo vas a conseguir! ¡Ma-dri-le-ña!

Ella, cuando todavía faltaban muchos días, se mostraba segura y hasta eufórica.

–Pues sí, mocoso. Me pondré guantes y sombrero ¡y zapatos de tacón!

Luego, a medida que se acercaba la fecha, se tornó en una chica sentimental y hasta desvalida.

–Germán, ¿no te olvidarás nunca de tu hermana, verdad?

O, también:

–Yo solo soy una chica que todavía no tengo ni los catorce. Esto me ha venido un poco pronto.

Yo la miraba a los ojos. Y la comprendía. A mí se me partía el alma al verla marchar. Pero, ¿qué podía hacer yo? ¿Y qué podía hacer ella? Pues los dos, probablemente, lo mismo. Es decir, nada.

El último día, con la maleta ya cerrada, la había estado ordenando con nuestra madre aquella misma tarde, me llamó a su habitación.

–Germán, quería dejarte algunas cosas. Yo no me las puedo llevar todas. Además, no sé por qué, me da la impresión de que ya se me está pasando la edad para ellas. Y a quién mejor que a mi hermano del alma, ¿verdad? –terminó quebrándosele la voz y con las lágrimas asomando a sus ojos.

Se acercó a mí con uno de sus bienes más preciados en la mano, sus queridas pinturas que no dejaba a nadie. Un pequeño montón de cosas similares esperaban para mí encima de su tocador. Pero ya estaba llorando de forma incontenible cuando me las dio.

Nos abrazamos.

–No dejaremos que nadie nos separé, me lo prometes, ¿verdad? –me dijo al oído.

Y yo se lo prometí. Ni la distancia, ni otros mundos diferentes, podrían con nuestro cariño.

Al día siguiente nos levantamos todos temprano. El coche de línea para Madrid llegaba al pueblo a las siete de la mañana. Hacía un día frío y lluvioso, típico de diciembre. Íbamos en dos grupos. Delante, mi padre y mi hermana con una maleta cada uno. Detrás, iba mi madre, con un hijo de cada mano.

El coche llegó y vino también la hora de las despedidas. Yo pensé, mientras lo hacíamos, que nunca nos habíamos despedido antes.

Ya nos lo habíamos dicho todo en la casa, así que fue una despedida de pocas palabras, una despedida casi silenciosa.

Ellos dos subieron al coche, mientras el conductor buscaba acomodo a las maletas en el portaequipajes.

Sin que apenas nos diéramos cuenta, el autobús arrancó. Ellos nos dijeron adiós por la ventanilla y desaparecieron por la cuesta de San Roque.

Nosotros tres nos volvimos a nuestra casa. Apenas habíamos andado diez pasos mi madre empezó a llorar de forma desconsolada.

Entonces recordé lo que me había dicho mi padre.

–Germán, sé fuerte. Todos los días. Que ahora eres tú el hombre de la casa.

Sí, eran momentos tristísimos cuando las familias se rompían. Allí, en el pueblo, empezaba a suceder cada vez con más frecuencia. Quizá debía ser el pago, doloroso, que había que asumir por comprar el billete de un futuro mejor.

Pero la vida, entre tanto, continuaba. Y llegó la Navidad y yo pude hacer, por fin solo, mi primer belén. Ser el arquitecto de aquel pueblecito de oriente, que era muy parecido al mío, de aquel mundo que ya no aguantaría tal como era muchos años más. Sí, y yo tuve el placer de recrearlo como si no fuera a cambiar nunca.

Mi madre, sin embargo, estaba muy triste. Menos mal que contaba con Pepín, que no tenía que ir todavía a la escuela y le daba compañía. Se lo llevaba con ella a todos los sitios, particularmente cuando iba a cuidar del abuelo Hermenegildo.

Yo estaba muy liado con el tema de la preparación al Bachillerato y llegaba tarde a casa tres días en semana. Además, me había sobrevenido un exceso de responsabilidad al ver la situación de mi familia y me había convertido en un chico aplicado en exceso. Jugaba ya menos en la calle y empecé a pedirle libros al tío Ezequiel. Particularmente novelas de aventuras y libros de viajes. De repente, al tener la certeza de que iba a abandonar el pueblo, me entraron ganas de conocer y amar el resto del mundo.

Y ya me imaginaba yo, de mayor, cruzando los mares lejanos y extraños que me acercaban, a su vez, a tierras exóticas, llenas de aventuras y de chicas tan lindas como aquella princesita rubia del cine, que había desaparecido en la pantalla en el caballo veloz de aquel indio tan fiero.

Quizá aquellos sueños míos eran tan solo una defensa de mi mente de niño para no sucumbir a la tristeza que nos embargaba.

El inverno era duro y frío. Y los días, cortos y oscuros. Mi madre luchaba por recuperar su sonrisa y su fuerza, pero no lo conseguía. Se sentía triste y desgraciada, con su familia rota y lejos.

A veces yo iba por la calle con ella y nos tropezábamos con algún vecino que iba con sus mulas a los campos. Y entonces mi madre se tapaba la cara con las manos y empezaba a llorar quedamente. Y yo no sabía qué hacer. Cómo ayudarla.

Vivíamos pendientes del correo. Cuando llegaba el cartero a nuestra casa nos poníamos muy contentos y mi madre abría la carta con excitación. Primero la leía para sí y luego nos la leía a Pepín y a mí. Aunque Pepín siempre acababa por distraerse y desaparecía jugando por el suelo con su coche. Así que, en realidad, me la leía a mí solo. Tal vez se saltaba algún párrafo que mi padre le escribía exclusivamente para ella, pero era como si los dos juntos, como una pareja cualquiera, tuviéramos que repartirnos, a medias, toda aquella carga de temores y esperanzas que era nuestra vida entonces.

Por la noche nos acostábamos muy pronto. Dormíamos los tres juntos en la cama matrimonial de mis padres. Uno a cada lado de mi madre. Pero Pepín caía inmediatamente dormido. Y entonces nos quedábamos mi madre y yo hablando de cosas intrascendentes, hasta que ella quería. A veces me cogía de la mano y me decía:

–Germán, vamos a rezar a ver si cambia nuestra suerte.

Y rezábamos los dos juntos mientras oíamos cómo la lluvia y el viento golpeaban nuestra ventana en la oscuridad de la noche.

Mi hermana Tere también nos escribía. Lo hacía en hoja aparte. Y mi madre me la daba a mí para que la leyera en voz alta y también para que me la guardara luego con mis papeles y mis cosas. A mí eso me hacía mucha ilusión. Lo de guardarme las cartas de Tere, digo. Debían ser mis querencias por la literatura que asomaban sus raíces ya por entonces.

Ella era muy formal escribiendo, empezando con aquello de "Querida madre y hermanos: espero que al recibo de la presente estéis bien, por aquí bien, gracias a Dios…". Pero luego, cuando acababa con los formalismos, salía la Tere pizpireta y sabionda que yo recordaba. "Germán, esto es alucinante, hoy he cogido por primera vez el metro, que va en un túnel enorme, no sé, de mil kilómetros o más. Es como si hubiera un mundo debajo de otro, igual de grandes… El domingo fui a la Puerta del Sol, donde empiezan todas las carreteras de España, porque esto es importante, no como el pueblucho donde te encuentras… por cierto, ¿te ha preguntado David por mí?". Y en este plan.

A veces, percibía yo, por los resquicios de las paredes del edificio, lleno de optimismo y de ilusión, que nos presentaba Tere sobre Madrid en sus cartas, cierta melancolía que se esparcía, por aquí y por allá, en algunos rincones recónditos y perdidos de sus cartas.

–"Germán, supongo que seguirás yendo por el Salón del Callejón del Horno, cuenta, cuenta…".

O también:

–"Germán, por aquí todavía no he visto nuestros chorlitos, nuestra habitación no tiene ventana, pero, aunque la tuviera yo creo que no hay, ¿recuerdas nuestros chorlitos…?

Yo leía y releía las cartas de Tere, en aquellas tardes interminables mirando el fuego, mientras mi madre hilaba el cáñamo o la lana, para hacer, luego, costales o jerséis, con aquellos husos que giraban como mis sueños de entonces.

–Mamá, ¿tú crees que, en Madrid, tendremos coche?

–No sé, Germán. Allí mucha gente lo tiene. Pero nosotros todavía no nos hemos ido, recuerda…

Y yo también les escribía a ellos. Me acordaba mucho de mi padre. Y, por supuesto, de mi hermana. A veces me salían unas cartas calenturientas y medio lunáticas, totalmente alejadas de nuestra realidad del día a día. Pero, como decía antes, tal vez era solo una forma de alejarme de aquel tiempo provisional y triste o, tal vez, es que ya se iba fraguando en mi mente el deseo de contar historias, como hago ahora.

Capítulo 25

¡Hasta que la muerte nos separe!

También iba a ayudarle a mi abuelo Hermenegildo. Recuerdo que me aficioné a cortar leña en su corral. Iba yo con un hacha pequeña, un hachuelo decíamos entonces, y me dedicaba con aplicación a trocear un montón de cuartones. El oficio de leñador requería técnica y precisión en el golpeo. A mí me gustaba mucho. Porque luego ordenabas los leños cortados y notabas cómo tu quehacer había transformado, en cierto modo, la realidad, y aquellos trozos, más pequeños, podrían arder ya en la cocina de mi abuelo.

Pero aún más que trocear cuartones me gustaba coger los tarugos de roble secos, ponerlos sobre un tronco de apoyo y abrirlos por la mitad de un golpe certero en su centro. Y luego hacer astillas más pequeñas por el mismo procedimiento. Cuando dabas un buen golpe el tarugo se abría limpiamente como un melón.

En Sacecorbo cada vecino recibía gratis una suerte de leña en un bosque de chaparros. Aquel año, con la pericia que había adquirido en el corral del abuelo Hermenegildo me fui con mi madre a ver nuestra suerte y, ya puestos, derribé con mi hacha unos cuantos chaparros. Yo me iba haciendo un hombre. O eso sentía yo a veces. Pero, ya entonces, empezaron a aparecer las sierras mecánicas. Con ellas, claro, las cosas eran coser y cantar.

Lo mismo pasaba en el pueblo con otros temas. Convivían juntas, la nueva apertura al exterior de sus gentes y costumbres y, por otra, el respeto a hondas tradiciones que todavía trataban de encerrar la inercia del pasado bajo siete llaves.

Recuerdo que Amparito se casó con un chico de Almazán que había venido a trabajar en el Almacén del Trigo el verano anterior. La verdad es que casarse por aquel entonces en Sacecorbo, tenía su miga. Era una auténtica celebración, eso sí. Con una misa de gala, donde don Marcelo se esmeraba haciendo una liturgia cantada por todo lo alto, a la que sucedía luego un banquete en la casa de la novia de chuparse los dedos.

Lo malo era cuando llegaba la noche, para los novios quiero decir. Sería una noche inolvidable, pero por otros motivos distintos a los que uno supone para la noche de bodas.

Para comenzar, como el novio de Amparito era de fuera, los mozos empezaron los festejos tirándolo al pilón. Debía ser marzo y el agua estaría fresquita. No para los mozos, desde luego, que debían llevar sus buenos litros de vino en la andorga.

Después lo llevaron a un huerto y allí lo ataron a un árbol para que se secara, mientras a su alrededor los mozos cantaban y bailaban y, sobre todo, bebían. Y, hablando de beber, al pobre le pusieron un embudo en la boca y le metieron para el cuerpo todo lo que se les ocurrió.

El mozo perdió la olla, como no podía ser menos, y ya no se acordaba ni de que se hubiera casado el hombre. Así que se pasó toda la noche de borrachera con los mozos que empezaron a apreciar que también había tíos como Dios mandaba en Soria.

–¡Coño con este Reinaldo! ¡Y parecía lelo cuando lo compramos! –decía uno.

–¡No, si la Amparito, ya prometía desde niña! ¡Menuda vivales, para pescar a un mozo como éste! –decía otro, mientras brindaba con el pobre Reinaldo que no sabía ni dónde estaba ya.

A la novia le hicieron otro tanto las chicas, si bien de forma más fina, pero que acabó de igual manera.

Los metieron a ambos por fin en su habitación, donde debieron caer los dos derrotados. Pero cuando por fin se desnudaron y se dispusieron a meterse en la cama observaron que les habían hecho la petaca, que era una forma de doblar las sábanas que te dejaba reducida la cama a la mitad y era imposible estirarse en ella. Así que supongo que se tumbarían encima a dormir la mona, con aquel extraño que sentían a su lado, a quien parecía que acababan de conocer aquella misma noche.

Pero por la mañana, apenas habían conseguido cerrar los ojos, venían los mozos con un burro o con una mula, porque empezaba el "día de los jorguines".

El jorguín era el tizne que desprendían los tizones cuando se consumían en el fuego y que también se adhería a las paredes de la cocina o a los tubos de las estufas.

Pues bien, con semejante pringue, negro como el azabache, se untaba la cara y el cuerpo de los novios. Luego, para que no parecieran unos carboneros, les daban por aquí y por allá

unas capas de colorete o pintura roja. Y, claro, quedaban los dos como unos verdaderos cromos.

Subidos de esta guisa en la mula, los recorrían por todo el pueblo para espectáculo y divertimento de la parroquia, que les tiraba de todo: agua, vino, cañamones, arroz, alguna rosa y les cantaban de todo, claro.

–¡Vivan los novios! –gritábamos los niños, mientras mirábamos al suelo a ver si alguien echaba algún caramelo o cañamón anisado.

Cuando se cansaba o se aburría la gente de una esquina de la calle se los llevaban a otra que los recibía con ganas de empezar de nuevo la fiesta.

En fin, todo el mundo sobrevivía, como constatábamos todos los niños que allí estábamos, que habíamos venido al mundo después de aquellos días tan "especiales". Los primeros de aquella etapa larguísima que empezaba entonces, a la que llamaban y llaman matrimonio y que, en aquel tiempo, sí que era, porque no había bifurcación posible, un "hasta que la muerte nos separe". ¡Hombre, si habían superado juntos todas aquellas chanzas y bromas, lo demás que venía a continuación debía ser ya todo cuesta abajo y pan chupado!

Claro que al pobre Reinaldo, que seguro que quería mucho a su Amparito, pero no tenía por qué querer de igual modo a los mozos de su pueblo, se le acabaron de hinchar las narices cuando, después de todo, éstos le exigieron el pago de lo que se denominaba "la patente".

La patente era un canon que debía pagar a los mozos del pueblo, el mozo forastero que osaba quitarles a una de sus mozas, que eran todas las chicas de Sacacorbo; vamos, todas las que estaban en edad de merecer.

Con la mencionada patente los mozos cogían la última cogorza con la que celebrarían el enlace y perdonarían, definitivamente, al usurpador de su territorio femenino.

Pues bien, por ahí no pasaba ya el bueno de Reinaldo. En su tierra no se practicaban ya semejantes y arcaicas costumbres y pensaba el hombre que ya había dado suficiente juego para solaz de aquellos brutos.

Así que pensó en levantarse al día siguiente sigilosamente con su Amparito. Coger la trillana hasta Sigüenza y, desde allí, el tren, hasta Almazán, donde se irían a vivir y aquí paz y después gloria. Seguro que tendrían que volver alguna vez a Sacecorbo, pero ya habría pasado el tiempo

–¡Y el tiempo todo lo cura! –pensaba.

Pero cuál sería su sorpresa cuando al ir a salir de su casa aquella mañana, no pudieron hacerlo. Por un momento pensaron que, tal vez, no habían sido lo suficientemente sigilosos o que alguien se había ido de la lengua.

Bueno, a grandes males, grandes remedios: saldrían por la ventana, o por la puerta trasera que daba al corral.

Pero, al poco, pudieron comprobar que no iban a poder salir de aquella casa. Por ningún sitio: todas las puertas y ventanas habían sido tapiadas durante la noche.

Además, empezaron a escuchar un montón de cencerros. Como si un enorme rebaño de ovejas rodeara aquella casa. Su Amparito le explicó a Reinaldo que se temía que les estaban dando una "cencerrada". El castigo por no querer pagar la patente. Aquellos cencerros no se irían de allí nunca. A no ser que el bueno de Reinaldo aflojara el parné.

Cuentan que Reinaldo tuvo que pagar el doble de lo habitual, pero yo nunca supe si fue cierto. Y, luego, coger pala y pico y dejarle a su suegro la casa como estaba en un principio.

Aquellos mozos de Sacecorbo, cuando se ponían, y se unían, eran de armas tomar.

Capítulo 26

El Corpus, las flores y las estrellas

Y llegó la primavera y el buen tiempo. Las margaritas poblaban los verdines y las eras y, después, los campos se llenaron de amapolas rojas. El día del Corpus Cristi había procesión. Para mí que era una de las más bonitas del año. Si no la que más.

Los mozos dejaban escapar al cielo azul, purísimo, unos cohetes que subían muy alto, hasta el infinito. Yo los había tirado una vez con mi padre que me enseñó cómo hacerlo.

–Coge el cohete así, sin apretar. Y no lo lances para arriba, que él subirá solo –me decía, mientras acercaba un cigarrillo encendido para que yo lo cogiera con la otra mano.

Luego lo acerqué a la mecha y se prendió. Por un momento me asusté y tuve la tentación de abrir mi mano, soltar el cohete y salir corriendo.

Mi padre me dijo:

–Germán, ahora aguanta un poco, cuenta hasta tres, sin apretar.

Entonces el cohete ascendió como su nombre indica, dejándome a mí aquel olor a pólvora

y misterio.

Y luego yo levanté la vista al cielo y la mantuve fija allí hasta que el cohete explotó y pude ver, entonces, dónde iba a caer la vareta, para ir a recogerla y guardarla de recuerdo.

En la procesión del Corpus, esta entraba en las casas y en los corrales de los vecinos del pueblo. De los que habían preparado algo, claro. Normalmente era un pequeño altar hecho sobre una mesa, revestida con unos manteles bordados y con alguna imagen de la Virgen sobre él, a cuyo lado se disponían unos platitos y, sobre ellos, unas lámparas de aceite encendidas sobre el líquido del mismo nombre.

También se colocaban en el altar macetas llenas de geranios en flor, ramos de lirios, centros de rosas. Porque la procesión del Corpus yo la recuerdo, sobre todo, por sus flores. Por la alegría que siempre han tenido para mí las flores, que son unas de las cosas más bonitas, más perfectas y más conmovedoras de este mundo.

Entonces estaban ya todos los rosales en flor y la gente cogía los pétalos de las rosas hasta llenar una bolsa grande. Luego se esparcían por el suelo. Hasta que se formaba una alfombra roja, rosa y blanca que llevaba a la procesión, desde la calle hasta el pequeño altar doméstico del interior.

Aquel día yo creo que me enamoré de Mabel. Aunque yo no pudiera expresarlo, ni siquiera interiorizarlo entonces, porque probablemente no sabía lo que era aquello.

Iba yo en la cabecera de la procesión, de monaguillo al lado de don Marcelo. Entramos al patio de una casa que estaba lleno de rosales, de geranios, de lirios, de palma rizada, de claveles y de hiedras. Y el suelo era una alfombra roja, hecha de pétalos, perfumada y crujiente a nuestro paso. En el cielo había un azul purísimo y un sol alto y brillante. Por lo menos así lo recuerdo yo.

De repente, la vi al lado de aquel altar lleno de flores. Con su melena al viento y un vestido amarillo que yo nunca le había visto. Entonces se levantó un golpe de viento y todos los pétalos de flores del suelo volaron por el aire como en una fiesta llena de confetis. Estaba bellísima en aquel escenario lleno de magia y color. Entonces ella me miró y me sonrió. Y yo comencé desde aquel día a adorarla.

No habíamos hablado mucho hasta entonces. Solo coincidíamos en las clases que nos daba su padre de preparación al Bachillerato y allí, en presencia de don Olegario, yo me centraba en mis estudios que era lo que más me preocupaba en aquellos momentos.

Alguna vez se me había pasado por la cabeza acercarme a ella cuando la veía en la calle o en la plaza, pero la posibilidad de ver luego nuestros nombres pintados por el frontón, por el lavadero y por el Chorlite, como había ocurrido con Consuelito, acababa por inhibirme. Además también temía que don Olegario se enfadara entonces conmigo y al final no pudiera presentarme a los exámenes de la beca.

Precisamente a los pocos días del Corpus, teníamos que ir a examinarnos a Guadalajara. Pero, cuál sería mi sorpresa, cuando llegamos a su casa Petrita y yo y nos dijo don Olegario que Mabel no tenía necesidad de examinarse para ninguna beca, así que iríamos en su coche, un viejo "seiscientos" verde, Petrita y yo, en el asiento de atrás, y en el de delante el propio don Olegario al volante y su hermana.

Yo estaba muy emocionado porque iba a ser la primera vez que iba a salir del pueblo. Esto era lo normal en niños de mi edad, salvo que hubiera mediado algún asunto de enfermedad o similar. Como era el caso de Petrita, que me dijo que había estado en Cifuentes, porque un día cuando era muy pequeña le dio un mareo y se cayó al suelo redonda y entonces don Marcelo se ofreció a llevarla hasta el médico, para que vieran lo que le pasaba. Lo cual, al final, no había

resultado en nada preocupante, según me dijo, sino solo que se había levantado muy rápido de la cama y se le había quedado sin riego por un momento la cabeza.

Una vez dentro del coche, don Olegario nos empezó a explicar de nuevo cómo iba a ser el examen y luego comenzó a preguntarnos diversas cosas que él pensaba que convenía recordar, así que no me pude concentrar en la despedida, momentánea eso sí, de Sacecorbo. Ni tan siquiera en mirar ni una sola vez por la ventanilla para ver cómo el pueblo se iba alejando de nosotros y aquel mundo, tan querido por mí, se hacía cada vez más y más pequeño, hasta que desaparecía en la distancia.

La verdad es que el examen no me salió mal. Ni a Petrita tampoco. Yo creo que los dos éramos muy buenos estudiantes. Y, además, muy trabajadores.

Cuando terminamos, don Olegario nos llevó a dar una vuelta por Guadalajara. Estuvimos en la Concordia que resultó ser un parque muy bonito y que, aunque no era muy grande, comparado con el Parque del Retiro de Madrid, en cierto modo era parecido según nos explicaba don Olegario. A mí todo aquello me interesaba mucho y acrecentaba mis deseos de conocer mundo, muy estimulado también por los libros de aventuras, de Julio Verne y de Salgari y, también, por un bellísimo tomo de geografía que me dejaba mi tío Ezequiel.

Luego nos fuimos a ver el Palacio del Infantado que, aunque no era un Palacio de Reyes, sí había sido de Duques, y muy importantes: los Duques del Infantado. En su tiempo los más importantes de España, que se codeaban de tú a tú con el rey Felipe II, según nos explicaba con cierto orgullo don Olegario. Sí, en aquella familia de los Mendoza debían haber sido muy ricos, aquel palacio tenía una fachada imponente.

Por último, nos llevó a ver el Puente Árabe sobre el río Henares que a mí me impresionó mucho. Por la altura que tenía y por la fascinación de ver el río, allí tan ancho. Yo sabía que el Henares no era un río importante, quizá por ello me sorprendió más verlo como un gran río. Don Olegario nos explicó que aquel puente era el monumento más antiguo de la ciudad. Que había sido iniciado por los romanos y completado por los árabes en tiempos de Abderramán III. A mí me impactaban sus cuatro grandes ojos y aquellas cuatro pilastras enormes. Como me decía mi tío Ezequiel muchas veces, había cosas bonitas e impresionantes en el mundo. Y no me las podía perder, quedándome en aquel submundo tan pequeño, que era el que entonces yo conocía.

–Germán, venga, ¡vámonos! –me decía, casi me gritaba, don Olegario para apartarme de la fascinación de ver las aguas correr bajo aquel puente.

¿Por qué la vida vuelve siempre a sus inicios? Yo tengo la sensación de haberme recorrido el mundo, no es porque yo lo recuerde de forma muy precisa, es que puedo verme en el viejo álbum de fotos que tengo en una estantería de mi despacho.

Así que repaso los sitios más dispares de la tierra, desde la Ópera de Sidney a las playas del Mar de Tasmania en Nueva Zelanda, desde la Ciudad Prohibida de Pekín a los rascacielos de Hongkong. O desde la Plaza Roja de Moscú hasta los fiordos noruegos. O desde el sky line de Nueva York hasta el edificio más alto del mundo en Dubai. O desde las sombras que cubren los canales de Venecia a las alegres plazas de La Habana… ¡Y tantos otros! Lugares que, al parecer, me hicieron un día vibrar. Hoy los veo como cuando recorro un cementerio y observo los imponentes mausoleos de gente, sin duda importante, pero que ya están silenciosos y mudos, para siempre.

Así que vuelvo a mis inicios, donde yo nací y me crié. Donde aquellos paisajes tienen todavía toda la vida que les insuflamos entonces, cuando éramos tan niños que cada día los

estrenábamos y sentíamos que, en nuestro pecho, latía aquella fuerza inigualable que tenía la vida cuando empezaba.

Sí, ahora prefiero recorrer en mi mente el misterio de La Cueva, camino del Guijarral y de Monseco. O la lejanía y majestuosidad de El Cerrazo, allá en los confines del término. O la aventura y el romanticismo del Barranco de La Hoz. O la tranquilidad, la serenidad de El Valle. O la brisa que recorría el Alto Llano, cerca del Otero. O aquellos nombres tan bonitos de Panromero, Valhondo, La Húmeda, Las Huertas, La Lagunilla, las Fuentes del Val de la Madera, Las Praderas…

Un día vino el cartero a casa. Traía una carta de Guadalajara. Me concedían una beca de 6000 pesetas para cursar el primero de Bachillerato en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de Sigüenza.

–¡Germán! ¡Lo has conseguido! ¡Enhorabuena, hijo! –exclamó mi madre acercándose para darme un beso.

En casa lo celebramos por todo lo alto, mi madre, mi hermano Pepín y yo. Para mí lo más importante era ver la alegría en los ojos de mi madre de nuevo y el orgullo que yo despertaba en ella.

Estábamos finalizando la primavera y casi, también, la escuela. Las tardes eran agradables y largas y el aire tenía ese aroma de ebullición, cuando la naturaleza se reviste con toda su pompa, ya próximos al verano, donde casi todo terminaría agostándose.

Una de aquellas tardes, un poco antes de ponerse el sol, me había subido yo a un carro que estaba aparcado al borde de la carretera, justo en el callejón de don Amado. Era el carro de nuestro vecino el tío Castañas, con el que teníamos mucha confianza.

Estaba lleno de haces de hierba, provenientes de la era y de las tierras de nuestro vecino que él había estado segando con su dalla, que era una guadaña larga y productiva. El verano se iba aproximando y había que ir acondicionando las eras para cuando se iniciaran las labores de recolección del grano. Probablemente el tío Castañas llevaría aquella hierba a sus ovejas en los días siguientes.

Yo me había subido allí arriba con uno de mis libros de aventuras y con el tomo de geografía de mi tío Ezequiel. Se estaba muy bien tumbado allí encima –pensaba y sentía yo– sobre aquellos haces de hierba que desprendían aquel olor tan verde y penetrante. Además, aquel sitio me permitía ver pasar a la gente de la carretera pero, al mismo tiempo, mantenerme aislado y concentrado en la lectura.

De repente, sentí que ella venía por la calle. No me hizo falta ni verla ni oírla. Simplemente lo sentí, lo adiviné de golpe. Levanté la cabeza y, efectivamente, regresaba en dirección a su casa que estaba en las escuelas, mi extraña amiga Mabel.

No había vuelto a verla de cerca desde el día del Corpus, únicamente a distancia en el patio de la escuela, o por la calle con su hermana Charito y su tía.

Me incorporé en el carro y levanté, aún más, la cabeza para que ella me viera. El carro no estaba totalmente lleno y, si te recostabas en la hierba, quedabas oculto para los de abajo. Salvo que te incorporaras y estiraras el cuello, claro.

Ella pareció alegrase cuando me vio y, rápidamente, vino hacia donde yo estaba.

Llevaba aquel vestido amarillo que yo le había visto por primera vez durante la procesión del Corpus y que a mí me gustaba tanto.

Se detuvo junto al carro, interponiéndose entre el sol, que ya estaba muy bajo, y yo. La luz llenaba de brillos y de incandescencias su pelo y dotaba a su cara y a toda su figura de una

especie de aura mágica y celestial.

–¡Pero, bueno, si está aquí el nuevo Bachiller don Germán! –me dijo con el mismo tono que la primera vez que hablamos, no con mofa, sino con cariño, buscando una complicidad entre nosotros.

–Hola, Mabel. ¡Qué sorpresa!

Yo no quería preguntarle por qué no había venido a examinarse con nosotros. Intuía que era algo triste, así que, en su caso, mejor que me lo dijera ella.

–¿Qué haces? ¿Otra vez estudiando? Si ya me han dicho que tienes tu beca… –seguía utilizando aquel tono ligero conmigo.

–No, no, mira, es "El corsario negro"…

–Sí, pero ese otro es de geografía, ¿no?

–Bueno, pero no lo hago para estudiar, sino para conocer mundo… Es muy interesante –y extendí la mano para mostrárselo.

Entonces ella se acercó más y se agarró a una de las ruedas del carro.

–A ver, enséñamelo… ¡Anda, ayúdame a subir!

Yo, por un momento me turbé. ¡Pero sentía aquella creciente alegría por dentro…!

La cogí de una de sus manos y ella se apoyó en la rueda con la otra. Escaló por los radios y luego nos sentamos los dos sobre la hierba segada.

Yo me quedé un momento pasmado. Ni en mis mejores sueños podía imaginar que algún día tendría la oportunidad de estar tan cerca de aquella chica que me gustaba tanto y en un espacio tan íntimo y peculiar como aquel.

Ella miraba al sol que nos bañaba a los dos con aquellos últimos rayos que, a veces, nos hacían cerrar los ojos.

–Entonces sabrás muchas cosas de América… –casi susurró, con los párpados entornados, mientras miraba con tristeza el horizonte que se estaba tiñendo de rojo y amarillo.

–Sí, claro… –me animé, aquel tema me podía permitir hablar mucho sin ponerme demasiado nervioso–. ¿De qué país quieres saber cosas?

–De cualquiera, el que más te guste… Bueno, quizá de México… –y se echó para atrás, hasta quedar tumbada de espaldas, mirando al sol.

Yo permanecí sentado con mi libro en la mano, recopilando velozmente en mi memoria todo lo que le iba a contar de América, particularmente de México.

–Bueno, sabes que América antes era un continente oculto. Que no existía a los ojos del mundo civilizado. Y que Cristóbal Colón, con el dinero de nuestros Reyes Católicos, bueno, no sé si te aburro… –por nada del mundo quería decirle algo a aquella chica que la disgustara, que la hiciera perder interés, se levantara y se fuera de allí.

–No, Germán… Sigue, sigue… –su voz cada vez era más triste–. Me ha gustado mucho eso de que América era un continente oculto…

Estuve contándole de América y de México todas las cosas que sabía. Inclusive, a veces, me inventaba sobre la marcha lo que iba diciendo. No quería por nada del mundo que aquello se terminara.

De repente, fui a consultar una cosa en el libro y me di cuenta de que se había hecho de noche y ya no podía leer en él. Me quedé un momento callado, sin saber qué hacer. Y entonces la oí.

–A mí me gusta mucho mirar a las estrellas… Ese mundo lejano y brillante que, sin embargo, nos da tanta compañía… A mí me consuela. Y aparta de mí todos los miedos… ¿Y a ti? ¿Te gusta mirar a las estrellas?

Entonces yo levanté la cabeza hacia la noche estrellada. Y para abarcarla toda me eché también hacia atrás de espaldas. A su lado.

Me parecía todo tan íntimo, tan inusual, que me animé a hablarle de mí, de cosas también íntimas que no decía a nadie.

–Sí, me gusta mucho mirarlas… yo soy un chico muy miedoso, ¡no sabes cuánto!

Entonces ella se volvió para mirarme. Yo estaba turbado e inmóvil a su lado.

Y luego giró su cuerpo poniéndose de costado

–¿Sabes por qué no fui con vosotros a examinarme a Guadalajara? –me dijo con un deje triste y melancólico.

–No, no lo sé. Me extrañó. Pero no me he atrevido a preguntarte –la sentía tan cerca de mí y era tan de noche que solo percibía su aliento cálido y sus ojos que eran como dos estrellas más que brillaban en la oscuridad.

De repente, fue a decir algo y estalló en un mar de sollozos. Era un llanto incontenible. Yo notaba su cuerpo, junto al mío, lleno de espasmos. Ella buscó cobijo en mi hombro apoyando su cabeza en él. Yo estaba absolutamente sorprendido y turbado y sentía un cariño y una pena enorme por el gran sufrimiento que tenía dentro Mabel.

–Abrázame, Germán, abrázame… –me dijo, como si tiritara de frío, apretándose más contra mi costado.

Yo pasé mi brazo por sus hombros y la atraje hacia mí. Alguien pasaba por la carretera, aunque era difícil que nos viera por la oscuridad y porque estábamos ya totalmente ocultos dentro del carro.

Ella se fue tranquilizando poco a poco, mientras yo le acariciaba el pelo y los hombros y miraba a las estrellas como preguntando a aquellos testigos brillantes y mudos qué era lo que estaba pasando.

Por fin ella musitó:

–Me marcho Germán, muy lejos… Por eso no necesito ya ninguna beca.

Yo en lo último que podía pensar en aquellos momentos era en verla lejos de mí.

–¿Lejos?, ¿a dónde, Mabel?

–Verás, es una larga historia, no sé si quieres que te la cuente…

–¡Claro que sí! ¡Me gustaría tanto saber qué es lo que te pasa…!

–Es sobre mi padre… ¡y el caso es que no puedo tener nada contra él! O sí, no lo sé… El destino es, a veces, tan caprichoso, ¿no crees?

Yo aquella noche le hubiera dado la razón en todo.

–Sí. ¿Y por qué os tenéis que marchar lejos? Bueno, ¿por qué él se tiene que marchar tan lejos? –le dije luego, siguiendo aquel hilo conductor que ella había mostrado.

–Mi madre se murió hace año y medio. Ellos se querían, yo creo que se querían… Fue una rápida, ¡tan rápida y tan terrible enfermedad! -luego suspiró un momento y continuó como hablando no solamente para mí, sino para sí misma–. Estábamos en un pueblo de Cuenca en el que ellos eran los maestros… Cuando todo terminó mi padre pidió que le mandaran a un pueblo lejos de allí, aunque en principio nos íbamos a quedar un año más. Él no iba a poder soportarlo. El permanecer allí, quiero decir. Y nosotras tampoco –se detuvo un momento y cogió de nuevo aliento para continuar–. Y así es como aparecimos el año pasado aquí, en Sacecorbo.

Sí, aquello es lo que yo, bueno, yo y toda la gente del pueblo, sabíamos. Aparte del dolor por la pérdida de su madre no veía nada extraño en lo que me estaba contando.

Yo esperaba que ella continuara. Pero a ella le costaba mucho contar lo siguiente. Yo trataba de ayudarla.

–Perder a una madre tiene que ser muy duro… Yo me volvería loco… Pero supongo que, luego, hay que continuar… -le dije animándola a que se desahogara.

–Sí, es muy duro Germán, como dices, muy duro… –suspiró de nuevo y luego continuó–. Pero Sacecorbo nos sentó bien a todos y yo estaba ilusionada con ir a las Ursulinas de Sigüenza a hacer allí el Bachillerato, pero algo se cruzó en nuestro camino…

Ella se detuvo de nuevo. Cada vez le costaba más el entrar en nuevos detalles.

–¡Pero si en este pueblo olvidado nunca pasa nada! –dije, en forma distendida .

–Sí, pero tenéis un buen cartero…

Yo estaba absolutamente perdido.

–¿Quién, Remigio?

–Sí, ¿a que no sabías que su mujer es de Alarcón, el pueblo donde estábamos en Cuenca y, además, muy amigo del cartero de allí?

–Pero, Mabel y ¿qué tiene que ver todo esto con lo que me estabas contando?

Mabel estaba llegando ya a donde no quería llegar. Yo entonces busqué su mano y se la apreté un momento.

–Sabes que soy tu amigo. Nunca te haría daño…

Ella empezó a llorar de nuevo, pero ahora quedamente. Y continuó contándome aquella historia, aunque a trompicones.

Tardó bastante en contármela, dando vueltas y circunloquios contínuamente pero, de forma resumida, sería así:

Su padre había conocido a una chica mejicana que también estudiaba magisterio como él. Eran compañeros de clase y se enamoraron, pero, a la hora de la verdad, su padre no se atrevió a marcharse con ella a México ni ella se atrevió a quedarse con él en Madrid. Así que se separaron. Luego, su padre había conocido a la que sería la madre de Mabel y se había casado con ella. Pero al parecer siempre se quedó en el interior de ambos un pálpito extraño, una nostalgia profunda y duradera por aquella vida juntos que no supieron materializar.

De una forma casual, otro estudiante de entonces, amigo de ambos en la Escuela de Magisterio, tuvo que viajar años más tarde a México y se encontró allí con la mujer mejicana. Le dijo que don Olegario acababa de quedarse viudo y que estaba de maestro en Alarcón.

Ella, que nunca se había casado, y que ejercía de maestra en México D.F. y estaba al cuidado de su madre que era muy mayor y estaba muy enferma, le escribió entonces a don Olegario que, por aquel entonces, ya se había trasladado a Sacecorbo.

Y aquella carta, que estaba destinada a ser devuelta sin abrir a México, acabó, gracias al empeño de aquellos dos carteros amigos, redirigida a Sacecorbo. Y, a la postre, en las manos temblorosas de don Olegario.

Sí, el destino podía ser a veces caprichoso, sin duda. Quizá en esta ocasión iba a permitir a don Olegario y a su primera novia, que se llamaba Azucena, retomar aquel proyecto de vida juntos que hacía muchos años había quedado truncado. Quizá iba a ser algo muy bueno para ellos. Pero, también, iba a arrancar de cuajo a aquellas dos hermanas de su hábitat natural, arrastrándolas a miles de kilómetros de donde estaba enterrada su madre. ¿Qué sería de Charito y de Mabel en México?

Nosotros dos nos habíamos quedado en silencio en el carro lleno de hierba. Mabel estaba a mi lado, recostada sobre mi hombro, ya no lloraba o, si lo hacía, era muy quedamente. Sentía su cuerpo al lado del mío, bajo aquel manto del firmamento que nos cubría. Yo miraba a las estrellas, brillantes testigos mudos de mi pena. Nos habíamos quedado los dos empapados, calados hasta los huesos, tras aquella lluvia del implacable destino.

Al final empezaron a llover en mi interior unas gotas de resignación, mezcladas también con otras de rebeldía, ante el futuro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Todo había sido muy bonito desde que ella apareció en la calle con su vestido amarillo. Pero estaba claro que aquello no iba a durar mucho más. Y yo suspiré entonces, buscando una última salida.

Respiré hondo y me llegó a mi mente el olor a hierba y, también, la fragancia a lumbre y limpio de su pelo.

–¿Me escribirás? -le susurré con una mezcla de tristeza y de esperanza.

–No me gustan las cartas, Germán. Nunca me han gustado. Y después de esto mucho menos –me contestó con un poso de dolor.

Lo entendía. Probablemente Mabel estaba dolida de separarse de los amigos que hacía en un pueblo y que luego perdía cuando trasladaban a su padre a otro. Y entonces las cartas a veces aparecerían de repente, ¡y podían hacer tanto daño! Aunque no tanto como aquella de México… Sí, Mabel era una chica inteligente y sensible y yo, en aquellos momentos, quizá solo era alguien que no quería perderla para siempre.

De repente oímos a su hermana Charito, que debía venir por la carretera, hablar con otra chica de su edad.

–Hola Luisi, ¿has visto a mi hermana?

–Hola Charito. Sí, la vi esta tarde con la panda de Sagi. Pero acabo de encontrar a ésta en la puerta de su casa. Ya han debido de terminar. Seguro que andará por ahí camino de casa.

–Gracias, Luisi. Voy a cercarme y le pregunto a Sagi.

Ellas no podían vernos. Las tablas del carro nos protegían tanto como la oscuridad de la noche.

Charito se alejó en dirección a la casa de Sagi, que vivía un poco más allá.

Mabel se separó entonces de mí y se dispuso a incorporarse para irse. Yo también me incorporé a su lado, envuelto en un halo de tristeza.

–¿Y qué pasa conmigo, Mabel? –le susurré.

Ella me miró. Había una gran pena en sus ojos. Extendió una mano y me acarició el pelo. Se había despeinado con la hierba y ella me lo estuvo ordenando. Luego me quitó dos pajas que había en él.

–A nosotros siempre nos quedarán las estrellas, ¿verdad? –dijo señalándolas con el dedo.

–Sí –le contesté, como si fuera una promesa entre los dos.

Ella se limpió los ojos llorosos y se ordenó también el pelo con los dedos. Luego se puso en pie con rapidez y me dijo, ya con la desenvoltura del principio.

–Tengo que irme. ¡Adiós, Bachiller! –y se despidió moviendo en el aire su mano.

La vi cómo saltaba del carro. Yo me quedé en silencio y permanecí al abrigo de la oscuridad. Su hermana venía de vuelta por la carretera.

–¿Dónde estabas? –le preguntó Charito.

–Ya iba para casa. Me metí en el callejón a hacer pis. ¿Qué hay para cenar?

–Creo que sopa de fideos y luego pollo.

–Qué bien, me gusta. Hoy creo que voy a cenar bien.

Fue lo último que escuché de ella.

Miré al firmamento. Por un momento pensé que, estando tan altas, veríamos los dos las mismas estrellas en el futuro, a pesar de la distancia.

Y eso me alegró.

Recogí mis dos libros y bajé también del carro.
Fui a casa contento, pensando en lo que habría de cenar. Tenía hambre.
Cuando entré en ella estaba puesta la radio.

Había una canción que me pareció que era de Gloria Lasso. Una cantante que entonces me gustaba mucho. Yo ya la había escuchado otras veces, pero aquella noche la comprendí mucho mejor.

"No sé lo que veo en las estrellas
ni qué misterio entraña esta noche.
Yo levanto al cielo mi cabeza
buscando esté escrito allí tu nombre.

No sé lo que me susurra el viento
que llega hasta mí con tu fragancia.
Ni entiendo de golpe lo que yo siento
ni por qué de repente esta distancia.

Solo sé que estaremos siempre juntos
unidos más allá de la desgracia.
Porque yo iré a buscarte al fin del mundo
porque tú estarás allí…"

–Hola, mamá, ¿qué hay de cenar?

Nunca más volví a verla. Quizá todo mi afán de recorrer mundo, cuando pude hacerlo, fuera, al final, solo un impulso, fallido, por encontrarla.

Cuando fui haciéndome mayor se fue diluyendo su cara en mi mente. Solo quedó la fragancia de aquel instante que vivimos los dos mirando las estrellas. Y la vaga, pero imborrable estela en el cielo, que deja el aroma de los amores imposibles.

Capítulo 27

El primer baile y el último verano

Y llegó el verano. Mi último verano. Uno más de aquellos veranos largos e interminables que vivíamos entonces. Cuando el tiempo apenas pasaba porque cada día estrenábamos sensaciones, sentimientos, hallazgos y herramientas que, luego, irían madurando, moldeándose, para conformar lo que seríamos en nuestra vida adulta.

Aquel verano para mí fue el de los veraneantes. Nosotros, en mi familia, no teníamos que recoger cosecha aquel año, así que yo al final me juntaba con los chicos, hijos de emigrantes, que regresaban a pasar las vacaciones al pueblo.

Al principio yo estaba cortado ante ellos. A veces hablaban de cosas que yo no conocía, yo creo que hasta se pavoneaban de ello, como nuevos ricos que eran, pero con el tiempo fuimos

recuperando juntos sensaciones de antaño.

Como con Julián, el viejo amigo de mi calle. Que, luego, hasta se sinceraba conmigo.

–También ha sido muy duro, Germán. Porque cuando llegamos a la ciudad éramos unos auténticos paletos. Y la gente hasta se reía por lo bajo de nosotros –luego se detenía, como si dudara en seguir por esa dirección–. Y eso que, para defendernos, íbamos casi siempre con gente de Sacecorbo que ya estaba allí. O sea que, no te creas, todavía no hemos salido de este pueblo, porque allí, en la ciudad, seguimos juntándonos con la gente de aquí.

Pero, claro, cuando venían de vacaciones a Sacecorbo, estrenando coche, aunque fuera de segunda mano, parecían alguien. Y se ponían sus mejores ropas. Y lucían blanquitos como la gente de ciudad.

Yo iba con ellos, pero me dolía cuando nos encontrábamos con otros chicos del pueblo que venían hechos unos piernas, después de haber estado acarreando haces de trigo con las mulas todo el día por los caminos polvorientos, o trillando, llenos de polvo y paja. Con sus cuerpos quemados por el sol, sudando y sin lavarse. Cuando nos veían, si podían cogían otra calle. Yo también lo había experimentado el año anterior. Llegaban a hacerte extraño, y de menos, en tu propio pueblo, que era lo más duro.

Yo me iba con Julián y con Chema, el primo de Bertín, a escuchar música a Los Olmos con un transistor que tenían. Nos tumbábamos en la hierba verde, a la sombra de aquellos árboles centenarios y fumábamos cigarrillos sisados a nuestros padres (bueno, yo se los sisaba al abuelo Hermenegildo). Desde allí se veía la silueta del pueblo, con toda la gente en las eras, o por los caminos, o segando en los campos, trabajando sin parar. Y yo me sentía mal. Como un forastero en aquel grupo.

–Germán, ¿por qué estás tan serio? –me decía Julián.

Y yo no sabía qué contestarle. O sí lo sabía. Lo que pasaba es que me daba vergüenza hablar de aquellas cosas.

También jugábamos a las cartas en el Portalillo de la Iglesia o nos íbamos en bicicleta a robarles las manzanas a los de Abánades.

En cuanto llegábamos a Abánades aparecían los huertos al lado del río, llenos de ciruelas y manzanas. Entonces nos bajábamos de las bicis con una bolsa y les birlábamos a su dueños, directamente del árbol, lo que podíamos.

Hasta que aparecía alguien tirando piedras y gritando:

–¡Ladrones, fuera de aquí! ¡Veraneantes de mierda! ¡Fuera de mi huerto! –bramaba el dueño si, por casualidad, andaba por allí.

Salíamos del huerto pitando, claro. Nos montábamos en nuestras bicicletas como los cuatreros en sus caballos, en las películas del Oeste que veíamos, y no parábamos de pedalear hasta que llegábamos a la mitad de la Cuesta de la Nava, donde nos bajábamos y allí, al frescor del pozo que había, nos comíamos las manzanas y las ciruelas.

Lo peor de aquel verano era que mi madre, de vez en cuando, me recordaba que el día uno de octubre tenía que tener todo preparado para irme al internado de Sigüenza. Un día cogimos la trillana, que era un autobús renqueante y antiquísimo, que debía su nombre a la empresa de los dueños que estaba en Trillo y nos fuimos a Sigüenza. Había un paraje que llamaban de las "siete revueltas", cercano del pueblo de Ruguilla, donde discurría una pendiente llena de curvas cerradas y peligrosas.

El viejo autobús chirriaba en cada curva como si se fuera a desvencijar allí mismo. Casi siempre en la mitad de la bajada de las "siete revueltas" había que parar el vehículo en una

orilla.

–¡Facundo, para, que mi tía está muy blanca y va a vomitar!

Entonces Facundo paraba, acercándose a una cuneta y protestaba por lo bajinis.

–¡Y luego querrán llegar a tiempo! ¡Si es que la gente coge tan poco la trillana que, claro, en cuanto hay una vuelta se marea!

A mí la verdad es que aquel día me vino muy bien que se detuviera por la tía Eduvigis. Bajé, estiré un poco las piernas y respiré profundo. Y me sentí mucho mejor, claro. Allí al lado, la tía Eduvigis estaba echando la pava junto a un espino, mientras le decía a su sobrina.

–¡Si es que ese Facundo conduce como un loco! ¡Cualquier día nos despeña por aquí! –y en este plan.

Cuando llegamos a Sigüenza, la trillana se paró en "las cuatro esquinas", que era uno de los cruces emblemáticos del centro del pueblo, donde tenía su parada el autobús, al lado de un bar.

Nos bajamos y mi madre me dijo dos cosas:

–Mira, Germán, ahí enfrente está tu colegio. Y esa tienda de la esquina se llama "Los Robiscos", donde vamos a comprar toda la ropa que necesitas. ¿Dónde quieres ir primero?

–Pero el colegio estará cerrado en estas fechas, ¿no? –le dije.

–Sí, creo que sí, pero podemos mirarlo por fuera.

–Ah, si es por fuera…, ¡vamos a verlo!

Nos acercamos a la puerta. Era un edificio muy antiguo. Luego me enteré que se había construido en 1768 con aval del rey Carlos III, que fue un monarca, al parecer, que no hizo más que construir y modernizar España. Yo entonces no sabía que había sido un hospicio, aunque bajo un nombre muy elegante: "Real Casa de Enseñanza y Misericordia". Ahora pertenecía al Obispado, cuya sede estaba justo enfrente, en la misma calle.

De pronto salió un cura viejecito y bonachón. Y nos miró.

Mi madre no tuvo más remedio que explicarle.

–Es que mi niño va a venir luego, en octubre, y hoy nos hemos acercado a comprarle la ropa y a ver el colegio, aunque supongo que estará cerrado, ¿no?

–No, no, tenemos unos cursillos de verano. Pero yo, encantado, puedo enseñarles un poco el interior.

Yo iba en silencio mirándolo todo. Y, a pesar de lo altos e impresionantes que eran los techos y de la antigüedad de sus muros, me encontré a gusto en él. Olía a libros y a estudiantes. Y eso a mí no me parecía ajeno.

Después fuimos a Los Robiscos y mi madre me compró de todo. Luego supe que había vendido unos corderos y unos cerdos de cría que teníamos para ello. Me compró un montón de ropa interior, pantalones, jerséis y sábanas para la cama.

Para probarme los pantalones me dijo el tendero que pasara a un probador. Yo entré y me daba una vergüenza enorme quedarme allí desnudo. Seguro que había algún agujero en las paredes para verme. Las estuve repasando una y otra vez, pero no encontré nada. Entonces oí la voz de mi madre.

–Germán, ¿qué pasa? Te estamos esperando.

Y yo salí entonces a que me vieran, con unos pantalones que me quedaban realmente bien.

Cuando terminamos, mi madre me dijo:

–Ahora tengo que bordarte en todo lo que hemos comprado el número que vas a tener en el colegio. Es un número muy bonito y muy fácil de recordar: 2895. Para que cuando te laven la

ropa no se te pierda nada.

Sí, aunque yo no quería ni pensarlo, mi vida iba a cambiar muchísimo en cuanto terminara el verano.

Por aquel tiempo todo cambiaba también en el pueblo. O, quizá, no es que cambiara todo, lo que pasaba es que como veníamos de una época donde no se cambiaba nada, estos cambios se notaban mucho más.

Los veraneantes habían abierto una brecha en las murallas que habían encerrado al pueblo en sí mismo durante siglos, por donde se lanzarían muchas familias a la aventura de lo desconocido. Pero, también, los veraneantes llevaban nuevas costumbres y nuevas inquietudes a las mentes tradicionales de los vecinos.

Y la televisión, que reunía en el salón del Ayuntamiento a muchísima gente para ver sus programas, mostraba un mundo absolutamente distinto, aunque fuera en blanco y negro, que estaba allí afuera, esperándonos, lleno de oportunidades, pero, también, ¡ay!, de temores.

Y, para colmo, alguien en el Obispado decidió cambiar al cura don Marcelo. El cura don Marcelo debía llevar en el pueblo treinta años. O más. El cura don Marcelo había casado a casi todos los matrimonios, bautizado a todos los jóvenes y enterrado a todos los mayores. Era, entonces, como el frontón de la pelota, la fuente, o el edificio de la propia iglesia. Algo que era permanente e inmutable en el paisaje. Un cimiento, y de los más importantes, de los que sostenían el pueblo entonces.

Le sustituyó un cura primerizo que se llamaba don Rogelio.

Yo me lo encontré un día por la calle. Iba el tío sin sotana, ni nada. Únicamente aquel alzacuellos blanco lo distinguía de cualquiera de nosotros. Ya se notaban los vientos del Concilio Vaticano II.

Me acerqué a él y me presenté. Ahora era yo ya uno de los monaguillos con cierta experiencia.

–Buenos días, don Rogelio.

Y fui a buscarle la mano para besarle el anillo. Pero el tío ni siquiera se la sacó de los bolsillos.

–A mí no me llames don Rogelio. A mí, Rogelio, a secas –me dijo, tan sonriente.

A las viejas del pueblo les daba un soponcio, claro.

Una de las cosas más agradable de aquel verano fue volver a ver junta a mi familia. Aunque solo fuera una semana de principios de agosto. Entonces en Madrid, las tiendas apenas cerraban, dado que la gente se iba poquísimo de vacaciones fuera. Y siempre había que atender el negocio.

Fue una alegría inmensa. La verdad es que solo nos habíamos visto un par de días en Semana Santa. Recuerdo que mi padre entonces apostó fuerte por ganar algún banzo de los que se subastaban en alguna de las procesiones de aquellas fiestas. Aquello te daba derecho a cargar sobre tus hombros con uno de los palos que sujetaban a alguno de los pasos de la procesión: el Cristo Crucificado, el Sepulcro, la Virgen, etc.

–¡Cinco pesetas a la una!, ¡a la una y media! ¡A las dos!, a las dos y media! ¿Hay alguien que dé más? –gritaba en la plaza, en la puerta de la iglesia, el sacristán, con don Marcelo expectante a ver cuánto se recaudaba para su iglesia.

–¡Seis pesetas! –gritaba uno desde el fondo de la plaza, dispuesto a mejorar la anterior apuesta.

–¡Seis, seis pesetas, han ofrecido por allí! –volvía a cantar el sacristán, y empezaba otra vez la cuenta–. ¡Seis pesetas a la una! ¡A la una y media! ¡A las dos! ¡A las dos y media!

A veces la gente se picaba y se enzarzaba en aquello de "y yo más" y subían y subían, con tal de dejar a su orgullo en buen lugar. Entonces a don Marcelo le brillaban los ojos de una forma especial.

Claro que el que ganaba no tenía que pagar aquel día. Sino que después ya le llamaría a capítulo el sacristán.

–¡Roberto Domínguez, apúntamelo, diez pesetas! –le decía el interesado al sacristán.

Y el tal Roberto iba pavoneándose con aire marcial a coger su palo en la procesión.

Luego habría que pagarlo, claro. A mí me dijeron que el sacristán a veces se las veía y deseaba para cobrar.

–¡Dígale a don Marcelo que si le vale un gallo! –y en este plan.

Yo creo que aquel año a mi padre no le hicieron mucho la competencia. Debían pensar que ya tenía encima demasiada desgracia con haber perdido las dos mulas.

También pujo para mí con una de las cintas, que llevábamos los niños y que salían también del paso de la procesión. Y hasta mi hermana llevó la corona de espinas en la mano.

El hombre no debía saber qué hacer para que nos cambiara nuestra suerte.

A mí me gustaban aquellas procesiones, sobre todo las que eran de noche, como la del Sepulcro. Todo el pueblo, muy junto, para cobijarnos del frío, oliendo a la cera de las velas y escuchando aquellos cánticos tan sentidos: "¿Por qué lloras Madre mía?/ ¿Por qué lloras Virgen pura?/ ¿Quién apagó tu alegría? /Dime, Madre, ¿qué mano impía/ vertió en tu pecho amargura?".

Recorríamos las cuatro esquinas del pueblo, las mujeres unas engarzadas con las otras, de bracete, y los hombres delante, llenos de silencio, como se marchaba en los entierros de verdad.

Sí, mi padre y mi hermana habían venido en Semana Santa, pero entre las procesiones, las misas, visitar a la familia, y poco más, habían vuelto a desaparecer de nuevo sin que apenas hubiéramos tenido oportunidad de hablar. O no lo suficiente, para sentirnos tan unidos como lo estábamos antes.

Por eso aquella semana fue distinta. Además, era verano y con la ropa tan ligera, éramos más nosotros mismos y nos reconocíamos mejor, después de tanto tiempo. O, cuando menos, nos veíamos muy bien los cambios que el tiempo había hecho en nosotros.

A mí me sorprendió muchísimo mi hermana Tere, que estaba hecha ya una mujercita y que tenía casi tanto pecho como mi madre. Además, llevaba unas sandalias de tacón que la hacían ya una chica mayor, digna de estar ya en el club de las mozas, mientras que yo seguía siendo un crío.

Ella me lo notó. Yo pensaba que iba a pavonearse ante mí como solía hacer siempre. Pero no fue así.

Me di cuenta que no quería, por nada del mundo, que aquella distancia real que empezaba a haber entre nosotros anidara también en nuestro corazón.

–Iré a verte en el tren desde Madrid, Germán –me dijo un día mientras íbamos a ver al abuelo Hermenegildo.

–¿Estás contenta allí, en Madrid? –le pregunté.

–Sí, estoy contenta Germán. Pero también triste, a veces. Porque no estamos juntos. O qué se yo. Cuando te haces mayor, ya no es nada como antes –terminó con un deje si no triste, sí un tanto melancólico.

–¿Y cómo se es cuando te haces mayor? –yo trataba de acercarme a ella, aunque no sé si lo conseguía.

–No sé, Germán. Tal vez es todo algo más complicado.

Entonces se me ocurrió decirle algo que pensaba yo que a ella le gustaría. Era uno de sus temas preferidos.

–¿Sabes? Tu David me ha preguntado algunas veces por ti –la verdad es que no me había preguntado ninguna. Entre él y yo sí que había ya una gran distancia. Y, probablemente, me consideraba todavía un mocoso.

–¿Ah sí? Pues hazte el longuis la próxima vez –me dijo sin mucho calor.

–¿Y eso? –la contesté un tanto sorprendido–. Si es un chico muy majo.

–Bueno, pues ahora me parece un poco paleto, qué quieres que te diga –me contestó un tanto cortante.

Yo me quedé en silencio. Sin saber qué decir. A veces me parecía que ya no conocía a mi hermana.

Ella reparó en ello. Y yo creo que no quería que hubiera aquella distancia entre nosotros, que a veces volvía a aparecer sin apenas darnos cuenta.

–Germán, es lo que te decía antes de ser mayor. Que todo se complica un poco. Pero tú no te preocupes. Yo a ti sí que te quiero. ¡Y te querré siempre, no lo olvides!

Y me soltó dos sonoros besos en la cara.

Lo pasamos bien el resto de los días. Pero algo había a veces que se ponía en medio de los dos. Que ni yo ni ella tal vez sabíamos lo que era.

Hoy pienso que, quizá, era la propia vida que se expandía entonces, como he leído que hace, desde su origen, el universo. Y nuestros dos mundos, antaño tan cercanos, tan íntimos, se iban alejando el uno del otro. Cada día un poco más. Hasta que en un tiempo, todavía lejano, formaríamos cada uno nuestro propio sistema solar, con nuestra propia familia alrededor. A lo mejor era eso lo que trataba de decirme mi hermana Tere. Que de mayor era todo algo más complicado.

Mi padre y mi hermana se marcharon de nuevo a Madrid. Como yo también me marcharía en apenas mes y medio al internado. Y, entonces, en la familia estaríamos ya repartidos en tres sitios distintos. Qué pena, me decía yo, a veces. Aunque, tal vez, pronto se arreglaría todo. Había visto a mi padre mucho más optimista en conseguir una vivienda para todos en Madrid. Aunque mi padre siempre era optimista.

Pero una vez que se hubieron ido, empecé a ilusionarme con la Fiesta del pueblo, para la que ya quedaba poco. La verdad es que los niños de entonces, y los de ahora, íbamos siempre de oca a oca, de ilusión en ilusión. Y, por ello, creo yo, éramos tan felices y el tiempo duraba tanto. Luego, de mayores, iríamos de preocupación en preocupación y el tiempo correría tan deprisa que nos haríamos viejos en un pispás.

En San Bartolomé Apóstol, que era el patrón del pueblo, y que se celebraba durante cuatro días con el 24 de agosto como día principal, siempre venía una orquesta para amenizar el gran baile que se hacía en la plaza. Llevaba viniendo desde hacía muchísimos años. Se llamaban Los Bonanza y eran como si fueran ya de allí. Aunque venían de Cuenca.

A mí la música me gustaba mucho y ejercía una gran influencia en mi interior también. Cuando era más pequeño, podía quedarme embobado viendo cómo Justo tocaba la batería, con aquellos redobles de tambor tan potentes y aquel bum-bum que hacía el gran bombo del suelo

cuando lo golpeaba apretando el pedal con el pie, el cual tenía una gran bola en el extremo que impactaba contra su tersa piel.

Pero lo que más me gustaba era el acordeón. Me podía quedar allí embelesado durante horas. Y, luego, cuando estaba en casa, yo imitaba su sonido mientras abría y cerraba los brazos como si lo estuviera realmente tocando.

Cuando era más pequeño, decía. Porque aquel año, si por algo lo recuerdo, es porque por fin me inicié en el baile. En el baile agarrado y con una chica, quiero decir.

La verdad es que los dos veraneantes con los que me juntaba, Julián y Chema, habían venido muy espabilados de la ciudad. Y querían probarlo, experimentarlo todo.

Había tres niñas sentadas en el poyete, bajo las acacias. Eran dos veraneantes y Sagi.

Nos acercamos los tres a ellas y Chema que era, para estas cosas, el más lanzado, les dijo:

–¿A que no os atrevéis a bailar con nosotros?

Ellas se miraron un momento.

Y Sagi tomó la palabra.

–Bueno, ¿por qué no?, pero yo me pido a Germán.

Yo me quedé pasmado. Bueno, que casi me dio un soponcio allí mismo. Yo iba el último de los tres, con la esperanza de que nos dieran calabazas y nos fuéramos a pasar el rato a otro sitio.

Sagi había sido novia, a nivel de rumor y de pintadas en las paredes, de Bertín. Pero aquello se había enfriado, como siempre pasaba entre niños de nuestra edad, con el paso del tiempo, como no podía ser de otra forma.

Mientras me acercaba a ella, me devanaba yo los sesos cavilando por qué Sagi me habría elegido a mí. Y me di una respuesta que nunca sabría si era o no la correcta: yo creí, en aquellos momentos, que me eligió porque ninguno de los dos éramos veraneantes. Ya entonces se producían estas divisiones entre nosotros.

Porque si no, ¿qué podía ser? Éramos absolutamente opuestos. Ella, una chica decidida, la sargento, la llamábamos entre nosotros, de armas tomar, vamos. Mientras que yo me consideraba un chico súper tímido, a veces retraído y muy sensible.

Así que, con la cabeza hecha un lío, salimos a bailar. Yo no había bailado nunca con ninguna chica, excepto un día que mi hermana Tere me enseñó a bailar una rumba. Pero aquello que tocaban los Bonanza no era una rumba desde luego, aunque yo no sabía muy bien lo que era.

Ya en la plaza nos enlazamos. Nuestras manos, juntas y estiradas, que luego moveríamos al compás y mi otro brazo en su cintura y el suyo en mi hombro.

Sagi era una chica tremendamente alta y rocosa. Prácticamente tan alta como yo, que era de los chicos más altos de mi edad.

A su lado me sentí todavía más apocado. Así que antes de empezar le dije:

–Sagi, es que no sé bailar.

A ella no pareció importarle.

–Ya lo sé. Ninguno sabéis.

Ellas sí sabían, porque bailaban entre ellas y además, qué se yo, porque se les daba mejor. Yo era como un pato mareado. Y la mayoría de los chicos a aquella edad también.

–Mira –me dijo como divertida–, vamos a contar los pasos.

Y entonces nos paramos a escuchar la música. Ella llevaba el compás con su mano que cogía a la mía. Y en un momento, cuando ya teníamos armonía con nuestras manos, se arrancó también con los pies.

–¡Vamos, Germán! ¡Ahora! ¡Un, dos, tres! ¡Un, dos, tres! ¡Y ahora vuelta!

Yo me dejaba llevar mal que bien. Hasta que le fui cogiendo el tranquillo. Y entonces ya repetía todo igual que ella me indicaba.

Pero Sagi se paró entonces y me dijo:

–Ahora tú, Germán. Tú me llevas. Porque en el baile manda el hombre.

Yo no me lo podía creer. Aquella sargento diciéndome aquellas cosas.

Sí, aquella fue la primera vez que yo supe que el hombre siempre tenía que llevar la iniciativa. Aunque fuera, la mayor parte de las veces, por el mismo camino que previamente le había marcado su pareja.

A partir de entonces nació y creció una corriente de simpatía entre Sagi y yo que todavía se mantiene. Ella nunca salió de Sacecorbo. Y todavía vive allí. Creció aún más y se hizo una mujer imponente. Aunque yo siempre vi en ella, también, la ternura de aquel nuestro primer baile.

Se acabó casando con un mozo un tanto alfeñique, casi cuatro chichas y un poquito más bajo que ella, lo que son las cosas. Que le hizo cinco hijos como cinco soles, eso sí todos chicos. Y que llevaba un tractor tan grande y tan imponente como su mujer.

Ya de mayores, cuando hablaba con ella me decía:

-Germán, si yo no salí entonces del pueblo, cuando convenía. ¿Cómo voy a salir ahora que vivimos mucho mejor que vosotros?

Y yo me alegraba mucho de escucharla. A veces, cuando voy, la veo conduciendo su coche por aquellas carreteras. Va erguida al volante y quién no diría que es un mariscal de campo.

La Fiesta se pasó, aquel año fueron célebres las guerras de cohetes entre los mozos, tirándoselos unos a otros de noche por las esquinas, y encaramos el mes de septiembre. Mi último mes en el pueblo. Y mi madre empezó poco a poco a hacer los preparativos.

Un día me llamaba y me decía:

–Germán, sube conmigo que te voy a enseñar a hacerte la cama.

Y nos situábamos uno a cada lado de mi cama y me enseñaba a poner las sábanas. A alisarlas y dejarlas sin ninguna arruga, remetiéndolas bien por debajo del colchón. Y, luego, a poner la colcha con gracia y saber tapar con ella, sin que faltase, ni sobrase tela, la almohada. Con aquellas curvas suaves que, cuando lo hacía ella, le quedaban.

Otro día, después de haber estado planchando, me pedía que le ayudara a doblar la ropa. Saber recoger las mangas de las camisas por detrás de las mismas y luego doblarlas por la mitad. Hasta que quedaban como yo las había visto, de nuevas, en el escaparate de la tienda "Los Robiscos".

Y, después, a colocarlo todo bien en la maleta. Lo más frecuente arriba y lo más pesado e infrecuente abajo. Y aprenderme muy bien lo que llevaba y dónde estaba. Para no desbaratarlo todo el primer día buscando y rebuscando por ella.

Una tarde me dijo que tenía que aprender también a coser.

–Pero, mamá… ¿Realmente tengo que aprender esas cosas de mujeres? –me resistía yo. Y eso que no me veía nadie.

–¡Anda y por qué no! Allí no tendrás a ninguna mujer a tu lado. Y te vendrá muy bien. Los chicos sois muy destrozones. ¡Y esto te puede sacar de algún apuro en algún momento!

Así que aprendí a enhebrar la aguja. A hacer un nudo en la punta del hilo y empujar la aguja con el dedal. Estuve practicando poniendo unos botones. La verdad es que me gustaba ver cómo descendían por el hilo en alto, cuando metías la aguja por uno de sus agujeros. Y, luego,

cómo adivinar, desde el revés dónde estaba el agujero de nuevo y pasar la aguja otra vez.

Me lo metió todo, bobina, hilo, dedal, botones y unas tijerinas en una bolsita a modo de costurero. Que yo escondí en el fondo de la maleta, con una vergüenza preventiva de que alguien cuando llegara al colegio pudiera vérmela.

La última tarde me preparó el agua caliente y me dijo:

–Ahora voy a bañarte, para que vayas bien limpio.

–¡Mamá, puedo hacerlo yo solo! –empecé a protestar.

–No te preocupes. Será la última vez –me dijo con pena.

Me estuvo bañando con una esponja llena de espuma. La oí canturrear por primera vez en mucho tiempo. Yo creo que eran las mismas canciones que cantaba cuando yo era muy pequeño. Las primeras canciones que yo escuché nunca.

Luego me secó con una toalla en silencio. Empecé a notarla muy triste. Se dio la vuelta y me dijo:

–Vete a vestirte.

Mientras me vestía la escuché cómo lloraba.

Después me llevó a despedirme de los abuelos, de los tíos y de los vecinos. Fue una tarde de abrazos y de besuqueos sin fin. Algunos me daban algo de dinero, otros, alguna estampita de la Virgen y todos me deseaban mucha suerte. ¡Pareciera que me iba a la mili!

Por fin volvimos a casa y estuve jugando un buen rato con Pepín y sus coches y sus soldaditos.

–Germán, pero las navidades están lejísimos. ¿Es que no puedes volver antes? –me dijo.

Se lo estaba pasando bomba conmigo, claro

–Ya verás qué pronto se pasa, Pepín –le contesté a él y, sobre todo, a mí mismo.

Nos fuimos a dormir como siempre los tres juntos en la cama de mis padres. Allí le pregunté a mi madre.

–¿Cómo te encuentras, mamá?

–Muy bien, Germán. Ya estoy contenta. Todo está preparado por fin. Ahora te toca a ti. Y yo tengo mucha confianza en ti. Como en nadie en el mundo.

Y yo me dormí arrullado por aquellas palabras, aunque, luego, en sueños, también apareciera la fachada de aquel colegio imponente y antiguo.

Nos levantamos y nos vestimos. Repasamos una vez más las cosas que llevaba en la maleta y mi madre me entregó las llaves de la misma.

–Lleva cuidado Germán, que no se te pierdan.

Luego apareció la abuela Leonor para quedarse a cuidar de Pepín, que seguía dormido como un tronco, durante todo aquel día. Y por fin salimos a la calle para ir a coger la trillana, que paraba un centenar de metros más allá. Nos juntaríamos con mi padre en Sigüenza que llegaba en tren desde Madrid y se volvería allí ese mismo día.

Alcanzamos la parada un poco antes de las nueve, que era la hora que llegaba el autobús, y estuvimos esperándolo en silencio.

De repente, miré hacia mi calle y comenzaron a desfilar por mi mente todos aquellos años y todas aquellas personas que yo había conocido. Los vi a todos como en un segundo, como dicen que ocurre a las personas, cuando saben que van a morir y repasan toda su vida en un instante.

Llegó la trillana y Facundo se bajó resoplando del autobús y colocó la maleta.

–¡Lleve cuidado con la maleta, Facundo! –le pidió mi madre.

–¡Claro, como con todas, no se preocupe, señora! –le contestó el conductor cuando ya cerraba la portezuela del portaequipajes.

Subimos al coche y yo le pedí a mi madre ponernos en la última fila de asientos. Me levanté y estuve viendo por la luneta cómo nos alejábamos del pueblo San Roque arriba. Sentía que iba dejando atrás algo muy querido.

Pero no eran las calles, ni las casas, ni los huertos, no era ninguna cosa que fuera ajena a mí, lo que yo sentía que dejaba atrás.

Me di cuenta, mientras sobrepasábamos la ermita y el cementerio y enfilábamos la recta del Empalme cruzando la Vega, que lo que quedaba, esparcido por todo aquel paisaje, como una fina capa de rocío que lo inundaba todo, era una parte, la primera y quizá la más querida, de mí mismo.

EPÍLOGO

Capítulo 28

El sauce curvo

Sí, hoy recuerdo todo aquello como si estuviera ocurriendo en estos momentos.

Y no volví al pueblo por Navidades. En las siguientes semanas mi padre consiguió, como vigilante, un trabajo en el Economato de la Comisaria de Abastos y Transportes que llevaba aparejado el uso de una vivienda en el ático. Estaba en la Plaza de Manuel Becerra y allí nos juntaríamos de nuevo toda la familia.

Y, una vez instalados en aquel piso, poco a poco, como otros muchos emigrantes, aprendí a amar a Madrid, con todas mis fuerzas, a partir de entonces.

Lo que pasa es que, ¿cómo olvidar aquello que fue tan nuestro?, ¿cómo olvidar aquellos primeros pasos y aquellos con quiénes los dimos? ¿Cómo olvidar aquellas raíces que sustentan lo que hoy día somos? Yo no puedo, ni tampoco quiero olvidarlo

Quizá por eso lo recuerdo todo, como si entonces fuera hoy.

Además, porque el hoy en mi mente ya no existe. No logro acordarme de lo que hice tan solo unas horas antes. Pero tampoco de lo que ocurrió después de aquello que he escrito. Hasta hace poco yo creo que sí lo recordaba, pero ahora todo lo cubre una espesa niebla.

Sí, no sé muy bien por qué me pasa, pero me estoy dando cuenta de que estoy llegando al final de mis recuerdos. Tal vez noto cómo la fuente que los nutre se va secando. Como antes, también se secó la memoria de mi vida reciente. Estos últimos hechos me temo que se perderán para siempre, porque no tengo forma de recuperarlos.

Por lo menos quedarán en este libro aquellos recuerdos que fueron mis raíces. Que definieron los cimientos de lo que un día llegaría a ser.

Así que busco un título para este libro, que todavía no sé por qué, ni para quién, empecé a escribirlo.

Le doy vueltas a posibles alternativas de nombrar este volumen de recuerdos, pero ninguna me satisface.

Me dirijo a buscar un cuaderno y anotar los títulos que se me ocurren y las ventajas y desventajas de cada uno de ellos. De repente me doy cuenta de que se me ha olvidado dónde iba a buscar el mencionado cuaderno. Es algo que me pasa cada vez con más frecuencia, que no llego a terminar las acciones que empiezo, porque me distraigo, me desconcentro o vaya usted a saber. Lo mismo cuando ya termine este libro recupero mi capacidad para concentrarme en el momento presente.

Así que abro el cajón de la mesa de mi despacho para coger una hoja y escribir en ella y, de repente, lo veo. Lo he debido tener traspapelado por ahí. Es un papel muy antiguo que yo redacté de niño. Una página de mi cuaderno escolar de entonces, manuscrita con lápiz de mina fina, que yo escribí al dictado de mi tío Ezequiel.

Se llama “Historia del nombre de Sacecorbo”. Y dice así:

"Sacecorbo es un pueblo de la provincia de Guadalajara muy antiguo. Yo, Ezequiel Palafox, con la ayuda de mi sobrino de 8 años Germán Palafox, después de algunas averiguaciones, puedo decir lo siguiente:

Sacecorbo se incorporó al Arciprestazgo de Medinaceli, que formaba parte de la diócesis de Sigüenza, tras la reconquista de todas estas tierras a los árabes por el Rey Alfonso VII en el año 1124. Por aquel entonces el pueblo de Sacecorbo se llamaba Salcecorbo y sus actuales vecinos también tenían un nombre diferente: Avenales (actualmente Abánades), Camporrotundo (actualmente Canredondo), Foncentejo (actualmente Ocentejo), Espligares (actualmente Esplegares), Sancti Felicis (actualmente Saelices de la Sal), Camella o Canales (actualmente Canales del Ducado) y Molini Sicci (actualmente el paraje de Molino Seco, o Monseco, donde se pegaron los hijos del tío Celedonio).

Sacecorbo fue siempre, mayormente, un pueblo agrícola y ganadero. Comprende bosques de encina, chaparro, pino, enebro y monte bajo, donde abundan el espliego, el romero y la aliaga. Se riegan algunas zonas con una abundante fuente proveniente de aguas subterráneas, llamada de la Barbarija y produce allí hortalizas, cáñamos y legumbres. En el terreno seco destaca el cereal: cebada, centeno, avena y, fundamentalmente, trigo. Y la ganadería se centra en ovejas y cabras. A la Villa de Sacecorbo ha estado muy unido tradicionalmente el pueblo de Canales del Ducado, a solo 5 kilómetros, en el que destaca su excelente Iglesia Parroquial del S XVII y estructura románica rural.

Sacecorbo se encuentra a 90 Kilómetros de Guadalajara, 145 Km de Madrid y a 1.116 metros de altura, siendo básicamente un pueblo de montaña.

Sacecorbo, que forma parte del paraje natural del Alto Tajo, tiene una cueva natural muy famosa, de más de 2 kilómetros de larga, llamada de Las Majadillas, a unos diez metros de profundidad, compuesta por Las Galerías Secas, la Sala del Tanque y la Sala de la Playa, con una corriente de agua subterránea a la que se accede por el estrecho Paso del Chumino.

Su población ha oscilado en el siglo XX en torno a los 450/ 500 habitantes, aunque, últimamente, se está notando una fuerte emigración, fundamentalmente a Madrid y Barcelona y, en menor medida, a Zaragoza.

Pero ¿cómo se llegó al nombre de Sacecorbo? Hay dos teorías fundamentalmente:

.Los que propugnan que el nombre deriva de un paraje al que los indígenas se referían como el "Sauce Curvo". Antiguamente la palabra "Sace", proveniente de "Saceda" iba asociada a paraje de quercineas: es decir, montes de robles y encinas (del latín cercus o quercus)

.Los que propugnan, por otra parte, que el nombre proviene de un paraje al que los indígenas en la antigüedad distinguían como el "Sauce del Cuervo", aludiendo a un sauce o, quizá, roble en el que se aposentaba un cuervo espectacular. Sauce proviene de salce y roble de sace.

Tanto mi sobrino como yo, sin más medios ni herramientas de las que nos dictan nuestra mera intuición y, desde luego, el sentido poético del nombre, bautizamos sin ningún efecto práctico, sino meramente simbólico, como debiera ser todo en la vida, a nuestro pueblo común, la Villa de Sacecorbo, como "El Sauce Curvo" que, con el tiempo, enderezaría su postura hasta convertirse en la Villa galana y orgullosa que es hoy.

En Sacecorbo, a 24 de agosto de 1965 (día del Santo Patrón de San Bartolomé Apóstol).

Leo esta nota, emocionado. Ya casi ni la recordaba. Pero me alegra ver que mi tío Ezequiel fue fiel a sí mismo hasta el final, buscando el sentido último y poético de las palabras, que se esconden unas detrás de las otras, como en un juego de cajas rusas infinito y universal.

A mí, hoy también, me gusta más "El sauce curvo". No por nada. Es cuestión de sensaciones y querencias. Los cuervos, que pueden ser animales entrañables, a mí, no sé por qué, siempre me parecieron sombríos y tristes. Y a estas alturas de la vida uno prefiere agarrarse a la forma sugerente y extraña de un roble, o sauce, curvo.

Así que, de esta forma un tanto rocambolesca, he llegado al título de mi libro. Aunque no sé ni por qué, ni para quién, lo he escrito todavía. La vida es un nudo de enigmas.

Pero el título está afortunadamente ya decidido: el libro se llamará "Memorias del sauce curvo", que recoge, creo yo, la esencia de todo lo que he querido decir: los recuerdos de un niño curioso y frágil, como creo yo que son todos los niños, que vino al mundo en esta tierra de árboles resistentes y antiguos donde le tocó nacer.

Miro por la ventana. Hace hoy un día luminoso en Madrid y el alma se me ensancha y se me llena de alegría. Como si todos estos días, y semanas, y meses, que he estado escribiendo cobraran de repente sentido y me encontrara yo como un cuervo poderoso posando en el sauce alto y fuerte de mis recuerdos. Y disfrutando de su paisaje. Ahora, quién sabe por qué, también me gusta la imagen del cuervo posado en el sauce. Y asimismo, por tanto, bautizo a mi pueblo con este nombre. Quién me lo impide. Nadie puede hacerlo. Porque los recuerdos y las querencias de uno son absolutamente libres.

Reparo de nuevo en la hoja que escribí con mi tío y me dispongo a guardarla de nuevo en el cajón de la mesa de mi despacho. Pero no llego a hacerlo. Últimamente todas las acciones que emprendo se abortan a mitad de camino. Pero esta vez no es que me haya despistado, como acostumbro, es que tocan a la puerta.

Me levanto de mi despacho y voy al hall a abrirla. No espero a nadie así que la abro con unas ciertas incógnitas en mi corazón.

Y, no sé por qué, me sorprendo al ver a mi mujer que me mira apurada. Entonces le pregunto que por qué está tan preocupada.

Ella se desconcierta por un momento y luego no puede evitar comentar.

–Estaba preocupada porque me he dejado las llaves dentro al salir a la farmacia. Y no sabía cómo te iba a encontrar. El otro día no me conocías y tuve que llamar a Tere para que me abriera la puerta con sus llaves.

Yo no quiero decirle que no me acuerdo de nada de eso en absoluto. Solo deseo gritarle lo contento que me encuentro hoy con el título de mi libro, tan bonito y poético, de "Memorias del sauce curvo". Así que la abrazo y consigo sacarle de dentro una sonrisa y un brillo en los ojos como el que hace tiempo ella tenía.

Ella entra y cierra la puerta y yo vuelvo a mi despacho y continúo con lo que estaba haciendo, lo que pasa es que ya no me acuerdo qué era.

Así que voy al despacho de mi mujer y la encuentro guardando las facturas de la farmacia y los resguardos de las recetas. Ella lo guarda todo en un bloc y después lo coloca en la estantería de su despacho.

Luego me dice, muy cariñosa:

–Germán, ¿qué te gustaría comer hoy?

–No sé, lo que tú quieras, Clara. Algo que tenga que ver con los sauces. Con los sauces curvos, quiero decir.

–Germán, explícate mejor –me mira un tanto extrañada.

–Con Sacecorbo, ya sabes, sauce curvo –y le hago un movimiento con los dedos para ver si lo capta.

–Ah, fenomenal, precisamente me ha traído Pepín unas judías verdes y unas longanizas de allí.

Y se marcha animosa hacia la cocina, feliz de verme hoy tan contento.

Entonces es cuando he visto en el suelo un papel que se le ha debido caer del bloc, al levantarlo y dejarlo en la estantería.

Me agacho a recogerlo y me voy con él a mi despacho, donde me gusta a mí leer tranquilamente.

El papel resulta ser un informe médico, aunque no sé todavía de quién es.

En el cuerpo del informe dice así:

"Tras haberle realizado al paciente un TAC (Tomografía Axial Computerizada) y una Resonancia Magnética Nuclear (RMN) para detectar su actividad neuronal, se le han practicado las pruebas habituales de memoria durante varias sesiones.

El diagnóstico se corresponde con la enfermedad de Alzheimer en fase I.

Los hitos de la misma en el tiempo venidero serán: progresiva inhabilidad para añadir a su mente nuevos recuerdos asociados a su vida presente. Aunque manteniendo sus recuerdos del pasado. Progresiva confusión mental y eventuales cambios de humor y en el lenguaje. Pérdida de memoria del corto plazo, presentando dificultades al interactuar en el entorno familiar y en el vecindario. Distracciones y desvaríos sobre todo al final del día por la fatiga y la falta de luz.

La fase I dará paso a la fase II, donde se agudizarán la falta de concentración y recuerdo de motricidades fundamentales llegando a no recordar aspectos básicos de cómo asearse, vestirse y alimentarse. Aislamiento y progresiva pérdida de los recuerdos de su pasado.

Por último, la fase de demencia severa se caracteriza por una falta de comunicación con el paciente ante el ensimismamiento y la falta de recursos emocionales del mismo. La progresiva desmemoria de aspectos fisiológicos básicos, cuando se agudiza, ocasiona en breve tiempo la muerte, que se produce en una media de 7 años tras diagnosticarse la enfermedad. Aunque, a veces, en los pacientes más jóvenes, todo se acelera y el final puede surgir en cualquier momento.

No existe actualmente una terapia que garantice en absoluto la recuperación del enfermo que se verá abocado a su final, aunque sí existen terapias paliativas y mitigantes que pueden retrasar levemente y, sobre todo, aumentar la calidad de vida de los últimos y terribles años.

Terapia inicial:

.Complejos vitamínicos para fortalecer la actividad neuronal implicada en la memoria y los recuerdos y monitorización periódica vía escáneres de la actividad cerebral.

.Apoyo en el hogar del individuo de cualquier actividad e iniciativa que acometa el paciente y que ejercite su actividad mental y su memoria.

. Ambiente relajado y feliz en su entorno y, en lo posible, ausencia de estrés.

Próxima revisión : 15 enero de 2015.

Firmado:

Doctor E. Parrondo.

Neurólogo Centro Sanitas Millenium. Plaza José María Soler, 7. Madrid 28016

De repente, algo golpea mi mente. No creo que sea ésta la primera vez que yo leo este informe. Le doy la vuelta, lleno de una inquietud creciente y allí me encuentro, por fin, el nombre del destinatario.

Hay primero una casilla que pone: "Responsable". Y allí se indica el nombre de mi mujer: Clara Alsuátegui. Y nuestra dirección y teléfono. Aunque no sabría decir muy bien si esa es nuestra dirección. Y mucho menos asegurar que ese es nuestro teléfono. Pero deben serlo.

Y luego leo mi nombre con letras mayúsculas: GERMÁN PALAFOX RODRÍGUEZ, en una casilla que pone: "Paciente"

Fecha diagnóstico 15 de octubre de 2014.

Me quedo por un momento como helado. Sin poder reaccionar.

El informe lleva grapado a él un folio. Aunque no sé qué relación puede tener éste con él.

Es un poema escrito por mí de mi puño y letra que se titula: *"¿Qué quedará de nosotros?*" Y va fechado, precisamente, el día 15 de octubre de 2014. Dice así:

¿Qué quedará de nosotros cuando a lo nuestro,
que somos nosotros mismos y nuestros recuerdos,
lo cubra, definitivamente,
el manto de ese silencio desértico,
de ese mutismo pétreo y eterno
que ya avanza arrasando las últimas flores?

Y nada vivo ya palpite
bajo la corporeidad marmórea y gris
con la que se viste y se reviste
una y mil veces más
el persistente olvido…

…Seremos, quizá
como unos sonámbulos en mitad de la noche
desnortados, inocentes y ufanos
que se resisten a despertar
de su dulce y cálido sueño.

Y siguen buscándose, todavía, a tientas por las esquinas
en el enrevesado laberinto, imposible e infinito
hecho de errores, éxitos, presagios y desaciertos
que tan bien ha combinado el destino…

¿Por qué será que todo esto lo siento como propio, Dios mío? Así que continúo leyendo ya ávidamente.

…Tal vez vengan después otras nubes
y esparzan su lluvia por tan desolado paisaje.

y corran, entonces, nuestras cenizas, todavía juntas
hasta los profundos sumideros
que conducen a las cloacas oscuras
donde se pudren todos los recuerdos marchitos…

No sé por qué, pero empiezo a llorar quedamente. Como uno lo hace cuando lo está perdiendo todo. Y solo le queda ya despedirse de lo último que tuvo. Que, quizá, ya es solo todo su dolor. Todos sus recuerdos que también desaparecerán de su memoria.

Y, tal vez, ya solo quede pensar entonces en si algo mereció la pena, después de todo.

¡… Y aún así nada habrá sido inútil!
Porque del dolor nacen, como las perlas,
las joyas más valiosas.
Como las lágrimas lavan y embellecen
tras la larga tormenta
las pupilas más hermosas.

Así que llegarán a lo profundo de la tierra
las raíces de las nuevas arboledas
umbrías y recoletas.
Hasta ese sitio húmedo y oscuro
donde reposa el cadáver
que almacenó nuestros sueños
y aun a nosotros mismos.

Y buscarán, allí, la fuente del primoroso verdor
que cobije a los nuevos enamorados
que las pasearán ufanos y decididos
bajo ese velo de ensoñación y de futuro
que nosotros tan bien conocimos.

Porque toda la belleza que hoy resplandece
fue también luz brillante un día.
Aunque ahora viva en los profundos subterráneos
donde giran las turbinas del pasado
que siguen produciendo, sin embargo,
la energía y la luz que, aún hoy,
siguen alumbrando al mundo…

…Y la vida volverá de nuevo a los espejos
–sin que se note el truco,
de que ya han cambiado los actores -

Sí, regresará la vida
con aquella emoción primera

que tintaba de luz nuestros recuerdos
y que, ahora, brillará en las pupilas de otros.

Mientras que nosotros, sepultados
bajo los cimientos del viejo edificio,
que sostienen el futuro
la volveremos a sentir
muertos, aunque temblorosos.

Porque la vida siempre vuelve,
cuando alguien te recuerda.
y, pronunciando tu nombre,
te rescata del olvido.

Como de golpe nace,
como si del pasado,
resurgiera,
tras una noche muerta y fría
la cálida y dulce primavera.

Capítulo 29

La enfermedad el olvido

Sí, es conmovedor cómo, a veces, el dolor descorre las cortinas para que uno contemple la totalidad del paisaje.

Ahora sé por qué escribí yo este libro y cuál fue su primera página. Lo escribí para luchar contra la enfermedad que yo tengo, que es la enfermedad del olvido. Porque cuando uno llega al recodo del camino, a partir del cual se vislumbra la densa niebla de lo desconocido, uno se pregunta, atónito, qué quedará al final de nosotros.

Sí, eso me pregunto yo. Aunque, creo que no solo yo, también todos, luchamos contra el terrible olvido.

Una enfermedad, que también corroe desde hace años a aquellos pueblos entrañables, diminutos y hermosos donde nacimos y que, luego, nos hicieron crecer. Una enfermedad terrible y silenciosa que solo tiene un antídoto: la memoria y los recuerdos de nuestra vida, que un día nos llenaron y pintaron de colores eternos todos aquellos paisajes. Los recuerdos, en definitiva, de lo que nosotros fuimos. Que son, en realidad, los anhelos por los que un día luchamos en aquellos primeros paisajes que nos vieron nacer. Y que servirán también para que todo aquello siga vivo. Eternamente.

Solo hará falta que alguien se interese por aquel tiempo nuestro y, de alguna manera, nos recuerde cómo éramos, y diga nuestros nombres y nos llene otra vez de vida. Aunque lo haga solo para conocer mejor a sus padres y a sus abuelos, o para contárselo a sus hijos o nietos. O, simplemente, para conocerse mejor a sí mismo y de dónde viene.

Ahora que lo comprendo todo, me levanto del despacho y voy a buscar a mi mujer, que está en la cocina, haciéndome unas judías verdes con tomate de la huerta de Sacecorbo y asándome en el horno una deliciosa longaniza de cerdo de la tierra.

Llevo en la mano el informe médico con el poema que, en realidad, era la primera página de mi libro, fechado el mismo día en el que asumí lo que el destino me tenía guardado.

La llamo y ella se gira. Y, al verme con los papeles en la mano, se queda seria y mirándome a los ojos.

–Ya sabes que un día no recordaré ni tu nombre –le digo a ella, y a mí mismo, con un dolor infinito.

Ella deja caer los brazos a lo largo del delantal y va a decirme algo, pero yo le pongo mi dedo en sus labios y le susurro:

–No es justo que yo ya no pueda vivir el presente contigo. Por ello quiero hacerte un regalo.

Ella intenta sonreír, aunque unas lágrimas asoman al balcón de sus ojos.

–¿Ah sí? –me dice– ¿Y qué es?

–Todo lo que yo fui –le contesto lleno de alegría, pero también con algo de tristeza–. Esto. Mis recuerdos. El libro que he estado escribiendo durante todo este tiempo.

Capítulo 30

Disfrutar de los recuerdos

Hoy hace un día luminoso, sí. Miro por la ventana y veo un pajarillo que se ha posado en la balaustrada de la terraza a la que da mi despacho. Por un momento parece mirarme, con una alegría que me recuerda a la de un niño pequeño, como si estrenara el mundo precisamente esta mañana. Me ha dicho mi mujer que hoy ha entrado la primavera. Yo no sé si será mi última primavera. ¿Pero hay alguien que lo sepa de sí mismo?

Yo solo sé que seguiré escribiendo mientras pueda. Porque cuando uno deja de perseguir sus recuerdos es que ya no está aquí.

Y yo quiero seguir disfrutando de mi madre y de mi padre, de mi hermana Tere y de Pepín, del cura don Marcelo y de todos los maestros que yo tuve. De mis amigos Jesulín y Julián. Y de Bertín. Y de Lucas. Y de las primeras chicas. Y de los primeros amores. De mi tío Ezequiel y de mi abuela Guillermina, que tanto me enseñaron… Y de tantos otros que nutren mi memoria y mi nostalgia.

Y quiero volver a recordar todos los colores, y todas las fragancias, de todos los paisajes que rodean a El Sauce Curvo. Ese sitio donde a mí me tocó nacer. Ese sitio entrañable que es la cuna de mis recuerdos. ¿Porque qué es uno al final, sino la suma de sus recuerdos?

Escrito entre Sacecorbo y Madrid durante el otoño de 2014 y el invierno y la primavera de 2015.

Dedicatoria final

A mi mujer y a mis hijos, con todo mi amor y cariño.

En compensación, siquiera mínima, por mis frecuentes ausencias literarias de su lado.

Si te ha gustado esta novela te gustará:

“LEJOS DEL SAUCE CURVO”: La continuación de “Memorias del sauce curvo”. Hará las delicias del público lector que ha seguido las andanzas de Germán y sus amigos, en una España que abandonará el franquismo y sentará las bases de su futuro con la transición.

La adolescencia y la juventud de Germán nos llevará a la búsqueda del amor, a cómo era entonces este sentimiento, a su vida familiar con sus padres y también a su vida de adulto con una hermosa historia que no quiero desvelar.

LINK DE DESCARGA: amzn.to/3EweRMr

“EL DONANTE”: Una novela emotiva y conmovedora en la que el amor y la familia luchan contra el odio y las dificultades. Una novela que está siendo un gran éxito de crítica y público. Una novela para sentir y conocer, una historia que enganchará al lector y como pocas.

No hay nada más hermoso que regalar vida. Pero, a veces, no es fácil. Descúbrelo en esta novela conmovedora que cautivará al lector.

LINK DE DESCARGA: https://amzn.to/3BZtNln

Nota del autor, Agradecimientos y Reconocimientos

Todos los lugares que se mencionan en este libro son reales. No así las situaciones y los personajes que son una invención del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente es pura coincidencia.

Las "Memorias del Sauce Curvo" son un homenaje a todas las vivencias, recuerdos, deseos y esperanzas de los niños y mayores que rodearon al autor en el pueblo de Sacecorbo, donde éste nació y vivió hasta la edad de diez años.

Así que la lista de agradecimientos sería tan larga que no cabría aquí. No obstante, no puedo dejar de mencionar por su participación en este libro:

.A los excelentes escritores Pedro de la Cruz, María Narro y Tino Cuadrado a los que me une, aparte de nuestra amistad, nuestro común amor a la tierra en la que nacimos (en el caso de Tino, sus antepasados), por su magnífica y sentida presentación de este libro.

.Al alcalde Gabino Abanades por haber sabido ver esas raíces que menciona en su presentación, que nos unen a todos. Y apoyar que esta novela pueda ser accesible a todos los habitantes de Sacecorbo, que es el pueblo donde está ambientada la misma.

.A mi admirado y querido amigo Antonio Herrera Casado, escritor y periodista, Cronista Provincial e Hijo Predilecto de Castilla la Mancha, entre otras muchísimas cosas más, por su aliento y sus sabios consejos.

.A Máximo Rodríguez Ortiz que fue el primero que me sugirió la idea de escribir un libro sobre nuestro pueblo común y me ofreció generosamente un montón de información. Igualmente a Guadalupe Matarranz, presidenta de la Asociación de Vecinos, que puso a mi disposición toda la información que ellos habían reunido para la excelente revista que publican desde hace años.

.A Soraya Orellana, por su colección de fotos, una de las cuales se ha seleccionado para la portada de este volumen.

.A los lectores del borrador a los que pedí opinión sobre el mismo: Pepe Pidre, mi hermana Maricarmen, Iñaki Martín, Antonio Herrera y Lionel de Orueta por sus sabias orientaciones, críticas y consejos. A mis padres, Francisco y Jacinta que, con más de 90 años, dedicaron juntos varias tardes a la lectura completa, y varias veces, de esta novela.

.Al Ayuntamiento de Sacecorbo y sus autoridades, especialmente a su alcalde, ya nombrado arriba, y a sus concejales: Florentino Lucía y Mamerto Díaz, donde siempre encontré aliento desde el primer momento que les presenté el proyecto.

.Y, sobre todo, a todas las personas nacidas en la Villa del “Sauce Curvo” (llamada también “Sauce del Cuervo”), familiares, consortes, amigos, conocidos, vecinos de los pueblos de al lado, visitantes, y a todos los que un día nos dejaron, pero siguen en nuestra memoria, porque sin ellos no tendría sentido este libro.

Homenaje a la Villa de Sacecorbo

El autor regala los derechos de propiedad intelectual de su novela “Memorias del Sauce Curvo”, ambientada en el pueblo donde nació, Sacecorbo, sobre todos los ejemplares que se distribuyan en el presente y en el futuro para lectura de la misma entre sus habitantes, a fin de que la adquisición de los mismos por parte del Ayuntamiento sea lo más asequible posible.

Ha sido un placer, y un orgullo, la escritura de esta novela, a la que me he dedicado con pasión durante nueve meses de sol a sol e, inclusive, a veces, de sol a luna. Espero que pueda ser un granito de arena más en la proyección y promoción de nuestro pueblo, que tanto lo merece.

F.R.T.

Presentación del alcalde de la Villa de Sacecorbo (“El Sauce Curvo”)

Raíces

Las acepciones que se barajan sobre el origen del nombre de Sacecorbo se asientan en todos los casos sobre la figura de un árbol, un árbol especial, se entiende: la figura de un gran sauce (o roble) singular que se hallaba en el sitio donde se erigió el pueblo.

Por ello, nada mejor, ni más apropiado, que conocer algo sobre sus raíces. Las que sostienen a su tronco y sus ramas.

Y de esto va este bello libro. De adentrarnos en nuestro reciente pasado y ahondar en las raíces de las que todos provenimos: los ya maduros y más viejos, porque las conocimos y las vivimos directamente y podremos disfrutar ahora con su recuerdo antes de que se nos olviden; y los jóvenes, porque todo lo que ven y viven y sienten ahora, tuvo su origen entonces y, a través de ellas, podrán conocer mejor a sus padres y abuelos y, también, a ellos mismos.

Dicen que todo pueblo que olvida su historia está obligado a repetirla. Y mucho mejor que eso es, debe ser, vivir cada uno su tiempo presente y poder, sin embargo, tener la oportunidad y el placer de revivir todos aquellos momentos que han conformado su existencia y aprender y disfrutar de ellos, sin tener que volver a repetirlos.

Estas “Memorias del Sauce Curvo” se centran, particularmente, en aquel tiempo tan extraordinario de la gran emigración. Un tiempo de cambios profundos, sin duda, donde la gente del pueblo tuvo que hacer frente a retos y riesgos totalmente diferentes a lo que habían conocido antes. Y, en términos generales, todos aquellos esfuerzos ingentes que se hicieron entonces, han tenido la recompensa de un mayor progreso y bienestar, tanto para los que se marcharon a las ciudades, como para los que se quedaron en él.

Y aquellas comunidades tan cerradas de todos los pueblos españoles de los años sesenta, han dado paso ahora a los pueblos modernos, donde conviven tanto los que tienen su residencia y su trabajo de forma fija en ellos, como los que vienen a visitarlos, porque tienen una segunda vivienda, o familia, o les atrae el ocio, o la gastronomía o los paisajes. O, simplemente, los recuerdos de su niñez.

Por eso me alegro tanto y considero relevante el celebrar hoy que tengamos una novela que proyecte el pueblo y sus raíces. Porque disfrutarán de ella nuestros convecinos, por supuesto. Pero, también, todos aquellos que, en nuestra provincia, en nuestra comunidad autónoma y a nivel nacional, tengan la oportunidad de leerlo.

Porque la vida que se relata en este libro, y que nos emocionará, sin duda, al recordar las tradiciones, las costumbres, los nombres de los sitios y paisajes que tan bien conocemos, también se vivió, de forma parecida, en otros pueblos de la España de los sesenta.

Y Sacecorbo puede representar para todos, a través de este libro, ese pueblo típico de aquella época, con el que mucha gente se identifique. Y tenga luego curiosidad de conocer el pueblo actual, por supuesto. Y venga a vernos.

Unas últimas líneas nada más para rendir homenaje también a todos los que ya no están con nosotros. Nos quedará siempre su recuerdo y las vivencias que un día compartimos. Este libro también va dedicado a ellos.

Así que demos la bienvenida a estas “Memorias del Sauce Curvo”. Recordemos y disfrutemos de nuestra niñez, de nuevo, los que vivimos en aquel tiempo. Y los más jóvenes y

niños de ahora, acercaos con curiosidad e interés a este libro. Es ocurrente, original y divertido. Y muy sensible y humano. Yo creo que os enriquecerá y conoceréis algo más a vuestros padres y a vuestro pueblo. Y, por supuesto, si lo veis oportuno, invitad a leerlo a vuestros amigos y conocidos. Entre todos haremos que “El sauce curvo” (o “sauce del cuervo”) sea un árbol cada vez más frondoso y atractivo.

GABINO ABANADES.
Alcalde de Sacecorbo y Canales del Ducado.

¿Qué es la infancia? (Frases célebres)

.La infancia es un privilegio de la vejez. No sé por qué la recuerdo actualmente con más claridad que nunca. (*Mario Benedetti, poeta y escritor uruguayo*)

.El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. (*Pablo Neruda, Premio Nobel*)

.Los niños son el recurso más importante del mundo y la mejor esperanza para el futuro. (*John F. Kennedy, Presidente EE.UU*)

.He llegado por fin a lo que quería ser de mayor: un niño. *(Joseph Keller, matemático americano)*)

.Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa es en ella una maravilla. (*Gilbert K. Chesterton, periodista y escritor inglés*)

.La niñez es la etapa en que todos los hombres son creadores.(*Juana de Ibarbouru, poeta de Uruguay, conocida como "Juana de América"*)

.La única patria que tiene el hombre es su infancia. (*Rainer M. Rilke, poeta austríaco*)

.Lo que pongas en los primeros años de tu vida quedará en ella hasta más allá de la muerte. (*Dicho popular, Anónimo*)

.Todas las personas mayores fueron al principio niños, aunque pocas de ellas lo recuerdan (*Antoine de Saint-Exupery, escritor y aviador francés*)

.Siempre hay un momento en la infancia en el que se abre una puerta y se deja entrar al futuro (*Graham Greene, escritor y guionista inglés*)

.Un pueblo sin tradición es un pueblo sin porvenir. (*Alberto Lleras Camargo, presidente de Colombia y periodista)*

FOTO: El autor en Sacecorbo, el pueblo donde nació. Algún día entre sus dos y tres años.

EL AUTOR

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR es escritor y cineasta, con una extensa obra a sus espaldas.

Nació en Sacecorbo (Guadalajara) en 1957, denominado por su nombre original "El Sauce Curvo" en algunas de sus novelas ambientadas en él.

Estudió Economía y Finanzas Internacionales, ámbito en el que ha desarrollado su carrera profesional como ejecutivo de una importante multinacional española.

Actualmente se dedica en exclusiva a su gran vocación: la literatura y el cine.

OBRAS LITERARIAS:

Thrillers: El astrónomo, El cazador de la Patagonia, El claxon, Cinco estremecimientos.

Literatura y ficción: Lejos del sauce curvo, Memorias del sauce curvo, El donante, El día que fuimos dioses.

Novela sobre el mundo de los negocios: Soñadores.

Autoayuda y ensayo: Mil palabras para la felicidad, Mil palabras para el optimismo, Los mejores 101 momentos de amor y de desamor.

Antología poética 2010-2020: "Poesía, vida mía"

OBRAS CINEMATOGRÁFICAS: guionista y/o productor ejecutivo.
Largometraje: Hoy es todavía (2023)
Cortometraje: Por fin me jubilo (2023).
Largometraje: "Aquí y ahora, vida", (2022).
Documental: "El amor se multiplica" (2022).
Largometraje "Victoria 2030" (2021).
Documental: "Tenedores y violines" (2021).
Largometraje: "Semillas de alegría" (2019).
Cortometraje/teaser: "Delirium", con Lydia Bosch, (2015).
*Cortometraj*e: "Victorita, Victorita…", con Imanol Arias (2013).

Página de Amazon: https://amzn.to/3p2G2YD

Página web de autor: www.franciscorodrigueztejedor.com

Blog literario: http://eldiaquefuimosdioses.blogspot.com/

Facebook: www.facebook.com/frfancisco.rodrigueztejedor/

Linkedin: https://bit.ly/3DElSbt

Twitter: https://twitter.com/RodriguezTejedo

Email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com

Copyright 2023 Francisco Rodríguez Tejedor.

Agradecimiento al lector y valoración de la novela.

Muchas gracias querido amigo/a por la lectura de la novela **“Memorias del Sauce Curvo”** . En el ánimo del autor está la voluntad y disposición de ofrecer al lector una obra lo más sugerente y atractiva posible, ahora y en el futuro.

Para ello agradezco recibir las sugerencias, opiniones y pareceres del lector sobre esta novela, que enriquecerán, sin duda, obras futuras y orientarán también a otros lectores que deseen acercarse a **“Memorias del Sauce Curvo”.**

Puedes hacerlo, si así lo deseas, en el apartado de puntuación y/o comentarios de Amazon destinado a ello. Y/o, también, directamente al autor, a su dirección de correo electrónico: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

LEJOS DEL SAUCE CURVO

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

LEJOS DEL SAUCE CURVO

EDITORIAL NUEVO LIBRO

ÍNDICE

EL AUTOR
DEDICATORIA
CITAS
1. EL DESVÁN DE LOS RECUERDOS
2. TÚ, ESCRÍBELO
3. AQUELLOS INTERNADOS
4. LA COMUNIDAD DE LOS PEQUEÑOS
5. MADRID, MADRID…
6. AQUELLOS DENSOS VERANOS EN EL SAUCE
7. UNA BREVE ESTANCIA EN EL INTERNADO DE HUESCA

8. LA COMUNIDAD DE LOS MAYORES. EL PRIMER BESO
9. AQUEL RAYO CEGADOR
10. CIMIENTOS PARA EL FUTURO
11. ¿ESTUDIAS O TRABAJAS?
12. LOS 18, ESA MAYORÍA DE EDAD
13. LLEGA LA TRANSICIÓN.
14. LOS VIENTOS DEL CAMBIO
15. HACIÉNDONOS ADULTOS
16. FUERA DEL SOÑADO PARAÍSO
17. NO MIRES ATRÁS. AQUEL VIAJE INICIÁTICO
18. LA MILI Y EL FIN DE LA INOCENCIA
19. DUEÑOS DE NUESTRO DESTINO
20. EL SECRETO DE CLARA
21. EL REGRESO AL SAUCE CURVO
22. LA VIDA SOLO ES ESPERANZA
DEDICATORIA ESPECIAL
OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR
ADVERTENCIA

EL AUTOR

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR es escritor y cineasta, con una extensa obra a sus espaldas.

Nació en Sacecorbo (Guadalajara) en 1957, denominado por su nombre original “El Sauce Curvo” en algunas de sus novelas ambientadas en él.

Estudió Economía y Finanzas Internacionales, ámbito en el que ha desarrollado su carrera profesional como ejecutivo de una importante multinacional española.

Actualmente se dedica en exclusiva a su gran vocación: la literatura y el cine.

OBRAS LITERARIAS:

Thrillers: *El astrónomo, El cazador de la Patagonia, El claxon, Cinco estreme-cimientos.*

Literatura y ficción: *Lejos del sauce curvo, Memorias del sauce curvo, El donante, El día que fuimos dioses*.

Novela sobre el mundo de los negocios: *Soñadores.*

Autoayuda y ensayo: *Mil palabras para la felicidad, Mil palabras para el optimismo, Los mejores 101 momentos de amor y de desamor*.

Antología poética 2010-2020: *Poesía, vida mía.*

OBRAS CINEMATOGRÁFICAS: guionista y/o productor ejecutivo.
Largometraje*: Hoy es todavía* (2023).
Cortometraje*: Por fin me jubilo* (2023).
Largometraje: *Aquí y ahora, vida* (2022).
Documental*: El amor se multiplica* (2022).
Largometraje*: Victoria 2030* (2021).
Documental: *Tenedores y violines* (2021).
Largometraje: *Semillas de alegría* (2019).
Cortometraje/teaser: *Delirium*, con Lydia Bosch, (2015).
Cortometraje: *Victorita, Victorita…*, con Imanol Arias (2013).

Página de Amazon: https://amzn.to/3p2G2YD

Página web de autor: www.franciscorodrigueztejedor.com

Blog literario: http://eldiaquefuimosdioses.blogspot.com/

Facebook: www.facebook.com/frfancisco.rodrigueztejedor/

Linkedin: https://bit.ly/3DElSbt

Twitter: https://twitter.com/RodriguezTejedo

Email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com

Copyright 2023 Francisco Rodríguez Tejedor.
Copyright 2023 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

UNAS PALABRAS DEL AUTOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN

L*ejos del sauce curvo* es una novela sobre la búsqueda del amor, y de dar también un sentido a la sexualidad y su turbadora irrupción, desde los primeros compases de la adolescencia hasta el hallazgo del amor definitivo, bien entrada la edad adulta.

Este gran amor se pondrá a prueba ante un gran revés de la existencia, donde la confianza, los secretos de pareja, la honestidad, la intriga y los celos jugarán sus cartas en la partida de la relación amorosa de los protagonistas.

La vida en provincias de los 60’ y la de un Madrid en los 70’ y 80’, época donde se desarrollaron los grandes cambios que conforman la España de hoy: fin de la dictadura, asentamiento de la democracia, liberación de la mujer y su incorporación al mundo laboral, nuevos hábitos y estilos de vida, adhesión a Europa etc., son otras esquinas interesantes que configuran el paisaje donde se desarrolla la historia.

Los valores de aquella época y su espejo en el mundo actual son otro punto capital del valor añadido que ofrece esta novela a los lectores, tanto a los de la generación de los 60´, 70’ y 80’, porque recordarán de dónde vienen, cuáles han sido sus esfuerzos, sus luchas, tanto sentimentales como profesionales y por dejar un país mejor, como a los más jóvenes, que

entenderán mucho mejor a sus padres y, por tanto, a ellos mismos.

Con este homenaje a las dos últimas generaciones que han protagonizado nuestra historia reciente, el autor ha pretendido también mostrar las grandes pasiones e ilusiones humanas que conforman tanto nuestro hoy como nuestro pasado más cercano.

Por último, esta es una novela que pone en valor la memoria, los sentimientos y los recuerdos de todos aquellos que nos amaron, porque son, en definitiva, el cimiento donde se asienta la confianza en nosotros mismos y en nuestra esperanza.

DEDICATORIAS

A *todos los que vivimos nuestra adolescencia y primera juventud lejos del lugar donde habíamos nacido, pero sin poder olvidarlo nunca.*

A *nuestros padres y a todos los que hicieron posible la Transición y pusieron las bases de un país mejor. En agradecimiento.*

A *mis compañeras y compañeros de infancia y de juventud de Sacecorbo, denominado aquí también Sace y El Sauce Curvo, de Sigüenza y de Madrid por compartir aquel trozo de vida juntos que hoy nutre nuestra nostalgia.*

CITAS

"**E**l camino de la juventud lleva toda una vida"

PABLO PICASSO

"**P**oder vivir de los recuerdos es vivir dos veces"

MARCO VALERIO MARCIAL

"**T**odos tenemos dos vidas: la verdadera, que es la que soñamos en la infancia, y que continuamos soñando, adultos, en un sustrato de niebla; y la falsa, la que vivimos en convivencia con los demás, que es la práctica, la útil, aquella en que terminan por meternos en un cajón"

FERNANDO PESSOA

1. EL DESVÁN DE LOS RECUERDOS

Hoy llueve en Madrid. También hace frío. A pesar de que estamos ya a finales de mayo, o a primeros de junio, no estoy muy seguro. Debe ser cosa del cambio climático, del que todo el mundo habla. Pareciera que ahora la gente echara de menos cómo era todo hace unos años, cuando éramos pequeños, cuando éramos niños. Sí, yo también pienso que entonces todo era más bello, más profundo, más puro y humano. Y llovía, y nevaba, y hacía calor cuando tocaba. A lo mejor lo que pasa es que solo éramos más jóvenes y con los ojos más limpios. Y por eso veíamos todo mucho más hermoso.

Todas esas sensaciones las recogí yo en mi libro “Memorias del Sauce Curvo”, que llegó a publicarse y todo, según me dice mi mujer, Clara. Yo tenía un ejemplar por aquí, en la mesa de mi despacho, al lado del ordenador, pero ahora no lo veo, no sé, a veces la mente se me llena de confusión y no estoy seguro de nada.

Enciendo el ordenador, me gustaría escribir sobre lo que pasó después, sobre todos esos cambios que experimentamos cuando fuimos dejando la infancia atrás y nos fuimos haciendo adultos. Quizás ahí está la raíz del cambio climático que ahora sufrimos. Hoy me ha dado con el cambio climático, cuando una idea se me mete en la cabeza me está zumbando en la mente de un sitio a otro y no me deja concentrarme en ninguna cosa más.

Quizás, por ello, no logro acordarme de nada. Es como si mi mente se hubiera instalado en un presente eterno que recogiera solo lo que estoy haciendo y poco más. Así que, frustrado, dejo el ordenador y miro por la ventana de mi despacho. El cielo, gris y húmedo, parece el vientre oscuro de una ballena enorme vista desde el fondo del mar, o a través del cristal de un acuario inmenso, yo la veo muy bien desde mi habitación, cuyas ventanas parecieran las paredes de vidrio de ese mundo submarino.

Entonces me entra un miedo intenso, pienso que los cristales no podrán aguantar por mucho tiempo la presión de tanta agua, o que la ballena podría destrozarlos con un simple coletazo repentino. Sí, eso es lo que va a hacer, las nubes se mueven rápido por el cielo, pero no son las nubes, es la ballena que me ha descubierto y quiere castigarme con su gran cola rompiendo las ventanas de mi casa.

Me tapo la cara con las manos y, además, cierro los ojos, inclino la cabeza hacia mis rodillas, hasta tocarlas, y espero así, en posición fetal y lleno de tensión, la venganza de la ballena por descubrirla. Aguanto la respiración, agazapado debajo de la mesa y, entonces, oigo un ruido ensordecedor. Una gran explosión, como la de una bomba de racimo de las que se usan en la guerra de Siria, según dice la televisión.

Un instante después los añicos de los cristales, aunque no puedo verlos, saltan por el suelo en una cadena de impactos sonoros que me aterrorizan. Me pongo a gritar como un loco, siento ya los dientes de la ballena que se aproximan y anticipo el dolor en cada una de las partes de mi cuerpo por las que me imagino que penetrarán. Lloro desconsoladamente, inerme ante lo que se me avecina.

De repente, siento que me abrazan por detrás, quieren sujetarme, me revuelvo como una fiera, dispuesto a enfrentarme a la gran ballena, hasta que oigo su voz. Su voz, su voz… Su voz es lo único que me tranquiliza, lo único que es capaz de protegerme, de apaciguarme, en este mundo tremendamente hostil que a veces me envuelve y me aprisiona.

–Germán, Germán…, perdóname, tesoro. No tengas miedo, es que se me ha caído el bol de la ensalada. Ya pasó, estoy aquí, contigo –me susurra mi mujer, mientras me besa el pelo.

Su voz me tranquiliza. Porque siempre me dice la verdad. Yo respiro aliviado.

–Ah, Clara, qué sería de mí sin ti. ¡No podría sobrevivir! Menos mal que te tengo, ¿verdad?

Ella me da la mano y acaba de sacarme de debajo de la mesa, mientras su voz me dice eso que quiero oír.

–Sabes que sí, ¡toda la vida! Y yo te tengo a ti, ¿verdad?

–¡Claro que sí! –le digo muy contento de que alguien me necesite–. Aunque yo ya no valgo nada –añado con tristeza y con una lágrima asomándose a mis ojos.

Ella me mira con dulzura y me dice con convicción:

–Tú eres mi hombre, siempre lo has sido y siempre lo serás. Y, además, eres el escritor más interesante del mundo.

–Ya no tengo nada sobre lo que escribir –le digo apesadumbrado–. Ya no tengo recuerdos.

Clara, acusa el golpe, yo, que la conozco bien, se lo noto, aunque, rápidamente, se recupera y dice con su voz cantarina:

–Eso es porque todavía no has comido. ¡Te he preparado un pulpo, que ni los gallegos lo hacen tan bien! ¡Vamos a comer!

Y me coge de la mano y tira de mí hacia la cocina. Yo me dejo llevar, mientras miro por la ventana y un rayo de sol brilla entre las nubes. Sí, quizás, todo es según los ojos con los que lo

miras, me digo en mi interior, tratando de elevarme la autoestima tras lo sucedido.

El rayo dura solo un instante, las nubes grises vuelven a cubrir todo el cielo. Pero ya no pienso en el cambio climático, una evasión como tantas otras en las que me sumerge mi mente para no pensar demasiado en la realidad en la que vivo.

Luego, comemos mientras vemos la tele. Hoy las noticias machaconean una y otra vez con el cambio climático, se aproxima una Dana que va a traer un tiempo inclusive peor. Dana es el acrónimo cuyas siglas corresponden a “Depresión aislada a niveles altos”. La gente escucha Dana, pero no sabe realmente lo que significa, yo mantengo algunas inercias del escritor que fui y, cuando escucho una palabra que no entiendo, rápidamente la miro en el diccionario, si es que encuentro el diccionario, claro.

Sí, la gente se queda con las palabras que entiende y, en vez de Dana, habla de “gota fría”, que es la traducción vulgar de aquella. Yo soy, o era, escritor y debiera manejarme con más precisión con las palabras, pero tampoco sé nombrar lo que me ocurre. Esta enfermedad que me corroe desde hace tiempo.

Sé que es una palabra extraña, escueta y terrible pero nunca la recuerdo por más que lo intento, entonces le pregunto a mi mujer, Clara, y ella utiliza un eufemismo conmigo, un eufemismo literario y hasta romántico que yo le agradezco.

–Mi hombre tiene la enfermedad del olvido, pero yo seré tu memoria y tus ojos y alumbraré con ellos todos los huecos que vayan dejando en tu mente los recuerdos marchitos.

A veces, cuando vienen a mi cabeza estas palabras que me dijo, y me dice, me pongo a llorar de una forma desconsoladora pero también gratificante, al notarme tan afortunado de que una persona me ame como Clara lo hace.

Terminamos de comer y yo le ayudo a recoger la mesa. Luego nos solemos echar la siesta, ella en la cama y yo en un sillón abatible que tengo en mi despacho. Así que le hago una seña cómplice, cerrando los ojos, y me dirijo hacia allí. La oigo decir a mi espalda:

–Mi rey, voy a bajar un momento al garaje, creo que me dejé en el coche tus medicinas, cuando salí esta mañana a la farmacia. Duérmete, ahora subo.

Así que me tumbo en el sillón y me echo una mantita hasta la cintura. Pero, hoy, no sé por qué, no me duermo, la mente se me va, sin que pueda evitarlo, a las catástrofes que va a provocar esta Dana. Hielos que machacarán la agricultura y que harán subir los precios todavía más, inundaciones que arramblarán con todo lo que encuentren, –hace unos días una riada arrancó a un pequeño de los brazos de su madre y el pobrecito no se ahogó de milagro–, y meterá a la gente en sus casas todo el día con el miedo en el cuerpo.

No sé el tiempo que llevo discurriendo, a veces se me van las horas sin enterarme, pero me extraña que mi mujer no haya subido todavía. Aunque a lo mejor lo ha hecho y yo, absorto en

mis pensamientos, no me he dado cuenta. La llamo:

–Clara, Clara, ¿estás ahí?

Pero solo me responde el silencio.

Trato de no preocuparme, a lo mejor solo ha pasado un minuto, a veces discurro tan deprisa que me desoriento con el tiempo que no va tan rápido. Decido cerrar otra vez los ojos y contar ovejitas, siempre funciona.

Alguien me sacude por los hombros. Abro los ojos.

–Eh, dormilón, ¡despierta! Voy a bajar al trastero, ¿me acompañas? –me dice una sonriente Clara.

Yo me despabilo, abro los brazos y la cojo por la cintura.

–¿Y qué vas a hacer en el trastero?

–Tengo que subirme los zapatos y las zapatillas de verano, que guardé en una caja.

–¿Verano? Si ahora viene la Dana…

–¿Y qué? Solo durará una semana. Así tengo la oportunidad de limpiarlos. Luego, dicen que entra el buen tiempo, por fin.

Y sin darme ocasión a responder, tira de mí fuera del sillón. Me pongo un batín y la sigo hasta el ascensor. En él, la noto risueña, con una alegría solo levemente contenida.

–¿Te gusta el buen tiempo, eh? –Le digo.

–Me gustas tú.

A veces pienso que sin Clara no tendría ningún sentido mi vida.

Llegamos al trastero, ella, que lleva las llaves en la mano, abre la puerta y da la luz. El trastero es una habitación de unos seis metros cuadrados, llena de estanterías, cajas y maletas. Clara es una mujer ordenada a la que le gusta tenerlo todo bajo control.

Por eso me sorprende el desorden que observo desde el pasillo, justo detrás de ella.

–Eh, pasa conmigo, no te quedes ahí, como un pasmarote –interrumpe Clara mis pensamientos con un animado timbre de voz.

Así que pasamos los dos juntos al interior del trastero, casi no nos podemos mover en él.

Clara, rápidamente, localiza la caja de sus zapatos y la abre, coge tres o cuatro pares de ella y los mete en una bolsa de plástico grande que ha traído consigo. Yo echo una mirada distraída por mi zona, no tengo nada que buscar por mi parte.

Clara, saca un zapato y lo pone sobre una maleta que está tumbada en el suelo, a mis pies.

–¿Recuerdas este zapato? Me lo compraste en París, aquella vez…

Pero yo ya no la escucho. He sentido un aldabonazo en mi interior. Mis ojos se van hacia la maleta donde lo apoya. Es una maleta muy vieja, de otra época. Es de cartón duro, que simula piel, y tiene unos protectores de cuero marrón en sus cuatro esquinas, un asa saliente y rígida y

dos cierres plateados, que se muestran llenos de óxido, uno a cada lado de la misma.

Rápidamente me agacho, la toco, la acaricio, me llega su olor, que tan bien conozco, y que penetra hasta el más profundo interior de mi mente. Anhelante, desplazo sus dos cerraduras de muelle y saltan como dos resortes ambos pestillos, franqueándome la entrada.

Clara me observa en silencio. Con una sonrisa también anhelante, esperanzada. Pero yo no la miro, levanto, ávido, la tapa y recorro en un instante su interior. Reconozco todo lo que se muestra, varios cuadernos de muelle, carpetas de goma elástica y notas escritas sujetas con un clip o con una pinza.

Entonces me vuelvo hacia ella.

–¿Sabes qué es esto?

Ella duda un momento. Sin saber hacia dónde tirar. Como los tenistas a contrapié.

–Sí, digo no, –balbucea–, cosas tuyas que guardaste hace muchos años –dice, por fin, con voz más firme.

Yo la miro, lleno de gozo.

–Aquí están los recuerdos que me faltan.

Por un momento me vienen de nuevo a la mente sus palabras:

–"Mi hombre tiene la enfermedad del olvido, pero yo seré tu memoria y tus ojos y alumbraré con ellos todos los huecos que vayan dejando en tu mente los recuerdos marchitos".

Fugazmente discurro que tal vez no bajó Clara al garaje, sino al trastero a buscar estos recuerdos para mí. Por eso tardó tanto.

Pero mi mente no me deja tiempo para el agradecimiento, si es que fue así, solo me impele a agarrar la maleta y subírmela conmigo a mi despacho. Como si fuera el más preciado tesoro.

–¿Te lo vas a subir todo? –dice, sonriendo, Clara, contenta de verme tan animado.

–Y más si tuviera –le respondo, raudo, tirando de la maleta hacia el pasillo–. Hoy, Clara, comienza para mí una nueva vida.

2. TÚ, ESCRÍBELO

Hoy estoy contento. Está lloviendo todo el día, pero a mí me da igual. Tengo la maleta a mis pies, en mi despacho. Ayer la estuve inspeccionando, releyendo mis diarios y mis notas de aquella época. Siento que mi memoria es como el huerto que yo tenía de niño en mi pueblo, Sacecorbo, cuyo nombre proviene de El Sauce Curvo, yo lo regaba con doscientos cubos sacados del pozo que allí había y entonces el huerto exhalaba aquel perfume de humedad y de vida que hacía crecer a las plantas y daba aquel colorido a las flores que llamaba a las abejas y a las mariposas de alas vistosas y mágicas. Así siento mi memoria hoy, inundada de recuerdos, llenos de color y de vida. Sí, mis recuerdos…

Un día de aquellos, de cuando yo tenía nueve años, a mediados de los sesenta, don Olegario, el maestro, me dijo a la salida de la escuela:

–Germán, me gustaría hablar con tus padres, ¿tú crees que estarán ahora?

Pero mis padres trabajaban de sol a sol, máxime entonces que acababan de perder a una de sus dos mulas por enfermedad, entonces no había seguros y solo quedaba tirar de los escasos ahorros y apretarse, todavía más, el cinturón. Mi padre labraba con una mula prestada por mi tío Ricardo y mi madre y mi tía Teresa cuidaban de un rebaño de ovejas que encerraban al anochecer.

Así que don Olegario vino ya de noche a casa y les vino a decir a mis padres lo siguiente:

–¿Han pensado algo para la educación de Germán? Es un chico muy despierto, con un nivel de inteligencia que me ha sorprendido. Sería una pena que su futuro quedara limitado por falta de una educación superior.

Mi padre se giró hacia mi madre, ambos se miraron orgullosos.

–Eso ya lo habíamos notado nosotros, don Olegario. En todo lo que esté en nuestras manos, ayudaremos a llegar a nuestro Germán lo más alto que pueda, el problema es que nuestros medios son muy escasos.

Don Olegario sonrió satisfecho. Al menos, no eran del tipo de padres que sacaban a sus hijos de la escuela para que les ayudaran en los campos.

–No se preocupen, yo me encargo de prepararlo para una beca del Ministerio. Si la gana, tal y como espero, no les costará casi nada.

Apenas había cerrado la puerta don Olegario, mi hermana Tere me rebajó mi euforia.

–¡Que no se te suba a la cabeza, Germán! Yo te veo más bien normalito –luego se me acercó, cariñosa–. Sé que sacarás la beca y yo podré salir de este pueblo cuando vaya a verte a Sigüenza.

Mi hermano pequeño, Pepín, que jugaba por el suelo con su coche, ni se enteraba de lo que pasaba.

–¡Germán, quítate de ahí, que estás en mi carretera!

Sí, hoy estoy contento. Tengo recuerdos, tengo memoria de nuevo, eso que alguien importante definió como “fuente de vida”. Para mí es más que eso, es vivir de nuevo la vida que viví una vez. Mi vida actual es rutinaria, monótona y limitada. Solo me quedan los recuerdos que tengo en la maleta. Ellos me traen de nuevo el color de aquellos días luminosos de mi infancia y de mi juventud.

Clara se acerca y me sonríe.

–¿Vas a escribir otro libro?

Extiende su brazo y me acerca un ejemplar de “Memorias del Sauce Curvo”. Me emociono, me tiemblan los dedos cuando lo cojo.

–Así que es verdad. ¡Lo escribí! A veces dudo de ello. El otro día lo busqué y no lo encontraba, pensaba que era otro sueño extraño de mi mente.

Clara se acerca y desliza su dedo índice sobre mi nombre impreso en letras de molde sobre la portada.

–¡Lo escribí para ti! –le digo–. Para compartir mis raíces y mi infancia contigo, ya que apenas puedo compartir nuestro presente.

Ahora la que se emociona es Clara, yo se lo noto muy bien porque la conozco como a mí mismo, o eso creo. Ella se repone en un instante.

–¿Y por qué no lo continúas? El doctor Parrondo cree que es muy positivo para tu “enfermedad del olvido”.

Yo no recuerdo en absoluto quién ese doctor Parrondo, pero hoy estoy muy contento, y más con mi libro entre las manos, y mi maleta con todos mis diarios y notas que yo escribí en mi adolescencia y juventud.

–Sí, lo haría. Pero un libro siempre se escribe para alguien. Si hubiéramos tenido hijos a los que pudiera servirle…

Clara se emociona todavía más, aunque trata de ocultarlo, se gira y endereza un cuadro de la pared. De repente, me acuerdo, no sé por qué, de oírla hablar por teléfono con el doctor Parrondo.

–Escríbelo para todos los hijos de El Sauce Curvo, que salieron de su pueblo para luchar por una vida mejor –me dice–. Sería un bonito homenaje a toda la gente de tu generación.

Sí, eso me gustaría mucho, pienso, aunque no se lo digo. Ahora estoy con el doctor Parrondo en mi cabeza. Cuando algo se me mete en ella ya no hay sitio para más.

–El doctor Parrondo no te deja que me lleves a El Sauce Curvo, ¿verdad? –le digo con dolor.

Clara se sorprende, le cruza una culebrina repentina por todo su cuerpo, como un pequeño espasmo, yo se lo noto muy bien. Luego se recupera, una idea nueva pasa por su cabeza, y me mira con esos ojos por los que yo daría la poca vida que me queda. Esos ojos que se revisten de

una alegría que querría trasmitirme.

–Escríbelo e iremos a presentarlo a El Sauce Curvo, te lo prometo.

–¿Y el doctor Parrondo?

–¡Que le den al doctor Parrondo! Tú, escríbelo.

Le sonrío. Ella respira satisfecha, sabe que ha ganado. Sí, Clara me conoce a fondo también, sabe que he aceptado el reto, quiero dedicar este libro a todos los que luchamos en aquel tiempo de los sesenta y setenta por hacernos unos hombres y mujeres de provecho, cruzando la adolescencia y primera juventud con aquella ilusión que quedó grabada como a fuego en nuestros corazones. Con aquella ilusión que era igual a la de nuestro país, que también luchaba por un futuro mejor…

–¡Sí, que le den al doctor Parrondo! –grito yo también ilusionado y con ganas de empezar

Clara se marcha satisfecha. Yo abro el ordenador. Mientras se configura, pongo a mi lado uno de los cuadernos que había en la maleta, aunque lo voy a necesitar muy poco porque ya sé lo que dice, la sangre fluye, rauda y veloz, por mis dedos hasta las yemas, que buscan y contactan con precisión con las teclas del ordenador, igual que los recuerdos, que navegan ya de nuevo por los antiguos recovecos secos de mi mente.

Al poco tiempo de aquella conversación de don Olegario con mis padres un nuevo revés económico zarandeó a nuestra familia. La única mula que nos quedaba, "Castaña", al cruzarse simultáneamente con un automóvil y con un conejo que le pasó entre las piernas se espantó y acabó despeñándose junto con el carro de madera del que tiraba por la cuesta del Picozo.

Recuerdo cómo lloraban mis padres. Mi hermana Tere nos abrazaba a mí y a mi hermano pequeño, Pepín, que contaba entonces con tres añitos, y todos los vecinos del pueblo vinieron a consolarnos y a ofrecernos ayuda para volver a empezar.

Pero mis padres contaban ya con cuarenta y dos años y tres hijos a sus espaldas, se les hacía duro comenzar otra vez, como si fueran unos recién casados. Sobre todo, porque otras familias, en los últimos tiempos, habían decidido vender su pequeña hacienda en Sacecorbo y emigrar a Madrid, a Barcelona o a Zaragoza y volvían los veranos por el pueblo, si no como potentados, sí exhibiendo un progreso mucho mayor que aquellos que permanecían en el terruño.

El problema era que mis padres no tenían dinero para comprarse un piso, ni grande ni pequeño, en Madrid, Barcelona o Zaragoza, así que tenían que buscarse la vida de otra manera.

–Pues tendremos que conseguir una vivienda de otros modos –nos dijo, convencido, mi padre un día.

Empezaron a hablar con toda la familia y con todos los contactos que tenían con emigrantes de El Sauce Curvo y surgió una oportunidad en Madrid. Mi tío Pepe tenía una habitación disponible en su pequeño chalet de la Colonia Iturbe y a mi padre le salió un trabajo como dependiente en una tienda de ultramarinos del barrio.

En unas pocas semanas despedimos a mi padre en el coche de línea y también a mi hermana Tere, que contaba entonces catorce años y decidió acompañarlo.

Nosotros tres, mi madre nos llevaba a sus dos hijos de la mano, nos volvimos a nuestra casa. Apenas habíamos andado diez pasos mi madre empezó a llorar de forma desconsolada.

Entonces recordé lo que me había dicho mi padre:

–Germán, sé fuerte. Todos los días. Que ahora eres tú el hombre de la casa.

Fue un dolor muy grande ver cómo mi familia se rompía, pero no había otra. Mi madre tenía que quedarse administrando nuestras cosas en El Sauce Curvo, mientras cuidaba del pequeño Pepín, y también de mí, que en poco tiempo me presentaba a la beca del Ministerio. Cuando mi padre consiguiera una vivienda para la familia, nos reuniríamos todos en Madrid.

Recuerdo de aquella época que me convertí, con diez años, en el hombre de la casa y, de una infancia traviesa y juguetona, pasé a ser un chico quizás excesivamente serio y responsable. Con la buena preparación de don Olegario, aprobé la beca del Ministerio a finales de aquella primavera y mi madre hizo la inscripción en el internado del Sagrado Corazón de Sigüenza para cursar el primer curso de Bachillerato que comenzaría el 1 de octubre.

Nunca olvidaré el último verano en El Sauce Curvo, vivido intensamente, a sabiendas de que ya no viviría allí otro igual en mi vida. Nunca había salido del pueblo y contaba los días y las horas en que tendría que abandonarlo. Mi madre me enseñaba a hacer la cama, a ordenarme la maleta, incluso a coserme un botón, para mi próxima experiencia de vivir solo, mientras disimulaba el dolor de pensar que otro de sus polluelos se alejaba de sus alas protectoras.

La última noche me llevó a despedirme de los abuelos, de los tíos y de los vecinos. Fue una tarde de abrazos y de besuqueos sin fin. Algunos me daban algo de dinero, otros alguna estampita de la Virgen y todos me deseaban mucha suerte. ¡Pareciera que me iba a la mili!

Por fin volvimos a casa y estuve jugando un buen rato con Pepín y sus coches y sus soldaditos.

–Germán, pero las navidades están lejísimos. ¿Es que no puedes volver antes? –me dijo.

Se lo estaba pasando bomba conmigo, claro.

–Ya verás qué pronto se pasa, Pepín –le contesté a él y, sobre todo, a mí mismo.

Nos fuimos a dormir como siempre los tres juntos en la cama de mis padres. Allí le pregunté a mi madre.

–¿Cómo te encuentras, mamá?

–Muy bien, Germán. Ya estoy contenta. Todo está preparado por fin. Ahora te toca a ti. Y yo tengo mucha confianza en ti. Como en nadie en el mundo.

Y yo me dormí arrullado por aquellas palabras aunque, luego, en sueños, también apareciera la fachada de aquel colegio imponente y antiguo.

Nos levantamos y nos vestimos. Repasamos una vez más las cosas que llevaba en la maleta y mi madre me entregó las llaves de la misma.

–Lleva cuidado Germán, que no se te pierdan.

Luego apareció la abuela Leonor para quedarse a cuidar de Pepín, que seguía dormido como un tronco, durante todo aquel día. Y por fin salimos a la calle para ir a coger la trillana, que paraba un centenar de metros más allá. Nos juntaríamos con mi padre en Sigüenza que llegaba en tren desde Madrid y se volvería allí ese mismo día.

Alcanzamos la parada un poco antes de las nueve, que era la hora cuando llegaba el autobús, y estuvimos esperándolo en silencio.

De repente, miré hacia mi calle y comenzaron a desfilar por mi mente todos aquellos años y todas aquellas personas que yo había conocido. Los vi a todos como en un segundo, como dicen que ocurre a las personas, cuando saben que van a morir y repasan toda su vida en un instante.

Llegó la trillana y Facundo se bajó resoplando del autobús y colocó la maleta.

–¡Lleve cuidado con la maleta, Facundo! –le pidió mi madre.

–¡Claro, como con todas, no se preocupe, señora! –le contestó el conductor cuando ya cerraba la portezuela del portaequipajes.

Subimos al coche y yo le pedí a mi madre ponernos en la última fila de asientos. Me levanté y estuve viendo por la luneta cómo nos alejábamos del pueblo, San Roque arriba. Sentía que iba dejando atrás algo muy querido.

Pero no eran las calles, ni las casas, ni los huertos, no era ninguna cosa que fuera ajena a mí, lo que yo sentía que dejaba atrás.

Me di cuenta, mientras sobrepasábamos la ermita y el cementerio y enfilábamos la recta del Empalme, cruzando la Vega, que lo que quedaba, esparcido por todo aquel paisaje, como una fina capa de rocío que lo inundaba todo, era una parte, la primera y quizá la más querida, de mí mismo.

3. AQUELLOS INTERNADOS

Los internados en aquellos años cumplían una función esencial para aquellos pueblos perdidos y hermosos, que ahora creo que los llaman la España Vaciada, según he escuchado en la tele, a lo mejor es porque les han hecho el vacío, precisamente, y los han cubierto de olvido. Dado que en las escuelas de los pueblos solamente se facilitaba la Educación Primaria, la única vía que teníamos los niños de estas localidades para cursar el Bachillerato y luego acceder a la universidad era a través de los internados.

Los internados eran un submundo aparte dentro del mundo. Sus altos muros trataban de proteger de los impactos exteriores a aquellas gavillas de niños de diez años en adelante, arrancados prematuramente de los brazos paternos, con el fin de que recibieran una educación académica y de vida que les permitiera en el futuro divisar otras cotas que estaban más allá de las lindes de su terruño.

Aquel de mi ingreso en el colegio fue un día muy bonito para mí, un medio día, quiero decir. Ver juntos otra vez a mis padres y sus gestos de complicidad y cariño me llenaban de orgullo y de satisfacción. Me ponía en medio de ellos al caminar por la calle, como si fueran dos altas torres que fueran a protegerme de cualquier peligro.

Comimos juntos en El Mesón y mi padre no paraba de hablar de Madrid y de las oportunidades que representaba.

–Dentro de poco nos daremos cuenta de que la pobre mula "Castaña" nos ha dado la mejor oportunidad de nuestra vida, empujándonos a irnos a Madrid –decía, con un optimismo desmedido, mi padre siempre era optimista.

Mi madre, mucho más sensible, solo hacía que mirarme. Yo sabía lo que pasaba por su cabeza, aunque no lo decía.

–Mi familia está rota, a partir de hoy estaremos en tres sitios diferentes. Y no veré crecer a mi pequeño Germán, ¡que es igual que yo! ¡Dios mío, ayúdanos para que volvamos a estar juntos!

Así que yo no podía permitirme pensar en lo que me esperaba, sino en disfrutar de aquellos momentos que tardarían en repetirse y en ofrecer a mi madre mi mejor sonrisa para que ella, al menos, no se preocupara de verme a mí con la angustia que me crecía por dentro a medida que nos acercábamos a las cinco de la tarde, la hora en que cruzaría el gran portón del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús y entraría en un mundo nuevo, totalmente desconocido para mí, que no había salido de mi pueblo nunca, salvo aquel viaje a Guadalajara para examinarme de la beca.

Con esta actitud me despedí de ellos, mostrándome contento, casi eufórico, para que se fueran tranquilos. Cuando el bedel cerró aquella puerta enorme, se me cayó la careta y corrí a acercarme a la ventana, los vi alejándose del brazo. En unos pasos, mi madre volvió la cabeza, la vi un segundo, tenía lágrimas en los ojos, y yo me retiré rápido de la ventana para que no me viera.

El bedel, cariñoso, me dijo:

–Has hecho bien, que no se preocupen. Aquí no tendrás problemas, por aquí he visto pasar a centenares de chicos –pero a continuación me avisó–. Claro, te tendrás que portar como es debido.

A eso y a mucho más estaba yo dispuesto en aquellos momentos, para poder pasar aquel trago al que me había empujado el destino.

Me llevaron a la que sería mi cama. El dormitorio estaba en la segunda planta del edificio central del colegio. Era un espacio inmenso que ocupaba casi la totalidad de la misma. Allí había, quizás, cien literas, con dos camas cada una, en cuatro hileras larguísimas, , aunque el total de internos, repartidos por otras plantas y otros edificios anexos se situaba en unos mil.

Me habían dado la cama 27A, la que estaba arriba de las dos. Allí me encontré con el que sería mi compañero de litera, un chico esmirriado y bajito, aunque con unos ojos chispeantes y vivos.

Se llamaba Fermín Palazuelos, como si ya en la pila bautismal le hubieran apretujado el nombre, convirtiéndolo en diminutivo, previendo su corta estatura posterior. Entendí en cuanto nos presentamos por qué nos habían puesto juntos, por riguroso orden alfabético: Germán Palafox, Fermín Palazuelos…

El chico me cayó bien, me dijo que era de Torralba, un pueblo de Soria cercano, para tantearlo le solté:

–¿Qué pasa, que no tenéis colegios en tu provincia?

Me embistió como un toro bravo.

–Y tú, qué, de Guadalajara, lo que dicen por la noche, por la mañana no hay nada.

Nos miramos los dos, cada uno con nuestra maleta en la mano, y nos echamos una carcajada.

–¿Te gustaría dormir arriba? –vi que al hombre se le iban los ojos hacia lo alto, debía estar acostumbrado a ello.

Se le abrió el cielo. Nunca antes habría observado el mundo desde aquella perspectiva. A mí me interesaba más estar cerca de mi maleta, los dos la colocábamos bajo la cama de abajo.

–¿De verdad me dejas?

Fue mi compañero por excelencia durante toda mi estancia en aquel colegio, que duraría seis años. Pensé en aquel momento que Fermín nunca podría defenderme de otros chicos mayores que yo, aunque él siempre repetía lo que ya me dijo aquella noche:

–Yo soy de Soria, pero no tan blando como su mantequilla, ¿eh? – y se estiraba, levantando los talones, para parecer más alto, mientras lo soltaba con voz firme.

Aquella noche, cuando apagaron las luces, y la oscuridad y la soledad nos envolvieron a cada uno, escuché cómo lloraban varios chicos que dormían alrededor. Yo no lloraba, me había endurecido mucho el último año, pero la tristeza me inundaba tanto como la incertidumbre.

Sí, era muy duro, tanto para los padres como para los hijos, aquel desapego tan temprano.

Nosotros nos criaríamos ya sin referencias paternas y sin poder pedirles ayuda o consejo ante un día aciago que nos golpeara con saña. El cordón umbilical que nos unía a ellos era muy débil: las cartas trataban de suplir esa deseada presencia, pero cada vez se alejaban más del día a día y solo escribíamos, pasado el tiempo, de cosas y deseos generales ante la impotencia por la no inmediatez de la respuesta.

Además, no sé con qué fin, decían que era para detectar a tiempo cosas importantes, debíamos echar sin cerrar las cartas en el buzón del colegio, los tutores tenían pues acceso a las mismas. Eso nos inhibía de abrir nuestro corazón y tratábamos de rehuir el relato íntimo de lo que nos pasaba.

Con el tiempo descubrimos un apaño para lo de las cartas. Fermín Palazuelos me dijo un día:

–Te tienes que hacer amigo de Antonio Ruigómez.

Antonio Ruigómez era un externo, es decir, un chico que iba a estudiar todos los días con nosotros, pero que vivía en Sigüenza. Quizás por ello, nos miraba por encima del hombro o, tal vez, es que su carácter era así de altivo y orgulloso.

–¿Por qué? –le dije sin muchas ganas de intentar una amistad con el tal Ruigómez.

–Pues porque le das tus cartas cerradas y él te las echa en un buzón de Sigüenza.

Me rasqué la cabeza. Yo en aquellos primeros meses iba palmo a palmo y con el freno echado.

–¿Y por qué sabes que no las abre él y se lo pasa bomba con nosotros?

–Joer, Germán… Pues las pegas bien pegadas, yo pienso echar pegamento en la solapa del sobre y aquí paz y después gloria. Por si acaso le preguntamos a nuestros padres si alguien ha manipulado el sobre.

A mí, de pensar en explicarle a mi madre tal chapuza del pegamento, me entraba un dolor de cabeza preventivo. Aunque pasado el tiempo vino otro externo a nuestra clase, Rodolfo Segontia, que me ofrecía mejores vibraciones y muchos le entregábamos nuestras cartas y sin pegamento.

El teléfono no existía. Yo creo que solo había uno en Recepción y otro en Dirección, que solo se usaban para casos urgentes y, por otra parte, casi ninguno de nuestros padres tenía coche, por lo que sus visitas al colegio se espaciaban una al mes como norma general y, en mi caso, con la situación tan complicada de mi familia, solo los veía en vacaciones.

Sobrevivir así, en la masa, sin ningún referente de apoyo paterno, criaba en nosotros un espíritu de resistencia y resiliencia sin límites. Sin nadie a quien quejarte, nuestra lucha existencial, al menos al principio, era la mera supervivencia. Éramos niños metidos en nuestra concha, a la que tratábamos de dotar de púas disuasorias como los erizos. Nos costaría años abrir nuestra intimidad a extraños cuando nos hiciéramos adultos, y más si intuíamos algún peligro.

Pasado un tiempo, en unas vacaciones, mi hermana Tere me lo dijo:

–¡Uy, chico, hay que sacarte lo que piensas con sacacorchos!

Nosotros no éramos conscientes de ello, de aquella modificación de nuestro carácter a otro más reservado y defensivo. Por contra, éramos trabajadores y disciplinados a más no poder. Y

deportistas. Descubrimos muy pronto que, como en las universidades americanas, allí los únicos que triunfaban y recibían el reconocimiento del colegio eran los estudiantes excepcionales y los deportistas excelsos.

A mí, un niño mucho más dotado mental que físicamente, aunque también era alto y fuerte el deporte nunca me movió lo más mínimo, me aplicaba en los estudios como nadie. Sobre todo, porque el internado era un colegio privado que costaba su dinero y mis padres, sin la beca que me daba el Ministerio, me habrían tenido que sacar de allí ipso facto si me la quitaban.

Me apliqué tanto que fui el número uno de mi clase, cuarenta y cinco alumnos, durante los seis años que estuve en los corazonistas de Sigüenza y casi todos los años también el número uno de las tres clases que había por curso, unos ciento treinta alumnos en total. De ahí debía venir el dicho de hacer de la necesidad virtud. Y yo, qué remedio, llegué a ser un virtuoso de los estudios, era muy conocido por ello y muy querido por muchos profesores.

Dejo de teclear en el ordenador y pienso en aquellos sufridos profesores, y también en los de ahora, enseñar nunca fue fácil, aunque para mí tengo que es una de las profesiones más hermosas que existen. ¿Quién de niño no ha soñado con ser profesor de mayor?

Pero a veces tiene que ser de las más frustrantes, pienso también, cuando ponen todo su esfuerzo y dedicación, como lo hacían aquellos curas y profesores seglares, y no obtenían el resultado que ansiaban. Por ello, cuando un profesor descubre en un alumno que algo de su simiente está fructificando, se vuelca en él.

A mí, don José Luis, que era el profesor de matemáticas de Primero, rápidamente me cogió en gran estima. Él sabía mucho pero, de verbo conciso y parco, a veces los alumnos no lo seguían. Yo leía su pensamiento y lo captaba todo muy bien. Él, habitualmente frustrado, encontraba en mí un remanso de satisfacción docente. Y, cuando algún alumno seguía sin entender sus explicaciones, me invitaba a mí a salir a la pizarra:

–A ver, Palafox, –nos trataban y nos tratábamos siempre por el apellido, salvo en las conversaciones privadas con algún amigo–, ¿tú sabes lo que he querido decir?

Y entonces salía yo y, con mi lenguaje infantil y más pegado a la edad de mis compañeros, acercaba aquel problema a la mente de aquel chaval perdido que acababa por conectarse a la luz.

–¡Ahora sí, don José Luis! Ahora lo entiendo todo.

Don José Luis, que tenía unos treinta años, también estaba interno en el colegio. Vivía en una pequeña habitación del mismo. Se compraba todos los días el AS y un día se le debió ocurrir cómo premiarme. Me llevó a su despacho y me dio el periódico del día anterior.

–Métetelo bajo el jersey, que no te lo vean los curas– me dijo–. Te lo daré todos los días.

Con la sorpresa, me llevé un soponcio, pero de alegría. Aquello era un tesoro. Yo, que probablemente era el niño más pobre de la clase, si no del curso –mis padres, hacían lo que podían, pero apenas me dejaban dinero para gastos particulares sobre todo los primeros años– conseguí con el AS, mira tú por cuánto, enderezar mis paupérrimas finanzas.

Aparte de trapichear con las fotos de los jugadores, las del Madrid se pagaban muy bien y aquí Fermín Palazuelos me ayudaba mucho, luego repartíamos las ganancias como buenos socios, descubrí un día el diamante de los cien quilates.

Se me acercó una tarde lluviosa y aburrida un chico de Tercero, que tendría unos catorce años.

–Oye, ¿qué haces con la chica de la contraportada?

Yo, al principio, no caía.

–Sí, la del Buenos Días del AS, que sale en bañador.

Entonces sí que caí, claro. Era una chica espectacular que llenaba la mayor parte de la penúltima página del periódico. Acompañaba a la foto un texto a tono con la misma, picante y levemente erótico, que firmaba un tocayo mío: Germán Hebrero San Martín, lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Nunca supe a qué venía esa sección en un periódico deportivo, salvo si iba destinada a incrementar las ventas, claro. Allí, en los corazonistas, los chavales en edad suspiraban por la misma.

–No hago nada en especial con ella –le dije.

Me miró y, bajando la voz, me habló casi en un susurro.

–Dime cuánto quieres.

Tardé un momento en contestar. Me acordé en aquel instante del pobre Fermín Palazuelos y de mí mismo, que ya sufría algunas tirrias de mis compañeros. Mira por cuánto podía haber una solución, aunque opté por ser cauto.

–Nada, nada en especial –le dije.

Él se me quedó mirando, un tanto perplejo, desde su uno ochenta que medía.

–¡Pues, gracias! Vendré a buscar la de mañana.

–De nada.

Y ya cuando se giraba para irse le solté.

–¡Me debes una!

Él se volvió y me contestó con naturalidad.

–Claro, hoy por mí, mañana por ti. Dime en lo que pueda ayudarte, ¿estamos?

–Estamos, eso haré.

Aquel chico se llamaba Esteban Gómez y, con el tiempo, se convertiría para mí en un faro que me alumbraría el tiempo futuro de los cursos superiores que me esperaban.

Como decía antes, en la masa todos criábamos unas púas disuasorias como los erizos. No quedaba otra que hacerte respetar. A mí no me preocupaba pelearme de igual a igual con los de mi edad. En general había buenos sentimientos, pero la envidia y la frustración aparecían de vez en cuando. A Fermín y a mí algunos nos llamaban Palacio y Palacete y cosas parecidas, y mi éxito en los estudios acarreaba el inevitable empollón, enchufado y pitagorín. Pero otra cosa eran los mayores, aquellos que se sacudían sus frustraciones y desgracias acongojando a los pequeños.

Ahí tenías pocas opciones, salvo sufrir en silencio. Otra cosa era ser amigo de Esteban Gómez, el chico más fuerte de Tercero, el último curso de la "Comunidad de los Pequeños". Y que todo el mundo lo supiera, por supuesto. El grandullón Esteban Gómez, un chaval excelente, por otra parte, al que le empezaban a gustar, como a un tonto una onza de chocolate, las chicas de bandera. Como nos ocurriría a nosotros en no mucho tiempo, ni más ni menos.

Don José Luis, aquel profesor tan bueno en los números, que las palabras se le daban rematadamente mal, no sospechaba, ni por asomo, cuánto nos ayudó a todos.

4. LA COMUNIDAD DE LOS PEQUEÑOS

El internado se dividía en dos comunidades que, aparte de estar separadas físicamente, una a la izquierda de la entrada, la otra a la derecha, gozaban de libertades muy distintas, dentro de la disciplina y el conservadurismo que reglaban la vida en el internado.

La nuestra, la comunidad de los pequeños, a la que pertenecíamos los chicos de primero, segundo y tercero, es decir, hasta los catorce años, más o menos, estábamos a la derecha de la entrada, la comunidad de los mayores a la que pertenecían los chicos de cuarto, quinto, sexto y COU a la izquierda. Y digo chicos, porque allí no había chica alguna, ni pequeña, ni grande, quiere decirse mujeres, salvo las cocineras del comedor, que más que grandes eran ya abuelas, y un antídoto contra la lujuria, de las que ya hablaré más adelante.

Los chicos de la comunidad de los pequeños no salíamos por la ciudad de Sigüenza nunca. Permanecíamos siempre en el colegio, salvo de dos y media a cuatro que íbamos, salvo mal tiempo mayúsculo, a un campo de deportes que estaba a las afueras de la ciudad. Para mantenernos controlados, a una masa de cuatrocientos niños y preadolescentes, nos aplicaban un horario rígido e infernal que se cumplía a rajatabla, allí siempre estabas ocupado.

Nos levantaban a las siete de la mañana, encendiendo las luces de golpe o batiendo las palmas, desde entonces conservo la costumbre de levantarme de un salto. Quince minutos para asearnos, cara y manos, y luego bajábamos la escalera en silencio hasta la capilla, donde íbamos diariamente a misa.

Después, también en silencio, nos llevaban al comedor donde, de pie, al lado de unas mesas de mármol blanco, escuchábamos la bendición de los alimentos. Cuando por fin podíamos sentarnos, estallaba un griterío monumental y devorábamos lo que nos ponían, pan con mantequilla y mermelada y café con leche, que ya estaban sobre la mesa. Allí, si no andabas listo te birlaban tu ración.

A veces, durante aquella explosión de libertad hablante, se nos subía la autoestima y practicábamos el juego de la palanca, sobre todo si estaba a nuestro cuidado un cura gordito y bonachón, don Unilo, que tampoco tenía una vista de lince.

La palanca consistía en situar sobre el extremo del mango de la cuchara un trozo de mantequilla y dar un puñetazo fuerte sobre la cazoleta cuya parte cóncava quedaba a unos centímetros de la mesa y hacía de palanca. La mantequilla volaba hasta el techo y, algunas veces, se quedaba pegada en él, lo cual lo celebrábamos con un griterío todavía más ensordecedor. Si no lo alcanzaba o se despegaba, solía caer en la taza de algún despistado y le ponía todo perdido.

Cuando el cura de comedor descubría las mantequillas en el techo o sus manchas, hacía una pregunta retórica:

–¿Quién lo ha hecho?

Digo retórica, porque en toda mi estancia allí, nunca nadie confesó su autoría ni, por supuesto, los demás lo delataron. Por lo que todos los castigos en el internado, salvo casos cogidos in fraganti, acababan siendo colectivos.

–Nadie lo sabe, ¿no? Pues esta noche en vez de iros a dormir, iremos media hora a la raya blanca.

Entonces se iniciaba una ola de murmullos de protesta.

–Vaya, tenéis ganas de juerga, ¿eh?, pues serán tres cuartos de hora en la raya.

Los murmullos bajaban a la mitad.

–Vale, chicos, vuestros compañeros quieren una hora, pues una hora será.

Entonces se acababan los murmullos. Siempre acabábamos en una hora en la raya blanca. Era como un rito de protesta sindical que siempre ganaba el patrono tras el desahogo de una pequeña huelga.

La raya blanca era una fila larguísima de baldosines de ese color que había a cada lado del pasillo principal que separaba las clases. Allí, en fila de a uno, un alumno por baldosín, aguantábamos a pie firme la hora de rigor, sin movernos, sin hablar y muertos de sueño. Para el cura era muy fácil controlarnos desde atrás, si alguien se movía o hablaba le esperaba una colleja que volvía a ponerlo en el sitio.

Así que terminábamos el castigo sin ganas de repetir la revuelta, hasta que se nos olvidaba, o amenazaba tormenta y la electricidad del ambiente nos sacaba de quicio y volvíamos a las andadas. Aquellos curas, que eran muy pocos, observaban siempre el tiempo y sus vaivenes a fin de estar prevenidos ante los movimientos de la masa.

Nosotros, en general, apreciábamos a nuestros tutores, muchos eran entrañables, al fin y al cabo llevaban prácticamente la misma vida que nosotros, una vida de encierro y convivencia juntos, en la que siempre se encariñaban de sus alumnos, y sus alumnos pasábamos por sus manos y nos íbamos a otro curso, o a la comunidad de los mayores, o terminábamos nuestra estancia en el colegio y nos veían partir, pensando en su interior, como cualquier padre, si

habrían acertado o no con la mezcla de disciplina y cariño que nos fuera útil.

Había algún cura pegón y arrebatado, que solventaba su escasa pericia en manejar la masa a bofetadas, como don Reinaldo, que una mañana de domingo en que nos levantábamos más tarde, detectó ciertos murmullos por la zona donde yo dormía, se acercó a nuestra litera, nos despertó a Fermín y a mí, dormidos como un tronco, pudiendo comprobar que nosotros no habíamos sido, pero aun así, hizo que nos levantáramos y allí nos pegó dos tortas a cada uno, y aquí paz y después gloria.

Don Reinaldo se debía preguntar por qué era tan torpe en aplicar la disciplina y sus alumnos le obviaban y se alejaban de él. Y por qué su coche, a final de curso, era el único que acababa rayado entre los de todos sus compañeros.

Hoy he visto en la tele que en España hay un porcentaje del 40% de jóvenes que toman o han tomado alguna vez medicamentos contra la depresión. Y la profesión de maestro es una de las más afectadas por esta misma enfermedad. Yo pienso que la raíz es que no se cumple el viejo axioma de "disciplina con cariño". Cuando nuestros padres nos llevaban al internado el tutor les decía: "Aquí, disciplina con cariño, pero disciplina". Y los padres se volvían a sus casas tan contentos, sabiendo que su hijo estaba controlado y creciendo en fortaleza para luego hacer frente a las dificultades de la vida. Hoy en día, los maestros tienen menoscabada su autoridad y, cuando la ejercitan, los padres, lejos de apoyarlos se les echan encima y los maestros se frustran y acaban pensando en su interior: "pues si a usted no le importa su hijo, por qué me va a importar a mí".

Sí, a los jóvenes de hoy en día, los padres los protegen de toda contrariedad, a la par que invierten en ellos una cantidad ingente de recursos: cursos de violín, viajes al extranjero, clases de submarinismo, móviles desde que les salen los dientes, con la esperanza de que luego todos ellos lleguen a presidentes.

Chicos tan mimados, tan poco ejercitados en el esfuerzo, en superar la frustración, y tan presionados por las altas expectativas que recaen sobre ellos, cuando llegan a adultos y se enfrentan al mundo real sufren tal decepción que acaban en la tristeza y en la depresión. Y qué decir de los profesores, que son conscientes de este proceso, pero que se sienten atados de pies y manos por unos padres que no soportan escuchar la verdad sobre sus hijos, y acaban tirando la toalla o deprimidos también ante la inutilidad de su esfuerzo.

Allí salíamos disciplinados a más no poder y trabajadores a más no pensar, pero también marcados por aquella gestión colectiva de la masa. Aquellos castigos para todos de la raya blanca nos moldearon en no destacar, en no sobresalir, en buscar un perfil esforzado y discreto que se acomodara al grupo.

Sí, hoy pienso en la educación, en lo importante que es, y me quedo con la “disciplina con cariño, pero disciplina”, con los medios suficientes, claro, no como en aquel internado en que una docena de curas tenía que controlar a mil estudiantes. Y tenían que tirar por la calle de en medio, es decir, por una gestión colectiva y poco individualizada. Hoy, con clases de 25 o 30 alumnos y medios tecnológicos por doquier, duele la situación que pinta la tele. Aunque yo no soy ningún especialista, ni siquiera he tenido hijos, pero hoy me funciona bien la cabeza y me da por escribir sobre estas cosas.

Cuando termino, me levanto y voy a la cocina y sorprendo a mi mujer Clara con la cara empapada de lágrimas. Pero ella disimula y me dice que ha estado pelando unas cebollas. Yo allí no veo cebolla alguna. Miro sin que ella se dé cuenta al cubo de la basura abierto por si estuvieran allí las mondas, pero no veo ningún resto. Me empiezo a poner triste, ella se limpia la cara y me pregunta:

–¿Qué tal vas con tu libro?

Yo me lleno de alegría.

–Muy bien, Clara, me acuerdo de todo y hoy comprendo muchas cosas, estoy como loco por continuar.

Ella recupera la luz que siempre tuvo en sus ojos, en su sonrisa:

–Pues, anda, ve. Escribe lo que te traigan tus recuerdos.

Y me vuelvo rápido a mi ordenador. Con esa alegría que da bucear por el mar de tu niñez.

Al día siguiente de los tortazos de don Reinaldo tenía que ir yo, previo permiso del tutor, a un centenar de pasos del colegio, donde paraba la trillana, –cuyo nombre provenía del pueblo de Trillo, de donde eran sus dueños–, aquel desvencijado autobús que conectaba Sigüenza con El Sauce Curvo. Mi madre me enviaba la bolsa –una de tela blanca con mi nombre bordado en color azul y el nombre del Colegio en rojo, que me había hecho ella misma– con la ropa limpia todos los lunes y yo se la enviaba con la ropa sucia todos los viernes. Era de los pocos niños que no lavaba la ropa en el internado, este sistema era más trabajoso, pero más barato.

Estaba dolido por lo ocurrido con don Reinaldo y deseoso de contárselo a mi madre y obtener su reparación y consuelo. En la bolsa sí podíamos mandarnos sin ningún problema cartas de verdad. Aunque yo trataba de no preocupar a mi madre, que bastante tenía la pobre viendo a su familia dispersa entre Madrid, Sigüenza y Sacecorbo.

El conductor, Facundo, al darme la bolsa me dijo:

–Germán, hoy pesa mucho, seguro que tienes una sorpresa.

La abrí allí mismo. La sorpresa era un bote grande de leche condensada. Una de las cosas que a mí más me gustaban. Junto a ella, media vuelta de longaniza casera, que me enviaba todas las semanas y una carta, en la que siempre me daba ánimos y que yo releía todas las noches en mi cama, hasta que apagaban las luces. Sus palabras eran como un bálsamo para mí y un acicate para estudiar duro y sobreponerme a las dificultades, así como a las bofetadas de aquel bruto de don Reinaldo.

Sus palabras las paladeaba yo en la oscuridad, antes de quedarme dormido: "mi querido Germán…", "estoy tan orgullosa de ti…", "no decaigas nunca que, aunque no estemos contigo, te llevamos en nuestro corazón", "este esfuerzo que estás haciendo tendrá una gran recompensa, no lo olvides nunca", "mil besos de tu madre que te quiere" …

Aquella noche, decidí que el bote de leche condensada sería mi recompensa por lo de don Reinaldo y que no le amargaría a mi madre contándole lo que había sucedido. Se me había ocurrido una idea estupenda para saborearlo.

De los muelles de la cama de Fermín, até un cordón largo que abrazaba y sujetaba el bote al que había hecho dos aberturas opuestas con mi abrelatas. Si yo lo inclinaba para adelante, la leche condensada se deslizaba desde su abertura, se convertía en un fino chorro hasta que alcanzaba a mi boca abierta y expectante. Era un placer estar metido en la cama en aquellos fríos días de diciembre y recibir, como de un surtidor del techo, aquel manantial de leche y azúcar. Me di unos cuantos tragos en la oscuridad y ya cuando me dispuse a dormir eché el bote para atrás y el chorro se extinguió.

No sé lo que debió ocurrir durante la noche. Pero lo cierto es que cuando dieron la luz por la mañana para levantarnos el bote se había volcado hacia abajo y yo tenía una plasta de leche condensada sobre la mitad de la cara que también me tapaba el ojo y el oído. La misma se había quedado dura y yo no me la podía quitar. Rápidamente Fermín llamó al cura, afortunadamente aquella mañana era el bueno de don Unilo.

–¡Hay que llevarlo al ambulatorio, a ver si se le va a dañar el ojo!

Todos los chicos se acercaban a verme y observaban con regocijo el artilugio del bote. Era el héroe del día, y hablarían de mí durante todo él.

En el ambulatorio al que me llevó en coche don Unilo, me lo quitaron con agua caliente y un disolvente y me lavaron el ojo y el oído con agua abundante desinfectada.

Cuando el enfermero terminó, le dijo en plan relajado a don Unilo:

–A ver si les dan mejor de cenar, este chico se moría de hambre, ja, ja, ja…

Don Unilo, que era la bondad en persona, no echó en saco roto el comentario y lo debió hablar con el rector. Así que, en los siguientes días, nos dieron unos pastelitos tras las cenas, ante el temor de que el artilugio de la leche condensada se extendiera entre los chicos como la pólvora. Poco a poco fueron espaciando los pasteles, hasta que tras las vacacione de Navidad, aplicaron el "año nuevo, vida nueva".

Con Fermín de altavoz, mi reputación ganó muchos enteros en el grupo, ya no era solo un empollón odioso, sino poco menos que un rebelde sindicalista que había conseguido aquella mejora alimenticia para todos. Fermín también elevó su estatura y ya no éramos Palacio y Palacete, sino que nos convertimos en: ¡Palafox y Palazuelos son la leche!

Como decía, nos mantenían siempre ocupados. Además de misa y rosario diarios –este último con el tiempo lo quitaron siempre que lo rezáramos nosotros en nuestra cama por la noche (toma del frasco, Carrasco)– teníamos cinco clases diarias de una hora más cinco horas y media de estudio –una hora de preparación antes de cada clase y otra media de preparación del día siguiente– en total diez horas y media de trabajo.

El resto del tiempo se repartía entre dos pequeños recreos de quince minutos cada uno por la mañana, en los que salíamos a un patio, que se inundaba de nuestro griterío tras tantos minutos de silencio y otro por la tarde de media hora para merendar, siempre un trozo de pan grande y una onza de chocolate pequeña. Aquel era el momento para subir al dormitorio, abrir nuestra maleta y rebuscar entre las latas y la comida de casa. También para cambiar cromos por cromos con otros chicos, o también por latas de sardinas o mejillones.

Ahí es donde Fermín y yo explotábamos el AS de don José Luis.

–La foto de Amancio marcando el gol en la Copa de Europa vale una lata de foigrás.

–Esto es una estafa –bramaba Ramón Santaella–. Un abuso.

–Bueno, vale, te damos también otra de Pirri, de media página, para que la pegues en tu taquilla.

El tal Ramón Santaella que jugaba, además, muy bien al fútbol y estaba en el equipo de la clase, accedía:

–Bueno, eso es otra cosa… Pero no se lo digáis a nadie, ¿eh?, que luego creen que soy un

blando.

–¡Pero si nos has sacado más que nadie!

Y Ramón Santaella se iba tan contento y, además, por si acaso, luego contaba que no le gustaba el foigrás. Pero Fermín y yo nos lo untábamos sobre el pan con fruición para compensar la escueta onza de chocolate.

Después de la comida íbamos en fila hasta más allá del castillo de Sigüenza que muchos años más tarde sería uno de los paradores más bonitos de España, hasta el campo de deportes del colegio que se llamaba "El castillo de los deportes", precisamente. Allí había una docena de campos de fútbol, un par de ellos reglamentarios y los otros más pequeños donde se lanzaban a practicar los jugones como Ramón Santaella, y una gran piscina, cuyo agua estaba helada inclusive en verano.

Íbamos todos los días a "El castillo de los deportes", aunque cayeran chuzos de punta. Los curas sabían que varios días sin salir del colegio suponía que la electricidad del ambiente subiera muchos voltios con la reclusión y nos pusiéramos nerviosos. Así que en invierno no nos quedaba otra que estar apretujados bajo el porche del vestuario de la piscina o en las numerosas rocas que había en los aledaños a los campos de fútbol y aguantar el frío como podíamos. Los más pequeños no regulábamos bien el vestuario que nos convenía según el tiempo y a veces cambiaba este, nos pillaba sin abrigo, y tiritábamos allí durante horas. Yo me inmunicé tanto sobre el frío que jamás cogí ningún catarro hasta cinco años después de salir del internado, con eso digo bastante.

Los sábados y los domingos nos íbamos a hacer deporte el día entero, salvo las pausas para comer y para la misa. Yo alguna vez jugaba al fútbol, como no era muy habilidoso, el capitán me decía:

–Tú, Palafox, que eres alto, de defensa, y ya sabes, si pasa el balón que no pase el jugador.

Pero yo me desconcentraba y a veces pasaba no solo el balón sino dos o tres delanteros contrarios y dejaba vendido a nuestro portero, Pedro Vaquerizo, que me decía:

–Palafox, tú serías un buen delantero –pero yo sabía que me lo comentaba solo para alejarme de su portería.

Así que dejé de jugar al fútbol y me integré con los grupos de no deportistas, una fauna variada que nos dedicábamos a cosas muy diversas. Me encontré con Fermín que me dijo bromeando, pero muy contento de tenerme a su lado:

–Ya sé que querías abandonarme, pero con nosotros estarás mucho mejor.

Se nos unieron a nosotros otros dos chavales: un chisgarabís tan enano como Fermín, pero muy gordito, que se llamaba, la gordura le debía venir de familia, Mariano Sobrón Barrilero, (sobrón en grasas por parte de padre, y cuerpo de barril por parte de madre) y un chaval alto como yo, bien parecido y lector voraz, al que se le daba el fútbol tan mal como a mí, que se llamaba Pedro Valtierra.

Nosotros aprovechábamos para jugar a las cartas, en alguna de las muchas cuevas que había por los roquedales que daban al río, contestar las de nuestras familias y leer novelas del oeste, Pedro Valtierra me inició en las de Marcial Lafuente Estefanía que, por aquel entonces, debía haber escrito ya más de mil novelas de las dos mil seiscientas que escribiría en su vida hasta que falleció en 1984. Pedro decía que se las había leído todas.

En cada página Marcial Lafuente mataba a un par de bandidos, pero también buscaba para el protagonista unas chicas lindas y amorosas que, según fuimos cogiendo edad, nos encandilaban sobremanera. También jugábamos al ajedrez o a las damas, con unos minijuegos de Fermín (en él todo era mini). Pero, lo más excitante era hacer una mini fogata en la cueva que echara poco humo, para no despertar el interés de los curas y que nos conservara calentitos.

Mariano Sobrón era un aficionado a los insectos, reptiles y cualquier animal pequeño que circulara a su alrededor. Sentía una atracción ineludible hacia ellos y llevaba siempre un frasco de cristal en el bolsillo, con un tapón agujereado para que respiraran, con sus últimas conquistas. Le gustaba experimentar con ellos y nos involucraba en sus experimentos. Uno de los que más le gustaba era coger a una lagartija del rabo, colgarla boca abajo y ponerle debajo un mechero encendido.

La lagartija, para huir del fuego, empezaba a balancearse de un lado a otro hasta que, cuando no podía más, se le rompía el rabo por la mitad y entonces ella caía al suelo y escapaba en un santiamén. Mariano Sobrón ponía en la tierra el rabo, que se movía como si tuviera vida propia, y nos decía:

–¡Qué animal más inteligente! ¿Habéis visto? Para salvarse decide perder una parte de su cuerpo. Y, además, el depredador se despista con los movimientos del rabo, mientras ella se pone a buen recaudo. ¡Qué lección!, ¿no creéis? Aquí se aprende más que con don Roberto.

Y nosotros nos quedábamos boquiabiertos con lo que habíamos visto y aprendido.

Don Roberto era el profesor de latín, un mal profesor que martirizaba al pobre Sobrón. Sobre todo, después de que un día se le escapara a este una rana del frasco y empezara a dar saltos

por la clase. ¡Qué jolgorio nos pasamos tratando de coger al pequeño batracio!, hasta que el anfibio saltarín de un brinco se subió a una mesa y de allí en otro se escapó por la ventana. Pero, a partir de aquel día, don Roberto le tenía una tirria bereber a Sobrón, aunque también se las tenía a otros sin venir a cuento.

–A ver Sobrón, Sobronis, Sobronus –lo sacaba a la pizarra a traducir la frase más intricada del día.

Y el pobre Sobrón, claro, se devanaba la cabeza, pero no daba ni una.

–Te voy a tener aquí hasta que llores –le recriminaba don Roberto.

Y Sobrón, para acabar aquel suplicio, empezaba a llorar como un magdaleno. Y entonces don Roberto daba por concluido el castigo.

Pero, cual sería nuestra sorpresa, cuando después de tamaña humillación, al día siguiente, lo volvió a sacar a la pizarra.

–A ver, llorón, lloronis, lloronus… ya sabes lo que tienes que hacer.

Al pobre Mariano Sobrón se le saltaron las lágrimas, esta vez de verdad, de humillación y vergüenza.

Y nosotros nos quedábamos boquiabiertos con lo que habíamos visto y con lo que no debíamos haber aprendido.

A don Roberto también le rayaban el coche al terminar el curso y al final acabaron por prescindir de él en el colegio. Sus alumnos obtenían un nivel de latín más bajo que el resto. En su último día, con la maleta ya hecha, le oyeron dar alaridos en su habitación; al parecer, de una manera misteriosa, habían entrado un par de culebras de agua en su cuarto que le salieron debajo de la cama. Nosotros cuando nos enteramos sentimos un extraño regocijo.

Pero, afortunadamente, don Roberto y don Reinaldo, a los que Dios tenga en su gloria, pero tras un largo y previo paso por el purgatorio en el que volverían a su niñez y recibirían diez mil clases cada uno para que aprendieran a ser buenos profesores, eran las excepciones en aquel grupo de curas cercanos, que llevaban una vida como la nuestra, que vivían únicamente para sacarnos adelante poniendo en ello todo su empeño y dedicación.

Recuerdo a don Malaquías, a don Francisco, apodado "el Fransuá", que nos enseñaba el francés cantando, a don Segismundo, el profesor de dibujo para el que retratábamos unos caballos de pelo brillante y ojos melancólicos que nosotros luego enseñábamos con orgullo en

casa, a don Ezequiel, que se llamaba como mi tío, y que nos daba literatura leyendo todos en voz alta a Cervantes, su príncipe universal de las letras, y a San Juan de la Cruz. ¡Cuánto aprendería yo de él en mi vocación posterior! A don José Luis con aquel, para mí, AS salvador, siempre bajo el brazo. Y a tantos otros. Sobre todo, al vicerrector que se llamaba José Antonio Camino, al que llamábamos simplemente "el cura", un andaluz que sabía llevarnos más tiesos que una vela, pero con un cariño de padre inteligente y sabio. Sabía practicar como nadie la disciplina con cariño.

Así que cuando salíamos de aquel internado nuestro nivel académico era tan alto que podíamos irnos a otro colegio o a la universidad sabiendo que el primer año lo pasaríamos con la gorra. Sí, señor, así fue en mi caso y en todos los que conozco.

Para mantener el pulso académico, organizaban todos los años, lo que se denominaba Las Competiciones, un torneo en el que, liderados por un capitán, en mi clase fui yo por mejor nota media, se seleccionaba un equipo de diez chicos que se enfrentaría a los dos equipos de las otras dos clases del curso, para determinar y premiar al mejor. Nos examinaban de todas las disciplinas en una especie de Pasapalabra divertido y aleccionador.

Mi clase ganó dos veces y perdió una en aquel trienio de la comunidad de los pequeños. Durante aquellas semanas a mí me subía la autoestima hasta niveles estratosféricos, tanto que Fermín me decía por las noches desde su cama.

–Germán, recuerda que eres humano.

Pero, ¿quién era humano, cuando te sentías y te trataban como a un dios?

Como dije antes, en el internado se premiaba el éxito académico, los que lo conseguíamos éramos los dioses de las aulas, pero también se premiaba el éxito deportivo, sus dioses reinaban en las clases de gimnasia y en El castillo de los deportes.

A mí, Dios, o el diablo, o el destino, me castigaban duramente cualquier exceso de autoestima académica cuando llegaban las clases de gimnasia. Sobre todo, aquellas donde había que saltar aquellos aparatos llamados el Caballo, el Potro y el Plinto. Nos ponían en fila para saltarlos uno detrás del otro, a mí me parecían altísimos e infranqueables y me iba quedando el último, inclusive detrás de Fermín que, por su estatura, para él era cuasi milagroso sobrepasarlos.

Los saltones me miraban con condescendencia, con una mirada tipo la que les dirigía yo cuando se enfrentaban, obnubilados, a una ecuación difícil o a un problema de cálculo. Entonces alguno soltaba aquello de:

–Don Jacinto, súbale las patas al caballo, que se ve muy fácil hoy.

Entonces se volvía a armar la fila y yo iba retrocediendo de nuevo hasta el último puesto, por si alguna otra ocurrencia me retrasaba o inclusive se acababa la clase antes de que me tocar saltar. Una vez, con el potro en lo más alto, no me quedó otra que saltarlo y me pegué tal talegazo que me rompí, al caer, un dedo. Nunca en mi vida obtuve mejor premio que aquel, que me liberó durante meses de aquellos ejercicios dignos del Circo Price.

Fermín me lo aclaró aquella noche.

–Germán, hoy sí que has sido humano. ¡Y de los bajitos! ... ¡Más que yo!

Sí, en aquel colegio aprendí yo muchas cosas, entre ellas la disciplina del esfuerzo y la cultura de la humildad. Dos buenas muletas para transitar en aquella etapa de nuestra vida en la que nos adentraríamos muy pronto: la adolescencia. De la que todos contaban que diéramos por seguro que uno no saldría nunca como había entrado.

Para esa etapa todavía quedaba. En la comunidad de los pequeños no salíamos nunca a la ciudad, es cierto, pero teníamos los domingos por la tarde algo que, para nosotros, en aquel tiempo, era extraordinario: la magia del cine.

Bajábamos, expectantes, al salón de actos, nos sentábamos en aquellos asientos abatibles de madera y nos quedábamos boquiabiertos mirando la gran pantalla blanca delante de nosotros. Era como una gran ventana al exterior tras aquellos altos muros que nos encerraban. Cuando apagaban la luz y veíamos al león de la Metro o a los focos oscilantes de la Twenty Century Fox, sabíamos que entrábamos en un mundo mágico e inolvidable. Entonces la tele era en blanco y negro y nosotros apenas la veíamos, algún partido de fútbol y poco más, así que aquella pantalla enorme que se llenaba de colores vivos y radiantes era todo un espectáculo para nosotros.

Bajábamos por la escalera los cuatro de mi pandilla juntos: Fermín, Pedro Valtierra, Mariano Sobrón y yo, para luego poder comentar todos los detalles. Íbamos apretujados para ser los primeros, pero, sobre todo, para que no nos separaran, como si separados no viéramos la misma película.

–Eh, Sobrón, que se te cuela Remacha –entonces Sobrón movía la cadera con sus enormes flotadores y cortaba el paso a Remacha.

Otra cosa es que fuera un chico de tercero que nos llevaba dos años, Policarpo Viñedos, a quien por lo bajinis llamaban "El escapao". Cuando llegó al colegio se había jiñado de miedo y una mañana aprovechó para fugarse a su pueblo en la Campiña de Guadalajara. Lo pescaron

andando por las vías y avisaron a su padre que le dio un par de tortas en la propia puerta del cole a la vista de todos. A partir de aquel incidente, aunque había habido otros casos de fugas como el suyo, crio un carácter hosco y agresivo, sobre todo con los pequeños a los que, siempre que podía, martirizaba.

A lo que iba. Nos echaban sobre todo películas de aventuras: de "espadas" o del Oeste. Veíamos desfilar a Gary Cooper, a Clark Gable, a Charlton Heston, a John Wayne, a Robert Mitchum, a Kirk Douglas, a Robert Taylor o a Gregory Peck. La época dorada de Hollywood. Si tuviera que elegir una del primer año, serían dos: Espartaco y Ben Hur. Las luchas entre los buenos y los malos, y la espectacularidad de los decorados de aquella Roma imperial se nos metían muy dentro, tratando, sin duda, de forjar en nosotros una mentalidad de héroes, como aquellos que veíamos en pantalla.

Cuando ya rondábamos los trece o catorce aparecieron las féminas. La primera, que me tuvo abducido durante años, fue la italiana Virna Lisi, a la que vi junto a Alain Delon en El tulipán negro. Aquella rubia con el lunar junto a la boca, invadió mis sueños durante mucho tiempo, justo hasta que apareció Marilyn Monroe y se convirtió en mi diosa del celuloide para siempre.

Mi fascinación por el cine se incrementaba a través de los anuncios que aparecían en el AS sobre los estrenos en la Gran Vía madrileña. Aquellas imágenes que sustituían a lo que hoy son los tráileres de las películas revestían mi mente de un mosaico de magia y exotismo que compensaba con creces aquellos meses de invierno, fríos y lluviosos, encerrado en mi prisión.

Yo los recortaba y los pegaba en un álbum casero que miraba, una y otra vez, cuando estaba triste o solo.

Sí, así me evadía yo de lo antinatural que es tener encerrado a un niño de once, doce o trece años, que ve la calle solo a través de los cristales poblados de las lágrimas de la lluvia. Con aquellas imágenes yo los traspasaba, pero no para pasear las mojadas calles de Sigüenza, sino los luminosos escenarios de aquel Hollywood dorado y soñado.

Sí, el cine fue mi gran evasión en mi niñez en el internado, como quizás hoy me evado también escribiendo este diario de recuerdos, tal vez para no pensar en la amargura de esta vida confusa y limitada que llevo. O para olvidar las lágrimas de mi mujer, a la que no acabo de entender, aunque la quiera tanto.

Clara debiera estar alegre porque he vuelto a recordar y no tan triste como la sorprendí el otro día. Ella, cuando está conmigo, se muestra contenta, pero ¿por qué entonces llora a solas cuando no la veo? O, a lo mejor no llora, y son imaginaciones mías, a veces no estoy seguro ya de nada, confundo el pasado con el presente y mi mente me juega malas pasadas.

Seguro que el que lo sabe es el doctor Parrondo, pero ese nunca habla conmigo, sino solo con

mi mujer, como si yo fuera ya alguien subsidiario, sin ninguna autonomía ni decisión. A veces llama el tal doctor Parrondo y Clara descuelga el teléfono de la cocina y baja la voz.

Así que yo me refugio en mis recuerdos y entonces se me va la tristeza. Porque también había días, llenos de alegría, en los que salíamos fuera, sobre todo dos al año.

Sí, cuando entraba la primavera y llegaba el buen tiempo hacíamos una especie de jueves lardero en el vecino pueblo de La Cabrera, que estaba a nueve kilómetros de Sigüenza. Íbamos todos los pequeños juntos, unos cuatrocientos, como si nos hubieran soltado de la cárcel, correteando y gastándonos bromas unos a otros. Venían tres o cuatro curas con nosotros y ese día se relajaban y nos contaban su vida de antes del colegio y hasta se soltaban con los chistes, a su lado revoloteábamos nosotros como unos cabritillos.

La Cabrera era un pueblo pintoresco, hundido en un valle, junto a aquel río de nombre de pastelería, el río Dulce, que lo llenaba de verdines y choperas. Por aquel entonces aquel famoso naturalista y divulgador, Félix Rodríguez de la Fuente, ya lo visitaba porque anidaban por sus riscos águilas reales y buitres y vivían otros animales típicos de la fauna ibérica.

Sobrón disfrutaba allí como un enano y, según nos comentó mucho más tarde, cimentó, en aquellas excursiones, su vocación del famoso biólogo español que llegaría a ser. Pedro Valtierra, por una vez, dejaba sus novelas del Oeste, siempre llevaba una en el bolsillo trasero del pantalón y los cuatro, como la inmensa mayoría, nos metíamos en aquel río de aguas heladas que a nosotros solo nos parecían refrescantes. No tenía profundidad, así que chapoteábamos en él y nos salpicábamos y nos hacíamos bromas sin parar. También cogíamos cangrejos para una paella que nos pondrían en el colegio en los siguientes días y a la hora de la comida llegaba una furgoneta con un catering a base de bocadillos de jamón y de tortilla que nos sabían de perlas. Aquellos momentos llenos de luz, de risas, de amistad y de naturaleza forman parte de la colección de momentos más inolvidables de mi niñez.

Sí, hoy me doy cuenta de que con muy poco se puede ser muy feliz. Tres o cuatro personas que te quieran y una ilusión que te haga disfrutar de todos tus sentidos. Nada más.

El que no disfrutaba nunca era Policarpo Viñedos, pintaba en su cara siempre un gesto hosco y desabrido. Uno de aquellos años sus compañeros de clase por ver si se le quitaba el muermo le hicieron una aguadilla que el chaval se tomó muy mal. Así que luego él estuvo acosando a Fermín y a otros chicos de apariencia endeble.

Al final la tomó con Jesús Oliveras al que le hizo una aguadilla que lo dejó medio inconsciente. Por fortuna se recuperó al poco. Pero don Reinaldo se puso muy nervioso, agarró un cabreo bereber y le pegó un guantazo a Policarpo que sonó como una estruendosa palmada en el silencio de la noche.

Sí, a veces las cosas se tuercen y cada día que pasa se enroscan un poco más en el ovillo del agravio y del resentimiento. Yo, doy gracias a Dios, de que, por el momento, solo unas pocas veces la tristeza me hinca su afilado diente, aunque, no sé por qué, siempre que pienso en el doctor…, vaya, ahora no recuerdo su nombre, mi cara se avinagra un poco. Menos mal que me queda mi maleta llena de cuadernos, quiero decir de recuerdos, la ventana de mi despacho por la que veo los jardines de mi urba y el cielo azul, mi ordenador y, sobre todo, el amor de mi mujer, Clara, que son las cuatro cosas que llenan mi ilusión.

La otra excursión inolvidable era a Barbatona. En este pueblo minúsculo, muy cercano a Sigüenza, se veneraba a una virgen milagrosa que, según cuenta la leyenda, se le apareció a un pastorcillo que tenía a su madre enferma y la sanó. Desde entonces se la conocía como la Virgen de la Salud y su romería congregaba a miles y miles de fieles.

Para nosotros era la única oportunidad de estar rodeados de otras personas y observar cómo se relacionaban entre ellas, particularmente las mujeres que, para nosotros, eran como seres de otra galaxia. En el internado solo veíamos a las señoras de la cocina que servían aquellas fuentes de cocido gigantescas, siempre de luto y con aquellos moños sin gracia, que no evitaban que algunos cabellos se desprendieran y acabaran entre la sopa y a la postre en nuestras gargantas. Como creo que ya he dicho eran un buen antídoto contra la lujuria.

Sí, nos fijábamos en las mujeres, hartos de ver pantalones y sotanas en el internado pero, sobre todo, cuando ya estábamos en edad, no le quitábamos ojo a las chicas jóvenes.

Estas se hinchaban por dentro como globos, ante aquella marea de chicos que las devorábamos con la mirada y se pavoneaban delante nuestro con tanta soltura como poco disimulo, lo cual incrementaba nuestro deseo, tanto como nuestra timidez, a niveles estratosféricos. En Barbatona di yo, años más tarde, mi primer beso de amor o, quizás debiera decir, lo recibí, cuando ya estaba en la comunidad de los mayores, ya hablaré de ello cuando llegue su tiempo.

El templo de Barbatona tenía las paredes repletas de ofrendas, de exvotos que los fieles colgaban en agradecimiento a su mejoría o sanación o como símbolo de la promesa que hacían para que la Virgen no se dilatara en su curación. Se veían muletas, brazos y piernas de cera y, en el caso de las mujeres, muchísimas trenzas, larguísimas, rubias o negras, que se ofrecían como su más íntimo tesoro. A su lado, el relato manuscrito de su problema, o de su curación.

Un año de aquellos, recorría yo las paredes de aquella iglesia leyendo los escritos de los exvotos, que me gustaban mucho, quizás ya bullía en mí, todavía durmiente, mi inquietud literaria. De repente, me fijé en una chica como de unos catorce años, con los ojos llorosos y una carta en su mano. Miró hacia los lados, pero nadie más que yo estaba cerca, y a ella seguro

que mi persona no le preocupaba mucho.

En un santiamén se quitó el velo, que sería su ofrenda, puso sobre él el manuscrito y los prendió con una chincheta en la pared del templo. Estuvo un momento rezando frente a él y, luego, me echó una sonrisa y desapareció entre la gente.

Yo, ávido de saber, me acerqué a leer la ofrenda, decía así, lo recuerdo muy bien:

–¡Virgen mía, ya sé que tú solo curas la salud del cuerpo, pero si no me ayudas yo pronto la perderé! Él me ama, aunque sus amigos lo distraen y no se da cuenta. Está comenzando a olvidarme, ¡ya no acude a nuestras citas detrás de la catedral! He de decirte que yo no puedo vivir sin él, sin el amor de mi vida. ¡Virgen mía, ayúdame! Ilumínale para que él también vea mi cara en la oscuridad de sus sueños. ¡Si no vuelvo a verlo sé que enfermaré y moriré de amor por él! ¡Ayúdame, Virgen mía, y yo te veneraré y agradeceré por toda mi vida!

Aunque yo no estaba todavía en edad, me impactaron aquellas líneas escritas con aquella letra tormentosa, llena de emociones, sin duda. Seguí recorriendo aquellos muros y cuando ya estaba en la pared de enfrente se me encogió el corazón: el sacristán de la iglesia estaba arrancando el velo y la nota de la muchacha, con cara de enfado. Lo seguí con la mirada y vi como a la entrada de la sacristía los echaba en una papelera que allí había. Deduje que los había retirado por inapropiados para el recato y decoro que debía exigir aquel templo que no se podía romper con asuntos de amor terrenal.

A veces, por las noches, cuando yo estaba en mi cama y apagaban las luces, me acordaba de esta muchacha que tal vez estaría llorando por su amor perdido, metida también en su cama o, a lo mejor, ojalá le deseaba yo, estaría viviendo radiante y feliz porque la Virgen le había devuelto al amor de su vida.

Nosotros, unos niños de diez, once, doce años, a veces también llorábamos en silencio, y si te oía don Reinaldo encima te pegaba dos tortas. Nos tapábamos la cabeza con la sábana para que no se oyera nada y llorábamos así, llenos de soledad y desconsuelo, chapoteando en el agua como podíamos, sin ayuda alguna, como hacen los bebés cuando los lanzan a la piscina para que aprendan a nadar. Llorábamos cuando se presentaba un examen difícil o cuando teníamos que saltar el potro, o el caballo o el plinto en las clases de gimnasia, o cuando Policarpo Viñedos u otros de su calaña la tomaban con algún pequeño como nosotros.

Entonces recurríamos también a la Virgen, o al Niño Jesús; a Dios Padre, no, porque nos infundía mucho respeto. Y les entregábamos nuestro corazón haciéndoles partícipes de nuestras más íntimas confidencias y, sobre todo, les pedíamos ayuda, y hasta socorro, cuando nos veíamos en la mierda.

En el internado, la religión lo impregnaba todo, ya dije que íbamos todos los días a misa y al rosario y suplía en nuestra mente y en nuestro corazón de niños la ausencia de nuestros padres que no podían ayudarnos.

Ahora que soy viejo, me pasa lo mismo, mis padres ya murieron y los que los hemos perdido sabemos que su amor es el más grande y generoso de toda nuestra existencia. El de pareja es un amor muy grande y muy bonito también, pero equilibrado e interesado, y así tiene que ser.

Así que, cuando no puedo más, le rezo a mi Virgen, que es la misma de entonces, que me conoce muy bien, para que no me deje sucumbir ante esta corriente de fango que a veces envuelve mi memoria y mi voluntad.

5. MADRID, MADRID…

Hoy me levanto contento y noto cómo la alegría le sube a los ojos a Clara al verme así. Desayunamos juntos y hablamos y nos gastamos bromas como cuando éramos jóvenes. Recogemos las tazas y los platos y, cuando Clara se dispone a meterlos en el lavavajillas, la abrazo por detrás y nos sentimos por un momento como dos novietes.

Aunque ella no sabe el motivo de mi alegría que, en realidad, es doble:

Todavía en la cama, pero ya despierto, he recordado, como en un fogonazo que, al año siguiente, cuando fuimos a Barbatona, en la romería de la Virgen de la Salud, me encontré con la muchacha de la ofrenda del velo. Iba radiante y feliz, colgada del brazo de un muchacho moreno y alto. Aunque yo no sabía quién era, quise suponer que era el mismo por el que el año pasado suspiraba la muchacha y que la Virgen la había escuchado, a pesar del retrógrado sacristán, y la había ayudado a conservar su amor.

En un momento determinado nuestras miradas se cruzaron y sé que me reconoció, porque me echó una sonrisa como cuando la descubrí poniendo la ofrenda en la pared, pero mucho más abierta, inmensamente más feliz, porque el amor cuando lo sientes a tu lado, lo llena todo.

Sí, estoy contento por eso, porque no estamos solos en esta vida y alguien en el cielo vela por nosotros.

Y también porque hoy voy a escribir de cuando vine a Madrid por primera vez y de mis vacaciones en la capital, cuando yo venía aquí desde el internado.

¡Ah, Madrid, Madrid…! ¡Quién sabe qué mágico significado se escondía en mi mente de niño, de un niño que jamás había salido de su pueblo salvo para ir al encierro del internado de Sigüenza, cuando escuchaba o me decía yo mismo en mi interior esas palabras!

Ya mi hermana Tere, siendo ambos muy niños, me había imbuido de la fascinación por aquella ciudad, por la que ella soñaba. Sí, soñaba con que un día nos iríamos a vivir todos a Madrid y ella por fin dejaría de ser una paleta de pueblo y podría vestirse como una auténtica señorita.

–Hay muchos coches y tranvías y la gente lleva paraguas y lee el periódico. Y yo estoy allí, vestida como una señorita. Llevo guantes y sombrero. Y zapatos de tacón… Madrid, Madrid… –me decía, dando a su voz un tono fascinante y soñador.

Y ese momento había llegado. Mi padre, ¡por fin!, había conseguido una vivienda para todos.

Aunque la vivienda no era nuestra, claro, pero nos dejaban vivir en ella, que era lo importante. Iba acarreada con el puesto de vigilante y portero de un economato para funcionarios que había en la calle Marqués de Zafra, en las postrimerías del barrio de Salamanca, ya lindando con el barrio de las Ventas. Mi padre abría la tienda, pedía a los socios la tarjeta a la entrada del local y luego la cerraba y dormíamos todos en una vivienda en el ático, un tanto destartalada pero amplia, que tenía un patio para tender la ropa con vistas al parque de la Fuente del Berro y a la Plaza de Toros de las Ventas.

La vivienda la había conseguido mi padre, como se conseguían entonces todas las cosas, por enchufe o por referencias de confianza. El director del economato, un tipo soltero y tímido, que vivía con su hermana en la cercana calle de Alcalá, don Braulio, tenía como asistenta desde hacía muchos años a una señora de Sacecorbo, la tía Pili, a la sazón prima segunda de mi padre. Cuando oyó un día a don Braulio hablando por teléfono y mencionar que el vigilante del economato se jubilaba, se le encendió la bombilla y se acordó de su primo, mi padre, que el pobre estaba en una situación muy precaria, con su familia partida en tres sitios y medio arruinado tras la pérdida de sus dos mulas. Don Braulio llamó a mi padre:

–No me falle, este es un puesto de confianza. Y espero que usted se la gane a pulso–le dijo.

A mi padre se le abrió el cielo. No, mucho más, el universo entero.

–Quede tranquilo, don Braulio, Pili y yo somos primos. Ya la conoce a ella. Yo soy todavía más cumplidor– y el trato quedó cerrado con un apretón de manos.

Eso había sido a mediados de febrero del año 1968, un año que sería de revueltas y revoluciones en París, dicen que los franceses siempre van por delante. Mi madre y el pequeño Pepín abandonaron El Sauce Curvo, después de malvender todas nuestras pertenencias, excepto la casa, para reunirse con mi padre y con mi hermana Tere que ya contaba entonces quince años.

Así que yo, aislado en el internado, sin haber participado todavía en el reagrupamiento familiar, ansiaba con reunirme con mi familia después de tanto tiempo y, también, conocer por fin la que sería mi ciudad del futuro: ¡Madrid!

Llegaron las vacaciones de Semana Santa y Pedro Valtierra, que vivía en un pueblecito cercano a Alcalá de Henares, convenció a su padre para que me acercara al metro de la Avenida de América, que no estaba lejos, donde me recogería el mío.

¡Nunca olvidaré la entrada a Madrid! Ya en la anochecida, iba con mi cara pegada a la ventanilla del coche. Me invadía la magia de aquellos miles de luces que brillaban en la oscuridad formando un inmenso árbol de Navidad, qué digo un árbol, ¡un bosque entero

plagado de bombillas incandescentes!

Mi padre me recibió con los brazos abiertos.

–¡Cuánto has crecido! –me dijo.

Hacía seis meses que no nos veíamos.

–Y tú, ¡qué cambiado estás! –le dije yo mirando su uniforme.

–¿Qué te parece Madrid?

–Jo, papá, es sobrecogedora y maravillosa.

–Germán, esta es la ciudad del trabajo, aquí vamos a ganar mucho dinero –me dijo él, más práctico y menos poético que yo. Eso es lo que le debía ocupar su cabeza en aquellos momentos.

Fuimos en metro hasta Manuel Becerra. Recordé las palabras de mi hermana Tere en sus cartas. "El metro es como un tren de miles y miles de kilómetros que cruza la tierra por debajo. Porque esto es importante, no como ese pueblucho…". Yo estaba anonadado, salimos y la noche, y los coches y las luces, me envolvieron de nuevo. Yo ni siquiera había visto Sigüenza de noche.

Llegamos al economato, mi padre me dijo:

–Dale a ese botón.

Pero eso yo ya me lo sabía, por las películas.

El ascensor subió hasta el quinto. Mamá, Tere y Pepín, salieron al pasillo nada más oírlo. Y allí sí que me emocioné de verdad.

A mamá y a Pepín los había visto en las vacaciones de Navidad en El Sauce Curvo, pero a mi hermana Tere hacía seis meses que no la veía. Cumpliría quince años dentro de poco y a esa edad medio año es muchísimo.

Cuando nos quedamos a solas, no pude por menos que observarla de arriba abajo. Todavía iba con ropa de calle y muy arregladita, con los ojos pintados. Ella, tan lista como siempre, se percató:

–Aquí vamos todas así. ¿Y tú qué tal con los curas?

Me di cuenta que había entrado en Madrid, pero que tendría que adaptarme, y mucho, a aquel mundo nuevo.

–Ya estoy adaptado –le dije al hilo de mis pensamientos–. ¿Esa tele del salón es nuestra?

–Se la dejó el anterior vigilante. Y tenemos agua caliente, calefacción, ascensor… ¡Esto es Madrid, chico!

Me miró, yo estaba como un pasmarote, surgía la distancia entre nosotros, que habíamos estado tan unidos en nuestra infancia en El Sauce Curvo. Me sonrió con ternura.

–Yo sigo siendo la misma, ¿eh?

Y se me acercó y me dio un beso. Olía a una colonia que yo no conocía.

Mi hermana Tere llevaba ya un año y medio en Madrid. Cuidaba a dos niños de tres y cuatro años por la mañana, hasta que su madre salía de trabajar, y por las tardes iba a una academia de corte y confección.

–Yo ya podría pagarme mis cosas, aunque le doy todo el dinero a papá –me dijo tan pizpireta como siempre.

El único que no aportaba nada a aquella casa era yo, que me sentía a veces como fuera de ella, tan lejos. Ella se percató y trató de arreglarlo con una confidencia graciosa.

–¿Te acuerdas de Isabelita?

–Sí –le contesté–. Alguien me dijo que se había venido a Madrid.

–Sí, a la pobre la metieron de interna en una casa de lujo, por Goya. El primer día le dijo la señora: "límpiame bien el cuarto de baño". Para ella estaba todo limpísimo, lo único era aquella agua que había en la taza del váter. Estuvo sacándola con una bayeta hasta que la dejó seca –mi hermana se partía de la risa.

Sí, todas aquellas luces tan bonitas de Madrid tenían un submundo de adaptación y esfuerzo para todos aquellos paletos que osábamos conquistarla.

Aquella noche mi madre me contó la película completa, cuando le pedí que me enseñara Madrid al día siguiente.

–Ya me gustaría, Germán. Pero, de lunes a sábado, por la mañana voy a casa de don Braulio. Vive con su hermana, pero ésta está en silla de ruedas. Les hago la casa y la comida.

–¿Y la prima de papá, la tía Pili?

–Se jubila. Por eso le han dado a papá esta casa, ¿por qué si no? Por las referencias que dio la tía Pili y porque yo le resolvía el problema a don Braulio.

Acabáramos. Aquí, en Madrid, funcionaban las cosas como en todos los sitios. Como decía el refrán: "en ningún sitio se atan los perros con longaniza".

–Por lo menos te pagarán –me temía lo peor.

–Sí, algo, no está mal.

–A ver, mamá, que nos conocemos.

–Germán, digamos que se ahorran un treinta por ciento conmigo. Pero a nosotros nos hace el apaño, con el sueldo de papá, el de Tere y el mío aquí podemos ahorrar mucho dinero.

De repente, notaba que el dinero se había convertido en una cuestión existencial en nuestra familia. En Sacecorbo también era importante, pero fuera porque era difícil conseguirlo o porque todos estábamos equiparados en pobreza yo no percibía esa obsesión. De repente, caí:

–¿Y quién se queda con Pepín? –Mi hermano tenía entonces unos cuatro años.

–Anda, pues con quién se va a quedar. Me lo llevo conmigo. Le pongo la tele y a veces me ayuda con el plumero. Y cuando tenga seis años lo llevamos al instituto.

Cuando me metí en la cama aquella noche, mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Sí, a aquella generación de nuestros padres, trabajadores y austeros como pocos, cuando emigraron a Madrid y se les abrieron horizontes nuevos, se dedicaron en cuerpo y alma a progresar, que para ellos sin duda era ahorrar y ahorrar, para no volver a pasar nunca más las estrecheces de la postguerra. Se iban a enterar los madrileños, los iban a dejar sin trabajo, o por lo menos sin aquellos trabajos que los madrileños que se lo podían permitir rehuían.

Hoy miro por la ventana, un día lluvioso, y veo a los emigrantes marroquíes en una zanja metiendo los tubos del gas y la fibra óptica, y a las chicas peruanas, o dominicanas o ecuatorianas cuidando de nuestros niños, llevándolos en sus carritos bajo el paraguas al médico o a la guardería. Madrid es una madre inmensa que acoge a todos sus hijos que se acercan a su

cobijo. Madrid, Madrid… con el tiempo sería mi ciudad más querida, pero Madrid, como una mujer bella y complicada, tiene muchas caras y yo tuve que conocerlas todas para llegar a amarla tanto como la amo hoy.

Aquel Domingo de Ramos fuimos todos a misa, entonces no era extraño sino frecuente ver a toda la familia junta en la iglesia, o comer de una única fuente en la mesa, o ver la televisión en su único canal, el segundo, llamado UHF, apenas ofrecía cobertura. Y eso que las familias tenían entonces, en el baby boom, de media cuatro o cinco hijos.

Hoy Madrid es una ciudad casi de solitarios, yo los veo por las tardes desde mi ventana paseando cada uno a su perro, mirándose unos a otros con frialdad, cuando no con desconfianza, donde solo se busca la satisfacción individual y no queda tiempo para los niños. Yo no sé por qué no tuvimos niños, no lo recuerdo, por falta de amor no sería, yo ya estoy acostumbrado a ello, claro, pero noto que mi mujer, todavía hoy, se altera cuando lo menciono. Debe ser por el instinto maternal que nunca desaparece, digo yo, porque si no después de tanto tiempo no lo entiendo, una cosa más que me sorprende de Clara, últimamente no dejo de ver cosas extrañas en ella, aunque sé que me ama tanto como yo a ella, si no más.

Después de misa fuimos todos en tranvía a Sol, a la Plaza Mayor y luego a la Puerta de Alcalá y al Parque del Retiro. Yo, seguía anonadado. Mi madre echó unos bocadillos y los comimos frente al lago, luego mis padres junto con Pepín dieron una vuelta en el barco y Tere y yo nos atrevimos con una barca de pedales. Aquello era jauja.

En la barca, Tere me preguntó aquello que también me preguntaría mi padre, se lo agradecí porque me sirvió de ensayo.

–Pues no lo sé, Tere. Estoy lleno de sensaciones y la cabeza me da vueltas. Todo esto es muy nuevo para mí. Allí, en Sigüenza, ya estoy adaptado y los estudios los llevo con el dedo. Si vengo aquí, lo mismo me desconcentro. Y ahora, además, me voy tranquilo, toda la familia está bien.

–Chico, qué buenecito te has vuelto. Ya te decía yo en el pueblo que tú no saldrías de allí, ja, ja, ja…

–¿Lo echas de menos?

–Pero, Germán, si solo nos vemos con gente de allí, hay un montón de emigrantes de Sacecorbo, Canales, Abánades… ¡Somos los paletos reunidos de la Alcarria! Pero, te entiendo –luego continuó con cierta sorna–. Siempre supe que tenía un hermano listo.

Nada más decirlo, Tere se arrepintió. Dejó de pedalear en la barca y se puso seria. Me miró con cariño. Con la misma mirada que tenía en El Sauce Curvo.

–Germán, aquí estamos bien, pero no todo es tan idílico como cuando soñábamos con Madrid, allí, en el pueblo. O, tal vez, es que nos vamos haciendo mayores, ¿no crees? –yo no sabía qué contestar, era cinco años más joven que ella, aunque alguna cosa también había notado en mi cabeza con el paso del tiempo, así que ella continuó–. Papá está seguro de que te vas a quedar en el internado y yo creo que él además lo prefiere, dice que él aquí no te podría pagar una educación de tanta calidad, así que no vas a tener problemas con eso.

Me puso una mano sobre las mías que descansaban en el regazo. Y le volvió el optimismo.

–Además, así podré ir a verte en el tren. Ya lo tengo hablado con mi amiga Pili.

Le cogí su mano entre las mías.

–Jo, Tere, nada me gustaría más.

Y entonces sentí que aquella distancia que se había instalado entre nosotros, por la lejanía y por la edad, se reducía un poco. Ojalá no perdiera a mi hermana en aquella travesía de la vida que nos esperaba a los dos, con sus ojos acechantes, lejos de El Sauce Curvo.

Decidimos entre todos que continuara en Sigüenza, siempre podría volver a Madrid si las cosas no me pintaban y ellos irían una vez al mes a verme, ahora que volvían a tener algunos ahorros en la cartilla.

No volvería hasta los dieciséis, cinco años más tarde, así que viví a Madrid de forma intermitente, como un amor ocasional, solo en las vacaciones y, además, en verano, me iba a El Sauce Curvo, con mi abuela Leonor, la mayor parte del tiempo.

Como en Madrid no tenía amigos, mis primos Javierito y Ricardo vivían en Vicálvaro y Leganés y solo nos reuníamos de vez en cuando, me acercaba a personas mayores que vivían en el mismo hábitat, es decir, en el barrio. Fui descubriendo que, bajo su apariencia grandiosa y enorme, Madrid entonces era como un conjunto de pueblos, y cada pueblo era uno de sus barrios.

El lechero de Marqués de Zafra parecía un chino, con aquel bicicarro con el que repartía la leche fresca. Pedaleaba como Bahamontes, a pesar de su metro y medio, y había embarazado a su esposa la no despreciable cantidad de cinco veces. Cuatro chicas y un chico. Eso sí, todos sordomudos. Y no perdía el humor.

–Germán, ¿que si sabemos por qué? Porque a mí me gusta el silencio, que nadie me tosa en casa –y se partía de la risa.

Luego se ponía más serio.

–Nadie te pregunta, Germán. La vida viene como las tormentas, sin avisar. Tienes que apechugar con lo que te ocurra. ¡Son sordomudos, pero más listos que nadie! ¡Y mis chicas más guapas que el sol!

Yo lo veía levantándose sobre el sillín en las cuestas, con sus cien o doscientos litros de leche encima de su carricoche y admiraba cada vez más a aquella generación de mis padres que estaba levantando el país a pulso. Sin facilidades. A pleno pulmón. O a pleno pedal.

Un país al que el progreso y el desarrollismo llevaba a meter en sus casas los primeros electrodomésticos y a acabar con ciertos oficios.

Jacinto atendía la "Tienda de Hielo", que así se rotulaba su negocio. Tenía una gran despensa donde guardaba media docena de barras de hielo enormes, como vigas de hierro. Las señoras entraban en la tienda y él les cortaba un pedazo y les hacía trozos pequeños con un cincel y un martillo.

–Es que mañana viene mi hija a comer a casa y voy a comprarle pescado, para que esté bien fresco.

Ya por entonces su negocio menguaba a ojos vista. En dirección opuesta al incremento en la venta de frigoríficos. Yo lo notaba muy bien de vacación en vacación. Así que se inició en un negocio de futuro, el reciclaje de papel, qué listo era Jacinto. Tenía una red de porteros por el barrio que en vez de tirar los periódicos y las revistas se los vendían a él y él se los revendía a las compañías papeleras, para que los utilizaran en los nuevos periódicos. Yo, sin nada que hacer en las vacaciones, me iba por su tienda a leerme las revistas y a recortar fotos de actrices de cine y de ciclistas.

–Germán, tengo que llegar a los 65 como sea. La necesidad aviva los sentidos, el papel me está salvando. Y tú, no te dejes llevar por el glamur de esas, que la vida es dura y hay que concentrarse en lo importante.

Yo lo escuchaba, pero luego me iba con mis recortes y los pegaba en un álbum casero. En Madrid la vida también era dura y yo me refugiaba en mis sueños. Me evadía, en tanto llegaba mi turno de adaptarme aquella ciudad enorme que yo todavía desconocía.

El sereno de Marqués de Zafra iba de noche golpeando con su chuzo por las aceras. Avisando que andaba por allí a los eventuales ladrones, violadores y demás miembros del club de la mala ralea. Y también a aquellos despistados que se habían olvidado las llaves en casa.

–¡Damián!, –le decía yo–, ¡qué sería la calle de noche sin ti!

–¡Pues no nos valoran, Germán, estamos sentenciados!

Yo no me lo podía creer, pero tres años más tarde, en 1971, liquidaron a los serenos y empezaron a arrancar las vías de los tranvías, que no contaminaban, y las sustituyeron por autobuses a diésel. Empecé a descubrir que en Madrid había mucho iconoclasta, gente que seguía la moda del momento y no miraba a largo plazo. Porque eso de no dejar ni un tranvía, ni un solo sereno…, ni uno, oiga…, ¡exterminio total! No aprendíamos de Londres con sus taxis antiguos y sus cabinas viejas. Y yo, reflexionaba en estas cosas, sin buscar, ni querer, amigos de mi edad en Madrid. Ya habría tiempo cuando acabara el bachillerato y continuara mis estudios en la capital, me decía.

Un día, mi padre me dijo que tenía que integrarme con los chicos del barrio. Me llevó a la esplanada por donde iría luego la M-30, en construcción en aquellos momentos, a la altura del Puente de Ventas. Allí iban los chicos del barrio a jugar al fútbol y allí me introdujo mi padre.

A mí el fútbol no se me daba bien, aunque me gustara ver al Real Madrid en la tele, así que estuve maljugando aquel día y ya no volví.

Con quien me pasaba yo buenos ratos era con Julián, el portero de la casa de la gasolinera. Un andaluz con mucha retranca. Nos cogimos mucha confianza, tal vez porque él no tenía hijos y yo hasta le vacilaba.

–Ya verás, Julián, cuando te conviertan en portero automático.

–No se atreverán, Germán. ¡Por estas! –Y se sacaba una medalla de la Macarena y la besaba.

Por fortuna, no pasó como con los serenos y los tranvías, y los porteros siguieron manteniéndose en las casas grandes. Julián se convirtió poco a poco en un mentor mío, sobre todo en aquellos temas que no se hablan mucho con los padres.

–¡Aquí, en Madrid, hay unas chicas guapísimas! ¡Te lo digo yo! ¡Déjate de soñar con las actrices y baja a ras de tierra, Germán!

Donde yo bajaba de noche era a acompañar a mi padre que, en su lucha por progresar, se había empleado unas horas como portero de la discoteca Danubio que estaba allí mismo, en la Plaza de Manuel Becerra. En aquella época no faltaba trabajo para todos aquellos emigrantes que quisieran aprovecharlo. Y mis padres se ponían las botas a trabajar. En un par de años ya estaban pensando en comprarse un coche de segunda mano.

Mi padre se encontraba incómodo porque yo, un chico de doce o trece años, me diera cuenta de los clientes de la noche.

–Hala, Germán, vete a dormir, ya han entrado todos –me decía, no queriendo que yo estuviera allí cuando comenzaran a salir, borrachos, besuqueándose y toqueteándose con aquellas chicas súper maquilladas y de falda más corta que el mes de febrero.

También veía mucho la tele y me encargaba del pequeño Pepín. Pero, en lo que más soñaba, era en que llegara el uno de julio y me mandaran dos meses con mi abuela Leonor a El Sauce Curvo. Allí, empezaban entonces mis verdaderas vacaciones.

Hoy veo por mi ventana las calles de Madrid, una ciudad en la que he vivido, sufrido y amado tanto. Una ciudad en la que conocí al amor de mi vida, Clara, ya hablaré de ello, a la que ahora siento cómo trajina en la cocina preparándome la comida. De repente, llueve, estamos en una primavera alocada, debe ser el cambio climático que lo pregonan tanto. Se forma un atasco de coches, los parabrisas son como el rabo de un caballo, que va de un lado a otro, espantando las moscas. A mí no me gustan los coches, no me monto en ellos, solo paseo la ciudad.

Cuando tocan el claxon –los conductores están frustrados con el atasco– me pongo muy nervioso, como ahora, y me parece que el teléfono suena en la cocina, Clara descuelga, y es el doctor Parrondo. Yo me tapo los oídos con las manos, para no oír los cláxones ni al doctor Parrondo.

Menos mal que pronto sale el sol y todo se normaliza. Así que voy a la cocina y allí está Clara, que me recibe con su mejor sonrisa. Yo llego y le doy un beso mientras le digo:

–Después de la siesta voy a escribir sobre mis veranos en El Sauce Curvo, de cuando yo era un chaval y estudiaba el resto del año en el internado. Eso me va a gustar mucho.

Y Clara se alegra de verme tan contento y me besa ella también, los cuadernos de lo que escribí entonces con mi letra de preadolescente me esperan dormidos en la maleta.

6. AQUELLOS DENSOS VERANOS EN EL SAUCE

S*í, aquellos veranos en El Sauce Curvo eran todo menos aburridos. Nuestra mente y nuestro cuerpo se desarrollaban en paralelo a la evolución de aquellos pueblos, a los que poco a poco llegaba también el progreso con sus muchos pros y algún contra que provocaba la resistencia de algunos a su avance.*

Uno de aquellos veranos llegó la concentración parcelaria a Sacecorbo. Todos sus habitantes cederían sus decenas de pequeñas fincas agrarias para hacer una sola. A esta parcela inmensa se la dotarían de caminos, barrancos para canalizar el agua e infraestructuras para poder ser explotada de forma más eficiente por los nuevos tractores y cosechadoras que ya había en el mercado. A cada vecino propietario se le asignaría una o varias parcelas de una calidad y extensión similares a las que tenía.

Pero, ¡ay!, no serían las mismas que habían arado sus antepasados, ni estarían en el mismo sitio. Y, otra cosa, quizás peor, acabarían en manos de alguien frívolo que no las apreciaría ni les sacaría todo su rendimiento.

Esos sentimientos eran muy humanos, pero una cabeza sensata ponía en la balanza las cuestiones sentimentales y las prácticas y todos los vecinos del pueblo fueron aceptando la cesión de sus tierras para obtener aquella millonaria inversión del Estado en las nuevas. Al final se decían: mis padres y mis abuelos estarían orgullosos de ver sus tierras ahora más productivas que antes. Son los tiempos de ahora, ellos las gestionaron como supieron en los suyos, ahora nos toca a nosotros hacerlo. Y el futuro iba ganando al pasado, como es ley de vida, en las decisiones de todos los vecinos.

De todos, no. Del tío Fulgencio, no. El tío Fulgencio era quien mejores tierras tenía en el pueblo, dentro de un orden, claro, porque eran todas bastante parecidas pero, digamos que su media de calidad era más alta, con más tierras en La Vega que nadie. No podía soportar que aquellas fincas suyas del alma, acabaran en manos de cualquier otro. Aunque le aseguraron que las que él recibiría serían de una calidad y extensión parecidas se lo llevaban los demonios con solo pensarlo.

Una mañana de aquellas empezaron a sonar las campanas de la iglesia. Sus tañidos rompieron la paz de la amanecida. Los trigos del pueblo, ya maduros para la siega, ardían por las cuatro esquinas del término.

–Es el Fulgencio, que está con una tea prendiendo todo lo que encuentra –gritaban unas señoras asustadas.

Con el trigo seco y el viento que se estaba levantando, en poco tiempo todo el cereal sería pasto de las llamas, y en aquella época no existían los seguros agrarios, sería la ruina para todo el pueblo.

Todos los vecinos se pusieron en pie, yo también me levanté y bajé a la calle, allí mi abuela Leonor me esperaba con dos cubos en la mano, uno para ella y otro para mí, el abuelo Joaquín ya estaba cerca del fuego.

Mis primos Javierito y Ricardo también bajaron a la carretera. Jesulín me gritó desde la esquina de la tía Vitorina.

–Eh, chicos, esperadme, que esto no me lo pierdo.

Hicimos una cadena humana con cubos de agua desde el navajo de La Vega y una segunda desde la fuente, en la otra punta del pueblo. Mis primos Jesulín, Ricardo, Javierito y yo nos sentíamos importantes, insertos en la cadena, como si ya fuéramos hombres de los que contaban y decidían en la partida de la vida.

Antonino, el hijo mayor de Fulgencio, corrió a detener a su padre, que seguía con la tea en la mano. Cuando ya estaba cerca de él, hubo un cambio de viento y las llamas rodearon a Antonino. En un momento le empezaron a arder las ropas y cayó al suelo, entre gritos de dolor.

Fulgencio soltó la tea, la pisó y corrió hacia su hijo, ya envuelto en llamas. En segundos se aceleró la cadena y una lluvia de cubos de agua cayó sobre padre e hijo, este, con lágrimas en los ojos, trataba de apagar los últimos rescoldos en la ropa de Antonino.

–¡Hijo mío, qué he hecho! ¡Todo me ha salido mal…! Yo quería, yo solo quería…

Apareció el veterinario y, en su coche, se llevaron en volandas a Antonino y a Fulgencio a Cifuentes, el pueblo grande más cercano de Sacecorbo. En el coche del cura iban tras ellos dos vecinos más del pueblo, el presidente y el secretario de la Concentración Parcelaria.

Allí examinaron a Antonino y les dijeron que necesitaba urgente una trasfusión de sangre. Con su grupo sanguíneo solo era compatible el del secretario de la Concentración Parcelaria, Matías, que se ofreció de inmediato. Fulgencio, con el que Matías había tenido no pocas discusiones, se le acercó.

–¡Gracias, Matías! –y le dio la mano.

Matías se la estrechó.

–Fulgencio, estamos para eso. Para ayudarnos unos a otros, ¿no?

Fulgencio comprendió que su hijo iba a vivir gracias a la sangre de su vecino, hasta entonces enemigo, Matías. Y que no por ello iba a dejar de ser nunca su hijo. Aunque ya no llevara solo su sangre.

Aquel mismo día firmó adherirse a la Concentración Parcelaria. La inclusión de sus fincas ayudaría a la salvación de aquel cuerpo que constituía la totalidad de tierras cultivables del pueblo y comprendió que las que él recibiría a cambio, serían tan suyas como las anteriores y las amaría igual, aunque hubiera corrido antes otra sangre por ellas.

Solo quedaron, de aquel drama, cinco o seis feas cicatrices en el cuerpo de Antonino, por fortuna ninguna en la cara y que Fulgencio tuvo que rascarse el bolsillo para reparar todo el daño causado, aunque el pueblo fue un poco generoso con él, tras la alegría de completarse la concentración que garantizaba su porvenir.

Cuando uno no ve el tren del futuro, este acaba arroyándolo, como me dijo mi tío Ezequiel, ya muy mayor y cada vez más filosófico.

–Fulgencio ha pagado un precio pequeño por un fallo grave, aunque muy humano y comprensible. El pasado si no sirve para mejorar el futuro no es nada. Y con los años todos vamos siendo solo pasado, ahí está el drama si no sabes verlo.

Nosotros, cuando terminamos de apagar el fuego, nos miramos sonrientes e importantes. Con esa sensación de trascendencia, de sabernos parte del futuro. Mi primo Jesulín, que siempre sabía captar el momento, nos espabiló:

–¿Qué, cogemos la bici y nos vamos por ahí?

Y, en momentos como aquel, nos montábamos en ella y nos íbamos a cualquier sitio lejos, cruzando aquellos horizontes de trigos en sazón, para hablar de nuestras cosas, fumar, beber vino con gaseosa y envolvernos en aquella sensación, difusa todavía, de que nuestro tiempo no tardaría mucho en llegar.

No sé dónde escribí que mi primo Jesulín no volvió desde que se fue a Barcelona. Pero no es del todo cierto, volvió al pueblo por los veranos, pero solo unos años. A todos los chicos de nuestra edad cuando llegaban las vacaciones y se terminaba el colegio nos mandaban con la familia que quedaba en el pueblo.

En aquella época los jóvenes empezaban a trabajar muy pronto, a los catorce, e inclusive antes, como ayudantes, pinches o botones. Al que no le gustaban los libros, como a mi primo Jesulín, lo ponían de productor, como se nombraba entonces, en un eufemismo, a los trabajadores. Él fue de los primeros en cumplir aquello de “estudias o trabajas” y reducir sus vacaciones en El Sauce Curvo. Yo disfruté de algunos veranos más en Sace como estudiante, sin saber que luego me esperaría aquella fórmula al cuadrado de “estudias y trabajas”, la “y” se solía remarcar mucho para ahondar en la desgracia del penado.

Levanto la vista, miro por la ventana y veo a muchos viejos, como yo, aunque yo todavía no lo sea tanto, caminar con su bastón por las calles o sentarse en un banco en la plaza y disfrutar de una buena sombra, hoy hace un día soleado de junio. Mientras observan, ellos a su vez, ensimismados, cómo pasa la gente, los viejos, los jóvenes, los niños, es decir cómo pasa la vida, que es una de las cosas más hermosas que nos ofrece esta a los que ya la hemos recorrido en un buen trecho.

Uno de aquellos días de verano en que la vida nos sorprendía con experiencias nuevas como la del incendio de Fulgencio, que era lo que nosotros, en el fondo, buscábamos, decidimos, los cuatro primos, ir a pasar la tarde al Barranco de la Hoz, un paraje bellísimo y casi salvaje que estaba en las lindes del término del pueblo con Canredondo y Ocentejo. Por allí discurría un arroyo de agua fresquísima rodeado de choperas recónditas y un molino antiguo y abandonado que queríamos explorar.

Pero la sorpresa surgió antes de llegar. A Jesulín se le empezó a mover el vientre y nos dijo apartándose de aquel camino de mulas:

–Chicos, voy a un sitio donde no me podéis acompañar –y se marchó mientras se aflojaba el

cinturón del pantalón.

Lo vimos agacharse detrás de un espino entre dos rocas y, cuando nos disponíamos a echar un pitillo de los que sisábamos en casa, yo al abuelo Joaquín, al que la abuela Leonor no podía meter en vereda con el tabaco, escuchamos un alarido de Jesulín.

–¡Ah! Maldita avispa. ¡La hija de perra me ha picado ahí!

–¡Dónde, dónde, Jesulín! –soltó Javierito, tronchándose de la risa–. ¿En los cataplines?

La respuesta de Jesulín tardó en escucharse. Hasta pensábamos que podía haberle dado algo.

–¡Chicos, venid, venid aquí! ¡Esto es la leche!... ¡No os preocupéis, que no había empezado!

Nos acercamos y vimos a Jesulín, blanco, señalando con el dedo a una oquedad que se abría entre dos rocas en el suelo.

Cuando estábamos muy cerca lo entendimos. A treinta centímetros del suelo, asomaba parte de una calavera.

Ricardo soltó lo que todos estábamos pensando.

–¿De quién será? Seguro que es de cuando la guerra…

Javierito no hacía más que rascarse la cabeza.

–Podría ser mi tío Mayórico, un hermano de mi abuelo Tomás. Su madre se murió la pobre sin haber encontrado el cuerpo de su hijo y poder darle cristiana sepultura.

–Hay que avisar al pueblo, no podemos dejarlo aquí por más tiempo –añadí, luego me acordé del alarido de mi primo–. Jesulín, ¿tú qué tal estas?

–Bah, lo mío no es nada. ¡Vamos de vuelta para el pueblo!

Otra vez aquel sentimiento de trascendencia, de que nos íbamos acercando a ser hombres. Fuimos directos al alcalde, Domingo. Avisó a los concejales que estaban disponibles y, al ponerse el sol, llegamos al sitio. Habíamos traído un pico y una pala y los dos concejales apartaron parte de la tierra que cubría al cadáver.

–¡Basta ya! –mandó el alcalde.

Se había hecho de noche y con la luz de la linterna de Domingo todo se revestía de una apariencia extraterrenal aún mayor.

El alcalde cogió un pequeño hueso y lo envolvió en un paño blanco que había traído.

–Para que le echen un vistazo los forenses de Guadalajara.

Luego extrajo de su bolsa una manta y cubrió con ella el hueco que habíamos desenterrado.

–A ver, Germán, Jesulín, traed unas piedras para ponerlas encima de la manta. ¡Grandes! –Por eso se dirigió a nosotros dos, que éramos los más altos de los cuatro–. ¡Para protegerla del viento y de las alimañas!

Tapamos así la improvisada tumba y volvimos al pueblo envueltos en un silencio que llegaba hasta cuando la guerra. Nunca se hablaba en el pueblo de esta. Eso que El Sauce había sido impactado por ella de forma importante: durante un tiempo fue tierra de nadie entre los dos

bandos, aposentados cada uno de ellos en los oteros de Sacecorbo y Canales del Ducado y las mujeres y los niños, para evitar males mayores, habían sido evacuados a la provincia de Cuenca.

El alcalde solo nos dijo:

–Prohibido hacer especulaciones y remover cosas del pasado, ¿eh? –y nos miró a nosotros cuatro, pero habló para todos–. Lo más importante es que este hombre pueda descansar en paz en el cementerio del pueblo y su familia pueda recuperar su cuerpo por fin.

No hizo falta consultar a los forenses. Al día siguiente llevaron al abuelo Tomás, el hermano de Mayórico, y dijo:

–Desenterrad la pierna derecha. Se le rompió cuando era un chaval y se la aseguraron con un clavo.

El clavo seguía allí, claro. Vino la guardia civil, se hizo un atestado y, después de hacer algunas averiguaciones más, les entregaron el cuerpo a su familia, ya solo un esqueleto carcomido por el tiempo. Lo más bonito fue cuando lo enterraron en el cementerio. En la misma tumba que su madre Concepción, que lo había esperado tanto tiempo. ¡Por fin podrían descansar eternamente juntos!

Nadie removió nada del pasado. Aquella generación de la posguerra había visto tanto, había sufrido tanto, que no querían que aquella paz que había costado aquel ingente esfuerzo se quebrara por especulaciones sin base cierta. Así, de esta manera, poco más o menos, con un olvido y perdón mutuos se llegaría años más tarde a la Transición. Aquel periodo donde se asentaron las bases para el progreso definitivo del país.

Sí, hoy pienso en la generación de nuestros padres y de nuestros abuelos y todavía les doy más mérito. Además de aquella pobreza extrema de la posguerra, tuvieron que lidiar con un país dividido en dos y agraviados unos contra los otros. Por nada del mundo querían echar la vista atrás. Solo querían trabajar como bestias para ahorrar y ahorrar y no volver a pasar por todo aquello.

Nosotros estábamos felices por haber contribuido a aquel homenaje a aquel hijo del pueblo, Mayórico, caído durante la guerra. Pero, también, estábamos ocupados con otras cosas menos trascendentes o más propias de la edad, como lo que le había pasado a uno de los nuestros, Jesulín, con aquella avispa asesina.

Cuando llegamos al pueblo tras regresar con el alcalde de la tumba, Jesulín nos llevó a un rincón oscuro y nos enseñó el asunto.

–No os he dicho nada porque estábamos con otro tema más importante –nos decía mientras se desabrochaba el pantalón–. Pero a ver qué hago yo con esto. ¡Me duele un montón cuando me roza!

Se bajó el calzoncillo y entonces vimos aquella obra de arte. Javierito lo dijo muy claro:

–¡Jo, qué pichola! ¡Yo no había visto otra cosa así desde el burro del tío Cosme!

El burro del tío Cosme estaba siempre salido y mostraba un instrumento como una morcilla de diez kilos. Debía tener una enfermedad hormonal extraña y no paraba de perseguir a burras, mulas y yeguas por doquier. Tuvieron que sacrificarlo porque no lo podían sujetar.

Nosotros estallamos en una gran carcajada. Pero Jesulín no tomó tan bien aquella comparación.

–Pues lleva cuidado con tu hermana, Javierito, que voy a ir a por ella.

–Bueno, bueno, Jesulín, que era una broma, hombre –no le quedó otra que templar gaitas al espabilado de Javierito.

Jesulín me miró a mí, buscando ayuda. Yo aportaba siempre las ideas y él, mucho más atrevido, las ejecutaba para aquella sociedad de primos íntimos que formábamos los dos y que no había decaído a pesar de la distancia que nos separaba en aquellos años.

Me rasqué el incipiente bigote y le dije:

–Contra menos bullo le demos al tema, mejor para ti, Jesulín, lo de Javierito sería una broma de Disney si alguien se entera. Tu tía Eduvigis, aparte de matrona, coloca huesos rotos y endereza torceduras. Yo creo que sería lo más discreto. Además, es la curiela del pueblo y nunca cuenta nada.

A Jesulín le pareció bien. Aunque le daba un corte bereber desnudarse ante su tía. Y que encima se atreviera a tocarlo. ¡Eso ni por asomo! Pero no le quedaba otra. Con la hinchazón tenía ya dificultades para orinar y, si aquello iba a más, a ver si se iba a perjudicar y a perderse las gloriosas batallas que él esperaba ganar con su miembro en un futuro próximo.

Así que lo acompañamos a casa de la tía Eduvigis y le esperamos un tiempo prudencial, mientras nos hartábamos de contarnos chistes a su costa.

Apareció el tío a la hora y media con ganas de contar poco. Pero sabíamos que Jesulín, si le porfiábamos, acabaría hablando. Y así fue.

–Me ha acojonado mi tía, me ha dicho que era una zona muy sensible e importante y además que todo indicaba que me había picado una avispa amarilla, que son peligrosísimas, hasta podría diñarla, me ha dicho mi tía. A mí me daba el soponcio. No me ha quedado otra que ponerme en sus manos sin condiciones.

–Cuenta, cuenta –le urgió Javierito con los ojos que echaban chispas.

–Chicos, pues me ha dado un masaje con esencia de espliego, luego otro con caldo de margaritas y luego otro más con aceite de espino que me ha dejado eso de lo más relajado, ya apenas me duele. ¡Y menos mal que con la picadura yo creo que el miembro no funciona! Me habría dado una vergüenza terrible si se hubiera empezado a levantar… Me voy a la cama chicos. ¡A dormirla!

Lo entendimos perfectamente. Dejaba Jesulín una huella olorosa en sus partes tras de sí, que lo mismo excitaba a alguna burra, mula o yegua, vaya usted a saber, de las que añoraban todavía al burro del tío Cosme.

Cuando se fue, seguimos con los chistes y las ocurrencias, como la de arriba, porque este tema del sexo ya empezaba a rondarnos por aquel tiempo en nuestras cabezas, sin que todavía, yo al menos, hubiera dado paso alguno en esa dirección.

Sin embargo, este suceso tendría, tres o cuatro días más tarde, su importancia para todos nosotros o, al menos, para mí.

Estábamos una tarde en Los Olmos, tumbados sobre la hierba holgazaneando, cuando Javierito, como quien no quiere la cosa, volvió sobre el tema.

–¿Qué tal, Jesulín, ya te funciona?

Jesulín, se puso de pie, se bajó el pantalón, muy seguro de sí y nos miró a todos desde su altura:

–Pues vamos a verlo.

Ricardo y yo nos quedamos un tanto pasmados. O bien Jesulín había perdido la vergüenza con todo el tema de la picadura de la avispa o allí, en Barcelona, que eran medio franceses, iba todo mucho más rápido.

Se bajó el calzoncillo y empezó.

–Así, de pie, tardo un poco más que tumbado –dijo, mientras se concentraba.

La verdad es que no tardó mucho. Él cerraba los ojos y de vez en cuando se miraba y nos miraba, orgulloso de lo que estaba haciendo. Su miembro también parecía ufano y se entiesaba cada vez más.

Todo se aceleró hasta que llegó la explosión final y Jesulín dejó escapar un jadeo y luego sonrió satisfecho. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió. Un momento más tarde, sonriente, ya estaba tumbado con nosotros en la hierba.

–No ha estado mal, ¿eh?

Ricardo y yo no dijimos nada. Estábamos todavía impactados. Yo recordé, de golpe, que esa era la misma frase que había utilizado "El Peliblanco", aquel chico unos años mayor que nosotros, cuando nos mostró un día a la salida de la escuela lo que ya sabía hacer con su cuerpo.

Javierito rompió aquel silencio de cierta solemnidad que se había establecido entre nosotros.

–Esto te lo podía haber hecho también tu tía Eduvigis –y se empezó a partir de la risa.

–O tu hermana, recuerda –le cortó rápido Jesulín.

–Bueno, bueno, dejémoslo así –retrocedió Javierito–. ¡Vamos a echar un pitillo!

Y volvió la camaradería entre nosotros como si nada hubiera pasado.

Pero, aquella noche, cuando mis abuelos ya roncaban en la habitación de al lado, me levanté silenciosamente de la cama, no quería manchar las sábanas, y me toqué como Jesulín. Cerraba los ojos y sentía aquello que no había sentido jamás, "esto es lo mejor del mundo", recordé de golpe aquella otra vez que sorprendí al Peliblanco en la chopera de "Los arbolitos", con una revista francesa de chicas desnudas al lado. Aquella chica con las piernas abiertas que sonreía

a la cámara en la revista, me sonreía ahora a mí, pidiéndome más. Y más. Y más. Hasta que se lo di todo.

Luego me limpié y acerqué el pañuelo a la ventana, para verlo a la luz de la luna, que había sido testigo de aquella mi primera experiencia. Me llegó el olor penetrante y denso del semen, oliendo a naturaleza y a destino, pensé. Sentí algo trascendente, importante. Había pasado la raya que separa la infancia de la pubertad, aquella estación en que el suelo se tambaleaba como en un terremoto y era difícil mantenerse en pie.

Me metí en la cama y me acordé del Evangelio que nos repetían en el internado todos los días: "no cometerás actos impuros". Pero, tal vez fuera porque era verano y estaba de vacaciones, me sentí más cerca de Jesulín que de aquella consigna más propia del encierro invernal. Aunque no la olvidaría fácilmente, sería una más de todas aquellas contradicciones que me embargarían en los próximos años.

Al día siguiente me encontré con Javierito y su hermana Julia, que tenía un par de años más que nosotros y que estaba como un bombón. Algo me debió notar aquella mañana. O yo quise notarlo, en aquel saludo con que me recibió, tan habitual por otra parte en chicos de nuestra edad.

–Hola, Germán, cuánto has crecido. ¡Estás hecho un hombre! –y me dio dos besos, dejándome muy cerca aquel olor a colonia y rabiosa juventud que llevaba encima.

Sí, no nos dábamos cuenta, pero la vida pasaba también por nosotros y nos iba empapando de juventud. Éramos niños a medias y hombres todavía sin curtir. A veces, nos asomábamos a lo que nos esperaba y retrocedíamos gustosos a aquel mundo infantil donde todavía era todo mucho más fácil y conocido.

En uno de aquellos días en que me apetecía sumergirme de nuevo en mi niñez, me iba yo a la era de nuestro vecino, el tío Castañas, y les ayudaba trillando.

Subirme de nuevo a aquel trillo de mi infancia y dar vueltas y vueltas mientras se desgranaba el trigo y se cortaba la paja, me daba a mí la seguridad que perdía cuando me adentraba en cosas más de mayores. Y, mientras tanto, mandabas en el trillo, aquel vagón de tren, y en tu mula, que te obedecía dando cientos de vueltas, bajo aquel sol abrasador. Era un mundo cierto y previsible, aquel de la infancia.

Además, al terminar de trillar estaba aquella experiencia de "La barrastra". La barrastra era una barra alargada de madera que se depositaba en el suelo, se unía con dos o tres sogas a la silla de la mula y servía para recoger la parva: el trigo desgranado mezclado con la paja cortada en pequeños trozos que quedaba tras trillar y trillar durante todo el día. Al arrastrarla por el suelo, de ahí debía venir su nombre, la barrastra iba recogiendo y acumulando la parva en un montón.

Pero, para que la parva no sobrepasara a la barrastra, nos subíamos a la misma toda la familia, niños y grandes haciendo peso y haciendo dique con nuestro cuerpo para hacer el

montón. Era a la puesta del sol y, como fin de jornada, era también un juego lleno de risas y diversión. Los niños nos caíamos de la barrastra a la paja y los adultos nos hacían cosquillas o se las hacían entre sí, tratando de mantener el inestable equilibrio. Todos disfrutábamos con aquellos momentos luminosos en los que, niños y grandes, nos divertíamos como unos chiquillos.

Yo, el primer día, disfruté como un niño más. Como yo lo recordaba. Al día siguiente apareció Sole, una nieta del tío Castañas de mi edad, con la que, como vecinos, habíamos intimado en el pasado. Al principio nos mostramos cortados pero, cuando llegó la barrastra, quedamos juntos y, cuando la paja se abalanzó sobre nosotros, nos tocamos haciéndonos cosquillas y caímos juntos rodando por el suelo. Algo noté cuando estaba sobre ella y ella también se dio cuenta. Nos levantamos y nos miramos azorados.

Quien también nos miraba fijamente era el tío Castañas. Sole no volvió los días siguientes a la barrastra y, un día que por fin vino, su abuelo la colocó muy lejos de mí.

Sí, había momentos en que notabas que los juegos infantiles se terminaban. Y empezaba otra cosa, no sabíamos exactamente el qué, a veces pensábamos que ya no iba a ser tan divertido como antes y una sombra de tristeza cruzaba nuestro rostro. Pero nos duraba solo un segundo. Porque el tren de la vida nos empujaba con brío a la siguiente estación.

7. UNA BREVE ESTANCIA EN EL INTERNADO DE HUESCA

Hoy estamos en medio de la Dana, quiere decirse de la “gota fría”, según me ha dicho Clara, y el cielo está cargado de nubarrones negros y de electricidad. Yo ni me había dado cuenta, me había levantado contento tras recordar ayer todos aquellos veranos tan provechosos en El Sauce. Pero he ido a sacar un nuevo cuaderno de mi maleta y me he topado con el internado de Huesca, he mirado por la ventana, como si quisiera precisar mis recuerdos, y me he encontrado con este panorama triste y desabrido. Que es del mismo color del que se pinta mi memoria en aquellos desgraciados meses.

Por un momento, hasta he pensado en dejarlo, pero Clara me ha animado a continuar. Ella me dice que la vida es como el teclado de un piano, con teclas blancas y negras, no nos podemos saltar ninguna porque entonces a la melodía de nuestra propia existencia le faltarían notas y sonaría como una pieza desacompasada y sin ritmo.

Reflexiono sobre ello y acabo dándole la razón, no porque yo llegue a ninguna conclusión, a veces pienso y pienso y me enredo en un bucle mental del que no logro salir, sino porque me lo dice esta primavera que se enseña al otro lado de los cristales con sus teclas blancas, radiantes de sol y sus teclas negras, como las de hoy, que encierran nubes del mismo color y un voltaje siniestro de películas de terror y amenazas veladas de rayos y calamidades sin fin.

Mi padre tenía un tío cura que llevaba un nombre hermoso: don Salvador. Era profesor de francés e inglés en un colegio, también internado, en la ciudad de Huesca. Ya cuando vino don Olegario, el maestro, a casa, estuvo barajando mi padre enviarme a Huesca antes que a los corazonistas de Sigüenza porque estaba su tío allí y porque, en idiomas, que mi padre consideraba un asunto de gran futuro, era un centro mucho más aventajado que este.

Solo la difícil situación de mi familia entonces, dividida entre Madrid y Sacecorbo, unida a mi corta edad y a la preferencia de mi madre por la ciudad del Doncel, le hicieron renunciar, siquiera por el momento, a su idea inicial.

Pero, ahora, las circunstancias habían cambiado y mi padre, tras una visita de su tío Salvador, volvió sobre el asunto. Mi madre estaba ya mucho más tranquila y no opuso resistencia y yo, a quien en principio no le agradaba mucho la idea, acabé aceptándola: la presencia de mi tío, que siempre me cayó muy bien, en el centro, las excelentes cualidades del mismo y la promesa de que si no me adaptaba regresaría a Sigüenza, acabaron por uncirme, y con agrado, a este proyecto que mejoraría, y mucho, según me decían unos y otros, mi perfil académico.

Además, si todo iba bien, dado que este colegio tenía otro hermano pasados los Pirineos, en los dos años siguientes, quinto y sexto, podría formarme en Francia y acabar el Bachillerato siendo prácticamente bilingüe. El COU siempre estuvo previsto que lo hiciera en Madrid para irme adaptando a esta ciudad y continuar en ella mi formación universitaria.

Así que uno de los primeros días de octubre de 1970 cogí el tren en Madrid en dirección a la ciudad aragonesa. Al pie del andén me esperaba mi tío Salvador, con una amplia sonrisa en su rostro, orgulloso de ayudar a que su sobrino se formara en uno de los colegios más ilustres de España: el Colegio Hermanos del Camino de Dios.

–Bienvenido, querido Germán. Un orgullo tenerte aquí. Además, lo pasarás bien. ¡Eso espero!

Las primeras semanas pasaron rápido y bien. La verdad es que los caministas ofrecían unas instalaciones de primera: tanto en lo deportivo, con piscina de invierno y gimnasio moderno, como en lo académico: el laboratorio era cinco veces más grande que el de Sigüenza, tenía además una gran biblioteca y lo que sobresalía, sobre todo, era el centro de idiomas, con los mayores adelantos técnicos que incluían cursos de audio, grabadoras y reproductores y unos auriculares de última generación para aquellos años.

–¡Todo es fenomenal, tío, y yo que me quería perder esto! –y mi tío Salvador sonreía, contento de verme tan animado en aquellos primeros días, que eran los más difíciles.

A partir del cuarto de bachillerato, las literas no estaban en una sala general sino en "camaretas", con tres dobles a cada lado, en total doce estudiantes por habitación.

A mí me tocó de compañero de litera a un chico delicado y como abstraído, Julito Sistiaga, inteligente e introvertido, que vestía siempre una dulce sonrisa. Julito y yo nos parecíamos en que ninguno de los dos nos gustaba el deporte y gozábamos más de las actividades mentales, aunque en él era mucho más acusado y siempre andaba por ahí solitario y como traspuesto pensando en sus cosas. Me confesó que escribía poesía y que de mayor quería hacerse escritor, aunque fuera en los ratos libres de su profesión de arquitecto, porque sabía que escribir no daba de comer en ningún sitio.

Hoy pienso en Julito Sistiaga, mientras veo llover contra los cristales con una furia desmedida, como la de aquellos días infames que no he olvidado ni olvidaré.

Julito Sistiaga tuvo una importante influencia en mi vida. Yo, tras la profesión de economista de la que casi no me acuerdo, acabé como él mismo ansiaba, de escritor, que ahora creo que es lo único que hago, mientras que Julito abandonó sus planes de arquitecto, se hizo profesor y llegó a catedrático de medicina en la Universidad de Huesca, pero nunca escribió una línea, como era su vocación de entonces. ¡Cuánto me duele pensarlo!

Ocurrió de la siguiente manera: un día que Julito no se encontraba bien, ya he dicho que era un chico delicado y enfermizo, se quedó en la cama, tenía algo de fiebre y un gran dolor de

cabeza.

–Germán –me dijo Julito aquella mañana desde la cama al poco de dar las luces–. Por favor avisa a la enfermería que se pasen a ver si estoy incubando algo. No me encuentro muy allá.

El médico, que venía de Huesca, solía pasarse todos los días en torno a las doce para visitar a los alumnos con problemas de salud. Teníamos también un servicio de enfermería, en el que hacían guardia estudiantes de COU, de forma rotatoria, que pretendían estudiar medicina al curso siguiente y que se encargaban de visitar a los niños enfermos en tanto llegaba el médico. Aquel día al pobre Julito le tocaron un par de cabrones.

Yo me pasé por la enfermería a dar el aviso y, luego, en clase de matemáticas me acordé de él, se le daban muy bien y allí brillaba con luz propia. Pedí permiso al profesor para ir a los baños y aproveché para subir al dormitorio a ver qué tal estaba.

Ya por el pasillo al acercarme a la habitación, en un silencio absoluto porque no había ningún enfermo aquel día aparte de Julito, me llegaron susurros y jadeos:

–Ah, mi chica, mi Julita, si sé que te gusta…

Corrí a la camareta y, nada más llegar, vi por el hueco del cristal, que todas las puertas tenían en su parte superior para facilitar el control de los curas, cómo tenían aquellos dos orangutanes a Julito tumbado boca abajo en la cama, uno le sujetaba los brazos y le tapaba la boca y otro desde atrás le bajaba el pijama.

Pegué una patada en la puerta y grité:

–¡Qué pasa aquí!

Los dos pretendidos enfermeros se paralizaron y, por un momento, valoraron la situación, yo era un chico casi de catorce, alto, y estaba con un pie en el pasillo. Tenía ventaja. Así que jugaron la carta del disimulo:

–Nada, estábamos de broma con Julito. Está bien, no le pasa nada. ¿Verdad, Julito? –Julito estaba tan asustado que no podía ni hablar–. Pero ya nos íbamos. Aquí te dejamos estas aspirinas, por si acaso. Una cada seis horas, ¿eh, Julito?

Julito se mostraba como mareado. Más traspuesto que nunca. Continuó inmóvil boca abajo, aunque ya lo habían soltado y estaba libre.

Los dos estudiantes de COU salieron rápidamente por la puerta, mientras yo la sujetaba. El último en salir, cuando estaba a mi altura, me escupió:

–Y tú ¡cuidado con contar lo que no has visto! ¿Eh?

No dije nada. Los vi cómo se marchaban a buen paso y salían del pasillo del dormitorio.

Cuando entré a la habitación, Julito se había incorporado ya en la cama.

–Julito, ¿quieres que se lo cuente a mi tío?

Él me miró con aquellos ojos de poeta desilusionado, que se empezaban a poblar lentamente de lágrimas y me contestó simplemente:

–Sí.

Levanto las manos del teclado. Me tiemblan los dedos, como aquel día. La lluvia ahora es mansa y sibilina, pero desborda las calles igual, se temen grandes riadas, y avisan en la tele de que los viejos y los niños no salgan a la calle. Ah, los niños… Yo nunca tuve hijos, pero hoy me duelen las personas inermes y desvalidas, inocentes. Me pongo triste y Clara me mira con preocupación.

–Si no quieres continuar, déjalo para otro día –me dice.

Pero sí que quiero. Me duele el niño Julito y me duele mi tío Salvador, que hoy es un viejo y termina su vida, proscrito, en una residencia de sacerdotes del sur de Francia.

Se lo conté a mi tío en cuanto pude verlo. Su rostro se revistió de un gesto grave.

–Germán, yo me encargo. Si alguien se mete contigo o con Julito, llámame de inmediato. Estos casos no son frecuentes, pero tienes que saber, porque ya vas siendo mayor, que la naturaleza humana a veces es abyecta y hasta cruel. Nuestra obligación ahora es proteger a Julito, que estos casos no se repitan y separar las manzanas podridas de la cesta.

El problema era que las dos manzanas podridas eran hijos de dos personas de dinero en Huesca y, a la sazón, dos de los mayores benefactores del patronato que, junto con la Iglesia, financiaban al colegio.

Mi tío Salvador, que al principio recibió un apoyo total del rectorado, vio cómo este se iba enfriando y las medidas contra los dos estudiantes de COU se posponían.

–Julito, Germán, me han prometido que la comisión de investigación iniciará sus trabajos en breve. Espero que pronto los dos agresores sean expulsados del colegio y no tengáis que verlos todavía merodear por los pasillos.

Lo que no nos dijo mi tío en aquel momento es que había hablado con su amigo, el comisario Relaño, y este le había informado que, en un caso de menores como aquel, basado en la palabra de unos contra la de los otros –los estudiantes de medicina lo habían negado todo– y en el que al final no se habían causado daños, la policía no intervendría. Pero sí podría hacerlo el colegio, ante sospechas fundadas, que vendrían de la credibilidad de la declaración de Julito y de la mía propia, con la expulsión temporal de los agresores como medida preventiva y protectora hacia los pequeños, que éramos nosotros.

Pero se fue pasando el tiempo y nadie nos llamaba para interesarse por lo que había ocurrido. Solo mi tío Salvador seguía presionando al rectorado para que no se diera carpetazo al asunto. Si no se tomaban medidas en breve, no le quedaría más remedio que comunicarle a su sobrino, que era mi padre, lo ocurrido y también instaría a Julito a comunicárselo a su familia. Hasta entonces, nosotros dos, a fin de no preocupar a nuestros padres y gozando de la protección del tío Salvador, no habíamos dicho nada en casa.

Sí, eran otros tiempos, en los que dominaba el silencio, y los intereses de los poderosos extendían su manto encubridor sobre sus podridos vástagos que quedaban así exentos de responder de sus pérfidos actos. Sí, todo lo dominaba el silencio y el tiempo dilatorio cómplice que extendía una capa de polvo y olvido sobre los desmanes que quedaban así exonerados de facto para siempre.

Hasta nosotros mismos acabábamos viendo bien que nadie volviera sobre aquel día nefasto que nos golpeó a los dos, sobre todo al pobre Julito. Él me lo dijo un día:

–Germán, casi dile a tu tío que se olvide del asunto. Yo, con él a nuestro lado, me siento tranquilo. Lo que pasó, pasó. Yo ya casi no quiero volver a recordarlo. Volver nunca más a aquella pesadilla.

Y así fueron trascurriendo los días. Que se fueron llenando de otras preocupaciones, los exámenes, y también de otras esperanzas y alegrías: pisábamos ya el mes de diciembre y las vacaciones de Navidad estaban más cerca. Julito florecía de nuevo.

–Germán, estoy escribiendo cosas muy bonitas. Cuando las tenga terminadas te las enseño.

No le dio tiempo a terminarlas. Y nunca las terminaría. Aquella misma tarde lo acorralaron en los servicios los dos malnacidos y no consiguieron lo que andaban buscando porque entró de repente el chico de la limpieza, que no vio nada pero que permitió a Julito escabullirse de allí.

Aquella noche cuando Julito se iba a ir a la cama se encontró debajo de la almohada una nota:

–Julita, ¡vamos a por ti!, ¡nos gusta tu boca de fresa!

Me la enseñó llorando.

A la mañana siguiente fuimos a ver a mi tío Salvador a su despacho.

Examinó la nota con detenimiento.

–¡Hasta aquí hemos llegado! –Soltó con gesto grave–. Germán, no le dejes solo a Julito ni un solo momento.

A partir de aquel día, en todas sus clases de francés e inglés, que daba en todos los cursos de Bachillerato, pedía a sus alumnos que si se habían sentido acosados por otros chicos se lo dijeran.

A los cuatro días lo llamaron de la dirección para pedirle explicaciones.

Él les enseñó la nota.

–No habéis hecho nada –les recriminó– y el pobre Julito está ahora más traumatizado y aterrorizado. ¡Lo han vuelto a intentar! Y hasta le han enviado esta nota.

Se la enseñó al rector.

–Esto no prueba nada, son letras mayúsculas. Las puede haber hecho cualquier niño, inclusive Julito –le contestó.

Pero no las había hecho cualquier niño.

Ese folio pertenecía a la enfermería. Sobre él se había apoyado el doctor Montero para extender una receta, se veía la huella del nombre del medicamento: Angimal, y la fecha 2-12-1971 sobre el mismo, que estaba justo debajo.

Mi tío se lo mostró al rector.

–Sería muy fácil para el comisario Relaño, saber quién estaba de los estudiantes de COU en la enfermería ese día… Aunque usted y yo ya lo sabemos, ¿verdad?

El rector acusó el golpe.

–¿Qué es lo que quieres, Salvador?

–Esos chicos han de salir del colegio hoy mismo.

El rector afirmó con la cabeza y extendió su mano para que mi tío le entregara la nota.

–Cuando se haya hecho pública la expulsión –y se guardó la misma en el bolsillo.

Los dos estudiantes enfermeros salieron del colegio al tercer día, aunque dos después que Julito, que llamó a sus padres en cuanto pudo y vinieron a por él esa misma tarde. Ya no regresaría.

–Adiós, Germán. Qué habría sido de mí sin ti y sin tu tío Salvador. Tengo que fortalecerme, eso de escribir poesías no me da más que problemas. Te echaré de menos. Si un día vienes por Teruel no dejes de llamarme, allí tienes un amigo y una casa.

Julito Sistiaga, nunca lo olvidaré, aunque nunca volvimos a vernos. Pero sí nos estuvimos escribiendo durante años. Sus padres lo metieron en un colegio privado de Teruel cerca de casa. Hoy yo puedo abrir mi maleta y encontrarme con un fajo de sus cartas. Nunca volvió a escribir poesías, me decía, pero yo noto en sus textos lo escritor que era. Un escritor que se frustró para siempre.

El tema acabó siendo de dominio público, aunque se deslizaban informaciones tendenciosas por parte del colegio, aprovechando la circunstancia de que, tanto Julito como los enfermeros, habían salido del centro y que, por lo tanto, podría haber culpabilidad en las dos partes. Aquel no era un centro donde pudieran ocurrir ese tipo de cosas, venían a decir.

Pero los niños sabían muy bien dónde estaba la verdad. Y uno de ellos, tras escuchar en clase de francés a mi tío Salvador, perdió el miedo a hablar. Un día, cuando faltaba una semana para las vacaciones de Navidad, mi tío se encontró a un niño de doce años llorando, sentado en la silla de su despacho, esperándolo. Se llamaba Javier Montero.

Le contó entre lágrimas que un sacerdote, confesor y director espiritual de los cursos primero y segundo, le había hecho cosas. Era un cura muy cariñoso, yo me confesé una vez con él y hasta te abrazaba para darte la absolución.

Mi tío fue al rectorado y le pidió al rector que investigara esos hechos. El rector le habló como nunca lo haría ya más, según me contó mi tío:

–Salvador, lo que te voy a decir lo negaré siempre y no te lo repetiré jamás. Ya lo estamos investigando, Santiago Peláez nunca más estará en contacto con niños, será el cura de una residencia de ancianos en Zaragoza. Aunque públicamente se dirá que su madre está muy enferma y se marcha a cuidarla. Saldrá del colegio mañana mismo. El niño Javier Montero no se ha de preocupar ya. Y todo en el colegio volverá a la normalidad.

–Creo que os equivocáis, Remigio –le dijo mi tío–. Nadie se escandaliza porque un par de chavales de COU o un sacerdote tengan un comportamiento absolutamente deleznable. Eso puede ocurrir en cualquier colegio, o en cualquier institución. Pero taparlo, no lo entiendo. Este colegio se fortalece más si públicamente se enfrenta a los hechos, que actuando así, por lo bajinis y a medio trapo. ¿Qué va a pensar el niño Javier Montero?

El rector Remigio miró a mi tío con afecto, inclusive con cierta ternura.

–Ah, Salvador, eres todavía joven y no tienes responsabilidades. Por eso me duele decirte esto: tú también saldrás del colegio en cuanto lleguen las vacaciones de Navidad. Eres una buena persona, pero no puedes mantenerte aquí, te trasladamos a nuestro colegio del sur de Francia, a empezar allí una nueva etapa.

Mi tío también miró al rector Remigio, no con ternura sino con pena.

–Ah, claro, lo que teméis, no tú, sino los de arriba, es que, si hay algún niño más, que no tiene por qué pero que podría haberlo, que haya sido abusado por este sacerdote infame se anime a tocar en la puerta de mi despacho, ¿no? Eso se llama contención de daños, ¿no, Remigio?

Remigio ya no tenía nada más que decir.

–Salvador, como te dije, ya no hablaremos más de esto. Tras las vacaciones te incorporas en nuestro colegio de Francia. Rezaré por ti. Hazlo tú también por mí.

Y Remigio se levantó y le señaló la puerta. Pero, antes de que saliera mi tío, le dio un abrazo.

–Gracias por tu comportamiento, Salvador. Algún día tendremos que enfrentar estos casos de otra manera. Hoy yo no puedo hacer más. Y lo he intentado, aunque no sé si me crees.

Mi tío Salvador se despidió de Remigio para siempre.

–Claro que te creo, pero sigue siendo una pena. Rezaré por ti.

Nada más salir del despacho del rector, mi tío Salvador me llamó al suyo y me contó todo lo que he escrito.

–Voy a hablar con tu padre. Este era un buen colegio, Germán, pero no me gusta lo que ha pasado. Si yo me marcho, dado que mi presencia era la razón por la que viniste aquí, debéis sopesar tu padre y tú de nuevo la situación.

Mi padre llamó a Sigüenza y estuvieron encantados de recibirme de nuevo. Yo no estaba mal en Los Hermanos del Camino de Dios, pero eran muchos años y muchos amigos en los corazonistas de Sigüenza. La decisión de mis padres, mi madre estaba súper feliz de tenerme más cerca, fue de apoyarme si deseaba regresar a Sigüenza. Para mí fue fácil.

Hoy releo las cartas de Julito, que sigue siendo el recuerdo más importante que me quedó de mi estancia en Huesca. A través de ellas sigo su vida, desde que se hizo médico y profesor de medicina, hasta que se casó y fue padre por primera vez. Y hasta muchos años más tarde. Hay algunas cosas que no entiendo de él, como cuando me dice: "Ya soy padre, como tú, y entiendo cuando me decías que era una experiencia maravillosa. Ahora ya lo sé".

Yo nunca he tenido hijos, ya me hubiera gustado. Pero Dios no nos dio a Clara y a mí ese don. Ha pasado tanto tiempo que Julito quizás me confunde con otro.

Me sorprendo al encontrar una carta suya relativamente reciente, de hace solo unos años. Abro el sobre con expectación. Allí encuentro un recorte de prensa del Diario de Huesca. Entrevistan a un exalumno del Colegio Los Hermanos del Camino de Dios, se llama Javier Montero, me acuerdo de golpe de él de nuevo, y narra que un sacerdote, a la sazón director espiritual del pequeño, abusó de él cuando era niño en el centro y quiere contarlo ahora. Otro sacerdote que se llamaba Salvador Palafox –añade– lo protegió entonces y denunció el caso, pero en aquellos momentos solo consiguió el traslado del culpable a una residencia de ancianos. Otros tres exalumnos, de la misma edad que Javier, también se han animado a denunciar el abuso de este director espiritual.

En su carta, Julito me dice:

"*Germán, cuánto me alegro de que, después de tanto tiempo, vaya a haber justicia. Y de que aquel miedo que yo pasé, y que me ha marcado tanto, al final sirviera para que Javier Montero destapara su caso, mucho más grave que el mío. Y para que, ahora, tras tanto tiempo, los otros tres compañeros se hayan animado a hacerlo. Por favor, transmite esta noticia a tu tío Salvador. Se alegrará mucho de ello. Junto con mi agradecimiento, que no tiene fin*".

Yo no recuerdo haber leído esta carta antes y seguro que no se la reenvié a mi tío Salvador, desde hace un tiempo sé que tengo la "enfermedad del olvido" como la llama mi mujer Clara, aunque hoy me acuerdo muy bien de su verdadero nombre, esa palabra terrible que no quiero pronunciar.

Sí, hoy, que me encuentro bien, voy a decirle a Clara que me dé la dirección de mi tío, se alegrará mucho, cuando reciba esta carta, de saber que, al final, él ha ganado la batalla. Aunque le haya costado vivir desterrado en Francia casi toda su vida. Y vaya a morir solo en ese país extraño.

Pero su nombre, me digo, figura para siempre en letras de molde en el Diario de Huesca. Y, sobre todo, muy dentro de nuestros corazones, de los de aquellos que una vez fuimos niños y gozamos de su protección y ayuda.

Así que llamo a mi mujer:

–Clara, antes de que se me olvide, querría enviar esta carta.

–Por supuesto, Germán, vamos a mandarla juntos. ¿Para quién es?

–Para mi tío Salvador Palafox, que está el pobre en Francia.

Clara me mira, no sabe cómo decirme lo que me va a decir:

–Germán, tu tío murió el año pasado. Pero no en Francia, sino aquí en Madrid. La Iglesia lo trajo por fin a una residencia de sacerdotes de aquí, cuando se enteraron de todo lo que había hecho defendiendo a niños abusados en aquel colegio tuyo de Huesca. Vino varias veces a verte antes del final y leyó esta misma carta contigo. Hasta que se durmió tranquilo, contento y en paz.

Escucho las palabras de Clara como si cada una de ellas me elevara por la ladera de un monte, una montaña altísima desde la que todo se ve más claro. Y yo vuelvo a ver el rostro de mi tío Salvador, con aquella luz que tenía de hombre bueno y sabio… De repente, me lleno de alegría, una alegría estruendosa que no puedo contener. La vida, o el cielo, o Dios, a veces tarda, pero llega un día en el que vierte toda su generosidad sobre nosotros.

Busco en mi ordenador, en YouTube, la canción de *La vie en rose*, que me gusta tanto, y la pongo a todo volumen. Entonces cojo a Clara entre mis brazos y bailo con ella, dando vueltas por toda la casa, contento como un niño. Inmensamente feliz.

Y consigo que Clara sonría, de esa forma que lo hacía antes, con esa sonrisa que tiene, única en el mundo.

8. LA COMUNIDAD DE LOS MAYORES. EL PRIMER BESO

Volví a Sigüenza tras las navidades como si nada hubiera pasado, quizás añadí una nota de exotismo e interés hacia mi persona.

–Cuenta, cuenta –me pedía Fermín.

Yo había quedado con mis padres en no comentar nada de lo acaecido en Huesca. Era lo mejor.

–Pues nada, que a veces no valoramos lo que tenemos en casa, hasta que nos alejamos de ella. A mi tío lo han destinado a Francia, así que yo no pintaba nada allí. ¡Vamos, que os echaba de menos!

–Y las aragonesas, qué. ¿Cómo son allí las titis?

Acabáramos, sí, habían pasado cosas. El tiempo había pasado también por nuestro cuerpo y por nuestra mente y nuestras prioridades y querencias habían cambiado. Y mucho.

Para empezar, habíamos abandonado a los niños de primero, segundo y tercero, a los que de una forma inconsciente detestábamos, no fuera el caso de que se nos pegara algo de su infantilismo. Éramos miembros de la "comunidad de los mayores", donde había tíos de hasta diecinueve o veinte años. A esos sí que nos gustaba acercarnos. Para aprender algo de su apostura y seguridad, claro.

Y los curas también nos trataban de otra forma. Nos permitían otras licencias, la más importante, sin duda, era que estaba permitido fumar en los recreos. Ya no salíamos al patio central, tras cada clase, sino a la calle, a las "cuatro esquinas". Allí, al lado, estaba el estanco. Aquella liturgia de ir con los amigos al mostrador y decir:

–Dos de Ducados, uno de Rex y uno de Fortuna – te engrandecía por dentro.

Y, luego, encender el pitillo, aspirar el humo, tragártelo, mejorando tu estilo de hacerlo cada día, eran escaleras que te llevaban a un estadio superior. En el que estaban las titis, por supuesto.

Todos salimos unos fumadores empedernidos, si te sorprendían fumando en la comunidad de los pequeños te pegaban dos tortas, metían la colilla del cigarrillo en un sobre y se lo enviaban a tus padres, donde tenías bronca de las grandes y dos tortas adicionales, claro.

Así que el placer de probar por fin lo prohibido era general y, además, poder presumir ante los pequeños, donde siempre tenías hermanos, primos, amigos… Aquello era total.

En aquella época no había sensación de peligro con el tabaco, es más, el chico que no fumaba era visto como un ser extraño. Por ello, los curas lo permitían y, además, mientras estábamos entretenidos fumando, no nos desmandábamos en otras cosas.

Lo que llevaban a rajatabla era restringirnos al máximo el contacto con las personas del otro

sexo, es decir, con las titis. Y esta mala política lo que producía era un anhelo mayúsculo y exagerado que se instalaba en nuestras mentes con letras de molde.

Pero los curas también sabían los efectos de esta carencia, quizás por experiencia propia, y nos aplicaban la misma medicina que, tal vez, se aplicaban a sí mismos. La técnica de la sublimación.

La sublimación en química consiste en que un cuerpo pase del estado sólido al gaseoso sin pasar por el intermedio del estado líquido. En psicoanálisis es la transformación de los impulsos instintivos en actos más aceptados desde el punto de vista moral o social. Y, en general, es el enaltecimiento de las cualidades de una persona.

Traducido todo lo anterior al mundo de las chicas, lo que instalaban en nuestra mente era lo siguiente:

–Una chica, una mujer, mejor dicho, es algo muy serio, es el bien superior que Dios ha creado para el hombre, hecha de su propia costilla. No es para jugar con ella como una cosa pasajera, sino para formar una familia y, mediante el correcto uso del matrimonio, solo entonces, ¿eh?, traer hijos a este mundo que sean la imagen de Dios.

Y la imagen de la mujer se asociaba a la Virgen, la madre por excelencia, por supuesto.

Pero, ¿qué ocurría en el entre tanto? ¿Cómo surcábamos nosotros la travesía, desde nuestros catorce años de entonces a los veinticuatro o veinticinco, en que te casabas?

–Ya lo entiendo, decía Fermín –que, con el tiempo llegaría a ser un buen químico–. Eso es la sublimación. Quieren que pasemos de este estado nuestro sólido de ahora, que no nos comemos un colín, a uno gaseoso, ya casados y metidos en nuestra cama con ellas. Y ¿qué pasa con el estado líquido? –Se contestaba él mismo–. Pues que eso solo lo tienen en el extranjero, donde no hacen más que follar y follar, como infieles que son, o aquí en los burdeles con mujeres que no son un bien superior, claro.

–Tú eres un radical, Fermín –le decía yo–. También puedes tener una relación de noviazgo en la que te vas conociendo y progresando poco a poco, sin llegar a acostarte, claro.

Mariano Sobrón intervenía entonces:

–Chicos, como no cambiéis no os vais a comer una paraguaya. De eso, que se preocupen las mujeres. Los de mi pueblo decimos: nosotros para adelante, si alguna se deja, a la cazuela. Qué creéis, ¿que las chicas no están muertas de ganas de estar con nosotros? Ellas verán, es su papel, nosotros a porfiar y porfiar, hasta que alguna caiga, ¿no te digo?

Yo miraba a Mariano Sobrón con su cuerpo de peonza y le reconocía más moral que al Alcoyano. Su chica sí que tendría que sublimarlo, ¡pero a él!

Luego me giraba para Pedro Valtierra, sentado a mi lado con su novela de Marcial Lafuente entre sus manos, como siempre. Le tiraba del pantalón requiriendo su intervención.

–Chicos, pues que todos lleváis algo de razón. El tema es que hay chicas y chicas, como en las novelas del Oeste, las que merecen la pena y las de usar y tirar, y no hay que comerse más el coco.

Eso también lo sabían los curas, que había dos bandos, era la eterna lucha entre el bien y el mal. Por eso cargaban las tintas todos los días sobre las "chicas malas". Con las chicas buenas no corríamos peligro. Pero las chicas malas eran como la serpiente del paraíso. Había que resistir sus tentaciones en aras de guardar esa fidelidad casi divina a las chicas buenas, con las que acabaríamos casándonos. Y teníamos que rehuir todos los peligros, por ejemplo, el baile, ese sitio donde el diablo tocaba el violín.

Yo, cuando discurríamos este tema en la pandilla, acababa con dolor de cabeza y tirando de mí siempre dos fuerzas contrapuestas. Me sentía agotado con aquellos dilemas. Encima, era un ejercicio teórico, e inútil, claro, porque allí era casi imposible establecer alguna relación con las féminas.

Las que no cesaban en su empeño eran las hormonas. Nos atacaban sin piedad por todos los flancos.

Mariano Sobrón decía:

–Hoy noto cómo me sube la bilirrubina.

Pero lo que nos subía era otra cosa. Aquello se ponía como el palo de la bandera.

Y cada uno lidiaba con ello como podía, pero la naturaleza siempre ganaba. Aquel año de cuarto era tremendo con las manolas. Todos o casi todos habíamos descubierto aquel placer irresistible y nuevo al que nos empujaba con una fuerza inmensa no sabíamos el qué: la naturaleza, el destino, el diablo… Las chicas, en definitiva, que siempre estaban detrás de todo lo que pasaba por nuestras cabezas.

En general era algo vergonzante de lo que no hablabas con nadie. Simplemente ocurría. Cuando apagaban las luces, te acomodabas en la cama para no hacer el menor ruido y pasaba. Luego te limpiabas con el pañuelo a oscuras y te decías en tu interior: este no soy yo. Y, si aguzabas el oído, percibías el vaivén de los muelles de las camas de tus compañeros y te sentías anegado en una marea de vicio, infinita y sucia.

Yo me sentía como un esquizofrénico: por las noches, un malvado, por el día recuperabas tus ideales, tus valores y tu marchamo de chico de bien.

Un día, muchos meses más adelante, cuando yo tuve aquella corta historia con Marga me dijo Fermín:

–Oye, Germán, qué suerte lo de Marga, ahora tendrás por fin alguien tuyo para pasártelo bien por las noches.

Le contesté raudo y con desagrado.

–Tú estás loco, Fermín. Yo por las noches no la toco ni por asomo.

Y era verdad. Ni se me pasaba por la cabeza meter a Marga entre las sábanas. Mientras me tocaba, abría mi mente a la chica de la revista francesa del Peliblanco que siempre me pedía más y más, o a algunas actrices de la gran pantalla, sobre todo aquellas de las que no me enamoraba, nunca se me hubiera ocurrido, por ejemplo, con Virna Lisi, o a algunas chicas malas de usar y tirar que habían tenido la mala suerte de instalarse con ese rótulo en mi cabeza.

Fermín, cuando veía mi determinación, se echaba para atrás, aunque siempre dejaba la pierna, como los buenos defensas.

–Bueno, bueno, Germán. Pero yo veo que tú tienes tantos granos en la frente como los demás…

Aquel año corrió el rumor de que por cada manola que te hacías, te salía un grano en la frente. Aquello era una epidemia.

A veces te daba tan fuerte que no podías llegar a la noche y entonces nos encerrábamos en los servicios. Allí, de pie, mirando al agujero negro, sobre las dos grandes suelas que había, descendíamos a aquel submundo que, por momentos, nos hacía sus esclavos. Había una ventaja allí, no menor, que era el papel higiénico para limpiarse. Y había un riesgo frecuente, que la puerta no cerrase bien y alguien pudiera verte desde fuera. Lo de pajillero nadie lo llevaba bien, todo el mundo disimulaba lo que podía.

Luego te arrepentías y muchos íbamos a confesarnos.

–¿Cuántas veces?

Y el cura se debía sorprender de nuestro vigor varonil. Y luego te echaba de penitencia un padrenuestro por cada una de ellas.

Pero, ya digo, te arrepentías y aquello se quedaba en el subconsciente. Y, para compensar esa bajada a los infiernos, llenabas tu mente de pensamientos positivos y creabas un mundo idealizado para vivir en él cuando fueras mayor. Sí, cada uno de nosotros nos refugiábamos donde podíamos para sobrevivir a aquel tsunami.

Un día me dijo Mariano Sobrón:

–Jo, Germán, si tú supieras cómo has invadido nuestra mente con las chicas del AS…

Y yo me sentí fatal al darme cuenta de ello. Así que corté por lo sano y empecé a decir que don José Luis me daba el periódico sin la última página. Y quién sabe qué conexión extraña hubo entre mi mente y la de mi benefactor, que este me anunció unos días después que se cambiaba al Marca.

–Nada, Germán, que estos del AS, se han hecho muy del Atleti –me dijo.

Y yo casi se lo agradecí.

Donde yo me refugiaba para canalizar mis ensueños de belleza, juventud y chicas –y quizás también de literatura– era en el cine. Otros lo hacían en el deporte. Y, todos en general, en los ensueños de la profesión que tendríamos que elegir dentro de unos años y que marcaría nuestro destino en la vida.

A mí me llamó un día Esteban Gómez, aquel chaval mayor al que yo le daba gratis la chica del AS. Como era muy fuerte, y podía mover los rollos con facilidad, lo tenían encargado del cine del colegio.

–¿Querrías ayudarme a proyectar las películas? Yo me voy al año que viene del cole y me han dicho que vaya preparando a otro. No te preocupes por los rollos, seréis dos en vez de uno

cuando yo me vaya.

Íbamos al tren todos los viernes a coger los rollos de la película de la semana que venían en unos sacos. Y luego teníamos tres sesiones: una en el seminario los sábados y dos el domingo, una a las cuatro y media para los pequeños y otra a las siete para los mayores.

Eran películas para todos los públicos, pero, cuando había un beso, con frecuencia se permitía el acercamiento entre ambas bocas, y el alejamiento posterior, pero alguien había cortado los fotogramas del beso en sí. Ello provocaba no pocos murmullos y bisbiseos entre el público, sobre todo en la sesión de los mayores. A mí me preguntaba Fermín:

–No me lo niegues, os dan instrucciones, ¿eh, Germán?

No nos las daban. Ocurría que era una distribuidora católica y todo venía ya cocinado. Además, para empalmar los rollos, teníamos a veces que cortar y luego pegar con celo y todavía se notaban más los cortes, sobre todo si ocurrían por añadidura en medio de una escena interesante como la de los besos. Entre los tijeretazos que ya daba la distribuidora católica y los nuestros, chapuceros, para empalmar los rollos aquello quedaba como quedaba. Y el público mirón, compuesto y sin beso, claro.

Lo que sí nos permitíamos Esteban y yo era, cuando se terminaba la sesión, darnos el homenaje repitiendo, solo para nosotros, aquellas escenas que nos habían impactado, eso sí echando un ojo desde la cabina que no vinieran los curas.

Recuerdo una escena de lo más turbadora, inclusive para Esteban que había visto ya muchas. Fue en "Quo Vadis?" y la recuerdo como si fuera hoy: Nerón quería escarmentar a la minoría cristiana de su imperio que cada vez crecía más, inclusive entre la nobleza. Había descubierto el idilio entre una noble, Ligia, y un general romano, Marco Vinicio, ambos se acababan de convertir al cristianismo. Así que se le ocurrió, en el circo romano, que Marco Vinicio, esposado a una columna en el graderío, viera cómo Ligia, atada a otra en el centro del circo y eso sí, semi desnuda, esperaba horrorizada la suelta de un toro bravo que la embestiría de lleno. Para parecer justo y dar una pequeña oportunidad a Ligia, un guardia de esta, también cristiano, llamado Urso, desarmado, trataría de detener al toro.

Me dijo Esteban que, en la novela, Ligia estaba totalmente desnuda, pero, claro, eso era imposible rodarlo en el año 1951. Así que vistieron a la bella actriz británica, Deborah Kerr, con una túnica blanca hecha de gasas transparentes que, para mayor morbo, movía el viento dejando entrever su piel blanca y delicada por todo el cuerpo. Ello, unido a la tensión de ver a su enamorado, el actor Robert Taylor, sufrir aquella afrenta y tortura y al bueno de Urso enfrentarse con el toro bravo hacían un cóctel de lo más turbador.

La vimos varias veces boquiabiertos, hasta que se asomó el bueno de don Unilo.

–Eh, los del cine, ¿hay algún problema? –y tuvimos que terminar la función, claro.

Todavía hoy, con la cantidad de películas que he visto, la considero una de las escenas más eróticas y turbadoras jamás filmadas y solo encuentro explicación de que no se censurara porque

se trataba de dos cristianos que se rebelaban contra la tiranía pagana de Nerón.

Al hilo de lo que veíamos, en lo que sí me instruía Esteban era en el tema de los besos y sus clases. Porque no todos eran lo mismo y era conveniente que fuera aprendiendo. Los chavales, según me explicaba Esteban, tenían que ir con la lección aprendida. Un chico analfabeto en este tema perdía muchos puntos ante su chica si se comportaba como un palurdo sin experiencia.

–Pero, si ellas tampoco tienen experiencia, ¿cómo se percatan de la falta de la tuya? –le preguntaba yo, lleno de lógica.

No sabía yo entonces que las mujeres eran ilógicas por naturaleza.

Esteban, cogido a contrapié, carraspeaba y me lo explicaba a su modo.

–Ay, Germán. Ellas cierran los ojos y solo entienden lo que sienten, ¿me sigues? Y tú te las tienes que ingeniar para que sientan, ¿está claro?

Bueno, yo claro no lo tenía, pero un chico tan espabilado en los estudios como yo, no me podía permitir parecer tan torpón en aquello. Cuando las fui conociendo de cerca, a ellas me refiero, fui entendiendo de forma meridiana las enseñanzas de mi instructor.

–Está bien, Esteban. ¿Y cuántos tipos de besos hay?

–Pues, Germán, hay muchos. Pero, para empezar, te voy a hablar de tres: el beso en la cara, ese solo se da para saludarse, ¿estamos?, y se lo dan también entre ellas, entre mujeres. No se te ocurra practicarlo fuera de ello. Eso no es de hombres, ¿me entiendes?

Yo le decía sí a todo, claro.

–Luego está el beso en los labios. Normalmente breve y con la boca cerrada. Bueno, para empezar, no está mal. Ellas no se lo dan a cualquiera. Vas ganando puntos como pareja. Además, también te permite a ti darte una idea de lo que te espera más adelante, ¿estamos?

–Estamos, Esteban.

–Y luego está el interesante. Ese tiene que ser tu meta, Germán. El beso en la boca. Con la boca abierta, por supuesto. Tu chica se abandona entonces y tú puedes entrar en ella con tu lengua. Tiene una técnica, claro, hay que inclinar las cabezas cada uno a un lado, si no chocan las narices y es un desastre.

Acabáramos, aquello del amor, que a mí me parecía tan espontáneo, requería más práctica que unas maniobras militares.

–Bueno, y luego está el de tornillo, una variedad del de lengua, donde ambos cambiáis la cabeza hacia el lado opuesto y, mientras tanto, vuestras lenguas se mueven igual que un tornillo, un taladro, ¿me entiendes?

Yo estaba embobado con ese mundo submarino que había debajo de los besos. Y que no se veía en las películas, claro. Bueno, si te fijabas bien, como yo empecé a hacerlo a partir de entonces, las cosas se iban aclarando. Y yo, en mi interior, me decía, mientras los clasificaba: piquito, boca sin lengua, tornilloooo…

–Germán, esos son los que yo ya he practicado. Luego están el francés y el griego, que deben ser la hostia, aunque un poco guarros, sobre todo el último, ya sabes cómo son esos extranjeros, pero, vamos, para empezar céntrate en los primeros, ¿estamos?

¿Cómo no iba a estar? Me iba a dormir después del cine y practicaba con la almohada en la oscuridad lo que había visto en la peli. Aunque aquello no era lo mismo, claro. Ni por asomo.

Pero a través del cine llegaría yo al mundo de los besos reales, un poco más tarde.

Como dije más arriba, en la comunidad de los pequeños no salíamos nunca a la ciudad, excepto al campo de deportes, así que las chicas eran para nosotros como unos seres extraterrestres. Yo iba con Pedro Valtierra al colegio de chicas, gemelo del nuestro, que se llamaba el Sagrado Corazón de la Virgen, en vez de Jesús. Yo pedía permiso para ir a recoger la bolsa de la ropa a la estación donde paraba la trillana y él para ver a su hermana a su colegio, y nos íbamos los dos para allá. Nos pasaban al hall y, mientras esperábamos a su hermana, allí las veíamos deambular, mirándonos de hurtadillas y bisbiseando por las esquinas.

Si había suerte nos sentábamos debajo de la escalera y con disimulo mirábamos hacia arriba, y les veíamos, al bajar, las rodillas, por debajo de aquel uniforme largo que llevaban. Había algunas que bajaban muy pegadas a la barandilla y entonces llegábamos a divisar una parte de los muslos. A mí, luego, me entraba el arrepentimiento, por haber robado aquel trozo de intimidad a aquellas chicas inocentes. Aunque no le decía nada a Pedro Valtierra. Solo le preguntaba.

–La semana que viene volvemos, ¿no?

Años más tarde, le comenté a Esteban en la sala de proyección, aquello de las chicas inocentes. Él me miró, como si yo no hubiera entendido nada, tras todas sus clases.

–¿Inocentes? Las chicas, desde que nacen, no son inocentes.

Recordé entonces que había veces en que cuando ya habíamos salido del colegio de chicas, saltaba como por casualidad el balón hacia la calle desde el patio. Seguro que, jugando al baloncesto, alguna mala tiradora había sobrepasado la valla, pensaba, yo, sí, inocente.

Al poco, aparecían dos chicas a recogerlo, y hablábamos un poco con ellas. Pero era imposible establecer una relación de continuidad. Cuando volvíamos otra semana ya no las encontrábamos entre aquellos cientos de chicas. Y las monjas las castigaban si veían algo raro. Con las corazonistas no había forma, nos decíamos.

Nos dimos cuenta, cuando llegamos a la comunidad de los mayores, que tampoco iban a cambiar las cosas entonces: cuando salíamos nosotros a pasear por la alameda, se recogían ellas. Y a la inversa. Los curas y las monjas lo tenían todo muy bien pensado.

Algunas se retrasaban en su cola y nosotros alcanzábamos a divisarlas de espaldas desde la otra punta del parque, entonces, giraban su cabeza y nos sonreían.

Así que no nos quedaba otra que aprovechar para ir a la sesión de las cinco al cine Capitol, donde veíamos las de dieciocho, eso sí, porque aquello era un coladero, con la mente llena de ansiedad y de deseo. Luego salíamos justo para ver la sesión del cine del colegio donde ya

llegábamos encendidos. La gente protestaba, y mucho, cuando, encima, en aquellas películas para todos los públicos, les cortaban los besos, claro.

Convencidos de que con las corazonistas no había nada que hacer, nos centrábamos en las seguntinas. Y eso que aquel terreno, no es que fuera difícil, era poco menos que imposible.

Las seguntinas sabían que nosotros éramos muy mal plan porque, a los pocos meses del buen tiempo, nos iríamos de vacaciones de verano y quién sabía si volveríamos al año siguiente. Y, además, teníamos aquellos horarios de mierda, recogiéndonos los domingos a las siete de la tarde y, entre semana, solo salíamos a "las cuatro esquinas" a fumar. Éramos casi unos niños de guardería para ellas.

Algunos atrevidos se la jugaban y se juntaban con los de COU, que se podían quedar hasta las nueve de la noche los domingos, –en COU había algunos chicos de hasta 20 años, vamos, para tirarse de los pelos–. A los de COU les daba tiempo a ir a la discoteca Boris, en la alameda o al Molino, un poco más allá, que abrían a las siete, aunque cuando empezaba lo lento, a las ocho y media, se tenían que salir, ¡manda Dios! Los curas lo tenían todo muy bien pensado.

Algunos, más que atrevidos unos locos, venían a cenar a las nueve y luego, desde el dormitorio, se escapaban por la cocina que daba a una valla fácil de saltar. Cuando los pillaban, los curas agarraban un cabreo bereber y lo pagaban también con nosotros. Nosotros a los de COU, además de mucha envidia, les teníamos una tirria supina por esto. Por esto y por lo bien que se lo pasaban con las titis, según contaban. Y nosotros, a verlas venir.

Mi pandilla, una de aquellas primaveras del Bachillerato Superior, conectó con cuatro chavalas de Sigüenza que paseaban, voy y vengo, como nosotros, por la alameda, de nuestra misma edad, excepto Marga que tenía 16 años, uno más que nosotros.

Nosotros, para retenerlas, les contábamos unas trolas de aúpa, tratando de dar a nuestras vidas un lustre que no tenían ni por asomo.

Fermín, que no había montado ni en tren, decía que su padre era piloto, Mariano Sobrón, que estaba gordo como una ballena embarazada, presumía de ser socorrista en la piscina y practicar el boca a boca por los veranos y Pedro Valtierra montaba a caballo como nadie, sobre todo en las novelas del Oeste que leía, no te digo. Yo iba cambiando, desde escritor a campeón de ajedrez, pero no conseguía que Marga reparara en mí y no hacía nada más que mirar a los lados y luego a su reloj con síntomas de aburrimiento.

De repente, algo cambió cuando mencioné que yo preparaba las películas y que cortaba las escenas prohibidas. Rápidamente las cuatro chicas me rodearon en piña, por supuesto tuve que añadir que éramos los cuatro amigos el equipo de proyección del colegio.

A continuación, empezamos todos a inventarnos películas, que, por supuesto ellas no conocían, y a relatarles las secuencias, todas llenas de besos y hasta de cama, que nos obligaban a cortar pero que, luego, nosotros disfrutábamos a solas.

El caso es que, una vez que rompimos el hielo, las chicas hasta se lo pasaban bien con nosotros hablando de otros muchos temas. Salimos un par de domingos con ellas y, por

supuesto, teníamos la excusa perfecta para dejarlas a las siete de la tarde, debíamos ir a preparar la proyección porque si no aquellos cientos de chicos se morirían de pena.

El caso es que el siguiente domingo era la romería de la Virgen de la Salud en Barbatona y quedamos en ir los ocho juntos por el camino del pinar. Cuál sería nuestra sorpresa cuando, a mitad del trayecto, nos desviamos hacia un claro, porque querían hacer un descanso y comer algo. Allí nos sentamos y cada chica sacó un bocadillo para cada uno de nosotros. Ya nos habían repartido entre ellas. A mí me eligió Marga y me sentí en aquel momento el chico más feliz del mundo.

Entre risas y cuchicheos cada uno nos apartamos para dedicarnos a nuestra pareja. Yo no había llevado bocadillo para ella, pero sí que había preparado algo. Esteban me había puesto sobre aviso.

–Invítala o regálale algo, Germán. Eso abre muchas puertas.

Nos separamos del grupo y ella se apoyó en el tronco de un pino. Entonces yo busqué mi tesoro que había preparado para ella y se lo di, metido en un saquito de tela. Era un pequeño trozo enrollado de la película "El tulipán negro", un besito que se daban mi adorada Virna Lisi y el entonces galán del cine europeo, uno de los tíos a los que he tenido más envidia en este mundo.

Ella me había dicho el domingo anterior que estaba chiflada por Alain Delon. Como todas, pensé, bueno, peor hubiera sido con otro menos solicitado, con tanta competencia yo tenía más posibilidades, había pensado.

Le hizo una ilusión tremenda. Lo desenrolló y estuvimos viendo a través del sol los fotogramas. Luego, reparó en mí, súper agradecida. Me echó los brazos por el cuello y me empezó a besar como Virna Lisi, con aquellos besitos en los labios que habían superado la censura y habían llegado a mi tijera, por eso precisamente.

Fueron los primeros besos de amor que recibí. Yo correspondía como podía y sabía. Me fui animando, la cogí por la cintura, me acerqué y ensayé un beso con la boca abierta, como me había instruido Esteban. Ella no se sorprendió, me correspondió un momento, sentí su lengua en mis labios y no me dio tiempo a más. Me apartó suavemente por los hombros.

–Germán, Germán… todavía no estoy preparada para esto, más tarde… ¿eh?

No sé qué me gustó más, si el escuchar mi nombre de sus labios en aquellos momentos o pensar en continuar con aquello más tarde.

Volvimos al grupo, me sorprendí que fuera Mariano Sobrón el único que había pasado de la amistad a algo más con Encarni, una chica gordita y risueña, como era él. Fermín y Pedro estaban muy cortados. Y ellas, también.

Así que volvimos todos a la romería, llena de gente, envueltos en aquella alegría que sentíamos entonces, aquel contento interior, difuso y sin nombre, que nos llenaba de dicha. Y de un futuro maravilloso.

Nos despedimos a las siete, el cine nos esperaba, y pronto supimos que el futuro no iba a ser

tan radiante como el que vislumbrábamos.

Al domingo siguiente, no vino Marga. Encarni me pidió hablar un momento aparte conmigo:

–Germán, a ver cómo te digo esto. Marga quería decírtelo personalmente, pero al final hemos creído que era mejor así: Marga sale con un chico de aquí desde hace tiempo, habían regañado cuando apareciste tú, que le caíste muy bien. Pero Carlos ha vuelto y se han reconciliado. Ellos se quieren, te lo digo yo. Me ha devuelto tus fotogramas de Virna Lisi –abrió su bolso y me los entregó.

Yo no sabía qué hacer con ellos en la mano. No me había dado tiempo a enamorarme de Marga, todo había sido algo suave e inicial, como nuestros besitos. Pero, en cierto modo, eran suyos.

–Devuélveselos, Encarni. Dile que son un pequeño recuerdo de aquellas horas maravillosas en la romería.

Aquellos fueron mis primeros besos de amor. Y me gustaron. No tuvieron continuidad, pero eso era lo de menos, me decía. Había conocido a una chica estupenda y había sido franca, no habíamos jugado el uno con el otro. Y eso era lo importante. Porque nadie está obligado a estar con nadie de una forma íntima. Faltaría más. Pero, tampoco, a hacer creer al otro que hay algo entre ellos cuando ya no lo hay.

Sí, yo ya había cruzado la raya y me había adentrado, siquiera unos metros, en el bosque del amor y una vez que se entra en él, ya nunca se sale. Yo no lo sabía entonces, pero intuía que me esperaban no pocos gozos y sufrimientos entre la espesura de aquellos árboles.

Y, a esa edad en la que nos adentrábamos, la búsqueda del amor lo era todo. Mucho más importante que los estudios, que nuestros padres, que el prestigio, que el éxito profesional o económico, era atender la llamada de nuestro cuerpo, de nuestro corazón, cuyos aldabonazos no podíamos dejar de escuchar por mucho que los curas, o nosotros mismos, quisiéramos mirar a otra parte.

A los que pilló el tren del amor, de una forma tremenda, al poco de entrar en aquellas vías de la adolescencia, fue a Mariano Sobrón y a Encarni. Yo veía a mi amigo, cómo miraba, obnubilado, el paso de las nubes por la ventana de nuestra camareta, a veces le llamabas y no se enteraba, te tenías que acercar y sacudirlo por los hombros.

–Eh, Mariano, que nos vamos, ¿te quedas aquí?

Él reaccionaba como si le hubiéramos despertado en la cama de un profundo sueño.

–¿Cómo…? ¿El qué?... Sí…, digo no. Ah, sí, vamos.

Salían ellos dos solos, dado que ni Fermín, ni Pedro Valtierra, ni yo habíamos cuajado con aquellas, nuestras primeras parejas. Al principio los veíamos, guardando las distancias por la alameda, luego empezaron a desaparecer, una vez los vimos por el Paseo de las Cruces, cerca

del río, cogidos de la mano y mirándose embelesados. Mariano Sobrón empezó a desaparecer de nuestras bromas y también de nuestros proyectos de entonces, siempre tenía cosas en la cabeza, incluso los insectos y reptiles, que tanto le gustaban, pasaban a un segundo plano. Vivían, Mariano y Encarni, por y para el otro.

Un día vino con unos pequeños prismáticos que se había comprado. Supuse que era para divisar algún pájaro a distancia.

–No puedo aguantar sin verla –me aclaró.

Encarni vivía cerca de la estación en un edificio alto y Mariano, entre semana, cuando le arreciaba su ausencia, sacaba sus prismáticos y la miraba, cómo estudiaba ella en su habitación, y luego le mandaba besos con la mano.

Los de la comunidad de los mayores no íbamos a hacer ejercicio a El Castillo de los Deportes, sino a los Campos de San Pedro, pasado el asilo. Mariano, a veces, se apartaba de nosotros y dejaba un mensaje entre los muros del asilo que, luego, ella recogería y lo sustituiría por el suyo.

Vivían ambos aquella fiebre del amor con una entrega mutua espectacular. Trataban de suplir con ella las carencias de aquella falta de oportunidades de verse, salvo los sábados y los domingos, y esos días solo hasta las siete de la tarde.

Aquella historia que ellos trataban de sacar adelante como podían, el destino se empeñaba, sin embargo, en truncar. Un día sorprendí a Mariano Sobrón llorando. Le puse una mano en el hombro y me lo explicó:

–Sus padres quieren cortar lo nuestro. Dicen que no tenemos edad. Además, emigran a Francia pasado el verano, y desean que Encarni se olvide de este amor tan grande, como si ella y yo pudiéramos, eso ellos no lo saben, claro. Quieren que se concentre en los exámenes y saque una buena nota en este curso que, al ser Cuarto, cierra el Bachillerato y le sirve para entrar con buen expediente en su próximo colegio en Burdeos. Así que hoy nos hemos despedido para siempre. Pero, ¿sabes, Germán?, yo no puedo vivir sin ella y, ella, tampoco sin mí.

Yo lo miraba y se me rompía el corazón, habían nacido el uno para el otro, los dos igual de gorditos, de risueños, ¡con un corazón tan grande ambos…!

Lo intentaron, el no verse, digo. Pero una noche sorprendí a Sobrón levantándose y luego vistiéndose sigilosamente. Era uno de los últimos días de curso.

–¿Vas a verla? –le susurré.

–No, si nos sorprenden sería lo peor. Sólo quiero escribirle unos versos en la pared de su casa. Para que este verano pueda leerlos todos los días y no me olvide.

No podía dejarlo solo en aquel empeño. Así que nos escapamos los dos, por el camino de los de COU, atravesando la cocina y saltando la valla, que por allí era más baja.

Llegamos y Sobrón escribió sobre la pared en un rincón que solo ella vería:

–Mi amor es más fuerte que este muro, no lo olvides nunca.

Había tal conexión mental entre ellos que, a Encarni, sin saber nada, le dio un pálpito mientras dormía, abrió la ventana y nos vio, se puso algo por encima y bajó. Se fundieron en un abrazo y yo aproveché para despedirme.

Regresé y entré por donde habíamos salido y me metí en la cama. Cuando nos despertaron, Sobrón no estaba en la suya. Yo aproveché para hacérsela, tras la mía. Si no hubiera sido un cante para los curas.

Cuando bajábamos al desayuno se unió discretamente a la cola. Venía como transfigurado por el amor y todavía con el miedo en el cuerpo.

–He entrado por la puerta principal, en cuanto la han abierto para los externos.

Me quedé mirándolo. Él añadió:

–Nadie podrá con Encarni y conmigo.

Hoy miro por la ventana y me acuerdo de mi compañero Mariano Sobrón. Nunca lo he olvidado. Su historia se instaló en mi interior como una pepita de oro. Hoy es uno de los biólogos más reputados de España. Tiene siete hijos y viste una sonrisa ancha. Terminó la carrera y encontró un trabajo en Francia. Allí se casó con Encarni y hoy viven los dos en Sevilla. Él es uno de los responsables de la conservación de Doñana.

Mariano y Encarni encontraron el amor a la primera. Y supieron culminarlo y conservarlo. Fueron muy afortunados y también supieron ganárselo a pulso. Yo, en todos aquellos años de búsqueda que me esperaban, me acordaba a menudo de ellos. Sobre todo cuando me sentía desorientado y confuso en la búsqueda de aquel preciado bien, de aquel amor definitivo que no acababa de aparecer.

Sí, ya entonces sentíamos la frustración del amor, y no solo del amor, sufríamos las contradicciones entre los códigos de la infancia y los de la edad adulta y ello poblaba nuestro interior de una ansiedad creciente y de una profunda tristeza.

A veces sentíamos ese malestar íntimo de la adolescencia y tratábamos de sacudírnoslo de encima como podíamos. Una de las fórmulas para encontrar esa paz que ansiábamos, siquiera momentánea, era el alcohol.

El alcohol nos unía, por otra parte, unos a otros. Ese cobijo mutuo era muy acogedor para nuestra inseguridad. En nuestro caso fermentaba aún más aquella pandilla de cuatro que éramos, a la que se reintegró Sobrón cuando Encarni se fue a Francia. Todos teníamos los mismos problemas y nuestra medicina común era alegrarnos, sentirnos juntos y desinhibirnos de aquellas ataduras que nos constreñían.

Íbamos a jugar a las cartas por una de aquellas tascas, llenas de tradición e historia, del barrio medieval, cerca del Castillo, donde te ponían unos porrones de vino generosos que compartíamos por turnos, empinando el codo, nunca mejor dicho. Mientras jugábamos, vacilábamos entre nosotros con bromas ocurrentes y generalmente soeces, como si el derribar

aquellas reglas de la buena educación nos fuera a hacer más fuertes.

Una vez envalentonados con el vino y los chistes verdes, bajábamos a la alameda, a enfrentarnos a aquellas columnas de chicas que paseaban, mirando con intención y hablando sin parar. Aquello no era nada fácil, las seguntinas como ya he dicho, nos repelían como a la peste, y las corazonistas eran inexpugnables, salvo en sexto y COU, donde las dejaban coincidir con nosotros.

Así que recalábamos, como ya dije, en la cola del cine Capitol, sobre todo si había alguna peli calificada 3-R o 4, donde la actriz en cuestión, promiscua y ligera de ropa, tal y como esperábamos, nos alegraba la tarde.

El siempre apuesto y contenido Pedro Valtierra, por un momento, dejó los paisajes crepusculares de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía y perdió la cabeza, como si se hubiera tirado de la ídem a un pozo, por una corazonista que lo citaba y lo rechazaba en un juego que traía a mal traer, y valga la redundancia, al bueno de nuestro amigo.

Un día que ya no podía más, agarró una curda monumental. Lo conseguimos llevar al colegio, rodeándolo con nuestros cuerpos para que no se cayera, como a un toro bravo una baraja de mansos, y conseguimos llegar a la camareta. Allí el hombre, lejos de mejorar, se empezó a poner blanco, de un color de mármol funerario y extraterrenal, y nosotros empezamos a asustarnos.

Le hicimos meterse los dedos en la boca, para que vomitara, pero nada, no había manera. Fermín dijo que él utilizaba agua con sal y al pobre de Pedro Valtierra le hicimos tragar un vaso con una densidad salina superior a la del Mar Muerto y el hombre se puso más blanco todavía. Fuera, por la ventana caía la noche, o no solo era la noche, el cielo se había cubierto de unas nubes negrísimas que auguraban los malos presagios.

Gente de otras camaretas venía a ver a Valtierra que estaba como traspuesto y no se mantenía en pie y, con la mejor intención, le aplicaba sus remedios para forzar a vomitar al llanero solitario. Uno le arreó un par de bofetadas al indefenso chaval, que lo miró pasmado, mientras recuperaba de inmediato un color todavía más blanco tras la rojez de aquellos hostiones.

Viñedos,"El escapao", dijo que él tenía un sistema infalible. Todos nos apartamos y él se acercó. Lo sujetó por el cuello y le endilgó un rodillazo en los huevos que, desprevenido el pobre Pedro, le hizo dar un alarido terrorífico y luego cayó de hinojos ante nosotros, como rogándonos, de rodillas, que acabáramos aquella tortura, luego se retorcía por el suelo, cada vez más blanco que la leche.

Fermín me dijo al oído:

–Germán, tú que eres alto y te respetan, no dejes que le hagan nada más. Yo voy a buscar el amoníaco de Juan Serrulla, que eso sí que funciona.

Mientras Fermín corría a ver si encontraba a Juan Serrulla, me adelanté:

–Chicos, vamos a dejar que le haga efecto todo lo que le hemos hecho.

Pero allí todos querían participar y metían presión.

–Tú sabrás, Germán. Tiene muy mala pinta, o hacemos algo o vamos a tener que llamar al cura.

Menos mal que pronto apareció Fermín con el frasco del amoníaco.

Viñedos, "El escapao", rápidamente lo despreció:

–Bah, si eso no hace nada.

Tal vez por ello, Fermín lo vertió en abundancia en un algodón y, lejos de limitarse a dárselo a oler, lo agarró como si fuera cloroformo y fuera a dormirlo, le envolvió la nariz con él y no lo soltó en unos segundos que se nos hicieron horas. Al pobre Pedro Valtierra, se le pusieron los ojos saltones y parecía que iban a salírsele de sus órbitas. Asustados, le indicamos a Fermín que lo dejara ya, pero él, que no deseaba ser otro fracasado, retuvo el algodón sobre su nariz un poco más. Los ojos de Pedro Valtierra estaban a punto de explotar fuera de sus cuencas.

Cuando por fin lo soltó, Pedro Valtierra se quedó un momento como in albis, pensamos que se moría allí mismo, hubo un relámpago deslumbrador, como cuando murió Cristo en el Gólgota, se fue la luz un par de segundos y, cuando vino, bajo un trueno que parecía un cataclismo, Pedro Valtierra abrió la boca y echó una vomitona espectacular, que no se terminaba nunca, de un color medio verde, como la del Exorcista. El llanero solitario se recuperó en segundos y nos regaló una sonrisa, digna del tahúr del Misisipi.

Pensábamos que habíamos asistido a algo sobrenatural. De hecho, por un tiempo, el amoníaco de Juan Serrulla experimentó un culto parecido a la veneración y era administrado por Fermín, como una pócima mágica en los casos, no infrecuentes, que se sucedieron en aquellos meses ante tanta frustración acumulada que nos provocaban aquellos lances fallidos con nuestras compañeras de los corazonistas.

Curiosamente, aquella musa que había desequilibrado de aquella manera a nuestro responsable compañero, cuando llegaron a sus oídos las mencionadas circunstancias de su trastorno, experimentó un súbito interés por el chaval y no dejaba de mostrarse dispuesta a iniciar con él alguna relación propia de su edad, pero Pedro Valtierra, con buen criterio, le dio portazo y volvió a sus novelas, como solía.

Con el tiempo se convertiría en un ligón empedernido y, eso sí, con el mérito añadido de no necesitar el alcohol para ello. Más tarde me contó que, al llegar a mayor de edad, cuando podía beber ya todo lo que quería, decidió volverse un abstemio para siempre. Me dijo que aquel episodio de su adolescencia, y otros que vinieron después, quería mantenerlos, allí, lejos de la persona responsable que quería ser.

Los curas, como hicieron con el tabaco, intentaron abrir la mano con el alcohol para que canalizáramos por allí otras frustraciones que les preocupaban más, para ello nombraron el día del estudiante, donde los mayores elegíamos a un "alcalde" que imponía unas reglas para ese día, de las que nos gustaban a nosotros, entre ellas la de barra libre, inclusive en el colegio. Los

curas pretendían que tras aquella explosión de libertad, volviéramos a la contención durante el resto del año.

–¡Viva el alcalde–gritábamos–, pero sobre todo que viva el cubata de ron!

Aquello duró solo un par de años. Los curas se asustaron tanto con "aquel día de la curda", que se apresuraron a zanjar aquella festividad y volver al método tradicional de los castigos colectivos. Y, poco a poco, se fue reconduciendo la situación, como siempre, salvo algunos casos aislados, como el de Pedro Valtierra, que manteníamos en nuestro submundo de secretos, y de memoria colectiva, a los que convertíamos en leyendas, para así conllevar mejor el yugo de la disciplina que nos imponían.

Sí, a pesar de aquellos fogonazos de rebeldía y rabiosa juventud, los chicos de los internados salimos responsables y disciplinados a más no poder. Hago un resumen, en mi cabeza, y en mi corazón, de aquellos amigos de entonces, y de mí mismo, y decido ponernos una nota muy alta.

Además, en el Bachillerato Superior, las asignaturas eran ya más avanzadas y, junto con nuestra mayor madurez, nos llenaban de inquietudes de saber más, de conocer mejor el mundo que, dentro de unos años, caería sobre nuestros hombros, como en aquel entonces caía sobre los de nuestros padres.

Don José Luis, el profesor de matemáticas que me regalaba el AS, y luego el Marca, me dijo un día:

–Germán, lo importante es que luego elijas una carrera de la que puedas vivir de ella, tú y tu familia. Hay gente que se deja llevar por sus caprichos, por sus hobbies, que revisten de íntima vocación y se hacen licenciados en Bellas Artes, o literatos o filósofos y, claro, luego tienen que vivir siendo fontaneros, o mecánicos, porque con su carrera se mueren de hambre.

A mí ya entonces me gustaba mucho la poesía y el cine. Pero, la verdad, ni por asomo se me hubiera ocurrido decir en casa que iba a vivir de escribir versos a la luz de la luna.

Éramos humildes y trabajadores, que es lo que habíamos visto en nuestras casas y, por otra parte, nos sentíamos afortunados de adquirir una formación que nos permitiría ser más y vivir mejor que nuestros padres en el futuro. Creo que ahora los estudiantes son menos realistas y se embarcan en aficiones, más que en profesiones, que luego los frustran y encima ni les aportan a ellos ni a la sociedad a la que sirven.

Lo que no nos dábamos cuenta del todo era que teníamos una gran preparación académica, sí, pero del mundo sabíamos muy poco. Nuestra vida de encierro dentro de aquellos muros nos había protegido de algunos efectos perniciosos de este, como las drogas o las malas compañías, pero no gozábamos de los anticuerpos de otros chicos más duchos que nosotros en encararse al mundo real y sus problemas.

Así que, cuando salíamos de allí, estábamos inermes ante el mundo real que nos esperaba

fuera de aquellos muros. Yo recuerdo que, a veces, en las vacaciones, estaba deseando volver al internado para simplificar todos los problemas que se me venían encima en la calle.

Saco algunas fotos de entonces de mi maleta y me descubro una expresión feliz, quizás inocentemente feliz. No es que no tuviera problemas, que los tuve, tirrias de compañeros, acosos infantiles más o menos llevaderos, cambios dolorosos de amigos, etc., pero creo que, en general, fue una infancia tranquila y bonita.

Los problemas vinieron luego, cuando salí de aquel submundo tan protegido donde yo dominaba los códigos para moverme sin problemas en él y tuve que enfrentarme al mundo real, donde aquellos códigos que yo manejaba ya no servían. Quizás eso es también la adolescencia, pasar del mundo de los reyes magos a las verdades del barquero. Un doloroso tránsito.

–Ya verás cuánto te acuerdas de todo esto –me dijo Esteban Gómez el último día antes de marcharse, mientras me dejaba a cargo de la cabina de proyección.

A mí también me llegó mi hora. En mi casa habíamos decidido que COU lo haría en Madrid, para irme adaptando a lo que sería mi ciudad, así que cuando llegó el que sería mi último día con aquellos compañeros con los que había pasado la friolera de 6 años estuvimos bebiendo y cantando por las tascas del barrio medieval, sin orden y sin medida.

Luego nos dimos juntos el que sería nuestro último paseo por la alameda. Sentimos que algo se quebraba. Como cuando se rompe un cristal.

Recuerdo que era un día de viento y las hojas de los álamos nos ofrecieron el rumor de esos sentimientos recónditos, profundos, donde no llegan las palabras.

9. AQUEL RAYO CEGADOR

Hoy me levanto raudo, anhelante. Quiero desayunar rápido, sentarme en mi despacho y empezar a escribir. Los recuerdos se me agolpan en mi mente. Esta noche he soñado con aquellos momentos. Con ella. Cuando me deslumbré con sus ojos, con aquel rayo cegador. Y, luego, con aquella canción, la nuestra, que apareció de súbito mientras me afeitaba.

Sí, ya he dicho que en aquellos años la búsqueda del amor lo era todo para nosotros. Nos empujaba la naturaleza, el destino profundo de nuestra esencia, qué se yo, pero éramos satélites girando alrededor del amor. Un amor iniciático, incomprensible y turbador.

Clara me ha preparado mis tostadas de siempre –con el tiempo noto que me he vuelto muy maniático y no llevo bien los cambios en las cosas que me rodean– y un zumo natural de naranja que hace en mi presencia, mientras me observa.

Yo le leo los pensamientos, quiere saber qué me pasa, qué corre por mi mente.

–Clara, ¿qué es la felicidad? –le pregunto.

Ella me sonríe, descolocada, mientras gana tiempo. No reflexiona mucho. Suelta la frase acrisolada por el tiempo. Cree que, como con las tostadas, lo mejor es no descentrarme con ningún pensamiento estrambótico y nuevo.

–Pues una combinación de salud, dinero y amor, como dice el dicho, ¿no?

Eso es lo que yo me esperaba que dijera, claro.

–Sí, pero por este orden –añado–: amor en la juventud, dinero en la madurez y salud en la vejez.

Ella me mira. Por un momento no sabe qué responder. Lo de salud en la vejez noto que le impacta, que le incomoda.

Así que me acerca el zumo. Yo me lo bebo en un santiamén.

Luego le doy un beso en los labios.

–Clara, me voy a escribir. ¡Cuánto te quiero!

Y salgo disparado hacia mi despacho.

Nada más sentarme, creo oír que suena el teléfono de la cocina. Y me parece oír la voz del doctor Parrondo. Clara baja la voz y hablan.

–¡Que le den al doctor Parrondo! –me digo–. Quiero sumergirme hoy en aquellas sensaciones que sentí una vez. Cuando descubrí el amor. Aquel amor mágico e imposible que una vez llenó todos mis días, aquellos días de entonces, cuando había aquella luz.

Uno de aquellos veranos, de cuando iba a El Sauce Curvo tras el internado, mientras hacía el Bachillerato Superior, con quince años, la conocí.

Nosotros tonteábamos con las chicas de Sace, sobre todo con las veraneantes. A mi hermana y a mí nos regalaron nuestros padres (en algo se tenía que notar la mejora de la economía) un tocadiscos de aquellos de brazo oscilante y levadizo que reproducía los discos de vinilo, aquellos long plays y sencillos que se han vuelto con el tiempo entrañables. Como Tere no hacía más que trabajar, yo me lo llevaba al pueblo cuando me iba a pasar las vacaciones con mi abuela Leonor y con él organizábamos muchas noches de verano una discoteca casera.

Bailábamos con chicas de nuestra edad en la plaza, bajo las acacias, o en el Ayuntamiento, donde no dejaban de acercarse hermanas, madres o vecinas de nuestras partenaires. Era algo primerizo, sobre todo aprendíamos a bailar, ellas no sé cómo, pero nos daban mil vueltas en esto.

Percibíamos su perfume, la suavidad de su pelo que nos acariciaba nuestra oreja, su pecho que se apoyaba levemente en el nuestro y aquellos diálogos sin pies ni cabeza que manteníamos, más pendientes de superar nuestros nervios y no pisarlas que de hilar alguna respuesta coherente.

–Habéis venido muchas hoy, ¿no? –decías por decir.

Ella no contestaba aquella necedad. Dejaba pasar unos segundos.

–¿Dónde vais a ir los chicos luego? He oído algo por ahí… –quería saber ella.

Tú no te querías liar, estabas más a gusto con tus amigos.

–Me gusta esta de Julio Iglesias… ¿y a ti?

La canción se terminaba.

–Bailas muy bien, mejor que ayer… –decía ella, tal vez animándote a más.

Ibais a una caja que hacía de mostrador y os bebíais unas coca-colas. Las vecinas parloteaban sin parar.

–¿Qué tiempos, eh, Manuela?

–Sí, hace nada que nos rondaban a nosotras y ahora, ya ves, aquí con las nuestras.

Era, aquella, una fase intermedia entre la niñez y la adolescencia más rabiosa. Una especie de guerra de guerrillas, preparatoria para las grandes batallas que nos esperaban con aquellas muñecas de faldita corta, ojos profundos y negros y cuerpo de mujer.

Nosotros, después de aquel mini baile al anochecer, quedábamos en Los Arbolitos, ya solos. Ellas se iban a cenar y, luego, seguro que cuchicheaban a nuestra costa. Llevábamos un par de linternas para lo que íbamos a hacer. A Jesulín, sus padres le habían regalado una escopeta de aire comprimido, mucho más varonil que mi tocadiscos, pero, como siempre, nos complementábamos.

Íbamos a Los Olmos, Jesulín y yo, junto con Agus, Javierito y Ricardo, donde una bandada de gorriones solía pasar la noche, no sabían, los pobres, lo que les esperaba. Aquello iba de sangre y muerte. Y compensaba a aquel rato sin chicha del baile, donde siempre nos quedábamos a medias, nerviosos y amedrentados por sus madres y vecinas.

Disparábamos a aquellos pájaros infelices que dormían sobre una pata en la rama y pasaban a la otra vida sin enterarse. A veces le caían sobre la cabeza a Agus que, como era bajito, no controlaba bien lo que venía de lo alto.

–Eh, avisa a cuál disparas –le protestaba a Jesulín–, que luego me dice mi madre que la sangre no se quita.

Agus se encargaba de rematar con una piedra a aquel pajarillo que caía herido.

–A ver, no protestes, que vas a sufrir más –le decía justificándose.

Jesulín nos pasaba la escopeta a los demás. Yo no era bueno con ella. A veces fallaba, pero debía ser el primer sueño y el pájaro ni siquiera se despertaba. Lo veía desplomarse luego, tras mi segundo o tercer disparo, y pensaba no sé en qué, tal vez en que la vida era muy frágil y nosotros teníamos la suerte de ser tan jóvenes y que nos quedara tanta.

Después de hacer una buena escabechina, nos íbamos a casa, con la sensación de haber crecido en aquel oficio de ser adultos, duros y resueltos. Yo se los entregaba a la abuela Leonor y los comíamos al día siguiente, los hacía en trozos muy pequeños para que no me recordaran al cuerpecito dormido sobre el que había disparado.

A la noche siguiente, empezábamos más decididos con las chicas, pero luego acabábamos disparando otra vez a las ranas en los navajos de La Vega.

Las chicas eran como un curso que teníamos que aprobar e íbamos dando pasos todos los días, ellas y nosotros, en ese camino al que nos empujaba la naturaleza y la sociedad. Pero yo no tenía la sensación de que eso tuviera que ver nada con el amor. El amor que yo había visto en las películas y había soñado en aquellas noches mágicas de esperanza y de futuro en el que todo encajaba.

Se lo decía a Jesulín.

–Eso es porque no te gusta ninguna de estas –me contestaba.

Sí, yo había tenido aquel amor infantil con Mabel cuando iba a la escuela en Sace, que se hizo muy grande en la distancia, cuando aquella compañera escolar se marchó para siempre a México. Todavía a veces la recordaba. O era solamente su reflejo en aquellos versos que escribía pensando en ella. Ya entonces la literatura avanzaba, sin darme yo cuenta, por los recovecos de mi mente, literaturizándolo todo. Convirtiéndolo en algo mucho mejor de lo que era, más irreal, más mágico e inolvidable.

Me lo había dicho mi tío Ezequiel hacía ya unos años.

–Germán, solo existen los amores imposibles, románticos. Los otros, los domésticos, son de andar por casa. Están bien, pero nunca te harán sentir lo que aquellos.

Y en estas andaba yo cuando la conocí.

Sí, hoy no me importa el doctor Parrondo. Ni que ande llamando tanto a mi mujer Clara. Hoy me muevo por los pasillos de esta casa contento, quizás porque hoy creo, otra vez, que la vida, y el amor, son para siempre. Pero no hablo de ahora, el hoy a menudo se confunde en mi

mente, sino de entonces, de cuando aquellos años mágicos de mi adolescencia y primera juventud.

Hoy quiero escribir de aquella deflagración, de aquel terremoto íntimo que sentí y que a veces he dudado de que fuera real. Pero claro que lo fue.

Hoy ha vuelto a ocurrir. No la deflagración, pero sí el recuerdo de lo que viví entonces. Ya por la noche he tenido unos sueños extraños, premonitorios. Luego ha ocurrido en el baño. Siempre me afeito escuchando la radio, hay una emisora en la que mezclan canciones de siempre con las noticias del día, que me gusta mucho.

Me ha dado un vuelco el corazón. Hacía muchos años, quizás décadas, que no la escuchaba. No sé ni siquiera si Roberta Flack sigue viva, pero "La primera vez que vi tu cara" no ha muerto en mi corazón. Y doy las gracias a la vida por ello.

Es una canción que no muchos conocen, aunque para mi fuera, durante mucho tiempo, la más hermosa del mundo. Y todavía sigue siéndolo, junto con otras, una de las más bellas, sin duda. La conocí también en la radio, un día como hoy de hace más de cincuenta años.

Pero lo importante no es la canción, sino lo que yo sentí cuando la vi, a aquella chica, casi una niña como yo. Solo recuerdo que me inundó una alegría tan grande como la del buscador que encuentra el tesoro que anhela, o como si el mundo de repente estuviera bien hecho para siempre y yo tuviera mi sitio en él, engarzado a un amor eterno y mágico, hecho a medida para mí.

Se llamaba Rosa María, una chica que apareció con unas amigas en El Sauce Curvo, el último día de la Fiesta, cuando yo pensaba que todo, quiero decir nada, había sucedido ya.

Venía de Cifuentes donde solía pasar los veranos, aunque vivía en Barcelona…, ah, el mar, el mar…, que yo todavía no conocía y con el que soñaba...

Llevaba una blusa amarilla como aquel vestido de Mabel, mi otro gran amor infantil desaparecido en México. Fue como si retornara de nuevo y se fusionaran ambas para crear la Dulcinea definitiva que yo siempre había anhelado y necesitado.

Pero ahora con el añadido de las hormonas adolescentes, que dotaban a aquel enamoramiento de un sustrato de pareja definitiva, de hombre y mujer que vivirían juntos como tales hasta el final de los tiempos.

Sí, cuando yo vi a Rosa María, supe que no estaría solo jamás en el mundo y que ella sería mi alma gemela para surcarlo, para enriquecerlo, hasta el final de nuestros días.

Supe que, sin experiencia ninguna, había sido tan afortunado de encontrar el amor definitivo que todos buscan. Por ello me inundaba aquella alegría, aquel agradecimiento sin límites.

Cuando estaba a su lado, aparte de adorarla, apenas sabía lo que hacer, Dios proveería ante mi falta de recursos, me decía.

A veces estaba tan lleno de dicha que me movía como si estuviera ebrio, envarado como si no supiera manejar todo lo que me inundaba por dentro. De hecho, recuerdo que estaba tan

contento que, aquella noche, tras el baile que disfrutamos juntos, bebí con mis amigos sin límite hasta que cogí una cogorza monumental. Una mínima celebración de la suerte que había tenido de encontrar a la chica de mi vida, debí pensar.

–Germán, hacía mucho que no te veía tan contento –me dijo Jesulín.

–Mucho, no, Jesulín. ¡Nunca me había sentido así! –le contesté, radiante.

Si alguien me preguntara algo de aquella noche, no sabría qué responderle. Eran sus ojos, su boca, aquella cola de caballo que llevaba en el pelo. La música, su cintura entre mis brazos, cómo sonreía. Las estrellas que salieron en el cielo. El tiempo, que pasaba volando, pero lento y suave, si es que todo junto puede ser. ¡Qué se yo! Era como patinar sobre hielo, pleno de armonía y elasticidad, y sentir la brisa en mi cara. Y el mundo girando a nuestro alrededor. Nos sentíamos como si siempre nos hubiéramos conocido. Con ese fluir natural, de atracción mutua, de destino compartido. Hasta el final. Por lo menos yo lo recuerdo así. Cuando me invadió el amor.

Su amiga vino a buscarla y le dijo algo al oído.

–Germán, me tengo que marchar. El padre de mi amiga nos lleva de vuelta a Cifuentes.

Me quedé boquiabierto, como si todo hubiera pasado en un segundo, y ese segundo se acabara.

–¿Cuándo volveré a verte?

Me sonrió.

–No lo sé, me voy mañana a mediodía. Al año que viene, ¿vale?

Yo veía el próximo año como si ya hubiera pasado, como si nos fuéramos a ver al día siguiente.

–Claro, al año que viene.

Nos despedimos con dos besos, ella dejó sus labios muy cerca de los míos. Otra vez ese aroma de su pelo a lumbre y a limpio. Y su sonrisa alejándose en la noche. La vi de espaldas caminando con su amiga en la oscuridad. Volvió la cabeza y me lanzó un beso con la mano. Yo lo recogí y me lo llevé al pecho. Eso fue todo.

Luego, transfigurado, con mil sensaciones dentro de mí, que no sabría explicar, bebí y bebí con mis amigos, exultante de gozo. De una alegría que yo nunca había conocido.

Al día siguiente, cuando mi abuela Leonor me llevó un café con leche caliente a la cama, la realidad me atacó a la luz hiriente de la ventana. Me desperté y pensé de nuevo en lo que me acababa de ocurrir. Me tranquilicé. A ella también se la veía feliz, teníamos mucho tiempo para desarrollar aquel amor, éramos poco más que unos críos, y El Sauce Curvo y Cifuentes por los veranos y Madrid, donde yo me instalaría en un par de años y ella se mudaría en breve según me dijo, serían la geografía por la que transitaríamos y concretaríamos aquel amor que a ambos nos había señalado con su dedo mágico.

Pero no podía estar sin verla, busqué a Agus, su hermano mayor tenía coche, y les convencí para irnos de inmediato a Cifuentes. Cuando llegamos, pregunté por ella, pero ya había salido

para Barcelona.

Así que en unas semanas retorné al internado de Sigüenza mientras Rosa María volvía a su vida habitual en la ciudad condal. En una de aquellas interminables tardes lluviosas seguntinas fue cuando escuché por primera vez la canción "The first time ever I saw your face". Mi hermana me había regalado un transistor Sanyo con un auricular, mientras oía llover al otro lado de los cristales y pensaba en Rosa María, escuché el título en español que engarzaba perfectamente con lo que yo estaba viviendo en aquellos momentos: "La primera vez que vi tu cara".

La voz de Roberta Flack me conmovió. Apenas sabía inglés, de hecho, solo entendía lo de "my love", que se repetía bastante, así que yo buscaba versos bellísimos con los que acompañar a aquella voz que interpretaba como nadie aquella íntima melodía que yo convertí en el himno de nuestro amor.

La primera vez que vi tu cara / creí que el sol subía a tus ojos / y la luna y las estrellas / eran los regalos que le entregabas / a la oscuridad y a los cielos infinitos / mi amor.

Y la primera vez que besé tus labios / sentí que la tierra se movía en mis manos / como el corazón tembloroso de un pájaro cautivo / que estaba ahí, a mi disposición / mi amor.

Y la primera vez que dormimos juntos / sentí tu corazón tan cercano al mío / que supe que nuestra alegría llenaría la tierra. / Y que duraría hasta el final de los tiempos, mi amor.

Y que duraría hasta el final de los tiempos, mi amor.

La primera vez que vi tu cara...

You tube: https://www.youtube.com/watch?v=VqW-eO3jTVU

Hoy yo hablo y entiendo el inglés bastante bien. Roberta Flack canta unos versos bellísimos en su canción. Pero aún más bellos son los que yo escribí para ella. Para Rosa María. Y para Roberta Flack.

Nunca se los enseñé. Ni ella contestó a ninguna de mis cartas. Nunca nos besamos y nunca estuvimos juntos en la misma cama e hicimos crecer nuestro amor.

La vida nos alejó, el uno del otro, por otros derroteros. Otro día escribiré de ello.

Hoy solo quiero compartir la alegría de esta vieja canción. Me alegro mucho de haberla escuchado de nuevo. Nunca olvidaré aquel rayo cegador, aquella luz. La de cuando vi la cara de Rosa María por primera vez.

Nosotros nunca salimos juntos ni coincidimos, desde hace mucho tiempo, por nuestros pueblos, que están bastante cerca, pero la alegría del amor, pienso yo esta mañana en que se acaba la primavera, dura hasta el fin de los tiempos. Como dice la canción de Roberta Flack.

Mi mujer Clara se alegra de verme hoy tan feliz. Y me pregunta por ello.

–Germán, me alegro de verte hoy tan contento, ¿por qué es?

–Ah, Clara, el amor, el amor... –y me acerco y le doy un beso a mi esposa– que cuando te

llega, ya nunca se marcha...

10. CIMIENTOS PARA EL FUTURO

Aquel verano de 1973 supuso un gran cambio para mí. Tenía dieciséis años y había terminado el Bachillerato Superior. Muchos estudiantes daban carpetazo a su preparación y entraban de cabeza a trabajar, entonces había mucho empleo, a menudo sin papeles, aunque los salarios fueran muy bajos y las familias necesitaban que trabajaran todos sus miembros para salir adelante.

Mis padres optaron porque, a pesar de que no tuvieran casa propia, ni sus finanzas fueran para tirar cohetes, yo continuara con mis estudios. Ese año empezaría COU en el colegio Monte Monserrat de Madrid, en el distrito del Retiro, a unos veinte minutos andando de donde vivíamos.

–Es un colegio laico e independiente, mixto –me dijo mi padre–. Me lo han recomendado mis jefes del economato. Te vendrá bien para equilibrar la influencia de los curas de los corazonistas de Sigüenza.

Aquel verano fui a verlo. Era un colegio moderno, de grandes cristaleras. Dentro, no te sentías protegido frente al mundo por altos muros como en los corazonistas, sino que el colegio era una parte de ese mundo que te rodeaba. Yo me sentí inerme en él.

Mi padre continuó con sus planes:

–Germán, tu infancia se ha acabado, eso de los veranos con la abuela Leonor en Sacecorbo no puede continuar. Tienes que empezar a luchar por la vida. Como todos.

Yo no tenía nada que reprocharle. Bastante habían hecho y hacían por mí.

–Claro, papá. ¿Y qué haré entonces?

A la mañana siguiente empecé a trabajar de telefonista en una pequeña empresa de mudanzas del barrio, me prepararía para sustituir a la secretaria en sus vacaciones.

La secretaria, que se llamaba Marisol y tenía unos dieciocho años, estaba liada con el dueño de la empresa, don Roberto, un tío casado, simpático y hábil en los negocios. Pero también tenía un novio de su edad, que venía a recogerla algunos días, el hombre no se enteraba de nada.

Yo estaba acostumbrado a no tener doblez. Aquella situación me incomodaba. Cuando venía Jorgito a recoger a Marisol, yo no podía mirarlo de frente y me sonrojaba, no quería formar parte de aquella traición y me iba al baño, hasta que se marchaban.

–Pero don Roberto te trata bien, ¿no? Cada uno luego hace de su capa un sayo. Tú ahí no te metas –me decía mi padre.

Y yo ahí no me metía, claro. Pero lo que sí se metía en mí era aquella contradicción con mis principios, acrisolados en los curas durante seis años.

Un día cogí el teléfono, era un cliente potencial: tenía una mudanza gigantesca. Un chalet

entero de 500 m². Nosotros no teníamos camiones para esa carga. Se lo fui a pasar a don Roberto.

–Dile que nuestros capitonés grandes los tenemos ahora en Francia.

Era la primera noticia que tenía. Marisol me había dicho:

–No hemos hecho una mudanza internacional en la vida.

¿Entonces por qué ponía en nuestros camiones y en la publicidad: Roberto Semprún, mudanzas internacionales? Viendo mi cara de pasmo, Marisol me aclaró con condescendencia.

–Da más prestigio, se vende más.

Así que le dije al posible cliente que nuestros camiones grandes estaban en Francia y, efectivamente, todavía pareció más interesado:

–¿Cuándo volverán?

Fui a don Roberto.

Luego le dije al cliente:

–Una semana.

–Les esperaré entonces, resérveme, por favor, que no se me cuele nadie –y me dio sus datos.

Yo no le veía sentido a aquello. Aquel hombre perdía una semana y nosotros perdíamos el tiempo.

–El negocio es suyo, tú no te metas en eso –me decía mi padre.

Pero yo empezaba a ver que en aquella ciudad nada era lo que parecía. Y mi inseguridad e inadaptación se acrecentaban.

Eso sí, cuando pasaron los tres meses: julio, agosto y septiembre, don Roberto me pagó los tres meses, a razón de cuatro mil pesetas cada uno, total: ocho mil. Yo le dije a mi padre:

–Son doce mil, ¿no?

Mi padre me contestó:

–Sí, es decir, no. En julio has estado aprendiendo.

En aquella ciudad, todo el mundo te pintaba muy bien las cosas. Luego, cuando las mirabas de cerca, eran como las manzanas de La Veguilla, tenían gusano dentro.

Mi madre me consoló:

–¿Tú sabes lo que son ocho mil pesetas, Germán? En Sacecorbo nos teníamos que deslomar para una cantidad así.

Mi madre me compró un montón de ropa. También me di cuenta cómo se iba el dinero. Silbando. En tres silbidos te lo habías fundido todo.

–Tienes que ir como un pincel, como un madrileño, para el nuevo colegio. Bueno, y para la academia de las mañanas –ante mi cara de extrañeza continuó–. Don Braulio tiene un primo en el Banco de Crédito Transatlántico, nos ha dicho que te prepares para las oposiciones que

saldrán al año que viene. ¡Un banco, Germán…! ¿Tú sabes lo que es eso? ¡Trabajo para toda la vida!

Yo no me había recuperado de una, cuando mis padres ya me habían metido en otra. Yo sabía que lo hacían por mi bien. Estaban cavando, muy firmes, los cimientos para mi futuro. El problema es que eran "mis" cimientos. Y yo allí no pintaba nada. A mí lo del banco me dejaba frío, yo tiraba más por la investigación o la docencia, el cine y la literatura también me miraban desde detrás de la puerta, sin atreverse a entrar.

Una vez quise hacer un ensayo con esto último y se lo medio susurré a mi abuela Leonor, que me quería mucho.

–Uf, Germán, esos de la farándula son medio saltimbanquis y, además, se mueren de hambre –me soltó, pasando a otro tema de inmediato.

No me quedaron ganas de más, la verdad.

Bueno, me consolaba, me quedaba todo aquel año entero para decidir mi futuro, tendría que sacar adelante aquel curso con aquel nombre tan sugerente: Curso de Orientación Universitaria. Y algo me orientarían, pensaba. Y lo del banco, a lo mejor no era tan rollo como yo suponía. Además, que tenía que aprobar las oposiciones, claro.

Pero, en lo que yo más pensaba era en mi futuro, digamos sentimental. Un futuro que yo tenía súper decidido, sin duda alguna. Al lado de Rosa María, por supuesto. No había olvidado ni uno solo de aquellos destellos que conformaban aquel rayo cegador que me deslumbró el verano anterior. Para mí era una certeza, a la altura de la otra gran certeza que rige nuestra vida: el saber que vamos a morir algún día. Y yo moriría, desde luego, pero con mi Rosa María al lado.

Yo, atado de pies y manos a la empresa de mudanzas seis días a la semana, le instruí a Jesulín que, si la veía en las fiestas de El Sauce Curvo o de Cifuentes, le diera recuerdos míos.

–Sí, me ha preguntado por ti –me respondió–. Está todavía más mona que el año pasado. Muchos moscones a su alrededor, pero todos frustrados y en retirada.

Eso a mí me tranquilizaba y, sobre todo, me confirmaba en mi apuesta. Cuando uno ha sentido lo que nosotros sentimos cuando nos conocimos, ya no tiene que pensar en nada más. Sino sublimar la distancia, la ausencia y seguir poniendo ladrillos en aquella pared con la que cercaríamos un trozo de este mundo para luego vivir nosotros dentro de él.

Sí, aquellos amores románticos e iniciáticos no eran extraños entonces, en unos chicos forjados en la escasez y en los valores. En sufrir el presente y en soñar con un futuro maravilloso. La tranquilidad sentimental y la fe religiosa, acrisolada en los seis lluviosos años de encierro seguntino, fueron los dos grandes pilares con los que mi mente se enfrentaba a aquel año de cambios mil donde se fraguaría o no mi adaptación a aquella ciudad gigantesca de Madrid y quedaría orientado para siempre mi destino laboral.

España vivía también unos años decisivos. La dictadura de Franco se agotaba, al mismo

ritmo que la salud del general. Aquel año de 1973, delegó la presidencia del Gobierno en su hombre de confianza, el almirante Carrero Blanco, un cambio para que nada cambiara. Sin embargo, el movimiento armado ETA que quería aprovechar el fin de la dictadura para imponer la independencia del País Vasco y Navarra, voló el coche en el que viajaba. Fue el primer gran indicio, este de carácter violento y sin apoyo popular, de una etapa de grandes cambios que marcarían el rumbo futuro del país.

La Unión Europea y los Estados Unidos de América apoyaban, cada vez de forma más clara, al ungido sucesor, el Príncipe Juan Carlos, como timonel del proceso de cambio democrático que habría de producirse tras la muerte de Franco, para tratar de incardinar a España en el club de las grandes democracias occidentales que, por tradición, cultura e historia, nos pertenecía.

El sucesor de Carrero, Arias Navarro, inició una tímida apertura democrática, con una inicial ley de partidos, el llamado "espíritu de febrero de 1974", mientras que los movimientos obreros y estudiantiles empujaban para que se abrieran las esclusas que durante tantos años habían encerrado a la sociedad española bajo el dictado del general.

El "milagro español", gracias a la inversión extranjera, impulsaba los sectores de la construcción y el turismo y la falta de mano de obra se hacía acuciante. Los emigrantes de los pueblos rurales, que permanecían instalados en el inmovilismo y la autarquía, como Sacecorbo, vieron una oportunidad de engancharse al desarrollo y salieron en masa a las grandes ciudades, sobre todo a Madrid.

La ilusión de aquellas gentes, disciplinadas y trabajadoras como nadie, curtidas en las estrecheces y penurias de la posguerra, luchaba con denuedo para hacer frente a los ingentes problemas de acceso a la vivienda y a la adaptación a la gran ciudad. Los cambios culturales y sociales, y más tarde políticos, a los que tuvieron que hacer frente fueron enormes. Fue una generación de luchadoras y de luchadores, de supervivientes, sin par.

Yo recuerdo a mis padres ahora y puedo dar fe de ello. Nunca se lo agradeceremos lo bastante. Además de ser nuestros padres, lo fueron también del progreso y del desarrollo que ahora disfrutamos.

Yo me siento orgulloso de mis padres, pero también triste, ya se fueron y me pregunto qué quedará de ellos, los hombres somos olvidadizos, no hay más que ver el abandono de los cementerios, pero yo lo guardo todo en mi memoria y en mis diarios de aquel tiempo que me esperan en mi maleta, pero después de mí, ¿quién se acordará de ellos?, yo no tuve hijos, mi mujer Clara se entristece cuando se lo digo, pero eso ya no tiene remedio.

Por ello, y por muchas otras cosas más, yo escribo este libro. Es la ilusión de mis días. Escribo lejos de El Sauce Curvo, –yo creo que el doctor Parrondo no quiere que vuelva–, como vivieron también mis padres aquellos años de progreso pero así mismo de melancolía y de ausencia de su patria chica.

Abro el ordenador y los recuerdos fluyen a mi mente.

En el colegio Monte Monserrat todo era diferente. En la primera clase nos preguntaron a los nuevos de dónde veníamos. Y yo me levanté y dije orgulloso:

–Del Sagrado Corazón de Sigüenza.

El profesor de filosofía, un tipo melenudo y despeinado, con aspecto de hippy sin agua corriente, me soltó:

–Pero eso, ¿no es un reformatorio?

Yo me quedé pasmado y sin habla. Todos los demás chicos me miraban en silencio sin perderse detalle. Me acordé en aquel momento de Jesús Montes de Oca Reinedo, un hijo de un consejero del Reino y ministro de Franco y de cuatro o cinco vainas como él a los que mandaban a Sigüenza para enderezarlos, los curas los trataban sin miramientos y, en un par de años, volvían más mansos a la capital. Pero eso no manchaba nuestro nombre de colegio de calidad y valores.

–No, señor –le contesté.

–Llámame, Jorge –me dijo, poniendo en evidencia de nuevo mi procedencia.

En Monte Monserrat todo estaba en discusión. Yo no encontraba firmeza en nada. Los valores religiosos, filosóficos o morales eran relativos. Todo el mundo opinaba de todo y no había verdad, sino una especie de media aritmética de nuestras opiniones.

Yo volvía a casa, de noche, envuelto en más oscuridad que la del cielo. Y me refugiaba en Rosa María y en mis creencias religiosas. Llegaba a casa y lo mencionaba en la cena.

–Tú no te metas en nada –me decía mi padre–. ¡Y no te quejes! Que nos tienen que dar la beca para la matrícula de la universidad. Y nosotros seguimos yendo toda la familia a misa, como siempre, ¿eh?

Luego, molesto –probablemente él también se encontraba confuso con otras cosas–, se giraba y la tomaba con mi hermana Tere.

–Y tú, ¿es que has visto a tu madre pintada así alguna vez?

Tere permanecía en silencio. Entonces mi padre se dirigía a mi madre.

–¿Cómo le dejas ir con esas faldas tan cortitas?

Mi madre entonces saltaba.

–Tere es mayor de edad. Y aquí hay otras costumbres, ¿no te das cuenta?

Pepín intervenía para aumentar la gresca.

–A mí me gustaba más el pueblo. Aquí siempre estoy encerrado.

Se hacía un silencio espeso.

–Cariño, mañana por la tarde te llevo al parque a jugar –se dirigía mi madre hacia Pepín con todo el amor del mundo.

–El caso es que mañana me dijo don Braulio que lleváramos a su hermana al médico, nos lo paga aparte, claro –intervino mi padre.

Pepín musitó:

–Ya, como siempre.

Mi madre aprovechó la ocasión, aunque, en el fondo, apreciaba el dinero tanto o más que mi padre.

–Dinero, dinero… esta es la ciudad del dinero. Tú siempre estuviste como loco por venir aquí.

–Estaríamos entonces mejor en el pueblo, ¿no? Con nuestros hijos, en vez de estudiando, cuidando ovejas…

Y en este plan.

Mis padres discutían mucho más en Madrid de lo que yo recordaba en Sacecorbo. Debía ser que la vida era más simple allí y se necesitaba menos para vivir. Tal vez porque no lo había, claro.

O, también, es que yo llevaba seis años fuera de casa. Y todos éramos distintos a cuando yo era niño. En la edad adulta todo el mundo tenía opiniones e intereses y pretendía hacerlos valer.

Hasta con mi hermana Tere encontraba yo distancias que antes no existían.

–Haz lo que quieras, pero en casa ponte en la onda –le decía yo de buenas maneras, para contribuir al buen clima en casa.

Ella se revolvía furibunda.

–¿Y tú quién eres para decirme nada? Tú eres aquí el señorito que solo estudia… –me daba donde me dolía.

–Eh, eh, Tere, perdona… –le decía yo bajando la voz.

–¿Sabes cómo me llaman mis amigas? Yo soy la ursulina…

Me daba cuenta que todos luchábamos por integrarnos en aquella ciudad, de la que nosotros apenas sabíamos nada.

Por la noche, cuando me encerraba en mi habitación, cogía fuerzas con la sonrisa de Rosa María y con mi Virgen de toda la vida.

–¡Virgencita mía, ayúdame, aquí es todo tan complicado! –rezaba yo con las mismas expresiones que utilizaba en Sigüenza.

Pero, en Madrid, aquello de "Virgencita mía" sonaba a infantil e inconsistente. Tampoco sabía ya cómo rezar. El comportarme como un adulto cristiano no me resultaba fácil.

Sobre todo, con los amigos de la academia de banca de la Puerta del Sol. No eran chicos de pueblo, sino madrileños de clase media.

–¡Vamos, Germán! –soltaba Domingo, cogiendo del codo a Pedro y Manolo–. La clase de mecanografía es un rollo. ¡Vamos a los futbo de Santa Ana!

¿Cómo oponerse a ello? Yo escribía bastante bien a máquina, durante el verano me había transcrito El conde de Montecristo enterito, que nos había prestado la hermana de D. Braulio, doña Ramona. Además, íbamos a jugar al futbolín, donde yo era un as, desde los tiempos de

Sigüenza. Lo hacía por conservar los nuevos amigos, me decía, pero, luego, por la noche, cuando hablaba conmigo mismo y pensaba en cómo se mataban a trabajar mis padres y mi hermana Tere, no podía rezar y pedirle nada a mi Virgen.

Los fines de semana quedaba con otros chicos del pueblo, también emigrantes en Madrid: mis primos Ricardo y Javierito, Agus que, aunque había crecido, todavía era el hombre menguante y un chico, familia lejana de Javierito, Moncho, que llevaba en Madrid más tiempo que nosotros y era el que movía el arbolito del grupo en aquellas fechas.

El padre de Moncho era portero de una casa de tronío en la calle General Sanjurjo. En los sótanos de dicho inmueble, había varias salas sin un uso específico, de hecho, habían servido de alojamiento a algunas personas de El Sauce, hasta que encontraban otro alojamiento en Madrid.

Moncho nos dijo un día:

–Troncos, como son tan puñeteros en las discos con nosotros, ¿por qué no montamos unos guateques en los bajos de mi casa?

La verdad es que era frustrante lo de las discotecas. A veces nos pedían los carnets, éramos todos menores y nos echaban para atrás y, si nos chequeaban a ojo de buen cubero, siempre había a alguno que no le dejaban pasar, sobre todo al pequeño Agus. Estábamos hasta el gorro de la Casa de Guadalajara, el único sitio donde hacían la vista gorda. Allí había mucha luz y las paisanas iban de estrechas.

–¡Eso es de pm, Moncho! El domingo vamos a Casaguada y se lo decimos a las chicas –lo dijo, casi cantando, el pobre Agus, que se sentía culpable de nuestro infortunio.

–¡Noooo, tienen que ser forasteras, las nuestras cuando están juntas no se dejan ni por asomo! –impuso sus condiciones Moncho, que para eso ponía la casa.

Al final todos me miraron.

–Tú, Germán, que estudias con madrileñas.

No me quedó más remedio que decírselo a los amigos de la academia. A los finolis del cole no los invitaba ni jarto de vino.

Los amigos del futbolín nos llenaron de chicas el guateque. Antes no sabían dónde llevarlas.

Entrábamos por la puerta de servicio, bajábamos la escalera hasta el sótano y allí o conocías aquello o llevabas brújula, nuestro salón estaba al fondo del fondo del fondo.

Teníamos un tocadiscos y un pequeño mostrador con bebidas. Un sofá penoso que no lo parecía a la escasa luz de la estancia, cuatro o cinco sillas cojas e incómodas, allí se iba a bailar, un perchero de pie, vetusto, y una bombilla de 40 cubierta con un sombrero de paja.

Los chicos ponían 50 pelas cada uno, más barato que la disco que costaba 100, o llevaban unas cuantas botellas y las titis, gratis, se ponían ellas solas, como bien resumía Agus.

Moncho, como dueño del chiringo, a los mandos. Ponía no más de cuatro o cinco canciones sueltas, para irnos fijando unos y otras y luego era una cadena de melodías sin parar. Las siete

u ocho parejas que nos reuníamos allí, hablábamos poco, era algo tectónico y provisional.

Yo, el primer día, tardaba en decidirme y ayudaba a Moncho con los discos. Javierito se me acercó.

–Germán, no te comas el coco, esto es como los futbolistas en el campo. Lo que pasa aquí, queda aquí –y me cogió del codo y me acercó a la amiga de su chica, una rubia de quince, delgada y delicada, todo ojos, que no hacía nada más que mirarme.

Comenzamos a bailar y acomodamos nuestros cuerpos el uno al otro. Aquello era algo simple y primigenio. Íbamos a conocer y a coger experiencia con la otra mitad del mundo. Y ellas, lo mismo. La acaricié la espalda y ella me enlazó el cuello con sus brazos. Llevaba un vestidito más delgado que el papel de fumar y me emocioné al adivinar su cuerpo entre mis brazos, entre mis piernas. Luego, nos besábamos como en el cine, envueltos en oscuridad y en música. Sin saber apenas quiénes éramos, sin ayer y sin mañana, solo en nuestra mente aquella tarde olorosa de colonia de adolescentes y con sabor a chicle de menta, nosotros, y de fresa, ellas.

Aquello duró tres o cuatro meses, cada vez venía más gente y más desconocida. Se debieron mosquear los vecinos y el padre de Moncho puso punto final a la aventura.

El otro día vino Agus a verme. Ahora, casi viejo, está más delgado y en forma que nunca. Y no es porque no tenga tentaciones para comer, lo que más le gustaba antes, ahora es el dueño de un restaurante en Leganés de tronío.

–Te traigo un regalo para tu memoria –me dijo.

Clara buscó el tocadiscos, el mismo que yo llevaba entonces al guateque y puso aquel sencillo que duraba ¡siete minutos!, y que se llamaba “La charanga”. Juan Pardo deslizaba aquella voz cansina y romántica, que hacía que dejáramos de girar y se parara el mundo, en mitad de nuestros besos. A nosotros, con aquellas chicas en nuestros brazos, aquellos siete minutos se nos pasaban en un santiamén.

Yo aquellos momentos ahora los recuerdo con cariño y con nostalgia. Pero entonces, no era así. Aquellas noches volvía a mi casa descentrado y culpable. Como cuando me iba a los futbolines de la plaza de Santa Ana, saltándome las clases que mis padres me pagaban con su sudor y esfuerzo.

Para colmo, por aquella época, en el colegio nos pusimos en huelga. No recuerdo ni por qué. Seguro que por seguidismo a unos profesores en la universidad que exigían libertad de cátedra y eso, claro, el régimen no iba a permitirlo, por mucho que Arias Navarro pareciera que abría la mano. En España se enseñaba lo correcto, no aquellas doctrinas comunistas y masonas que nos querían introducir aprovechando la ancianidad del dictador.

Yo alucinaba. Les escribí a mis compañeros de Sigüenza y allí, claro, iban marcando el paso a los dictados de los curas, como siempre. En nuestro cole, sin embargo, nos dejaban las

aulas para que nos reuniéramos y hasta nos pagaban botellas de agua por si teníamos sed. ¡Toma nísperos! Allí, en nuestras propias aulas, escuchábamos a los líderes sindicales y estudiantiles que exhibían una fuerza ante la autoridad por mí impensable. Una tarde estuvimos discutiendo sobre procesar al ministro por prevaricación. Yo, no me lo podía creer.

Estuvimos sin tener clase casi un mes. Yo, claro, en casa no decía nada. Bastante tenían mis padres con sus propias contradicciones, tratando de adaptarse a aquella gran ciudad de Madrid.

Cuando me metía en la cama por las noches pensaba que toda mi vida era una gran mentira. No tenía clases en el colegio, me saltaba las de la academia de banca, los domingos, teníamos aquellas sesiones de baile magreantes y fileteras que no conducían a nada. Por momentos, mi futuro con Rosa María se desdibujaba, aunque yo me justificaba que nunca quedé con ninguna chica fuera de los guateques, ¡y fui el único!, por respeto a su recuerdo. Pero también aquel amor, muchas veces, me parecía otra gran mentira.

Con la religión me pasaba algo parecido. Yo tenía unos valores dentro, sí, de acuerdo, pero nunca los cumplía. Y, luego, estaban el sexto y el noveno mandamientos. La naturaleza iba por su lado, imponiéndome su ley y, por otro, estaba mi cabeza, partida en dos mitades, como la de un esquizofrénico.

Sufría de una desazón profunda y turbadora. Y ello me criaba un carácter hosco y difícil. Mis padres y mi hermana estaban hasta el gorro de mí, siempre irritable y egocéntrico, pensando solo en mis problemas y no arrimando el hombro casi nunca. Cuando me encargaban de cuidar de Pepín, que era lo único que hacía, siempre me venía mal y me ponía de uñas. Pepín me miraba y yo, ante su inocencia, me sentía todavía más culpable, más triste y frustrado, ante una vida tan sin sentido.

Don Braulio vino un día por casa y me puso las pilas. Las oposiciones a auxiliar administrativo en el Banco de Crédito Transatlántico empezarían en un par de meses. Me preguntó que, si iba a ir bien preparado, no quería quedar mal con su primo. A mí casi me dio un soponcio allí mismo, aunque lo que hice fue esbozarle una sonrisa dentífrica y jurarle que le haría quedar en buen lugar. Otra mentira más.

–Don Braulio, descuide, no hago más que estudiar.

Mis padres me miraron con orgullo.

–Está bien, Germán, piensa que tus esfuerzos de ahora son los cimientos de tu futuro –me contestó don Braulio–. Mi primo te puede echar una mano, pero siempre que el examen haya sido muy bueno, si no no hay nada que hacer, ¿estamos?

Pero, entonces, ¿para qué diantres servía su primo?, me pregunté en mi interior, mientras le sonreía con aún más profidén que antes.

Me acordé de los comentarios de Domingo, el amigote de la academia de Sol:

–No me seas de pueblo, Germán –sabía que aquello era lo peor que podía decirme–. Si tienes enchufe como nosotros, esto está hecho, no te preocupes, ¡vamos al futbolín!

A partir de la visita de don Braulio, no faltaba a ninguna clase, y luego me humillaba yendo con ellos al futbolín al terminar. Eso sí, iba porque les ganaba, ¿no te digo?

Uno de aquellos días en que estaba en la mierda y odiaba a aquella ciudad y a mi vida entera, más que nunca, me llamó Agus y me dijo:

–¿A que no sabes con quién me encontré ayer?

Ese mismo día la llamé. A Merche, la amiga que fue a Sacecorbo con Rosa María.

Fue una conversación extraña. Yo estaba nerviosísimo y ella huidiza. O eso me lo pareció.

El caso es que Rosa María estaba ya en Madrid.

–Como no fuiste a Sace en la Fiesta no te lo dijo, supongo.

–Dame su teléfono, por favor –le pedí, anhelante.

–Pues no tiene, o yo no lo tengo, yo aquí no salgo con ella, vivo en Leganés, cerca de Agus, y ella en Madrid. Nos escribimos.

Tomé nota de la dirección.

–Muchas gracias, Merche.

–De nada, Germán.

Y colgamos.

Mi vida volvía a tener sentido de nuevo.

Aquella misma noche la escribí. Le decía que me sentía muy alegre de saber que estaba en Madrid, ningún reproche por no hacérmelo saber antes, y que quería verla. Sobre todo, esto, que quería verla. Que Madrid estaba resultando una ciudad difícil para mí.

Nunca recibí respuesta.

Pasados quince días, llamé a Merche por si me había dado mal la dirección. Me comentó que había estado con ella, que había recibido mi carta y que creía que me contestaría. Al acabar, Merche me dijo:

–Lo siento, Germán, yo no te puedo ayudar en más –esto último me lo dijo muy claro.

Así que no volví a llamarla.

Bajé a los infiernos. El resto del curso estuve estudiando como un loco y saliendo apenas. Por las noches, a veces lloraba de infortunio. De desconsuelo.

Tere trataba de ayudarme.

–Germán, ¿qué te ocurre? ¿Quieres que vayamos esta tarde al cine?

–Gracias, Tere, tendrás que irte con tus amigas. Yo me quedo con Pepín. Quiero que papá y mamá también salgan. Nunca van a ningún sitio.

–Chico, –me decía–, ¡ni tanto ni tan calvo! ¡Que eres joven!

Le hacía un gesto que quería ser una sonrisa y a lo mejor lo que mostraba era una mueca, de una tristeza infinita. Tere se acercaba entonces y me daba un beso en la mejilla.

–Yo estoy aquí, como siempre, no lo olvides –me decía.

Y yo volvía la cabeza y me refugiaba en Pepín.

–Germán, no pierdas tiempo. ¡Vamos a jugar! –me decía.

Y yo encontraba en Pepín el único refugio cálido y alegre por donde transitar en aquellos penosos días.

La que sí me llamaba de vez en cuando era Marta, Martuqui, como se hacía llamar. Una chica de diecisiete con la que estuve bailando en el último guateque. Se pegaba como una lapa, era una chica electrizante y con unas ganas de vivir tremendas. Yo creo que le caí bien, pero le dije muy claro que hasta final de curso tenía que dejarme los cuernos estudiando.

Y me llamaba para ver qué tal. Me animaba a su manera. Éramos tan distintos que hasta nos caíamos bien por eso. A mí me elevaba la autoestima que, mucho más tarde, supe que era lo más grande que alguien podía hacer por ti.

Pasé, a la carrera, las cuatro pruebas de las oposiciones de banca. En la que peor estuve fue en la entrevista final, con seis examinadores en círculo frente a mí. Seguro que ninguno era de pueblo, pensé.

Me dijeron que fuera mencionando las ciudades que había entre Barcelona (el banco, aunque tenía su sede en Madrid, había nacido allí hacía cien años) y Cádiz, es decir la llegada al Atlántico, en alusión al nombre del banco.

Yo, que solo conocía Sacecorbo, Sigüenza y Madrid, (ah, y un viaje de ida y vuelta en tren a Huesca que tenía olvidado), me imaginé el mapa de España que teníamos colgado en los corazonistas e hice lo que pude. Uno de aquellos tíos exclamó:

–¡Este da la vuelta a España!

Pero su jefe observé que me miraba con cariño.

Fui el número 31 de una promoción de 75. Nos habíamos presentado 4500 en toda España. Don Braulio me dijo:

–Has sido tú, Germán, tú solo. Tienes que estar orgulloso. Y tus padres, también –los miró, mi madre tenía los ojos llenos de lágrimas–. Ahora, en el destino, sí intervendrá mi primo. Será en Madrid, claro. En un sitio de futuro, interesante. Ahora nos toca a nosotros.

Y en el colegio obtuve cuatro sobresalientes (todos ellos en las asignaturas más importantes) y cuatro notables. El rector, que apenas me conocía, tenía que poner la nota final en una casilla. Me miró.

–De Sigüenza, ¿no?

–Sí –le dije.

Y me estampó un "notable" el tío. A ver si un paleto iba a cortar dos orejas y rabo en la difícil plaza del Monte Monserrat, debió pensar.

A mí aquello me la sudaba. Tenía una cartilla de notas que me envolvía de muchos más honores de los que me podía otorgar aquel hombre mediocre.

Hice la prueba de acceso a la universidad y entonces me dijo mi padre:

–Tienes que elegir carrera. ¡Hombre, estando ya en el banco, será Económicas, digo yo!

Yo no tenía una inclinación grande por ninguna otra. Lo que a mí me gustaba, estaba en lo más profundo de la bodega de mi corazón, ni a mí mismo se atrevía a hablarme entonces.

–¡Empresariales!, es más difícil. Económicas me han dicho que es una "maría" –le contesté.

Mi padre me miró un momento a los ojos, satisfecho. Y mi madre me observaba desde la cocina, orgullosa. Algo estaban sacando de aquellos años de esfuerzo y adaptación a aquella ciudad de Madrid, que tenía más caras que un prisma de cien mil espejos.

Yo, aquella noche, en mi cama, me encontraba inquieto y ambivalente. Nunca había leído un libro de economía y lo de trabajar en un banco nunca lo había pensado para mí, seguía pareciéndome un auténtico rollazo.

Mis dos pilares, en los que me había apoyado todo aquel año, estaban hechos añicos por el suelo: mi amor eterno por Rosa María y mis valores religiosos.

Ya no asistía con mis padres a misa, les dije que quería ir solo, pero en realidad casi nunca iba. Estaba en un proceso de reflexión interna que todavía me duraría bastante tiempo, en tanto iba yo encajando todas las piezas en el puzle de mi vida.

Mi vida, otra más, plagada de esfuerzos, de dedicación y renunciaciones, como las de nuestros padres, bueno, tanto no. Hoy miro por la ventana y veo nuestro país: un país hermoso y digno. En aquellos años, los que tiraban del carro, los que lo llevaban en volandas en sus hombros fueron ellos. Y todavía les quedaron fuerzas –pienso con orgullo– para formarnos a nosotros en un futuro mejor.

Pero yo era un chico joven entonces y estas grandes ideas son de personas mayores. Y juiciosas. Lo que yo quería hacer al día siguiente era llamar a Martuqui.

Hasta Agus, que era un tapón con piernas, me había dicho que en aquellos meses lo había hecho todo con ellas, o casi todo.

–¡Martuqui, que he aprobado todo! –le dije.

–Qué bien, Germán. ¡Pues habrá que celebrarlo!, ¿no?

11. ¿ESTUDIAS O TRABAJAS?

Había muchos jóvenes entonces que, cuando terminaban el Bachillerato Superior, dejaban sus estudios. Había mucho trabajo y eso significaba dinero en el bolsillo: poder ir a la discoteca y comprarse un coche de segunda mano. Entre los hijos de emigrantes era lo más normal. En un par de años tenían ya un dinero ahorrado y podían dar la entrada de un piso. Así que su cuerpo, y su mente, les pedían echarse una novia formal.

Antes de irse a la mili casi todos tenían esa novia, que les iba a despedir al tren y les escribía luego cartas larguísimas. A la vuelta se casaban y se ponían a criar una familia numerosa. Y él ascendía en su trabajo o hasta se buscaba un segundo para afrontar todos los gastos. Y ella, lo mismo, con el añadido de llevar una casa llena de niños.

El trabajo era la base de todo.

Luego estaba una minoría que solo estudiaba, el cero coma cero entre los hijos de emigrantes. Por eso, cuando ibas a una disco y le preguntabas a una chica:

–¿Tú, estudias o trabajas?

En realidad, querías decir:

–Tú, ¿eres del foro? o, como yo, de pueblo.

Y, por fin, estábamos esa minoría de apaleados que estudiábamos y trabajábamos. Que no teníamos tiempo, ni para discos, ni para novias. Que éramos de pueblo, pero aspirábamos un día a ser no sabíamos ni el qué: unos profesionales burgueses con mejores pisos, con mejores coches y que tuvieran unos hijos que cuando fueran mayores pudieran solo estudiar.

Aquellos últimos días de junio de 1974, yo, pobre inocente de mí, estaba eufórico. No hacía más que celebrarlo. La entrada en aquella clase maldita, la de los sufridores empedernidos, la de los frustrados llenos de ojeras y preocupaciones, la de aquellos jóvenes envejecidos de repente, serios y responsables, que ofrecían su juventud a cambio de un futuro colgado en aquellos sueños llenos de luces y espejos.

Sí, éramos de nuevo, sin ser conscientes de ello, los soñadores, los sublimadores como en el internado, los caminantes de un desierto páramo en busca de un oasis reparador y paradisíaco.

Yo, estaba a lo que estaba, me puse un vaquero que me caía muy bien y me fui a Santo Domingo. En la boca del metro había quedado con Martuqui. Me llevó a la calle Leganitos, una rúa llena de discotecas de parejas, que yo desconocía.

Le dije:

–Martuqui, a lo mejor no nos dejan pasar –señalé un gran cartel en la puerta que ponía: "Prohibida la entrada a menores de 18 años".

Ella me sonrió:

–Ya verás como sí. Tú, agárrame bien de la cintura. Así –y ella me pasó también su brazo por la mía y fue a meter su mano en uno de los bolsillos traseros de mi vaquero.

Fuimos andando así, sintiendo nuestros movimientos al caminar.

–Dos –dije con firmeza en la taquilla.

–Doscientas, señor.

En el hall había un acomodador, con linterna como en los cines. A los cuatro pasos me di cuenta por qué.

Aquello era una oscuridad impenetrable, máxime viniendo desde la calle, como nosotros. Bajamos, no sé, al segundo sótano, por una escalera que tenía una cuerda gruesa en vez de barandilla, yo iba de la mano tras Martuqui. En un rellano ella se giró, me echó los brazos por el cuello, y me dio un beso de verdad, de los que me explicaba Esteban Gómez en la cabina de proyección, con lengua, tornillo y, sobre todo, con mucha pasión.

Se separó y vi las luminarias de sus ojos, encendidas en la oscuridad.

–Mi banquero… –me susurró.

Nos acomodaron en un sofá, detrás de su respaldo se oían, acolchados por la música, los bisbiseos de otra pareja.

–¿Un volcán? –se dirigió al camarero, pero pidiendo mi aprobación.

Yo no sabía lo que era, aunque no se lo dije, me limité a bajar la cabeza.

Hasta que nos trajeron aquella caldera en erupción, Martuqui no hacía más que besarme y abrazarme.

–Ay, Germán, ¡te tenía unas ganas…!

A mí, un chico retraído y tímido, aquellas palabras me subían la autoestima, como ya dije.

Cuando trajeron aquel cráter humeante que echaba un humo rojo, con sus dos pajitas juntas y probé su brebaje exótico y lleno de alcohol, me animé todavía más.

–Ven aquí, Martuqui, mi chica volcánica…

Aquella fue una tarde inolvidable.

Era como en el guateque, pero con más revoluciones. El tiempo no pasaba. Disfrutábamos conociendo nuestros cuerpos, besándonos, abrazándonos, aspirando nuestro olor, mezcla de desodorante y sudor.

Martuqui me llevó a la pista de baile, minúscula, más que nada por sentir juntos nuestros cuerpos. Allí, solos, nos apoyábamos en las paredes y la música nos transportaba a un mundo de sensaciones plenas de juventud y de atracción mutua.

Cuando ya eran cerca de las diez, Martuqui miró su reloj y me dijo:

–Vamos un poco más abajo.

Descendimos por la escalera de la barandilla de cuerda hasta una especie de reservado, con los mismos sofás que antes, pero separados por biombos. Allí ya no había nadie.

Nos sentamos en uno de ellos. Martuqui se abrió la blusa y me dijo:

–Y ahora vamos a dárnoslo todo.

Aunque todo no era todo.

–…Eso, no, hasta ahí, todo –me aclaró, un momento después, la chica volcánica, que tenía más juicio de lo que parecía.

Fue mi primera noche de amor. Y nos lo dimos todo. De la forma que podíamos. Supe del cuerpo de la mujer, hecho de calidez y hospitalidad, para ser amado y no violentado, destino de nuestra pasión y almohada de nuestros sueños.

Cuando nos recomponíamos nuestras ropas y eliminábamos con el pañuelo los vestigios de nuestra pasión, Martuqui me preguntó:

–Oye, Germán, y ¿tú de dónde eres?

Yo, por un momento, me sentí avergonzado de decir el nombre de mi pueblo a aquella madrileña liberada. Martuqui continuó:

–Yo soy de Cogolludo.

Acabáramos. Me empecé a reír como hacía mucho que no lo hacía. Me recompuse:

–Yo, también de Guadalajara, de Sacecorbo.

Ella se terminó de abotonar la blusa.

–Lo de Guada ya lo sabía, me lo dijo Domingo, cuando me invitó a vuestro guateque.

Yo le ayudé con un botón rebelde.

–Así que: paletos los dos. ¡Y yo que pensaba que eras una madrileña liberada!

Ella, coqueta, se colocó el pelo.

–¡Qué dices! Esas son unas sosas. Por cierto, ¿ya sabes que Domingo está hecho polvo con lo del banco?

–Sí, me ha dicho que iba a matar a alguien de su familia –me acordé de su relajo en los futbolines de Santa Ana.

Martuqui me dio la mano.

–¡Vamos, que mi madre me llama a las once a ver si estoy!

Martuqui vivía con otras chicas en un piso compartido, cerca de allí. Trabajaba de taquimeca en un despacho de abogados, pero quería hacer Derecho y dedicarse a pensar en cómo resolver los casos en vez de aporrear las teclas. Otra sufridora que trabajaba y estudiaba.

–Oye, Martuqui, mañana me voy de vacaciones a Zaragoza y a la vuelta no sé qué plan tendré –yo era entonces un tío legal, no quería engañar a nadie.

Martuqui me gustaba, pero no era mi tipo de chica. El tipo de chica por el que flipaba en aquella época. No era una de aquellas chicas complicadas, difíciles, e inaccesibles, que me hacían sufrir y me bajaban la moral. Aquel tipo de chicas que me enloquecían y que me hacían

perder la cabeza.

Tal vez como Rosa María. A la que, a pesar de su portazo postal, no había olvidado. Ni mucho menos.

Martuqui me sonrió y me apretó la mano.

–No te preocupes. Yo tampoco sé lo que voy a hacer el mes que viene. Los dos tenemos nuestros teléfonos, ¿no?

Me acerqué y fui a darle un beso en la cara, pero ella se giró y me ofreció sus labios.

–Lo he pasado genial, Martuqui. ¿Cómo se llama este sitio?

Quería saber dónde había pasado mi primera noche de amor.

–Un nombre muy para ti, de poeta: La Noche Lunar.

Me sorprendí, aquella afición de los versos yo no se la decía a casi nadie. Al verme la cara de sorpresa, continuó:

–Se te nota mucho, tiene su encanto. Pero también te pueden hacer mucho daño…

Martuqui aparecería por mi vida de vez en cuando, como el Guadiana, nunca se lo agradecí lo bastante.

No terminó Derecho, aunque ascendió a Jefa de Administración del bufete. Unos años más tarde, ya había hecho yo la mili y todo –hasta entonces nos estuvimos viendo de vez en cuando–, me llamó para decirme que se casaba. Su novio trabajaba en el Banco Español de Crédito.

Solté una carcajada cuando lo oí.

–¿De qué te ríes? Es lo más parecido a ti que he podido encontrar.

Sí, años más tarde, recordé esta misma frase. Terminaba la excelente novela de un escritor que me gustaba mucho, Francisco Umbral. La obra se llamaba: "Si hubiéramos sabido que el amor era eso".

Sí, subíamos los primeros peldaños de nuestras vidas a golpes de intuición, pendidos de un hilo, con el vacío a nuestros pies. Como nuestro país, que recorría aquellos últimos meses de una etapa que ya era pasado, pero lleno de temores, y de esperanzas, sobre su nuevo futuro que ya llamaba a su puerta.

Aquel fue el primer viaje de vacaciones que yo realicé en mi vida. Mi madre habló con una prima que tenía en Zaragoza, viuda, y nos mandó a mi hermana Tere y a mí a visitarla.

Recuerdo el chachachá del tren en Atocha, a mi madre lanzándonos besos desde el andén y a mi padre con Pepín de la mano gritándonos: "Buen viaje".

Y, luego, los inmensos campos de Castilla, de Aragón, la sensación de libertad, que siempre me han producido los viajes.

Mi hermana Tere aprovechó para ponerse al día.

–¿Qué tal con esa de la otra tarde?

Ella ya iba a cumplir veintidós años y tenía un novio madrileño con el que no acababa de acoplarse.

–¿Con quién? –quise darle largas.

–Vamos, Germán, con esa tal Martuqui, en nuestra casa se oye todo.

–Bien, una buena amiga, sin más.

Ella estuvo valorando el tono de mi respuesta. Por fin continuó:

–No te compliques, Germán, que eres muy joven.

Yo también valoré el timbre de su voz.

–Y tú, ¿qué tal con Pablo?

Ella miró por la ventanilla.

–A la vuelta, lo mismo lo dejo. No somos de la misma pasta. La gente de Madrid no es como nosotros, ¿sabes?

Sonreí a mi hermana con cariño. Sí, todos íbamos por la vida pendidos de un hilo.

Pablo tenía un negocio. Era muy abierto y dicharachero. Pero a veces parecía que no tenía la cabeza sobre sus hombros. Se gastaba todo lo que ganaba. Y más.

Recuerdo de aquellos días de vacaciones en Zaragoza, cómo mi hermana Tere recuperaba su alegría, y su gracia.

Recuerdo también las vistas de una puesta de sol sobre el Ebro, con las torres del Pilar al fondo.

Allí, Tere me dijo:

–Pablo no sabría valorar esto, lo dejo, lo tengo claro.

Aquella noche, nos llamó mi padre.

–Ha llegado una carta del banco. Te incorporas en dos semanas. Veníos para acá. Te tenemos que comprar la ropa y arreglarte un poco.

Aquellos días de vacaciones fueron los únicos que tuve en mucho tiempo. Quiero decir sin estudiar ni trabajar. En el banco todo iba por rigurosa antigüedad, a los nuevos nos daban las vacaciones en noviembre, época de preparación de exámenes en la universidad.

Poco a poco me daría cuenta de lo que significaba esa clase de trabajadores estudiosos en la que de una forma un tanto inconsciente me había introducido.

Nuestros padres querían darnos un futuro mejor y habían llegado hasta allí. Hasta cavar unos profundos cimientos que pudieran sustentar luego un edificio esbelto. Lo demás ya era cosa nuestra. Teníamos esa base y la receta para continuar, que era muy fácil de recordar, aunque hoy parece que se haya olvidado un poco: “el que algo quiere, algo le cuesta”. Y nosotros, emigrantes

que proveníamos de pueblos sencillos pero trabajadores, lo queríamos. De lo que no éramos muy conscientes, yo por lo menos, era de lo que costaba.

Nuestro país también era un país ilusionado. El milagro económico poblaba de “seiscientos” nuestras carreteras y el turismo hacía florecer bares, restaurantes y hoteles. En las cancillerías europeas y de Norteamérica se apostaba por nosotros, por España, uno de los países con más historia del mundo. Lo que no estaba todavía claro era si los españoles pondríamos toda nuestra generosidad, y toda nuestra inteligencia, para unirnos y pasar a la etapa de la normalización y de la esperanza, dejando atrás la dictadura que se instauró tras una cruenta guerra civil. En aquellos años, no solo se iba a dilucidar el futuro de chicos como yo, sino el de todo un país.

Cuando regresamos a Madrid, yo pasé a manos de mi madre:

–No tienes ropa para ir al banco. Y no tienes que parecer un paleto. Tenemos poco tiempo. Don Braulio me ha dado la dirección de un primo suyo que tiene una sastrería. Mañana mismo vamos para allá.

Don Braulio tenía tentáculos en todos los sectores económicos, pensé yo. Pero, en aquel momento, yo se lo agradecí. Su primo me vistió de arriba abajo. Dos trajes enteros, más seis camisas, tres corbatas y un par de zapatos, para empezar. Mis padres, de vuelta, le pintaban toda la casa a don Braulio.

Mi madre me llevó a la peluquería de El Corte Inglés, en la que te peinaban bien, la cabeza y la cartera, quiero decir.

–Péinenlo como un chico de bien –les vino a decir mi madre.

Con lo que mis incipientes melenas, que le encantaban a Martuqui, acabaron en la papelera.

Cuando esa mañana me dispuse a ir al banco, parecía un pincel. Tere me dijo:

–Ni un novio va tan guapo como tú –luego se acercó a darme un beso y me bisbiseó al oído–. Demuéstrales a esos palurdos lo que es un tío de Sace.

El edificio del banco estaba en la calle de las entidades financieras por excelencia: la calle de Alcalá, entre Cibeles y Sol, con el Banco de España comandando la fila.

El destino que me había buscado don Braulio era interesante: el área internacional, aunque el puesto fuera a pie de obra, claro. Me llevé dos impresiones contradictorias aquel, mi primer día de trabajo:

–Vienes a sustituir al pobre Joaquín –me bisbiseó Leandro, un chico del departamento que me llevaba tres años, cuando nos quedamos solos–. Se le ocurrió liarse con una chica de aquí, esa de verde, la Mariví, y el pobre estaba esperando que entraras tú para que le den nuevo destino. Lejos de aquí, of course. ¡Ya sabes cómo son en banca!

Sí, lo intuía, un sector tradicional, cuando no retrógrado.

Por eso me extrañó ver allí tantas chicas. De una docena de empleados, solo vi a dos chicos, además del tal Joaquín, que ya estaba recogiendo sus cosas. Uno era el tal Leandro y otro, un

tipo simpático y barbudo, también de veinte años que me cayó muy bien:

–Yo soy José Juan, otro paleto como tú, de Cuenca –se presentó.

Sí, entonces las mujeres se integraban en masa a trabajar fuera de casa, por aquellos años se inició el que sería el cambio más importante del último tercio del siglo XX. Llevaría consigo otros cambios de situaciones que hoy, pocos años más tarde nos parecen increíbles: por aquellos días salió una ley que permitía a las mujeres, por vez primera, mantener cuentas en los bancos a su nombre, sin permiso del marido o del padre. ¡Toma nísperos! El antiguo Banco de Bilbao fue el primero que se autoproclamó "el banco de la mujer", abriendo oficinas exclusivas para ellas, otros bancos, como el mío, le siguieron a continuación.

Así que era un sector tradicional, pero que se movía, "la pela es la pela", nunca mejor dicho que allí. Era un sector también pionero en tecnología, los primeros ordenadores aparecieron en él, unos armatostes que ocupaban una habitación entera y que tenían unas prestaciones menores que nuestro teléfono móvil. Pero fueron sus antecesores. A su alrededor había una pléyade de jóvenes perforando aquellas tarjetas, "los perforistas", donde se introducía la información.

En el área internacional teníamos la vanguardia de la comunicación: los famosos télex, una especie de máquinas de escribir que se comunicaban con otras en otros países, tenían un rodillo donde se escribían los mensajes y, por si se quedaban sin papel, se grababa una copia en aquellas cintas de papel, llenas de agujeritos, que eran los códigos de la información.

–Germán, obtén una clave para el Deutsche Bank –me mandaba mi jefa Victoria Salisáchs, una pionera rompiendo techos de cristal en la evolución laboral femenina, tal vez porque era leridana, ya cerca de Francia.

Y yo me bajaba al departamento de claves. Allí había una caja fuerte, con veinte libros gordos dentro, como los de Petete. En ellos figuraban las reglas de las claves: dependiendo del banco, el país, el día de la semana, el importe, etc. La apoderada de claves, otra pionera femenina, (algunas mujeres hoy en día se creen que el feminismo lo inventaron ellas), sumaba todos los códigos y me apuntaba a mano un número en el documento y lo firmaba.

Con ello ponía yo el mensaje al Deutsche Bank, iniciándolo con "Test Key" (clave, en inglés). Y yo, un chisgarabís de El Sauce Curvo de 17 años, me sentía el más importante del mundo.

Entonces las grandes empresas eran familiares y paternalistas. Por ello, pedían referencias para entrar, como en mi caso al primo de don Braulio. Aspiraban a integrarte en aquella familia de por vida, como hoy siguen haciendo los japoneses.

Por tanto, las carreras en ellas eran lentas, dado que nadie de por arriba se marchaba, pero seguras, nadie iba para atrás ni se le echaba, salvo si metías la mano en la caja, claro, le pegabas a un jefe o algo por el estilo.

Tenían clubes para integrar el ocio de sus empleados dentro de aquella familia empresarial, al salir del banco y los fines de semana: secciones de juegos de mesa, fútbol, excursiones e, inclusive, residencias en la costa donde los empleados y sus familiares compartían vacaciones con otros empleados, todo ello a un coste muy reducido.

Los salarios no eran altos aunque mejores que en otros sectores. Allí te pagaban con la seguridadddd, así, bien remarcado.

A mí me lo dijo el Jefe de Personal cuando me recibió el primer día:

–Germán, esto es para toda la vida. Si eres bueno, irás ascendiendo. Y si en unos años te casas con otra empleada, podréis vivir muy bien.

Todo estaba lleno de reglas y procedimientos dictados por la antigüedad. Allí, ser joven y sin experiencia, era un castigo, no se te tenía en cuenta y, si querías sobresalir, el sistema casi que te empujaba más abajo. Era la ciencia de primar la espera. La frustración, llegaba a pensar yo a veces.

Luego había cosas que eran de película de Groucho Marx, locas pero entrañables. Trabajábamos de ocho a tres, incluidos los sábados. No existían las máquinas de fichar, lo hacíamos firmando en un cuadrante que tenía el jefe del departamento, el señor Bermúdez, del que ya hablaré. Pues bien, nos daban diez minutos de cortesía por si a alguien se le había dado mal el metro, pero allí pretendíamos llegar todos entre las ocho y nueve y las ocho y diez, para no perder el plus de puntualidad de 25 pesetas diarias.

Salíamos del ascensor corriendo y atropellando a todo el mundo y llegábamos a la mesa del señor Bermúdez cuando este estaba guardando el cuadrante en su cajón. Y entonces empezaban nuestros ruegos y hasta nuestras advertencias de que todavía estábamos en hora. El señor Bermúdez, un tipo tímido y buenazo, que tenía que lidiar con su subjefe, la decidida Victoria Salisáchs y con nueve chicas más a su cargo, terminó optando por llamar por teléfono al servicio del horario oficial para confirmar el minuto exacto. Lo cual dilataba unos segundos más el asunto.

Si una chica llegaba al filo del tiempo, pero avisaba de que otra se había tenido que ir al baño, por un problema femenino, al señor Bermúdez se le abría otro frente. En resumen, cachondeo total.

Se comentó que el señor Bermúdez, agobiado por el pase de lista, acabó comentándoselo a su mujer, la cual tardó dos segundos en dar en el clavo:

–Pues pásale el asunto a tu subjefe –le dijo.

Fue mano de santo. Fuimos entonces como el resto de departamentos. Llegábamos a las ocho en punto.

El trabajo era administrativo total, nos pasábamos todo el tiempo escribiendo a máquina, máquina eléctrica, menos mal, nos hubiéramos destrozado los dedos.

–Aquí, donde lo veis –se cachondeaba José Juan, mirándonos a Leandro y a mí– hemos

acabado de putos mecanógrafos.

Y trabajábamos mucho más que las chicas, muchas de ellas recién casadas y con niños, que tenían una media de ausencias mensuales que, junto al asunto del ídem, superaba las seis faltas al mes, según estadística casera que llevaba Leandro.

Menos mal que teníamos a José Juan, un Eddy Merckx del tecleo, cogía hasta seiscientas cincuenta pulsaciones sin despeinarse, y sin errores. Además, era un chaval un tanto nervioso.

El día que venía con el cable suelto, me decía a mí o a Leandro:

–Dame la mitad de tu trabajo, que necesito cansarme –e iniciaba una huelga tremenda a la japonesa el tío, con su máquina echando humo.

Claro, el señor Bermúdez echaba la media y las cosas le salían, así que no les decía nada a las chicas que, además, se ponía colorado.

Yo creo que éramos el típico departamento de funcionarios del que podría haber dibujado sus viñetas el genial F. Ibáñez.

A mí también me vendría muy bien aquel departamento, pensaba yo aquel mi primer día, cuando empezara la universidad tras el verano, porque la mente la podías mantener fresca y descansada para luego captarlo todo en la uni.

Pero la realidad era que acababas agotado. Estábamos apiñados, hablando sin parar, sobre todo ellas. Te volvías esquizofrénico, tratando de concentrarte en lo que escribías, unos formularios para transferencias recibidas del extranjero, muchas veces con nombres en inglés para más inri y tratando de seguir, al mismo tiempo, el palique. Generalmente eran unas conversaciones acaloradas sobre hombres y mujeres, de temática de género que se diría ahora, entre los dos bandos de chicos y chicas. Luego los formularios los chequeaba la subjefa Victoria Salisáchs y tenías que repetirlos si había errores aparte de aguantar una mirada de las suyas.

Yo recuerdo que venía a mi casa exhausto, comía a las tres y media y tenía que echarme una siesta de un par de horas para recuperarme, sobre todo al principio, en el que todo era nuevo para mí. Yo no estaba acostumbrado, ni por asomo, a hablar de aquellos temas con las féminas. ¡Cómo nos atacaban! Y el señor Bermúdez a verlas venir.

Aunque, luego, cuando volvía a tener la mente descansada era todavía peor: las contradicciones adolescentes y de adaptación a Madrid brotaban por doquier.

Si salía con mis compañeros de COU, tenía que ir en plan finolis y temiendo no pifiarla con algún comentario de pueblo. Si salía con los de mi pueblo, lo mismo, pero en sentido contrario, Agus me dijo un buen día:

–No sé, Germán, desde que trabajas en el banco te veo como más raro… –Y en este plan.

Cuando cobraba, unas diez mil pelas al mes, me subía la autoestima, pero, luego, mi padre, que se agenciaba trabajos por doquier, ahora también lavaba coches en el garaje del economato, me decía:

–Échame una mano con los coches, Germán, que estás ahí, mano sobre mano.

Y, yo se la echaba, claro, pero me ponía de espaldas a la puerta, no fuera el caso de que algún día me viera alguien del banco o de mi cole. Me llevaban los demonios por dentro, solo de pensarlo.

Los findes iba a las discotecas, generalmente con la pandilla de Sace, los del cole eran más de pubs. Aquello era una selva, nada que ver con los guateques. Las chicas estaban sentadas en los laterales, los chicos caminábamos por los pasillos y las sacábamos a bailar. Yo, a veces, ponía el piloto automático y ni me fijaba a quién sacaba:

–¿Bailas? ¿Bailas?

A veces se lo pedías a una y se levantaba la de al lado. No podías pararte ni un segundo porque te empujaba el de detrás.

Claro, salvo a las desesperadas, a las chicas normales con aquel panorama se les ponía dolor de cabeza.

–Uy, es que me duele la cabeza.

O el pie. O aquello de "estoy cansada", que nos sacaba de quicio a los chicos, que éramos los únicos que nos cansábamos dando vueltas por aquellos antros.

Y tampoco valía la pena repeinarte o echarte colonia de la cara. Con aquella luz mortecina y aquel sudor de rebaño quedabas tan adocenado como los de al lado.

A veces teníamos malos días y no te habías comido un colín y te pesaba en exceso el saco de calabazas a la espalda.

Entonces Agus, una noche, tuvo una idea:

–Vamos por los antros de la Gran Vía, que me han dicho que por allí recala mucha pilingui.

Y aparecíamos por las calles detrás de Telefónica: la Ballesta, el Desengaño y la Corredera Baja, por ejemplo. La calle del Desengaño nos venía muy bien, al estado de nuestras mentes, y de nuestros cuerpos, en aquellos días.

Aquellos no eran unos bares normales. Las chicas que allí había, apoyadas en la barra del mostrador, muchas veces ya entraditas en años, estaban a la caza de algún cliente. En cuanto intimaban un poco contigo te soltaban:

–Mil y la cama. Es aquí al lado.

Nosotros no pensábamos irnos a la cama ni por asomo. Y, menos, darles mil pelas. Lo que tratábamos era de demorar el trato. En el ínterin la moza se dejaba toquetear un poco para ver si te animabas. Y ahí nosotros nos poníamos en plan pulpo.

–Anda, vamos, querubín –te decía una cuarentona–… que lo vamos a pasar muy bien –y tú aprovechabas para palparle las tetas y el culo.

Pero, en cuanto la moza se percataba del percal, te echaba de su lado con viento fresco. Si la chica era joven y atractiva podía ocurrir que, una vez que probabas la mercancía, fuera muy difícil el separarte de ella.

A Javierito le pasó una noche. Que fue a por un bombón y se enceló. No quería separarse de

ella ni por asomo. Pero, tampoco, irse a la cama y dejarse mil pelas, claro, además del orgullo de un joven capaz de buscarse la vida de otra manera.

Así que, el bombón en cuestión le dijo:

–Pues págame una copa, mejor dicho, saca una botella de champán, para los dos.

Con aquella botella, Javierito se puso las botas aquella noche, abrazándose y sobando a aquella muñeca sin parar.

Lo malo fue cuando vino la cuenta: ¡setecientas cincuenta pelas! A Javierito tuvimos que darle aire, además de prestarle quinientas entre los otros tres amigos para salir de aquel mal trago.

Aquello no duró mucho. Porque se fue corriendo la voz por aquellos bares de que éramos solo unos pulpos calentones y las chicas en cuanto nos veían entrar no nos dejaban ni acercarnos.

–Tú, ya has catado, así que ya sabes: ¡mil y la cama! –nos gritaban.

Yo no me acuerdo si me alegré o no de aquella expulsión en toda regla, estaba absolutamente descentrado entonces, ya había empezado la universidad y pasaba dieciséis horas fuera de mi casa trabajando y estudiando. Me sentía un mero tornillo en aquella cadena de producción para esclavos.

Cuando me metía en la cama, estaba tan alienado que lloraba en silencio. No sabía lo que pintaba yo en aquel trabajo de mecanógrafo, en aquella universidad nocturna a la que yo llegaba tarde y no veía, sentado en la última fila, entre la nube de humo de los cigarrillos, ni los exponentes ni los principales de aquellas ecuaciones económicas que me importaban un bledo.

Y, los fines de semana, sobre todo aquellos que recalábamos en aquellos puticlubs, me desmoronaban cualquier muro interior mío que todavía se mantuviera en pie.

Fue una época de las más duras e insípidas que recuerdo.

Tal vez por ello, empecé a escribir por aquella época un diario, donde yo podía verter todos mis sinsabores y capturar también de nuevo todas mis esperanzas. No tenía a quien contar lo que me pasaba en mi interior, en casa aparentaba que estaba feliz con aquellos cimientos que con tanto trabajo y sudor mis padres habían podido pagarme y, con los amigos, me mostraba chachi con todo lo que me ofrecía aquella gran ciudad.

Así que solo aquellos diarios sabían de la pócima amarga que me tragaba cada día.

Ahora los releo y me sirven para verterme a conciencia sobre la pantalla del ordenador y rememorar aquel tiempo brumoso y oscuro.

Volví a pensar en Rosa María, lo más bello, puro y hermoso que me había pasado desde que pisé la raya de la adolescencia. No tenía nada más a lo que agarrarme y la volví a convertir en el faro luminoso para no perderme del todo, mientras transitaba aquella época sin brújula y sin

farolas.

Me las agencié para poder coger dos días de vacaciones en agosto, el viernes y el sábado, y juntarlos con el domingo. Este año sí iría a la Fiesta de El Sauce Curvo. Esperaba verla por allí. Porque si no…

Miro por la ventana y está cayendo una buena tromba. La típica tormenta de junio. Sí, para mí, la mujer siempre ha sido la poesía de la vida. Hoy como entonces. Cierro el ordenador. En nada, dejará de llover y la tierra ofrecerá ese olor a lluvia y humedad que tanto le gusta a Clara. Y yo la invitaré a dar un paseo conmigo, por las calles de esta ciudad en la que he gastado mi vida, a la que amo tanto.

Hace tiempo que no la oigo llamar al doctor Parrondo. Mejor. Me pone dolor de cabeza. No lo necesito a él. Tengo mi maleta llena de recuerdos. Con ella relleno de nuevo mi memoria y puedo escribir mi vida de nuevo. Y vivirla otra vez, de algún modo.

Y secar las lágrimas de Clara, a la que a veces sorprendo triste y preocupada. ¡Cómo le diría yo que no tiene por qué! Llego a la cocina y la invito a salir. La miro, animoso. Ella sonríe, por fuera, pero adivino un trasunto triste en su interior, una desorientación como la que tenía yo en aquella época. Cuando escribía en aquel diario de tapas verdes que hoy saqué de mi maleta.

12. LOS 18, ESA MAYORÍA DE EDAD

El encuentro con Rosa María en El Sauce Curvo fue ambivalente. Recibí de golpe otra vez ese brochazo de alegría que me producía el verla, esa ráfaga de luz que doraba los rincones oscuros en los que había dormitado aquellos últimos meses.

Pero la notaba distinta, se percibía el paso del tiempo. También ella era más mayor.

Aún de día, bailábamos en la plaza:

–Fue un error que te escribiera, ¿verdad? –le dije, todavía herido por su falta de respuesta. ¡Si ella supiera lo que, entonces, la necesitaba!

–No, ¿por qué? Aunque me dijeron que estabas muy bien acompañado…

–¿Cómo? –Me quedé pasmado, de repente caí.

El bocazas de Agus le habría dicho a su amiga Merche, cuando se la encontró en su barrio, que andábamos entonces con los guateques. Vete tú a saber lo que habría contado.

–Ah, me invitaban a aquellos guateques, cosas de críos… Tú tampoco me dijiste que te habías venido ya de Barcelona a Madrid.

–No, no lo hice –me dijo con un deje misterioso–. Tampoco habría sabido cómo.

Era verdad, porque no tenía mi dirección, pero esas cosas si se quieren se encuentran.

Rosa María estaba guapísima, inclusive más que dos años antes, cuando era más niña. Pero había añadido un toque dramático a su rostro, una sombra de profundidad que lo dotaba de mayor magnetismo si cabe, pero al mismo tiempo, quizás, de una sombra de tristeza.

Quise pensar que a lo mejor estaba pasando por una época como la mía. Llena de contradicciones. Eso, a mí, lejos de importarme, me fascinaba, me atraía su misterio todavía más. Se quedaba muchas veces en silencio y yo la miraba, embobado, y ella podía comprobar, de nuevo, cómo la adoraba.

Se debía estar acostumbrando a ello. Y no solamente por parte mía. Muchos otros chicos de El Sauce se fijaban en ella. Aunque cuando estaba conmigo nunca sentí su coqueteo con nadie más. Eso, pensaba yo, era lo importante. Como si el destino hubiera dictado ya sentencia sobre nosotros.

Se hizo de noche. Estábamos sentados en un banco de la plaza. Yo quería hablarle de algo personal mío.

–A mí me gusta escribir poesía –le dije –. ¿Y a ti?

Me miró con sorpresa. Abrió el bolso y sacó un cuadernito y un bolígrafo.

Escribió con agilidad unos versos en una hoja, yo la miraba boquiabierto, la arrancó y me la dio. Mientras yo la leía, escribió en otra.

Esos versos los encontré esta mañana en mi maleta, en una carpeta que pone: “Rosa María”.

La primera hoja decía así:

Hoy estoy sin saber, yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.

Hoy reverdece aquella espina seca,
hoy es día de llantos en mi reino,
hoy descarga en mi pecho el desaliento
plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas…

Leía aquellos versos y sentía en mi interior un dolor muy grande. No porque yo no escribiera cosas tan tristes. Sino porque ella hubiera elegido aquellos versos en aquel momento, cuando estaba conmigo.

Levantó la cabeza y me miró. Me encontró desorientado y sonrió con suficiencia. Me entregó la segunda hoja.

Amar

Ser amado

Ser comprendido…

No,

No se puede ser amado,

Ser comprendido…

No, no se puede…

Aquellos versos eran todavía más directos y clarividentes. Me sentí abatido. Solo acerté a balbucear.

–Rosa María, no se deben escribir esas cosas…

Ella me miró, tal vez halagada de haberme impresionado.

–¿Por qué? Si no, sería frustrante, ¿no crees?

No le contesté. Tras unos segundos de silencio por fin musité:

–Oye, Rosa María, ¿tú qué opinión tienes de mí?

Ella pareció dudar un momento.

–¿De ti? No sé… Bueno, sí que lo sé. Tú eres un idealista.

–¿Un idealista? –yo no sabía a qué atenerme.

Ella me sonrió, con aquella sonrisa que tenía llena de magnetismo, con la que se hacía perdonar todo.

–Sí, que lo ves todo más bonito de lo que es. Que no estás en la realidad…

Lo dijo como si fuera un cumplido. Pero, entonces, ¿por qué me sentía yo tan mal?

Ella pareció darse cuenta.

–Anda, vamos a bailar.

Y yo volví a adorarla.

Ya no hablamos nada más que de fruslerías, de la música y de nuestros amigos comunes.

En un momento divisé a Jesulín, iba con una rubia de Esplegares, me hizo una seña en dirección a la fuente. A la fuente se llegaba tras un camino oscuro desde las afueras del pueblo. En él probábamos a las chicas. Ni por un momento pensé en acompañarlo con Rosa María. Rosa María era una chica de aquellas que los curas nos decían que merecían la pena. Una chica para toda la vida. Y yo, con curas o sin ellos, la vería siempre así.

Cuando nos despedimos, terminaba el baile.

–¿Nos vemos mañana? –le dije.

–¡Claro! –y se fue, diciéndome adiós con la mano, hasta donde la esperaba Merche y otros chicos de Cifuentes que habían venido en el mismo coche.

Cuando pude verme con Jesulín, ya sin la rubia, le pregunté:

–¿Qué tal?

–¡Agua!

Era lo que decíamos cuando se había fallado, como en el juego de los barquitos.

–¡Lo siento! –le consolé.

–¡Agua, pero de la fuente, quiero decir! –me contestó con una sonrisa de triunfo, eso significaba que habían llegado hasta allí, el sitio de los besos–. ¿Y tú?

–Contento, Jesulín, a pesar de todo.

–Lleva cuidado, Germán, te veo muy colgado con Rosa María.

–¿A ti qué te parece ella? –quise saber la opinión de mi mejor amigo.

–Hombre, es guapa hasta rabiar, pero hay algo en ella… Bueno, no es para mí, es lo que quiero decir, Germán. Te deseo todo lo mejor.

Ya sabía yo que era especial. Por eso estaba tan loco por ella.

Pero al día siguiente no vino a la fiesta. Ni el domingo, tampoco.

Regresé a Madrid y esperé noticias suyas. Todos los días leía sus versos. Llenos de dolor y desesperanza. Pero ella no me quería cerca para consolarla, nunca me escribió. Yo lo vi como una prueba más de nuestro amor. Un amor para toda la vida se podía permitir el lujo de unos meses, o unos años, de espera. Es lo que a mí me habían enseñado en el internado con la técnica de la sublimación. En aquellos días, tras el regreso de El Sauce, este pensamiento dominaba mi mente.

Pero, la vida seguía. Empecé la universidad y aquellos días se convirtieron en unas jornadas de dieciséis horas trabajando y estudiando. La Universidad Autónoma estaba a veinte kilómetros de Madrid: yo salía del Banco de Crédito Transatlántico a las tres de la tarde. Desde la estación de Sevilla a la Plaza de Castilla había 13 estaciones de metro. Allí, cada media hora, salía un autobús hasta la universidad que tardaba cuarenta minutos. La primera clase vespertina/nocturna en la universidad empezaba a las cuatro de la tarde. Era imposible que yo llegara, de todas todas. Aunque comiera un bocadillo durante la travesía del metro, con toda la gente mirándome.

Mis padres y mi hermana Tere me ayudaron, cómo no. Cómo no agradecérselo, quiero decir. Mi madre o mi hermana hacían guardia en el economato y mi padre cogía su coche vetusto que acababa de comprarle a un primo de don Braulio, otro más, previendo la situación, y quedaba yo con él en la plaza de Cibeles, junto al palacio de Correos.

Allí, me subía yo a toda pastilla en el "seiscientos" de mi padre, en él, mi madre me había preparado la comida con tacto y delicadeza, incluyendo, dentro de lo posible, las cosas que me gustaban, algo caliente en un termo, carne o pescado y, siempre, fruta y frutos secos que, según ella, eran lo mejor para la mente. Mi padre, neófito, conducía lo mejor que podía, aunque alguna vez en los frenazos me atraganté con la tortilla o con la carne de pollo.

Llegábamos a la universidad y yo salía disparado del coche sin despedirme siquiera, corría por los pasillos y conseguía llegar de los últimos a aquellas clases con ciento cincuenta alumnos, todos ellos fumando después de comer. La pizarra, al fondo, era un islote entre las nubes de humo.

Eran días muy duros. Terminábamos a las nueve de la noche, yo tenía que coger el autobús de vuelta a Madrid que tardaba unos cuarenta minutos hasta la plaza de Castilla, y luego me esperaban 18 estaciones de metro, que separaban entonces a esta de Manuel Becerra. Llegaba a mi casa casi a las diez y media, cenaba algo y, alienado total, escribía en mi diario pidiendo socorro. Me acostaba entre doce y doce y media, me levantaba a las siete menos cuarto y empezaba a trabajar a las ocho, donde me esperaba Victoria Salisáchs con su reloj en la mano.

Los sábados también trabajaba por la mañana y por las tardes aprovechaba para, al menos, pasar los apuntes de la universidad a limpio y no quedarme perdido y sin rumbo de forma definitiva. Los domingos me levantaba algo más tarde y hacía algo familiar con mis padres y mis hermanos y, por las tardes, me repartía entre los planes de los compañeros del banco, del

colegio y de los viejos amigos de El Sauce, que eran absolutamente incompatibles entre sí.

Algunas veces, al pasar por la portería de Julián, el entrañable portero andaluz cercano a casa, me detenía y le contaba mis cuitas.

–A ver, Germán, tú eres joven. Y a esa edad que tú tienes uno no se cansa nunca. Si tiene ilusión, claro. Y la ilusión, a esa edad que tú tienes –repetía–, ya sabemos de dónde viene, ¿verdad?, de las chavalas.

Y entonces yo le contaba los pensamientos que me rondaban, con Rosa María de protagonista. Él me decía:

–Germán, lo que se habrá escrito sobre el amor, cuántas novelas, cuántas películas, cuántas canciones. Al final todo se resume en estas cuatro posibilidades: los dos nos queremos, me quiere y no la quiero, la quiero y no me quiere, no nos queremos. No hay más, Germán. Sólo aceptar la realidad.

–¿Y cuál es la realidad, Julián? –le decía yo.

–¿Me permites un consejo, Germán? –yo afirmaba con la cabeza–. Para mí tu caso es el tercero que he dicho. Pero, como no la conozco, démosle el beneficio de la duda, es decir: no te compliques, tú haz tu vida, vívela como un joven que eres y, si está de llegar con esa Rosa María, ya llegará.

Y yo salía de estas conversaciones lleno de la lógica de Julián. Aunque luego mi cabeza se iba llenando de mi querencia natural: la sublimación por lo eterno aprendido de los curas. Como se decía también de los toros: este tiene querencia a las tablas, este, derrota por la derecha, este no aguanta la banderilla… Pues bien, yo tenía tendencia, querencia quiero decir, al amor romántico, platónico y eterno, eso estaba muy claro.

La realidad también se encargaba, por otra parte, de ponerme en mi sitio de chaval en edad de merecer, ¡menos mal!, y al final vivía más cercano a lo que me recomendaba Julián que a la vida ascética y contemplativa propugnada por los curas. Por ejemplo, con aquel viaje inolvidable que hice a Barcelona.

Llegó diciembre y yo no había cogido vacaciones en el banco, excepto aquellos dos días en agosto, por aquel medio año que llevaba trabajando, así que me dieron los trece días que me correspondían. No en Navidad, claro, sino del uno al trece, para que no se me olvidara que yo allí era el último, por edad y por antigüedad.

Ya he dicho antes que, casi a mis dieciocho años, yo no había visto todavía el mar, casi me da vergüenza decirlo. Hoy, un chico a esa edad, del mar lo conoce todo salvo el fondo donde está el Titanic.

Eran otros tiempos, a mí me hizo una ilusión tremenda coger el tren Costa Brava, ¡qué nombre tan bonito y exótico, por Dios, me decía, ilusionado! Salía de Atocha a las nueve de la noche y llegaba a Barcelona a las nueve de la mañana del día siguiente, donde mi padre tenía unas tías que me enseñarían la ciudad condal y sus alrededores.

Nunca olvidaré cuando, al amanecer, descubrí la luz del mar, y sus olas, de un azul dorado,

casi salpicaban el Costa Brava que circulaba, paralelo al agua, por el litoral de Tarragona. Fueron unos momentos mágicos e inolvidables. Dignos de haberlos vivido. ¡Solo por ellos merecía la pena haber cogido todos los días el metro para ir al banco y a la universidad!

Descubrí Barcelona, la ciudad donde se había criado Rosa María y me gustó. La ciudad también de mi mejor amigo, Jesulín, que vino a verme y la ciudad a la que volvería luego muchas otras veces. Mis tías se volcaron conmigo y me ayudaron a comprar los primeros regalos que hice yo a mis padres y a mis hermanos con mis ahorros. ¡Aquel dinero que había ganado servía para algo!

Pero, a la vuelta, como digo, aquel mismo tren me situó de pleno en mis diecisiete años largos, casi dieciocho. Iba en un departamento de aquellos cerrados, con dos sofás, uno enfrente de otro, con cuatro plazas cada uno. Allí conocí a un chaval de unos diecinueve o veinte años que se llamaba Deogracias, ¡vaya nombre!, un maño de Zaragoza más salao que las pesetas. Nos acompañaba una pareja de jubilados de unos setenta, allí los dos no teníamos nada que hacer.

Salimos a fumar un cigarrillo al pasillo y vimos a dos titis que venían de unos veinticinco, bien maqueadas y peripuestas.

Deogracias, desde que las vio, no les quitaba ojo.

–Germán, mira esas mañas. A esas les hacía yo lo que no está escrito.

Las dos chicas entraron en nuestro departamento. Deogracias me dijo:

–¡Es el destino, Germán! ¡Dios las ha puesto para nosotros!

–Bueno, Deogracias, será si ellas quieren –le decía yo, que lo veía excitado a más no poder nada más verlas.

Así que entramos dentro.

Deogracias desplegaba la táctica que nos contaba Sobrón, el viejo amigo del internado, que usaban los mozos de su pueblo. Había que porfiar y porfiar hasta que se rindieran.

Aquellas dos chavalas no nos tomaban demasiado en serio, a mí por jovencito y a Deo, como a él le gustaba que le llamaran, por pesado y cabeza hueca.

Estuvimos con ellas en el pasillo, viendo la noche por la ventana, fumando y riendo, las invitamos a unos cafés, hasta Deo nos cantó unas jotas y las bailábamos chocándonos unos con otros con el traqueteo del tren. A Deo a veces se le iban las manos y las chicas se lo quitaban de encima como podían. Por fin, a las tres o las cuatro de la mañana, con el tren en silencio, pasamos a nuestro departamento.

Las dos chicas se pusieron en el centro del sofá y una de ellas se levantó, sacó una manta de viaje de su bolsa y se cubrieron las piernas ambas con ella, frente a nosotros la pareja de jubilados, también bajo una manta, dormía apaciblemente. La oscuridad solo se quebraba con las luces de las escasas farolas que aparecían de tanto en mucho por la vía.

Me acomodé para dormir, pero observé cómo Deo, sigilosamente, metía una mano por

debajo de la manta y la deslizaba entre las piernas de una de las chicas, hubo una pequeña resistencia silenciosa de esta y luego observé cómo ella llevaba una mano a la entrepierna de Deo y este extendía la manta para cubrirla. Pasamos por un pueblo y a la luz de las farolas crucé una mirada con Deo y me hizo una seña.

–¡Qué haces! ¡Aprovecha! –Traduje, no del maño, sino de las pupilas encendidas de sus ojos.

Cuando volvió la oscuridad hice lo mismo que él. Deslicé mi mano entre los muslos de la chica de mi lado. Los noté calientes y ella abrió las piernas. Extendí la manta hacia mí y ella deslizó también su mano. La señora jubilada pareció despertarse y los cuatro nos detuvimos expectantes en nuestras caricias. En cuanto reclinó de nuevo la cabeza continuamos con aquel deleite mutuo.

Yo, alucinaba, no podía creérmelo, unos años más tarde haríamos cola para ver la escena del avión de Enmanuelle, yo cuando la visionaba me acordé de Deogracias, aquel macho aragonés que me enseñó a bajar de las musarañas y a atender, a ras de suelo, los dictados de la naturaleza.

Sí, todo se amontonaba en nuestra mente, los sueños poéticos e idealistas y las prácticas de gañanes salidos y atrevidos. Y de la mujer no sabíamos, yo al menos, qué pensar. A qué atenerme. Cuando llegamos a Madrid, a aquellas dos que resultaron al final ser primas, las estaban esperando sus novios en el andén, se echaron en sus brazos y a nosotros ni nos miraron, claro.

La adolescencia y la primera juventud suponen ese choque entre el quisiera ser y el qué he hecho. A Julián, cuando llegué, se lo conté muy por encima, él se limitó a decirme:

–Así es, es como un catarro. Hay que pasarlo y ya está. ¡Disfruta de unas felices navidades, Germán!

Julián se murió hace unos años. La vida se nos va llevando a unos detrás de otros. A mí me quedan sus enseñanzas. Pero de qué me sirven. Ya no recuerdo sino lo que una vez escribí y puedo leer. Aprendí muchas cosas, pero hoy me ocurre como a mi mujer Clara, echo de menos no haber tenido un hijo para haberle trasmitido todo lo que he aprendido después de tanto esfuerzo y tanto tiempo. Ah, en estos momentos me invade la tristeza, una pesadumbre íntima y dolorosa que no sé cómo lidiar.

Voy al salón y Clara ve la televisión. Una de esas películas de suspense que ponen por la noche. Me siento a su lado. Lleva ya puesto un camisón ligero, de verano. Clara tiene unas piernas atractivas, siempre las ha tenido. Las acaricio, ella me deja hacer, me siento joven otra vez y llevo mi mano entre sus piernas, luego nos besamos y hacemos el amor allí mismo, mientras en la tele se oyen disparos y gritos. Me invade luego una calma sedosa, aunque no puedo evitar decirle a mi mujer:

–Clara, no sé lo que me pasa.

–No te preocupes, Germán, es la vida. Todo se arreglará.

Lo que empezó a arreglarse, al menos poco a poco, fue aquella etapa de sentirme bajo el agua, anegado y sobrepasado por las circunstancias. Cuando la adaptación al banco y a la universidad me alienaba de aquella manera total que me hacía llorar por las noches.

Tal vez fuera otro catarro de los que decía Julián que había que pasar o, quizás era que, uno, con el tiempo, acababa acostumbrándose a todo. Inclusive los negros esclavos en las plantaciones americanas sonreían y eran felices de vez en cuando.

Pero lo cierto era que el señor Bermúdez fue incrementando su aprecio hacia mí, también era el único empleado de los suyos que estaba en la universidad y, pronto, me sacó de la mecanografía y me pasó a resolver lo que llamábamos las "incidencias", léase las reclamaciones y quejas que, en aquel departamento, consistían en transferencias giradas desde el extranjero que no habían llegado a su destino. La casuística era muy amplia, desde beneficiarios que habían muerto, que habían cambiado de dirección o, inclusive, casos en que nosotros le habíamos pagado a otro.

Había reclamaciones sobre asuntos de bastantes años de antigüedad y aquel trabajo era variado y te relacionabas con muchos departamentos. También, conocías la banca de verdad, la profunda y a pie de obra. Los archivos antiguos no se guardaban en la calle de Alcalá, sino en unas naves enormes que teníamos en un polígono industrial de Leganés, uno de los sitios más feos que yo he visto en mi vida. Pues bien, allí íbamos José Juan y yo en su coche, muchas veces en invierno, lloviendo y con un frío que pelaba.

Entrábamos en aquella nave inmensa, con unas filas de baldas kilométricas de cuatro metros de altura y todas ellas repletas de carpetas y legajos con documentación dentro. Caminábamos por los pasillos y sentíamos moverse a las ratas, no huían, solo se retiraban un poco a nuestro paso.

Llegábamos por fin a un cuartucho que había al fondo, iluminado con un fluorescente moteado con cinco mil cadáveres de mosquito y, allí, nos encontrábamos a El Lute, no al ladrón que se hizo tan famoso por aquellos años, sino al responsable del archivo de Leganés. Estaba el tío rodeado de estufas y con dos abrigos puestos.

Allí nos daba las coordenadas mínimas para que no nos perdiéramos en aquella selva y nos dejaba para que nosotros solos nos subiéramos por aquellas escaleras de mano, todas medio cojas y nos peleáramos con las ratas que se alimentaban de los mordiscos que le daban a documentos y carpetas. Entre las ratas y las goteras no había documento sin dentelladas o manchas mil. Aun así, nosotros los fotocopiábamos con primor, dado que serían las pruebas veraces para solventar el pleito con el cliente.

Cuando terminábamos, muertos de frío, nos refugiábamos con El Lute en su cuartucho. Allí nos hacía una taza de café y nos dejaba ver el sancta sanctorum de su mansión. Léase, un armario cajonero, tirabas de uno de sus cajones y, cuando se abría, podías ver de canto, y perfectamente alineadas, cientos de revistas pornográficas que coleccionaba aquel bendito, a la

sazón, según me enteré más tarde, árbitro de baloncesto femenino. De alguna forma tenía que pasarse las horas muertas en aquel páramo de Leganés.

Aquellos viajes me permitieron ganarme también la amistad de José Juan, un tipo inclasificable, buena persona y amistoso como pocos. Vivía en una pensión por la calle Arenal y, a pesar de ser de Cuenca, eso sí como le dijeras lo de la ciudad del crimen te partía la cara, resultaba el más castizo de los madrileños.

Yo lo acompañaba a claquear, quiere decirse a aplaudir. Éramos aplaudidores contratados en las obras de teatro y variedades más granadas que se estrenaban en el centro de la capital. Nuestro sueldo no era dinero sino solo la entrada gratis, pero, ¡cómo nos lo pasábamos, además!

De vez en cuando, sobre todo si alguien daba algún cabezazo de aburrimiento, soltábamos un bravo y nos poníamos a aplaudir como unos posesos y, oiga, la gente se animaba y aplaudía también e, inclusive, a la salida comentaba lo buena que era la obra. Estuvimos varios años y nos vimos, por supuesto, toda la etapa del destape. Pero también obras serias y a humoristas de postín que se destaparon entonces como el gran Pedro Ruiz, el mejor humorista que yo he visto jamás.

Luego, José Juan me decía:

–Germán, vamos a ver si vemos a las actrices.

Y allá que nos íbamos nosotros a los camerinos. Con el tiempo nos cogían confianza y departían con nosotros y nos dejaban hacernos unas fotos con ellas que luego mostrábamos a los amigos como si fuéramos Alain Delon. Sí, la mayoría de edad empezaba a dar sus frutos, pensaba yo.

En la universidad empecé a apreciar el conocimiento. El mundo se me desplegaba entonces como un atlas y yo abría mis sentidos para respirarlo hasta el fondo. No eran asignaturas como las del colegio, que parecían instrumentales, aquí te explicaban el mundo, y cómo funcionaba: me embebía de la economía, de la sociología, del márketing, del derecho civil y mercantil, la única pena es que no pudiera tener más tiempo para ello, lo cual me producía no poca frustración.

Y, a pesar del ritmo de vida tan endiablado que llevaba, acometí cómo no, en cuanto cumplí los dieciocho, el examen del carnet de conducir. Y mi padre me prometió dejarme su "seiscientos" de segunda mano, qué alivio para evitarme aquellas innumerables estaciones de metro camino de la universidad.

Recuerdo que mi primer viaje fue a El Sauce Curvo, claro, con mi familia. No podía haber sido a ningún otro sitio. Estábamos en Madrid, pero éramos de Sace, de Sacecorbo, de nuestro querido Sauce Curvo. Y le dábamos el honor de lo que ello significaba: llevando allí a nuestro primer coche o a nuestra novia que, al hacerlo, se convertía en oficial.

Era un orgullo presumir de carnet y de coche, sobre todo allí, donde muchos no lo tenían y lo añoraban. Recorrer aquellas carreteras y aquellas calles, ya motorizado, suponía una

constatación de que ibas progresando en la vida.

Pero, aparte de este viaje familiar, mi primer viaje de juventud en coche, con esa sensación de que partías un trozo del mundo y lo hacías tuyo, metiéndolo en el interior del vehículo, yo lo compartí con Martuqui. Fuimos a Segovia.

Nos veíamos de tarde en tarde, pero los dos estábamos muy al tanto de la vida del otro. Sin lazos de obligatoriedad de estar juntos, compartíamos sin embargo la flor y nata de nuestros momentos especiales, como aquel.

Martuqui echaba hacia atrás su asiento cuando estábamos en lo alto de la sierra, estiraba las piernas y las subía sobre el salpicadero.

–Pero, Martuqui, que me van a quitar el carnet antes de tenerlo, ¡que solo tengo un papel provisional!

–Tú controla lo tuyo, que yo vigilo a los guardias. ¡Ah, estos aires de libertad! –exclamaba.

Cuánto me gustaba a mí la sensación de conducir con una chica a mi lado. Compartir la carretera era como compartir la vida. Martuqui se acercaba y me besaba en la oreja, en el oído, donde sabía que me daban escalofríos.

–Pero, Martuqui, deja, que nos la pegamos.

–¿Pegárnosla? Eso es imposible, con un chico tan juicioso como tú.

Disfrutábamos de aquellos momentos ambos, aunque yo, era una pena, cuánto me arrepiento ahora, no pensaba en Martuqui, sino en mi chica soñada, con la que viajaría a mi lado por todo el mundo. A veces no le ponía rostro a esa chica, pero, otras muchas veces, no podía evitar los ojos profundos y misteriosos de Rosa María.

Martuqui me lo notaba y me decía:

–Eh, concéntrate en lo que estamos. ¡No me seas poeta! –Me gritaba.

Llegábamos y yo la invitaba a Casa Duque a comer cochinillo, aunque ella siempre se pagaba lo suyo.

Cuánta paciencia derrochó conmigo Martuqui. Nunca le quité aquel cartel primero que, de forma inconsciente, le colgué de chica fácil, de chica calavera no adecuada para un proyecto serio a largo plazo; como yo, por otra parte, era su poeta esporádico. Tampoco ella nunca me lo pidió. Y fácil ella no lo era, solo que le gustaba estar conmigo, entonces no supe verlo, pero nos quedaron a los dos ese conjunto de clips que sujetaban unas postales hermosas, como la de aquel día, de las más bellas que yo he visto nunca.

Esto que me pasaba a mí con Martuqui yo creo que formaba parte de la cultura general de entonces. También les ocurría a las chicas, quizás de forma menos numerosa que a los chicos: se encaprichaban de algún hombre, pero luego lo pasaban por el tamiz de lo conveniente, de lo necesario, de lo juicioso y, si no pasaba el test, quedaría relegado al grupo de los pasatiempos que nunca podrían acceder a su amor de verdad.

En nuestro caso, en los chicos, esas ocasiones, esos pasatiempos, eran mucho más

numerosos, porque sentíamos que, a pesar de que una chica no estuviera en el grupo de elegidas a largo plazo, teníamos la imperiosa necesidad de acumular experiencia, digamos sexual, con la que sentirnos seguros para ocasiones venideras.

Aquella noche volvía a casa con Martuqui en el seiscientos de mi padre y yo no pensaba en absoluto en lo que acabo de escribir. Y ella yo creo que tampoco.

Teníamos dieciocho años y toda la vida por delante. Había sido un día magnífico de celebración de aquel carnet de conducir que en aquellos tiempos quería decir tanto.

Sí, el coche vivía los momentos más dorados de su historia. Recuerdo que, en todos los programas de concursos, como "Un, dos, tres, responda otra vez", que se preciaran era el premio por antonomasia.

El coche representaba el símbolo del progreso social por excelencia. La primera gran inversión que hacía alguien de aquellos pueblos de la España rural que había emigrado a una gran ciudad como Madrid era comprarse un coche, aunque fuera de segunda mano. Para poder luego viajar hasta su pueblo y enseñarlo a sus antiguos vecinos que todavía no habían emigrado o a otros emigrantes que llegaban a pasar los veranos como él.

–¿No decías que tu cuñado no podía llegar más allá de un Seat ochocientos cincuenta? Pues ahí lo tienes con ese Supermirafiori. ¡Al final te has quedado por debajo, Ramón, como siempre!

Y el tal Ramón no se lo podía creer, mientras miraba el cochazo de su cuñado.

–¡Bah, ya sabes que es un presumido! Seguro que no puede mantenerlo. Nosotros, a nuestro ritmo, poco a poco –le contestaba Ramón a su mujer, mientras mimaba a su Renault 8, lo más alto que había podido llegar.

El "dime qué coche tienes y te diré lo que vales" lo llevaban aquellos emigrantes, que solo pensaban en progresar desde que habían salido del pueblo, grabado a fuego en su mente cuando cada noche se iban a dormir envueltos en los sueños de ambición por los que vibraban en la gran ciudad.

Para los jóvenes, sobre todo para los chicos, las chicas conductoras eran todavía muy pocas, aunque crecientes, el coche significaba además un factor diferencial de primer orden. ¡Por fin tenían un lugar donde estar con su chica en la intimidad! Un lugar privado, discreto y, sobre todo, suyo.

Los que no tenían coche seguían condenados a aquellos cines de sesión continua, con aquellos asientos tan incómodos y aquella linterna del acomodador que aparecía en el momento más inoportuno. Y, sobre todo, a hacerlo todo en un silencio sepulcral y vergonzante que evidenciaba, todavía más, la falta de recursos de aquel amor tan precario.

Otra solución eran los bailes de pareja, como aquel que yo conocí de la mano de Martuqui. En Madrid estaban concentrados alrededor de la Plaza de Santo Domingo, sobre todo en la calle Leganitos. El problema era que, para garantizarte que los demás no te vieran era necesario que tú tampoco vieras un pijo, con lo cual aquello era como si estuvieras en la ONCE, a veces tenías que ir tanteando hasta encontrar tu bebida en la mesa, con el riesgo de tirarla o

coger una que no fuera tuya. Entre semana no estaban mal, tenías intimidad y podías tumbarte en aquellos sofás que era mejor no ver. Una vez al encender un cigarrillo descubrí los lamparones de los que nos habían precedido que nadie se había molestado en limpiar, en fin. Pero los fines de semana estaban abarrotados y, allí, en vez de encontrar intimidad la encontrabas en plural: intimidades. Era como escuchar ocho canciones de amor a la vez en los cuatro altavoces que te rodeaban.

Había otras soluciones más penosas todavía: portales, ascensores, esquinas, callejones, tumbados en los parques… Las parejas llegaban a lo evidente:

–Ay, Arturo, ¿y tú no podrías comprarte coche como mi primo? –le decía Luisi a su chico, limpiándose un zurullo de pájaro que le acababa de caer en el pelo, bajo aquel castaño del parque.

Así que el chico que tenía coche sabía que podía ofrecer a su chica un plus. Un sitio vip donde quererse.

Sí, aquel día, después de estar en Segovia comiendo, recalamos Martuqui y yo al anochecer en la Casa de Campo de Madrid. Había una esplanada boscosa en la que habría, no sé, doscientos coches, uno cada cuatro o cinco metros. Mientras hubo luz se veían las dos cabezas de la pareja acercarse, besarse, fumar, escuchar música… En un momento dado las cabezas empezaron a desaparecer, como si en una piscina todo el mundo hubiera decidido bucear y nadie estuviera sobre la superficie.

Martuqui y yo hicimos nuestros también aquellos dos metros cuadrados. No importaba el freno de mano ni las angosturas de aquellos asientos. Aquel reducido espacio era un trozo del mundo que era solo nuestro y podíamos hacer en él todo lo que acordáramos.

Y, a pesar de los límites de aquel pequeño espacio, y de los que nos poníamos nosotros, quedaba un mundo por descubrir en aquella otra mitad del universo de la que sabíamos tan poco. ¡Y era un placer experimentarlo!

–¡Jo! Esto del coche es jauja, Germán.

Martuqui siempre te subía la moral. Y muchas otras cosas más.

Luego, con el coche, podías llevar a tu chica a su casa, aparcar bajo su balcón y despedirte allí. A ellas les encantaba que sus amigas y vecinas las vieran con un chico que tenía coche, ese sitio vip donde quererse.

–¡Me lo he pasado genial, poeta! Nos llamamos, ¿vale? –Y la chica volcánica se despedía besándome en la boca.

Sí, había sido un día genial aquel de la celebración del carnet de conducir con Martuqui. Cuando iba para casa me di cuenta que todos los días que pasaba con Martuqui eran buenos. Quizás el secreto era que teníamos dieciocho años y toda la vida por delante. O que no había secretos y que debíamos seguir con aquella libertad, con aquel oleaje libertario que nos llevaría en algún momento a alguna orilla.

13. LLEGA LA TRANSICIÓN. NOSOTROS TAMBIÉN QUISIMOS SER REVOLUCIONARIOS

Yo creo que todos, o casi todos, los jóvenes, desde que el mundo es mundo, han pasado por una etapa de rebeldía. Al fin y al cabo, vienen a un mundo creado y administrado por otros, aunque les digan que es en su beneficio. Y, cuando ya son conscientes de sus fuerzas y derechos, léase en torno a los dieciocho años, tienen ansias por derribarlo todo. ¿Para hacer un mundo mejor? Desde luego, pero, sobre todo, un mundo donde no sean ajenos, sino protagonistas.

Es la fuerza de la renovación generacional y del progreso. La vida es una carrera de relevos como las competiciones atléticas del mismo nombre, y lo que quiere un joven es que el adulto deje de liderar la marcha y le pase el testigo a él. Como eso no ocurre tan pronto como ellos quisieran, viene la época de la rebeldía, de querer destruirlo todo. En ese empeño, entre otras cosas, ejercitarán los músculos y las pericias que les servirán para cuando, de verdad, les cedan el paso y tengan que construir su propio mundo y hacer realidad sus sueños.

A nosotros también nos llegó nuestra hora. Además, en unas circunstancias que yo calificaría de excepcionales. Franco agonizaba y había una efervescencia general por cerrar ya, cuanto antes mejor, una etapa y empezar otra, que poco menos que inauguraría el mundo: un paraíso de libertad, igualdad y fraternidad, el viejo lema de los revolucionarios franceses.

Un día de aquellos ocurrió el famoso atentado de la calle del Correo, justo al lado de la Puerta del Sol y de la mismísima Dirección General de la Seguridad, que luego, mucho más tarde, sería sede de la Comunidad de Madrid.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, los cuatro miembros de aquella pandilla de empleados de banca novatos que habíamos entrado juntos acordamos echar un vistazo por allí, al fin y al cabo nos quedaba a un centenar y medio de pasos desde la sede del Banco de Crédito Transatlántico, que tenía, y digo tenía, porque sufriría muchos cambios de ubicación a consecuencia de las innumerables fusiones que vinieron luego, en uno de los primeros números de la calle de Alcalá, como creo que ya he dicho.

Sí, aquella pandilla de jóvenes empleados de banca la formábamos cuatro tipos muy jóvenes, aunque de diferentes edades, que trabajábamos en distintos departamentos del Área Internacional –yo en el departamento del señor Bermúdez del que ya hablé–cuyo único pegamento era haber entrado juntos al banco tras aprobar cada uno de nosotros la oposición de ingreso, en mi caso, presentado por el primo de don Braulio y, en el de ellos, por otros familiares suyos.

Jacinto era el mayor del grupo, debía tener unos veintitrés, y era más de derechas que el escudo de la falange, aquel día precisamente estaba que echaba humo despotricando porque no entendía que no estuvieran ya los tanques en las calles.

El siguiente en edad, unos veinte, era Rolando, al que sus padres, unos comunistas históricos, le habían puesto este nombre que significa "nacido de la tierra". Rolando era de la ORT, un

sindicato más rojo que las amapolas, y aquel día era objeto de nuestras bromas y chanzas, la cafetería que habían volado los etarras en la calle del Correo se llamaba también Rolando.

Luego estaba Santi que tenía unos diecinueve y, a pesar de que era solo levemente gordito y de mediana estatura, en todo lo demás era clavado al mismísimo Sancho Panza, es decir, un tipo con los pies en el suelo, sentido común y tratando de llevarse siempre algo para la andorga.

Y por fin yo, que era el benjamín del grupo, al borde de los dieciocho, que no sabría muy bien cómo definirme en aquella época. Quizás solo un chico de pueblo que acababa de llegar a Madrid, muy curioso y cauto. En mi casa, a mi madre solo le preocupaba la micropolítica familiar, es decir, su marido y sus hijos y mi padre a lo único que tenía aversión era a otra guerra civil.

–Germán, lo único que le pido a Dios es que, cuando muera Franco, porque está claro que se va a morir en su cama, no volvamos a las andadas. Le peor que hay es una guerra civil, hijo. ¡Te lo digo yo que la sufrí de niño!

Sí, gracias a muchas personas como mi padre, se haría posteriormente la Transición. Todos estaban dispuestos a ceder en algo, con tal de no llegar nunca al horror de lo que habían conocido en la guerra.

Y era cierto que no había fuerza suficiente para derribar al dictador: la izquierda resistía como podía en la clandestinidad y la derecha democrática se organizaba y oponía una resistencia al régimen creciente pero muy débil frente a la fortaleza de este, izquierda y derecha temían los últimos estertores del franquismo.

Así que, con este escenario, y sacudidos por aquel terrible atentado al lado de nuestro centro de trabajo, salimos a la calle, pero apenas nos pudimos acercar, por un momento aquello nos pareció un paisaje de guerra, coches, camiones y grúas por doquier, y aquel edificio de la calle del Correo, por lo que podíamos entrever tras el cerco, estaba medio volado.

–¡La madre que los parió! –Exclamó Jacinto–. A estos los llevaba yo al paredón.

Rolando se tocaba la perilla.

–Estos métodos indiscriminados no son el camino –dijo pensativo– pero hay que tirar abajo este régimen dictatorial, eso está claro.

–Pues a ver si los de los extremos –miró Santi a Jacinto y a Rolando– os ponéis en plan inteligente. Digo yo, ¿no?

Yo me acordaba de mi padre, la de veces que me decía que los españoles no estábamos acostumbrados a resolver nuestros asuntos sino a estacazos como en el famoso cuadro de Goya. Y, encima, los cuatro estábamos en edad militar.

–¡Qué pena, chicos! –dije con tristeza.

Los tres me miraron. Aquella palabra: pena, junto con la preocupación, nos invadió de golpe.

Aquel atentado, del que nunca se detuvo a los culpables, se cree que inclusive pudieron ser amnistiados por la ley de 1977, causó trece muertos y medio centenar de heridos. Fue un

aldabonazo de que todo se podía ir por los aires. La izquierda se distanció de ETA y apostó por la vía del consenso y del diálogo, pero aquello no había hecho más que empezar.

Franco murió el 20 de noviembre del año siguiente, 1975. Yo tenía dieciocho años, ya para diecinueve. Hubo colas de decenas de miles de personas para ver el féretro, no todas ellas eran de sus ideas, solo apreciaban la paz y el orden tras los estragos de la guerra. En la gente común había preocupación, en los jóvenes y en los perdedores de la contienda, unas inmensas ganas de cambio.

El príncipe Juan Carlos se convirtió en rey y confirmó a Arias Navarro como presidente del Gobierno, pero Arias no era suficiente para contener, ni para canalizar, la marea del cambio que avanzaba por doquier y, medio año más tarde, el rey apostó por el joven Adolfo Suárez, un hombre del régimen, pero con la audacia suficiente para modificarlo desde dentro, con la ayuda de su mentor y protector Torcuato Álvarez Miranda, presidente de las Cortes. Estados Unidos y Europa apoyaban con ganas aquella transición pacífica hacia la democracia.

Los sindicatos y los movimientos estudiantiles empujaban para que el tren del cambio no se detuviera. En la Universidad Autónoma entramos en un periodo de huelgas sin fin, estuvimos meses sin clase y las manifestaciones, protestas y carreras, con los grises detrás, blandiendo la porra, se hicieron frecuentes. Los estudiantes del turno nocturno éramos menos activos en el campus, donde nos empleábamos a fondo era en el trabajo.

En el Banco de Crédito Transatlántico comenzó una huelga indefinida porque habían detenido a dos representantes sindicales. El primer día de huelga, otros activistas subieron por las plantas donde estábamos trabajando, en silencio, no se les permitía hablar, pero con un gran cartel:

–¿Los vamos a dejar tirados? –decía la pancarta.

Los jóvenes se iban levantando a su paso y se unían a los huelguistas. Cuando llegaron a mi departamento, Rolando y Santi ya iban en el grupo. Leandro, José Juan y yo nos miramos, nosotros no éramos muy políticos, simplemente éramos jóvenes, nos levantamos y nos fuimos con ellos. De las chicas, solo la única que estaba soltera y sin novio, Gema, se unió a aquella marea de juventud. Era una huelga indefinida y no todo el mundo podría aguantar los descuentos en la nómina a fin de mes. Cuando nos íbamos vi que el señor Bermúdez sacaba la lista e iba poniendo las cruces.

Aquel primer día solo fuimos a una iglesia, la de San Vicente Ferrer, al lado del Retiro, y nos organizaron para los siguientes. Yo no pensaba, solo me gustaba estar ahí, con la gente de mi generación. Leandro me dijo, cuando estábamos dentro de la Iglesia:

–Germán, ¿tú lo vas a decir en casa?

Eso ya lo tenía yo pensado.

–Mientras no tengan medio de enterarse, no.

–Igual que yo.

Aquella conspiración, clandestina de cara a nuestros padres, todavía nos unía más.

José Juan, que vivía en una pensión, no tenía problemas, claro.

–Si es que sois unos niños…

Aquella conversación nos la interrumpió un aviso por megafonía.

–Que viene la BBC, llega en media hora. ¡La BBC! ¡Vamos a cambiar el mundo, chicos!

Y nosotros nos mirábamos y nos sentíamos importantes. ¡La BBC era como la Biblia de los acontecimientos de impacto mundial!

Al día siguiente nos enteramos de verdad de qué iba aquello. El objetivo que nos habían dado era paralizar el patio de operaciones, bloquear el gran mostrador redondo que había abajo, en la oficina principal, de tal forma que no pudieran acceder los clientes a hacer sus operaciones con los empleados del banco que no hacían huelga.

Nos sentamos todos en el mostrador y conseguimos hacer de muro entre los clientes y los empleados.

De repente, entró un sindicalista y gritó:

–Viene la pasma, están ya en Cibeles. ¡Vamos a aguantar!

Otro se puso en el centro del patio.

–¡Vamos a proteger a las chicas!

El segundo día se habían unido muchas más chicas que el primero, inclusive había algunas embarazadas.

Las pusimos en el centro y nosotros las rodeamos en círculo. A mí, que estaba chocado y alucinado a más no poder, me recordó a las películas del Oeste, con los carros en círculo esperando la llegada de los indios.

Y los indios llegaron. Pero no con plumas y arcos obsoletos, sino con lo último en material antidisturbios. Imponían sus botas de caña alta, su casco con mampara de cristal antiimpactos y, sobre todo, su escudo en una mano y su porra en la otra. Me parecieron unos auténticos gladiadores.

Entraron en el patio de operaciones del banco y no se anduvieron por las ramas. Empezaron a sacudir estopa antes de hablar. Para que el tema no se les desmandara, el jefe, un tipo de casi dos metros y un vozarrón que amedrentaba, habló sin megáfono, no lo necesitaba:

–Desalojad el banco y todos nos ahorraremos problemas, si no tendremos que sacaros de aquí molidos –advirtió.

El sindicalista con más autoridad, un tío canijo, de pelo rizado y barba rala, alzó la voz. Se notaba que estaba curtido en estas lides.

–No nos desalojáis, que lo sepáis, nos vamos nosotros. Vosotros no sois nadie, unos mandados.

El policía ni se inmutó.

–Sí, sí, claro –dijo con sorna–. ¡Vamos! ¡Saliendo! ¡En fila de uno!

¡Qué íbamos a hacer!, ¿enfrentarnos a puñetazos con ellos?

La pasma nos hizo un pasillo y fuimos saliendo en dirección a la calle de Alcalá. En la puerta estaban varios policías.

–¡Dispersaos, cada uno para un sitio distinto! –Nos gritaban.

Nosotros salíamos paralizados, sin casi saber ni dónde estábamos ni qué teníamos qué hacer. Los polis de la puerta, a quien veían pasmado, para espabilarlo le sacudían un par de porrazos en la espalda.

-Tú, para allá, ¿es que no te enteras, atontado? –y si el huelguista no andaba rápido, le caían otros dos porrazos más.

Yo, viendo el percal, me propuse que no me tocaran. En cuanto llegué a su altura, salí disparado corriendo en dirección a la Carrera de San Jerónimo.

Corrí todo lo que pude. A la altura de las Cortes, ya sin resuello, me paré un momento y miré atrás. Casi me dio un síncope, un gris corría derecho hacia mí, estaba a unos diez pasos.

Me lancé calle abajo poniendo el alma en cada zancada, con los semáforos a mi favor crucé el Paseo del Prado y ya en la cuesta de los Jerónimos no podía más. Me paré dispuesto a rendirme y miré atrás protegiéndome la cabeza ante el inminente porrazo. Pero detrás de mí, no venía nadie. Sin saber qué hacer, me metí en la iglesia y me derrumbé en un banco. El chico de El Sauce Curvo no sabía ni dónde estaba. Ni qué iba a ser de su vida a partir de entonces.

Me puse de rodillas y recé para que saliera sano y salvo de todo aquel lío. No nos lo iban a poner fácil.

Estuve vagabundeando en dirección a mi casa, tenía mucho tiempo hasta las tres y media, hora a la que mis padres me esperaban para comer ya que aquel día no tenía universidad por vacaciones. Ellos no sabían nada del fregado en donde me había metido en el trabajo. Aparecí por casa como si tal cosa. Pero allí me aguardaban mi madre y mi padre con cara de funeral. Hasta Pepín se fue a nuestra habitación, dormíamos juntos, para desaparecer del escenario de la gresca.

Nada más verlos, supe que algo había pasado. Mi padre me adelantó el telegrama: Eran dos líneas nada más: "Queda usted suspendido de empleo y sueldo. Prohibido entrar en el centro de trabajo hasta nuevo aviso".

–¿Qué es esto? –me preguntó, más que serio, fúnebre, mi padre.

Yo guardé silencio. Sabía que mi madre no tardaría en entrar con la artillería pesada. Y así fue.

–Eso, ¡qué es esto! ¡Para eso nos vinimos nosotros del pueblo, con todos los sacrificios que hemos estado haciendo por ti! ¿Eh?

Se me quedó mirando, con sus ojos al borde de las lágrimas, yo no podía ver sufrir a mi madre, ella ante mi falta de respuesta continuó:

–¿Para tirarlo todo por la borda? ¡Y qué le digo yo a don Braulio, cuando se entere! Dinos algo. ¡Dinos que es mentira!

Y por ese camino opté yo. Otra contradicción, otra mentira más en mi vida. Aquella ciudad, aquel tiempo me estaban ganando. Por un momento me acordé, como mi madre, de El Sauce Curvo, todo era más fácil allí. Ya no sabía yo ni quién era, ni a dónde iba.

–A ver, no os preocupéis –les pedí–. Se lo están mandando a todo el mundo. Bueno, a casi todo, quiero decir a los jóvenes. Es para protegernos, para que no aparezcamos por allí. Solo pierdo el dinero.

Mi madre me dijo:

–Germán, por lo que más quieras, no pierdas este trabajo.

–Descuida, mamá, sé lo que me hago –le dije a mi madre, como si efectivamente lo supiera.

Tragué saliva:

–No os preocupéis. Esto se acabará en breve –les solté como si yo fuera el hombre del tiempo hablando sobre la última borrasca.

Me fui al baño a lavarme la cara. Me ardía.

Por la tarde acudí a la iglesia de San Vicente Ferrer, donde habíamos quedado. Allí, nada más entrar, me tuve que unir a los cánticos.

–¡No nos moveremos! ¡No nos rajarán! ¡Viva la unión de los trabajadores! ¡Viva la libertad!

Y aquella palabra de "libertad", era como una mecha que incendiaba la pólvora de toda la juventud que llevábamos dentro aquellos chavales que contábamos entonces entre diecisiete y veinticinco años y que éramos, efectivamente, los más libres de toda la plantilla, no teníamos ni mujer ni hijos, solo teníamos que lidiar, quiero decir mentir en mi caso, a nuestros padres. ¡Era nuestro tiempo! ¡Sí, nuestro tiempo había llegado por fin! ¡Íbamos a cambiar el mundo! ¡Nosotros éramos los únicos que podíamos hacerlo!

Y una fuerza vigorosa me recorría la espalda, por dentro de la espina dorsal. Yo no quería hacer sufrir a mis padres, pero tampoco quería, ni podía, abandonar a aquellos grupos de jóvenes compañeros que luchábamos a pecho descubierto contra los opresores.

Ellos no querían que fuéramos a los centros de trabajo para paralizarlos, ¡pues los pararíamos sin ir!

Se me acercó el sindicalista del pelo rizado y la barba rala de mi banco, Matías, al que apodaban "Carpanta" por las muchas huelgas de hambre que había realizado, venía acompañado de mi amigo de la ORT, Rolando.

–Germán, tú tienes cara de bueno, nadie sospechará de ti. ¿Estás dispuesto a ayudarnos? Si me dices que sí no habrá marcha atrás.

Rolando, como buen amigo, me lo explicó antes.

–Se trata de ir a la Cámara de Compensación, que está al lado de la Gran Vía, en la plaza de Vázquez de Mella. A la primera sesión, a las diez de la mañana. Suelen ir dos personas por banco. Como sabes, allí se "compensan" los cheques a favor y en contra entre todos ellos. Los dos representantes de cada banco se sientan en su mesa y con la sumadora que hay en ella

suman los talones y llegan al saldo neto de cada banco con el resto del sistema.

Yo lo escuchaba, me temblaban las piernas, pero no quería echarme atrás. Rolando continuó.

–Tenemos a alguien dentro. Abrirá las puertas a las diez menos cuarto. Todo será muy rápido. Iremos dos personas por banco, tú y yo por el nuestro, otros dos por cada uno de los demás. Entraremos en la gran sala. Iremos cada pareja a nuestra mesa y quitaremos el cable a la sumadora eléctrica, nos lo meteremos en el bolsillo y nada más. Saldremos todos de allí, antes de que lleguen los verdaderos "compensadores".

Me puse en plan práctico.

–¿Y qué ganamos con esto, Rolando? Volverán al poco con otros cables y ya está.

A Rolando y a Matías, el "Carpanta", les brillaban los ojos.

–Jurídicamente es imposible. Si no se consigue cerrar la primera sesión de la Cámara hay que anularla. Y eso quiere decir que el día estará anulado en términos financieros, no devengará intereses, como si no hubiera existido en el calendario, ¿me entiendes? Habremos paralizado el sistema financiero en su conjunto.

Lo entendí. En mi interior luchaban a partes iguales mis ganas por hacer algo importante para mi país, solo había hecho que estudiar y ser el más responsable de todos hasta entonces pero, por otra, me dolía hacer sufrir a mis padres si nos descubrían.

Matías, El Carpanta, que debía conocernos bien, supo cómo inclinar la balanza.

–Germán, tú no figuras en ningún sitio. Si pasa algo yo asumiré el tema. Como no puede ser de otro modo. Pero yo no puedo ir a la Cámara, a mí ya me conoce todo el mundo.

Me extendió la mano para el trato. Lo miré a los ojos. Yo no era sindicalista, ni político, pero le creí. Yo iba a hacer algo importante por mi ciudad, por Madrid, la capital de España, que debía liderar el cambio democrático en nuestro país.

A la mañana siguiente salió todo como estaba previsto. Bueno, casi todo. Entramos y nos llevamos todos los cables de las sumadoras, unos cincuenta calculo, y los metimos en dos bolsas grandes de El Corte Inglés. Bajamos con toda la tranquilidad del mundo por la Gran Vía hasta la Plaza de España, distribuidos entre pequeños grupos. Un poco antes de llegar nos enteramos por un transistor que llevaba Rolando que habíamos conseguido nuestros objetivos: se había anulado la Cámara de Compensación.

Yo iba delante con el grupo que llevaba las dos bolsas con los cables. Llegamos al monumento a Cervantes y allí estuvo a punto de pifiarse todo. Alguien había llamado a la prensa, estaban unos cuantos periodistas con la cámara en la mano.

Antes de que empezaran a disparar con sus "clics", se adelantó Carpanta: les habló con toda la claridad del mundo.

–Aquí no se saca una cara de estos chavales que lo han dado todo.

Puso las dos bolsas con los cables en el suelo y les indicó.

–Fotografiad solo los cables. Ya tenéis material para vuestros periódicos.

Al día siguiente, las dos bolsas llenas de cables fueron portada en casi todos los periódicos de España. La huelga en el sector de la banca había conseguido doblegar al todopoderoso sector financiero. En una foto en el ABC, rodeando las dos bolsas de El Corte Inglés, se veían algunos zapatos de algunos de nosotros. Entre ellos, la puntera de uno de los míos.

Mi padre recibía todos los días el ABC en el economato. Cuando llegué a comer sentí que me miraba de una forma extraña. Solo me dijo:

–Germán, espero que sepas lo que estás haciendo. No demos ningún disgusto a tu madre, ¿estamos?

Nunca supe si me había descubierto. No dijo una palabra más.

–Descuida, papá, sé lo que me hago.

Aquella misma tarde detuvieron a El Carpanta y a otros líderes sindicales. Aquella victoria en la Cámara de Compensación no les iba a salir gratis.

Me llamó Rolando.

–Germán, tenemos que luchar por Carpanta.

Se iba a organizar un encierro y posterior huelga de hambre en una iglesia de Moratalaz. Era el líder sindical por excelencia en nuestro banco. Estábamos dispuestos a ir todos los jóvenes, más de doscientos.

Se lo dije a mis padres, que iba a participar. Aquello no iba contra el banco, sino contra el régimen. Mi madre, cuando le dije que asistirían todos mis amigos del trabajo: José Juan, Leandro, Santi y Rolando, me miró más tranquila aunque no pudo evitar pronunciar.

–Germán, lleva cuidado, yo ya no entiendo nada de lo que está pasando, pero no quiero perder a mi familia, que es lo único que tengo, después de todo lo que hemos pasado.

Me acerqué y le di un fuerte abrazo.

–Eso no va a pasar, mamá.

Nuestros padres a lo que temían de verdad era a una vuelta a la guerra civil, que les había marcado tanto.

También me llamó Martuqui.

–Lo he oído por la radio. Mi banquero, lleva cuidado.

Tere, mi hermana del alma, me abrazó muy fuerte aquella noche cuando me iba a dormir a la iglesia. Cuando se separó, me dijo:

–Te he metido unas chocolatinas en el bolsillo. ¡Con eso no rompes la huelga de hambre!

A la segunda noche me comí las chocolatinas. La gente del barrio, que estaba con nosotros, se acercaba y, por las ventanas, ya de madrugada y con las calles desiertas, nos metía comida a través de las rejas. No nos moríamos de hambre aunque una buena dieta sí que hacíamos.

Una noche vino a verme Martuqui. Me avisaron en qué ventana estaba y fui a hablar con ella a través de las rejas.

Me trajo un termo lleno de cubata de ron y un buen bocadillo de jamón. Con Martuqui

siempre había buen rollo, un colegueo iniciático como el primer día que nos conocimos en el guateque. Cuando me terminé el bocadillo, se acercó a la ventana y se abrió la blusa. Me cogió la mano y se la llevó al pecho.

–¡Pero, qué haces, Martuqui! –Le dije.

–Lo he visto en las películas de cárceles,¿vosotros estáis encerrados, ¿no?

Me entró una risa incontenible. Y más que nos reímos los dos luego, cuando intentábamos besarnos en la boca a través de las rejas de la iglesia.

Tere también venía a verme, me daba noticias de casa. Y yo le daba notas escritas a mano para mi madre. Conservo una de aquellas en mi maleta.

–"Mamá, tengo en cuenta todo lo que me dices. ¡Estoy tan orgulloso de ti! ¡Te debo tanto que no haría ninguna tontería por nada del mundo! En nada nos vemos, ya lo verás. ¡Te quiero!".

El que también vino una noche, la quinta, fue alguien que nadie de nosotros nos esperábamos: Jacinto, nuestro compañero de extrema derecha que admiraba a Franco.

Nos trajo cinco bolsas de frutos secos y una buena bota de vino.

Nos dijo, a través de la ventana:

–Una cosa son las ideas políticas y otra la amistad y el compañerismo.

A Rolando, el sindicalista de la ORT, se le saltaban las lágrimas.

–Nunca olvidaré este gesto, Jacinto.

Pasados unos meses se legalizó el Partido Comunista y, con el tiempo, Manuel Fraga, líder de la derecha española procedente del franquismo y Santiago Carrillo, líder del PCE en el exilio, dieron conferencias juntos y fueron un ejemplo de civismo.

Sí, de vez en cuando, uno se llenaba de optimismo. A aquel espíritu cívico de llegar a acuerdos con rivales acérrimos, anteriormente feroces enemigos, en pro de los intereses del estado se le llamó consenso. Y fue una de las claves de bóveda de la transición española. Alabada y laureada en todos los países del mundo en aquella época aunque, como todo lo humano, no fuera una obra perfecta.

Fruto de este espíritu fueron los llamados "Pactos de la Moncloa", un acuerdo suscrito por los principales partidos políticos, asociaciones empresariales y sindicatos con el fin de estabilizar el proceso democrático y hacer las reformas económicas necesarias para atajar una inflación desbocada que superaba el 25 por ciento. Se firmaron el 15 de octubre de 1977 y supusieron un compromiso de todos los actores políticos y sociales para sacar adelante el país. Sí, aquella generación de nuestros padres puso toda la carne en el asador para no volver a las andadas nunca más. Nunca se lo agradeceremos bastante.

A los pocos días, se resolvió la huelga de hambre en las iglesias. Y nos reintegramos todos a nuestros trabajos. Pusieron en libertad a los líderes sindicales, pero en la patronal se negaron en redondo a devolvernos los descuentos efectuados en nuestras nóminas por aquellas semanas de huelga. Fue un buen pellizco, nos deducían la prorrata de vacaciones, pagas extra y

seguridad social, yo desconocía que pudiera ganar tanto dinero cada día.

Con la ley de amnistía de 1977, se borraron de nuestros expedientes aquellas huelgas y sus efectos disciplinarios y yo volví a centrarme en mi profesión y en mis estudios, como siempre había hecho. Hoy me alegro sobremanera de haber colaborado, junto con los chicas y chicos de mi generación, empujando el tren de la Transición por aquellas vías por las que circulaba la ilusión de todo un país, que buscaba un nuevo impulso para superar su historia reciente y consolidarse entre el grupo privilegiado de las más importantes democracias del mundo.

Y me complace rendir homenaje a la gente como Jacinto y Rolando, con ideas en las antípodas, que supieron alcanzar ese consenso básico de respeto y acuerdo para que ese tren no descarrilara. No dejo de preguntarme si hoy, medio siglo más tarde, no deberíamos aprender de ellos.

14. LOS VIENTOS DEL CAMBIO

Sí, la Transición llevaba a nuestro país de una estación a otra. Como su nombre indica, la Transición era un periodo transitorio para adaptarnos a una nueva situación política, pero también social y de costumbres morales. La nueva estación a la que pretendíamos llegar se caracterizaba por una mayor libertad frente a la anterior, dominada por la rigidez y la imposición.

La libertad sentimental, con la nueva ley del divorcio, la liberación de la mujer, con su progresiva emancipación de las tareas domésticas e incorporación al mundo laboral, la libertad sexual y de costumbres con la etapa del destape, el público debate de ideas políticas, libertad de prensa y de crítica, la libertad religiosa, de pensamiento y creencias nos afectaban, no solo al país en general, sino a cada uno de nosotros en particular, que veníamos con la cabeza amueblada con unos enseres fijos en ella desde siempre.

Y qué decir de nosotros, que dejábamos la adolescencia y entrábamos en nuestra primera juventud y teníamos que lidiar con todas las contradicciones que nos dictaban esos cambios, a los que se añadía nuestra inmadurez y falta de experiencia. Si todo el mundo estaba desorientado, aunque expectante, con el cambio, nosotros estábamos subidos en un tiovivo monumental, que no sabíamos cómo conducirlo y, mucho menos, cómo bajarnos de él.

Un día de aquellos me llamó Moncho, el organizador de aquellos guateques nuestros. De vez en cuando, salía con él y con mis primos Ricardo y Javierito y nos íbamos de discotecas.

Se mostraba muy nervioso y preocupado.

–Oye, Germán, si te llama Lucía –Lucía era una chica que habíamos conocido en Caravell hacía algo más de un mes– no le digas ni por asomo dónde vivo, ¿eh?, ni por asomo.

Continuó, cada vez más nervioso.

–Dile que no sabes nada de mí, ¿eh? Nada, lo que se dice, nada.

–¿Pasa algo, Moncho?

Por fin me dijo aquello que le abrasaba por dentro.

–Me ha llamado la muy… y me ha dicho que espera un niño mío. Y yo apenas la conozco, con cuántos habrá estado, ¿eh?, con cuántos…

A mí Lucía nunca me llamó, me hubiera sentido mal pasando de ella, la verdad. Al parecer fue solo un retraso. Respiré hondo al saberlo. Moncho y ella siguieron saliendo un tiempo, aunque al final lo dejaron.

Teníamos los preservativos, cierto. Pero, aquello funcionaba como funcionaba. Muchas veces los comprábamos en el Rastro, con control de calidad cero, y los llevábamos meses en la cartera antes de usarlos. Conocimos a un chico que iba a Hamilton, una disco en Argüelles que también frecuentábamos nosotros. Se acodaba en la barra y se tomaba un cubata tras otro, era joven, no

sé, veintipocos, pero mostraba una cara triste y envejecida que impresionaba. Además, estaba solo alrededor de una hora y luego se largaba a toda prisa.

Acabamos intimando con él y nos contó su historia.

–Llevad cuidado con los condones. A mí se me rompió uno y aquí me veis, me tuve que casar a toda prisa, colgar la carrera y ponerme a trabajar de gasolinero. Odio ser gasolinero. Me escapo cuando me lo permite mi compañero y me vengo aquí, a tomarme un cubata, ver el panorama y sentirme joven. Nada más que eso.

A mí me daba una pena enorme aquel chaval al que llamaban Pedrito. Seguro que su mujer también maldecía a aquel preservativo que les había hundido la vida.

La píldora anticonceptiva femenina se despenalizó a finales de 1978, yo iba ya para veintidós años y su uso tardaría varios años en generalizarse. Así que en nuestra juventud no tuvo apenas papel.

Por ello, yo era extremadamente cauto en mis relaciones. No me gustaba nada terminar como Pedrito. Y tampoco andar como Moncho, sintiéndome un delincuente y abandonando a niños inocentes por ahí.

Martuqui me enseñó el camino en la discoteca de parejas La Noche Lunar.

–Eso, no. Hasta ahí, todo.

Y a base de apaños iba uno lidiando con la naturaleza, con los sentimientos y con las consecuencias de estos.

Descubrí, además, que las chicas estaban encantadas con ese viejo sistema. Una vez que se encontraban seguras se daban de una forma que te estremecía. Y colaboraban para que ambos miembros de la pareja quedaran razonablemente satisfechos. Hombre, no era lo mismo que las relaciones que se decían antiguamente completas, podía argumentar algún macho ibérico, pero en esta vida yo iba aprendiendo que lo importante era ir adaptándose a las circunstancias y, como me decía mi compañero del banco, Santi, que cada día se parecía más a Sancho Panza, en el sentido común, digo:

–Déjate de machos ibéricos, Germán, eso solo lleva a la escasez, y recuerda que lo perfecto es enemigo de lo bueno.

El tío ligaba una detrás de otra.

Había, además, algunos traumas añadidos, como por ejemplo el de la virginidad. La virginidad partía de algo bonito, romántico: "me reservo para ti, el amor de mi vida". Y, aunque solo se hablaba de la virginidad femenina, la única en teoría comprobable, no era raro entonces, ni mucho menos, que ambos, chico y chica, fueran vírgenes al matrimonio.

El otro día Clara y yo vimos un programa en televisión. Entrevistaban a ancianos que vivían en las residencias. Hablaban de esto:

–Yo solo he estado con este. Me ha hecho siete hijos –decía, orgullosa, una señora de unos

ochenta.

–Yo solo me he acostado con una en mi vida, mi pobre Mercedes, que me dejó hace seis meses –decía, con lágrimas en los ojos, un señor todavía joven.

Muchos hombres, cuando hablaban con otros, sobre todo en el bar, no lo reconocían, los hombres siempre han sido de presumir en este tema. Pero eran tan románticos como las mujeres. Se vivía el primer amor con la intención de que fuera el último. Ese era el intríngulis. "Apuesto por ti, desde que nos fijamos el uno en el otro". O el famoso "contigo pan y cebolla hasta la muerte".

Desconocían cómo era el otro en la cama, pero tampoco sabían apenas nada de otros muchos temas de su amado/amada. Solo había una intuición. Era un amor a pecho descubierto. Hasta el fin del mundo y más allá. Era un amor todo compromiso. "¿Tú me quieres, no?, pues con eso es suficiente". "Yo a ti te quiero de igual forma, que venga lo que Dios quiera, nada podrá con nuestro amor, con nuestro compromiso".

Pero, ¿qué pasaba cuando ese primer amor se torcía? A lo mejor una mujer se entregaba a un hombre, pensando que aquel era ese amor último y definitivo y luego no era así. Ya no podría entonces regalar esa virginidad a nadie más. Y entonces ese segundo amor, si llegaba a tenerlo, a veces quedaba soltera para siempre, podría ser considerado "un amor de segundas", de menor valor.

Por ello, las mujeres, en general, no se entregaban a las primeras de cambio, vamos, ni a las últimas, sin pasar por el altar. Y si ocurría un tropiezo se vivía como un auténtico trauma.

Así que las relaciones sexuales entre jóvenes como nosotros, si uníamos el miedo a los embarazos y el miedo a perder la virginidad, eran un auténtico rompecabezas. En las chicas predominaban estos miedos, los chicos nos veíamos presionados por adquirir experiencia, "a ver si llegado el punto no vas a saber lo que hay que hacer", te decían los mayores. ¿Y cómo coger experiencia en estas circunstancias? Solo había dos formas y ambas muy tristes:

La primera, eran los burdeles. Aquello era algo mecánico, mercantil e insatisfactorio. Amén de una fuente de contagios de primer nivel.

La segunda, era salir con una chica que no te gustaba, tú le hacías pensar que sí y ella se daba cada vez un poco más y tú ibas cogiendo experiencia con ella. No es que el hombre fuera un taimado, es que el sistema funcionaba así de mal, cuando no se apostaba porque el primer amor fuera el último o cuando esto último fracasaba.

Así que, entre los chicos, como creo que ya he dicho, había "chicas y chicas". Es decir, chicas para pasar el rato y coger experiencia y chicas para enamorarse, con las que se soñaba a diario, con aquellas con las que se viviría un amor romántico para toda la vida.

Las chicas se defendían e iban con el freno de mano echado y también cogían experiencia, aunque de forma más sibilina: tonteaban con unos y con otros, daban esperanzas a unos y a otros, hacían creer lo que no era sin llegar nunca a nada, mientras valoraban cuál de sus varios

pretendientes era la mejor opción, para ese amor también romántico y también para toda la vida.

Es decir, vivíamos ambos sexos persiguiendo un ideal, y eso era lo más bonito que había entonces. El riesgo, que es consustancial al amor, era y es, me temo que hoy todavía mayor, la falta de transparencia entre ambos amantes, es decir que el placer de uno de ellos se asiente sobre el dolor del otro.

Todo ello lo vivíamos los chavales de entonces, de la época de la Transición, llenos de una gran ilusión, y de profundos temores, a partes iguales.

Yo sobrevivía a aquel mundo esquizofrénico y cambiante totalmente colgado de mi amor romántico y platónico por Rosa María. Cuando todo se me venía abajo, cuando todo mi mundo se me caía en pedazos, me quedaba colgado de aquella última brocha, entonces le escribía cartas apasionadas que no le mandaba o me atrevía a remitirle alguna sosa e insustancial que ella no me contestaba. Pero a mí me daba igual. Yo había apostado por ella y mi intuición me decía que siguiera haciéndolo. Y eso era todo.

El resto de chicas que me rodeaban eran "otras chicas". Yo ni las veía siquiera. Y, si alguna vez las miraba, no vería nunca en ellas lo que realmente eran, sino algo subsidiario y subordinado a aquel amor ideal que me llenó, como ninguna otra cosa, en aquellos años. Sin yo saberlo entonces, aquel amor mío por Rosa María fue mi gran evasión de aquella cárcel de trabajo, estudio y sufriente adaptación a Madrid a la que tuve que hacer frente en aquellos duros años. Amén de asimilar todos los cambios políticos, sociales, culturales y religiosos que se producían sin cesar y que afectaban a la mente cuadriculada de un chico de pueblo + internado religioso, como era yo.

Tampoco podía darles a aquellas chicas que se cruzaban en mi vida ninguna continuidad. Aquellas jornadas de dieciséis horas trabajando y estudiando, con los fines de semana ordenando apuntes y preparando exámenes, no me permitían apenas ninguna otra cosa más. Eran atracciones momentáneas que surgían en la discoteca, rollos pasajeros por ambas partes, amistades y tonteos provisionales.

Y luego estaba Martuqui, que siempre estaba, que siempre aparecía, mejor dicho, como el Guadiana.

–Soy tu Guadiana –me decía–. ¿Quedamos?

Sí, ahora pienso en Martuqui y me doy cuenta que siempre aparecía en los momentos claves de mi vida: cuando me examinaba para las oposiciones del banco, cuando estrenamos mi primer viaje en coche, cuando la huelga de hambre en aquella iglesia de Moratalaz… siempre aparecía Martuqui.

Uno de aquellos días yo andaba tocado porque había escrito a Rosa María y no me había contestado, como siempre. Y tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir apostando por aquel

amor, claro.

–Mi banquero, he acabado un curso de cocina. Te invito a cenar esta noche –me dijo cuando me llamó.

Me alegré sobremanera, claro.

–Pero, Martuqui, eres una caja de sorpresas… ¿Vas a invitar también a tus compañeras de piso?

–Ni hablar, que hace mucho que no estoy contigo. Están de vacaciones…

Sí, me di cuenta que ya era verano, una estación infausta para mí, porque todo el mundo se iba de vacaciones, menos yo, a mí me tocaba en noviembre…

Se había cambiado de piso, este estaba por el barrio del Niño Jesús, cerca del Retiro. Quedamos a tomar una cerveza en el parque al anochecer, en una terraza junto al estanque.

Aquella tarde iba guapísima. Martuqui no tenía una belleza, digamos clásica, era una chica resultona, su belleza era la alegría que derrochaba.

Me quedé un momento mirando el espejo del estanque con la puesta de sol en él.

Se quedó seria. Fue solo un momento.

–¿En qué piensas? –me dijo–. En algún amor romántico, imposible, de los que te hacen sufrir…

Me sorprendió su inteligencia. Pero me escondí detrás de las palabras, que eso se me daba muy bien, la literatura ya asomaba su capote tras mis múltiples burladeros.

–Eso significa que la que lo tiene eres tú…

Se quedó un momento mirándome. Por un instante pensé que iba a decirme algo íntimo, importante. Luego desvió su mirada al estanque y, sin mirarme, exclamó, revistiéndose de nuevo de aquella alegría que tenía.

–Mi gran amor de ahora es la cocina –y se empezó a partir de la risa–. ¡Vamos!

Estuvimos preparando la mesa, atendiendo los fogones y jugando a las parejas, besándonos y abrazándonos, como dos recién casados.

En la mesa no paramos de charlar. Martuqui hablaba siempre por los codos. No es que ella dominara la conversación y no te dejara hablar, sino que sacaba temas continuamente. Era imposible aburrirse con ella.

Cuando terminábamos el café, le dije:

–Joer, Martuqui, contigo le estoy perdiendo miedo al matrimonio… ¡Qué bien lo he pasado!

Ella me vaciló como sabía hacerlo.

–Ay, Germán, Germán… ¡Si es que no te fijas en mí! ¡No sabes lo que te pierdes!

Utilizaba siempre ese flirteo ligero conmigo.

–Pues mira que estoy por quedarme y terminar en la cama contigo, como unos recién

casados.

Ella se quedó sorprendida por un momento.

–¡Me parece una idea estupenda! –acabó diciendo, con un brillo especial en sus ojos.

Pensé que iba a ser como las otras veces. Un "todo, menos eso". Me levanté y la cogí entre mis brazos.

–Un momento –me dijo.

Se fue a su habitación. La vi por la rendija de la puerta entornada cómo sacaba una maleta de debajo de su cama, la abría y desdoblaba un camisón blanco que estaba impecable. Cerró la puerta y, al poco, apareció en el salón con él puesto. Parecía una novia que me miraba con unos ojos fijos y brillantes. Ahora no se reía y permanecía seria y trascendente.

Me alargó su mano y me dijo:

–Vamos, Germán.

Yo hubiera preferido que me llamara con uno de sus apelativos habituales, como "mi banquero", o "mi chico de El Sauce". Me empezaba a sentir nervioso. Aquella trascendencia de lo que íbamos a hacer me empezaba a pasar factura.

Me echó los brazos por el cuello. Yo le susurré:

–Tengo un preservativo.

–Ah, muy bien. Pues lo ponemos. Yo pongo, además, mis días infértiles.

Nos metimos en la cama. Nos abrazamos, nos besamos. Yo me encontraba descentrado. Martuqui me gustaba, pero yo no estaba allí, en ese momento.

–No sé lo que me pasa, Martuqui…

Ella me miró. Por fin esbozó una sonrisa y fue otra vez la de siempre.

–Ah, mi banquero, mi banquero… Pues bésame un rato, hasta que nos durmamos…

A media noche me desperté con ella entre mis brazos. Sentí la pasión inmensa de notarla desnuda a mi lado, de querer hacerla mía.

–Mi Martuqui, mi chica volcánica…

Y nos amamos los dos de la forma intuitiva con que se hace la primera vez.

Sí, el tiempo pasaba también por nuestros cuerpos y nuestras cabezas. Martuqui fue mi compañera en aquellos momentos especiales que jalonaron mi devenir durante aquellos años. También yo lo fui para ella. Se había atrevido a hacer aquello que la maniataba, y con quién mejor que con un chico de su tierra, de confianza.

Sí, con Martuqui hice las cosas más importantes de aquella edad que corría por nuestras venas. Tenía la cualidad de que parecieran normales. Y resultaran, sin embargo, hermosas.

A la mañana siguiente Martuqui empezaba sus vacaciones. Se iba con una amiga en un viaje organizado a París. Salía también por primera vez de España.

–¡Cuánto me alegro que me hayas llamado! –le dije–. ¡Nunca lo olvidaré!

–¡No me digas esas cosas, que me quedo!

–¡Tendré yo que ir también a París pronto! ¡A ver si vas a ser más lanzada que yo!

–Yo no soy lanzada, soy de Cogolludo.

–Y yo de El Sauce.

Me acarició con su mano la barbilla. Y luego me dio un beso en los labios.

–Cuídate, mi poeta de El Sauce, ¿vale?

–Y tú, también.

Casi sin dormir y sin pasar por casa, todos estaban de vacaciones en el pueblo, fui al banco a trabajar. Llegué un poco tarde.

Allí había revuelo, yo no sabía qué pasaba, pero algo ocurría. El señor Bermúdez estaba rojo como un tomate y eso que nadie hablaba con él. Y las chicas cuchicheaban unas con otras.

Por fin le hice una seña a José Juan y nos fuimos al archivo.

–Nada, que Leandro tuvo que ir al hospital anoche. Estaba con una chica y tuvo un desgarro ahí –me señaló entre las piernas–, no veas la cantidad de sangre que tenemos metida en esos momentos. Le han operado de fimosis, vendrá mañana.

Sí, el tiempo pasaba por todos nosotros, y nos iba cambiando, nos iba moldeando con su cincel de destino y vida. Nos hacíamos adultos, aunque a veces no quisiéramos reconocerlo, era más fácil, y más divertido, seguir siendo niños.

Leandro vino al día siguiente.

–Esto no es nada, según me han dicho. Mucho más cómodo para las siguientes relaciones. Lo único es que no debo tener erecciones estos días, hasta que me quiten los puntos.

En cuanto José Juan y yo lo escuchamos, nos fuimos a ver a El Lute, el responsable del archivo de Leganés, que guardaba revistas porno también en su mesa de Madrid.

Y le enseñábamos las fotos a Leandro, para mortificarlo.

–Arderéis en la pira del infierno –nos decía.

Y en este plan.

15. HACIÉNDONOS ADULTOS

Hoy voy animoso a mi despacho. Voy a escribir sobre el tiempo del silencio. Aquel en el que vamos poniendo ladrillos, uno a uno, y día tras día, en el muro que sostendrá el edificio de lo que un día seremos. Días de trabajo silencioso, constante y esforzado, de estudio sacrificado y tenaz, de tiempo de ocio fructífero y enriquecedor. Sí, aquellos días en los que nos hacíamos adultos, plenos de esfuerzo, de sudor y de constancia.

Abro el ordenador y, mientras se configura, oigo cómo suena el teléfono en la cocina y lo descuelga mi mujer, Clara. Ella baja la voz, como siempre, y yo soy incapaz de oír nada. Cuando alguna vez le pregunto: "¿quién ha llamado?", ella siempre contesta: "el doctor Parrondo". Pero yo creo que a veces no es él.

Sé también que el que llama no quiere hablar conmigo. El otro día que Clara estaba en el baño duchándose, el ruido del agua no le debió permitir oír el teléfono, entonces fui yo a la cocina y descolgué. "¿Dígame?". Pero nadie dijo nada, me pareció oír una respiración contenida al otro lado de la línea, pero a lo mejor fueron imaginaciones mías.

Tampoco entendía por qué el que llamaba no lo hacía directamente al móvil de Clara. Pero ahora ya lo entiendo. A veces, después de la llamada, Clara sale de casa y me dice que se va a comprar nuevos medicamentos que le receta el doctor Parrondo. Si fuera una llamada o un mensaje por el móvil, yo podría interesarme por él, pedirle que me lo enseñara. Y yo sabría quién llama. Por eso lo hacen así.

Mi mujer y yo tenemos un amor como los de antes, como el que describía ayer, romántico y para toda la vida, y aún más allá, añadiría yo. Así que yo creo que mi mujer no me engaña, con otro, quiero decir. Tal vez me protege, evita que yo sufra, eso creo.

Pero sé que un día, cuando yo ya sea como un mueble inservible, como un reloj averiado que nunca da la hora, ella, que es más joven que yo, todavía una mujer atractiva, podría preguntarse cosas. Rezo porque yo entonces no pueda verlo, sentirlo, quiero decir. Ruego porque antes Dios me convierta en un ser inerte que viva ausente en su lejano planeta, en alguien que solo inspire ternura, ese cariño que yo mismo a veces siento ya por mí, una hormiga insignificante que teclea en su ordenador, como aquel que dibuja en la superficie rizada del agua del mar.

Pero no voy a ponerme triste, de qué me serviría. Además, que me siento afortunado, con la maleta llena de recuerdos a mis pies puedo revivir otra vez aquella vida que yo tuve cuando era joven, cuando me latía el corazón con aquella fuerza extraordinaria, la de un javatillo lleno de futuro, de un futuro esperanzador y motivante, aunque fuera lleno de dificultades, mismamente como era mi país entonces, en aquellos años en donde se dilucidaba nuestro futuro.

Por aquellos días empecé a disfrutar de los conocimientos que adquiría en la universidad. Conocimientos sobre el mundo, sobre cómo funcionaban las cosas y las personas que lo

habitaban. La economía, la sociología, el derecho, me abrían cada día de par en par las ventanas de mi mente.

Y lo que veía, nunca antes me lo había imaginado así. Eran duros golpes para mi mentalidad limitada de pueblo y de internado. Y, una vez vencida esa resistencia inicial, mis ideas cambiaban día a día, las de hoy las consideraba más perfectas que las de ayer, las de mañana derrocarían a las de hoy.

Teníamos en la uni un profesor de Sociología peculiar, Emilio Ruiz, un sordomudo que había comenzado a oír a través de un gran sonotone que llevaba en la oreja, al que todavía no se había adaptado del todo, por ello daba de vez en cuando unos gritos agudos que hacían saltarnos unas risas espontáneas que, dado lo buen hombre que era, tratábamos de evitar.

Salíamos a los jardines interiores de la Autónoma y nos enseñaba bajo un árbol o paseando como Platón.

–Amad la ciencia –nos decía–, pero no caigáis en el frío "cientificismo". La vida es algo tan complejo que no puede explicarse solo con la ciencia, están los sentimientos, las creencias, la ética… La vida hay que vivirla –y terminaba con un grito agudo que hacía que los pájaros se asustaran y levantaran el vuelo.

Entonces Emilio Ruiz se percataba, se ajustaba su sonotone y continuaba, ahora con un volumen tan bajo que los que nos llevábamos la mano a la oreja éramos nosotros:

–Y amad también el dinero, pero no como posesión. El dinero solo es el valor de vuestro trabajo, el valor añadido que vosotros dais a vuestra sociedad. Esforzarse en ganar más dinero es algo sano, representa vuestra intención de aportar más y de más valor a la sociedad a la que servís. Pero no seáis esclavos del dinero: el dinero es un buen siervo, podréis hacer muchas cosas con él, pero un mal amo.

Yo llegaba a mi casa a las diez de la noche, ebrio de nuevos conocimientos. Cenaba con mis padres y mis hermanos, nos contábamos nuestro día y luego me encerraba en mi habitación, Pepín ya dormía, así que me desnudaba sin dar la luz y me metía en la cama y, allí, a oscuras, me dejaba invadir por aquel torrente de información y conocimientos. Y yo sentía que crecía por dentro, como lo hacen las plantas, cuando alguien las riega con tacto y con inteligencia.

En Economía Española teníamos al catedrático Ramón Tamames, entonces miembro destacado del Partido Comunista de España y diputado en Cortes. Con el tiempo se convirtió en un liberal. Al hilo de sus enseñanzas yo, que carecía de cultura política como la mayoría de los jóvenes de mi generación, iría amueblando mi cabeza y, sobre todo, dotándola de un sentido crítico.

A los jóvenes de entonces nos atraían las ideas de izquierda, porque no se habían aplicado en España en mucho tiempo y juventud e innovación van siempre de la mano y, porque a nivel de discurso, la belleza de palabras como solidaridad, igualdad, protección social eran inigualables. Pero ya entonces Ramón Tamames era crítico con el marxismo leninismo y unos años más tarde Felipe González abjuró del marxismo como guía de la socialdemocracia. Solía

decir:

–El comunismo es un sistema para ángeles, pero los hombres no lo son, necesitan estímulos para su creatividad, para su competitividad y eso solo lo da el capitalismo. La iniciativa privada siempre ha sido la punta de lanza del progreso. Pero dejarlo todo al albur de la iniciativa privada y del mercado pueden dejar inermes a sectores importantes de la población.

Las grandes democracias, iba madurando yo, van alternando en sus gobiernos políticas igualitarias y proteccionistas de izquierda junto con políticas liberales que fomenten el crecimiento de la riqueza. Es decir, crecen más con más capitalismo y reparten mejor con más socialismo.

Pero en España andábamos lejos de esa alternancia óptima, para empezar ni siquiera teníamos una Constitución que amparara la alternancia en el poder. Pero ya iba intuyendo yo cómo me gustaría que fuera el país que recaería sobre los hombros de aquellos jóvenes que tratábamos de formarnos para cuando llegara la hora de dar el relevo a la generación de nuestros padres.

Julián, el portero andaluz de mi calle, con quien yo me solía detener a hablar de vez en cuando, me lo decía en su lenguaje del pueblo llano:

–Germán, el problema de España es que nos dejamos llevar por los extremos y eso nos aleja de comprender a aquel que piensa diferente. Yo creo que ahora, que llevamos sin pelearnos casi cuarenta años, tenemos una gran oportunidad: hacernos todos unos moderados. Perdonar el pasado y aceptarnos unos a otros. Esos son los países que progresan, los que van todos a una, aunque cada uno defienda matices diferentes.

Y yo llegaba a casa e iba moliendo todo lo que leía, todo lo que oía, todo lo que veía en mi casa, día a día. Como un panadero muele el trigo para hacer el mejor pan. Tiempo de esfuerzo y de silencio. Construyendo un país, amueblando una mente tierna y joven, haciéndola adulta.

Donde yo creía que no avanzaba, o avanzaba poco, era en el tema religioso. Pensaba que, en cierto modo, proveníamos, yo al menos, de otra dictadura. La imposición de la religión que sufrimos durante años a la larga le hizo un flaco favor a la misma. Yo tenía algunos cimientos firmes: la trascendencia del hombre que supera a la muerte, el origen divino como hijos de Dios, y la necesidad de hablar con Dios como método de orientación y amparo en nuestra vida en la tierra. Pero todo lo relativo a la Iglesia y sus normas yo no lo veía nada claro. Así que tiraba por la calle del medio y evitaba intermediarios en mi relación con el Creador. Ya no iba casi nunca a misa ni rezaba con oraciones de la Iglesia sino usando mis propias palabras.

Tardaría todavía unos años en congraciarme con aquella nueva generación de sacerdotes, que no tenían nada que ver con lo anterior, mal pagados y poco reconocidos, que se abría paso en silencio ayudando también en la transición política, asistiendo espiritualmente a mucha gente olvidada en los pueblos perdidos de media España o impulsando instituciones como Cáritas que tanto ayudarían en las crisis económicas y sociales que vendrían. Olé por ellos, pensé cuando por fin me di cuenta del cambio, también ellos estaban pasando su transición.

Un día que hablaba yo con Julián, llegó don Narciso, uno de los curas de la parroquia de

Manuel Becerra. Nos saludó con un "buenas tardes" y se dirigió a paso rápido a los ascensores.

Cuando el ascensor ya se elevaba, Julián me susurró:

–¿A que no sabes dónde va este?

Me encogí de hombros.

–A consolar a una señora del cuarto, a la que su marido abandonó hace meses –me aclaró Julián.

–Bueno, a lo mejor necesita orientación espiritual… –trataba yo de defender a don Narciso, a quien apenas conocía.

–Germán, Germán…, seguro que en cinco minutos están ya los dos en pelotas.

A mí aquella rudeza clarividente me rebelaba.

–¿Qué pasa, que los has visto por el ojo de la cerradura?

–Germán, no te tienes que enfadar porque la realidad sea como es. Yo no le juzgo, lo que me gustaría es que cuando tenga las cosas claras, lo explique a sus fieles y a la Iglesia, por supuesto.

A los dos meses de aquello don Narciso pidió a Roma casarse con aquella señora y abandonar la Iglesia. Julián me dijo:

–Tiene todos mis respetos. Tenemos que entrar en una etapa en que se normalicen estas cosas, ¿a ti te gustaría que te crucificaran porque un día dejaras el banco y te fueras, digamos, a trabajar a la Telefónica?

Unos pocos años después se aprobó también la ley del divorcio. Aquel "hasta que la muerte nos separe", que parecía inamovible, dejaría de encorsetar a algunas parejas que ya no lo eran. Sí, para los jóvenes como yo, era importante conocer la realidad, aunque esta no fuera ese ideal maravilloso que nos habían inculcado en la cabeza, si no lo hacíamos luego sería imposible mejorarla. Y, en todo cambio, en el matrimonio, o en la vocación sacerdotal, por ejemplo, habría que respetar las decisiones personales, una vez acotadas las responsabilidades de las mismas, por supuesto.

El nuevo marco de convivencia que nos dábamos los españoles, la Constitución, se aprobó por referéndum el 6 de diciembre de 1978. Pero la fecha realmente clave fue el 15 de diciembre de 1976 en la que los españoles mediante referéndum aprobábamos la Ley de Reforma Política que derogaba el franquismo y abría las puertas a una Constitución democrática.

Aunque por lo que yo recuerdo hoy aquel 15 de diciembre, es porque ese día yo conocí a Lina. La primera chica con la que yo tuve una relación larga, mi primera novia.

Durante los últimos meses, se habían extendido entre mis amigos, como una mancha de aceite, las relaciones estables, como si aquellos años de tanteos y aproximaciones hubieran llegado a su fin. Y se estuvieran jugando ya las cartas definitivas del amor. Al abrigo de la

esperanza en la nueva etapa del país.

Hasta Martuqui me sorprendió. Yo pensé que, a la vuelta de París, sus ansias libertarias se incrementarían, pero un día me llamó:

–Mi banquero, llevo saliendo con un chico seis semanas. Todo un récord para mí.

–Pero, Martuqui, mi niña burguesa…

–Pues puede que siempre haya tenido algo de eso…

–Te deseo toda la suerte del mundo, te la mereces.

–Te llamo para que te animes y hagas lo mismo, como todo lo hacemos juntos…

Martuqui siempre conseguía alegrarme y hacerme reír.

Moncho, Javierito, Leandro, José Juan, Santi y hasta Rolando llevaban saliendo hacía tiempo con sus parejas. Y mi hermana Tere también. Pareciera que todo el mundo, menos yo, ensayara ser adulto, tras una etapa de titubeos juveniles y adolescentes.

–Ah, mi banquero –me decía Martuqui–. Si es que nosotros somos unos idealistas.

Pues aquel plural ya se acababa de convertir en singular. Debía ser yo un idealista empedernido. Todo el mundo sentaba la cabeza antes que yo.

A mí todo aquello me daba igual. Yo iba a mi propio ritmo, pero lo cierto era que, del grupo de amigos de Sace, estábamos en la disco Ricardo y yo solos. Además, hacía unos días que, por casualidad, había descubierto que los versos que un día me escribió en un papel Rosa María no eran suyos, sino de un poema de Miguel Hernández. Eso sí que me había tocado la moral.

Sí, la realidad había veces que era desagradable o, mejor dicho, dejaba de ser infantil y se mostraba sin adornos, en la más absoluta desnudez.

Aquella tarde, después de votar, nos fuimos a Caravell. Mi primo Ricardo andaba un poco depre, acababa de romper con su primera novia, nunca llovía a gusto de todos en eso de las relaciones estables. Así que nos tomamos un par de cubatas para empezar. Yo quería ayudar a mi primo, así que le dije:

–Fíjate en una chica que te guste y te acompaño para empezar el rollo.

Empezar el rollo era lo más difícil en una disco. Si conseguías que se centraran en ti, luego la cosa ya iba como la seda.

Hubo suerte y mi primo Ricardo entabló conversación con una chica morena que, a la postre, años más tarde sería su mujer. Y lo sigue siendo todavía. Tardes tristes acaban en éxito prolongado. Debiéramos tenerlo siempre muy en cuenta.

Así que me quedé solo. Era miércoles y no había mucha gente. Al otro extremo de la pista vi a una chica rubia espectacular. Me acerqué, a veces en la disco te llevabas grandes sorpresas de cerca. Pero aquel día a medida que me aproximaba me iba gustando todavía más.

Yo no me consideraba un chico ni demasiado atrevido ni excesivamente guapo al primer golpe de vista. Pero sí creía que resultaba atractivo cuando se me iba conociendo. Me acordé de

Martuqui, siempre que la recordaba me subía la moral, nunca se lo agradeceré lo bastante.

–Ah, mi poeta. Te lo deberías creer un poco más, te lo digo yo –me decía.

Sonreí al recordarlo y, sin nada que perder, me acerqué a ella. Llevaba una chaqueta roja sobre un vaquero negro ajustado, destacaba sobre todo una melena rubia hasta la cintura y unos ojos grandes y azules, que podían ser fríos, yo no los conocí así nunca, o de lo más dulce.

Su amiga acababa de salir a bailar, así que me senté a su lado.

–¿Qué tal estás? –le dije con amabilidad.

Era una chica que debía estar harta de que los chicos se le aproximaran en masa. Y yo tampoco tenía la varita mágica para despertar su interés.

Casi ni me miró. Pero algo de mi voz le debió gustar. Se volvió, seria y, al verme de cerca, me sonrió.

–Bien, ¿y tú?

–Hoy contento, lleno de esperanza.

Se giró todavía más hacia mí, como queriendo saber más.

–Me gusta que le vayan las cosas bien a mi país, bueno, y a todos nosotros, claro –dije, sin pensarlo mucho.

Aquella declaración de bondad general noté que la conmovió un poco. A lo mejor ella también era un poco idealista, pensé, más allá de su distante belleza.

Comenzamos a charlar y se nos pasó el tiempo volando. Me dio su teléfono. Yo pensé que aquello no duraría mucho. Yo era un chico normal, tampoco la bondad personificada, ni mucho menos. Y no estaba seguro, más bien lo contrario, si podría competir con aquella fila de admiradores que suponía que tenía.

Pero con Lina, todo lo que yo pensaba que iba a resultar difícil o inaccesible, acababa siendo fácil y estimulante.

El primer y segundo día que salimos todo fluyó. Ella cada vez se mostraba más cercana, cuando iba a despedirme en el portal de su casa –compartía un piso con otras chicas– y yo no sabía cómo hacerlo, me sonrió con dulzura –nada que ver con la frialdad con la que evitaba el acoso de los moscones– y me dijo:

–Nos besamos, ¿no? –y me enlazó el cuello con sus brazos.

Yo me sentí en otra galaxia, nos besamos varias veces en los labios y, claro, quise ir a más, atrayéndola contra mí.

–Eh, eh, ya habrá otros días –dijo desenlazándose con suavidad–. Porque supongo que los habrá, ¿no?

–¡Claro! –acerté a contestar.

Sacó las llaves del bolso y entró en el portal. Dio la luz y, antes de subir por la escalera, vivía en el primero, se volvió y se despidió con una sonrisa inigualable y un gesto muy femenino

levantando y moviendo la mano como despedida.

Lina fue la primera chica con la que yo tuve una relación estable y larga. Y puedo decir que todos los días que estuve con ella fueron agradables. Fui muy afortunado y llegué a pensar, en mi inexperiencia, que eso era lo normal.

Lina, que era algo mayor que yo, yo iba para veinte y ella para veintidós, se fue encaprichando de mí, cada día más, e inundándome con su alegría. Cuando uno está enamorado es imposible no estar alegre. Y comprensivo, y cariñoso. El mundo es un sitio agradable y la compañía de tu amor lo llena todo. A mí me envolvía el amor de Lina que era el mismo que yo había soñado con Rosa María. Ese amor total y primigenio que piensas que será el único de toda tu vida.

A mí me gustaba Lina, ¡cómo no!, lo contrario hubiera sido imposible para cualquier mortal, pero empecé a darme cuenta que mi amor no estaba a la altura del suyo, yo era un chico cerrado, casi hermético, en cuanto a mis sentimientos, producto de aquella larga estadía de aislamiento e indefensión en el internado. No era capaz de abrir mi interior tanto como ella lo hacía. Yo no sé si ella reparaba en ello, a veces yo pensaba que estaba tan feliz que no le importaba nada más.

Y, aun así, ¡cuánto me ayudó!, era una chica espontánea, directa, estimulante y sana. Cuando estábamos juntos, me decía:

–¡Germán! Esto es lo mejor que hay, ¿verdad?

Y yo le sonreía, atónito de que yo fuera la fuente de aquella alegría.

–¡Lo mejor del mundo! –le contestaba y la abrazaba contra mí.

¡Cuántas capas de duro pedernal, de caparazones protectores fui perdiendo ante su sonrisa y ante aquel mar calmo de sus ojos azules! ¡Pero cuántas me quedaban todavía! ¡Seis años acumulando defensas y trincheras para proteger mi vulnerabilidad!

Todas las noches hablábamos por teléfono, no sé, una hora, o más. Sobre fruslerías, sobre nosotros, pero no sobre nuestro futuro sino sobre aquellos momentos que estábamos viviendo. Ni pasado ni futuro parecían existir, solo un presente eterno, que no se agotaba nunca y que nos llenaba de alegría. Cada vez me encontraba más cómodo hablando de mí, siquiera un poco, y ella parecía feliz llevándome a dónde ella me esperaba.

Con Martuqui tenía una relación muy fluida, pero, y esa era su gracia por otra parte, representábamos cada uno de nosotros un personaje, "mi banquero", "mi chica volcánica", no éramos nosotros, sino solo un resumen precipitado de cada uno. Tampoco podíamos serlo porque nos veíamos muy poco. Con Lina, vivíamos los dos el mismo tiempo, la misma escena en la película de nuestra vida, quizás ella más intensamente que yo.

Cuando íbamos con amigos, descubría su inteligencia emocional, su habilidad para hacer que pasáramos un buen rato. Solo cuando se topaba con alguien presumido, enhiesto, orgulloso, sacaba su frialdad, su distancia, esa que había practicado para quitarse de encima a tanto macho atrevido y tal vez insolente que se le acercaba y que quería conquistarla.

Tal vez por eso se fijó en mí, pensaba yo, quizás me veía en las antípodas de esos perfiles de hombre. Y eso me daba confianza y desconfianza a la vez sobre el futuro de nuestro amor. Quizás yo solo era un capricho momentáneo para ella, que se desvanecería cuando el tiempo pasara. Tal vez por ello seguía yo a veces con el freno de mano puesto, sin abrir mi corazón del todo. Esperando que el tiempo fuera cuajando nuestra relación.

Ah, el tiempo, el tiempo…, ¿por qué el tiempo es diferente en cada amante?, ¿por qué en dos segundos uno de los dos enamorados ya ha hecho la apuesta total y definitiva, la elección de su vida, y el otro necesita dos meses más, o dos años más o, tal vez, nunca llega a tenerlo claro del todo?

Yo no lo sabía, quizás tampoco lo sé hoy. Pero el tiempo vino sobre nosotros y nos puso a prueba.

Cuando llevábamos siete meses saliendo Lina me llamó una noche. Tenía que ir a la ciudad de Jaén, ella era de La Carolina, allí tenía una tía soltera, su madrina Nines, que había sufrido un ictus.

Cuando regresó a Madrid, cuatro días más tarde, me dijo que tenía que hablar conmigo de forma urgente. Quedamos en un pub, en los bajos de la Torre de Valencia, frente al Retiro, que nos gustaba mucho.

Llegué y ya estaba ella. Tenía unos ojos brillantes, sobre la mesa había una lámpara de vela y la vi bellísima, la mujer más hermosa del mundo. Me miró y me siguió con la mirada desde que entré por la puerta hasta que me acerqué a ella. Nos besamos, percibí un pálpito dramático en sus labios que no había notado nunca. Alguna vez había pensado yo que nuestro amor no tenía esa profundidad que exhalaban aquellas escenas del cine de mi adolescencia que me fascinaban. Sin drama, sin sufrimiento no había amor, me había dicho mi tío Ezequiel, hablando de sus amores imposibles, los únicos que merecían la pena, según él.

Lina me miró, aquella noche había un drama en sus ojos:

–Germán, estoy muy preocupada, pero también alegre, esperanzada.

Me cogió de ambas manos y me lo contó de forma directa y sencilla.

Su tía Nines había quedado hemipléjica tras el ictus. Ya no se podría ocupar de su peluquería, una de las más elegantes que había en Jaén. Su tía Nines fue quien le había inculcado a Lina su amor por aquella profesión desde niña. Lina estaba en Madrid trabajando y formándose en una peluquería de Chamberí, en dos años regresaría a Jaén para comandar con su madrina aquel establecimiento. Todo eso ya me lo había contado ella.

Dos años era mucho tiempo, en ese plazo yo habría terminado la carrera, había pensado yo alguna vez y, llegado el caso, sabría entonces a qué atenerme.

Aquellas previsiones ya no servían. Aquel golpe del destino obligaba a Lina a tomar una decisión. Su madrina le ofrecía hacerse con su peluquería, un negocio exitoso y en marcha, y pagarlo en cómodos plazos con el beneficio de la propia peluquería. Si no aceptaba, tendría que venderla a un tercero para obtener rentas para sus cuidados.

Lina se me quedó mirando.

–Yo no quiero separarme de ti. Eso es lo último que quiero. Nunca he sido tan feliz. ¿Habría alguna posibilidad de que te vinieras conmigo? Aquella peluquería es el sueño de toda mi vida.

Yo estaba bloqueado, aquel manotazo del destino me había dejado sin palabras. Aparte de que cambiar de trabajo y de universidad no sería inmediato ni fácil, abandonar otra vez Madrid y a mi familia por un nuevo destino me resultaba muy duro. Y muy precipitado.

Hubo un silencio entre nosotros. Lina me sonrió y me apretó ambas manos con las suyas. Como si tuviera una solución mágica para aquella disyuntiva:

–Lo he pensado todo mucho, Germán. No he hecho más que pensar en estos cuatro días. Y entiendo lo difícil que es lo que te planteo. Todo se ha precipitado y no puedo reprocharte nada si estás bloqueado ante un cambio de vida tan drástico y tan lejos. Pero hay otra solución, me ha costado, pero he convencido a mi tía de ello.

Yo ya me había recuperado un poco del impacto.

–Lina, Lina, podemos esperar, somos jóvenes… querernos en la distancia.

–No, eso no…, –yo sabía el porqué de ello, el matrimonio de sus padres se había roto por la distancia–. Escúchame, Germán. Tengo otra solución, me ha costado, pero la tengo. Tengo el visto bueno en principio de mi tía. Desde el punto de vista del negocio es mucho más arriesgado, pero yo estoy dispuesta. Solo necesito tu compromiso.

Ahora sí que había drama en la voz de Lina. Notaba sus manos temblar entre las mías.

–Verás, Germán. Es un imprevisto que me ha ocurrido a mí y es justo que la que tenga que moverme sea yo. Mi tía está dispuesta a vender su peluquería y con el producto de la misma comprar otra en Madrid, seríamos socias aquí. Es más arriesgado, porque sería comenzar un negocio, si no va bien tal vez tengamos que venderla y yo quedaría endeudada con mi tía… Pero lo importante es que con esta alternativa yo no te perdería, se lo he pedido, yo soy como una hija para ella y me ha dicho que sí. Podrías seguir haciendo tu vida como hasta ahora. Pero yo este paso no podría darlo si previamente no tengo la certeza de que somos como marido y mujer, ¿me entiendes? Una sola vida, un solo destino y que sea lo que Dios quiera.

Tenía a aquella mujer bellísima junto a mí, poniendo su vida en mis manos. En las de un chaval de pueblo que apenas llegaba a los veinte años. Yo no era tan fuerte como ella suponía. Yo, a veces, no sabía ni lo que me ocurría. A mí me gustaba Lina, probablemente la amaba también, pero necesitaba tiempo, ¡tiempo!, madurar para poder gestionar situaciones como aquella, que me sobrepasaban, que me excedían…

Notaba sobre mis débiles hombros su vida entera, la responsabilidad de las rentas para el cuidado de su tía, la marcha de un negocio del que yo no sabía nada…

Ella me adivinó el pensamiento.

–Germán, eh, eh… –Me cogió la cabeza entre sus manos, como si quisiera aligerarla de toda responsabilidad–. Solo tienes que decirme que me quieres, de esa forma que necesito, lo demás es cosa mía. Solo quiero saber que si me embarco en esto, en esta ciudad que es extraña para

mí, es porque gano algo mucho más importante, te gano a ti. Eso sí, para siempre. Sin duda alguna.

De pronto la miré, con un cariño infinito, los ojos se me poblaron de lágrimas.

–Lina, Lina… Necesito tiempo, tiempo… Yo no soy tan fuerte, tú te mereces más que yo…

Ella me miró también, con aquel amor infinito que nunca he olvidado, ni olvidaré. Y con aquella pena que crecía y crecía, anticipando el dolor. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

–Yo no necesito tiempo, Germán, solo comprobar que tu amor es tan fuerte como el mío. Y no tiene por qué serlo. Tampoco yo sabía que me había enamorado así, que esto existía. Ahora ya lo sabes como yo lo sé.

La estreché entre mis brazos. Caminamos por la noche de Madrid, esta ciudad que me dio una vez a Lina.

Unos días más tarde la acompañé a la estación de Atocha a coger el tren para Jaén. Sabía que nunca la olvidaría.

–Lina, me gustaría llamarte, ver que te encuentras bien…

Me puso su índice en mis labios para que no continuara.

–Si me quieres bien no lo hagas, Germán, necesito acostumbrarme a vivir sin ti…

Nunca lo hice. Hasta antes de estar enfermo, cuando cruzaba Jaén por la carretera de Andalucía, camino del mar y pasaba cerca de La Carolina, todavía me acordaba de ella. Allí, hace 250 años, el rey Carlos III trajo a 6.000 colonos alemanes para repoblar aquellas tierras. Dicen que sus mujeres hoy tienen los ojos azules más bonitos de España. Puedo jurarlo. Yo, de lo que más me acuerdo es de su corazón. Aquel corazón tan grande de Lina. Me hice adulto a su lado, que significa saber aceptar que el hombre es solo tiempo y que, a veces, este juega con nosotros, aunque no pueda quitarnos de dentro aquellos momentos que nos hicieron crecer.

Dondequiera que estés/ te gustará saber que / por flaca que fuese la vereda / no malvendí tu pañuelo de seda / por un trozo de pan.

Y que, jamás, / por más cansado que estuviese / abandoné tu recuerdo a la orilla del camino. / Y, por fría que fuese mi noche triste, / no eché al fuego ni uno solo / de los besos que me diste.

Por ti, por ti brilló mi sol un día / y, cuando pienso en ti, / brilla de nuevo. / Sin que lo empañe la melancolía / de los fugaces amores eternos.

Dondequiera que estés / te gustará saber / que te pude olvidar / y no he querido. / Y por fría que sea / mi noche triste / no echo al fuego ni uno solo / de los besos que me diste.

Dondequiera que estés / si te acuerdas de mí.

Esta noche he soñado con Andalucía y con el flamenco. Ahora sé por qué. Hoy el viento de Madrid me trae la fragancia de Lina. Estuve a punto de llevarla a El Sauce Curvo, pero, al final, no pudo ser.

Hoy escribo en mi ordenador estos versos que no son míos, sino de un poeta inmenso que se

llama Joan Manuel Serrat. Pero solo porque prometí que nadie más escucharía los que yo escribí para ella, para una flor de azahar que un día llenó mi mente de esas extrañas mariposas, cuyas alas solo uno ve, en toda su belleza, cuando se alejan en la lontananza. Dondequiera que estés.

https://www.youtube.com/watch?v=pWcQ1ATWtQw

16. FUERA DEL SOÑADO PARAÍSO

Hoy Clara y yo paseamos por un parque cerca de casa, el Parque de Berlín. Sé que todas esas flores que llamean en su pradera, que llenan nuestra vista y nuestra alma de tanta alegría, son solo un reclamo de seducción. Una llamada para encontrar pareja, un ropaje de domingo para atraer al mejor partenaire con el que crear de nuevo vida. Las flores son el maquillaje atractivo de las plantas, como los trinos son las canciones de amor de los pájaros, como la berrea es el grito desesperado de los ciervos para denunciar que no quieren seguir estando solos.

Solo el amor, la búsqueda de él, mueve el mundo, la naturaleza, de una manera tan gigantesca. Durante la adolescencia y la primera juventud nada habrá más importante que la búsqueda del amor en el mundo de los chicos y de las chicas que se asoman a él temblorosos y esperanzados.

Clara y yo volvemos a casa y yo me encierro en mi despacho, con la verde pradera llena de flores del parque. Sí, hoy recuerdo ese tránsito, el de la búsqueda del amor en aquellos años de la Transición. Repaso mis heridas y sus cicatrices. Siento el dolor de las que provoqué por inexperiencia, torpeza o propio egoísmo y también recuerdo el dolor de las que sufrí en propia carne de otras personas, tal vez por lo mismo.

Todas aquellas chicas hoy tienen un hueco en mi corazón y en mi memoria: Consuelito, Mabel, Rosa María, Martuqui, Lina, Ainhoa, Clara… Fueron eslabones necesarios en la cadena de la vida. Estaciones de paso de aquel tren que nos conducía, veloz e ilusionado, hacia ese destino soñado de aquel amor total, de aquel amor definitivo que buscábamos para compartir vida y crear también vida.

Solo por este recorrido de recuerdos del amor por mi mente merecería la pena vivir. Doy gracias a Dios hoy, porque mi memoria me traiga de nuevo el perfume del amor. ¡Qué sería de la vida sin él!

Abro mi maleta de papeles, de recuerdos y, sin embargo, la vida me lleva por otros derroteros.

Uno de aquellos días, de comienzos de 1978, cuando yo hacía cuarto de carrera, me llamó mi padre. Quería hablar a solas conmigo.

–Mira, Germán, prométeme que esto queda entre nosotros.

–¡Claro! ¿Qué ocurre, papá? –No pude por menos que responderle preso de la curiosidad.

–Es una cosa de Sacecorbo, de la gente de Sace, de nuestra gente, porque nosotros seguimos siendo de allí, aunque estemos aquí, ¿me entiendes? –Se me quedó mirando fijamente esperando mi aprobación, así que se la di, claro–. Y es una cosa de hombres, tu madre, tu hermana y Pepín, por niño, quedan fuera, ¿estamos?, mejor que no se enteren –me volvió a mirar fijamente, yo asentí con la cabeza.

Yo, por un momento, mientras mi padre carraspeaba y pensaba cómo decirme lo que me iba a decir, pensé en la gente de Sace, de nuestro querido Sauce Curvo, nuestra gente como había dicho él. Y lo que yo veía es que había dos comunidades en vez de una. La comunidad de los que

habían salido del pueblo y la de aquellos que todavía permanecían en él. La primera incrementaba año a año, la segunda decrecía en la misma proporción.

Debía ser frustrante para los segundos contemplar cómo sus familiares o antiguos vecinos volvían ahora de vacaciones al pueblo, mostrando sus automóviles relucientes, aunque fueran de segunda mano y se ponían como locos a remozar sus casas, a dotarlas de agua corriente, de potentes electrodomésticos. Probablemente en Madrid vivían en un quinto sin ascensor, o en una portería o en una casa ajena de vigilante, anexa a un economato, como nosotros. Pero allí mostrábamos la faz de aquel que vive feliz y todo le va bien, la faz del progreso.

Los cada vez menos numerosos chicos y chicas de mi edad que todavía no habían salido de Sacecorbo, de nuestro Sauce Curvo, llegaban a sentirse mal, incómodos, en su propio pueblo, por el verano, cuando allí coincidía la época de mayor trabajo y se tropezaban con nosotros, los veraneantes, siempre pulcros, mientras que ellos se mostraban sudorosos y llenos del polvo de los caminos.

Así que la gente joven estaba como loca por salir del pueblo y se lanzaba a coger cualquier trabajo que le saliera en Madrid, con tal de huir de allí.

Fue el caso de Casilda, una chica de veinte años, huérfana de padre y de pocos recursos en su familia. Mi padre comenzó a hablarme de ella.

–Casilda se vino hace un mes de dependienta a una pescadería propiedad de un tipo de Albacete, como no tenía donde alojarse, el propio pescadero le facilitó el alquiler de un cuchitril infame en un sótano, cerca de la pescadería.

Mi padre carraspeó de nuevo. Y entró de lleno en el asunto.

–Germán, en Madrid hay gente maja, pero también hay un cupo, como en todos los sitios, de cabrones y de hijos de puta, ¿me entiendes?

Yo le entendía perfectamente, los había también en mi banco, así como en la universidad, en el internado o en el propio Sauce Curvo.

–Bueno, pues este tío, dueño de la pescadería "Todo Fresco" en Moratalaz, ha intentado propasarse con nuestra Casilda, piensa que la tiene en sus manos. La pobre está encerrada en el sótano en el que duerme, sin atreverse a salir, menos mal que le pudo pasar una nota al tío Crescencio ayer, envuelta con el pescado, cuando este fue a comprar una pescadilla para su familia.

–Pues habrá que llamar a la policía, ¿no? Y denunciarlo lo antes posible –dije con firmeza.

Mi padre carraspeó de nuevo.

–¿Para que al final al pescadero no le pase nada, –es la palabra de una contra la del otro–, y nuestra Casilda pierda el empleo y su casa? Esto los de Sacecorbo lo arreglamos de otra manera.

Me miró a los ojos, yo me temía lo peor. El hecho de que se refiriera a ella como "nuestra Casilda", cuando nosotros apenas la habíamos tratado e incluso mi padre se llevara regular tirando a mal con alguno de sus tíos, no dejaba de mosquearme.

Me explicó la solución.

–Una solución –me dijo– que no puede ser otra en nuestra comunidad. Somos veinte hombres en Madrid y vamos a proteger a uno de nuestros miembros. Y en nuestra casa hay dos hombres, tú y yo, y haremos lo que acordemos entre los veinte, ¿estamos, Germán?

Yo, por una parte, me sentía orgulloso de estar en aquel grupo, donde se iban a tomar decisiones de adultos, y me alegraba de que Casilda, una de las chicas más vulnerables del pueblo, tuviera aquella alianza de los hombres de su tierra a su favor pero, por otra, pensaba si no habría otra manera: hablar de buenas con el pescadero, denunciarlo a la policía… Mi padre me atajó lo que él sabía que yo estaba pensando.

–Germán, hay que atacar a la realidad de frente. No se puede estar con ilusiones "buenistas". Lo que pasa es muy grave, nosotros somos una comunidad, muy vulnerables aquí uno a uno, pero menos si somos un grupo cohesionado, unido. Tenemos que defendernos. Y eso es lo que vamos a hacer –terminó con rotundidad.

Quedamos todos en la tienda de patatas fritas que tenía el tío Fabián en Ventas, en el local de la freidora que era bastante grande. Y allí se acordó el plan de acción. Mi padre se empeñó en que yo estuviera en la comisión de cuatro personas que iría a la mañana siguiente a la pescadería. Íbamos mi primo Javierito y yo y dos mayores de la edad de mi padre: Víctor y Leoncio, grandullones y con la piel curtida, ambos trabajaban en la construcción.

El pescadero estaba solo. Entramos y cerramos la puerta por dentro. Leoncio se dirigió a él:

–Te lo voy a decir solo una vez –se acercó Leoncio–. Has cometido una gran falta contra nuestra Casilda. Y la vas a tener que reparar, ¿estamos?

El pescadero, un tipo gordo y cincuentón, curtido en mil batallas, tenía el gran cuchillo despiezador en la mano y arreó un machetazo sobre una merluza que se quedó sin cabeza.

–¿Y si no, qué? –nos miró a los cuatro–. Yo también tengo familia.

Leoncio agarró un gran atún y lo tiró por el suelo. Luego lo machacó de un pisotón.

–Nosotros no somos familia de Casilda. Si yo fuera su padre te cortaba los huevos aquí mismo. Somos de su pueblo. Y estamos todos contra ti, cabrón –dijo mientras echaba mano de un emperador de grandes dimensiones.

El pescadero empezó a notar el temple de aquel obrero de El Sauce.

–Espera, espera… No sé qué os ha contado esa chica. Pero no ha pasado nada.

Víctor, que iba de policía bueno, intervino.

–Lo sabemos, aunque no por falta de ganas tuyas. Pero ella no se puede quedar aquí ni un día más.

El pescadero se relajó.

–Que se vaya, que se vaya, sin problemas… No hace falta que me pague el mes de alquiler.

Leoncio que había dejado el emperador en su anaquel volvió a cogerlo de nuevo.

–Pero este tío… ¿Pretende reírse de nosotros? –Nos dijo dirigiéndose a sus tres vecinos de

Sace–. Seguro que tú tampoco le has pagado su salario, ¿eh, cabrón? –Ahora se dirigió hacia él, el pescadero acusó en la cara aquella verdad–. Ella se queda con una mano delante y otra detrás y con el miedo en el cuerpo. ¡Tienes que darle una indemnización! –terminó arrastrando el emperador al borde del anaquel.

–Espera, espera…, ¿cuánto sería?

–Un año de sueldo –intervino Víctor–. Sesenta mil pesetas.

–¿El qué? –se echó adelante el pescadero– ¡Eso es una barbaridad! ¿Y si no os pago, qué? Sois cuatro pringados.

Entonces Víctor corrió la cortina y señaló a los dieciséis que estaban fuera en la calle.

–Esto solo es una pequeña representación de El Sauce Curvo, nuestro pueblo. Somos más de cien. Nosotros no venimos a negociar. O nos pagas las sesenta mil pesetas o no queda de tu tienda ni una astilla, ¿estamos?

El pescadero se sintió, donde realmente estaba, en un callejón sin salida.

Tenía veinte mil pesetas en la caja. Salió al banco acompañado por Víctor y regresó con el resto. Víctor lo metió todo en un sobre y le dijo al pescadero:

–¡Y da gracias que no vamos con el cuento a tu mujer! Pero, ya has pagado bastante. Nosotros somos un pueblo de ley.

Fuimos a buscar a Casilda a su cuchitril. Víctor y Leoncio le decían que estaba todo arreglado. Pero ella no quería abrirnos la puerta, estaba muerta de miedo, decía que no nos reconocía.

–Casilda soy yo, Germán. ¿Me recuerdas? Jugábamos al pañuelo en la esquina de la tía Vitorina. Ya le hemos ajustado las cuentas al pescadero.

Casilda abrió y en cuanto me vio me dio un abrazo como no he recibido ninguno en mi vida.

Aquel día aprendí con orgullo el sentido de pertenencia a un grupo, a una comunidad. Me sentí orgulloso de mi pueblo, Sacecorbo, El Sauce Curvo. Nunca lo olvidaría.

Se lo conté al portero Julián cuando pasé al día siguiente por su acera.

–Dicen que un buen patriota es aquel que quiere más que nadie a su patria, a su pueblo. No aquel que piensa, que los hay, que por haber nacido en él, es el mejor del mundo. Me alegro de que quieras a tu pueblo, Germán.

Aquel año de 1978 sería muy importante para nuestra patria común. El seis de diciembre aprobaríamos en referéndum nuestra Constitución. Nuestros padres estarían orgullosos de constatar que, sabiendo nuestros antecedentes, casi medio siglo más tarde, todavía sigue en pie, rigiendo nuestra vida en común, tan viva como cuando con tanto esfuerzo, con tantas renunciaciones de unos y de otros, vio la luz.

Ojalá nosotros y las nuevas generaciones recordemos siempre el espíritu con el que nació. Ello nos iluminará para seguir caminando como país bajo un marco de convivencia y de respeto.

Aquel año, el penúltimo, fue también el más difícil de mi carrera universitaria. ¡Cuántos estudiantes se quedaban atrancados en él! Así que no me quedó otra que pencar y pencar. En el banco también tenía ración extra, Leandro se marchó a hacer la mili y su trabajo se distribuyó entre todos, entre todos los chicos, quiero decir, entre José Juan y yo. El señor Bermúdez se manejaba mejor con nosotros que con las chicas.

Así que fue un año duro, chocando y peleando con la realidad del día a día. Currando y estudiando dieciséis horas diarias.

Llegó el verano y le pedí al señor Bermúdez unos días para ir a la Fiesta de El Sauce Curvo, no me los podía negar. Y no lo hizo. Quería hacer realidad también mis sueños con Rosa María, bajaría de las musas al teatro, ya éramos mayores y debíamos actuar como tales.

No sabía yo lo que me esperaba. En aquella búsqueda del amor, en la que me hallaba inmerso como el resto de jóvenes de mi edad, el paraíso, mi paraíso particular, no estaba todavía cerca.

La Fiesta se acercaba y pedí opinión a mis tres confidentes principales. La primera a mi hermana Tere, por eso de ser mujer.

–Yo creo que a Rosa María le gustaste en un principio. Pero creo que has ido perdiendo puntos. Da la impresión de que te tiene ahí, en la retaguardia, no le llenas, pero… Debéis sinceraros entre vosotros, si no es una pérdida de tiempo. ¡Sobre todo para ti, hermanito!

Julián, mi inteligente portero andaluz, fue en la misma dirección.

–Germán, los amores platónicos tienen un porcentaje de fallidos del cien por cien. Se vive, y se sueña, muy bien con ellos. Yo me llevé en mi juventud un tortazo monumental por esto mismo con una chica. Necesitas una mujer de carne y hueso. Yo no sé si Rosa María es esa mujer para ti, no la conozco, pero la única forma de saberlo es preguntárselo, ¿no crees?

A veces pensaba yo que Rosa María había sido y era solo una evasión: evadirme de los días de soledad y encierro en el internado, o de los duros meses de trabajo, estudio y adaptación en Madrid. También una forma de no sufrir en esa búsqueda real del amor. Me preguntaba qué habría pasado con Martuqui, con Lina y con otras chicas que se me acercaban, y me querían o intentaban quererme, si mi mente hubiera estado totalmente libre de aquel amor romántico y platónico.

Por otra parte, era también una forma de creer en el mundo idílico de las intuiciones, y no de los hechos; de los paraísos soñados, más que de las realidades, que siempre están ahí, esperándonos en nuestra mente.

Era apostar por ser niño e inocente, siempre. Huir de un mundo triste, sucio y lleno de carencias. E instalarte en ese paraíso irreal, bellísimo, pero, ay, inútil. Sí, Rosa María era el único reducto adolescente que me quedaba de un mundo maravilloso y bien hecho. Eso son, en el fondo, me dio por pensar, todos los amores platónicos.

No sabía yo entonces que aquel mundo que lo sustentaba, que estaba por debajo, era ese

universo literario que, años más tarde, emergería con fuerza de aquellos sótanos interiores. Para eso todavía faltaba mucho tiempo.

Por último, ya en El Sauce Curvo, justo en la víspera de la Fiesta, me encontré con Jesulín, mi mejor amigo.

–Germán, no le des más vueltas, lo que pasa es que esa chica te gusta, siempre te ha gustado, y no quieres perderla. Siempre has pensado que es la chica de tu vida. Ha llegado el momento de saberlo.

La vi de lejos. Estaba en la plaza, con las mismas amigas de siempre. Me acordé de lo último que me dijo Julián, el sabio portero andaluz:

–Las relaciones han de ser equilibradas. No te arrastres continuamente, cada vez tendrás menos autoestima y, además, ella te apreciará menos. No le tengas miedo a su rechazo, sino a no saber la verdad.

Con todo ello en mi cabeza me acerqué. Sentí el impacto de su belleza, como siempre, o aún más. Yo había estado con chicas como Lina, que probablemente eran más bellas que ella, pero la de Rosa María me impactaba más. O me bajaba más la autoestima, como diría Julián. Lo contrario que con Lina. La eché de menos allí mismo. Una premonición de lo que iba a pasar.

Me acerqué y nos saludamos como siempre. Yo, con todo lo que llevaba en mi cabeza, un tanto azorado. Ella más tranquila que las olas del Mar Muerto. Tras unas frases iniciales de ida y vuelta, me miró, yo creo que con empatía hacia lo que yo estaba pensando y pasando en aquellos momentos o quizás con algo de pena.

–¿Estás con alguien? –me dijo.

Yo no entendía la pregunta.

–Sí, que si sales con alguien. En Madrid…

–No, no… –Yo no era del todo tonto, aunque lo pareciera en aquel momento, así que continué la pista–. ¿Y tú?

Me miró como si fuera un buzón de correos. Donde tuviera que introducir un mensaje. Y es lo que hizo.

–Yo sí, desde hace un tiempo.

Fue como un aldabonazo que me dejó como traspuesto.

–Ah, pues que tengas suerte… –Balbuceé, como si se me hubiera parado el corazón allí mismo y no me llegara el riego a la cabeza.

Llegó otra gente y yo me aparté, pasmado. Me faltaba el aire. Jesulín, que lo había visto todo, vino en mi auxilio.

–Germán, Germán… Todos hemos pasado alguna vez por esto. Vamos a tomar una copa…

Al día siguiente me vine a Madrid. Estaba en estado de shock. Por fin todo estaba claro, como yo quería. Pero no podía dar carpetazo a todos aquellos años de esperanza, de ilusión por ella, de aquella manera.

Llamé a su amiga Merche.

–No me digas que no tienes su teléfono. Por favor, dámelo.

Merche me lo dio. Seguro que estaba al tanto de todo. Las chicas cuchicheaban entre ellas sin parar.

La llamé. Estuvo amable conmigo. Quedamos en vernos en la terraza de Riofrío que le venía bien, en la plaza de Colón.

Fue la única vez en todos aquellos años que tuvimos una conversación franca, normal, en la que fuimos Rosa María y Germán, y no dos seres irreales o idealizados. Incluso tuve la sensación de que nos hubiéramos llevado bien. Pero el amor no estaba de nuestro lado, solo había estado en mi cabeza.

–A ti se notaba mucho, Germán –me dijo en una ocasión.

–Si me hubieras hablado como ahora… –Me dijo en otra

En su primera frase estaba la respuesta a la segunda, pensé yo. Pero daba igual, el amor es pájaro asustadizo y ya había volado de nuestro árbol.

Estaba todo dicho. Salimos de la terraza de Riofrío, yo, conmocionado y tambaleándome, Rosa María, ¿quién sabe? Lo más probable es que sintiera que se había quitado un peso de encima, tras haber cerrado un libro ya totalmente ininteresante para ella para centrarse en el que realmente le importaba en aquel momento. Pero, también, quizás, dolida, de empatía por el dolor ajeno que uno va ocasionando en su vida sentimental cuando elige unos caminos y deja otros. Y, por último, eso seguro, con una inyección de autoestima considerable, al sentirse importante y deseada una vez más.

¿Con cuál de aquellos pensamientos se dormiría por fin Rosa María aquella noche? ¡Y qué más me daba ya a mí! Seguro que no sería con aquel mundo que yo soñaba para nosotros en un futuro conmigo.

Ella tenía aparcado el coche allí mismo.

–¿Te acerco a algún sitio? –me dijo.

Yo me quedé un momento parado, sin saber qué contestar. Que me llevara a mi casa me parecía humillante. Como recoger los pedazos de un juguete roto y llevarlos a su destino final. Eso al menos me gritó con su silencio una papelera que colgaba de una farola de la calle Génova, justo debajo de las Torres de Jerez, donde nos hallábamos.

Pero tampoco tenía fuerzas para despedirme allí.

Me metí en el coche.

–Bajo contigo hasta Cibeles.

Nos sentamos uno al lado del otro. Empezamos a circular Castellana abajo. Ella giró su cabeza y me miró.

–Si en algún momento necesitas algo, llámame.

No había sido buena idea meterme en el coche. Y todavía faltaba un trecho para Cibeles. Estábamos detenidos en un semáforo.

–Lo último que haría –le dije tirando de los milímetros de orgullo que me quedaban–. Llámame tú.

El semáforo no cambiaba a verde ni por asomo. Reparé en la canción que sonaba en aquellos momentos en la radio. Un grupo que lo petaba entonces, los Burning. El estribillo decía:

–Mujer fatal, siempre con problemas…

No quise que la fatalidad de la radio me hundiera todavía más.

–Lo siento, me voy, me bajo aquí, si no te importa…

Ya cuando el semáforo cambiaba a verde abrí el coche y salí fuera. Ella, quizás sorprendida, tardó en arrancar, probablemente miraba mi espalda abatida mientras me alejaba. Sonó el claxon del de detrás y Rosa María por fin arrancó, me sobrepasó y se alejó Castellana abajo.

La vi ensamblarse en la distancia con el resto de los vehículos. Como una hormiga común más. Aunque para mí no lo había sido. Ni nunca lo sería.

Aquella fue una de las noches más tristes de mi vida. Llegué a Cibeles y comencé a subir, con lágrimas en los ojos, por la calle de Alcalá, tardaría unos cuarenta y cinco minutos en llegar a mi casa, pasado Manuel Becerra. Fueron la sinfonía del adiós a aquel amor que solo había sido una intuición. Como lo son siempre los primeros amores, por ello son tan maravillosos. Como si todos los planetas se alinearan y te dejaran ver un mundo perfecto. Como el de los sueños.

Aquel duro trayecto fue mi despertar. Vi la realidad tan transparente que me llenó de dolor. Mientras yo deambulaba por la noche inundado de tristeza, ella estaría llamando a su novio. Y contándole cómo le había ido el día.

Yo le dediqué aquellos 45 minutos a ella. Como un último homenaje, en agradecimiento porque al final hubiera sido clara conmigo y también porque hubiera accedido a vernos. Ya no

habría más homenajes, me dije con pena.

Tras el primer envite, el dolor fue dejando paso a una sensación de gratitud. Ella había producido en mí esa ilusión, esa mirada mágica sobre el mundo, que había sido maravillosa. Aunque había llegado a su fin. A su fin, con ella. Pero, pensé aliviado, se quedaba en mí para siempre.

No me quedó odio o rencor hacia ella. Pasando Goya, y casi llegando ya a mi casa, descubrí el porqué. Me di cuenta que me iba creciendo dentro la sensación de que no había sido Rosa María, sino yo mismo, el artífice de todo aquel mundo soñado, aquel mundo ideal que había sido como un faro para mí. Me acordé en aquel momento de Lina, la gran Lina, ella también tuvo todo el mérito en su relación conmigo, porque me amaba, siempre gana el que más puso.

Y yo podría seguir creando aquella magia, aquel mundo maravilloso de mis sueños. En el futuro. Si yo aprendía a construirlo con ilusión pero, también, con realismo, claro.

Ese realismo que, cuando divisé mi casa, me hizo prometerme a mí mismo que, aunque no olvidaría nunca a Rosa María, era ya un amor que quedaba atrás para siempre.

Me sentí desnudo, desamparado y solo. Fuera de aquel soñado paraíso que había sido mi refugio en todas las vicisitudes de hacerme adulto. ¿Cómo continuar ya sin esa magia que produce ese gran amor intuido y eterno? Sabía que sería un camino pedregoso y duro.

Abrí la puerta del portal, cogí el ascensor y, cuando salí al rellano, sentí de cerca el aroma de mi casa. Tenía a mi familia, tenía a mis amigos de Sace, del banco, de la universidad. Habría otras chicas, las había conocido maravillosas. Esa era mi realidad. Rosa María no era para mí. Eso era todo.

Al día siguiente rompí cientos de versos que le había escrito en todos aquellos años. Pero todavía recuerdo algunos, medio siglo más tarde, salteados, sobre todo de aquel día, de cuando la conocí.

Tenías esa blusa amarilla / y esas manos de bailarina…

Tenías la cintura tenue / y esa cara espabilada /
de niña lista…

Eras tan alta y tan pequeña / y, en tus ojos, llena la luna/
Eras como un verde pozo / como una ancha laguna…

¿Qué fue de aquello? /

Guardé en mi mente las esencias /
¡Aunque hace tanto, aún me quedan…! /

Ven aquí, a este mundo que he creado para ti /
Nos columpiaremos en su luz /
Nos beberemos la vida a sorbos /
Como hacen los niños… /

Aquel mundo de los dos juntos se desvanecía o, tal vez, se quedaba solo conmigo. Con el tiempo se fue convirtiendo en algo literario. Una forma de permanecer. Porque el amor, como dicen de la energía, ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Los grandes amores los lleva uno consigo toda la vida. Aunque los amantes vivan las suyas propias y amen de nuevo, la semilla del amor los acompañará y los enriquecerá siempre.

Yo me acerco a la cocina donde está Clara. Y, sin decirle nada, la tomo en mis brazos y la beso como cuando era un chaval. Y todo aquello que se me instaló un día dentro, en aquellos primeros años de búsqueda y de sueños, vuelve a revivir entre sus besos.

17. NO MIRES ATRÁS. AQUEL VIAJE INICIÁTICO

Aquel curso de 1978-1979 era mi último año de carrera. Llegué al final exhausto. Sin nuevos idealismos a los que agarrarme, fue una lucha sorda y constante por conseguir mis objetivos. Por terminar la licenciatura en Ciencias Económicas y Empresariales. Llegué con las fuerzas justitas, pero no me podía permitir el lujo de mirar hacia atrás. Aprobé todo en junio y hasta con algunos notables y sobresalientes.

Aquella carrera que yo había elegido para contemporizar con mi destino laboral empezó a gustarme en aquel tramo final. Tuvimos que presentar algunos trabajos en grupo: márketing, lanzamiento de nuevas empresas, investigación. Quedábamos en casa de un compañero que estaba casado, Lucas, su mujer nos preparaba unos gintonics y empezábamos las discusiones. Yo era de los más jóvenes y me empapaba de aquella experiencia que derrochaban los más mayores, muchos de ellos con puestos importantes ya en sus empresas, que querían dotarse de una formación que, antes, no habían tenido tiempo de acometer.

El profesor de márketing, Isidoro, nos elevaba la autoestima que, como he dicho varias veces, a estas alturas creo que es lo más importante que alguien puede hacer por ti.

–No os preocupéis de las minucias, vuestro destino es ser líderes en la empresa, ir a lo importante. No lo olvidéis nunca. Aunque ahora tengáis un nivel de mierda en ella.

Lucas nos lo recordaba cuando nos enquistábamos en alguna conclusión:

–¿Qué haría un líder? El líder es el que es capaz de aglutinar al equipo, conducirlo unido hasta la victoria. A ver tú, Germán, ¿qué nos dices?

Lucas con el tiempo llegó a ser un gerente de una empresa del IBEX, era el que más experiencia tenía de nosotros ya entonces, pero no le importaba buscar una solución en el más inexperto que era yo, para desbloquear la situación y llegar al consenso. Ya en aquel tiempo tenía madera de líder.

Íbamos también a hacer unas prácticas al departamento de investigación de Telefónica, a un chalet que tenían en la calle Serrano. Nos decían:

–La informática y la comunicación serán las dos herramientas más importantes del progreso en los próximos años y vosotros, que seréis los líderes empresariales del futuro, debéis conocerlas.

Aquello nos subía la autoestima y nos poníamos a aprender a programar como locos. Yo sentía que se apostaba por nuestra generación para dar el salto que el país necesitaba para los próximos años. Nada es más importante que sentirse uno importante.

Pero a veces me desanimaba, yo no podría, ninguno del turno nocturno podríamos, aprehender toda aquella información, digerirla, porque luego nos esperaban nuestros trabajos donde teníamos que verter una buena parte de nuestra energía y de nuestro tiempo.

Mis padres, cuando me veían de bajón, se volcaban:

–Germán, ¡vamos, un último esfuerzo!

Un día llegué a casa y los encontré a ambos muy sonrientes. Tenían algo que decirme, ¡seguro! Y así era.

–Mira, Germán, tenemos una noticia que darte –empezó mi padre–. Bueno, en realidad, son dos: llevas trabajando casi cinco años, tanto tú como tu hermana nos habéis entregado todo el dinero, hemos trabajado todos como mulos. Ahora que nuestra economía está más saneada es el momento de repartir, te mereces un premio, tu hermana se va a comprar la mejor máquina de coser del mercado, una Singer eléctrica que es el no va más, y con todos los accesorios de una modista de primera y nosotros creemos que tú te mereces un coche, el mejor del mercado también. Nuevo, por supuesto.

Mi madre quería intervenir:

–Germán, solo te pedimos una cosa. Un último empujón para terminar la carrera de forma brillante. Además, a partir de esa fecha, tú recibirás y administrarás todo tu sueldo. Ya eres un hombre y tienes que pensar en tu futuro.

Aquello fue una inyección de moral directamente en vena. Recuperé fuerzas y empuje de inmediato. Y metí el turbo para remachar la carrera como me pedían. No hay nada como las recompensas para lograr los éxitos. Que se lo digan a los entrenadores de delfines, por ejemplo.

Entonces en las familias se funcionaba así: los hijos aportaban todo su salario a la caja común, una casa con muchos hijos, cuando estos se hacían mayores era una casa importante, próspera. Luego, cuando se independizaban, los padres les ayudaban con un buen empujón para comprar el piso y los hijos recuperaban parte de lo ganado por su trabajo. Con una seguridad social en mantillas, cuando los padres se hacían mayores, los hijos se hacían cargo de ellos, pero no para llevarlos a una residencia, sino para acogerlos en su propia casa.

La interdependencia entre los miembros de la familia era entonces muy alta, también entre los de la pareja, ya que muchas madres no trabajaban. Su papel era dirigir y administrar la casa; en general, el hombre aportaba los fondos con su trabajo y ella con su buen hacer, sabiendo comprar barato, cosiendo y confeccionando la ropa a los hijos, cocinando bien, sacaba chispas a ese salario, aunque fuera modesto e incluso quedaba para ahorrar y ahorrar, que era el objetivo general de las familias de entonces. Para acumular patrimonio y luego poderlo dejar a sus hijos.

Si la tuya era una familia sana y equilibrada, todos los miembros gozabais de esa red de solidaridad y apoyo sin límites entre unos y otros. La familia entonces era una bendición. Si caías en una familia con problemas en la pareja o la mujer daba con un cabrón, podía ser un infierno, porque no había vías de escape, sino aguantar y aguantar.

Yo me alegro de que ahora sea más fácil escapar de esas familias tóxicas y alienantes, pero también echo de menos esa comunión familiar de entonces que se está perdiendo. Ahora parece que prima más el hedonismo individual y que cada palo aguante su vela, pero leo en los periódicos que la depresión y el índice de suicidios, sobre todo entre los jóvenes, no hace más que subir.

Creo que el empoderamiento individual está bien, pero no puede haber felicidad si no hay compromiso con tus cercanos: pareja, familia, pueblo o nación, para que ellos también sean felices. Ser felices y ver felices a los que te rodean, e involucrarte para que lo consigan, es la misión de la vida. Así lo veo yo.

A mí, ya sé que no hago más que decirlo, me hubiera gustado tener hijos, para compartir mi vida con ellos y ayudarles a ser felices, Dios no nos dio a Clara y a mí ese don.

Aunque no sé entonces por qué tengo estos pensamientos tan asentados sobre la familia y por qué Clara sigue estando triste después de tanto tiempo, ya se debería haber acostumbrado a no tener hijos, digo yo.

No entiendo muchas cosas. Desde que tengo la enfermedad del olvido sé que me tengo que acostumbrar a vivir sin entender. Y eso es lo que hago. Menos mal que tengo mis cuadernos y mis papeles de cuando era joven. A través de ellos, y de este libro, puedo vivir de nuevo aquel tiempo. Aquel tiempo en que mi familia me ayudó a salir adelante. ¡Qué hubiera sido de mí sin ellos!

Sí, mis padres querían ver felices a sus hijos. Y no hacían más que trabajar y ahorrar para ello. Yo elegí un Renault 12 TS, un coche con aire deportivo que me chiflaba.

–Jo, Germán, ¡y qué asientos abatibles tiene! ¡Te vas a poner morao! –me decía Agus.

Pero para eso todavía quedaba. Estábamos todavía en Navidades, hasta junio que terminaba la carrera, aún faltaba. El coche costaba 500.000 pesetas de entonces, eché unos números por encima y eso era, más o menos, lo que yo había ganado en aquellos cinco años, los padres de entonces lo daban todo para sus hijos y, mis padres, más todavía.

Me di cuenta entonces del valor del dinero y me acordé de lo que nos decía nuestro profesor de sociología, que era bueno pensar en ganar mucho, con él se podían hacer muchas más cosas que sin él, eso estaba claro. Esto también me ayudaba a apretar los dientes para terminar la carrera, por supuesto. En el banco había unas oposiciones para titulados universitarios, si las aprobabas te hacían Jefe de 4ª A, apoderado, algo que tardabas toda tu vida en conseguir, si lo lograbas, por la vía ordinaria.

En esas estaba pensando yo, cuando llegó el sorteo de la lotería y, mira tú por cuánto, al día siguiente estábamos Leandro, José Juan, Jacinto, Santi, Rolando y yo abrazados con cara sonriente, bajo un titular en el ABC que rezaba: "La alegría de los millones del gordo, el 15640". Miro la foto que guardo en mi maleta y me sonrío por dentro.

No nos tocó ni un céntimo a ninguno. El Departamento Extranjero de Barcelona nos había solicitado que les consiguiéramos dos números enteros en Doña Manolita para sus empleados y la secretaria y un administrativo del director del Servicio Extranjero de Madrid fueron a comprarlos y se quedaron con dos décimos por si tocaba.

Cuando se produjo la noticia, los periodistas se olvidaron de Barcelona y se presentaron todos en Madrid, buscando a los agraciados. A Leandro se le ocurrió la broma y, en vez de buscar a los auténticos afortunados, se liaron a hacernos fotos a nosotros que fueron a los

primeros que encontraron saltando felices en la planta.

–Aquí, aquí, ¡nos ha tocado a nosotros! –gritábamos y saltábamos, mientras recibíamos los fogonazos de mil flashes.

Lo malo fue que mis amigos de Sace y de la uni también se lo creyeron y me tachaban de avaro, rácano y pesetero porque no quise invitarlos a cenar. Inclusive años más tarde, cuando iba a Sace, todavía había alguno que le cuchicheaba a su vecino.

–Ahí donde le ves, a ese le tocó el gordo, lo que pasa es que no lo dice.

Aprendí tres cosas aquel día: el glamur que tienen los ricos, que las informaciones urgentes de la prensa van cogidas con alfileres, y que la mentira siempre castiga a los mentirosos. ¡Aunque qué cosquilleo sentía uno cuando enseñabas la portada del ABC y te miraban con aquellos ojos de plato! Agus me lo dijo:

–Yo te creo, Germán. ¡Yo hasta hubiera pagado por salir en la portada del ABC!

Dos meses después de las Navidades, el uno de marzo de 1979, tuvimos las primeras elecciones generales democráticas en España. De ellas salió el primer gobierno que representaba la voluntad de los ciudadanos. Adolfo Suárez, con mayoría relativa de centroderecha, fue nombrado presidente del Gobierno y Felipe González, socialdemócrata, jefe de la Oposición. El país se ponía en marcha.

En donde yo no levantaba cabeza era en el terreno sentimental. Aquella época post Rosa María sin un ideal donde agarrarme era como el desierto de Los Monegros. Sobrevivía a base de rollos esporádicos en las fiestas universitarias y en las discos. Mi autoestima estaba por los suelos.

Aquella conversación a tumba abierta que había mantenido, ¡por fin!, con Rosa María, me había dejado sin horizontes. Deduje que solo había sido para ella un tonteo, un disfrutar de la alegre sensación de tener a alguien rendido a tus pies, ¡con toda la energía que yo había invertido en ella! ¡Me sentía como un imbécil! De hecho, me lo dijo: "¡A ti se te notaba mucho!". ¡Toma nísperos! ¡Las mujeres pueden ser de lo más crueles cuando descubren que no les interesas un pimiento y deciden alejarte sin miramientos de ellas!

Probablemente no había significado solo eso para ella, todavía quedaban en mi mente sensaciones de conexión recíproca, pero eso era lo último que debía pensar. Así sería imposible olvidarla. Decidí quedarme con la literalidad de sus palabras. Y cerrar aquel libro, aquella historia para siempre.

Y en eso andaba, no era fácil. Buscaba sucedáneos, sucedáneos intermitentes y momentáneos, en este caso por voluntad mía. No me apetecía estar unido a nadie. Solo a mi tristeza.

Mi hermana Tere que me veía en la mierda me recetaba sus remedios caseros.

–Germán, creo que deberías hacer deporte, te pasas demasiado tiempo sentado…

–¿Y cómo quieres que termine la carrera, lista? ¿Estudiando de pie?

–El otro día me encontré con Dani, me dijo que iba a correr todos los fines de semana, y que tenías su teléfono…

Acabáramos, a saber qué le habría contado mi hermana a Dani. Opté por llamarlo yo, además era un chico que me caía bien.

Dani Díaz era un chico de mi edad, también de El Sauce Curvo, que había nacido en mi misma calle, en la carretera. Sus padres habían emigrado antes que los míos, y no habíamos ido a la escuela juntos, pero nos conocíamos de los veranos.

Le encantó la idea de que corriéramos juntos, así que él venía un domingo a buscarme a mi casa y yo otro a la suya. ¡A las ocho de la mañana!

No salíamos juntos, cada uno tenía su pandilla, pero cuando corríamos nos poníamos al día. Eran conversaciones depresivas y nostálgicas. Él estaba hecho polvo con una relación intermitente que mantenía con una compañera universitaria, intermitente a pesar suyo, claro. Venía destrozado a nuestra cita, sobre todo cuando no había estado con ella, sino bebiendo para pasar el trago, nunca mejor dicho.

Así que, Dani y yo, nos hacíamos adultos hablando de nuestras penas. Escupiendo y hasta echando la pava, de todo el alcohol y el tabaco que habíamos ingerido la noche anterior, realmente hasta dos o tres horas antes de nuestra cita. Empezábamos a correr ya agotados, nos fustigábamos recordando aquel tiempo nostálgico que ya no volvería y, acabábamos desayunando, mucho más cansados y tristes que habíamos comenzado.

¡Hasta aquel día! ¡En que todo empezó a cambiar! Mientras corríamos, como todos los domingos por la mañana, en el circuito de running de la Casa de Campo, me lo dijo, le salió del alma:

–Germán, tenemos que huir de aquí. ¡Hagamos un viaje juntos!

Me detuve en nuestro trote y lo miré:

–Pero para el verano todavía queda...

–En cuanto empecemos a pensar en ello, a organizarlo, ya habremos salido de aquí.

Tenía razón y no pude por menos que dársela, a mi amigo, Dani Díaz.

Fue mi primer viaje con amigos. Solos Dani y yo, en mi flamante Renault 12 TS granate. Hasta entonces no había tenido vacaciones por los veranos, como he dicho varias veces ya, en mi empresa se cogían por rigurosa antigüedad, pero aquel año era diferente. Me iría a la mili el 1 de septiembre, así que me dieron todo el mes de agosto. ¡Aquello era jauja!

Llegamos a Valencia. Y no pudo empezar mejor la cosa. Logramos dejar el coche muy bien aparcado. Me presenté en la Oficina Principal de mi banco. Y les solté que venía de la Dirección General Internacional. Aquellas tres palabras juntas les impresionaron, máxime cuando les di el nombre del Director General, al que yo apenas conocía. Me dejaron aparcar en la mejor plaza y rodearon el coche con una cadenilla y todo, por los quince días que estaría fuera de Valencia.

–No sabía que eras tan importante –me susurró al oído Dani.

–Ni yo.

Comenzamos con una buena dosis de autoestima.

Y nos dirigimos al puerto. Cogeríamos el barco de la Transmediterránea con destino a Ibiza, –ah, Ibiza, Ibiza...–, que salía a las doce de la noche.

Nunca olvidaré cuando subimos al barco. A la cubierta. Nosotros no viajábamos con derecho a asiento y mucho menos a camarote, sino que íbamos casi de polizontes, en lo que llamaban toldillas de cubierta. Pero allí estaban todos los jóvenes. Una marea de chicos y chicas con ganas de explotar su juventud.

Dani había tenido la idea de rellenar de ron y coca-cola nuestras cantimploras. En cuanto comenzamos a ofrecer, nos convertimos en los reyes del mambo.

Intimamos con un chaval muy especial, Suso, que había venido el tío solo desde Asturias haciendo autoestop y que ya no nos abandonaría en los quince días siguientes. Y con una pandilla estrambótica de cuatro chicas y una especie de gañán enorme que parecía su semental, su gallo de corral. Trabajaban en la novedosa fábrica de Ford de entonces, en Almusafes, y eran más cachondas que la verbena. Debían estar hasta el gorro, como nosotros, de penar durante todo aquel largo año, y ansiaban por llegar a Ibiza y soltarse el pelo y que le diera la brisa.

Estuvimos cantando, bebiendo, bailando y fumando toda la noche, hasta que llegamos a la amanecida a Ibiza. Nos bajamos del barco e íbamos los ocho abrazados por las calles, respirando aquellos aires de libertad.

De pronto, Isabela, que era la más lanzada de las chicas, o la que más bebida iba, se separó y dijo:

–¡Me sobran muchas cosas, aquí no me hacen falta! –y se agachó y se quitó los pantalones, quedándose con unas braguitas negras, apenas cubiertas por los faldones de la blusa.

Luego se nos quedó mirando, hasta que el gañán soltó:

–Chicas y chicos, pues tendremos que hacer lo mismo, ¿no?

Y de esta guisa, después de meter en nuestras mochilas nuestros pantalones, nos dirigimos a la primera tienda que vimos a comprar todo el alcohol que nos cupiera en nuestras cantimploras.

Dani y yo nos miramos el uno al otro. La noche había sido tan excitante que era la primera vez que lo hacíamos.

–Las proletarias siempre han sido unas revolucionarias –sentenció.

Sonreí. Nosotros también lo éramos. Aunque tuviéramos nuestro título universitario colgado ya en nuestra habitación.

Se oyó la voz de aquel gañán que, ahora que lo conocíamos –resultó ser el primo de Isabela, y también trabajaba en la Ford– era un trozo de pan más allá de su imponente fachada.

–Vamos a ir a aquel pinar y plantamos las tiendas. Habrá que dormir la mona, ¡digo yo! ¡Y

luego disfrutar de todo esto! ¡Juntos! ¡Que para eso somos jóvenes y estamos de vacaciones! ¡En Ibizaaaaa! Yujuuuuu

–¡Yujuuuuuu! –Respondimos todos, mientras nos encaminábamos, abrazados por la calle, a aquel pinar cercano.

Sí, aquel fue mi viaje iniciático, donde dejaba atrás la adolescencia y primera juventud. Y empezaba otra cosa. Yo no sabía exactamente el qué. Pero había terminado mi formación universitaria y me acababan de llamar a filas, tenía un año por delante para pensar, para disfrutar, para dejarme llevar por aquella juventud rabiosa, a la que había tenido confinada en un cajón y que reclamaba también mi atención. Para vagar por las playas, por los bellos miradores, pero también por los callejones de la noche y sus vericuetos, por los caminos extraños que te marcan los latidos de tu corazón...

Sí, hoy he recordado aquel tiempo. Los Burning, ese grupo auténtico hasta la médula, que me ha acompañado desde entonces, suena de nuevo. Los Burning, ese grupo de perdedores, que nos recuerdan que nosotros también perdimos algo en aquellos años. Nosotros también fuimos expulsados del paraíso, de aquel mundo idílico de nuestra primera juventud. De nuestros sueños puros y románticos. De aquel primer amor. Y nos dejaron desnudos en plena calle. Sin nada que ocupara nuestra cabeza. Hasta que nuevos sueños, nuevos proyectos, nuevos ideales sustituyeran en nuestra mente a aquellos primeros que nos dejaron derrotados y heridos. Frustrados.

No mires atrás, nos dicen los Burning. Corramos juntos. Huyamos de esta ciudad. Así son los viajes en la juventud. Entonces todo se hacía más tarde, ahora estos viajes iniciáticos los jóvenes los realizan cuando terminan el bachillerato, o antes. Sí, huyamos de esta ciudad, de esta etapa de la vida que se acaba. Vayámonos a Ibiza, o a Bali, o a Hawai-Bombay... A ese sitio maravilloso, a ese paraíso, donde encontrar un ideal que tire de nosotros de nuevo hacia delante. La vida es una huida permanente. Para llegar no sabemos dónde. Como mis pensamientos, que ahora vagan por mi memoria sin orden ni concierto. Buscando no sé el qué. Debe ser cosa de la enfermedad del olvido.

Pero no me importa, me quedan los Burning. Y Luz Casal. Me queda la música y el perfume de lo que fui. Y este libro de recuerdos que es como vivir todo aquello de nuevo. https://www.youtube.com/watch?v=NQZhHkeYuwg

Estuvimos cinco días en Ibiza inolvidables viviendo aquella juventud hippy y libertaria. ¡Pero habíamos quedado con un amigo de Dani en Mallorca!, que era el destino principal de nuestro viaje, aunque antes pasaríamos dos días en Formentera, nuestro reciente amigo, Suso, quería que tuviéramos la sensación de disfrutar de una isla pequeña, de verdad.

Cuando íbamos en el barco camino de Formentera, Dani y yo recordamos cómo se había gestado aquel viaje.

Un día de aquellos de verano, de uno de mis últimos veranos con vacaciones en El Sauce, debía yo tener unos dieciséis, nos habíamos ido a Los Olmos a vaguear y a tumbarnos a la

sombra sobre la hierba, a fumar, a beber cubatas de la cantimplora de Agus y, sobre todo, a hablar de chicas. Se aproximaban las fiestas de los pueblos vecinos: Canales del Ducado, Canredondo, Abánades, Esplegares y, por supuesto, la súper fiesta de San Bartolomé de Sace. Estábamos: Dani, Bertín, Ricardo, Agus, Javierito y yo, intentando afinar la puntería en nuestros planes, mientras hacíamos un repaso de todas las candidatas a protagonizarlos.

Pasó por allí un mozo ya de veintitantos, que acababa de venir de la mili, un chaval apuesto y guapo, aunque con un nombre que empujaba a la chirigota: Agapito. "Sí, ríete tú del Agapito, que tiene un ídem que no se lo merca un negraco", había oído yo de él.

El caso es que Agapito se detuvo un momento en el camino frente a la arboleda, seguro que él también se había pasado sus ratos allí haciendo más o menos lo mismo que nosotros. Había venido hacía no mucho de la mili, como dije, de Canarias concretamente, muy cambiado por lo que decían, y las chicas casaderas se lo rifaban.

–¿Qué, dándole al coco con las tías? –nos soltó a modo de saludo.

Nos quedamos un poco descolocados por lo certero de su apreciación.

Tomó la palabra Bertín:

–¿De qué va a ser si no? Como tú, ¿no te digo?

Agapito, condescendiente como un profesor de primaria, cruzó el camino y se sentó con nosotros.

–¡Dame un trago, anda! –dijo señalando a Agus.

Luego, sin pedir permiso, sacó un Fortuna del paquete de Bertín, lo encendió con mi mechero que estaba sobre la hierba y, después de exhalar la primera calada, dijo con un aire soñador, mientras miraba a las nubes.

–¡Lo importante en las tías es saber clasificarlas! –destiló por fin, lentamente, como si fuera la fórmula resultante de una alquimia mágica.

–¿Clasificarlas? –ganó tiempo Agus, luego se le ocurrió aquello típico entre los chicos–. Ah, claro, las que están buenas y los fetos.

Agapito sonrió esperando alguna respuesta más ocurrente por nuestra parte. A mí me interesaba poco aquello de clasificar a las chicas, yo ya había encontrado en Rosa María la respuesta a todas mis preguntas, así que permanecí en silencio. Los demás también lo hicieron, más que nada para que Agapito aclarara cuanto antes su solución mágica ante aquel laberinto irresoluble que sentían mis amigos con el tema.

–Si tenéis esto claro no se os embotará la cabeza jamás. Tenéis que clasificar a todas las tías en solo dos grupos, ¡solo dos!, que son: aquellas de las que os podríais enamorar y aquellas otras de las que podríais coger experiencia.

Nos quedamos un poco chocados. Nos miramos unos a otros un tanto decepcionados. Eso ya nos lo habían dicho otras veces.

A mí me surgió una duda. A veces me daba por pensar que a Rosa María yo no le gustaba tanto como ella a mí. Y eso es lo que le dije.

–Y si tú te enamoras de una y ella de ti no, ¿qué pasa?

–Una buena pregunta, Germán, pero que tiene una respuesta clara y sencilla, ¿y cuál es? ¡Pues la pasas al otro grupo!

Me quedé boquiabierto. Yo no haría eso jamás. Pensarlo me producía una gran tristeza. El tal Agapito nunca debía haber sentido lo que yo vivía en mi interior en aquellos momentos.

Agapito me miró con cierta ternura. Y soltó una frase un tanto enigmática para mí entonces.

–Al principio hay que pasar la mona –y se dio un nuevo trago con la cantimplora–. Luego, todo se olvida.

Pero a Bertín no se le olvidaba aquello que le zahería la cabeza, y un poco más abajo de la cintura, sobre todo, aquello del enamoramiento le importaba más bien poco, él andaba en una fase de conquista total al sexo opuesto.

–Agapito, eso está muy bien. Pero la experiencia, ¿cómo se coge?

Agapito fumó otra calada del Fortuna de Bertín y, tras expirarla, entornó los ojos de nuevo y dijo con firmeza:

–Donde estén las suecas, que se quiten todas las demás. Esas te ponen al día sin que tú tengas que hacer absolutamente nada. ¡Os lo digo yo! Yo me doctoré haciendo la mili en Canarias. Y, ahora, ya veis, impartiendo clases en Sace. ¡Y en los alrededores!

Aquel año llevaron el agua corriente a Sacecorbo, me acuerdo muy bien, el progreso llegaba también a aquellos pueblos perdidos. Eso de lavarse por trozos en un balde, o en los navajos de La Vega con las ranas se acababa. Otro día escribiré de ello. Hoy tengo que hacerlo de las suecas, una fuente del progreso sexual para toda aquella generación de entonces. Era el inicio del boom del turismo.

Agapito nos había recomendado al final:

–Vosotros que vivís en Madrid y tenéis posibles no esperéis a la mili, daos un garbeo por la costa y os acordaréis de mí. ¡Os lo juro, chavales! ¡Las suecas son lo mejor que hay!

Sí, hoy me he acordado de las suecas porque me ha llamado Dani y me ha preguntado que qué tal estoy. Todo el mundo me pregunta que qué tal estoy. Como si fuera un bicho raro. A mí ellos también me parecen muy raros y no les pregunto nada. Le he dicho que bien, claro. Y también que si se acordaba de las suecas. Pero Dani se ha salido por la tangente, yo creo que no se acordaba o no quería hablar de ello.

Pero yo sí que me acuerdo, ¡y muy bien!, de aquel otro día que me llamó unos años más tarde de cuando hablamos con Agapito en la arboleda de Los Olmos. Cuando estábamos pensando en organizar aquel viaje para olvidar nuestro mal de amores.

–Oye, Germán. Mira, me acaba de llamar Chema, un amigo mío que está haciendo la mili en Palma. Me dice que se está poniendo morado con las guiris, ¿qué te parece si nos dejamos caer por allí?

El viejo remedio de que la mancha de una mora con otra verde se quita. Las chicas de la Ford ya lo habían hecho, –cuánto aprendí, ¡y cuánto olvidé!, yo con Isabela, una especie de Martuqui, mucho más acelerada–, pero el misterio de lo foráneo envolvía nuestra mente, la nuestra y la de millones de españolitos que en aquellos años descubrían sus cuerpos medio desnudos en las playas españolas, tal vez como ellas buscaban la rudeza y la simpleza de aquellos españoles morenos y medio gitanos, hartas de los rubios, y sosos, de su país. Así se había gestado aquel viaje.

Suso quería enseñarnos Formentera. Allí había muchas guiris.

–A nosotros nos interesan las suecas, ¿verdad Germán? –le cortó Dani, recordando a Agapito, cuando nos empezó a explicar.

–Sí, sí, suecas también hay –nos tranquilizó Suso.

Cogimos el ferry desde Ibiza, nos había costado dejar a nuestras libertarias de la Ford, la verdad, y llegamos a Formentera casi al anochecer. Cerca del puerto había unas decenas de guiris, Suso, que era el único de nosotros tres que decía que hablaba inglés, nosotros constatamos una vez más la inutilidad de nuestro francés, se acercó a un grupo de tres chicas, estuvo hablando con ellas y, sobre todo, gesticulando y señalando con el índice la carretera. Cuando ya lo tenía todo claro volvió con nosotros.

–Nada, chicos, todo claro –nos confirmó–. Hay una fiesta esta noche. En una casa grande que hay en la carretera, a la altura de La Tramontana. Se llama La Noche Tramontana, precisamente. Música, algo de hierba y chicas colocadas. ¡La de Dios! –concluyó.

–Queremos suecas, pero que hablen español –insistió Dani.

–Claro, claro, vamos a alquilar unas bicis. Nos unimos con ellas y ya vamos juntos.

Nos pareció oportuno, allí casi todos los guiris iban en bici.

Preguntamos por una casa de alquiler de bicicletas, pero, cuando volvimos con ellas, no había rastro de las guiris. Ya se habían marchado. Así que cogimos la carretera en dirección a La Tramontana.

Se había hecho de noche. Una noche oscura, llena de diminutas estrellas en el cielo y una luna menguante. Íbamos solos por la carretera, de vez en cuando pasaba un automóvil. Era una carretera estrecha. Yo iba con cien ojos, aquello no me parecía nada seguro.

Sobrepasamos La Tramontana y no vimos ningún establecimiento con ese nombre.

–A ver, Suso, ¿te has enterado bien? –inquirió Dani.

–Bueno, tenían un mal inglés. Pero algo de La Tramontana han dicho. Eso, seguro.

Acabáramos. Estábamos perdidos en mitad de la isla en medio de la noche. Regresar a por nuestras cosas, las habíamos dejado en una taquilla en el puerto, nos parecía cansado y arriesgado. Amén de si estarían abiertos a esas horas. Se hizo un silencio entre nosotros,

parados en nuestras bicis a un lado de aquella carretera sin arcén.

De repente, se hizo nítido el arrullo del mar, aguzamos el oído. El oleaje estaba muy próximo.

–Chicos, ¿qué os parece que durmamos aquí, en esta desconocida playa, con las bicis a nuestra cabecera, sin saber ni dónde estamos? –sugirió Suso.

Y eso es lo que hicimos. Era una noche muy agradable. Acomodamos nuestros cuerpos en la arena y nos quedamos mirando las diminutas estrellas, fumando un pitillo. Un delgado rayo de luna se perdía en el infinito dorando las rizadas aguas.

Ha pasado mucho tiempo, y he viajado mucho, pero no recuerdo una noche tan bella como aquella que pasamos entonces, cerca de Es Caló. La amistad, la luna, el mar y nuestra juventud, ¿se puede pedir algo más?

Pero, dicen que los buenos momentos no duran siempre. ¡Ni mucho menos! Cuando amaneció y nos despertamos, Suso dio un respingo. ¡Se había dormido encima de un hormiguero!

Se levantó sacudiéndose a las hormigas de encima y corrió hacia el mar, era una cala de arena blanca, rodeada de rocas. Lo vimos entrando en el agua a toda velocidad, buscando alivio a la picazón.

Al poco lo oímos lanzar un gruñido espectacular, como el de un oso herido. Levantamos la cabeza y lo vimos salir del agua a la pata coja, dando alaridos y mirándonos con unos ojos saltones y estupefactos.

–He pisado un erizo, ¡esto duele la reostia! –nos soltó, casi sin poder hablar.

Dani y yo nos levantamos de aquel colchón de arena y corrimos a socorrerlo.

¡Qué mala suerte! Una de las púas del erizo, de un par de centímetros, había entrado justo entre la uña y la carne del dedo pulgar. Se había roto y allí se había quedado.

Lo sentamos en el suelo y Dani, que tenía las uñas más largas que yo, intentó agarrarla y extraerla. Pero no asomaba la punta y, además, a cada intento de apretar para que saliera, el pobre Suso, daba unos alaridos como si se le partiera el alma.

En la carretera paramos a un ciclista y nos informó que había un puesto de salud a unos cinco kilómetros en El Pilar de la Mola, y allá que nos fuimos, el pobre Suso también pedaleando, no quedaba otra. Allí, embadurnado de aceite y de pomadas, consiguieron extraer la púa que el bueno de Suso insistió en quedarse de recuerdo. Nos dimos un buen almuerzo y, lo que es la juventud, todavía nos quedaron fuerza y ganas para acercarnos a Las Salinas, tras quince kilómetros pedaleando, y flotar sin esfuerzo en sus aguas saladas. Suso, decía:

–Ah, Dios nos da dolor solo para que luego comprobemos el placer de su creación –suspiraba, relajado y traspuesto, flotando boca arriba en aquellas aguas que eran una bendición.

Su pulgar miraba al cielo como confirmando todo lo que había dicho su dueño.

Sí, la amistad es aliada de la juventud. En aquel viaje iniciático, donde compartíamos inexperiencias e ilusiones a partes iguales, floreció aquella amistad entre nosotros que hizo, que

los años siguientes, nos lanzáramos a nuevas aventuras juntos. ¡Aquellos chicos del ámbito rural, Suso era de un pueblo de Asturias, tenían unas ganas inmensas de conocer, de comerse el mundo!

Llegamos a Palma de noche y nos dirigimos a un piso, que tenían alquilado en el barrio viejo, Chema, el amigo de Dani que hacía la mili allí, y sus amigos. Nos había dicho que nos dejaba la llave en el bar de enfrente, él tenía guardia esa noche. Pero cuál sería nuestra sorpresa cuando el barman nos comentó que a Chema le había sido imposible acercarse a dejar la llave, pero que podíamos entrar por la terraza.

Así que nos dispusimos a hacer una de las varias cosas que un chico de internado religioso, como yo, no se hubiera atrevido a intentar. Teníamos que subir a pulso por el canalón hasta el primero, allí, colgarnos de una cornisa un par de metros y, en el vacío, saltar la barandilla de la terraza y colarnos dentro. Había un riesgo claro de costalazo, amén de que algún vecino se asustara y llamara directamente a la policía. El barman nos tranquilizó, en el peor de los casos él saldría al paso con las instrucciones del arrendatario, nuestro amigo Chema.

Con más miedo que alma nos fuimos encaramando por el canalón, yo exigí ser el del medio, por nada del mundo me hubiera quedado el último, eso se lo reservamos a Dani, al fin y al cabo, él era el amigo de aquel impresentable de Chema, ¿no?

Entramos y nos encontramos un antro de lo más pringoso que yo he visto en mi vida. Aparte de destartalado y sucio, en el baño no había alcachofa de ducha, sino un bote de coca-cola con el culo agujereado.

–¿Y aquí se traen los militronchos a las guiris? ¡Madre mía, ya tienen que tener ellas valor!

Al día siguiente quedamos con Chema en una playa de Magaluf, donde había más alemanas que en Alemania.

Chema era una versión gemela del maño Deogracias del tren. Ambos descendientes del pulpo de las siete manos. Empezamos a jugar en el agua pasándonos uno a otro un balón. Una excusa para echarlo cerca de unas irlandesas que se sentían allí tan perdidas y extranjeras como nosotros. El tal Chema, con un rostro como el frontón de El Sauce Curvo, intentaba meter mano a cualquiera de las irlandesas cerca.

–¡I´m hot! (estoy caliente) –repetía por lo bajinis a cualquiera de las irlandesas–. ¿Are you hot? (¿Estás tú caliente?). –Y extendía la mano por debajo del agua para toquetear a las rubias aquellas.

Ellas se reían y se hacían las locas mientras trataban de apartarlo. Pero una de ellas al poco ya se estaba morreando con él en el agua. Unos minutos más tarde, ya poniéndose el sol, se fugaron los dos no sé dónde. Tal vez a algún sitio fresco para bajarse mutuamente la temperatura.

Las otras tres, un poco menos locas que su compañera, pero también con ganas de marcha, le explicaron a Suso, el único que entendía algo de la lengua de Shakespeare, que se iban a cambiar a su apartamento, lo señalaron con el dedo, estaba justo enfrente de nosotros y que las

esperáramos en la playa.

Chema nos había dejado dicho:

–No perdáis el tiempo intentando hablar, es imposible entenderse con ellas, os lo digo yo, que solo necesito cuatro palabras de inglés. La vía es ponerse a beber como un cosaco o fumarse unos canutos, que por aquí se consiguen así –chascó los dedos en señal de facilidad–, aunque esto último yo no lo hago porque me cae la mundial en el cuartel si me pillan, pero vosotros al ataque por esas dos vías.

Así que compramos una botella de ron y unos litros de coca-cola, el costo, nos dijo Suso que era el único que tenía experiencia en el tema del chocolate, era mejor adquirirlo cerca del piso, en el barrio viejo de Palma.

En cuanto bajaron las tres irlandesas, empezamos a darle al ron, con unos vasos de plástico que nos habíamos mercado en el súper. Había anochecido ya, pero estábamos sentados en corro los seis en la playa al borde del agua. Ya iba quedando poca gente.

Era un rollo de lo más raro. Ellas hablaban en inglés, bien con sus amigas o con nosotros que no las entendíamos ni papa y nosotros en español hacíamos lo mismo.

–Habrá que empezar como Chema, a meterlas mano –le soltó Dani a una irlandesa, que sonrió y movió la cabeza en plan afirmativo. Aquello era la monda.

Tuvimos que comprar una segunda botella y que unos hippies se pusieran cerca a tocar la guitarra. La música y el alcohol bajaron las defensas por fin de aquellas mozas.

Nos empezamos a besar y a abrazar tumbándonos con ellas por la arena, una pena de sus vestiditos limpios que se habían puesto, pero dos municipales que nos observaban se acercaron y nos dijeron que allí de eso nada. Tampoco nos dejaban ellas subir a su apartamento, seguro que allí tenían alguna prima o familiar y no querían desmelenarse y que luego se supiera en la católica Dublín. Todo esto a través de Suso, vete tú a saber si el tipo se enteraba o no de las cosas.

Así que nos fuimos con ellas a Palma. Suso en unas callejuelas empezó a susurrar a unos medio moros que había:

–¿Costo? ¿Costo?

Consiguió unos trozos de chocolate y vino con una sonrisa de oreja a oreja. Yo estaba que alucinaba. A veces me llevaba las manos a la cabeza y estaba a punto de huir de aquel grupo, descendíamos por una pendiente que a mí empezaba a darme miedo. Pero entonces Dani me pasaba la botella, ya bebíamos directamente a morro, y volvía a regresar como cordero manso a aquel rebaño.

Otras veces era Sue, la irlandesa con la que me había emparejado, la que viéndome pensativo, se acercaba:

–What do you think my dear? (¿Qué piensas cielo?)

Y antes de que yo contestara nada se daba un morreo conmigo que, por el alcohol que llevaba ella encima, era ya como si me lo diera directamente con la propia botella.

Subimos a nuestro apartamento –ahora sí, Chema nos había dado la llave– y, lo que son las cosas del alcohol, hasta lo encontré atractivo y cómodo. Nos dejamos caer sobre unos sofás vetustos que había en el salón y Suso, que ya tenía alguna experiencia con el hachís, preparó seis porros como la trompa de seis elefantes. Yo a aquellas alturas ya no tenía capacidad de reacción, sino solo de seguidismo borreguil.

A mí fue el que más efecto me hizo según me contaron más tarde, Suso creía que había un trozo de más pureza y me tocó a mí. El caso es que ascendí a un estado de relajación suprema y de clarividencia máxima. De las pocas cosas que recuerdo era que podía leer perfectamente los pensamientos de mis amigos y, aún más, ¡toma nísperos!, de las propias irlandesas antes de que empezaran a hablar. Aquel era un mar de sintonía entre el mundo y yo.

Acabamos cada uno con nuestra irlandesa en una habitación, en aquellos camastros en los que mejor era tumbarse, alucinado perdido, que pensar en los que previamente habían pasado por allí.

Sue, viendo mi estado, sonreía y se mostraba de lo más feliz. Tenía un hombre a su disposición para hacer con él lo que le placiera.

–My baby, my dear… –me decía mientras me desnudaba.

A media noche me desperté tras el colocón. Sue rezongaba a mi lado. Olía a alcohol que echaba para atrás, a qué iba a oler si no la pobre, y roncaba como la vieja trillana de El Sauce subiendo por las Siete Revueltas.

Me vestí y salí a la calle. Hacía una noche espléndida. Me encontré conmigo mismo. Me senté en un banco que allí había y al poco apareció Dani.

Nos miramos y nos entendimos sin hablar.

A la mañana siguiente nos dividimos. Dani y yo alquilamos un coche, queríamos recorrernos Mallorca entera, Suso, Chema y un par de militronchos que vinieron se quedaban con las irlandesas.

Una vez recogimos el coche paramos a echar gasolina. Allí había dos chicas haciendo autoestop, notamos que nos analizaban de arriba abajo, era la ventaja de hacerlo en la gasolinera, podían darse una idea de con quién se montaban.

Por fin se acercaron. Eran dos zamoranas de la Castilla profunda.

–Nos montamos con vosotros, pero no hacemos nada que no queramos, ¿queda claro?

–Como el agua.

Lo pasamos en grande. Y disfrutamos de Mallorca, esa isla tan bella, tan sugestiva.

Mi chica, Lucía, era una nadadora de primera, Montse, la de Dani, tampoco lo hacía mal, habían nacido junto al lago de Sanabria. Nosotros dos, como representantes de un pueblo de secano solo nadábamos lo justito. Cuando íbamos a una cala que no conocíamos, Lucía iba caminando por el agua.

–Aquí hago pie –decía–. Ojo, aquí, pozo –nos alertaba unos metros más allá.

La primera noche amagaron con irse a dormir a una habitación diferente, ellas dos en una,

nosotros dos en otra, pero, al final nos fuimos cada uno con una.

Eran muy claras:

–Hacemos hasta ahí, más no. ¿Queda claro? –me dijo Lucía, cuando nos quedamos solos, debía ser de la misma escuela que Martuqui.

–Como el agua.

Dani y yo nos conocíamos perfectamente ese percal. Aunque la última noche hubo regalo extra.

En el piso de los militronchos de Palma cuando volvimos había novedades, una no muy buena, aunque solo se quedó en el susto. Nada más irnos nosotros, esa misma noche, un coche atropelló a uno de los militronchos amigos de Chema, mientras iban con las irlandesas al piso, ciegos de alcohol como siempre. Afortunadamente solo había sido un raspón, pero no les quedaron ganas de fiesta por unos días.

Dani y yo nos miramos, quizás recordando las viejas enseñanzas de Agapito.

–Las buenas son las suecas –habría dicho.

Nosotros solo habíamos probado las irlandesas, pero como el producto nacional, ¡nada de nada! Al día siguiente llegamos a Valencia, nos despedimos de Suso, ¡quedábamos citados para el siguiente año! Y pusimos rumbo a Madrid. A ambos nos esperaba el pelo al cero y el uniforme caqui. ¡Dios, aquello era un no parar!

Cuando llegamos a Madrid, sentíamos que todas nuestras preocupaciones amorosas que nos martilleaban antes de aquel viaje iniciático habían quedado atrás. Como si una nueva, y feliz, etapa empezara a partir de entonces. ¡No teníamos ni idea de lo que nos esperaba!

Hoy recuerdo aquellos días de evasión, como si yo en aquel viaje hubiera sido otro, una persona diferente, desconociendo que ese es el secreto de todos los viajes. Lo aprendí entonces, viajar es desconectar de tu realidad y de tus limitaciones diarias y, por un momento, romper tus cadenas y volar. Cargar las pilas y regresar con ellas a tope, para intentar convertir tu rutina diaria en una aventura.

Ahora ya no viajo. ¡Odio los coches! No puedo montarme en ellos. Yo no sé el porqué, pero seguro que hay algo que me produce esta fobia, aunque yo lo desconozca. Lo único que sé es que si lo intento me pongo muy nervioso y me duele la cabeza tanto que creo que me va a estallar. Gracias a Dios que Clara conduce y me trae todo lo que necesito.

Así que, –ya sé que es una pena–, yo no puedo cambiar mi realidad haciendo un viaje soñado. Ni puedo evadirme para olvidarme de esta enfermedad del olvido –vaya chiste que me ha salido con este juego de palabras, ¿verdad?–. Pero tengo esta maleta llena de recuerdos y este libro, que escribo como si fuera un viaje, un viaje por aquel tiempo de mi juventud, y con él puedo aguantar en pie cada uno de los días eternos que nos quedan de este sofocante e interminable verano de Madrid, esta ciudad que será el último refugio de mis últimos días.

18. LA MILI Y EL FIN DE LA INOCENCIA

Volví a casa de mi viaje y la vida seguía. Y la muerte también. Apareció como un zarpazo premonitorio de aquel año negro que me esperaba. Mi abuelo Joaquín murió de repente y dejó a mi abuela Leonor sumida en la soledad, todos sus hijos estaban en Madrid.

Quisieron traerla y que viviera con ellos, un par de meses con cada uno de sus tres retoños. Pero ella prefirió permanecer en El Sauce Curvo. Allí había nacido, se había casado con un chico de allí, el abuelo Joaquín era su vecino de calle, allí había tenido a todos sus hijos y había cuidado de todos sus nietos. Arrancarla del pueblo era arrancarla de su hábitat de siempre.

A partir de ahora su vida sería un manojo de ausencias. Pero también de recuerdos. Sus personas queridas ya no estaban a su lado, pero todo lo que miraba y tocaba le traía recuerdos de ellas. Todas las tardes se daba un paseo desde su casa, en la carretera, hasta el cementerio, al final de la Cuesta de San Roque. Allí hablaba un rato con su marido Joaquín, el único hombre que había habido en su vida, desde que un día este se fijó en ella, cuando solo tenía catorce años y él dieciséis. Luego iba a la tumba de sus padres, limpiaba la lápida y se llenaba el pecho de fragancias de su niñez.

Nunca salió en su vida de El Sauce Curvo, y ojalá no tuviera que salir. Solo esperaba que un día, cuando Dios dijera, se mudara desde su casa en la carretera a esta pradera verde del cementerio, silenciosa y soleada que, para ella, era otro barrio más del pueblo, en el que vivían ya muchos de sus seres queridos.

Sí, aquel mundo de la abuela Leonor, ¡era tan diferente al que nos tocaba vivir a sus nietos en la gran ciudad!, en aquel Madrid gigantesco que devoraba a sus habitantes haciéndolos irreconocibles, huérfanos de su terruño y de sus simples principios de vida. Aquella era la ciudad de la complejidad, de la ambición y de la confusión. Yo a veces echaba de menos la sencillez, la hondura y la autenticidad de vidas como las de mis abuelos Joaquín y Leonor.

Pero ellos habían vivido las suyas de la forma que habían sabido, querido y podido, como todos, y ahora nos tocaba a nosotros enfrentarnos a las nuestras. Eso es lo que me dijo mi abuela Leonor:

–No te preocupes por mí, Germán. Voy a vivir como deseo. Tú deberás vivir como te marca tu tiempo, que es muy diferente a como fue el mío. Pero no te olvides nunca de tus raíces, de toda la gente que un día te quisimos. Eso, lejos de distanciarte de tu tiempo, te acercará a él, pero con asideros firmes. Te lo aseguro.

Qué sabias palabras las de mi abuela Leonor. Pero hoy me levanté triste, porque me toca escribir sobre una época dolorosa y confusa de mi vida. Aunque también hubo momentos luminosos en ella, momentos divertidos y llenos de ilusión.

Tuvimos la despedida de quintos. Nuestra pandilla de Sace se juntó y nos dieron un fiestón a

Dani, que se marchaba a Córdoba, y a mí, que me marchaba a León. Fue como una despedida de soltero, antes de casarnos con el ejército. Había un aire de cambio de etapa, en muchos trabajos de entonces te preguntaban cuando aplicabas para un puesto:

–¿Ha hecho usted la mili?

Cuando la habías hecho, se añadía a tu currículo un poso de madurez, de adultez, de seguridad y seriedad que antes no tenías. Por ello había que celebrar el iniciar esta etapa. Y eso es lo que hicimos por los bares y tascas del centro de Madrid. Agarramos una cogorza monumental y agotamos la noche cantando abrazados por las calles. Hasta entonamos el "Adiós con el corazón" que reservábamos para las grandes ocasiones etílicas.

Unos días antes de incorporarme a filas me llamó Martuqui. Hacía casi un año que no la veía, pensaba que ya se había ennoviado y todo, conservaba en su agenda la fecha de mi incorporación a filas.

–Hola, mi soldado, ¿creías que ya te habías olvidado de mí? –me dijo cuando me llamó.

–Pero, Martuqui, qué alegría. Si pensaba que ya estarías preparando tu boda.

–Menos lobos, caperucita, que ya hace dos meses que no salimos.

Nos vimos y fue igual que siempre. Tenía la virtud de hacer que el tiempo no pasara entre nosotros. Era capaz de mantener algo fresco y novedoso en nuestra amistad, que la dotaba de una consistencia que superaba los largos periodos de ausencia.

Ya vivía sola. En un apartamento pequeño y coqueto en Hortaleza. Su ascenso en el trabajo se notaba, aunque la carrera de Derecho, por esas mayores responsabilidades se resentía, se hallaba en cuarto, ese curso siempre terrible en todas las carreras, con algunas pendientes de tercero.

Me invitó a cenar en su casa, cada vez cocinaba mejor, la verdad. Me recordó aquella vez primera que me quedé a dormir con ella. Fue igual, solo que ambos teníamos más experiencia, como si ambos hubiéramos hecho la mili.

–Cuando termines la mili, –continuó ella con mis pensamientos– si esto sigue igual entre nosotros, tendremos que pensar en algo, mi soldado, ¿no?

–Totalmente, mi chica Guadiana. Cada vez te veo más como río río. Ya sabes: corriente continua de agua, no esporádica ni intermitente.

Los dos flirteábamos, como siempre, pero, como siempre, también decíamos algo de verdad.

Ninguno de los dos éramos conscientes de que sería la última vez que nos veríamos en plan pareja. Al poco, yo empecé a salir con Ainhoa, se lo dije, ella conocería al hombre de su vida, un empleado del Banco Español de Crédito.

No paré de reírme cuando me comentó su profesión.

–Es lo más parecido a ti que he podido encontrar –añadió.

Otra puerta que se cerraba a lo que quedaba de mi adolescencia. De sus brillos más generosos y hermosos. De Marta, aquella chica especial, electrizante y única, a la que le gustaba que la llamaran Martuqui. Fue un placer compartir con ella todos aquellos momentos

luminosos que vivimos.

El Servicio Militar Obligatorio, comúnmente llamado *la mili*, arrancaba desde el siglo XVIII, cuando la incorporación de profesionales al ejército no era suficiente, se trató de compensar con las levas de vagos y maleantes pero esto último aportaba más problemas que soluciones, así que se obligó a los varones jóvenes a incorporarse al ejército por un periodo de sus vidas. En la dictadura este servicio se incorporó a las Leyes Fundamentales del Movimiento: "Constituye título de honor para los españoles el servir a la Patria con las armas. Todos los españoles están obligados a prestar este servicio cuando sean llamados con arreglo a la Ley".

En 1979, cuando yo la hice, la duración oscilaba entre 15 y 18 meses, estaba prohibido casarse y salir al extranjero durante la incorporación a filas y no se permitía la objeción de conciencia, que llegó en 1984. Tras una reducción del plazo a 9 meses en los años noventa, se suprimió por un ejército profesional en 2001.

Aparecimos todos los reclutas en El Ferral del Bernesga, León, el primero de septiembre. Allí estaba, en una extensa llanura llena de árboles, el Campamento de Reclutamiento con varios barracones para albergar a3 . 000 soldados y un campo de maniobras enorme.

El primer día nos cortaban el pelo, nos duchaban en unas duchas públicas en herradura, donde íbamos corriendo desnudos entrando por un extremo y saliendo por el otro y nos ponían un montón de vacunas en ambos brazos, a mí me recordó cuando ponían el hierro en las reses de una ganadería.

Luego nos repartían las ropas y el petate al buen tuntún, quiere decirse de forma aproximada a tu talla. Si no te entraba la bota o, por el contrario, te parecías a Charlot con ellas, debías ser tú quien encontraras a otros militronchos con un problema inverso al tuyo.

Cenamos también un cocido aproximado: una sopa aguada y unos garbanzos que bien pudieran servir como balines de nuestros fusiles. El agua sabía a tuberías, aunque también se corría el rumor de que era el sabor del bromuro, un compuesto para rebajar las erecciones de aquella manada de varones en edad y no nos volviéramos locos con la forzada abstinencia.

Por fin nos fuimos a dormir, el recluta de debajo de mi litera, Rufino, tenía una cara mezcla de tristeza y de abatimiento.

–Yo no aguanto esto. Tengo un suplicatorio planteado por depresión. Si no me lo dan, lo mismo pierdo la cabeza y hago cualquier cosa –me dijo.

–Ojalá te lo den, Rufino. Cuenta conmigo en todo caso para llevar esto lo mejor que podamos –yo tampoco vibraba con aquello, pero llevaba toda mi vida adaptándome, no había otra.

Al día siguiente empezó el tute. Bajo un sol de justicia empezamos a hacer la instrucción:

–¡Izquierda, ar! ¡Derecha, ar! ¡Paso ligero!

Acabábamos reventados, exhaustos. Pero había algo en el ambiente del campamento sano, reconfortante. ¡Éramos todos iguales! ¡Brotaba un compañerismo entre nosotros entrañable! ¡Nos uníamos para capear el temporal! Los seis que dormíamos en las tres literas más cercanas nos hicimos muy amigos.

Descubrí que la esencia del ejército era la desaparición de tu persona como ser individual. Todo el mundo nos mandaba, te tenías que cuadrar ante los superiores, que allí eran todos, y saludarles con un:

–¡A sus órdenes!

Lo repetiríamos cientos de veces al día.

Éramos autómatas de la obediencia, robots disciplinados, peones del ajedrez del ejército. En la guerra no se discute, se obedece al superior, se entrega la vida por tu compañero, eres una bala contra el enemigo que otro, tu superior, dispara. Quizás sea la única manera de mantener unido a un ejército en la guerra, y en la paz, mediante la obediencia absoluta e inmediata a lo que te mandan.

Por ello, cuando terminábamos la jornada, lo celebrábamos por todo lo alto, poniéndonos de alcohol hasta las cejas en la cantina de los soldados. Nuestros mandos hacían lo propio en la cantina de los oficiales, quizás por lo mismo.

En ningún sitio, en toda mi vida, he visto circular tanto el alcohol.

Aparte de la instrucción, lo que sí molaba era aprender a disparar: con fusil, el famoso Cetme, con metralleta, que era mucho más difícil que en las películas, porque el arma se te iba para arriba y acababas disparando al cielo y con pistola, que parecía un arma más de tiempos de paz que de guerra.

Entendí la fascinación e incluso el erotismo que siempre han producido las armas. El peligro y la muerte siempre han sido sensaciones turbulentas a la vez que aleccionadoras. Así que cuando vestías tu uniforme e ibas armado, un brillo de importancia asomaba a tus ojos y te engallabas al caminar como hacen los machos en el periodo de celo delante de las hembras, aunque allí, era una pena, las hembras brillaban por su absoluta ausencia.

Y luego estaban los servicios a la comunidad que te imponían, porque en el campamento no entraba nadie aparte de los soldados. A mí me tocó uno de cocina memorable, duraba 24 horas, pero a mí me pareció una semana, si no más.

Empezamos como a las cinco de la mañana. Tuvimos que ir en unas furgonetas a un almacén y cargar la carne, depositada en unos enormes frigoríficos, decían que llevaba congelada décadas, procedente de Argentina, las patatas, las cebollas y demás alimentos para el día. Luego corríamos a preparar los desayunos. Los 3.000 soldados se levantaban con un hambre de caballo y aparecían en los comedores a las siete treinta. Ya entonces el sargento de cocina, con los nervios a flor de piel, empezaba a sacudir patadas y mandobles.

–¡Tú, atontado, mueve el culo con esos croissants, que pareces una tortuga baldada! –y te largaba un escobazo si no te alcanzaba con brazos o piernas.

Cuando se terminaba el desayuno, empezaba el trabajo gordo de la comida: no he llorado

tanto en mi vida como pelando cebollas tres horas seguidas, luego limpiábamos las ollas de metro y medio donde se cocían las lentejas, nos metíamos en ellas de pie y allí les dábamos con un cepillo que a lo mejor era el mismo con el que se limpiaba el suelo o los baños, había guarros que hasta hacían pis en ellas. Se llenaban luego de todo lo que encontrábamos además de las lentejas, cebollas, patatas, trozos de carne, cigarrillos y hasta algún escupitajo de alguno que se creía gracioso.

Cuando se acercaban las dos, la hora de comer, el sargento Berlanga estaba ya al borde de un ataque de nervios. Lo mejor era no estar a su lado. Yo, viendo el percal, estuve lavando una cacerola en un cuartito, media hora seguida, ni por asomo salía a la sala principal, allí volaban los puntapiés y hasta los tomatazos.

El pobre Rufino, mira que se lo dije, se quedaba de pie en una esquina o inclusive, con la esperanza de que le concedieran el suplicatorio, se hacía el bueno y le preguntaba al sargento que qué hacía. A este le llevaban los demonios y acabó plantando dos tortas al pobre chaval que cada día entendía menos lo que pasaba.

Así todo el día hasta que te relevaban a las cinco de la mañana, molido como el saco de un boxeador. Y encima con el desconsuelo de que no volverías a probar aquella comida salvo que te murieras de hambre.

A las tres semanas de aquel cautiverio nos dejaron ir un domingo a León. Aquello fue como soltar a una manada de toros del toril. Íbamos en el autobús cuando llegamos al pueblo de El Ferral, una aldea del tamaño de El Sauce. La primera mujer que vimos debía ser una viuda de unos setenta, rigurosamente de negro.

–¡Tía buena! ¡Me pones como nadie! ¡Eres lo más guapo que hay! ¡Vente a la cama conmigo, moza!

La señora miraba a todos los lados, pero era ella la única que iba por la acera de la carretera que cruzaba el pueblo. Cuando la sobrepasamos, miré para atrás y una gran sonrisa se le había pintado en la boca.

Llegamos a León y aquello fue el despiporre. El maño Deogracias y el militroncho Chema eran aprendices a nuestro lado. Tres semanas sin ver a una mujer y, allí, había centenares. Lo de El Ferral había sido una pequeña anécdota de lo que pasaría durante todo el día por las calles de la capital leonesa.

Nosotros no íbamos a disfrutar de las vidrieras de la catedral sino a ponernos ciegos de alcohol en todo bar, cantina y antro que nos topáramos y a decirles a aquellas féminas todas las burradas que, ya sin la brida de la buena educación rota por los cubatas, nos llegaban a nuestra

mente calenturienta.

Recuerdo que por la noche llovía a cántaros. Nosotros perdimos el autobús y cogimos un taxi. A mí, como a todos los que nos controlamos en exceso cuando estamos sobrios, el alcohol nos hacía estragos y nos desinhibíamos hasta términos vergonzantes. El taxista acabó echándonos de su coche, yo me empeñaba una y otra vez en ponerle mi gorra.

Caminamos dos kilómetros bajo la lluvia por la carretera hasta llegar al cuartel. A mí me sujetaban como podían por los hombros para mantenerme en pie. Al día siguiente los tenía llenos de moratones.

Lo peor fue en la retreta, que era cuando el oficial de guardia pasaba lista y todos contestábamos "presente".

Oí mi nombre y apellidos y yo dije la verdad:

–Palafox Rodríguez, Germán.

–Ausente.

Carcajada general. El capitán dijo muy serio:

–Ese gracioso que se quede al final.

A mí se me empezó a pasar el efecto del alcohol a velocidades supersónicas. Le susurré a mis amigos.

–¡Echadme una mano, please (por favor)!

Pepe y Ramón, que eran unos compañeros como la copa de un pino, se arriesgaron por mí:

–Mi capitán, –se dirigió Pepe al oficial, cuando nos quedamos solos con él–. Está muy perjudicado, eso es todo.

El capitán me miró. Era un oficial noble. Se imaginaba lo que había ocurrido con aquella escapada a León. Tal vez también a él le había pasado en otras ocasiones. Luego miró a Pepe y a Ramón.

–Vosotros respondéis por él. Como se salga de madre esta noche os empapelo. ¿Queda claro?

–Sí, señor. ¡A sus órdenes!

Yo a esas alturas estaba más cuerdo ya que en toda mi vida.

Llegó la Jura de Bandera, para mí ese momento emotivo y bello debiera haber cerrado nuestra instrucción militar, todo lo que vendría después sobraba: una vida poco militar, sino aburrida, llena de inactividad y parca de alicientes, nos esperaba.

Me quedo con la visita de mi familia, aquellos pasos bajo el himno de España y el momento sublime de besar la bandera. El servicio a tu país era una causa noble, otra cosa era cómo se estructuraba luego todo aquello.

Volvimos todos en mi flamante Renault-12 TS. Tendría una semana de permiso, antes de incorporarme al Estado Mayor de la Capitanía General de Valladolid.

A mí no me apetecía nada el año largo que me esperaba en un destino que barruntaba, como luego ocurrió, era el de un oficinista con nada que hacer durante todo el día, sentado en su silla de mecanógrafo con una vida contemplativa y, sobre todo, perdida en las tuberías de los entresijos más ineficaces e improductivos de aquel trabajo seudo militar.

Yo acababa de terminar la carrera y bullía en proyectos que forzosamente tenía que aparcar. En mi vida sentimental estaba libre del pasado y disponible para encarar con realismo una nueva etapa y, tal vez, la última en la búsqueda del amor definitivo en mi vida, y aquella estadía en una ciudad a la que no iba a volver no me aportaba nada.

Tal vez por todo ello, levanté el teléfono y llamé a Ainhoa. La había conocido el día de nuestra despedida de quintos por las tascas del centro de Madrid. Me llamó la atención su seguridad, era una chica muy atractiva y resuelta. Además, era conocida de lejos de Dani, aunque los que conectamos aquella noche fuimos Ainhoa y yo. Antes de irnos a otra tasca y seguir celebrando en ella nuestra despedida de quintos, le pedí el teléfono:

–No soy el mejor plan. Pero me gustaría poder llamarte algún día cuando venga a Madrid de permiso –le dije.

–¡Claro que sí! –me contestó con aquella rotundidad que desprendía en todos sus actos, cogió un boli del bolso, arrancó una servilleta de papel del servilletero y me apuntó el número en ella.

Quedamos unos días más tarde. Me sorprendió su aspecto. Vino con la cara lavada, no súper arreglada como cuando la conocí y, aun así, me pareció inclusive más atractiva.

También ella se encontraba en un cambio de etapa, quizás por ello el nuevo look, nos

contamos nuestras vidas un poco por encima. Me llamó la atención un comentario suyo, no de ese día, sino de otro posterior, cuando ya habíamos intimado algo más:

–¿A ti también te han roto el corazón? –en cuanto lo dijo, se arrepintió de ello, fue la única vez que la vi insegura–. Era una broma, ¿eh? –rectificó.

Me quedé en silencio, fue la primera vez que no supe reaccionar, cosa que me ocurriría a menudo con Ainhoa. No entendía ni por qué me lo había dicho sin venir a cuento, ni tampoco por qué lo había retirado. Quizás quiso hablar de alguna experiencia suya y luego cambió de opinión.

El caso es que me atraía tanto su seguridad como su misterio. Cuando nos besamos por primera vez, en otro permiso que vine, no sentí la alegría de otras veces, ni tampoco el impulso por acelerar nuestra intimidad, algo me inclinaba a ralentizar nuestra relación.

Sí percibí en ella, sin embargo, esa alegría que dan los comienzos, el repunte de la ilusión por lo nuevo y, quizás, también una inicial decepción porque yo no empujaba ese tren con la misma velocidad que ella.

Quedamos en escribirnos. Alguna vez nos llamábamos por teléfono, este tampoco estaba disponible siempre, ni mucho menos. Pero en la mili las cartas eran mucho más importantes que las llamadas. Sin mucho que hacer, los soldados leíamos y releíamos las cartas de nuestras chicas una y otra vez. Y buscábamos en ellas los horizontes de ese universo que nos esperaba cuando termináramos, de ese mundo nuevo en que volveríamos a ser nosotros, más allá de aquellos muros donde solo éramos, vestidos con unos uniformes cada vez más desgastados, la sombra de lo que una vez fuimos.

España también vivía momentos de zozobra. Había gente poderosa que no quería que los españoles vivieran en paz resolviendo sus problemas con la palabra. En 1980 ETA cometió 395 atentados que dejaron 132 víctimas mortales y 100 heridos, y además hubo 20 secuestros. Fue un año de los más oscuros y violentos de la reciente historia de España. Los cimientos y los todavía endebles pilares de la joven democracia española temblaban como nunca ante aquellos terribles impactos y cada vez más gente se preguntaba cuánto podíamos aguantar así, con un estado inerme ante la violencia.

En cada atentado, el capitán general de la VII Región Militar, Ángel Campano, nos reunía en la capilla de la capitanía y asistíamos los doscientos de su estado mayor a un oficio religioso por las víctimas. Yo observaba, al terminar el acto, las mandíbulas contraídas y los bisbiseos de los altos oficiales de la región, no entendían que aquello estuviera ocurriendo y el ejército estuviera allí encerrado, sin poder hacer nada.

El edificio de la Capitanía General era un viejo y destartalado palacio en la Plaza de San Pablo, en el centro de Valladolid. En la capilla los soldados nos colocábamos pegándonos a las paredes rodeando los muros de la misma, temían que no aguantara el peso y pudiera venirse abajo. Todo en el ejército lo encontré viejo, ineficiente y desfasado.

Lo que hacíamos era de una inutilidad tremenda. Recuerdo que teníamos que proteger a un civil que iba todas las noches a la estación de tren a recoger el correo militar que recibía el capitán general, servicio de escolta, lo llamaban. Pues bien, íbamos dos soldados de escolta en la parte de atrás del interior del vehículo, uno de aquellos cuatro latas, una pobre réplica de lo que hoy sería un todo terreno. El civil y cartero era el conductor del vehículo.

Nosotros íbamos armados con dos fusiles de asalto sin ningún arma corta. Hubiera sido facilísimo atacarnos, inclusive con un simple cuchillo, dado que era imposible para nosotros enderezar y apuntar con nuestros fusiles por la falta de espacio dentro del coche.

Otro servicio que hacíamos era el de "escribiente de servicio". La primera vez que me tocó, me dijo el sargento:

–¡Germán, no te despegues de este teléfono en las siguientes 24 horas! Si llama alguien, avísame por este otro aparato –un segundo teléfono que había allí–, a este número.

Luego me enteré de que quien estaba de servicio era un coronel, se iba a su casa y dejaba encargado dicho teléfono de urgencias a un teniente, el teniente al sargento y el sargento aquel día a mí. Nunca había sonado aquel teléfono negro a ninguno de los soldados en la vida. Decían que a saber si funcionaría.

El colmo de los servicios era uno que denominaban la puerta de León. León era una calle lateral que daba al edificio de capitanía. Pues bien, por la parte interior había una mesa pegada a la puerta y allí sentado durante doce horas seguidas debía haber siempre un soldado. Su única misión era abrir el pestillo de aquella puerta para que salieran por ella los miembros de la familia del capitán general, si no deseaban salir por la puerta principal. No íbamos armados, porque había vigilancia armada en el exterior, nuestra función era solo levantar un pestillo. ¡Alguna ocupación nos debían dar a aquellos doscientos soldados de reemplazo que holgazaneábamos todo el día deambulando por aquel viejo edificio!

Si no estabas de servicio, sino en tu destino diario, la situación era la misma. Yo trabajaba en la primera oficina del estado mayor, junto con otros tres soldados. Era aquel un cuartucho siniestro, adosado a la oficina propiamente dicha, donde trabajaban un coronel, dos comandantes y dos tenientes. Nosotros rodeábamos con cuatro sillas pringosas a una mesa destartalada con dos máquinas de escribir en ella. Los dos soldados con menor antigüedad escribíamos de vez en tarde algo a máquina. Los otros dos, simplemente miraban todo el día.

La vagancia que ibas adquiriendo a medida que pasaba el tiempo y ascendías en aquella escala de antigüedad: chivo (novato), padre (hasta 6 meses), abuelo (hasta 12 meses) y bisabuelo (más de 1 año) era colosal. Al final te costaba hasta abrir y cerrar los ojos.

–¿No habría algún chivo que lo haga por mí? –decía adormilado el bisabuelo Pepón, que ya no hacía absolutamente nada.

La mili tenía dos o tres cosas buenas, sobre todo para la gente de la España rural, hoy España vaciada: los chavales salían de su pueblo, a veces por única vez en su vida, y conocían algo del mundo. También aprovechaban para aprender un oficio, sacarse el carnet de conducir que allí era más fácil, etc., y podían obtener alguna experiencia de mando por antigüedad sobre gente mucho más preparada que ellos, o de la ciudad. La mili era una oportunidad de enriquecimiento vital para las personas menos favorecidas.

Para el país en general la mili producía una mezcla de todas sus regiones muy interesante: catalanes, gallegos, castellanos, vascos, andaluces, aragoneses, etc., sufríamos las mismas penalidades y nos uníamos entre nosotros. A veces se fermentaba una amistad de por vida que cohesionaba al país. Ahora, vivimos en compartimentos estancos, defendiendo cada región sus intereses sin que haya una experiencia compartida como aquella.

Por contra, era una pérdida de tiempo mayúscula para la gente preparada, universitarios, funcionarios o profesionales, no solamente los quince meses que empleabas convirtiéndote en un vago redomado, sino los dos años anteriores en que tu situación laboral era precaria:

–Ah, pero le falta a usted hacer la mili –te decían si buscabas un empleo.

Por otra parte, aquella obediencia absoluta a los mandos y a sus directrices iba en detrimento de tu autonomía personal y luego estaban las bromas a los novatos, a veces muy dolorosas y humillantes que, en las personas de baja autoestima, podían causarles verdaderos traumas, cuando no cosas peores.

–Germán, el otro día me encontré con uno de Caballería, me dejó de piedra. ¿Te acuerdas de Rufino? –Me dijo mi compañero Ramón.

–Claro, el que dormía debajo de mí en el campamento, estaba pendiente de que le dieran una baja por depresión –le contesté.

–Pues el pobre ya la tiene, pero de forma permanente –me respondió contrariado–. Sentía claustrofobia y, a pesar de ello, en unas maniobras lo metieron en un tanque, salió el hombre trastornado, los veteranos se reían de él y, a partir de entonces, mucho más, una noche le

hicieron la taquilla y el pobre Rufino al día siguiente que tenía guardia se descerrajó un tiro con su cetme.

Yo me quedé helado. ¡Un chaval de veinte años! ¡Pobres padres que tanto habrían luchado por sacarlo adelante! Fue uno de los más amargos tragos que tuve que pasar durante aquel año aciago.

La taquilla era una broma que rayaba en la tortura. Te metían en uno de aquellos armarios metálicos que teníamos al lado de la litera y te amenazaban con tirarlo, contigo dentro, por la ventana. Luego te lanzaban desde la cama, o desde una silla, pero había un momento en que tú dentro del armario y casi sin aire, sentías cuando caías al vacío. La gente se orinaba del susto y cosas peores.

A mí y a otros dos que entraron conmigo nos hicieron el botijo: mientras dormíamos, echaban agua desde un botijo u otro recipiente a un vaso. El fluir del agua y el ruido de la misma te aflojaban tus esfínteres y el resumen era que te meabas en la cama y amanecías con una mancha enorme entre las sábanas, siendo la rechifla de todos. En fin.

Las bromas se retroalimentaban como en el caso del maltrato. Los chivos maltratados cuando llegaban a abuelos maltrataban aún más a los nuevos chivos, para desquitarse, y estos a los siguientes. Había algunas bromas graciosas que unían a todos pero, por lo general, era un trago molesto que teníamos que pasar. Yo con la experiencia del internado surfeé bastante bien aquellas olas, pero, a gente muy sensible, como el pobre Rufino, se la llevaron por delante.

Luego estaban los asuntos sentimentales. Las parejas tenían que lidiar con la distancia que producía la mili y con la aproximación de otros pretendientes o pretendientas. La lucha por obtener permisos en los cuarteles era tremenda, con los enjuagues, pagos, zancadillas y pillerías mil que esto traía consigo. ¿Cuántas parejas se fueron al traste con la mili? Nadie lo sabe, pero se cuentan por miles.

Sí, la vida personal se tensionaba al máximo con el servicio militar, como la situación de nuestro país se complicaba en aquel año de 1980. Ya a finales de 1978 los militares intentaron un golpe con la denominada Operación Galaxia. En pocos meses, asaltarían el Congreso de los Diputados, febrero de 1981, y estarían a un pelo de lograr sus objetivos; la inestabilidad, la crisis económica, la ola de atentados y la endeblez de un gobierno en minoría eran el caldo de cultivo.

Yo quería aprovechar aquella época de destierro en los cuarteles antes de que sucumbiera en aquella marea de aburrimiento y vagancia. Trataba de remediar una vida militar que, en realidad, era una vida en la nada.

Pedí trabajar en el banco en Valladolid y allá que me iba un par de tardes a la semana. A

través de un cura que conocía don Braulio, siempre don Braulio, obtuve un pase pernocta para dormir en casa del párroco, aunque, en realidad, una vez lo obtuve, dormía en una habitación que me alquilé y empecé a estudiar inglés en una academia.

En aquella habitación en lo que pensaba mayormente era en Ainhoa, que era el referente más atractivo que se alzaba en mi vida. Empecé a escribirle versos y a ponerla en un pedestal, donde yo pudiera colocar un alto faro que iluminara aquellos tristes días.

Parecer que te estoy viendo / y es no, que solo es sueño. / Soñar, que te estoy soñando. / Lejano estoy de ti / aunque así te acerco. / Y allá no hay ya, ni cuándo. / Riendo el sol por fin está / que ya te espero.

Siempre había necesitado el faro de una mujer en mi vida. Me entretenía haciéndole un retrato en un espejo, rayando con un cincel la capa de plata del reverso. Fueron horas y horas de trabajo minucioso. Quedó muy bonito. Sobre él le escribí los versos de arriba, cuando lo terminé ya tenía una profunda ilusión en mi corazón de nuevo: Ainhoa.

Ainhoa, una chica que no acababa de engancharme con su presencia, me ganó con su ausencia, en aquel barrizal de vida sin sentido que yo llevaba, y fue cobrando un protagonismo que llegó a ser total en aquellos meses. Vivía para obtener un permiso y acercarme a Madrid a verla, no siempre conseguía ese pase y era una gran frustración para mí.

Cuando estábamos juntos, sin embargo, yo volvía a casa con una sensación agridulce. Ainhoa era una chica atractiva, con una gran seguridad aparente en sí misma, tenía también algunos destellos esporádicos de alegría, pero había muchos momentos en que se quedaba en silencio, con una tristeza difusa que te contagiaba, había algún drama en ella que yo desconocía.

Ese drama por una parte me atraía, debía tener yo querencia por las complicaciones como mi tío Ezequiel, pero yo con quien mejor funcionaba era con las chicas alegres y dulces, tan distintas a ella, que sabían sacar de mí toda mi chispa: como Consuelito, Mabel, Martuqui o Lina.

Tampoco era pródiga en sus cartas ni me ofrecía conversaciones jugosas o intelectualmente interesantes, su punto era aquella seguridad y frialdad que mostraba que hacían mella en mí, que en aquella época estaba absolutamente descentrado. Recuerdo que Triana sacó una canción con una letra que yo le hubiera aplicado sin duda a ella: "Tu frialdad". https://www.youtube.com/watch?v=Lo4k7W6Iowc.

Un día, al principio, me vino con un montón de fotos, una caja llena, desde cuando era niña a incluso instantáneas con antiguos novios, una en un Simca verde. Aquel día quiso contarme

cosas, pero como siempre le ocurría, no llegaba a hacerlo y se las quedaba muy dentro otra vez. Fue entonces cuando me dijo:

–¿A ti también te han roto el corazón? –me quedé un momento parado ante estas palabras de ella tan inesperadas–. Déjalo, era una broma.

Un día de julio de 1980, probablemente un miércoles o un jueves, me llamó al cuartel. Lo cual era engorroso porque llamaba a la centralita que estaba en la oficina del brigada de la compañía y, desde este despacho, el brigada tenía que enviar a un soldado a buscarme a las oficinas del Estado Mayor que estaban en otra planta, localizarme y que bajara yo a contestar el teléfono, allí, delante del propio brigada y del resto de soldados de la oficina. Realmente aquella vía telefónica solo se usaba en casos importantes o urgentes.

Así que, mientras ella llevaba esperando como unos diez minutos, allí bajé yo, con una mezcla de satisfacción por su atrevimiento y su espera y, por otra, de cierta tristeza porque tampoco me contestaría a la carta que le había enviado hacía unos días y, por tanto, no podría releerla y elevarme la autoestima una y otra vez como hacían los otros soldados con chica en Madrid o en el resto de España.

–¿Cómo estás?, bien, ¿no? Oye, ¿vas a venir este finde? –me dijo con desenvoltura y expectación.

Y antes de que pudiera contestar, ella agregó:

–Yo, lo más probable es que no esté en Madrid…

No tenía a la mano ningún permiso para acercarme a la capital ese finde y, con estas noticias, mucho menos todavía. Sin embargo, por eso que decía de las luchas por los permisos entre nosotros, se me abrió un hueco y a última hora pude coger el tren el viernes por la tarde camino de Madrid.

Me acordé de lo que me había dicho: "…lo más probable…". En cualquier caso, si no estaba, siempre sería una gozada huir de Valladolid.

Solía Ainhoa salir de trabajar entre ocho y nueve de la tarde. La llamé por si había habido algún cambio de planes y me lo cogió una compañera:

–Pues sí está, se encuentra despachando con el jefe.

–Ah, gracias.

Eran las siete de la tarde. Me duché y fui con mi coche a buscarla. La esperaría en la puerta de su casa, sería una sorpresa.

La sorpresa me la llevé yo. Pasaron las nueve y media, las diez, las diez y media, ya de noche cerrada apareció un Simca verde, el mismo de aquel anterior novio que salía en las fotos que me enseñó, lo recordé al instante y me quedé paralizado. Ella se bajó del coche a paso rápido y, casi rozando el mío, yo estaba dentro pasmado, entró en su portal.

En cuanto me rehíce la llamé por teléfono a su casa y bajó. Allí se hizo un lío:

–No es lo que parece –me acordé de las películas descubriendo al amante metido en el armario–…. Yo nunca podría ser feliz con él, nunca, ¿sabes?

–¿Ah, no? Se te veía muy contenta…, y yo sin saber nada.

–Te lo íbamos a decir –ahí, en aquel plural, estaba condensada toda la historia.

Ni siquiera dije nada. Ella continuó como si tal cosa.

–Podríamos quedar mañana si quieres y hablamos.

Yo estaba alucinado. Quedé con ella por ver si me aclaraba algo. De vuelta a casa me acordé que, de vez en cuando, algún sábado por la tarde me decía que tenía que ir a un curso de contabilidad a una determinada academia. Me acerqué a la mañana siguiente y el horario estaba colgado en la puerta, los sábados estaba cerrado.

No me lo podía creer. Al día siguiente me aclaró que iban a darle las clases a su empresa, desde la mencionada academia, no que ella fuera a la misma. Quedamos en continuar hablando a mi vuelta en el próximo permiso.

Al próximo permiso vine a Madrid, aunque no se lo dije a ella, y comprobé todas sus mentiras. Cuando a mí me escribía que iba a salir con unas amigas, con quien salía en verdad un día tras otro era con el del Simca verde. Se besaban en la boca al despedirse, yo lo veía muy bien desde mi coche, aparcado muy cerca de su casa.

Nunca he entendido las mentiras en las relaciones. Y más si son persistentes. Puedo entender que aparezca un exnovio cuando estás con otro, y más en la distancia, y tengas un momento de aventura con él. Pero seguir persistiendo y persistiendo en la mentira cuando te han descubierto me hacía no salir de mi asombro.

Le seguí el juego un cierto tiempo. Más que nada por entender qué estaba pasando. Nunca

supe si el otro chico también sabía que salía conmigo o no. Intuyo que sí lo sabía.

Yo por lo que estaba anonadado era porque me hubiera equivocado tanto con ella, en su doblez, eso me generaba una inseguridad tremenda en mi intuición. Que el amor no fluyera entre nosotros lo entendía, eso puede ocurrir y no pasa nada, uno se levanta fácilmente, pero lo que más me dolió es que no me mostrara ni un solo gramo de sinceridad, de empatía, en ningún momento.

Fue un engaño total hasta el final. Y yo no hacía más que darle vueltas a lo que me contaba, inclusive a veces me echaba la culpa por aquellos momentos iniciales que estuve titubeante con ella.

No podía entender que fuera tan egoísta y marmórea como parecía. Y que yo, torpe elevado al cuadrado, la hubiera elegido como mi chica, me apuñalaba yo con estos pensamientos un día y otro.

Una tarde se lo comenté a Julián, el sabio portero andaluz de mi calle.

–No lo pienses más. Sal de esa relación ahora mismo –me dijo–. ¡Ahí, no! –y chascó los dedos, haciendo mención a su nombre: Aino-ha.

Y eso fue lo que hice.

Nunca me devolvió el borrador definitivo que le dejé de mi primera obra literaria que escribí en aquella habitación alquilada. Y eso que me prometió hacerlo. Otra mentira más. Ni le preocupó en absoluto que me quedara un recuerdo amargo de ella.

Pasados muchos meses, un día, al regresar a casa, me dijo mi hermano Pepín.

–Te ha llamado una tal Ainhoa. Dos veces.

Me acordé al instante de Julián. ¡Ahí, no!

Aquel fue el fin de mi inocencia. Hasta entonces, bien como amante, bien como amado, siempre había tenido suerte en el amor. Las chicas que había conocido habían merecido mucho la pena, independientemente de que lo nuestro, por inmadurez propia de la edad, no hubiera cuajado. Fueron unas chicas valiosas. Debería tenerlo muy en cuenta de cara al futuro.

Con Ainhoa descubrí, en cambio, la tristeza y el dolor, gratuitos e inútiles, que sobran en algunas relaciones fallidas. Tal vez, al que han hecho mucho daño, acaba produciéndoselo a los demás. "¿A ti también te han roto el corazón?".

Sí, la vida era un aprendizaje continuo. Aquellos novatos que habían sufrido las bromas más crueles en los cuarteles eran los más agresivos cuando aparecían ante ellos los siguientes novatos. Como en el amor. Y uno tenía que saber apartarse de aquellas relaciones tóxicas y destructivas que no iban a ningún sitio. Eso también formaba parte del aprendizaje de la vida.

Cuando terminé el Servicio Militar, volví a correr con Dani en la Casa de Campo, y nos contábamos nuestras experiencias, la mili también había hecho estragos en su vida sentimental, con una relación tóxica como la mía. Me lo contó un día.

–Germán, mi ex chica, Ana, me la pegaba con un antiguo novio, Joaquín. Parece que la historia es la siguiente: cuando ellos dos salían juntos, Joaquín, en un desliz, dejó embarazada a otra chica y se tuvo que casar con ella, aunque siempre estuvo enamorado de Ana. Mientras Ana salía conmigo, Joaquín volvió con ella, pero hay un niño pequeño de por medio y, por el momento, todavía no han definido qué tipo de relación van a tener. Y Ana, entre tanto, salía con los dos. A mí solo quería retenerme, por si le fallaba su relación con Joaquín. Así de simple. Y de doloroso.

Le expliqué lo que me dijo Julián, el sabio portero andaluz. Le hizo mucha gracia. Luego nos lo repetíamos a menudo entre nosotros, cuando Ainhoa o Ana aparecían de rondón por nuestras cabezas.

–¡Ahí, no! –gritábamos los dos, chocábamos las manos para darnos ánimos y seguíamos corriendo.

19. DUEÑOS DE NUESTRO DESTINO

Hoy me he levantado triste y angustiado. He dormido muy mal por la noche. En sueños he revivido otra vez aquellos días de pesadillas y de mentiras, de celos y de tristeza de aquel periodo de la mili.

Trato de recuperarme, aquello ya pasó, me digo, hoy escribiré de lo que ocurrió después. Aquella etapa cada vez más ilusionante en la que poco a poco íbamos haciéndonos dueños de nuestro destino.

Abro el ordenador y, mientras se configura, oigo cómo suena el teléfono fijo en la cocina. Clara descuelga, y baja la voz como siempre. Desde mi despacho no puedo entender lo que habla.

Al poco viene ella, ya vestida de calle, y me dice:

–Voy a bajar a hacer la compra. Tardaré como hora y media.

La observo, lleva un vestido de verano amplio y lleno de colorido. Va muy guapa.

–He oído que llamaba alguien. ¿Quién era?

–Ah, el doctor Parrondo. Nada nuevo. Contestaba a una llamada mía. Todavía no tienen los resultados de las últimas pruebas.

–Ah, el doctor Parrondo –le digo, no a ella, sino a mi interior.

–Bueno, Clara, pues aquí estaré cuando vuelvas. Voy a empezar a escribir –le contesto, mientras le ofrezco una sonrisa de despedida.

Ella se acerca y me besa los labios. Percibo una colonia que no recordaba. Aunque a veces sé que no recuerdo las cosas.

–Adiós, Clara –le digo, cuando ella ya está cerca de la puerta.

–Adiós, Germán, te dejo escribir.

Oigo cómo cierra la puerta. No sé por qué creo que ella no va a hacer la compra. A lo mejor estoy susceptible después de los sueños de esta noche. Por un momento, siento de nuevo el mareo de la mentira que llega a mi vida.

–Y si no va a la compra, ¿dónde va ella tan guapa? –Me digo a mí mismo con la angustia inundando mi interior.

Dejo el ordenador y voy corriendo a la terraza del salón. La que da sobre la entrada de nuestro bloque en la urba. ¡Se me acaba de ocurrir algo! ¡Que no me deja respirar! ¡Esa angustia, esos celos, que ya creía olvidados me atenazan de nuevo!

Me inclino sobre la balaustrada de la terraza, aguanto el aire en mi pecho, expectante. Desde aquí puedo ver lo que más me interesa esta mañana: si ella sale con el carrito de la compra o no.

¡Ruego a Dios porque no me mienta, porque me haya dicho la verdad!

Parece que tarda en salir. Coger el ascensor y bajar cuatro pisos no dura mucho, y luego cruzar el portal, abrir la puerta y salir, yo ya la alcanzaría a ver entonces, bueno, antes de salir están los buzones, recuerdo que a Clara le gusta abrir nuestro buzón y ver las cartas que hay. A veces las abre allí mismo y luego tira los sobres en una papelera que hay en la salida. Sí, debe de ser eso, que se ha entretenido en el buzón. O con alguna vecina, jubilada como ella, que también sale a la compra.

El corazón se me pone a cien. ¡Qué haría yo sin Clara! ¡Ella es mi memoria y mi todo! ¡No podría vivir sin ella! ¡Yo, aquí, solo y desorientado!

Me inclino más sobre la balaustrada. Por fin veo un brazo que sobresale sobre el vano del portal. ¡Es el de Clara! Luego aparece Pepita, la señora del tercero, a la que se le ve medio cuerpo. Se las oye hablar, aunque a mí, en el cuarto piso, no me llegan con claridad sus voces.

Por fin salen las dos. Retengo la respiración. Cierro los ojos. ¡No quiero verlo, Dios mío!

Pero tengo que ser valiente, aceptar la realidad y, luego, ver qué puedo hacer yo.

Los abro.

–¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! –Levanto las manos juntas al cielo.

Dejo escapar el aire retenido con un gran suspiro de alivio. Clara arrastra su carrito. Camina con Pepita que también lleva el suyo. Doblan la esquina del jardín de la urbanización, en dirección a la calle. Todo vuelve a la normalidad.

Yo retomo, tranquilo y feliz, aquella etapa tan importante que empezó aquel año, a finales de 1980.

Un día de aquellos, al salir del banco, coincidí con el señor Bermúdez, me alegré porque tenía ganas de hablar con él. Aproveché que en el ascensor no bajaba nadie más.

–Señor Bermúdez, ahora que he terminado la carrera, me gustaría aumentar mis responsabilidades en el departamento –le dije tras las típicas frases protocolarias.

–Eso está muy bien, Germán, ahora precisamente vamos a sacar una plaza de Jefe de 6ª A para una documentación de reporte que tenemos que enviar al Banco de España. Prepárate bien que tienes posibilidades.

Una vez que había terminado la mili y la carrera, necesitaba el impulso de nuevos retos. Aquella plaza me venía muy bien hasta que salieran las que realmente me interesaban: las de titulados, que eran Jefes de 4ª A y apoderados.

El señor Bermúdez, antes de decirme adiós, me recomendó:

–Estudia inglés, Germán, es el idioma del futuro. Y tú estás en el Área Internacional.

Tomé buena nota y me matriculé de inmediato en una academia de idiomas cerca de mi casa. Mis padres, en cuanto me oyeron, movieron sus hilos. A la noche siguiente me habló mi madre:

–Le he comentado el tema a doña Ramona, la hermana de don Braulio. Conoce a una profesora del Instituto Británico que vive justo enfrente. Si quieres aprender rápido, las clases particulares son lo mejor. Te haría un precio especial y tu padre y yo te pagaríamos la mitad. Ah, y me ha dicho que hay un curso excelente, aunque muy caro, en una escuela de negocios muy buena, el Instituto de Empresa, de banca internacional. Infórmate, Germán, que ahora hay que echar el resto para tu futuro.

Mis padres querían rematar todo aquel esfuerzo que habían hecho conmigo y que se empezaran a ver los frutos. Yo estaba tranquilo, con todos aquellos pasos veía que más pronto que tarde mi futuro profesional quedaría encaminado.

Pero para ser dueño de mi propio destino, tenía que ser dueño primero de mí mismo. Después de todos los titubeos adolescentes y juveniles, necesitaba encajar todas las piezas de mi mundo interior, coger ese poso de seguridad en mis creencias y en mis valores. Conocer también mis límites y posibilidades.

Comencé a leer libros de psicología, de liderazgo, de comunicación y de autoayuda. Y mi mundo interno se desplegó ante mí como un atlas. Practicaba ejercicios de concentración y meditación, de respiración y de higiene del sueño y mi mente respondía con una agilidad y eficiencia mucho mayor.

Tras la mili, tenía también ganas de expulsar lejos de mí aquella vagancia física que arrastraba. Consolidé con Dani nuestras carreras en la Casa de Campo, que eran la mejor terapia física y hasta mental para el desgaste de la semana y comencé a ir a un gimnasio en el barrio.

La dimensión espiritual de la vida apareció entonces con serenidad, sin sobresaltos. Reflexionar sobre nuestra existencia, sobre la muerte, sentirme miembro de la comunidad humana, una comunidad solidaria y de destino compartido, añadían a mi vida ese plus de hondura, de autenticidad y de sentido. Creí de nuevo en la trascendencia del hombre, su origen divino y su permanencia, más allá de la muerte.

Aquellos días y meses fueron los de la recuperación tras la época gris de la mili. Como las plantas recién regadas, me iba a la cama ebrio de sensaciones positivas y me sentía crecer por dentro.

Sí, yo me recuperaba y reforzaba mis cimientos, como otras chicas y chicos de mi generación que llegaban a la edad de la verdad, aquella en que te preparas para independizarte, para hacerte dueño de tu destino y también para hacerte cargo del destino de otros que puedan depender un día de ti, como tus hijos o tus padres, cuando se hagan mayores.

Nos preparábamos también para liderar un día la sociedad, las empresas y los organismos públicos, para llevar sobre nuestros hombros el peso del país, como entonces lo llevaban nuestros padres. Y nos sentíamos en la obligación de hacer un país mejor, más justo y más próspero que ellos. Por una sencilla razón, porque habían invertido mucho más en nosotros, nuestros padres lo habían hecho todo solos, a pleno pulmón.

Pero toda aquella esperanza acumulada por la generación de nuestros padres y por la nuestra, la de los jóvenes de la Transición, estuvo a punto de venirse al traste el 23 de febrero de 1981.

Aquella tarde yo estaba haciendo horas extraordinarias en el banco en la calle de Alcalá, a una manzana del Congreso de los Diputados. Teníamos música de la radio de Leandro para hacernos más llevadera la extensión de la jornada.

De repente, pararon la música y dieron la siguiente noticia:

–Un grupo de guardias civiles ha entrado en el Congreso. Parece ser que persiguen a un miembro de ETA que pudiera estar dentro. Pero la situación es muy confusa.

Nosotros estábamos terminando ya, así que Leandro y yo nos acercamos a husmear qué pasaba en el Congreso.

Había algunos curiosos como nosotros, pocos, preguntamos a un guardia civil que estaba en la calle, al pie de la escalinata de los leones.

–Sí, hay una operación antiterrorista. No puedo decir más –nos contestó.

Serían como las seis y media de la tarde. Aquello no daba para mucho más, así que cogimos el metro y nos fuimos por la línea II, Leandro vivía un poco más allá de Ventas, por lo que hicimos todo el recorrido juntos.

–Estos de ETA están forzando las costuras del Estado –reflexionó Leandro–. Cualquier día los militares se hartan de poner los muertos y dan un puñetazo en la mesa. Ya lo verás.

En cuanto llegué a casa, supe cuánta razón llevaba mi compañero Leandro.

Un periodista de la cadena SER que radiaba el nombramiento de Calvo Sotelo como presidente del Gobierno por la dimisión de Adolfo Suárez, tras irrumpir el coronel Tejero en el Congreso, pistola en mano, al grito de "Quietos todo el mundo", dejó abierto el micrófono de ambiente y todos los oyentes pudieron asistir en directo al intento de golpe.

Mi padre me abrazó nada más llegar. Estaba serio y pálido. Preocupado porque mi hermana Tere todavía no había llegado a casa.

–Germán, Germán…, a esto es a lo que he tenido miedo toda mi vida. A que volvamos a las andadas.

Al poco llegó mi hermana y toda la familia junta, como en el resto de España, nos pegamos a la radio en aquella noche a la que se bautizó como "la noche de los transistores". Con todos los miembros del Gobierno, y con todos los diputados del Congreso, secuestrados, con los tanques en Valencia patrullando las calles, todo el mundo esperábamos, como el propio Tejero y sus hombres, que llegara esa autoridad que se hiciera cargo de la nación: se barajaban dos nombres, el general Alfonso Armada o el propio rey Juan Carlos.

Con el corazón en un puño, llegamos a la una y cuarto de la madrugada. El rey, que había estado toda la noche hablando con los capitanes generales de cada una de las regiones militares y parando su adhesión al golpe, habló por fin a los españoles con rotundidad:

–Confirmo que he ordenado a las autoridades civiles y a la Junta de Jefes de Estado Mayor que tomen las medidas necesarias para mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente… La Corona, símbolo de la permanencia y unidad de la patria, no puede tolerar en forma alguna acciones o actitudes de personas que pretendan interrumpir por la fuerza el proceso democrático…

Habían sido siete horas de infarto. Y de temor. Algunos hasta se movilizaron para alcanzar la frontera con Francia. Por fin, a las nueve horas del 24 de febrero, Tejero y Alfonso Armada se rendían firmando el denominado "Pacto del capó", a cambio de que no tuvieran responsabilidades los guardias civiles de teniente para abajo. Los diputados pudieron abandonar el Congreso a las 11,45 horas. Habían estado 17 horas secuestrados. Y toda España con ellos.

La derrota del golpe supuso un refuerzo y revitalización de nuestra democracia y todos los actores políticos pusieron de su parte para evitar que algo así fuera a producirse de nuevo. Cuarenta y dos años más tarde, puede decirse que lo lograron.

Con un país cada vez más homologado con las grandes democracias occidentales, las ansias por salir de España y conocer el mundo se incrementaron sobremanera, sobre todo entre los jóvenes. Queríamos conocer y que nos conocieran. Lo segundo ya lo habíamos conseguido, España era ya una de las primeras potencias mundiales en recepción de turistas. En lo primero, los jóvenes ya dábamos nuestros primeros pasos.

El primer viaje que yo hice fuera de España fue a Viena, en el verano de 1981, con veinticuatro años cumplidos, a esta edad, hoy en día, los jóvenes se han recorrido medio mundo. Muchos de nuestra generación trabajábamos y estudiábamos, con vacaciones incompatibles, como en mi caso. Y luego estaba la mili, en la que tampoco te dejaban salir. En fin, era lo que había entonces: muchos kilos de ilusión, cartera estrecha y un suspenso en idiomas.

Recuerdo que tardé dos días en llegar a Viena desde Madrid en tren, con aquel viejo sistema para jóvenes, que creo sigue en vigor, ¡el Interrail! Se había fundado en 1972 y permitía, a un precio muy modesto, viajar por treinta países de Europa durante un mes.

Hicimos una escala estrambótica en Ginebra, donde arribé a las dos de la mañana y, tras el cierre de estación, ¡estos suizos y sus horarios!, me vi con mi maleta en la calle vagando por la noche ginebrina rodeado de todo el lumpen propio de esas horas.

–Si quieres, deja tu maleta tras ese seto y luego la recoges –me dijo un venezolano que dormía al raso.

Pero yo no soltaba mi maleta ni por asomo.

Claro que eso solo fue el comienzo. Cuando por fin arribé a Viena, tras coger un taxi y entregarle al taxista la dirección escrita en un papel, porque yo no sabía una palabra de alemán y muy pocas de inglés, nos dábamos cuenta entonces que el francés solo servía para ver películas eróticas al otro lado de los Pirineos, llegué a la residencia de estudiantes donde Suso, el viejo amigo de Ibiza, que estaba haciendo un cursillo de alemán, me había invitado a

compartir habitación con él y pasar unas semanas por Austria y luego por el sur de Europa.

Me dijeron en recepción que mi amigo no estaba pero que me daban la llave de la estancia para que dejara mis cosas. Recuerdo que abrí la puerta y me topé a la altura de mis ojos con varias cuerdas que iban de un lado a otro de la habitación en las que había colgados varios sujetadores y braguitas. En fin, dejé la maleta en un rincón sin tocar nada y me dispuse a esperar a mi amigo, ¡y a prepararme para la cama redonda que me aguardaba esa noche!

Como el lector probablemente ya haya adivinado, estas cosas no pasan ni en las películas. Todo se aclaró más tarde, cuando vino mi amigo y otro suyo con su novia, con quien se había cambiado de habitación para acoger a esta última, porque la suya era más pequeña.

Aun así recuerdo aquel viaje como algo inolvidable. Para un chico de pueblo, Viena es una maravilla, al igual que Salzburgo e Insbruck. Luego volvimos por la capital del romanticismo, Venecia, con sus vaporettos, y en Milán nos esperaba la guinda de las sorpresas.

Alquilamos allí una habitación para pasar la noche. La dueña de la pensión al revisar los pasaportes para la ficha policial, le preguntó a Suso:

–Asturias, ¿dónde está?

–Al norte, señora, en el Cantábrico, junto a Cantabria y el País Vasco –le contestó Suso.

–Ah, el País Vasco… –repitió la señora, lo único que al parecer le sonaba.

A las seis de la mañana sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Suso, cuya cama era la más cercana a la misma, se enrolló una sábana al cuerpo, se había lavado los calzoncillos y dormía desnudo, y se dispuso a abrir. Yo también me desperté.

Observé desde mi cama cómo la sábana de Suso caía al suelo y se quedaba en pelotas. En un segundo supe el porqué. Dos carabinieri con metralleta en ristre, junto con la dueña de la pensión, entraron en la habitación.

Nos pidieron nuestros documentos, los examinaron e hicieron unas llamadas. Nos dijeron que no podíamos abandonar aquella habitación hasta nuevo aviso y se quedaron con los pasaportes.

Nosotros estábamos pasmados. A mediodía por fin se arregló aquel desaguisado y pudimos proseguir nuestro viaje. Había habido un robo en una armería del barrio, propiedad de unos italianos de origen español y, al presentarse los carabinieri en la pensión, la dueña les había dicho que éramos vascos. De ETA, debieron colegir los policías, y acto seguido fueron y nos encañonaron.

Con el susto en el cuerpo proseguimos hasta Niza y Cannes, mi afición al cine ya despuntaba entonces, y subimos hasta París. Para mi gusto la ciudad monumental más importante del mundo.

Aquel viaje nos llevó a otros los años siguientes, las ansias de conocer el mundo eran infinitas en nosotros. Media vida sin salir del pueblo y ahora queríamos llegar al fin del mundo. Nos recorrimos toda Europa, Suso, Dani y yo. Llegamos hasta Narvik, el último pueblo con tren en Noruega, nos dieron un certificado, que acabo de ver en mi maleta, de haber pasado el Círculo Polar Ártico. Habíamos subido hasta allí para disfrutar de las auroras boreales.

Llevábamos un ajedrez para entretenernos en el tren, eran luchas encarnizadas entre los tres. Al pasar de Dinamarca a Noruega jugábamos Dani y yo y, estábamos tan enfrascados en nuestra partida, que partieron el tren en dos para meterlo en un ferry y no nos dimos ni cuenta.

Ya en Noruega, vino el revisor, le dijimos que nuestras mochilas con la documentación las teníamos con nuestro amigo Suso en el otro vagón, miramos para atrás y medio tren se había evaporado. Con el alma en un puño, estuvimos esperando a que unieran ambas partes del tren y que nuestras cosas siguieran estando allí. Para colmo, Suso se había subido a la planta de regalos del ferry y, cuando se quiso dar cuenta, ya habían sacado los trenes del mismo y él seguía en la cubierta del barco. Fue un auténtico caos. La policía noruega decía:

–Ah, spaniards, spaniards… –a veces la imagen que mostrábamos de nuestro país coincidía con la que nuestros anfitriones tenían en su cabeza: una desorganización total.

Pero nosotros remábamos y remábamos, aunque fuera a contracorriente. Los viajes tienen un origen y un destino, y una ilusión que los mueve, como la vida. Los viajes son a los hombres lo que los juguetes a los niños, practicábamos en ellos la gimnasia de la vida. Una vida independiente y autónoma, fuera de casa.

Dormíamos a veces en las estaciones, enterrados en la arena de las playas, o conocíamos a gente que nos invitaba a su casa. En Ámsterdam liábamos unos porros con alemanes, franceses y belgas, Suso se encargaba de ello, y ensayábamos esa comunidad internacional que años más tarde cristalizaría en los famosos Erasmus. O nos enrollábamos con chicas que salían, como nuestro grupo, a soltarse el pelo fuera de España o incluso con las locales de por donde pasábamos, que querían tener una aventura exótica y breve con unos latinos como nosotros.

La primera vez que cogí el avión fue a Londres en un viaje inolvidable. Dani y yo, echándole un par, sin saber apenas inglés, nos enrolamos en un viaje alrededor de toda Gran Bretaña exclusivamente para jóvenes internacionales, organizado, nunca lo olvidaré, por la agencia Contiki. Nunca he vivido nada igual. Dormíamos dos noches en campings, en tiendas de campaña de seis u ocho personas, chicos y chicas todos juntos entre dieciocho y treinta años y otras dos noches en camas de hotel.

Era un viaje simpático y gamberro. Recuerdo que en el hotel más lujoso de Glasgow interpretábamos "la muerte de la araña", nos tumbábamos en el suelo y movíamos brazos y piernas, los ricachones y los condes y duques del lugar se partían de la risa o nos miraban iracundos. En Manchester, la ciudad "black and white"(blanco y negro), por el color de sus casas, salimos desnudos a la calle, únicamente nos cubríamos nuestras partes con papel de periódico, con su color "blanco y negro".

Fue un baño de libertad y de frescura total. Yo alucinaba cuando me acordaba de aquellos paseos llenos de recato y disciplina por la alameda de Sigüenza, cuando no nos dejaban ni coincidir con las chicas de los corazonistas.

Cuando lo contaba en Madrid a mis amigos de Sace y les ponía los dientes largos, Agus me decía.

–Germán, al año que viene me apunto.

–Pero antes, apúntate a una academia de inglés, Agus –le decía yo.

Aprender idiomas era otra forma de viajar, de conocer mundo, de intercambiar experiencias y poder interactuar con personas de otras culturas. En suma era enriquecerse y dotarte de una cualidad muy valiosa para el mundo global que venía.

España había sido un país autárquico y aislado y en general los jóvenes teníamos poca formación en idiomas. Solo los del sector turístico, que lo necesitaban como el comer, lo aprendían inclusive sin salir de España.

El resto íbamos a aquellas academias sin profesores nativos, donde se hacía lo que se podía. Para dar un salto cualitativo había que rascarse el bolsillo y salir fuera.

Los que lo hicimos nos dimos cuenta que, además de inglés, aprendíamos otras cosas: había otras culturas, otras formas de vivir en el mundo, y eso te quitaba rigidez y papanatismo. Como decía el dicho: "el mal nacionalismo se cura viajando".

Yo pasé un mes en Oxford, dormía en casa de una familia entrañable en un chalet adosado en Kidlington. El marido, Tom, era policía, un "Bobby" como los llaman allí, su mujer, que tenía un nombre de cine, Beverly, (en Beverly Hills viven las estrellas de Hollywood), era muy miedosa y, por la noche, cuando su marido estaba de guardia, dejaba un perro enorme que tenía vagando por la casa.

Bev me dio una llave y los primeros días que no había mucha confianza entre el perro y yo me las veía y deseaba para acceder a mi dormitorio en la primera planta. Yo acababa engañándolo con un trozo de chorizo que me traje de España y lo encerraba en el baño, lo malo era si quería levantarme a hacer pis a media noche, claro…

No sabían una palabra de español, ni habían salido nunca de Inglaterra, yo fui su primer estudiante, yo creo que nos mirábamos ambas partes como si fuésemos marcianos. Logré que intimáramos con la típica botella de cognac que nos recomendaban llevar, ¡cómo bebían Tom y Bev! ¡Y hablaban! ¡Cuánto aprendí con aquellas sesiones etílicas!

A mí me sorprendía, aparte de las comidas, el que no hubiera cortinas ni persianas en las ventanas, bien cierto era que con el "english weather" y sus negras nubes la luz siempre era mortecina, pero allí se dormía con el horario del sol. Tenían una niña de cinco años, Noami, que debía pensar que yo era tonto, me miraba raro y no paraba de hablar, sin ton ni son, no esperando nunca ninguna respuesta mía. Hacía bien, dado que no conseguía pescarle ni una sola palabra.

Yo aprendí mucho, sobre todo hablando con aquella familia, en la academia y en las calles de Oxford había una proporción de británicos y españoles no mayor que la que te encontrabas en Benidorm. Fue un error ir en agosto.

Encima nos acabábamos juntando con españoles ¡y españolas! Tanto ellos como ellas allí hacían un ejercicio de olvido, olvido de sus novios/novias, quiero decir, y aquella estancia en Oxford era un paréntesis en sus relaciones peninsulares. Yo salía allí con una chica canaria, tenían fama, y con razón, por su dulzura, yo la llamaba "my little peach" (mi pequeño melocotón), y no se molestaba en ocultar las cartas que le enviaba su novio. Allí no llegaban las

promesas de su compromiso que quedaban en ámbito España. Otra experiencia más.

Recuerdo especialmente una visita a la famosísima isla de Wight, legendaria por sus festivales de música y, sobre todo, una noche que aterrizamos por error en una discoteca gay. Yo alucinaba viendo los besos y magreos que se daban aquellos tíos, sin pudor alguno. Pasarían muchos años hasta que esto pudiera verse en las discos de Chueca en Madrid. Como decía, aprendías no solamente inglés, sino cómo era el mundo en su diversidad.

España también se adentraba en su futuro, dando pasos en una normalización necesaria. En 1982 llegó al poder el partido socialista, por fin los perdedores de la guerra civil, invisibilizados durante la dictadura, tenían la oportunidad de dirigir el país, hacerlo avanzar sin revanchas ni rencores, con su propia impronta.

Todo aquello que hacíamos los jóvenes de la Transición: aprender idiomas, viajar por Europa, cartearnos con amigos extranjeros, etc., tuvo su clímax en la adhesión de España a la Unión Europea en 1986. Después de tantos años de aislamiento, España entraba en el club de las mejores y más prósperas democracias del mundo y aseguraba su futuro.

Por fin, en 1996, se cerraba el círculo de la normalización democrática con el relevo de la izquierda por el centroderecha de José María Aznar, tras su victoria en las elecciones de ese año. Y los españoles podían disfrutar, alternativamente, de las mejoras que tanto el liberalismo como el socialismo podían ofrecerles.

En aquellos años ochenta, los jóvenes de la Transición también peleábamos por nuestro propio futuro, por independizarnos de nuestros padres. En mi casa, mi hermana Tere fue la primera:

–Germán, me ha llegado la hora. Carlos y yo queremos formar una familia.

Carlos era de un pueblo de Segovia, similar a El Sauce. Al final, después de aquella primera experiencia fallida de Tere con un madrileño, cada oveja volvía con su pareja.

–Cuánto me alegro, Tere, te echaré de menos aquí, lidiando con los papis.

Yo, por aquellos días, a lo que me enfrentaba era a un salto profesional importante. Había superado la Oposición de Titulados en el banco y presentaba mi primera gran operación en el Consejo de Administración de la entidad. Todos aquellos esfuerzos de mis padres para pagarme el internado de Sigüenza, aquella época ardua del "estudias y trabajas", la remontada tras aquella época gris de la mili, y toda la adquisición de experiencia posterior, fructificaban en aquellos años decisivos.

Cuando entré en la sala del Consejo me esperaban en ella veinte prohombres de la economía y de las finanzas españolas. El presidente, el Marqués de Monseco, me miró de arriba abajo y le pasó la palabra al secretario, este leyó el orden del día:

–Se presenta a continuación para discusión y aprobación en su caso préstamo de 100 millones de dólares a favor del proyecto Eurotúnel que unirá Francia y Reino Unido bajo el

Canal de la Mancha, siendo el ponente D. Germán Palafox Rodríguez, analista senior de nuestra división de riesgos. Dado que es su primera intervención en este Consejo, haré una pequeña reseña biográfica: Germán Palafox nació en 1957 en El Sauce Curvo, Guadalajara, y se incorporó al banco por oposición en 1974…

Respiré hondo y me sentí honrado al escuchar mis modestos orígenes en aquella sala tan rimbombante, El Sauce Curvo también estaba allí conmigo…

Aquella tarde, cuando salí del banco, me fui a tomar unas cervezas con mi viejo compañero Leandro para celebrarlo a Nebraska, que estaba allí cerca.

Según estaba charlando con él en la barra de aquella cafetería, mi mirada se cruzó con la de una chica que estaba junto a la ventana con una amiga.

Hubo un chispazo de luz que me entró por los ojos y me recorrió la espalda por la espina dorsal y ya no pude alejarme de ella, de su sonrisa.

Leandro se dio cuenta de que no le hacía ni caso. Paró de hablar y me miró pidiéndome alguna explicación.

–¿Qué te parecen esas dos de la ventana? –le dije.

Y, sin esperar su respuesta, me acerqué a ellas.

Una de aquellas chicas era Clara, la mujer de mi vida.

20. EL SECRETO DE CLARA

***S**í, Clara entró en mi vida y se adueñó de ella. La inundó con su sonrisa de esa luz que todavía continúa.*

Yo llevaba un cierto tiempo disponible para el amor. No quería iniciar ninguna relación si no sentía algo especial en mi interior. Era como si ya todo aquel periodo de aprendizaje, de preparación para amar, se hubiera cumplido ya. Solo quedaba que apareciera por fin la mujer definitiva, la mujer de mi vida.

Me di cuenta que Clara era esa mujer por la que yo había estado soñando desde siempre. Tenía la sencillez de Consuelito, la madurez de Mabel, el embrujo de Rosa María, la alegría de Martuqui y la belleza de Lina. Hasta Ainhoa también aportó algo, Clara era de su mismo barrio, casi vecinas, así que el camino para ir a recogerla a su casa ya me lo sabía.

Sí, hoy pienso en Clara. Después de casi cuarenta años, aquí seguimos juntos. Hemos subido y bajado muchas cuestas, hemos sorteado todas las curvas que nos ha presentado la vida y aquí permanecemos, codo con codo, en esta última estación a la que nos ha dirigido el destino. La estación, terrible, que este me ha reservado para mis últimos días: la enfermedad del olvido.

Hoy, que estoy cuerdo, voy a llamarla por su nombre de verdad, el nombre del que la descubrió, un psiquiatra y neurólogo judío-alemán que se llamaba Alois Alzheimer. El doctor Alzheimer murió joven, a los 51 años, de un ataque al corazón. Yo no sé cuánto viviré, creo que poco, pero no por mi enfermedad que supongo que sigue su curso, sino por el corazón como el doctor Alzheimer.

Mi corazón sufre por quién más amo. Por la mujer de mi vida. Por Clara. Sé que me miente, sé que no es transparente conmigo, sé que me oculta detalles importantes de su vida.

Hace un rato he sentido el ascensor, “tiene que ser Clara, que vuelve de la compra”, me he dicho.

Me he levantado animoso, dispuesto a ayudarla cuando ella llegue al rellano. Le gusta que le ayude sacando del carrito las cosas más pesadas, como las cajas de leche o las botellas.

Efectivamente es ella, viene con una sonrisa en la boca y me da un beso. Me deja a mí, como siempre, el carrito y yo lo entro en la cocina. Clara se marcha a nuestra habitación a cambiarse de la ropa de calle.

Entonces suena el teléfono fijo de la cocina. Yo lo descuelgo. “Dígame”. Pero nadie dice nada. Yo retengo la respiración y agudizo el oído. Me parece oír otra respiración también contenida al otro lado de la línea. De repente se oye un grito infantil, un grito de un niño o una niña de pocos años. Entonces la persona que llama cuelga abruptamente.

Sí, así ha ocurrido. No quieren hablar conmigo, solo con Clara. Trato de no darle importancia, aunque la tiene. Porque me ha pasado otras veces. No quiero empezar a pensar, sé que no es

bueno para mi cabeza, porque se embota y luego me duele y me pongo raro, muy raro. A veces lloro, otras, grito. Se me pone muy mal humor y luego lo pago con Clara.

Así que me olvido y saco las cosas del carrito. Cojo unos pepinos envueltos en una redecilla verde y noto que se cae al suelo un papelito. Me agacho y lo recojo. Es el ticket de la compra en Mercadona. Es una relación bastante larga de productos que suma 193,50 euros. Le echo un vistazo por encima. Lo más caro son unos envasados de jamón ibérico, junto a ellos leo, en una ojeada rápida, un bote de colacao y cereales de chocolate. En casa no comemos jamón, sube la tensión, ni tampoco chocolate, es malo para el azúcar. No sé por qué Clara los habrá comprado.

Voy sacando las cosas del carrito y dejándolas en la mesa, para que luego Clara las coloque en el frigorífico como a ella le gusta, yo ahí no me meto.

El carrito solo está lleno hasta la mitad. Me doy cuenta que hay muchos más productos en el ticket que en el carrito. Y tampoco veo ni los envasados de jamón, ni los cereales de chocolate.

Vuelve Clara, con su ropa de estar en casa. Yo ya había dejado el ticket sobre la mesa. Me sonríe y me da un beso de nuevo.

–Germán, ya me encargo yo de ponerlo en el frigo. Muchas gracias. Vete a escribir si quieres.

Yo no sé qué decirle. Por fin me atrevo y le digo solo algo de lo que se me pasa por la cabeza.

–Clara, ha llamado alguien. Pero no me han contestado. ¿Tú sabes quién puede ser?

Cuando termino me quedo mirándola fijamente. Ella se pone un poco nerviosa, yo la conozco bien. Luego se recupera y me dice como si nada:

–No te preocupes, a mí también me pasa. Pepita, la del tercero, a la que también le ocurre a menudo, me dice que son llamadas automáticas por ordenador para campañas de márketing.

Se acerca de nuevo y me sonríe otra vez.

–¿Qué quieres para cenar?

No sé por qué le digo lo que le acabo diciendo:

–Me gustaría comer un poquito de jamón ibérico, solo un poco…

Ella se para, algo sorprendida.

–Ah, de acuerdo, el próximo día compro unos envasados. ¿Te pongo un filete esta noche?

Yo me quedo pasmado. No sé qué decir. Bajo la cabeza en señal afirmativa y acabo por irme a mi despacho a reflexionar sobre todo esto que me ocurre. Yo sé que mi cabeza me juega malas pasadas, tengo que pensar despacio en todo ello. Tampoco quiero entrar en una discusión violenta con ella. Luego me siento culpable cuando la veo llorar y yo me encuentro entonces todavía peor.

Así que vuelvo a mi despacho, sabiendo que Clara me miente. Pero no sé por qué. No quiero pensar que se haya cansado de mí y tenga una aventura con otro. Pero, aunque no quiera pensarlo, lo pienso. ¡Dios mío!, ¿qué sería entonces de mí?

Rebusco por mi maleta de recuerdos, como si allí pudiera estar la clave de lo que me pasa.

Hay una carpeta que pone: “Primeras literaturas”.

Sonrío, la literatura siempre ha sido el sedante para calmar mis problemas. La gran evasión para no pensar en las cosas sucias y feas de este mundo.

Sí, la literatura siempre me hace inocente, noble, íntegro. Ojalá el mundo fuera un mundo literario y no real, lleno de mentiras. Pero no quiero pensar en las mentiras, solo deseo leer aquellas primeras cosas que yo un día escribí. Mis primeras literaturas.

Hay varios papeles escritos a mano y a máquina. Cojo el primero de ellos, son cuatro cuartillas cosidas con una grapa en una esquina, escritas en una letra varonil, llena del vigor de la juventud.

Se llama “El joven escritor”, este título encabeza en mayúsculas el centro de la primera página. Dice así:

«*Hoy el joven escritor juega con su hijo en los sofás y en la alfombra del salón. Está contento hoy el joven escritor. Ha sacado unos minutos y ha garabateado un poema y unas ideas para esa primera novela con la que sueña. Las cuartillas duermen en una esquina de la mesita baja, las tiene que ordenar con otras que tiene por otros sitios, por otros cajones de la casa. Un día que tenga tiempo. Ese día que espera que algún año llegue.*

Pero ahora se lo está pasando en grande con su hijo. Un hijo es el mejor poema. Un niño de dos años es un loco de atar. A él le gusta estar con él, sumergirse en ese mundo sin reglas racionales, en ese mundo de descubrimientos y locuras.

Le llaman por teléfono. De su empresa. Él pide responsabilidades y luego no debe quejarse de que se las den, aunque hoy sea sábado por la tarde, casi por la noche ya. Su mente se dirige a la realidad perentoria de los problemas que le plantean. Cree que consigue solucionar lo que su interlocutor le inquiere. Cuelga y vuelve con su hijo.

Este, probablemente aburrido, ha reparado mientras tanto en ese par de hojas que él había garabateado y las había depositado en la mesita baja del salón. Las ha cogido, las ha estrujado, las ha doblado y desdoblado de mil maneras, como si tratara de encontrar en ellas el motivo del porqué su padre pasa de él. E incluso se las ha llevado a la boca para probar a lo que sabe el papel, no deben haberle gustado y las ha roto furibundo.

El joven escritor observa el desastre. Tampoco será hoy ese día en el que él ponga algún ladrillo en esa obra con la que sueña. Ahora llega la hora de las cenas, de los baños, de prepararse para ir a dormir. Como tantas otras veces.

Por fin se queda solo cuando en la casa se esparce el silencio. Su mujer se acerca. Le pone una mano en el hombro:

–Te espero –le dice suavemente.

–Sí, reina. Un momento –le responde, mirando las cuartillas arrugadas y medio rotas.

No quiere que se pierda en el limbo del olvido ese pequeño poema que le ha brotado como un regato de la pureza de la nieve blanca. Ni esas ideas primigenias para alumbrar un día esa novela con la que sueña.

Trabaja, copiando en otro, con limpieza y aplicación, el manuscrito que el niño destrozó. Luego lo mira, tiene que guardarlo bien y reunir también todos esos fragmentos que deben estar en varios cajones de los muebles de la cocina y del salón. Otro día lo hará. En estos momentos detecta que la inspiración se sienta a su lado y le impele a continuar vertiéndose en el papel.

Escribe como deben deslizarse sobre el agua los surfistas, si él supiera surfear, claro, pero se lo imagina. Cuando te coge en volandas la inspiración todo es un patinar sobre el hielo blanco. Recorrer el blanco de la página, quiere uno decir, sin aburrirte ni cansarte jamás.

Ha escrito otras dos cuartillas. Las relee satisfecho. Estas las guardará en su mesilla para que no se pierdan.

Con ellas en la mano se dirige a su dormitorio. Su mujer le había mirado de una forma especial antes de irse a dormir.

–Te espero –le había dicho.

La única que espera encendida ahora es la lámpara de su mesilla, su mujer duerme dulcemente.

Apaga la luz y se dirige, con la difusa y plomiza claridad que apenas entra por el visillo de la ventana, al otro lado de la cama. Abre el cajón de su mesilla y coloca en él sus cuatro cuartillas con el mismo mimo y delicadeza que cuando deposita a su hijo dormido en su cuna.

Luego, sin hacer ruido, abre la cama y se desliza en ella. Se siente bien, respira hondo y sueña un momento poniéndose ambos brazos bajo su cabeza. Mañana encontrará otro rato para poner el siguiente ladrillo en su obra.

Mira a su mujer. Tiene una bella esposa. Y muy joven todavía. Los dos son muy jóvenes. Su cuerpo le atrae en la oscuridad.

Se acerca y la abraza suavemente. Ella apenas murmura:

–Estoy dormida.

Él la besa el pelo, la atrae contra sí. Un momento nada más.

Luego se retira. No le parece justo despertarla. Se consuela pensando que ha escrito un bello poema y unas frases hondas y originales, muy literarias, en sus cuatro cuartillas.

Le hubiera gustado hacer el amor esta noche, más incluso que otras noches. Pero tendrá que ser mañana, si el niño y todos los astros del firmamento se ponen en línea, como se habían puesto hoy…

A veces la literatura le atrapa y le roba otras cosas. Como una pequeña venganza por todas las traiciones que él le asesta día a día.

Mientras trata de dormirse, se jura que mañana sin falta ordenará de una vez todos sus papeles».

Me quedo pasmado. Cuando leía, he revivido en mi mente aquella escena. ¡En la realidad! Era yo. ¡Era yo! Yo soy el escritor del relato. Y la mujer del escritor es Clara. Cuántas veces ella me decía. "Ven a la cama, te espero". "Sí, ahora voy, reina" le contestaba yo, y a veces me demoraba escribiendo un poema o una idea para mi futura novela. Sacando esos minutos de tiempo que no tenía en el resto del día. ¡Esos momentos después de haber acostado a nuestro niño!

–¡Nuestro niño! –me repito, atónito.

Luego teníamos un niño. ¡Tuvimos un hijo!

No, no puede ser, me digo, me grito dentro de mí. Debe ser mi cabeza que me juega malas pasadas. Debe ser el doctor Alzheimer que se venga de mí porque voy a morirme mucho más viejo que él. Y tal vez no me lo merezco. ¡Dios mío! ¿Qué me está pasando?

Entonces me acuerdo del bote de colacao y de los cereales de chocolate en el ticket de la compra de Clara. Algo que se les da a los niños por la mañana, para su desayuno. Pero…, ¿seré estúpido?, me digo a mí mismo, no pueden ser para nuestro niño, imbécil, que eres solo un imbécil desmemoriado y egoísta, ¡nuestro hijo debe tener ya treinta y cinco años!

Respiro hondo, me tranquilizo, debe ser un fallo, uno más, de mi memoria enferma. Pero, solo un momento más tarde, me acuerdo del grito del niño que he escuchado por la línea cuando han llamado por teléfono. ¡Y cómo colgaba la persona que llamaba inmediatamente después! ¡No entiendo nada! ¡Dios mío, me estoy volviendo loco! ¡Dios mío, apiádate de mí!

No sé lo que está pasando. No comprendo lo que me ocurre. Empiezo a llorar, inerme y desconsolado. Las lágrimas me bajan por las mejillas y llegan a mi barbilla, se quedan ahí agarradas a su cornisa y luego caen en tromba y me ponen perdidas las rodillas del pantalón.

Llaman de nuevo por el teléfono de la cocina. Oigo su timbre como un aldabonazo, que se me mete por los orificios de los oídos hasta el interior del cerebro. Clara descuelga y baja la voz hasta convertirla en un susurro. Es una conversación breve. Cuelga y la oigo caminar por el pasillo en dirección a nuestra habitación. Seguro que va a cambiarse de ropa para irse a la calle.

Se ha citado con la persona que llama, me digo, clarividente, y lleno de tristeza. Se ha citado con su amante. Su amante ha encontrado un hueco y la llama para verse. Ah, las urgencias del amor. No pueden vivir el uno sin el otro, me susurro con pena.

Me quedan unos gramos de orgullo todavía. No quiero que me vea llorar cuando entre a mi despacho a despedirse, a decirme que se va a la farmacia, o a comprar, u otra mentira de las que acostumbra. No quiero darle más pena de la que seguramente le doy.

Me saco el pañuelo del bolsillo y me limpio la cara, bien limpia. Me la pellizco para que me suba el color. Me arreglo el pantalón y me seco con el pañuelo las lágrimas de las rodillas. Respiro hondo y recompongo mi figura.

La oigo venir por el pasillo. Abre la puerta de mi despacho.

–¿Qué tal, rey? –me dice.

Yo no la miro, hago como que escribo mi libro en el ordenador.

–Bien, casi estoy terminando mi libro. Hoy he escrito cuando te conocí. Aquel día en la cafetería Nebraska, ¿te acuerdas? –le digo con una docena de puñales de tristeza clavados en mi pecho, que disimulo todo lo que puedo.

Clara me sonríe. Con esa sonrisa que vale cien mil quilates. Yo lo sé. Seguro que su amante también lo sabe.

–¡Cómo habría de olvidarlo, rey! Pues habrá que celebrar lo de tu libro. Y luego tendrás que escribir otro y otro. Porque tú eres escritor y los escritores escriben, ¿sabes?

Está muy guapa, su cara se refleja en la pantalla del ordenador, y se la ve muy contenta, deseando salir y encontrarse con él. Se acerca a darme un beso de despedida, yo disimulo que estoy concentrado en una frase difícil para no girarme y que me vea los ojos. Ella no quiere

distraerme más. Me echa los brazos por el cuello y me besa en el pelo.

–Me he dado cuenta que se me han olvidado algunas cosas en el mercado. Vuelvo en un rato, luego me enseñas lo que has escrito –me dice con aparente cariño.

No es cariño, es compasión, lástima, pena, me fustigo dentro de mí. Ah, la compra otra vez, ya ni siquiera hace esfuerzos buscando excusas nuevas, debe pensar que soy tonto, quiero decir más de lo que soy.

Siento un volcán en mi interior que ruge, que corre por mis arterias quemándome todo lo que encuentra. Pero yo doy a mi voz un tono neutro, indiferente.

–Ah, muy bien. Así aprovecho para revisar unas cosas.

Ella me da otro beso en el pelo, cierra la puerta de mi despacho y se marcha.

Yo me quedo con la fragancia de su ausencia. Y –me digo, muerto de miedo y de dolor– con el doctor Alzheimer y su presencia. Que es lo único que me va a quedar. El doctor Alzheimer y yo, los dos juntos, para siempre. Él murió en 1915 y yo ya estoy muerto, en realidad somos los dos ya la misma cosa. Un espectro fantasmal que ni siquiera sabe que lo es. Me hablo a mí mismo como si fuera otro, en segunda persona.

Sales a la terraza, para verla una última vez. No seas hipócrita, te dices, sales para ver si al menos lleva el carrito y te puedes engañar una vez más, diciéndote que no pasa nada.

El pecho, con la respiración entrecortada, es un acordeón desinflado y marchito. Te agarras a la barandilla y te inclinas hacia abajo.

Esta vez no tarda. No se encuentra a Pepita, la vecina del tercero. La ves salir con ese paso airoso que lleva a veces. Cuando va contenta a algún sitio que le gusta. Sí, va contenta, caminando con garbo y, por supuesto, sin ningún carrito para la compra que le acompañe. Sientes el puñal de esa mentira entrando en tu corazón.

Te podrías tirar desde allí mismo, echándote por la barandilla, te dices, y terminar así esta vida que ya no tiene sentido. Pero tienes que revisar tu libro, un escritor no puede dejar su obra sin revisar. Además, tienes que terminarla. Tú pensabas que el final sería otro. Que le ofrecerías tus vivencias a tu mujer, como cuando escribiste “Memorias del Sauce Curvo” y que sería un libro homenaje para todos los de vuestra generación. Ahora el final será otro, todavía no sabes ni cuál.

Te gustaría saberlo. Irás tras ella y descubrirás todas sus mentiras. El final de ese amor que se

te apareció un día en la cafetería Nebraska de la calle de Alcalá y que tú pensabas que sería para toda la vida. Un amor de los de antes. De los de siempre.

Pero nada es para siempre, constatas con clarividencia y tristeza. Todo se acaba muriendo. Como la vida, que también se muere un día y no queda nada de ella. “De mí quedarán mis libros”, te consuelas. “Y qué más me da ya”, te dices, abatido.

Te pones unas sandalias y sales rápido al rellano a coger el ascensor. Te das cuenta que hace un calor sofocante en el rellano, estamos a finales de julio y el cambio climático nos está destrozando el verano. Todavía más, te dices, de lo que lo ha hecho.

Vas a paso rápido, la ves saliendo de la urba, menos mal que el portero Miguel la ha entretenido un poco, si no la hubieras perdido. Tú no te entretienes, pasas por el cubículo del portero, sin mirarlo siquiera, con un gesto hosco y desabrido. Miguel es muy amable y siempre le gusta parar a los vecinos y hablar un poco con ellos. Se queda pasmado viéndote como una sombra agria y enfurecida que no se detiene.

En la calle la sigues a una prudente distancia. Nunca has tenido la ocasión de verla tanto tiempo de espaldas, caminando. Siempre la recuerdas a tu lado. Ahora es como si se alejara de ti, como si su mundo estuviera distante del tuyo. Te apuñalas el corazón una y otra vez pensándolo.

Ella acelera el paso, como si tuviera prisa por marcharse de vuestra casa. Se la ve contenta, rápida, como si ansiara llegar.

Dobla la esquina y coge Víctor de la Serna. Vosotros hacéis lo mismo cuando salís a pasear juntos, allí está vuestra farmacia, te dices con un poso de esperanza. Pero ella la sobrepasa sin ni siquiera mirarla, debe estar harta de un hombre enfermo como tú. ¿Quién va a comprar ahora tus medicinas?, te dices, apuñalándote de nuevo.

¡Por qué esta tristeza que te acongoja no acaba de una vez contigo! Desearías morirte allí mismo. Caerte redondo al suelo, que alguien que pasea por la calle te viera y diera un grito de sorpresa y Clara volviera la cabeza, corriera a tu lado, se arrodillara en el suelo contigo, y tú expiraras entre sus brazos. En estos momentos nada te gustaría más.

Cruzáis Ramón y Cajal y llegáis al Parque de Berlín. A su lado hay un tiovivo infantil, donde una docena de cochecitos giran dando vueltas en ese mundo de colorines y de sueños.

Clara llega y se besa con una madre de unos treinta y cinco años. A ti te recuerda vagamente a alguien que conoces, a lo mejor es una vecina de la urba. A su lado hay un niño de unos seis o siete años, rubito y precioso. Clara lo mira, lo abraza, lo besa, lo coge en brazos a pesar de lo mayor que ya es.

La mamá entonces se va Ramón y Cajal arriba. Debe tener algún recado que hacer. Clara se queda con el niño y se dirige al encargado del tiovivo con el monedero en la mano. El niño entonces se gira y te ve, tú estás allí, en la esquina, parado como un pasmarote, mirando.

Clara deja al niño en el suelo para pagarle al encargado, el niño te sonríe abiertamente y va corriendo hacia ti con los brazos abiertos.

–¡Abuelo, abuelo…!

21. EL REGRESO AL SAUCE CURVO

Han pasado varios días. Sé que mi mujer Clara me quiere. Sé que nunca ha dejado de quererme. ¡Y doy gracias a Dios por ello! A pesar de mi situación me siento el hombre más dichoso del mundo. ¡De verdad!

Espero al doctor Parrondo, es un médico que me conoce, que quiere lo mejor para mí, aunque a veces no sepa cómo hacerlo. La salud no es como las matemáticas, me dice. Hoy va a probar algo nuevo conmigo, me explica en cuanto llega.

El doctor Parrondo, Clara y yo bajamos al garaje. Allí me da un sedante, pero yo no me atrevo a conducir mi coche, como me pide. Clara se pone al volante y yo a su lado, el doctor Parrondo detrás de nosotros. Clara arranca el coche y salimos a la calle.

Allí nos está esperando Virginia, mi nuera. Va en su propio coche. En el asiento de atrás va la alegría de mis días: mi nieto, que se llama como yo: ¡Germán! Germán me llama y yo salgo de mi coche y me acerco.

–Quiero verte conducir, abuelo, como antes, cuando venías a buscarme al colegio –me dice.

Vuelvo al coche y le digo a Clara que quiero conducir yo. Ella consulta con la mirada al doctor Parrondo y este asiente.

–Germán, eres un buen conductor. Adelante –me dice.

Me siento en el volante y me abrocho el cinturón. Miro por el retrovisor y encuentro la sonrisa de mi nieto Germán. Me siento bien con ella. Me dice Clara que es igualito que yo. También me dice que nuestro hijo, que también se llama Germán, se parece mucho a mí. Hoy vamos a verlo a El Sauce Curvo, por eso vamos toda la familia.

Yo no consigo recordar la cara de mi hijo. El doctor Alzheimer me castiga con ello, está enfadado conmigo. Quizás porque él murió más joven que yo, a los cincuenta y un años, de un ataque al corazón como creo que ya he dicho. Y me tiene envidia.

Mi mujer Clara ayuda a mi nuera a sacar adelante a mi pequeño Germán, cuando mi hijo está fuera, como ahora, que vive, no sé por qué, en El Sauce Curvo. Mi nuera Virginia la llama a menudo, para que le haga la compra, jamón para ella y cereales para el pequeño Germán, o para que se quede jugando con nuestro nieto cuando ella tiene que hacer otras cosas.

Pero el doctor Parrondo no quería que yo lo supiera. Tampoco sé por qué. Me dice el doctor Parrondo que era para proteger mi memoria.

Ahora me dice que las cosas han cambiado. Y que sí puedo ver a mi nieto. Yo lo que creo es que el doctor Parrondo no sabe lo que me pasa, no tiene ni idea, como él dice la salud no es como las matemáticas. Y dos y dos pueden ser cinco, o inclusive mucho más, vete tú a saber.

Dejo de pensar en estas cosas. Tengo que concentrarme en el viaje. Me ha dicho el doctor Parrondo que vamos a El Sauce Curvo. Otro cambio de opinión más por su parte. Antes no quería que fuera a mi pueblo ni por asomo.

Yo no discuto, me dejo hacer y ya está. Pero lo cierto es que tengo unas ganas locas por llegar a mi pueblo, abrazar a mi hijo y recordar bien su cara para que no se me vuelva a olvidar, pasear por sus calles y respirar ese aire tan puro que tiene.

Miro a Clara, sonriente a mi lado, me pide que si puede ir ella pendiente del freno de mano, ¡como hace tanto que no conduzco...! Yo le digo que sí, ni por asomo querría ahora que me quitaran del volante, le he prometido a mi nieto que conduciría y eso es lo que voy a hacer. Ella posa su mano sobre el freno.

Miro hacia atrás, hacia el doctor Parrondo, no sé por qué pero pienso que él es mi jefe y que debe darme permiso para arrancar, siempre fui un hombre muy disciplinado y obediente, debe ser por mi estancia durante tantos años en el internado de Sigüenza. Él me mira con confianza:

–Adelante, Germán.

Entonces arranco el coche y me acuerdo de cuando fuimos a Valencia Dani y yo, para conocer a las suecas. Me decía que era un gran conductor. Y también me acuerdo cuando estrené mi primer coche: aquel Renault 12 TS granate y llevé a mis padres y a mis hermanos a El Sauce Curvo por primera vez. Y por último me acuerdo de mi primer viaje con Martuqui a Segovia y cómo me decía que era imposible que nos pasara nada porque yo era el hombre más juicioso del mundo. Sí, Martuqui siempre me subía la moral.

Y con la moral bien alta, doy el intermitente y me incorporo a la calzada. Veo por el retrovisor que Virginia y el pequeño Germán me siguen a una prudente distancia.

Me doy cuenta que el conducir, como el montar en bicicleta, no se olvida. Cada vez me encuentro más a gusto llevando mi coche. No entiendo por qué antes le tenía esa fobia.

Salimos de la M-30 y nos incorporamos a la A-2. Me acuerdo entonces de cuando vine a Madrid la primera vez por esta misma carretera que, en aquel tiempo, no era una autovía sino de doble dirección, con un tráfico infernal y muchos coches que se averiaban, parados en las orillas. ¡Cuánto ha cambiado mi país también! Las vidas y los esfuerzos de nuestros padres y luego de

nuestra generación, la de los jóvenes de la Transición, han merecido mucho la pena, me digo con orgullo y con satisfacción.

Pasamos la nueva sede del ABC y recuerdo la foto que me sacaron de mi zapato con las bolsas llenas de los cables de las sumadoras de la Cámara de Compensación, cuando luchábamos por conseguir aquella libertad para nuestro país con la que soñábamos. Nos la merecíamos y lo logramos. Aunque hay que mantener viva esa llama de regeneración siempre, porque al poder hay que vigilarlo de cerca, para que esté al servicio público y para que haya siempre una alternativa que lo mejore.

Pasado el ABC hay muchas sedes de empresas punteras, acierto a ver la sede del Banco Transatlántico de España y América, aquel banco donde yo empecé y al que di mi inteligencia, mi trabajo y una buena parte de mi vida. Es uno de los bancos más importantes de España y de Europa, tras no sé cuántas fusiones. Entré en él de joven, casi un niño, impelido por mis padres que pensaron que era lo mejor para mí y acorde a ello realicé la carrera de Empresariales, que tampoco hubiera sido mi primera opción. Les cogí cariño con el tiempo y el compromiso, esa palabra que hoy no se estila y por ello creo que la gente es tan poco consistente, yo me alegro sobremanera de aquel matrimonio laboral, porque no es tan importante el sitio sino el cómo y el para qué. Y yo allí pude crecer y aportar valor a la sociedad que me tocó vivir.

Salimos de Madrid, esta ciudad que es la madre de tantos hijos que no son suyos, a mí me recuerda a las gallinas cluecas de mi pueblo, a las que añadías otros huevos ajenos y sacaban adelante a esos polluelos igual. En ella he vivido la mayor parte de mi vida y es probable que muera también en ella. A estas alturas los dos nos conocemos bien. A mí ya no me engañan sus fastos ni sus alharacas y ella sabe que, aunque yo no nací aquí, daría mi vida por ella, que solo significa vivirla a su lado. Un día tras otro.

Giro mi cabeza y me encuentro con los ojos de Clara, pendientes de todo lo que hago, como siempre. Su mano en el freno, protegiéndome por si acaso. Somos como dos agapornis que duermen y viven y sueñan en el mismo palo de esta jaula, que es la vida limitada que me ha tocado vivir. Su amor me llega, me llena y me compensa, soy tan afortunado que solo con pensar que no estaría, para mí no merecería la pena vivir.

El doctor Parrondo, detrás de mí, no dice nada. Siento su aliento sobre mi cuello. A veces, sin que él tal vez lo pueda controlar, noto que se altera, que se acelera. Debe ser por eso que cambia tan a menudo de opinión y de tratamiento conmigo.

Miro por el retrovisor y, a una prudente distancia, veo a mi nuera Virginia y al pequeño Germán, detrás de ella. El pequeño Germán es como un fruto dorado en esta etapa última de mi vida.

Llevamos ya más de la mitad del viaje, aparece el cartel del desvío de Sigüenza, ese lugar en el que yo terminé mi niñez y acometí la adolescencia, siempre solo, como todos mis compañeros, sin padres a nuestro lado. Eso nos marcó para bien y para mal. Aprendimos a vivir a base de resistencia y sublimación, que es apechugar con el difícil presente pensando en el gozo de un futuro mejor. Como nuestro país en aquellos duros años. Como nuestros padres, hechos de sufrimiento, carencias e ilusión por el futuro, que eran sus hijos. Que éramos nosotros.

Cojo el desvío para Cifuentes, esta carretera me la conozco bien. He venido muchas veces por ella, desde Madrid a El Sauce Curvo. Cruzamos las lomas pobladas de lavanda. Ahora, en agosto, están preciosas, su color verde púrpura brillante, florido, me inunda de luz mis ojos, su olor denso y penetrante me llega, con su aroma de recuerdos y olor de infancia. Suelto una mano del volante y bajo la ventanilla para respirarlo, mi mujer Clara se remueve en su asiento y agarra el freno. Yo la miro:

–Solo quiero respirar la fragancia de mi niñez –le digo.

Ella me sonríe, se relaja.

–Ya sé que de pequeño ibas con tus padres a segar el espliego y después lo cocíais en una gran caldera, para destilar luego las gotas preciosas del perfume de lavanda.

–Así es, Clara, este olor es la estela de mi niñez.

Llegamos a Cifuentes, con su balsa y sus cien manantiales. Aquí nació Rosa María, con quien brotó el primer amor de mi adolescencia, aquella luz, aquella deflagración que nacía en sus ojos. Un amor soñado, un amor platónico y sublimado. Literario.

Sí, la literatura siempre ha sido el parapeto donde yo me he protegido de la soledad y de la faz oscura de este mundo. Para convertirla en algo mágico, que me permite caminar sobre las ascuas y llegar más allá de la triste realidad con la que, a veces, nos golpea la vida. Tal vez como hago ahora, que escribo y escribo, para olvidarme de la enfermedad del olvido.

Salimos de Cifuentes y encaramos el valle de las Tetas de Viana. Hace miles de años el mar llegaba hasta los acantilados de ambos promontorios. Me imagino conduciendo mi coche por esta carretera submarina que serpentea bajo el mar. Tal vez yo soy solo un alma perdida que bucea en las aguas profundas de su memoria.

Llegamos a las Siete Revueltas y empiezo a sentirme mal. Me tiemblan las manos, se me seca la boca. Me duele la cabeza, las sienes son como una piel de tambor que apenas contienen a unos desbocados latidos llenos de estruendo.

Abro la boca, apenas puedo respirar, me falta el aire. Veo por el retrovisor a lo lejos los ojos de Germán. Clara me observa, la noto preocupada, su mano en el freno. No puedo más. Hay una señal que advierte de animales que cruzan la carretera. ¡Noooooo! Piso el pedal del freno con fuerza, Clara tira del freno de mano, el coche se detiene, luego me abraza, mis ojos se cierran, la oscuridad me inunda, no puedo más.

Voy con mi hijo en su coche. Vamos hablando de lo bien que lo hemos pasado en El Sauce Curvo, Clara en la parte de detrás disfruta con nosotros. Llegamos a las Siete Revueltas, hemos apurado un poco en el pueblo, Virginia y el pequeño Germán nos esperan en Madrid, y la noche se nos ha echado encima.

De repente, salimos de una curva y allí está él, mayestático en mitad de la carretera, mirándonos, tal vez tan sorprendido como nosotros. El ciervo tiene una astada enorme, mide más de dos metros de largo y es tan alto como una persona, debe pesar más de doscientos kilos.

Yo me quedo petrificado, la España vaciada se llena de ciervos que salen de noche a alimentarse, nuestro coche se abalanza irremisiblemente contra él, el ciervo abre unos ojos de espanto y pena. Mi Germán duda qué hacer, pero yo lo conozco bien, esos ojos le mueven a la compasión, gira el volante para evitar el fatal encontronazo, las ruedas chirrían en la gravilla, hay un momento en que el tiempo se detiene.

Luego la muerte dicta sentencia. El coche pierde adherencia y nos despeñamos dando vueltas por la pendiente. Hay una roca asesina al fondo. Sobre ella va a golpear nuestro coche a la altura de la cabeza de Germán.

Estamos boca abajo en el vehículo. Los gritos de Clara resuenan en la noche. Doy una patada a mi cristal y salgo por mi lado. Luego abro la puerta de Clara. La escena es dantesca a la luz de los faros, todavía brillantes del auto.

Vamos los dos, con el alma sobrecogida, a la puerta de Germán, está encallada. Consigo abrirla, Dios me da una fuerza desmedida.

Germán está inconsciente, la cabeza llena de sangre, tiro de él fuera del coche. Clara y yo somos como dos náufragos peleándonos con la oscuridad. Arrastramos a Germán frente a los faros. Allí nos damos cuenta. Tiene la cabeza destrozada. Como si se la hubieran machacado en un almirez.

Clara da un grito desgarrador. A mí se me nubla la vista. Veo entre tinieblas cómo otro coche para en la carretera y sus dos ocupantes corren hacia nosotros.

Luego aparece el doctor Parrondo y me grita, como siempre, una sarta de mentiras.

–Germán, Germán, usted no es culpable. Usted no conducía.

Yo me tapo los oídos. Este valle hace miles de años estaba cubierto por el mar. Yo me sumerjo en él. Para vivir una vida de silencio, una vida sin memoria. Sin recuerdos. Una vida que ya no es vida. Pero que no duele.

Oigo la voz del doctor Parrondo otra vez, que me grita, que me zahiere de nuevo. Hasta me da un par de bofetadas el tío. Solo por devolvérselas me quiero despertar.

Me despierto como de un profundo sueño. Clara y el doctor Parrondo me miran con sus ojos clavados en mí.

Hace un día hermoso de agosto. Y los ojos de Clara son más bonitos y más cálidos que nunca.

Yo le hablo a esos ojos que son mi vida entera.

–Clara, ya recuerdo la cara de nuestro hijo.

Y Clara me abraza. Como si hubiera regresado a casa después de un largo viaje.

22. LA VIDA SOLO ES ESPERANZA

Hoy hace un día de agosto espléndido. Lleno de brillos y de sol. Mi despacho se vuelve un sitio luminoso y alegre.

El otro día cuando fuimos al cementerio de El Sauce, donde están enterrados mis padres y mi hijo, se acercó el pequeño Germán y me cogió de la mano:

–No se te ocurra morirte abuelo, qué haría yo sin ti…

Así que no me queda más remedio que hacerme amigo del doctor Parrondo.

Miro por la ventana de mi despacho el cielo azul. Es de una transparencia y luminosidad que impresiona. Me acuerdo del firmamento de El Sauce. Ya no entiendo lo de lejos y cerca. Los une mi corazón, que está partido entre los dos.

Las calles de mi ciudad están tranquilas, la gente descansa del trabajo de todo un año. Me siento orgulloso de mi país. Del esfuerzo de tantas generaciones que nos han traído hasta aquí. Yo he conocido a la de mis padres, la generación de la posguerra, que nos sacó adelante a base de sacrificio, austeridad e ilusión por sus hijos. Y a la nuestra, la de los jóvenes de la Transición, que tuvo que lidiar con todos los cambios necesarios para modernizar nuestro Estado. Este libro, que hoy termina, va dedicado a ellas. Nada me gustaría más que estuviera a la altura de lo que se merecen.

Cierro pues mi maleta de recuerdos. Su hijo es este libro que nacerá en breve. Como me dijo mi abuela Leonor:

–Tú deberás vivir como te marca tu tiempo, que es muy diferente a como fue el mío. Pero no te olvides nunca de tus raíces, de toda la gente que un día te quisimos. Eso, lejos de distanciarte de tu tiempo, te acercará a él, pero con asideros firmes. Te lo aseguro.

Y eso es lo que le digo yo a mi pequeño Germán. Y a las nuevas generaciones. Echar de vez en cuando la vista atrás, hará que vuelvas a sentir los abrazos de la gente que tanto te quiso. Sabrás que, debajo de ti, hay unos cimientos firmes, hechos de amor y esfuerzo de todos los que te precedieron y amaron.

Suena el teléfono de la cocina, oigo hablar a mi mujer Clara.

–Pues está terminando su libro. Sí, veníos para acá, podemos bajar a la piscina de la urba… Sí, por supuesto, dile a Germán que el abuelo le enseñará a nadar de espalda…

Ahora sí que puedo oír la conversación de Clara. Se me acelera el corazón, palpita la vida que llega otra vez a mi lado. Así que tengo que terminar este libro. La vida no puede esperar.

Porque toda ella es solo esperanza.

Escrito en Madrid y en Sacecorbo, en sus orígenes El Sauce Curvo, desde la primavera de 2022 hasta el otoño de 2023.

DEDICATORIA ESPECIAL

A mis padres (in memoriam) y a mis hijos.

A mi mujer y cómplice, Natividad, por compartir conmigo esta vida única.

Si te ha gustado esta novela, seguro que te gustará también: “Memorias del Sauce Curvo”.

https://amzn.to/3hBuNkx

Y también "El donante": https://amzn.to/3BZtNln. Vídeo presentación: https://www.youtube.com/watch?v=dAEpgezPBFg

el donante
FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR
MARÍA NATIVIDAD TEJEDOR
¡¡EMOCIÓNATE!!
"UNA NOVELA CONMOVEDORA"

OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR

Muchas gracias, querido lector, por llegar hasta esta página. Por mi parte mi labor de escritor termina aquí. Espero que esta novela te haya gustado y te haya dado que pensar. Esa será mi mayor recompensa.

La única manera de seguir mejorando por mi parte es recibir de la tuya tu opinión y comentarios sobre este libro o sobre otros míos. En la página de Amazon de cada uno de ellos hay un apartado para hacerlo. Te lo agradecería mucho. Y otros posibles lectores también.

Y si, además, deseas enviármelos directamente encantado de escucharte. Mi email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com. Muchas gracias.

Mi página de Amazon, donde puedes ver toda mi obra:
https://www.amazon.es/Francisco-Rodr%C3%ADguez-Tejedor/e/B071DP2WMT/ref=dp_byline_cont_ebooks_1

ADVERTENCIA

Esta novela trata de reflejar fielmente el espíritu de la generación que fue joven en tiempos de la Transición. Pero los personajes, las situaciones, las entidades, empresas y lugares donde se desarrolla *Lejos del Sauce Curvo* son una mera ficción creada por el autor, aunque estén ajustados a la naturaleza humana y a ciertos hechos. Por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente será, pues, solo una de las muchas coincidencias que a veces ofrece el caprichoso destino.